KATE KIRKPATRICK

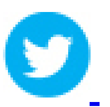


# Convertirse en BEAUVOIR

*Una biografía*

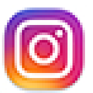
PAIDÓS

Índice




You
Tube



**Explora Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

Simone de Beauvoir es un icono de la liberación femenina y sus relaciones poco convencionales inspiraron a la vez que escandalizaron a sus contemporáneos. Pero no solo se la conoce por eso, ya que también destaca como filósofa y novelista. Sus novelas ganaron prestigiosos premios literarios y El segundo sexo transformó la forma en que pensamos sobre el sexo y el género.

Su relación con Jean-Paul Sartre, uno de los filósofos más importantes del siglo pasado, fue una de las más legendarias del siglo XX , pero para Beauvoir esa fama tuvo un coste: durante décadas su pensamiento fue infravalorado como poco original a la sombra de las ideas de Sartre. Sin embargo, nuevos materiales descubiertos recientemente muestran el valor de su propio pensamiento filosófico y el papel que este tuvo en la obra de Sartre.

Kate Kirkpatrick se basa en diarios y cartas inéditos, y muestra nuevos detalles personales sobre la vida de Beauvoir que profundizan en el misterio de su figura. ¿Por qué este «icono feminista» construyó su propia imagen? ¿Por qué mintió sobre su relación con Sartre con tanta frecuencia o afirmó no ser filósofa?

KATE KIRKPATRICK

# CONVERTIRSE EN BEAUVOIR

---

Una vida

Traducción de Fernando Borrajo

PAIDÓS Contextos

Todas las relaciones entre mujeres, pensé recorriendo rápidamente el espléndido museo de mujeres imaginarias, son demasiado sencillas. Se han omitido tantas cosas, muchas de ellas involuntariamente. [...] Casi sin excepción se las muestra en su relación con los hombres.

VIRGINIA WOOLF , *Una habitación propia*

Emancipar a la mujer consiste en negarse a encerrarla en las relaciones que mantiene con el hombre, que no en impedírselas.

SIMONE DE BEAUVOIR , *El segundo sexo*

*Para Pamela*

in memoriam amoris amicitiae

# ILUSTRACIONES

# ABREVIATURAS DE LAS OBRAS DE BEAUVOIR

ADD *América día a día* , Barcelona, Grijalbo, 1999 (*America day by day* , Berkeley, University of California Press, 1999).

BB *Brigitte Bardot and the Lolita Syndrome* , Londres, Four Square, 1962. Primera edición en *Esquire* en 1959.

BI *Las bocas inútiles: obra en dos actos y ocho cuadros* , Buenos Aires, Ariadna, 1957 (*«The Useless Mouths» and other Literary writings* , ed. Margaret A. Simons y Marybeth Timmerman, Urbana, University of Illinois Press, 2011).

CC *Correspondance croisée* , París, Gallimard, 2004.

CCA *Cartas al Castor y algunos otros* , Barcelona, Edhasa, 1986 (*Lettres au Castor et à quelques autres* , París, Gallimard, 1983 *[Witness to My Life: The Letters of Jean-Paul Sartre to Simone de Beauvoir* , *1926-1939* , Londres, Hamish Hamilton, 1992]).

CJ *Cuadernos de juventud* (*Cahiers de jeunesse* , París, Gallimard, 2008).

CNA *Cartas a Nelson Algren: un amor transatlántico 1947-1964* , Barcelona, Lumen, 1999 (*A Transatlantic Love Affair: Letters to Nelson Algren* , Nueva York, New Press, 1998).

CP *Cuando predomina lo espiritual* , Barcelona, Edhasa, 1989 (*When Things of the Spirit Come first: Five Early Tales* , Londres, Flamingo, 1982).

CS *Cartas a Sartre* , Barcelona, Lumen, 1996 (*Letters to Sartre* , Nueva York, Arcade, 1991).

DG *Diario de guerra* (*Wartime Diary* , ed. Margaret A. Simons y

Sylvie Le Bon de Beauvoir, Urbana, University of Illinois Press, 2009).

DEF *Diario de una estudiante de filosofía* (*Diary of a Philosophy Student: Volume I* , *1926-27* , ed. Barbara Klaw, Sylvie Le Bon de Beauvoir y Margaret Simons, Urbana, University of Illinois Press, 2006).

EF *Escritos filosóficos* (*Philosophical Writings* , ed. Margaret Simons, Marybeth Timmerman y Mary Beth Mader, Chicago, University of Illinois Press, 2004).

FC *La fuerza de las cosas* , Barcelona, Edhasa, 1980 (*Force of Circumstance* , Londres, Penguin, 1987).

FdC *Final de cuentas* , Barcelona, Edhasa, 1984 (*All Said and Done* , Londres, Penguin, 1977).

FW *Feminist Writings* , ed. Margaret A. Simons y Marybeth Timmerman, Urbana, University of Illinois Press, 2015.

LBI *Las bellas imágenes* , Barcelona, Edhasa, 2017 (*Les Belles Images* , París, Gallimard, 1972).

LCA *La ceremonia del adiós* , Barcelona, Edhasa, 2008 (*Adieux: A farewell to Sartre* , Londres, Penguin, 1984).

LI *La invitada* , Barcelona, Edhasa, 2017 (*She Came to Stay* , Londres, Harper Perennial, 2006).

LM *La larga marcha* , Buenos Aires, La Pléyade, 1970 (*The Long March* , Londres, Andre Deutsch and Weidenfeld & Nicholson, 1958) .

LMR *La mujer rota* , Barcelona, Edhasa, 1999 (*The Woman Destroyed* , Londres, Harper Perennial, 2006).

LV *La vejez* , Barcelona, Edhasa, 1989 (*Old Age* , Harmondsworth, Penguin, 1977).

SO *La sangre de los otros* , Buenos Aires, Siglo Veinte, 1967 (*The Blood of Others* , Londres, Penguin, 1964).

M *Los mandarines* , Barcelona, Edhasa, 1982 (*The Mandarins* , Londres, Harper Perennial, 2005).

MJF *Memorias de una joven formal* , Barcelona, Edhasa, 1989 (*Memoirs of a dutiful daughter* , Londres, Penguin, 2001).

MM D *Una muerte muy dulce* , Barcelona, Edhasa, 2017 (*A Very Easy Death* , Nueva York, Pantheon, 1965).

MPI *Mémoires* , tomo I, ed. Jean-Louis Jeannelle y Eliane LecarmeTabone, Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, 2018.

MPII *Mémoires* , tomo II, ed. Jean-Louis Jeannelle y Eliane LecarmeTabone, Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, 2018.

Pol W *Political Writings* , ed. Margaret Simons y Marybeth Timmerman, Chicago, University of Illinois Press, 2012.

PQA *¿Para qué la acción?* , Buenos Aires, La Pléyade, 1972.

PMA *Para una moral de la ambigüedad* , Buenos Aires, Shapire, 1956 (*Ethics of Ambiguity* , Nueva York, Citadel Press, 1976).

PSS Prólogo a *El segundo sexo* .

PV *La plenitud de la vida* , Barcelona, Edhasa, 1984 (*The Prime of Life* , Londres, Penguin, 1965).

QM *Quiet Moments in a War: The Letters of Jean-Paul Sartre and Simone de Beauvoir 1940-1963* , Londres, Hamish Hamilton, 1993. SS *El segundo sexo* , Madrid, Cátedra, 2017 (*The Second Sex* , trad. H. M. Parshley, Nueva York, Random House, Vintage, 1970; *The Second Sex* , trads. Constance Borde y Sheila Malovany-Chevallier, Londres, Vintage, 2009).

THM *Todos los hombres son mortales* , Barcelona, Edhasa, 1997 (*All Men Are Mortal* , Londres, Virago, 2003)

UM MD *Una muerte muy dulce* , Barcelona, Edhasa, 1984 (*A Very Easy Death* , Nueva York, Pantheon, 1965).

# INTRODUCCIÓN

## ¿Quién es Simone de Beauvoir?

Un día de 1927, Simone de Beauvoir tuvo una discusión con su padre sobre el significado del amor. En una época en que casi todas las mujeres aspiraban al matrimonio y la maternidad, Simone, a sus diecinueve años, leía libros de filosofía y soñaba con encontrar una ideología a la que pudiera adherirse. Su padre decía que «amar» significa «prestar servicio, afecto, gratitud...». Simone no estaba de acuerdo: para ella el amor era mucho más que gratitud, mucho más que lo que le debemos a alguien por lo que ha hecho por nosotros. «¡Hay tanta gente —escribió Beauvoir al día siguiente en su diario— que no ha conocido el amor!» [1]

Aquella joven de diecinueve años no sabía que iba a convertirse en una de las intelectuales más famosas del siglo XX , que se escribiría mucho sobre su vida y que tendría miles de lectores. Que solo sus cartas y su autobiografía ocuparían más de un millón de palabras, [2] y que publicaría ensayos filosóficos, novelas de reconocido prestigio, relatos cortos, una obra de teatro, cuadernos de viaje, ensayos políticos, artículos periodísticos..., por no mencionar su obra maestra, *El segundo sexo* , considerada hoy en día como «la biblia feminista». No sabía que fundaría revistas políticas, que haría campaña para modificar la legislación vigente, que se opondría al trato inhumano dispensado a los argelinos, que pronunciaría conferencias en todo el mundo y que estaría al frente de comisiones gubernamentales.

Simone de Beauvoir sería también una de las mujeres más denostadas del siglo XX . Formó, junto con Jean-Paul Sartre, una de las parejas intelectuales más polémicas y poderosas del momento. Pero, lamentablemente, muchos creían que era él quien aportaba la fuerza intelectual, mientras que ella ponía simplemente la compañía. Cuando murió en París en 1986, el obituario de *Le Monde* destacó en el titular que su obra había sido «más divulgativa que creativa». [3] Tras leer las biografías

existentes, Toril Moi escribió en 1994 que «seguro que se nos perdonará por considerar que la relevancia de Simone de Beauvoir se debe en buena medida a su poco ortodoxa relación con Jean-Paul Sartre y con otros amantes». [4]

Desde entonces han salido a la luz algunas revelaciones sobre Beauvoir que sorprendieron incluso a quienes creían conocerla bien. Pero, irónicamente, también empañaron su prestigio en el campo del pensamiento, ya que se perpetuaba la falsa creencia de que su vida amorosa era lo más interesante de ella, cuando fue la filosofía la que le hizo vivir esa vida, y reflexionar sobre ella y seguir evaluándola constantemente. Para decirlo con sus propias palabras: «No hay divorcio entre filosofía y vida. Cada paso que damos en la vida es una decisión filosófica». [5]

Cuando Simone de Beauvoir tomaba la pluma, no solo escribía para sí misma, sino también para sus lectores. Sus textos autobiográfícos pretenden mostrar que, desde el punto vista filosófico, «el yo está siempre condicionado por los otros, con los cuales se relaciona». [6] Pero Beauvoir iba más allá del *dictum* de John Donne según el cual «ningún hombre es una isla», pues en sus escritos autobiográficos, además de presentar su relación con los demás, defiende la idea de que *ser* uno mismo no implica que el yo permanezca inalterado desde la cuna hasta la muerte. Ser uno mismo implica cambiar continuamente junto con otras personas que también están cambiando, en un proceso de irreversible *devenir* .

Los filósofos han reflexionado desde la época de Platón sobre la importancia del conocimiento de sí para la buena vida. Sócrates decía que, si quieres ser sabio, tienes que conocerte antes a ti mismo. Nietzsche hablaba de «llegar a ser quien eres». Pero Beauvoir contestaba en otros términos: ¿y si, siendo mujer, tienes vedado el ser «quien eres»? ¿Y si el llegar a ser tú misma supone al mismo tiempo un fracaso en lo que deberías ser, un fracaso como mujer o como amante o como madre? ¿Y si el llegar a ser tú misma te hace objeto del ridículo, del desdén o de la vergüenza?

El siglo de Beauvoir fue una época de cambios radicales en las oportunidades que se ofrecían a las mujeres. A lo largo de su vida (1908-1986), ella misma vio cómo las mujeres entraban en la universidad con las mismas prerrogativas que los hombres y cómo conquistaban el derecho a votar, a divorciarse y a utilizar anticonceptivos. Fue testigo del ascenso de la bohemia parisina en la década de 1930 y de la revolución sexual en la de 1960. *El segundo sexo* salió al mercado entre estos dos importantes

momentos culturales, y cuando lo hizo revolucionó la forma de pensar sobre sí mismas —y de hablar en público— que tenían las mujeres. La educación filosófica de Beauvoir no tenía precedentes en su generación, y, aun contando con semejante bagaje, cuando poco antes de cumplir los cuarenta empezó a preguntarse qué había significado para ella «ser mujer» se asombró de sus propios descubrimientos.

En un siglo durante el cual el «feminismo» llegó a significar muchas cosas distintas, Simone escribió *El segundo sexo* porque le indignaba la «cantidad de sandeces» que se decían sobre las mujeres, porque estaba harta de los ríos de tinta que hacía correr el «problema del feminismo». [7] Pero, cuando escribió su famosa frase —«no se nace mujer, se llega a serlo»—, Beauvoir no sabía hasta qué punto iba a afectar ese libro a su vida y a la de quienes vivieron después.

Se han escrito miles de páginas para intentar aclarar el sentido de esa frase, para explicar qué significa «llegar a ser» mujer. Este libro aborda la cuestión de cómo Beauvoir «llegó a ser» ella misma. Cuando tenía dieciocho años escribió en su diario que había llegado a la conclusión de que era imposible «poner su vida en orden sobre el papel» porque se trataba de un devenir incesante; pero cuando volvió a leer lo que había anotado la jornada anterior, dijo que era como contemplar «momias» de «yoes “muertos”». [8] Beauvoir era una filósofa sumamente reflexiva, que cuestionaba sin cesar los valores de la sociedad y el sentido de su vida.

Debido a la importancia que Beauvoir atribuyó al paso del tiempo en la experiencia de todo ser humano, esta biografía sigue la cronología de su vida. A medida que envejecía, dijo, su mundo iba cambiando, y también su relación con él. Cuando Beauvoir escribía el relato de su vida para que otros lo leyeran, quería «mostrar las transformaciones, la maduración, el deterioro irreversible de los demás y de [sí] misma». Puesto que la vida se despliega a lo largo del tiempo, Simone quería seguir «el hilo que los años han desenrollado». [9] En eso se parecía a la joven que había sido, a la lectora adolescente de Henri Bergson. Un yo no es una cosa, escribió Bergson, sino un «progreso», una «actividad viva», [10] un *devenir* que sigue experimentando cambios hasta que encuentra su límite en la muerte.

La mujer que llegó a ser Beauvoir fue en parte fruto de sus propias decisiones. Pero no era demasiado consciente de la tensión que existe entre ser una causa en sí misma y ser un producto creado por otros, del conflicto entre sus propios deseos y las expectativas de los demás. Durante siglos los

filósofos franceses habían debatido acerca de si es mejor vivir la vida siendo visto o sin ser visto por los demás. Descartes afirmó (siguiendo a Ovidio) que «para vivir bien hay que vivir sin ser visto». [11] Sartre escribió cientos de páginas sobre la «mirada» objetivadora de los demás, que nos obliga a mantener relaciones de subordinación. Beauvoir discrepaba: para vivir bien, los seres humanos deben ser vistos por los otros, pero deben ser vistos adecuadamente.

Lo malo es que la visión adecuada depende de quien nos esté viendo y del momento en que nos observe. Imagina que eres una mujer de cincuenta y pocos años y que de repente decides escribir tu biografía. Empiezas por tu infancia y juventud, sigues con tu mayoría de edad como mujer, y publicas dos libros de gran éxito. En ellos describes dos conversaciones que mantuviste con un hombre famoso que fue tu amante cuanto contabas veintiún años de edad. Para entonces, tú también has triunfado y eres conocida en el mundo entero. Pero estamos en la década de 1950, y en esos momentos las autobiografías femeninas no han alcanzado aún su punto de inflexión, cuando sus protagonistas empezaron a reconocer públicamente que tenían ambiciones y sentían ira, además de exponer sus grandes logros intelectuales y de hablar de su propio apetito sexual, que no podía ser saciado ni por un hombre famoso. Imagina que tus relatos se vuelven legendarios, tan legendarios que se convierten en una lente a través de la cual muchas personas miran tu vida entera, aunque solo la contemplen durante un rato.

La imagen pública de Beauvoir ha sido modelada —hasta el extremo de deformarla— por dos de las historias que nos transmitió ella misma en sus memorias. La primera nos lleva a octubre de 1929, cuando dos estudiantes de filosofía estaban sentados frente al Louvre hablando de su relación. Habían sacado los dos primeros puestos en unas duras oposiciones de ámbito nacional (Sartre el primero y Beauvoir el segundo) y ambos estaban a punto de iniciar su carrera profesional como profesores de filosofía. Jean-Paul Sartre tenía veinticuatro años, Beauvoir veintiuno. Sartre —según cuentan— no quería una fidelidad convencional, por lo que hicieron un «pacto»: cada cual sería el «amor esencial» del otro, pero permitía que el compañero tuviera «amores contingentes». [12] Sería una relación abierta, en la que el otro tendría siempre reservado el primer lugar en su corazón. Se lo contarían todo, dijeron; y para empezar firmarían una especie de «alquiler por dos años». Aquella pareja sería, en palabras de

Annie Cohen-Solal, biógrafa de Sartre, «un modelo digno de emulación, un sueño de complicidad eterna, un éxito extraordinario, puesto que, en principio, parecía reconciliar lo irreconciliable: los dos compañeros seguían siendo libres, iguales y sinceros». [13]

Ese «pacto de “poliamor”» ha despertado tanta curiosidad que se han publicado biografías tanto de su relación personal como de su vida por separado; en *How the French Invented Love* se les dedica un capítulo entero; y en la prensa se les presenta como «la primera pareja moderna». [14] El escritor Carlo Levi dijo en una ocasión que *La plenitud de la vida* narraba «la mayor historia de amor de nuestro siglo». [15] En su libro sobre la relación de Beauvoir y Sartre, publicado en 2008, Hazel Rowley escribe: «Están enterrados juntos, como Abelardo y Eloísa, con sus nombres unidos para siempre jamás. Son una de las parejas más legendarias del mundo. Es imposible pensar en el uno sin pensar en el otro: Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre». [16]

He escrito este libro porque es realmente difícil pensar en el uno sin el otro. Tras investigar la filosofía inicial de Sartre, empecé a sospechar que había algunas asimetrías en la forma de interpretar la vida de Beauvoir y la de Sartre. ¿Por qué, cuando murió Beauvoir, todos los obituarios mencionaron a Sartre, mientras que, a la muerte de Sartre, solamente algunas necrológicas la mencionaban a ella?

Durante gran parte del siglo XX , e incluso del XXI , Beauvoir no fue recordada como filósofa por derecho propio. La causa reside, en parte, en la segunda historia que relata en sus memorias. A principios de 1929 se encontraba en París, junto a la Fontaine Médicis de los Jardines de Luxemburgo, cuando decidió exponerle a Sartre sus propias ideas acerca de la «ética pluralista», que había estado desarrollando en su cuaderno, pero Sartre «las desestimó», y entonces ella empezó a dudar de su «verdadera capacidad» intelectual. [17] No cabe duda de que Beauvoir era una de las mejores estudiantes de filosofía en una época estelar; a sus veintiún años iba a ser la persona más joven en aprobar los dificilísimos exámenes de *agrégation* organizados ese mismo verano. Al igual que Sartre, el incipiente filósofo Maurice Merleau-Ponty buscó a Beauvoir por su conversación, que valoró tanto como para dialogar con ella en persona y por escrito durante varias décadas. Pero más adelante la propia Beauvoir insistía: «Yo no soy filósofa [...], [soy] escritora. El filósofo es Sartre». [18]

Aquella conversación junto a la Fontaine Médicis hizo que las generaciones posteriores se preguntaran si Simone de Beauvoir, la misma mujer que había escrito *El segundo sexo* , estaba subestimando sus propias aptitudes. Y en tal caso, ¿por qué haría algo así? Beauvoir fue un personaje extraordinario: muchas de sus conquistas allanaron el camino para otras mujeres, consiguió cosas inauditas. En los círculos feministas ha sido homenajeada por su ejemplaridad, porque es «un símbolo de cómo uno puede vivir la vida como quiera, a pesar de todo, sin prejuicios ni convencionalismos, incluso siendo mujer». [19] Sin embargo, una de las principales denuncias de *El segundo sexo* es que ninguna mujer ha vivido una vida «exenta de convencionalismos y prejuicios». Beauvoir no fue la excepción. Y esta biografía cuenta cómo ella misma los sufrió de muchas maneras, y también cómo los combatió.

Los lectores más atentos siempre han sospechado que, en su autobiografía, Beauvoir transmitía una imagen alterada de sí misma, pero no siempre queda claro cómo o por qué motivo la retocaba. Al fin y al cabo, el pacto con Sartre mostraba a una mujer dispuesta a decir la verdad, y la autora de *El segundo sexo* quería arrojar luz sobre la realidad de la situación en que se encontraban las mujeres. ¿Acaso su compromiso con la investigación terminaba en ella misma? Si no era así, *¿por qué* mantenía ocultas algunas de las partes más relevantes de su vida, tanto en lo personal como en lo intelectual? ¿Y por qué es importante replantearnos la forma en que recordamos su vida?

La primera respuesta a las dos últimas preguntas es que tenemos acceso a nueva información. La autobiografía de Beauvoir se publicó en cuatro volúmenes entre 1958 y 1972. A lo largo de su vida, escribió muchas otras obras basadas en material autobiográfico, entre las cuales se encuentran el relato de sus viajes a Estados Unidos (1948) y a China (1957), así como las narraciones sobre la muerte de su madre (1964) y la de Sartre (1981). Además publicó una selección de la correspondencia dirigida a ella misma (1983). [20]

Algunos de los que formaban parte del círculo formado en torno a Sartre y Beauvoir —conocido como «la familia Sartre» o simplemente como «la familia»— creían saber qué quería hacer ella con semejante proyecto autobiográfico: tomar el control de la imagen pública de ambos. Muchos suponen que actuó así por celos, pues quería ser recordada como la mujer más importante en la vida de Sartre, como su «amor esencial».

Pero desde la muerte de Beauvoir en 1986 han salido a la luz nuevas cartas y diarios que ponen en duda esta suposición. Tras publicar, en 1983, las cartas que le escribió Sartre, Beauvoir perdió algunos amigos por hacer públicos los detalles de su relación. Y, cuando en 1990 se publicaron con carácter póstumo su diario de guerra y sus cartas a Sartre, muchos se sorprendieron al enterarse de que Beauvoir no solo había mantenido relaciones lésbicas, sino que además se habían relacionado con mujeres que eran antiguas alumnas suyas. La correspondencia con Sartre también revelaba el carácter filosófico de su amistad, así como la influencia de Beauvoir en la obra de su compañero, pero esto último suscitó menos comentarios. [21]

En 1997 aparecieron publicadas las cartas a su amante norteamericano, Nelson Algren, y los lectores vieron de nuevo a una Beauvoir desconocida: una Simone tierna y sensible que tenía palabras más apasionadas para Algren que para Sartre. Menos de una década después, en 2004, se publicó en francés su correspondencia con Jacques-Laurent Bost, en la cual queda patente que, durante los primeros diez años de su pacto con Sartre, Beauvoir mantuvo otra ardiente relación con un hombre que le fue fiel hasta el día de su muerte. Fue una revelación sorprendente que desplazó a Sartre del cenit romántico que ocupaba en la imaginación de los lectores. Sartre se esforzó en explicar el papel decisivo que Beauvoir desempeñaba en su vida intelectual, reconociendo públicamente su profunda influencia crítica en el desarrollo de su propia obra. Pero, si queremos evaluar la vida de Beauvoir, tenemos que desplazar a Sartre de su centro.

Durante la última década han aparecido más publicaciones y documentos que describen a Beauvoir con mayor nitidez. Sus diarios estudiantiles —que muestran el desarrollo de su filosofía *antes* de conocer a Sartre, así como sus primeras impresiones sobre la relación establecida entre ambos— revelan que la vida que ella vivía era muy distinta de la que narraba en sus escritos. Sus diarios se publicaron en Francia en 2008, pero todavía no están traducidos en su totalidad, por lo que ese período de su vida no es muy bien conocido fuera de los círculos académicos. Y en 2018 los investigadores pudieron acceder a nuevos materiales, incluso a las cartas que escribió Beauvoir al único amante con el que vivió y el único al que tuteaba: Claude Lanzmann. [22] Ese mismo año se publicó en Francia una edición en dos volúmenes de los diarios de Beauvoir, con fragmentos inéditos y apuntes de trabajo para sus manuscritos. Además de estas

publicaciones, durante los últimos años Margaret Le Bon de Beauvoir, directoras de la colección Beauvoir, se han encargado de localizar, traducir y editar o reeditar muchos de los primeros escritos de Simone de Beauvoir, desde sus ensayos filosóficos sobre ética y política hasta artículos para las revistas *Vogue* y *Harper's Bazaar* .

Este nuevo material muestra que Beauvoir omitió muchos detalles en sus memorias, pero también desvela algunos de los motivos de esas omisiones. En esta era saturada de información y publicidad digital, resulta difícil imaginar hasta qué punto la autobiografía de Beauvoir desafiaba las ideas convencionales en materia de privacidad. Sus cuatro volúmenes (o seis, contando las narraciones sobre la muerte de su madre y la de Sartre) crearon una sensación de íntima familiaridad con sus lectores. Pero Beauvoir nunca prometió contarlo todo: de hecho, les dijo a sus lectores que había desdibujado algunas cosas intencionadamente. [23]

El material más reciente —los diarios y las cartas inéditas a Claude Lanzmann— muestra que no solo evitaba mencionar a sus amantes, sino que además ocultaba la génesis de su filosofía del amor y el influjo de su ideología sobre Sartre. A lo largo de su vida se vio acosada por personas que dudaban de su competencia o de su originalidad, insinuando incluso que Sartre le escribía los libros. Hasta del «colosal edificio» que es *El segundo sexo* se dijo que estaba basado en «dos postulados insustanciales» que Beauvoir habría tomado prestados de *El ser y la nada* ; la acusaron de citar las obras de Sartre «como si fueran un texto sagrado». [24] En algunos de sus escritos, Beauvoir tacha estas infravaloraciones de burdas falsedades; pero lo cierto es que la afligieron durante la vida y la persiguieron incluso después de su muerte: además del obituario que la tildó de simple divulgadora, en otra necrológica se afirmó con desdén que Beauvoir era «incapaz de inventar nada». [25]

El lector actual tal vez se sorprenda de que acusaran a una mujer como ella de falta de originalidad. Pero era (y por desgracia sigue siendo) una descalificación utilizada con frecuencia contra las escritoras, quienes a menudo la interiorizaban. Beauvoir tenía obviamente sus propias ideas, algunas de las cuales se parecían mucho a las que hicieron famoso a Sartre; en una ocasión publicó un artículo con su nombre porque él estaba demasiado ocupado para escribirlo, y nadie se dio cuenta. Sartre reconoció que fue idea de ella que *La náusea* fuera una novela en lugar de un abstracto tratado filosófico, y que Beauvoir era una crítica rigurosa gracias

a cuya perspicacia pudo mejorar todos sus manuscritos antes de su publicación. Durante las décadas de 1940 y 1950 Beauvoir escribió y publicó sus propios ensayos filosóficos, criticó a Sartre y con el tiempo hasta le hizo cambiar de opinión. En su última autobiografía, Beauvoir se defendió de los ataques contra su propio talento, afirmando abiertamente que ella tenía su propia filosofía sobre el ser y la nada antes de conocer a Sartre (quien sin embargo escribió el célebre ensayo filosófico del mismo título), y que no sacaba las mismas conclusiones que él. Pero esa reivindicación de su independencia y originalidad no fue escuchada, como tampoco lo fue la afirmación de que algunas ideas «sartrianas» no eran realmente de Sartre.

Esto me lleva a la segunda respuesta a la pregunta de por qué deberíamos reconsiderar ahora la vida de Simone de Beauvoir. Las biografías revelan aquello que le importa a una sociedad, aquello que en realidad valora, por lo que, encontrando los valores de otra persona en otro tiempo, podemos aprender más cosas acerca de nuestra propia época. *El segundo sexo* criticó muchos «mitos» de la feminidad porque eran las proyecciones de los miedos y fantasías de los hombres con respecto a las mujeres. [26] Muchos de esos mitos nos impiden considerar a las mujeres como sujetos agentes, como seres humanos que toman decisiones y desarrollan proyectos para su vida, que quieren amar y ser amadas como tales, y que sufren cuando son vistas por los demás como simples objetos. Antes de conocer a Sartre, el año anterior a la discusión con su padre sobre el sentido del amor, la joven Beauvoir escribió en su diario: «Hay varias cosas que detesto del amor». [27] Sus objeciones eran de naturaleza ética: los hombres no estaban sometidos a los mismos ideales que las mujeres. En el entorno en el que se crio, llegar a ser un yo ético suponía aprender a «amar al prójimo como a ti mismo». Pero Beauvoir veía que ese precepto casi nunca se aplicaba: las personas parecían quererse a sí mismas demasiado o demasiado poco; ningún ejemplo tomado de los libros o de la vida satisfacía sus expectativas.

Hay muchas dudas sobre si los amores de Beauvoir satisficieron sus expectativas. Pero sí sabemos que ella tomó la decisión de vivir una vida filosófica, una vida de reflexión guiada por sus propios valores intelectuales, una vida libre. Decidió llevar a cabo su propósito escribiendo en diferentes estilos literarios y apoyándose en toda una vida de conversaciones con Sartre. Conviene reconsiderar la vida de Beauvoir

porque Sartre y ella estaban unidos en la imaginación popular por una palabra muy ambigua —«amor»—, y este era un concepto que ella misma examinó desde el punto de vista filosófico durante años.

Volver a analizar la vida de Beauvoir también es importante porque con el paso del tiempo a ella empezó a disgustarle cómo describían su vida, cómo el personaje «Simone de Beauvoir» se alejaba de la idea del matrimonio convencional para quedar subsumido en una trama erótica distinta. Incluso después de su muerte, las hipótesis más extendidas sobre «lo que quieren las mujeres» y «lo que pueden hacer» siguieron influyendo en la manera de recordar la vida de Simone de Beauvoir. Tanto desde el punto de vista romántico como desde el intelectual, se la presentaba como la presa de Sartre.

Desde la perspectiva romántica, la idea de que Beauvoir era la víctima de Sartre se basa en la suposición de que, en lo que respecta al «amor», todas las mujeres, si son sinceras consigo mismas, aspiran a una monogamia para toda la vida. A lo largo de los cincuenta años que duró la «legendaria pareja», Sartre cortejó en público a numerosas mujeres «contingentes». Beauvoir, a su vez, *parecía* (porque no las menciona en sus memorias) mantener pocas relaciones contingentes con otros hombres, todas las cuales terminaron cuando ella tenía cincuenta y pocos años. Partiendo de esa base, algunas personas llegaron a la conclusión de que Sartre la convenció para que aceptase una relación de explotación en la que ellos, pese a no estar casados, representaban los consabidos papeles de mujeriego irresponsable y mujer fiel. A veces, la vida de Beauvoir se interpreta como una consecuencia natural de las normas patriarcales, según las cuales una mujer madura o intelectual no era tan deseable como un hombre de las mismas características. Y, en ocasiones, ella misma es víctima de su propia insensatez. Como dijo Bianca Lamblin, una alumna suya: Beauvoir «sembró la semilla de su propia infelicidad» al rechazar el matrimonio y la familia. [28] Louis Menand escribió en *The New Yorker* que «Beauvoir era extraordinaria, pero tampoco era de hielo. Aunque sus relaciones fueron casi siempre aventuras amorosas, de cada página que escribió se desprende que habría renunciado a todas si hubiera podido tener a Sartre solo para ella».

En cambio, los diarios estudiantiles de Beauvoir muestran que, a las pocas semanas de conocer a Sartre, le asignó ya un papel irreemplazable; estaba tan contenta de haberlo conocido que escribió: «Lo llevo en el

cuerpo y en el corazón, y, sobre todo *(pues en mi cuerpo y en mi corazón podría llevar a otros)* , es el amigo incomparable de mi pensamiento». [29] Era más amistad que amor, según le contó a Nelson Algren en una carta, porque a Sartre «no le interesa demasiado el sexo. Es un hombre cálido y animado en cualquier circunstancia, pero no en la cama. Me di cuenta en seguida, aunque tuviera poca experiencia; y, poco a poco, me empezó a parecer inútil, e incluso indecoroso, seguir siendo amantes». [30]

¿Fue acaso «la gran historia de amor del siglo XX » la historia de una amistad?

Desde el punto de vista intelectual, Beauvoir también ha sido retratada como una víctima de Sartre, del patriarcado o del fracaso personal. ¿Interiorizó Beauvoir la misoginia? ¿Dudaba de su propia capacidad para la filosofía? A lo largo de su vida, Beauvoir fue acusada de «popularizar» las ideas de Sartre. Se la ha comparado con un espejo de aumento, que tiene «la mágica y deliciosa capacidad de reflejar la imagen de un hombre al doble de su tamaño real». [31] Y, lo que es peor, se la ha acusado de adoptar complacida ese rol reflectante.

Pero resulta difícil saber hasta qué punto esa posición supuestamente «secundaria» es cosa de los mismos Beauvoir y Sartre y hasta qué punto hay que atribuirlo al extendido sexismo cultural. Sabemos que, incluso en la actualidad, a las mujeres se las suele presentar desde el punto de vista de sus relaciones (personales o familiares) antes que desde la perspectiva profesional; que para describirlas se usan más los verbos pasivos que los verbos de acción; que son objeto de distinciones negativas (por ejemplo, «pese a ser una mujer, Simone pensaba como un hombre») y que se las parafrasea en vez de citarlas con sus propias palabras.

Los comentarios sobre la carrera de Beauvoir nos proporcionan incontables ejemplos acerca de su repretentación pública, de cómo era considerada un doble adocenado de Sartre o algo peor:

***The New Yorker* , 22 de febrero de 1947**
«Es el equivalente femenino de Sartre.» «La existencialista más guapa que conocemos.»

**William Barrett (filósofo), 1958**
«Esa mujer, su amiga, la que escribió un libro sobre reivindicaciones femeninas.» [32]

***Le Petit Larousse* , 1974**
«Simone de Beauvoir: una mujer de letras, la discípula de Sartre.»

***The Times* (Londres), 1986**

«En su pensamiento político y filosófico, Beauvoir sigue el ejemplo de Sartre.» [33]

***Le Petit Larousse* , 1987**
«Simone de Beauvoir, la discípula y compañera de Sartre, es una apasionada feminista.»

**Deirdre Bair, primera biógrafa de Beauvoir, 1990**
La «compañera» de Sartre, la que «aplica, difunde, aclara, defiende y administra» sus «principios filosóficos, estéticos, éticos y políticos». [34]

***The Times Literary Supplement* , 2001**
«¿Esclava sexual de Sartre?» [35]

Como muchas de las opiniones de Beauvoir no han estado a nuestra disposición hasta hace relativamente poco, algunos de sus comentaristas más perspicaces nos la han presentado como una mujer que sucumbió pasivamente a los encantos de Sartre. Desde el punto de vista intelectual, Beauvoir ha sido descrita como una «filósofa encubierta» que renunció a la filosofía (subordinándose a Sartre) porque consideraba que el éxito intelectual era «*incompatible con la seducción* ». [36] Desde el punto de vista romántico, Toril Moi describe la relación de Beauvoir con Sartre como «el único lugar sacrosanto de su vida que estaba protegido incluso de su propia atención crítica». [37] bell hooks sostiene que «Beauvoir consintió pasivamente que Sartre se adueñase de sus ideas sin citar siquiera la fuente». [38] Pero, desde el punto de vista personal, Beauvoir se mostró crítica con Sartre desde los primeros momentos de su relación; y, desde la perspectiva filosófica, defendió su propia originalidad, aunque también es cierto que esa defensa se acentuó más adelante, cuando se dio cuenta de lo exageradas y unilaterales que eran las consideraciones sobre la influencia de Sartre en su propio pensamiento.

Además de aparecer como una víctima explotada, Beauvoir ha sido descrita también como una arpía explotadora. La publicación póstuma de su correspondencia con Sartre y de sus diarios de la Segunda Guerra Mundial reveló que, a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, había mantenido relaciones sexuales con tres mujeres que habían sido alumnas suyas. En algunos casos, Sartre tenía después relaciones con ellas. Ya es bastante lamentable, objetan algunos, que se aprovechara de mujeres mucho más jóvenes que ella, pero ¿acaso las estaba «preparando» para Sartre? La pareja del pacto valoraba ciertamente el hecho de decir la verdad, pues era una parte fundamental de la mitología creada en torno a su relación. Así pues, los detalles de sus tríos, cuando salieron a la luz, provocaron tanto

asombro como indignación y destruyeron su reputación: «Resultó que estos dos defensores de la verdad engañaban continuamente a unas jovencitas emocionalmente inestables». [39]

Pero, una vez más, el desdén que suscitaron fue sospechosamente asimétrico: ya fuera porque era mujer o porque era la mujer que escribió *El segundo sexo* , el caso es que resultaba mucho más sorprendente que *ella* se comportase de semejante manera. En 2009, cuando su *Diario de guerra* se publicó en inglés, una indignada crítica literaria tituló su reseña «La mentira y la nada», manifestando su estupefacción ante tantas «páginas vergonzosas» incluidas en aquellas memorias. [40] Para algunos lectores, aquella Beauvoir solo se interesaba por sí misma y sus novelas eran pura vanidad. En 1991, cuando se publicó la edición inglesa de su correspondencia con Sartre, Richard Heller calificó de «insulsa» a Simone de Beauvoir y lamentó la «naturaleza narcisista y desmoralizadora de aquellos textos». [41]

Quizá los lectores tengan la tentación de dejar de lado a Beauvoir cuando vean la forma en que describía a aquellas tres mujeres. Una de sus amantes —con la que mantuvo la amistad hasta su muerte— escribió unas memorias tras la publicación póstuma de las cartas de Beauvoir a Sartre. Aunque aparecieran varias décadas después de su redacción, al leerlas se sintió utilizada y traicionada. ¿A quién deberíamos creer y en qué momento? ¿Qué sentido tenían todas esas acusaciones vertidas contra la misma mujer que luego escribió una rigurosa ética exigiendo que se tratara a las mujeres con el respeto debido, conforme a su dignidad como personas libres y conscientes? No olvidemos que la palabra «sexismo» fue incorporada al diccionario de la lengua francesa gracias a la propia Beauvoir. [42] Fue admirada por feministas como Toril Moi y bell hooks, que la consideraban «la intelectual más emblemática del siglo XX », «la única escritora y pensadora que había vivido con plenitud la vida intelectual que yo anhelaba». [43]

La respuesta a esas preguntas es importante porque las feministas invocan la autoridad de Beauvoir para legitimar sus propias reivindicaciones, tanto si esta concordaba con ellas como si no. «Simone de Beauvoir» se ha convertido en un producto de consumo feminista y posfeminista; «una imagen corporativa, una persona convertida en una marca». [44] Pero la percepción de las marcas suele ser muy cambiante. Si bien algunas feministas elogiaron su perspicaz análisis de la opresión de

que eran objeto las mujeres, sus críticas a los ideales del amor enfurecieron a algunas de sus contemporáneas, quienes contraatacaron menospreciándola e insultándola. Cuando en mayo de 1949 Beauvoir publicó un pasaje de *El segundo sexo* en el que sostiene la idea de que las mujeres no buscan una guerra de los sexos, sino que quieren (entre otras cosas) sentir «el deseo y el respeto» de los hombres en la vida sexual, François Mauriac preguntó con sarcasmo: «¿[Es] una revista filosófica y literaria el lugar adecuado para tratar el tema que propone Madame Simone de Beauvoir?». [45] Cuando Pascal se preguntaba si el amor y la justicia entraban en conflicto, estaba haciendo filosofía. Cuando Kant y Stuart Mill analizaron la función del amor en la ética, estaban haciendo filosofía. [46] Pero cuando Beauvoir llevó el debate sobre el amor y la justicia al terreno de las relaciones íntimas entre hombres y mujeres, la llamaron «Madame» —con el fin de resaltar su vergonzosa condición de soltera— y la acusaron de bajar el listón.

*A posteriori* , da la impresión de que Beauvoir era el objetivo de una ofensiva *ad feminam* : si los críticos conseguían reducirla a un *fracaso* como mujer, destacando su desviación de la feminidad, o su fracaso como pensadora, porque carecía de originalidad y se lo debía todo a Sartre, o su fracaso como ser humano, destacando la desviación de sus propios ideales éticos, entonces sus ideas no merecerían un análisis profundo.

Evidentemente, tanto los hombres como las mujeres pueden enfrentarse a la falacia con un argumento *ad hominem* , esto es, con una estrategia argumentativa que distrae la atención del asunto objeto de debate para arremeter contra el carácter de la persona que discute o contra los motivos que la impulsan. Pero a Beauvoir no la acusaron solamente de tener una personalidad débil y una motivación endeble; también se la acusó de ir en contra de la naturaleza, de ser un fracaso *como mujer* . Las últimas investigaciones psicológicas indican que las mujeres que alcanzan posiciones denominadas *agentivas* —es decir, posiciones en las que muestran autoridad gracias a la aptitud, la seguridad en sí mismas y la firmeza de carácter— suelen ser castigadas con «penas de dominancia social». Si las mujeres rompen las jerarquías de género, alcanzando posiciones altas y tradicionalmente masculinas, por lo general se las considera arrogantes o autoritarias, y se las penaliza «poniéndolas en su sitio» —a veces de manera inconsciente— a fin de preservar la jerarquía de género. [47]

Beauvoir transgredió esta jerarquía tanto en la teoría como en la práctica: intentó vivir la vida conforme a sus ideas, que curiosamente irritaban tanto a los hombres como a las mujeres. En este sentido, su historia —la de ella sola y la de su relación con Sartre— nos plantea interrogantes sobre lo que es verdad con respecto a esta mujer y a este hombre, pero también acerca de lo que podemos afirmar con certeza respecto a los hombres y las mujeres en general. En el panorama intelectual de nuestros días, cada vez se concede menos valor a las categorías generales de «hombre» y «mujer»; es más, las categorías mismas han sido puestas en tela de juicio. Pero, como veremos más adelante, a Beauvoir se la penalizaba muchas veces por tener la audacia de pensar en tales divisiones.

La propia filosofía de Beauvoir —desde sus diarios de estudiante hasta su último trabajo teórico sobre *La vejez*— establecía una diferencia entre dos aspectos de la conversión en uno mismo: la visión «desde dentro» y la visión «desde fuera». En su caso, para acercarnos a la visión «desde dentro», tenemos que basarnos casi exclusivamente en sus memorias. Hay motivos para dudar de lo que cuenta en ellas, por lo que he puesto de relieve las omisiones o contradicciones existentes en estos relatos, que ahora podemos observar gracias a los textos nuevos que han salido a la luz.

También he querido resaltar cómo cambiaba la percepción de su propio devenir a medida que envejecía. Sabemos que la imagen que de sí mismos que tienen los seres humanos se va modificando con el paso del tiempo; las investigaciones psicológicas muestran que el concepto de uno mismo cambia y que nuestros recuerdos se adaptan a él. [48] También sabemos que los seres humanos se presentan de distintas maneras en función de sus interlocutores. Para analizar algunas partes de la vida de Beauvoir contamos con sus cartas y diarios confidenciales, pero las cartas se escriben siempre para un lector en concreto, y los diarios también pueden escribirse con la vista puesta en la posteridad. Voltaire decía que lo único que les debemos a los muertos es la verdad; [49] pero, entre las historias que nos contamos a nosotros mismos, las historias que les contamos a los demás y las historias que cuentan de nosotros, ¿dónde está la verdad?

Esa pregunta no tiene una respuesta sencilla, y se complica aún más cuando la biografiada es una mujer. Como señala Carolyn Heilbrun: «Las biografías de mujeres, si es que alguien las escribe, se redactan bajo la coacción de un debate en términos asumibles, de un acuerdo con respecto a lo que se puede omitir». [50] La vida de Beauvoir desafiaba los

convencionalismos; dejando de lado las consideraciones sobre la intimidad de los demás y la legitimidad de lo que escribía, si hubiera sido completamente sincera con respecto a su vida, todas esas revelaciones habrían sido aún más bochornosas para ella (y más alienantes para sus lectores). Por eso omitió gran parte de sus ideas filosóficas y de sus relaciones personales; es decir, no incluyó su «visión desde dentro». Son muchas las razones que podrían haberla llevado a actuar así, y por eso las iremos examinando a medida que vayan surgiendo en el contexto de su vida. Pero dado que Beauvoir era filósofa, antes debemos preguntarnos *por qué* es importante una biografía que aborde su vida y su obra.

Algunos filósofos consideran que no vale la pena leer la vida de los grandes pensadores porque sus ideas están en las páginas de sus obras. Con independencia de lo interesante o aburrida que sea la vida del filósofo en cuestión, no hay que meterla en el mismo saco que su filosofía. Por el contrario, hay quienes creen que la obra de una persona no puede entenderse sin conocer su vida, y que la información sobre la vida de un filósofo es necesaria para comprender el verdadero significado de su obra. El primer enfoque tiene el problema potencial de que su ahistoricidad produce en ocasiones malentendidos: por ejemplo, esta forma de leer la filosofía ha generado la falsa idea de que fue Sartre quien desarrolló la ética existencialista (a pesar de que la obra de Beauvoir sobre esta cuestión se escribió y se publicó antes, y de que Sartre no publicó nada al respecto durante su vida).

El segundo enfoque tiene la desventaja de que puede acabar *reduciendo* a los seres humanos a efectos ajenos a sus causas. Las biografías «reduccionistas» suelen aplicar un método que concede mucha importancia a la vida de la persona, en vez de dejar que la vida hable por sí misma. Estos enfoques son muy iluminadores, pero también pueden eclipsar a los propios protagonistas, retratándolos como si fueran producto de su infancia o de su clase social, en vez de ser fruto del yo en que han decidido convertirse. [51]

La propia Beauvoir se habría resistido a una distinción entre «vida» y «obra» tan rudimentaria como esta, como si la «obra» no estuviera viva y la «vida» no necesitara de una obra. Uno de sus principales argumentos filosóficos es que todo ser humano se encuentra *situado* en un contexto particular, dentro de un cuerpo particular, en un lugar y tiempo particulares, en el ámbito de una trama particular de relaciones. Esta situación determina

la capacidad de cada persona para imaginar el lugar que ocupa en el mundo, y va cambiando con el paso del tiempo. Pero, en el caso de las mujeres, dicha situación ha estado condicionada por siglos de sexismo.

Al escribir sobre la vida de Beauvoir nos encontramos con otro tipo de reduccionismo, pues, además de examinar su vida basándonos en las experiencias formativas de su infancia y en otras perspectivas psicoanalíticas, o en consideraciones económicas, jerárquicas o sociales, debemos tener en cuenta las estructuras del sexismo. Ahora sabemos que sus escritos han sido recortados o mal traducidos al inglés y que las omisiones o los errores de traducción alteraron el rigor filosófico y el mensaje político de toda su obra. Pero el hecho de que sus escritos hayan sufrido semejante alteración nos plantea la pregunta de *por qué* . En el siglo XXI, el «feminismo» sigue siendo un concepto difuso con significados múltiples. La «libre elección» de una mujer es la «opresión» de otra. La ironía de un hombre es el sexismo de otro. Y ese es precisamente el tipo de ambigüedad que exploró Beauvoir en su madurez.

En sus escritos filosóficos y autobiográficos, el conflicto entre libertad y coacción resulta fundamental para el proceso del devenir ético. Sus obras literarias también exploraron esas cuestiones, aunque no cabe ninguna duda respecto a la relación con su propia experiencia vital. En *La sangre de los otros* (1945), el personaje de Hélène se opone a que sus pensamientos y su conducta queden reducidos a su baja extracción social: «Es ridículo tener que estar siempre explicando el comportamiento de las personas en función de circunstancias externas; es como si lo que pensamos y lo que somos no dependiera de nosotros mismos». [52] Y su filosofía también exploró ese conflicto. En el ensayo *Para una moral de la ambigüedad* , Beauvoir escribió que «el concepto mismo de acción perdería su significado si la historia consistiera en un flujo mecánico en el que el hombre aparece solo como un conductor pasivo de fuerzas externas». [53]

Esta biografía no pretende entender a la *verdadera* Beauvoir, porque ningún biógrafo tiene un punto de vista divino sobre la vida humana. Antes bien, este libro aspira a recorrer el peligroso terreno que se extiende entre la compartimentación de la vida y la obra de Beauvoir, por un lado, y la reducción de la obra a la vida misma, por otro. Pretende acreditar la idea de que sus acciones dependían de ella misma, además de reconocer —junto con Beauvoir— que una parte del devenir mujer consiste en no tener el control de todos los aspectos de la persona que vas a llegar a ser. En *El*

*segundo sexo* nos dice que las mujeres están «condenadas a no poseer más que un poder precario: esclavas o ídolos, jamás han sido ellas mismas quienes han elegido su destino». [54] Más adelante se dio cuenta de que necesitaba ser «Simone de Beauvoir» por su imagen pública, y de que la imagen tenía un extraordinario poder; pero su filosofía la obligaba a pensar que lo único que podía hacer era seguir convirtiéndose en ella misma.

Beauvoir sintió la vocación de ser escritora desde los quince años, pero no siempre le gustó aquello en lo que se estaba transformando. En uno de sus primeros ensayos filosóficos, titulado *¿Para qué la acción?* (*Pyrrus et Cinéas* ), dice que ningún ser humano quiere siempre lo mismo durante toda la vida: «No hay un instante en la vida en que todos los instantes estén reconciliados». [55] A veces, Simone de Beauvoir sentía que su vida era como un manantial del que bebían otras personas. A veces se sentía apabullada por las dudas o lamentaba profundamente la forma en que se trataba a sí misma y en que trataba a los demás. Cambiaba de opinión y hacía cambiar de opinión a otras personas. Luchaba contra la depresión. Amaba la vida, pero tenía miedo de envejecer y le aterraba la muerte.

Cuando estaba llegando al final de sus días, Beauvoir aceptó ser entrevistada por Deirdre Bair para que esta escribiese su biografía, en parte porque Bair quería escribir sobre *toda* su vida, y no solo sobre su visión del feminismo. [56] A Beauvoir no le gustaba que su vida quedase reducida a una sola dimensión. El libro de Bair —la primera biografía póstuma (1990), a la que tantos recurren para conocer la vida de la filósofa francesa— tiene la ventaja de ofrecer muchas entrevistas con la propia Beauvoir. Pero en ciertos aspectos no hace más que volver a contar la historia que ella misma había hecho pública.

Esta es la primera biografía de Beauvoir que se basa en la historia no revelada por ella: muestra su formación intelectual antes de conocer a Sartre, y por qué desarrolló y defendió su propia filosofía de la libertad, por qué escribió novelas que apelaban a las libertades de sus lectores, por qué la escritura de *El segundo sexo* le cambió la vida y por qué recurrió a la autobiografía y al activismo feminista para ser una intelectual cuyas obras dejaran huella no solo en la imaginación de los lectores, sino también en sus condiciones de vida.

La redacción de este libro ha sido tremendamente difícil, en ocasiones incluso tormentosa. Beauvoir fue una persona cuyo recuerdo no quiero distorsionar, ni siquiera en sus aspectos más desconcertantes, asombrosos o

perturbadores. Por muy bien documentada que esté una vida, toda esa documentación no es la vida en sí. En este aspecto he sido bastante selectiva, aunque soy consciente de que actúo guiada por mis propios intereses y de que dependo de una información que ya ha sido seleccionada antes por la propia Beauvoir. He intentado mostrar su humanidad en toda su amplitud: la seguridad en sí misma y las constantes dudas; la energía y la desesperación; los gustos intelectuales y las pasiones de la carne. No he mencionado todas sus conferencias, ni a todos los amigos ni a todos los amantes. Pero lo que sí he incluido ha sido su filosofía porque sin esta no podía ser fiel a sus contradicciones o sus aportaciones.

Beauvoir vivió una vida impresionante: fue una trotamundos que se cruzó con Picasso, Giacometti, Josephine Baker, Louis Armstrong y Miles Davis, por no hablar de las grandes figuras literarias, filosóficas y feministas del siglo XX . Charlie Chaplin y Le Corbusier asistían a las fiestas que se celebraban en su honor en Nueva York, donde en una ocasión dijo haberse fumado seis porros sin colocarse. [57] Pero sin la filosofía, Simone de Beauvoir no habría llegado a ser «Simone de Beauvoir», y esto es importante por dos razones igualmente cruciales: porque el mito de que Beauvoir era discípula de Sartre se ha mantenido durante demasiado tiempo, y porque sus discrepancias y sus constantes discusiones son una parte fundamental de su devenir.

Pero solo son una parte. En 1963, Beauvoir escribió que

> la dimensión pública de la vida de un escritor no es más que una dimensión aislada de su existencia, y creo que todo lo que tiene relación con mi carrera literaria es solo un aspecto de mi vida privada. Y eso es exactamente lo que yo intentaba determinar, tanto para mí como para mis lectores: qué significa tener una existencia pública desde un punto de vista particular. [58]

Beauvoir era crítica con la filosofía de Sartre y con su amor; y, sin embargo, él siguió siendo para ella, como al poco de conocerlo, «el amigo incomparable de su pensamiento». Sus ideas, demasiado provocadoras para sus contemporáneos, fueron silenciadas, ridiculizadas y despreciadas. Eligió una vida que le permitiera escribir sobre ellas porque valoraba su propia mente y estaba convencida de su fecundidad. A los diecinueve años, Beauvoir escribió en su diario que «la parte más profunda» de su vida eran sus ideas. [59] Y, pese a lo que había llegado a ser en la vida, cincuenta y nueve años después, una Beauvoir al filo de los ochenta seguía insistiendo en lo mismo: «Lo más importante para mí era la mente». [60]

Virginia Woolf dijo que «hay historias que cada generación debe contar de nuevo». [61] Pero en el caso de Beauvoir gran parte de su historia es demasiado invisible para que nadie la cuente. El relato que leemos en sus diarios y en su correspondencia —acerca de su amor a la filosofía y su inaudita manera de amar— cambia la forma en que se ha visto después su vida.

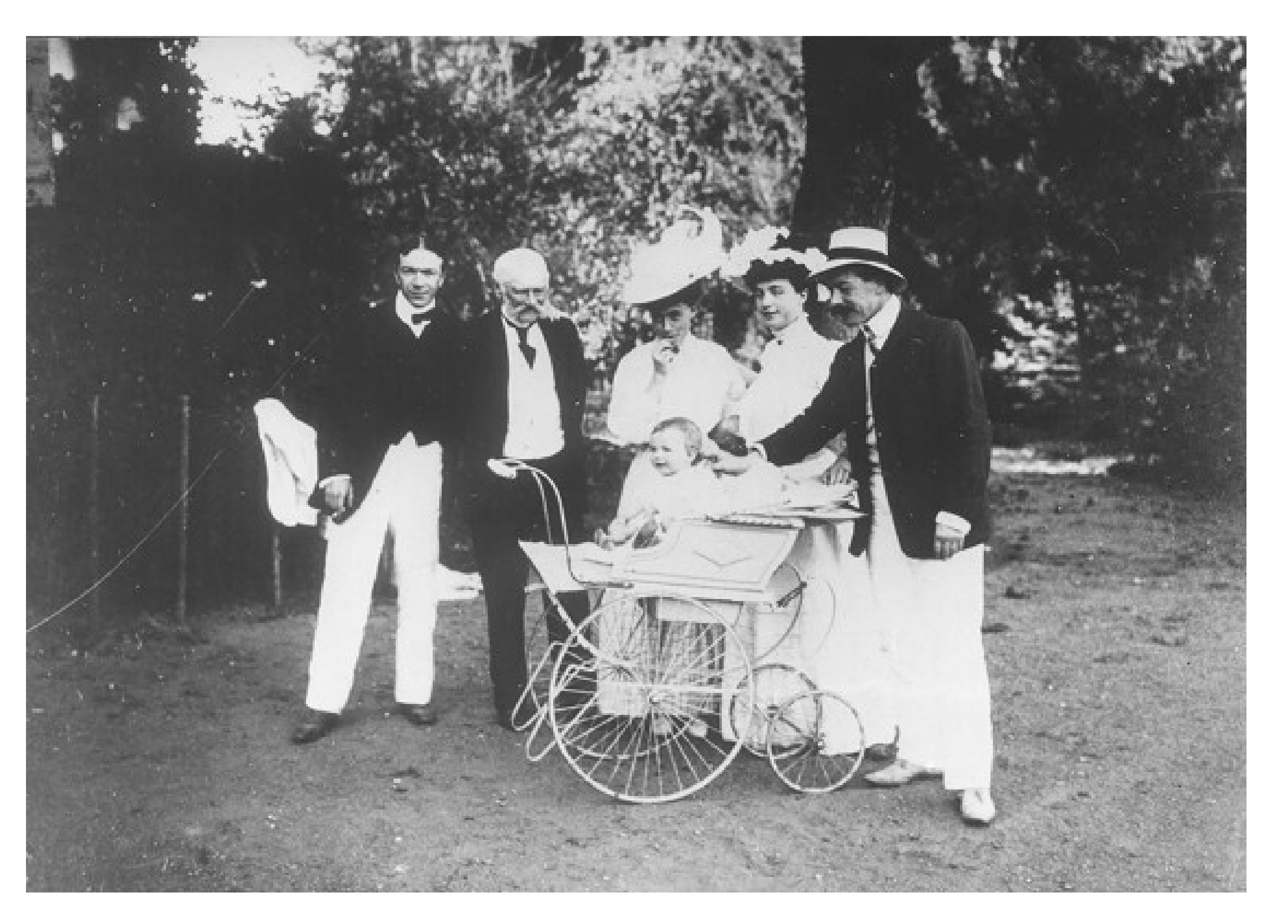


ILUSTRACIÓN 1. Simone de Beauvoir rodeada de su familia paterna en Meyrignac, en el verano de 1908. De izquierda a derecha: Georges, Ernest (el abuelo de Simone), Françoise, Marguerite (tía de Simone) y su marido Gaston (hermano de Georges).

# CAPÍTULO 1

## Crecer como una niña

Simonne Lucie Ernestine Marie Bertrand de Beauvoir nació a las cuatro y media de la madrugada del día 9 de enero de 1908 en el distrito VI de París, en un ambiente social prácticamente irrespirable. [1] El primer soplo de aire fresco que entró en sus pulmones lo hizo por las ventanas de un segundo piso que daba al bulevar Raspail; a los cuatro años, la pequeña Simone ya era capaz de extraer sus tarjetas de presentación del estuche de terciopelo que llevaba consigo cuando acompañaba a su madre en sus visitas. [2] Beauvoir vivió durante casi toda su vida en este elegante barrio de París, pero, cuando nació, la fortuna de la familia se estaba viendo seriamente mermada.

Los Bertrand de Beauvoir, originarios de Borgoña, pertenecían a la alta burguesía. Uno de sus antepasados obtuvo un título nobiliario en 1786, que solo le sirvió para que lo decapitaran poco después de la Revolución, en 1790. Pese a haber ocurrido un siglo antes de su nacimiento, este incidente ha dividido a los biógrafos de Beauvoir, quienes discrepan en su valoración del estatus de la familia. Bair, por ejemplo, hace hincapié en el linaje de los Beauvoir, mientras que Hélène, la hermana de Simone, le concede mucha menos importancia. Tras la decapitación de su venerable antepasado, la familia no sacó mucho partido de sus aspiraciones aristocráticas. [3]

No obstante, seguían conservando tierras y hasta un *château* en Lemusín. Pero el padre de Simone, Georges de Beauvoir, no era el primogénito, por lo que no podía heredarlas. Derrochaba encanto y talento intelectual, pero sus aspiraciones no coincidían con las de sus padres, pues él quería ser actor. Su padre lo animó a elegir una profesión más respetable, y al final triunfaron las buenas costumbres: Georges estudió Derecho y trabajó en el bufete de un conocido abogado parisino. No era ambicioso: ni su padre ni su hermano habían tenido que trabajar para ganarse la vida, y,

aunque su madre intentó inculcarle el valor del trabajo, este no hizo mella en él. Pero como quería casarse, terminó dejando su puesto de secretario para ejercer por su cuenta, con la esperanza de que sus perspectivas de futuro mejoraran.

En la sociedad comercial de su padre se le presentó una candidata magnífica: Françoise Brasseur, una joven procedente del norte y con una dote considerable. Aunque su nombre no llevaba preposiciones aristocráticas (como el «de» en Bertrand de Beauvoir), los Brasseur tenían mucho más dinero que los Beauvoir. Gustave Brasseur, el padre de la novia, era un próspero banquero de Verdún. Françoise era la hija primogénita, pero también la menos querida, porque su nacimiento frustró las esperanzas de Gustave, que anhelaba tener un heredero varón. De pequeña se educó en un convento y sus padres apenas se ocuparon de ella, hasta que se vieron en dificultades económicas y entonces se acordaron de que Françoise ya estaba en edad de casarse. Aquella no fue la única vez en que los Brasseur mostraron su decepción por el nacimiento de una niña: después de habérselo hecho sufrir a su hija, Françoise volvió a padecerla al convertirse en madre de una niña, y a lo largo de su vida tan solo recibió frialdad por parte de sus padres. [4]

Los Brasseur y los Beauvoir se encontraron en 1905 en un terreno neutral: el balneario de Houlgate, en tierras normandas. A Françoise no le hacía demasiada ilusión el encuentro, pero estaba nerviosa por el ritual con el que debía cumplir: según la tradición, el pretendiente tenía que verla por primera vez siguiendo un guion minuciosamente preestablecido. Ella debía permanecer en el hotel junto con sus compañeras del convento, en un entorno que reflejara su belleza y su posición social, y luego el pretendiente tenía que valorar las aptitudes de su posible compañera cuando esta presidiera la tertulia y sirviera a los invitados el té. Unas semanas después, Georges se le declaró formalmente y, aunque era un matrimonio de conveniencia, para cuando se celebró la boda, el 26 de diciembre de 1906, los cónyuges ya estaban firmemente unidos por los lazos del amor. [5]

Simone recordaba que, en su infancia, sus padres mantenían una relación apasionada, tanto física como emocionalmente. [6] Ella nació justo un año después del enlace matrimonial. Aunque eran felices, ambos seguían intentando combinar sus vidas y sus esperanzas; por entonces su madre contaba veintiún años de edad, y su padre, diez más. El estatus social de Georges se reflejaba en la dirección elegida —103, bulevar de

Montparnasse—, pero no así en el mobiliario de la casa. Georges quería recrear el esplendor de la mansión paterna, mientras que Françoise era una joven provinciana más bien desconcertada por la sociedad en la que había de desenvolverse.

Pese a sus diferencias (o tal vez porque las circunstancias las mantenían latentes), durante unos meses la familia disfrutó de una vida colmada de felicidad y armonía. La sirvienta, Louise, se ocupaba de bañar y alimentar a Simone, así como de la cocina y de las demás tareas domésticas. Georges iba todas las mañanas al Tribunal de Apelación, y a menudo regresaba del trabajo con un ramo de las flores favoritas de su mujer. Ambos jugaban con el bebé hasta que Louise lo acostaba, cenaban en cuanto esta les servía en la mesa del comedor, y pasaban la tarde entre la lectura en voz alta y el bordado. Georges asumió la responsabilidad de proporcionar a su mujer la cultura apropiada para su clase; y Françoise, por su parte, asumió la responsabilidad de no aprender más de lo que convenía a su sexo.

Dos años y medio después de la boda, el matrimonio no había recibido aún la dote de Françoise, porque su padre, caído en desgracia, tuvo que huir de Verdún. En julio de 1909, el banco de Gustave Brasseur recibió una petición de liquidación, y todos sus bienes fueron incautados para satisfacer la deuda, incluidas las propiedades personales de la familia Brasseur. Para mayor deshonra, el propio Gustave acabó en la cárcel, donde estuvo trece meses antes de ser juzgado y condenado a cumplir quince meses más. Pero, como aún conservaba algo de su antigua influencia, fue puesto en libertad antes de lo previsto. Tras su liberación se trasladó a París junto con su mujer y su hija pequeña para estar cerca de Françoise y empezar de nuevo.

Este inesperado giro de los acontecimientos supuso la pérdida de la dote de Françoise, pero, aun así, la familia siguió viviendo en armonía y llena de esperanza. Eran felices y su fortuna parecía asegurada: Georges tenía unos ingresos razonables y había invertido su (modesta) herencia de manera inteligente. Él cuidaba de Françoise con ternura, y ella se transformó en una mujer alegre y risueña. [7]

El 9 de junio de 1910 nació su segunda hija. La bautizaron con el nombre de Henriette-Hélène Marie, pero la llamaban Hélène o, en familia, «Poupette» («Muñequita»). Aunque solo era dos años y medio más joven que ella, Simone veía a Hélène como a una alumna que necesitaba de su experta tutela; ya era una profesora en ciernes. Toda la familia quería que

fuese un niño, y Beauvoir percibió su decepción cuando nació Hélène; más adelante escribió en sus memorias (recurriendo al eufemismo) que «acaso no sea indiferente que hayan suspirado alrededor de su cuna». [8] En las memorias de la propia Hélène leemos que, cuando tuvieron noticia del nacimiento, sus abuelos escribieron una carta felicitando a Georges y a Françoise por la llegada de su nuevo hijo. Cuando les dijeron que era una niña no se molestaron en manchar más papel y simplemente añadieron una posdata: «Veo que ha nacido una niñita, por voluntad de Dios». [9]

Beauvoir describió sus primeros años como una época de «inquebrantable seguridad», solo rota al comprender que, en última instancia, ella también estaba «condenada a ser una paria de la infancia». Le gustaba salir a jugar, correr por el césped y examinar las hojas, las flores, las vainas y las telas de araña. Todos los veranos pasaban dos meses en la campiña: un mes en casa de Hélène, su tía paterna (en La Grillère, un *château* del siglo XIX ), y otro mes en la finca de su padre, en Meyrignac. El *château* de Meyrignac era una propiedad de más de doscientas hectáreas en la que Simone podía perderse por la naturaleza; de adulta, siguió relacionando el campo con la soledad, la libertad y la ventura más alta. [10] Pero, pese a su grandeza, y para sorpresa de algunas de sus visitas parisinas, el *château* no tenía electricidad ni agua corriente. [11]

El piso de París, por el contrario, era una vivienda elegante, reluciente y de un rojo abrumador: tenía tapicería y moqueta de color rojo, un comedor estilo Renacimiento decorado en rojo, cortinas de terciopelo rojo y seda roja. Las paredes del salón estaban cubiertas de espejos que reflejaban la luz de una araña de cristal, y en la mesa había posacuchillos de plata. Françoise daba las buenas noches a su hija vestida de tul y terciopelo, para luego regresar al salón y tocar el piano para sus invitados. En la ciudad, la soledad y los espacios naturales eran mucho más difíciles de encontrar: Simone tenía que conformarse con su «campo de juegos comunitario», es decir, los Jardines de Luxemburgo. [12]

Simone fue una lectora precoz, y su familia se afanaba en cultivar su curiosidad. Su padre elaboró para ella una antología de poesía, enseñándole a recitar «con el tono adecuado», en tanto que su madre la suscribió a numerosas revistas y servicios bibliotecarios. [13] El año en que nació Simone los colegios públicos pudieron por fin preparar a las niñas para el *baccalauréat* , el examen de acceso a la universidad. Pero las chiquillas de su entorno social no iban a colegios públicos. En octubre de 1913 (cuando

tenía cinco años y medio), sus padres decidieron matricularla en un colegio católico privado, el Adeline Désir Institut (al que ella llamaba *Le Cours Désir* ). Aunque dio saltos de alegría al saber que iba a asistir a la escuela, para una niña de su condición social el hecho de ir al colegio era algo negativo, pues los ricos tenían siempre institutrices en casa. Simone solo iba al colegio dos días a la semana —los miércoles y los sábados—, y el resto del tiempo su madre la ayudaba a hacer los deberes en casa, mientras que su padre se interesaba por sus avances y sus logros. [14]



ILUSTRACIÓN 2. Françoise de Beauvoir con sus hijas, Hélène *(a la izquierda)* y Simone *(a la derecha)*.

Hélène echaba de menos a su hermana los días de colegio, pero su relación siguió siendo muy estrecha, en parte por el cariño que se tenían y, además, porque no se les permitía relacionarse con ninguna persona a la que su madre no hubiera dado el visto bueno, y esta consideraba que muchas de sus compañeras no eran dignas de ellas. Georges y Françoise adoraban a su hija mayor, pero a la pequeña no la consideraban todavía como una persona con derechos propios. Hélène sabía que sus padres estaban orgullosos de Simone: cuando esta se convirtió en la primera de la clase, su madre se deshizo en elogios; en cambio, cuando Hélène fue la primera de su clase, su madre atribuyó el éxito a la ayuda de su hermana mayor, que le facilitaba el trabajo. «Como nací en segundo lugar —escribe la propia Hélène—, no fui bien recibida. Pero Simone me valoraba, aunque habría podido hundirme poniéndose de parte de mis padres, y por eso seguí estando muy unida a ella en todo momento. Siempre era cariñosa y siempre me defendía de ellos.» [15] En casa tenían pocos juguetes, pero las hermanas se divertían jugando a juegos imaginarios y contándose cosas. [16]

A los siete años Simone hizo la primera comunión en privado, y siguió comulgando tres veces a la semana, ya fuera con su madre o en la capilla privada del Cours Désir. Ese mismo año escribió el primer relato de que tenemos noticia, *Les Malheurs de Marguerite* [Las penas de Marguerite], que ocupaba cien páginas y estaba escrito a mano en un cuaderno de bolsillo que le había regalado su abuelo Brasseur. [17]

Hasta los ocho años solo había una persona por la que Simone sintiera verdadero respeto: su primo Jacques. Este era seis meses mayor que ella, pero había recibido una educación masculina, y muy buena, por cierto: Simone estaba deslumbrada por la seguridad que tenía en sí mismo. Un día, él le hizo un auténtico vitral en el que grabó su nombre. Decidieron que estaban «casados a los ojos de Dios», y ella se refería a él como «su prometido». [18] Más adelante Hélène escribió que, de no ser por su aislamiento, Simone no habría dado tanta importancia a aquel novio de la niñez, pero, durante al menos diez años, siguió pensando que se casaría con él.

El día en que empezó cuarto de primaria (a sus nueve años), Beauvoir conoció a otra persona que merecería su respeto: alguien cuya vida y muerte iban a causarle un profundo impacto. Elisabeth Lacoin —o Zaza,

como la llamaba ella— [19] era una vivaz y brillante alumna del Cours Désir, y, cuando se conocieron, surgió entre ellas una amistosa rivalidad. Zaza le mostró una nueva y deliciosa dimensión de la vida: la amistad. Con Hélène, Simone había aprendido lo que significaba decir «nosotras»; con Zaza aprendió qué era echar de menos a alguien.

Hélène de Beauvoir describe a Zaza como una niña muy nerviosa —«igual que un elegante caballo de carreras a punto de salir disparado»—, [20] pero para Simone era todo un prodigio. Tocaba el piano maravillosamente, escribía con elegancia, resultaba femenina sin perder su «audacia varonil» y tenía el valor no solo de admirar a Racine (como debía ser), sino también de detestar a Corneille (como no debía ser). Zaza tenía ideas subversivas; en una ocasión le sacó la lengua a su madre durante un recital de piano y, pese a estas estridentes demostraciones de «personalidad», su progenitora la acogía con cariño y afecto.

De manera que Simone, además del dulzor de la amistad, percibió por vez primera algo más amargo: el regusto de la comparación.

Más adelante se dio cuenta de que no era justo comparar su propia vida, y la vida de su propia madre, con la de Zaza: «Me percibía a mí misma desde dentro, y la veía a ella desde fuera». [21] A los dieciocho años, Beauvoir empleaba esa distinción, que tan importante sería en su obra, entre la «dualidad tan habitual entre el ser que soy desde dentro y el ser visto desde fuera». [22]

Con el tiempo, ella misma reconoció que Madame Lacoin, la madre de Zaza, provenía de una buena familia católica, contrajo matrimonio católico y era una buena católica madre de nueve hijos (tal como observaron los padres de Simone cuando empezaron a fomentar su amistad con Zaza). También era rica, y estaba lo bastante integrada en su entorno social como para tolerar las provocaciones de Zaza, porque podía reírse de las convenciones. Lo mismo cabía decir de Madame de Beauvoir.

Si la infancia pudiera resumirse en un par de mandamientos, para Simone de Beauvoir los dos más importantes serían «no *harás* lo que no es debido» y «no *leerás* lo que no es adecuado». Su madre había recibido una rígida educación, determinada por «el recato provinciano y la moralidad conventual». [23] Su inquebrantable fe en Dios iba acompañada de una atención igualmente inquebrantable en lo que hace a la formalidad: «Ni se le pasaba por la cabeza manifestar su desacuerdo con una falta de lógica sancionada por las convenciones sociales». [24] Si eso suponía que un amigo

suyo, que vivía «en pecado» con una mujer, podía ser recibido en casa pero la amante no, que así fuera. Françoise tenía la tendencia, en palabras de su hija, «a confundir la sexualidad con el vicio»: asociaba el deseo con el pecado. Si la sociedad permitía las indiscreciones de los hombres, ella también lo haría; las mujeres cargaban con la culpa de su insatisfacción. A Françoise le repugnaban los temas «físicos», por eso no los trató nunca con sus hijas; Beauvoir se enteró de las sorpresas de la pubertad gracias a su prima Madeleine.

Madeleine tenía unos años más que Simone, así que sabía mucho más acerca del cuerpo y de su uso «inadecuado». Un día estaban en la campiña y les habló a ella y a Hélène de los cambios corporales que pronto iban a experimentar. Les explicó el significado de términos misteriosos —«amante», «querida»—, despertando a la vez su curiosidad por la cadena de causas que conducen al parto. Envalentonadas por sus nuevos conocimientos, cuando regresaron a su residencia en París, Hélène le preguntó a su madre que por dónde salían los bebés. Esta les dijo que salían por el ano y sin dolor alguno. Con este y otros muchos ejemplos, Françoise engañaba a sus hijas de una manera chocante con respecto a las posibilidades de su propio cuerpo; Beauvoir llegó a creer que su cuerpo era una cosa «vulgar y repugnante». [25]

Françoise, sin embargo, no descuidaba un ápice el intelecto: llegó incluso a aprender inglés y latín para ayudar a sus hijas. Tanto ella como Georges concedían mucha importancia a la educación —pensaban que para ser culto había que leer mucho—, pero discrepaban de manera drástica en lo tocante a la religión. Si Françoise era una católica devota, Georges, en cambio, se caracterizaba por su férreo ateísmo. Esta divergencia produjo un gran impacto en Beauvoir. Su padre la abastecía de libros: ediciones cuidadosamente seleccionadas de las grandes obras de la literatura universal. Su madre, que era un modelo sacrificial de devoción católica, le suministraba literatura religiosa. Françoise asistía a clase con sus hijas (cosa que el Cours Désir permitía hasta que las alumnas cumplían diez años) y las llevaba a misa a NotreDame-des-Champs o a San Sulpicio. Cuando Beauvoir cumplió los dieciséis, la educación y el catolicismo empezaron a crearle tiranteces con sus padres. Tiempo después escribió que su infancia fluctuaba entre el escepticismo y la fe, y achacaba ese «desequilibrio» al hecho de convertir su vida en «una especie de disputa interminable»: según ella, esa fue la razón principal por la que llegó a ser una intelectual. [26]

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914, Georges y Françoise se trasladaron a La Grillère hasta que fuese seguro regresar a París, pues tenían miedo a la ocupación de los alemanes. Simone recuerda que en aquella época realizaron tejidos y conservas como parte del esfuerzo de guerra, y que esa fue la única vez en su vida que hizo con gusto ese tipo de labores femeninas. [27] El año anterior Georges había sido excluido del servicio militar por problemas de salud. Pero, aun así, lo llamaron a filas, y en octubre llegó al frente. Al cabo de unas semanas sufrió un infarto, de modo que volvieron a eximirlo del servicio y lo enviaron a un hospital militar para que se recuperase. Cuando a principios de 1915 abandonó el hospital y lo trasladaron a París, Georges se reincorporó al Ejército, esta vez en las oficinas del Ministerio de Defensa. En París la inflación se había disparado; él tenía poquísimos ingresos y sus inversiones rendían cada vez menos. Sus gastos, sin embargo, no disminuían en consonancia.

En esos años, Simone pasó de la niñez dorada a la incómoda adolescencia. Mientras que la salud y los rasgos infantiles de Hélène hacían que tuviera cada vez más sentido el epíteto de «Poupette», ella comía poco, parecía enferma y encima le diagnosticaron escoliosis. La severidad del código moral de su madre, las estrecheces económicas y las normas impuestas en París durante los apagones le abrieron nuevas vías para ganarse la confianza de sus padres.

Se estaba convirtiendo en una joven formal, cuando, de pronto, todo su universo empezó a tambalearse.

# CAPÍTULO 2

## La joven formal

De pequeña, Simone recordaba a su familia con un gozoso sentimiento de pertenencia. [1] Pero a partir de los once años empezó a sentirse cada vez más confusa con respecto a lo que se esperaba de ella, y además le desconcertaba que lo que ella quería llegar a ser no fuera lo mismo que lo que su familia quería para ella. La habían educado para ser una alumna adelantada, para que leyese e hiciese preguntas; entonces, ¿por qué le habían dicho que dejase de pensar, de leer y de hacer preguntas? Comenzó a sentirse desdichada e infeliz, en parte por todas estas cuestiones sin respuesta y en parte porque estaba siendo testigo de una inquietante transformación en uno de sus seres más queridos. De niña, pensaba que su padre era un hombre excepcional. [2] Ninguno igualaba su ingenio, su brillantez, sus conocimientos, su forma de recitar poesía o su pasión por las controversias. Disfrutaba actuando y le gustaba ser el alma de la fiesta. Pero las desgracias familiares le habían hecho perder hasta el buen humor. El *boulevardier* , el urbanita, estaba desclasado y abatido.

Al término de la Primera Guerra Mundial, la precaria economía de Georges de Beauvoir cambió para peor. Sus inversiones (en bonos del Estado de la Rusia zarista) habían perdido valor, así que la familia empezó a contar únicamente con su salario. Simone oyó conversaciones airadas sobre cuestiones de dinero: Françoise no comprendía por qué Georges no volvía a ejercer la abogacía; Georges se desquitó diciendo que las cosas serían bien distintas si ella hubiera recibido su dote. Para entonces, la pasión que otrora se profesaran estaba entreverada de despecho, de dimes y diretes. Una noche, Simone regresó a casa junto con Louise y vio que su madre tenía un labio hinchado. [3] El caso es que Georges no podía dedicarse de nuevo a la práctica del derecho: no disponía del capital necesario para pagar el alquiler, los muebles y todo lo necesario para poner en marcha un bufete de

abogados, por no hablar de los medios para mantener a su familia hasta que el despacho empezara a ser rentable. Contaba cuarenta años de edad y ya había sufrido dos infartos: no tenía ni la salud ni los medios ni la voluntad para hacer lo que quería Françoise.

Por suerte para Georges, el desgraciado Gustave Brasseur (el padre de Françoise) era de los que siempre caen de pie, y por eso pudo acudir al rescate de su yerno. En los dos últimos años de la guerra había estado dirigiendo una fábrica de calzado. Tenía varios contratos firmados con el Ejército para la fabricación de botas y zapatos, por lo que podía ofrecerle a Georges el puesto de director adjunto. [4] La verdad es que no era una profesión apropiada para un Bertrand de Beauvoir, pero en esos momentos no le quedaba otra. Él, sin embargo, se tomó el trabajo como un cargo honorífico, así que trabajaba de manera irregular y únicamente cuando no había otra posibilidad. Tras la guerra cayó en picado la demanda de botas militares, y con ella la prosperidad de la fábrica. Una vez más, Georges fue rescatado por un miembro de la familia, quien le ofreció trabajar como agente de publicidad en un periódico. Como no era un vendedor nato ni un trabajador fiable, al poco tiempo se quedó sin empleo.

A partir de entonces fue cambiando de trabajo continuamente. Sus rutinas diarias le hicieron perder varios empleos. Pese a las difíciles circunstancias de su familia, Georges se levantaba a las diez de la mañana, acudía a la Bolsa hacia las once para hacerse ver, a continuación almorzaba, se pasaba un ratito por la oficina y, ya por la tarde, jugaba al *bridge* , se tomaba una copa en el café y no regresaba a casa hasta la hora de la cena. [5] Según Hélène, Simone siempre hablaba de su padre con demasiada condescendencia; en cambio, para ella, «todos los hombres eran perezosos y despreciaban el trabajo; las mujeres eran las fuertes, las que lo hacían todo y daban la cara por los hombres». [6] Parece poco probable que Beauvoir retratara a su padre de una manera tan benévola llevada por el cariño, teniendo en cuenta lo que iba a suceder en el futuro, pero quizá lo hizo por una especie de lealtad familiar. Una posibilidad más convincente es que ella misma se diera cuenta, mientras escribía sus memorias a mediados de la década de 1950, de que si se retrataba a sí misma como una «resentida» que se mostraba intransigente con su propio padre, los lectores malintencionados utilizaran ese resentimiento para refutar *ad feminam* todo lo que ella representaba.

Al término de la Primera Guerra Mundial, la vida siguió su curso habitual en el bulevar de Montparnasse por un período de un año. En el verano de 1919, la familia Beauvoir ya no podía hacer más sacrificios para mantener su nivel de vida, así que se mudaron a un piso situado en el 71 de la calle Rennes. Era una vivienda oscura y sucia situada en un quinto piso, que no tenía ascensor, ni agua corriente, ni cuarto de baño ni calefacción central. [7] Mientras su padre disponía de un despacho en la casa, además de la alcoba y la sala de visitas, Simone no tenía ni un solo espacio que pudiera llamar propio: la habitación que compartía con su hermana era tan pequeña que tenían que levantarse por turnos, porque en el hueco que quedaba entre las camas no cabían las dos juntas. Al principio siguieron contando con Louise, ya que en el sexto piso había habitaciones para el servicio. Pero al poco tiempo se casó y se trasladó a la calle Madame, por lo que Françoise tuvo que hacerse cargo ella sola de la destartalada vivienda. [8] Al comienzo atribuyó aquella situación a lo difícil que resulta encontrar buenas criadas, pero lo cierto es que ya no podían permitírselas.

La falta de servicio doméstico en la casa era una muestra evidente de lo mucho que habían descendido en la escala social: si algo diferenciaba a la *haute bourgeoisie* de la clase media era que la primera solía tener una criada interna, cuando no más; la segunda, ni una sola. Françoise siempre tuvo mucho genio, pero en la calle Rennes lo fue perdiendo poco a poco, al tiempo que intentaba hacer de la necesidad virtud. Empezó a descuidar su apariencia personal y las niñas llevaban también vestidos viejos y sucios. Pero aquello no suponía ninguna vergüenza para ella, porque había empezado a calcular el valor de la vida en otra divisa. Puede que no tuvieran dinero, pero contaban con cultura y educación, dos elementos mucho más valiosos.

Como mujer, Simone de Beauvoir sería recordada por su inigualable estilo, y en su literatura encontramos referencias a elementos textiles, ya fuera la tela de un vestido o el estampado de una manta mexicana. Sin embargo, tanto Hélène como Simone recordaban la «falta de elegancia» que hubo en la mayor parte de su infancia; posteriormente Simone describió aquella situación como de «semipobreza». [9] En el Cours Désir había otras niñas que iban mal vestidas por una especie de «pobreza digna» —porque ninguna niña respetable debía dar muestras de coquetería—, pero las compañeras veían que «Simone de Beauvoir iba bastante peor vestida que ellas». [10]

Incluso cuando se acabaron las penurias en casa, la pequeña Beauvoir siguió dando muestras de una persistente austeridad. En el colegio llenaba tanto las páginas de los cuadernos con su minúscula caligrafía que las profesoras llegaron a quejarse. Era frugal no solo con el dinero y las cosas materiales, sino también consigo misma: «Seguía convencida de que hay que aprovecharlo todo al máximo, incluso a una misma». [11] Se aplicó en los estudios y al mismo tiempo aprendió a comportarse como una buena católica, y lo hizo tan bien que el capellán del colegio felicitó a su madre por «la radiante belleza de su alma». [12] Entró en una cofradía infantil llamada «Los Ángeles de la Pasión». «Me había transformado por completo en una niña buena —escribe ella misma—. Desde el principio, creé el personaje que quería mostrar al mundo; me había valido tantos elogios y me había procurado tan grandes satisfacciones que terminé identificándome con él: se convirtió en mi única verdad.» [13] Pero irritaba a muchas compañeras de clase: era una sabelotodo con una buena dosis de mojigatería.

Aunque su relación con la religión se fue haciendo cada vez más ambivalente a medida que se acercaba a la veintena, la educación religiosa recibida en su infancia le hacía cuestionar el papel que desempeñaban las niñas en la sociedad. A los ojos de Dios, escribió en *Memorias de una joven formal* , su alma no era menos valiosa que la de los niños; entonces, ¿por qué iba a envidiarlos? [14] En una entrevista concedida en 1965, Beauvoir reiteró que esta estricta educación religiosa «la había beneficiado muchísimo» porque le permitió pensar en sí misma como «un alma». «En el plano de las almas», dijo, la valoración de los seres humanos no cambia un ápice: «Dios me habría amado igual si hubiera sido un hombre, [en la religión] no había diferencia entre santos y santas, era un ámbito completamente asexual». Ella misma escribe que, antes de descubrir el igualitarismo en el plano intelectual, encontró en la religión «una especie de igualdad moral y espiritual» que influyó considerablemente en sus convicciones. [15] Pero había algo que resonaba en su conciencia: la diferencia entre la prédica de la igualdad y la práctica de la desigualdad. Su padre había dicho una vez todo orgulloso: «Simone tiene el cerebro de un hombre; piensa como un hombre; *es* un hombre». Sin embargo, «todo el mundo me trataba como a una niña», objetaba Beauvoir. [16]

A medida que se hacía mayor, el interés de su padre por su educación iba en aumento, al igual que el interés por su aspecto. [17] Beauvoir escribió en sus memorias que en esa época empezó a interesarse «por la imagen que debía dar en la vida», inspirándose en la Jo March de *Mujercitas* . A los once años ya estaba encandilada por ella. [18] Jo no era la más virtuosa ni la más guapa de las hermanas March, pero su pasión por aprender y su deseo de escribir brillaban como una almenara en la imaginación de la joven Simone. Georges de Beauvoir veía las cosas de otra manera. Mientras tuviera su aprobación, pensaba Beauvoir, estaría segura de sí misma. Pero, poco a poco, las alabanzas fueron dando paso a la decepción. Georges apreciaba a las mujeres por su elegancia y su belleza corporal; su hermana Hélène tenía esas cualidades en mayor grado que ella, por lo que se ganó su aprobación y su cariño.

Simone, al igual que Jo, devoraba los libros: leía obras religiosas —*La imitación de Cristo* , un *Manual de teología mística y ascética* — y obras de historia y literatura aprobadas por sus padres, tanto en francés como en inglés. Le encantaba la literatura inglesa; de pequeña leyó *Alicia en el país de las maravillas* y *Peter Pan* , lo cual le sirvió más tarde para leer a las hermanas Brontë y a Virginia Woolf en su lengua original. [19] Con el paso del tiempo, las prohibiciones de sus padres y las insinuaciones de su prima Madeleine le hicieron comprender que los libros le enseñaban cosas que sus progenitores no podían enseñarle. A Madeleine le dejaban leer todo lo que quisiera; ¿qué le faltaba a ella? [20] Cuando se quedaba sola en casa, saqueaba las estanterías y leía las obras conservadas por su padre de autores como Bourget, Alphonse Daudet, Marcel Prévost, Maupassant y los hermanos Goncourt: completaban su educación sexual. [21]

Las novelas la ayudaron a comprender las preguntas que quedaban sin respuesta en su propio entorno. Jo March no quería hacer las tareas de la casa porque le impedían dedicarse a lo que de verdad le gustaba: entonces ¿por qué las hacían tantas mujeres y tan pocos hombres? Las convenciones sociales le imponían un futuro basado en el matrimonio, pero Jo March se opuso a ese triste destino: ¿podría oponerse ella también? [22] *El molino del Floss* , de George Eliot, que Beauvoir leyó a la tierna edad de once años, planteaba otras preguntas que serían recurrentes en su vida y en su filosofía. Maggie Tulliver, el personaje creado por Eliot, detestaba malgastar el tiempo en la repetitiva labor de la retacería, donde hay que dar las mismas puntadas una y otra vez. Si ese trabajo de esclavos era todo lo que se

esperaba de ella, ¿cómo iba a poder ser fiel a sí misma y a los deseos de los demás? Si «amar» significaba que las mujeres hicieran muchos sacrificios y los hombres muy pocos, ¿realmente valía la pena? En los diarios de 1926, Beauvoir se preguntaba cuánto debía guardarse para sí y cuánto podía revelar a los demás. [23] Maggie Tulliver se había enamorado del mediocre de Stephen; pero Beauvoir no comprendía la atracción que sentía por él: «La única relación que yo concebía era la de amor-amistad; a mis ojos, los libros prestados y comentados juntos creaban entre un niño y una niña lazos eternos». [24]

Los libros le ofrecían a Beauvoir mucho más que educación: eran un refugio contra las carencias físicas y emocionales que sufría en cuanto levantaba los ojos de la página; le abrían vías potenciales de oposición a la vida que le habían planificado, aun cuando no condujeran a lugares donde las mujeres pudieran tomar decisiones o dar y recibir afecto físico sin sentirse avergonzadas. Aunque la joven Beauvoir encontraba inspiración en la vida intelectual de aquellos personajes femeninos, su faceta física la desconcertaba; era, según decía ella misma, una mojigata. Sabía que la relación de sus padres era muy apasionada, y posteriormente lamentó la injusticia que sufrió su madre, cuando, a los treinta y cinco años, su padre la rechazó para gozar del placer extramarital. [25] Pero a la joven Beauvoir el sexo le parecía un asco: «El amor, desde mi punto de vista, no tenía nada que ver con el cuerpo». [26]

Durante los cincos años posteriores a su llegada a la calle Rennes, Beauvoir experimentó el furor de la adolescencia, la creciente tensión entre sus padres y el final de dos vidas. Después de casarse, su querida Louise tuvo un bebé. Pero el pequeño contrajo una bronconeumonía y murió. Aquella muerte repentina, la primera que veía Simone, le pareció aterradora. Louise y su marido vivían con su hijo en una buhardilla de una sola habitación; cuando fueron a visitarla, Simone vio por primera vez no solo la muerte, sino también la entrada al sexto piso, cuyo pasillo tenía doce puertas, cada una de las cuales conducía a habitaciones individuales que albergaban a toda una familia. [27] No mucho después, el hijo de la portera de la calle Rennes se puso enfermo. Sufría de tuberculosis y meningitis, y padeció una muerte larga y dolorosa. Simone y su familia veían cómo empeoraba cada día; todos los que entraban o salían del edificio tenían que pasar por delante del chiquillo enfermo. A Simone la preocupaba, puesto que había tantos niños muriéndose, que ella o Hélène fueran las siguientes.

Beauvoir escribió posteriormente relatos que se parecían mucho a su vida, lo que a menudo ha oscurecido el límite entre los hechos y la ficción de su propia biografía. En *La sangre de los otros* (1946) volvió a rememorar aquellos primeros recuerdos sobre la muerte prematura. El protagonista de la novela, un hombre llamado Jean Blomart, descubre el «mal original» al oír las palabras «el bebé de Louise ha muerto»:

> Veo de nuevo la escalera de caracol, el pasillo de piedra con tantas puertas, todas iguales; mamá me dijo que detrás de cada puerta había una habitación en la que vivía una familia entera. Entramos. Louise tenía las mejillas flácidas y húmedas; me cogió en brazos y mamá se sentó en el borde de la cama y empezó a hablar con ella en voz baja. En la cuna había un bebé pálido con los ojos cerrados. Miré las baldosas rojas, las paredes desnudas y el hornillo de gas, y me eché a llorar. Yo estaba llorando, mamá estaba hablando y el bebé seguía muerto. [28]

¿Por qué sonríe si sabe que Louise está llorando?, se pregunta Blomart unas páginas más adelante. A lo largo de su vida, Beauvoir se sintió horrorizada por la indiferencia de las personas ante el sufrimiento de sus congéneres.

Sin embargo, en casa, Simone deseaba que su madre les mostrara a sus hijas un poco *más* de indiferencia. Las dos hermanas dicen haber tenido una adolescencia triste y además la relación con su madre era especialmente tensa. A Simone le parecía antipática e incluso «insoportable» desde los doce o trece años; Hélène describió su concepto de maternidad como algo «completamente tiránico», [29] pensaba que su madre quería sobrevivir a sus hijas y que estas vivieran para ella; un deseo que ninguna de las dos estaba dispuesta a satisfacer. [30]

No es difícil comprender su renuencia: Françoise cumplía con el papel de esposa obediente, mientras que el comportamiento de su padre era cada vez más reprochable. La partida vespertina de *bridge* había dado paso a la partida de *bridge* después de la cena; cada vez dedicaba más horas a la bebida y el juego, con el consiguiente gasto, mientras que Françoise hacía economías para satisfacer las necesidades del hogar. Durante el día, Simone y Hélène veían que su madre se esforzaba en cuidarlas y atenderlas, y que su padre montaba una escena cada vez que le pedía dinero para mantener la casa; por la noche oían llegadas intempestivas, discusiones y conversaciones en las que se mencionaban burdeles, queridas y apuestas.

En *Una muerte muy dulce* , Beauvoir cuenta que su madre estaba perdiendo la paciencia: Madame de Beauvoir abofeteaba y provocaba a su marido, montando escenas tanto en privado como en público. Más adelante,

Beauvoir reflexionó sobre la situación de su madre, que se debatía entre deseos contradictorios:

> Es imposible decir «me estoy sacrificando» sin sentir amargura. Una de las contradicciones de mamá era que creía a pies juntillas en la virtud de la devoción, teniendo al mismo tiempo gustos, aversiones y deseos demasiado imperiosos para no aborrecer todo lo que los contraviniera. Siempre estaba rebelándose contra las restricciones y privaciones que se imponía a sí misma. [31]

La forma de conciliar estos deseos incompatibles —vivir consagrado a los demás o vivir para uno mismo— sería para Beauvoir uno de los problemas fundamentales de sus diarios, de la ética existencialista y del feminismo. Madame de Beauvoir era una católica devota que crio a su hija sometiéndola a una dieta espiritual a base de mártires y santos, lo que proporcionó a Simone un catálogo de vidas ejemplares en el que el sacrificio era siempre el elemento principal. En algunos casos, el altruismo se traducía en apoteosis: convertirse en nada era la forma de alcanzar la divinidad. A Simone, la soledad empezó a parecerle el estado de mayor exaltamiento; quería reinar «sola sobre [su] propia vida». [32] Los aforismos religiosos aparecen también en algunas de sus obras posteriores, así como la pérdida de prestigio de su madre. Aunque Beauvoir no lo considera autobiográfico, en *El segundo sexo* hay un pasaje en el que afirma que la rebelión de las hijas es especialmente violenta cuando estas han visto inmolarse a sus madres en altares indignos: ven que «en la realidad cotidiana, ese ingrato papel no conduce a ninguna apoteosis; como víctima, es despreciada; como arpía, detestada. [...] Su hija desea ardientemente no parecérsele». [33]

La situación en casa era cada vez más estresante, pero el colegio seguía ofreciendo estabilidad, así como un compañerismo que rivalizaba incluso con el placer de la soledad. La amistad de Zaza seguía procurándole a Simone diversión y seguridad: las dos eran competitivas y estudiosas; sus maestras y sus compañeras de clase las llamaban «las inseparables». Sus padres pertenecían a la misma clase social, y, misteriosamente, Madame Lacoin se encariñó de Madame de Beauvoir, así que Simone y su hermana podían ir de visita a casa de los Lacoin. Estos ignoraban la relativa pobreza de los Beauvoir, quienes a su vez desconocían la relativa informalidad de los Lacoin en el ámbito familiar (a sus hijos les dejaban correr y saltar por la casa, e incluso volcar los muebles); [34] pero, aparte de Hélène —que al

principio se sentía desplazada por la competencia de Zaza en los afectos de Simone—, todos estaban satisfechos con el funcionamiento de aquella relación.

A las dos niñas les interesaban las ideas: Simone le contaba a Zaza todo lo que le importaba y le exponía sus dudas. Ella solía sacar mejores notas en casi todas las asignaturas, pero Zaza la superaba en música y gimnasia. A medida que se iban haciendo unas mujercitas, Zaza se convertía en una chica cada vez más guapa y elegante; Simone tenía manchas en la cara y un porte más desgarbado. Eso cambió cuando cumplió los diecisiete; pero para entonces ya era consciente de que la vida de su amiga tenía muchos atractivos de los que la suya evidentemente carecía.

Tenían muchas cosas en común, pero la cercanía que buscaba Simone no era del todo correspondida, en parte porque Zaza aspiraba a una relación con su madre que Simone no quería o no podía tener. Zaza tenía una vida plena, con ocho hermanos y un padre afortunado, pero solo se sentía especial cuando llamaba la atención de su madre. Simone creía que Zaza era la única confidente de la señora Lacoin; una vez, en un momento de intimidad, Zaza le explicó que su madre le había hablado de lo «horrible» que fue su noche de bodas. La señora Lacoin le contó a su hija que el sexo le daba asco y que en la concepción de sus nueve hijos no había habido nada de pasión. [35] La señora Lacoin solo tenía estudios básicos, y, aunque a Zaza le gustaba sacar buenas notas, para ella era más importante asumir las responsabilidades familiares, pues de este modo estaría preparada para abordar en el futuro su propio papel de esposa. Esperaba que el suyo fuese el mejor matrimonio de la familia.

A Simone siempre la había dejado perpleja la dinámica de aquella familia, pero un verano se quedó de piedra cuando visitó a Zaza en la finca que los Lacoin tenían en las Landas. Cuando llegó, ella estaba recostada en un sofá y lucía un gran corte en una pierna. Una vez solas, Zaza reconoció que se había autolesionado: se había golpeado la pierna con un hacha. ¿Por qué?, le preguntó Beauvoir. Porque quería liberarse de las expectativas que le generaba su robusto yo: visitas sociales, fiestas en el jardín, cuidado de sus hermanos pequeños... Aunque no menciona a Zaza por su nombre, Beauvoir refirió también aquel episodio en *El segundo sexo* . [36]

A medida que Simone y Hélène crecían, su soledad compartida dio paso a un resentimiento igualmente compartido por ambas. Las dos empezaron a rebelarse, aunque en formas poco violentas. Cuando sus

padres no estaban en casa, se escabullían del piso para tomarse un *café crème* en La Rotonde, un establecimiento cuya elegante clientela contemplaban fascinadas durante horas desde el balcón de su apartamento. [37]

Cuando sus progenitores estaban en casa, se les hacía cada vez más evidente que su padre veía como un signo de fracaso personal el hecho de que sus hijas tuvieran que sacar diplomas académicos: si hubieran tenido una dote, habrían podido aspirar a un buen matrimonio en vez de a un empleo remunerado. Tras la Primera Guerra Mundial, aquella situación no era ni mucho menos excepcional: las dotes de muchas mujeres jóvenes burguesas se habían volatilizado por culpa de la inflación, por lo que era preciso tener formación para encontrar un medio de vida. Pero todas las personas de esa clase social seguían pensando que recibir una educación superior era una humillación para sus hijas. Según los burgueses, aprender una profesión era una señal de derrota.

Si al principio el padre de Simone se mostraba tan satisfecho con su precoz inteligencia era porque tenía la esperanza de que le sirviera para destacar en los deslumbrantes círculos sociales de su infancia: para triunfar en ellos, las mujeres debían ser hermosas, por supuesto, pero también muy leídas, para poder mantener una buena conversación. Georges valoraba la inteligencia y el ingenio, pero no le gustaban los intelectuales ni los derechos de las mujeres. De todas formas, con el tiempo se hizo evidente que, a diferencia de su prima Jeanne, que pasaría a ser la *châteleine* de la finca familiar, Simone no iba a heredar nada. Georges solía decirles a sus hijas que no se casarían nunca, advirtiéndolas con tristeza de que tendrían que trabajar para ganarse la vida. [38]

Simone albergaba, pues, esperanzas contradictorias: para triunfar como mujer debía ser culta e inteligente; pero no demasiado culta ni demasiado inteligente. Los deseos de su madre daban lugar a otro círculo vicioso. Puesto que en casa no había criadas, a Françoise le habría gustado que sus hijas la ayudaran. Pero Simone necesitaba tiempo para estudiar y se negaba a perderlo aprendiendo a desempeñar unas habilidades «femeninas» que no le interesaban lo más mínimo. Era habitual que Françoise descargara su rabia y su ambivalencia contra Simone.

En todas partes sentía Simone el peso de las expectativas ajenas, que a menudo eran opresivas; solo muy de cuando en cuando se le presentaban como un soplo de aire fresco. Jacques Champigneulle, su novio de la niñez,

admiraba a las hermanas Beauvoir y siguió hablando con ellas incluso cuando su padre dejó de considerarlas interlocutoras válidas. El padre de Jacques poseía un taller de vidrieras en el bulevar Montparnasse, por lo que el joven pasaba con frecuencia por casa de los Beauvoir: Georges lo escuchaba, tratándolo como a un adulto; a Françoise le encantaban sus modales.

Cuando a Georges dejaban de parecerle interesantes o divertidas las ideas de Simone —porque le recordaban su propio fracaso—, Jacques llenaba el vacío que se producía en la conversación. Al principio Simone estaba perpleja por la forma en que se sentaban en el cuarto de estar: Georges y Jacques conversaban sobre algún tema interesante mientras que las mujeres, muy a la manera de Maggie Tulliver, debían permanecer sentadas en silencio, cosiendo o dibujando. Jacques cedía ante Georges, al menos al comienzo, porque luego se volvía más vehemente y liberal, rebatiendo las conservadoras ideas de su tío. Así que Georges no quiso retrasar su partida vespertina de *bridge* por culpa de una charla como esa y dejó a Jacques en manos de sus hijas. Aquel desaire entusiasmó a sus primas, pues de ese modo podían estar los tres juntos intercambiando ideas y libros con mayor libertad. En sus conversaciones con Jacques, Simone se dio cuenta de que el cuerpo no era su único atractivo; un hombre podía sentirse atraído —como era el caso— por su intelecto.

Pero las atenciones de Jacques eran muy inconstantes: tan pronto la visitaba con regularidad como se ausentaba de manera inexplicable durante largos períodos de tiempo. Aunque posteriormente restaría importancia a la relación, afirmando en *Memorias de una joven formal* que lo consideraba «como una especie de hermano mayor», [39] durante mucho tiempo Simone soñó con vivir con él; incluso cuando conoció a Sartre, Jacques era uno de los tres hombres que, cada uno a su manera, se disputaban su afecto. [40]

Aunque duró cinco años, el encariñamiento con Jacques posiblemente surgió a raíz de unos acontecimientos semejantes en la vida de Zaza, cuya madre había empezado a presentarle a un hombre tras otro. Aquella conducta repugnaba a Zaza, quien no veía ninguna diferencia entre el «casarse por interés» y la prostitución. Le habían enseñado a respetar su cuerpo y le parecía que —independientemente de que fuera por motivos económicos o familiares— era una desconsideración entregárselo a un

hombre sin amor. Sin embargo, los Lacoin solo daban a elegir a las mujeres entre dos opciones: el matrimonio o el convento. [41] Zaza empezaba a tener miedo de las dos.

No obstante, su familia —capaz de proporcionar dotes superiores a los 250.000 francos a cada una de las cinco hijas— reconocía en seguida a los potenciales pretendientes. Los Beauvoir no estaban en condiciones de hacer lo mismo, así que durante los años siguientes Simone pensó que Jacques le permitía afrontar la situación: siguiendo el ejemplo de Zaza, se imaginó que lo amaba. Pero quienes la rodeaban entonces —y, ciertamente, los diarios de finales de la década de 1920 así lo atestiguan— eran conscientes de la intensidad de sus sentimientos hacia él. También manifestaron su indignación por el trato que recibía: Hélène pensaba que Jacques solo estaba coqueteando y que no se merecía a su hermana.

Todo este cortejo y sus románticos equívocos tuvieron lugar al mismo tiempo que en Francia se desarrollaban unas radicales reformas educativas y que se tomaban decisiones importantes sobre el futuro de la propia Simone. En 1924 se graduó en el Cours Désir. Diez años antes, la profesora de un liceo femenino había escrito que la educación y el empleo eran cada vez más necesarios para las mujeres:

> La mayoría de las jóvenes [...] tienen la intención de seguir estudiando con el fin de prepararse para alguna profesión. [...] Como es natural, casi todas desean el amor en el matrimonio y la maternidad. Pero saben que en esta sociedad tan injusta, dominada por el culto al dinero, no todas las jóvenes serán conscientes de que la maternidad debería ser la norma para cualquier mujer. [...] Saben que la educación les abrirá las puertas del mercado laboral, el cual les permitirá vivir solas sin necesidad de ayuda masculina. [42]

Para Beauvoir la posible ayuda masculina obtenida a través del matrimonio era aún más incierta que sus propias capacidades; se creía bastante más fiable que el «apoyo» masculino (al menos tal como lo interpretaba su padre). Simone estudió mucho y consiguió sus diplomas académicos con bastante rapidez. El 16 de julio de 1924 obtuvo su *premier baccalauréat* (un título que hacía poco que se concedía a las mujeres en las mismas condiciones que a los hombres) con sobresaliente. Cuando fue a recoger el certificado, un examinador le preguntó con sorna: «¿Vienes a por unos cuantos diplomas más?». [43]

El Cours Désir, aunque conservador en muchos aspectos, era una de las instituciones que más animaban a las mujeres a pasar el examen de reválida. Tras el primer *baccalauréat* , a las alumnas brillantes como Simone se las

animaba a permanecer un año más en el colegio para cursar asignaturas como filosofía, literatura o ciencias, que les permitían impartir esas materias en colegios similares. Aquel curso intentaba hacer de la necesidad virtud: era una opción de menos categoría que el matrimonio, pero al menos las mujeres que lo hacían permanecían en los círculos sociales en los que se habían criado.

El segundo examen era mucho más exigente. La directora había añadido la filosofía al plan de estudios, pues esta asignatura se había puesto de moda en los liceos y ella quería aumentar el número de matrículas. El curso lo impartía un sacerdote y, aunque a Simone le encantaba la asignatura, la forma de enseñarla le pareció tristemente inadecuada. El profesor se limitaba a leer o dictar pasajes de textos filosóficos, y Simone se quejó en *Memorias de una joven formal* de que todo terminaba siempre con «la verdad según Santo Tomás». [44] Aun así, se sintió tan fascinada por la filosofía que en seguida quiso estudiar más: después de este primer contacto con las teorías filosóficas, las demás disciplinas en las que habría sobresalido le parecieron «parientes pobres». [45]

Simone terminó el segundo *baccalauréat* , pero esta vez sin la calificación de sobresaliente. Georges la llevó al teatro para celebrarlo. Empezaba a interesarse un poco más por ella, quizá porque se le habían aclarado las manchas de la cara y estaba adelgazando (Georges daba una importancia excesiva a esas cosas) o quizá porque las preguntas prácticas con respecto a su futuro eran ya casi inevitables. [46] No aprobaba que estudiase filosofía, que según él era un completo «galimatías». Françoise se oponía por otras razones: no quería que su hija se corrompiera moralmente o que perdiera la fe.

Pero Beauvoir había tomado una decisión. Leyó que en Sèvres había un centro de formación para las élites, y que en ese centro estudiaban las mujeres que querían ser profesoras en los liceos y colegios de ámbito estatal. Françoise no quiso saber nada del asunto, pues había oído rumores acerca de la estricta disciplina, la laxitud moral y la irreligiosidad de aquel lugar. Los padres de Simone habían estado años pagándole una educación privada y no querían que ella echara a perder su inversión convirtiéndose en una funcionaria del sistema escolar público. Para empeorar aún más las cosas, las alumnas de Sèvres eran internas, por lo que sus madres no podían vigilarlas de cerca.

Georges no le veía ningún valor intrínseco a la filosofía, pero reconocía que era una buena base para la carrera de Derecho, que desde la guerra había abierto sus puertas a algunas mujeres. Si Simone adquiría la formación necesaria para ocupar un puesto en la Administración Pública, tendría un sueldo garantizado de por vida. Poco dada a los juicios apresurados, Simone se leyó el Código Napoleónico antes de dar una respuesta, que fue muy clara: no. Su madre sugirió que estudiara para bibliotecaria. De nuevo, la respuesta de Simone fue tajante: no.

Ella estaba empeñada en estudiar filosofía; sus padres estaban empeñados en que no lo hiciese. Así las cosas, Simone se declaró en huelga de silencio. Cuando sus padres intentaban hablar de su futuro, ella no decía nada. A medida que pasaba el tiempo, las posibilidades de evitar la vergüenza eran cada vez más escasas y el ambiente se enrarecía. Sus padres al final cedieron, pero no sin plantar cara.

Un día, Simone encontró en una revista un retrato del futuro que ella anhelaba. Estaba en un artículo sobre la primera mujer *docteur d'état* que había en Francia: Léontine Zanta. La foto que ilustraba el texto la mostraba en su despacho, en actitud pensativa, y en el artículo se decía que vivía con una sobrina adoptada: aquella intelectual se mostraba receptiva a lo que Beauvoir denominaba «las exigencias de la sensibilidad femenina»; y soñaba con que algún día escribieran esas mismas cosas sobre ella. [47]

Pero, si Simone hubiera sido unos años mayor, probablemente no se habría escrito nada acerca de ella. Cinco años antes ni siquiera habría podido presentarse al examen. Sabía que el camino que había elegido no lo habían recorrido muchas mujeres: en ese momento solo habían aprobado la *agrégation* en filosofía seis mujeres. Eran unas oposiciones muy reñidas, y Beauvoir «quería ser una de esas pioneras» que las habían aprobado. [48]

De este período inicial de su educación, nos han llegado muy pocos escritos suyos. Pero hay un ensayo, redactado a finales de 1924, en el que Simone analiza un texto clásico de la filosofía de la ciencia, la *Introducción al estudio de la medicina experimental* , de Claude Bernard. En ese ensayo, Beauvoir escribe, a sus dieciséis años, que «la parte más interesante» del «interesante trabajo» de Bernard era la forma en que este concebía la duda filosófica. Bernard escribió que «el gran principio experimental» es «la duda, esa duda filosófica que confiere a la mente su libertad y su capacidad de iniciativa». El médico francés pensaba que algunas formas de escepticismo eran estériles, pero que había un tipo de «duda fértil» que

reconocía las limitaciones de la mente humana: «Nuestra mente es tan limitada que no conocemos ni el principio ni el final de las cosas; pero comprendemos la parte de enmedio, esto es, lo que nos rodea estrechamente». [49]

El libro de texto que usaba Beauvoir en el colegio —*Manuel de Philosophie* , del padre Charles Lahr— también analizaba la duda. Pero advertía del peligro que entraña llevarla demasiado lejos, pues la duda podía corromper o incluso destruir la fe religiosa. Cuando era una estudiante, Beauvoir ya rechazaba esa forma de hacer filosofía que pretende encerrar la mente en sistemas, quitándole así su libertad. [50] Ese interés precoz por la filosofía de la libertad es muy importante para comprender las futuras decisiones personales de Beauvoir y para entender su propia filosofía y la forma en que se malinterpretó su vida. En la década de 1920 leyó también a Alfred Fouillée, un filósofo decimonónico que discrepaba de Rousseau en lo tocante a la libertad. Fouillée argumentaba que «el ser humano no nace libre, sino que se hace libre». [51] Según él, la libertad es una «*idée-force* », que es como decir que una *idea* tiene fuerza para determinar la evolución de un individuo. Fouillée quería analizar la cuestión, ya muy antigua, de si las acciones humanas son libres o están predeterminadas, de si construimos nuestro destino o este es inexorable. Para rebatir a todos los que pensaban que los seres humanos están destinados a actuar de una manera determinada, Fouillée argumentaba que es el deseo mismo de libertad lo que nos permite llegar a ser libres.

A otros les preocupaba que el deseo y la emoción pusieran en peligro la libertad. Fouillée afirmaba que el deseo de libertad era único por cuanto *ponía freno* a la influencia de los demás deseos. El deseo de libertad hace que los seres humanos no quieran «el Bien» o una «decisión buena», sino una decisión que sea exclusivamente *suya* . [52]

Beauvoir quería que su futuro fuese únicamente decisión *suya* , quería vivir una vida de libertad y quería estudiar filosofía. Cuando su madre les habló a las profesoras del Cours Désir sobre la carrera que había elegido la joven Simone, las monjas avivaron la lumbre de su ansiedad, diciéndole que un año en la Sorbona arruinaría la personalidad y la fe de Mademoiselle de Beauvoir. [53] Así pues, los Beauvoir llegaron a un acuerdo: Simone empezaría estudiando literatura.

En 1925, el centro más prestigioso para estudiar la carrera que había elegido estaba cerrado para ella: las mujeres no podían entrar en la École Normale Supérieure, donde se formaba la flor y nata de la élite filosófica parisién. Simone tendría que estudiar una licenciatura en la Sorbona, obtener un título para ejercer la docencia, y luego la *agrégation* . En 1925 empezó a estudiar matemáticas en el Instituto Católico de París, y literatura e idiomas en el Institut Sainte-Marie. Estos centros preparaban a los estudiantes católicos para los exámenes de la Sorbona, y estaban pensados para que los alumnos no se expusieran tanto a los peligros de la cultura laica.

Madame de Beauvoir no sabía cuán maravilloso iba a ser para su hija la elección de estos centros de enseñanza. Había elegido el Institut Sainte-Marie por su respetabilidad católica, pero allí Simone iba a estar bajo la tutela de Madeleine Daniélou, una mujer que tenía más titulaciones que ninguna otra en Francia. Madeleine Daniélou pensaba que la educación era la clave para la liberación; y estaba casada con un parlamentario francés que compartía sus ideas (Charles Daniélou). Françoise, que ahora disponía de más tiempo libre porque sus hijas eran mayores y Georges estaba muy poco en casa, pasaba las horas leyendo e instruyéndose, y siguiendo de cerca los estudios de su hija. Era una mujer inteligente, y, a medida que leía, aumentaba su admiración por la carrera profesional de Madeleine Daniélou.

Tanta atención resultaba un poco agridulce para Simone: sabía que su madre quería mantener con ella una relación de amistad y que deseaba tener la intimidad que no tuvo con su propia madre. Pero Françoise intentó ganarse esa confianza por la fuerza, y no con aprobación, lo cual provocó rencor y distanciamiento. Según Hélène, su madre abrió y leyó todas las cartas de Simone, incluso las de cuando tenía dieciocho años, y se deshizo de las que no le parecían apropiadas. [54] La letra de Simone, ya de por sí minúscula, se volvió aún más diminuta, como si quisiera que las palabras de sus cuadernos resultaran invisibles para los indiscretos ojos de su madre.

Las hermanas se sentían asfixiadas, así que les resultó sorprendente que un día que Jacques volvió a verlas en la calle Rennes, la señora de Beauvoir aflojara las riendas. Jacques llevaba casi un año sin visitarlas, pero, como se había comprado un coche deportivo, quería presumir de él. Necesitaba público, y Simone escuchó entusiasmada sus opiniones acerca de escritores que ella aún no había leído, así como los cotilleos sobre los escritores y artistas que vivían en Montparnasse. Hélène se percató en

seguida de que él no había ido allí para verla a ella, y comprendió por el sonrojo de su hermana que el interés de Jacques era correspondido. Cuando este propuso llevar a Simone a dar una vuelta en el coche, Hélène se asombró de que Françoise diera su consentimiento. A Hélène le molestó que no contaran con ella, pero al menos pudo presenciar el «éxtasis» de su madre cuando ellos se fueron. Françoise tenía la esperanza de que la relación entre Jacques y Simone terminara en matrimonio, con dote o sin ella.

Lo que siguió fue, según todos los indicios, un noviazgo en toda regla: el único cortejo tradicional en la vida de Simone de Beauvoir. En compañía de Jacques dio vueltas en coche por París, paseó por el Bois de Boulogne, leyó libros prohibidos, visitó galerías de arte, descubrió la música... Hasta que, de repente, Françoise les prohibió salir solos. Esperaba que, durante los intervalos de ausencia, Jacques se encariñara más de su hija, pero también comenzó a abrigar sospechas: Simone empezaba a descubrir los clubes nocturnos y los cafés, y su ropa olía a tabaco y alcohol.

Aquel año Simone aprobó los exámenes con buenas notas, y su profesor de filosofía la animó a que siguiera asistiendo al Institut Sainte-Marie y a que cursara en la Sorbona todas las asignaturas que pudiera. Aprobó los exámenes para tres Certificados de Estudios Superiores: en matemáticas, literatura francesa y latín. Para hacernos una idea de ese logro, basta decir que la *licence* normal (equiparable a una licenciatura) constaba de cuatro certificados, y que el estudiante medio obtenía un certificado por año.

Entretanto, a Jacques lo suspendieron en los exámenes de Derecho, de modo que perdería un año de carrera. Jacques era perezoso y estaba empezando a beber demasiado, pero Simone pasó por alto esos defectos de carácter: no quería admitir que la estaba arrastrando. Su relación no era de carácter sexual, pues ni siquiera se besaban. Jacques solía estar ausente —incluso cuando estaba presente parecía enajenado—, pero Beauvoir atribuyó ese distanciamiento a algún defecto de ella misma. Resulta difícil imaginarla leyendo en su madurez los diarios de aquellos días sin llevarse una decepción. (Recurrió mucho a ellos cuando escribió *Memorias de una joven formal* , y también cuando escribía ensayos filosóficos.) Jacques hablaba del matrimonio con vaguedad, diciendo cosas como: «Creo que tendré que casarme pronto». Pero no llegó a declararse formalmente. Beauvoir se preguntó más tarde por qué estaba tan empeñada en contraer

matrimonio, y llegó a la conclusión de que era probablemente por motivos instrumentales: gracias al matrimonio podría al fin ganarse el amor y el respeto de su familia.

Tenía el corazón dividido: en sus diarios comparaba su vida imaginaria como Madame Jacques Champigneulle con lo que ella llamaba «una vida de libertad». Se pasó el verano de 1926 intentando ser feliz, incluso cuando estaba en la campiña con sus parientes. A su regreso a París en el mes de septiembre, quiso ver a Jacques, pero su madre se lo prohibió.

Ese mismo verano, hizo los primeros intentos de escribir una novela, *Éliane* , pero solo escribió nueve páginas. [55] Por entonces contaba dieciocho años de edad. Aunque la filosofía se estaba convirtiendo en su pasión, Simone no pretendía crear un gran sistema filosófico, sino escribir «la novela de la vida interior»: [56] quería mostrar qué estaba sucediendo *dentro* del fértil mundo de sus personajes. Ese proyecto se inspiró en parte en la lectura de Henri Bergson, que ensalzaba las virtudes de un «novelista osado» en su *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* . Bergson describía (y Beauvoir lo citó en su diario) cómo la literatura «desgarra la tela hábilmente tejida por nuestro yo convencional». Cuando leyó a Bergson, Beauvoir experimentó un «arrobamiento intelectual» porque no vio en su filosofía «construcciones lógicas», sino la «realidad palpable». [57]

En su diario dejó escrito que quería «pensar la vida» y trasladar sus preguntas a la ficción, y, durante los dos años siguientes, continuó perfeccionando su técnica en varios relatos cortos. Su inclinación por las descripciones minuciosas de la experiencia era algo característico de la fenomenología que le iba a interesar como filósofa. La fenomenología —el estudio de las estructuras de la conciencia desde la perspectiva de la primera persona— también sirvió de base a la metodología de su feminismo, aunque tuvo que reformularla para que sirviera a los fines de este movimiento. Pero, en 1927, se planteó escribir «ensayos sobre la vida» que «no fueran una novela, sino la filosofía que los vinculaba de manera imprecisa a una ficción». [58]

En *La plenitud de la vida* (1960) escribió que ella no era filósofa, que el filósofo era Sartre. [59] Pero sus diarios muestran que en el verano de 1926 ocurrió un incidente que la desconcertó, la avergonzó y la llevó a reflexionar de manera filosófica sobre una cuestión que se convertiría en el

tema central de su obra posterior. No conocería a Sartre hasta tres años después, y con el tiempo ese tema desempeñaría también una función importante en la obra de este.

Mientras peregrinaba a Lourdes con su tía percibió por sí misma el sufrimiento de todos aquellos enfermos que acudían en busca de curación. Estaba tan sobrecogida que le dio «asco toda esa elegancia romántica e intelectual ante los inválidos», y sintió que todas sus penas no eran nada en comparación con la angustia y el padecimiento físico de los minusválidos. En ese momento sintió vergüenza, y pensó que una vida de entrega total —incluso de abnegación— era la única respuesta adecuada. [60]

Pero, después de pensarlo mucho, llegó a la conclusión de que estaba equivocada. En sus diarios toma la determinación de no avergonzarse de vivir: se le ha dado una vida y, por lo tanto, está obligada a vivir de la mejor manera posible. Renunciar por completo a sí misma sería, en realidad, un «suicidio moral». Sin embargo resultaría más fácil que decidir cuánto había de mostrar de sí misma y cuánto debía ocultar. Lo que se necesitaba era «equilibrio»: las personas se entregaban sin «aniquilar la conciencia de sí mismas para poder servir a los demás». [61] Ella quería llevar una vida de entrega al prójimo, pero sin renunciar a sí misma.

Al cabo de seis días retomó esa cuestión en sus diarios, analizando dos posibilidades opuestas: la devoción y el egoísmo. Teniendo en cuenta las vivencias de su infancia, resulta tentador interpretar esas posibilidades según criterios parentales o de género. La lamentable devoción de su madre y el impenitente egoísmo de su padre no se mencionan en los diarios, pero, teniendo en cuenta lo que escribió más adelante acerca de sus padres, es evidente que una cosa que sí heredó de su infancia fue una dolorosa sensación de injusticia. En los diarios, Beauvoir apunta que quiere dedicarse a los demás porque «le gustan los seres». Quería que sus emociones coincidieran con sus ideas, así que se plantea la cuestión de si un código moral podría estar basado en el aprecio de nuestros congéneres. Fuera o no suficiente para los demás, Simone decidió que para ella eso sí que era suficiente. [62]

> Ciertamente, soy muy individualista, pero ¿acaso es esa cualidad incompatible con la devoción y el amor desinteresado? Tengo la impresión de que hay una parte de mí que está hecha para ser difundida, y otra para ser cultivada en secreto. La segunda parte es válida en sí misma y garantiza el valor de la primera. [63]

A los dieciocho años se mostraba disconforme con los debates filosóficos que «permanecían en un vacío», y ya reflexionaba sobre la diferencia entre conocer algo con el intelecto y sentirlo en la vida real. [64] La literatura, pensaba ella, llenaba ese vacío: «El escritor me agrada cuando redescubre la vida, el filósofo cuando redescubre al escritor que sirve de intermediario con la vida». [65] Beauvoir quería ser ese intermediario y, sobre todo, demostrar que los seres humanos son «dualidades» que pueden ser vistas «desde dentro» y «desde fuera», siendo profundamente interiores al mismo tiempo que se relacionan con el mundo. Beauvoir intentó escribir otra novela en septiembre, y en esa ocasión terminó un manuscrito de 68 páginas, titulado *Tentative d'existence* . [66]

Durante el otoño de 1926, Beauvoir siguió preocupándose de su afecto por Jacques. En esa época creía sinceramente que el «amor recíproco» era imposible entre ellos. Lo que Beauvoir quería, según sus propias palabras, era «un amor que [la] acompañe a lo largo de la vida, no que la absorba por entero». Pensaba que el amor «no debía hacer desaparecer todo lo demás, sino teñirlo de nuevos colores». [67]

Aunque pronto cambió de opinión, Beauvoir creía que quizá algún día se casaría, y que en las circunstancias adecuadas el matrimonio debía de ser «algo hermosísimo». Pero su madre la ponía frenética porque pensaba que lo de Jacques iba muy despacio y ella quería «una conclusión precisa», es decir, una promesa de matrimonio. [68] Françoise intrigaba enviando a Simone a hacer recados para que se cruzase con Jacques. Pensaba que de ese modo su hija se sentiría feliz, pero lo cierto es que la hacía sufrir. En noviembre escribió en su diario: «Qué pocas cosas puedo elegir, cuánto me domina la vida, *mi* vida, a la que al fin y al cabo debo resignarme». [69]

Cuando su madre la empujaba por el camino del decoro, Beauvoir escribió en sus diarios que toda posición en la vida era aceptable, pero, para que tuviera valor, debía *valorarla* la persona que la ocupaba. Quedaba tristemente claro que ella no veía el amor, la vida y la felicidad del mismo modo que sus padres. No quería pasar por la vida haciendo irreflexivamente lo correcto, leyendo lo más adecuado; hacia 1926 llegó a la conclusión de que solo podía mostrar estima verdadera por «los seres que piensan sus vidas, no por aquellos que únicamente piensan o que únicamante viven». [70]

Según Deirdre Bair, poco después del Año Nuevo de 1927, Françoise decidió que el cumpleaños de Simone debía ser celebrado con un retrato familiar. Era algo habitual en su familia, pero Simone sabía muy bien que

su madre tenía en mente otra cosa: Jacques. En vez de la tradicional pose de cumpleaños, Françoise colocó a su hija en la postura típica de los anuncios de compromiso, sujetando unas flores con la mano que debía llevar el anillo de pedida. Jacques aceptó cortésmente una copia de la foto, y eso fue todo. Françoise estaba que echaba humo.

No sabemos cómo se tomó aquello Simone, quizá porque no lo registró o tal vez porque este incidente no se produjo nunca. Sylvie Le Bon de Beauvoir negó la existencia de esa foto, y los diarios de Beauvoir no dicen nada al respecto, pues hay pocas anotaciones entre diciembre de 1926 y abril de 1927. Pero, según Bair, la historia no termina ahí. En la primavera de 1927, Hélène se graduó en el Cours Désir y entonces las hermanas —que se habían distanciado un poco durante los períodos en que Jacques atraía la atención de Simone— estuvieron de nuevo unidas frente a la irascibilidad de su madre. La ansiedad de Françoise por la cuestión de Jacques era nociva; se sentía frustrada e impotente porque este tenía todas las cartas en su poder. Cuando no traducía sus confusas emociones en sarcasmo y desprecio hacia su hija, estallaba de una manera humillante. Una noche regresó a casa frustrada tras una cena improductiva con los Champigneulle. Estuvo dando vueltas por el piso durante horas y luego gritó que salvaría a su hija de la desgracia y volvió a marcharse. Georges estaba en casa, pero no se levantó de la cama; Hélène se despertó, se vistió apresuradamente y siguió a su madre por el bulevar de Montparnasse. Françoise se detuvo ante la residencia de los Champigneulle y empezó a dar voces. El ruido despertó a Simone, que salió corriendo a la calle. Las dos hermanas acompañaron en silencio a su vociferante madre en su regreso a casa. [71] Desde el punto de vista del siglo XXI , esa historia, de ser cierta, plantea dudas sobre la salud mental de Françoise de Beauvoir. Muchos personajes femeninos de las obras de su hija suelen sentirse atrapados y, en ocasiones, se encuentran al borde de la locura. [72]

Sabemos, por las biografías de las dos hermanas, que entre 1926 y 1927 se fueron aventurando a salir sin galanes ni acompañantes: Simone iba a leer a la sección reservada a las mujeres en la Bibliothèque Saint-Geneviève (Lucrecio, Juvenal, Diderot) y empezó a dar clases en un instituto de los «Équipes Sociales» fundado por un joven profesor de filosofía para ayudar a las clases trabajadoras del noreste de París. [73] Su madre dio el visto bueno a esas ocupaciones filantrópicas, y muchas noches Simone fingía ir a impartir clases para poder escaparse de casa. A veces

paseaba por París, y otras veces iba a ver cómo pintaba y dibujaba Hélène: el mundo de su hermana se había expandido en dimensiones fascinantes. En los Équipes Sociales y en las clases de dibujo al natural de Hélène, Simone veía a hombres y mujeres que analizaban sus ideas y sus sueños, a modelos que posaban desnudos con toda naturalidad y a sus perplejos observadores. Las hermanas nunca habían estado con tantas y tan diversas personas.

Además de a Gide y a Proust, Jacques también le había descubierto a Simone los cócteles, y no tardó en ser una asidua de los bares. Simone y Hélène siguieron frecuentando La Rotonde, y a veces hasta se saltaban las clases para pasar las horas en bares y cafés. Simone tenía algo de dinero porque había aceptado un trabajo de profesora auxiliar en el Institut Sainte-Marie. No era gran cosa, pero le llegaba para sus gastos y para libros, y aún le sobraba un poco.

Pese al sufrimiento familiar y las distracciones nocturnas, Simone siguió destacando en los estudios. En marzo de 1927 aprobó el examen de historia de la filosofía. En abril anotó en su diario que ese año le había proporcionado «una buena formación filosófica» que «agudizó, ay de mí, aún más [su] perspicacia crítica y [su] afán de rigor lógico». [74] ¿Qué le hizo escribir ese «ay de mí»? ¿Qué tiene de malo poseer una mente perspicaz que valora la lógica y el rigor? ¿Se estaba lamentando de que aquella mente, como veremos en el capítulo siguiente, anatemizase a Dios? ¿O porque pensaba que era un anatema para la feminidad? ¿Para su felicidad?

En junio aprobó otro examen de «filosofía general» y sacó la mejor nota después de Simone Weil. Weil llegó a ser una gran pensadora cuya actitud política y capacidad de sacrificio inspiró a muchos conocidos suyos, entre los cuales se encontraban Albert Camus y Georges Bataille (desde el punto de vista filosófico, Beauvoir creía que aceptaba las conclusiones de su maestro, Alain, sin cuestionarlas demasiado). El tercer mejor calificado también llegó a ser un destacado filósofo francés: Maurice Merleau-Ponty. Beauvoir se tituló además en griego: en solo dos años, ya había obtenido una *licence* y media.

En *Memorias de una joven formal* , Beauvoir dice que la educación y el éxito le aportaron algo más que reconocimiento: produjeron en ella una sensación de desorientación y una profunda soledad. «Estaba alejándome de la clase a la cual pertenecía: ¿adónde iba a ir?» [75] Vemos esa misma soledad reflejada en sus diarios; en mayo de 1927, escribe: «Estoy muy sola en el plano intelectual y muy perdida en la antesala de mi vida. [...] Me considero

útil, creo que puedo hacer y decir cosas interesantes». Reflexionando sobre la forma en que Jacques despachó «sus “pasiones intelectuales” y su “rigor filosófico” con una sonrisa», Beauvoir escribió con determinación: «Tengo *una sola* vida y muchas cosas que decir. No permitiré que Jacques me la robe». [76]

Ese día, pensando de nuevo en la libertad, escribió que «el verdadero yo se descubre por medio de la decisión libre y gracias a la interacción de las circunstancias». Las personas de su entorno hablaban de tomar decisiones (por ejemplo, casarse) como si fueran elecciones definitivas. Pero ella nunca pensó que las decisiones se tomasen de esa manera, pues cada decisión estaba «siempre evolucionando; se repite cada vez que uno toma conciencia de ella». Ese día llegó a la conclusión de que el matrimonio es «básicamente inmoral»; el yo de hoy, ¿cómo iba a tomar decisiones para el yo de mañana?

Aún se imaginaba una vida en la que amaba a Jacques, pero había tenido una conversación con otro hombre —Charles Barbier— que departió con ella sobre literatura y filosofía con verdadero interés, y no con sonrisas displicentes. Aquel episodio le hizo darse cuenta de que su futuro albergaba muchas posibilidades y de que, poco a poco, tendría que «eliminarlas todas menos una», de manera que en el último día de su vida hubiera una sola realidad: que había vivido «una vida». Lo que se preguntaba era qué vida. [77]

Ejemplos como este muestran que, desde joven, Beauvoir sintió una fuerte vocación y comprendió la importancia de su propia voz. En *Memorias de una joven formal* recurrió incluso al estilo de los profetas hebreos —mensajeros de Dios— para expresar su dedicación. En uno de los pasajes más importantes de la Biblia, Dios necesita un mensajero, por lo que pregunta al pueblo de Israel: «¿A quién enviaré?». El profeta Isaías responde: «Heme aquí. Envíame a mí». En las *Memorias* , Beauvoir describe una voz que susurra una y otra vez en su interior: «Heme aquí». [78] Con Dios o sin él, sabía muy bien que tenía algo importante que decir y que algunas personas intentarían convencerla de lo contrario, mediante el enfrentamiento directo o recurriendo a una refutación subrepticia.

Simone estaba decidida, pero no era inmune a la inseguridad y a las expectativas de los demás. Sus padres habían comenzado a montarle escenas a propósito de lo que leía; ella estaba empezando a sentir que no la

aceptaban tal como era. [79] Cada vez discutía más con su padre, quien le dijo que «no tenía corazón», que «era todo cerebro pero carecía de sentimientos». [80]

Una semana antes de que Jacques rechazara con una sonrisa sus pasiones intelectuales, Simone tuvo una discusión con su padre sobre el significado del amor. Él decía que se trataba de «prestar servicio, afecto, gratitud...». Simone había estado leyendo a unos filósofos hoy en día olvidados —Alain y Jules Lagneau— y afirmaba que en Lagneau había aprendido cómo debía vivir. Estaba convencida de que muchas personas no han conocido nunca el verdadero amor, en el que «la reciprocidad es necesaria». [81] En julio decidió explicar de nuevo sus ideas filosóficas. Quería estudiar en profundidad las cuestiones que más le interesaban, sobre todo el «amor» (término que escribió entre comillas en su diario de juventud) [82] y «la oposición entre el yo y el otro». [83] Para Beauvoir, el concepto de amor no era solo un ideal romántico, sino también un ideal ético, incluso en aquellos años.

En el diario se impuso a sí misma: «No seas “Mademoiselle de Beauvoir”. Sé yo. Que no te impongan un objetivo desde fuera, que no te impongan una labor social. Lo que funciona para mí es algo que ha de funcionar, y punto». [84]

Con Zaza también conversaba sobre el amor; el amor a la filosofía y la preocupación por el futuro las unieron más que nunca. En el colegio analizaron la naturaleza del amor en clase de filosofía, pero sus análisis privados se prolongaban a lo largo de la semana, mientras visitaban museos o jugaban al tenis. [85] Françoise seguía aprobando aquella amistad, pero Madame Lacoin pensaba que el interés de Zaza por la educación estaba yendo demasiado lejos, y que en este ámbito Simone era una mala influencia para su hija. Zaza quería matricularse en la Sorbona en vez de embolsarse los 250 000 francos de su dote; y a sus padres aquello les parecía incomprensible.

Poco a poco Simone empezó a entablar nuevas amistades que ampliaron su mundo y lo atemperaron un tanto. A los veinte años, en una de sus visitas a la finca de Zaza en las Landas, conoció a Stépha Awdykovicz, la institutriz de la familia Lacoin, quien sería una de sus mejores amigas. A sus ojos, aquella emigrante polaco-ucraniana era una mujer exótica y osada: tenía dinero y educación, pero había decidido trabajar de institutriz porque sentía curiosidad por la vida de la burguesía parisina. No tenía miedo de su

sexualidad y hablaba sin rodeos con Simone sobre ese tema. Cuando regresaron a París, se veían casi todos los días. Stépha vivía cerca de los Beauvoir y trabajaba de traductora en el Ministerio de Asuntos Exteriores; ganaba bastante dinero, y le gustaba disfrutarlo con sus amigos. Se burlaba de la mojigatería de Simone, pero al mismo tiempo ponía en duda su modestia y se preocupaba fraternalmente por su ingenuidad.

Hélène le presentó a Geraldine Pardo, una chica que había conocido en las clases de arte. Gégé, como la llamaban coloquialmente, era una joven de clase trabajadora a la que le gustaba tanto su empleo que planeaba seguir trabajando tanto si se casaba como si no. Simone se sentía atraída por el entusiasmo y la elocuencia de Gégé, quien la ayudó a ver con más claridad que la clase social no determinaba el comportamiento.

Con todo, las preocupaciones de Stépha por su ingenuidad estaban bien fundadas. Simone empezó a buscar «aventuras», y aunque a ella le parecían bromas sin importancia, lo cierto es que podrían haber tenido consecuencias desastrosas. Stépha también se divertía, pero la aceptación ocasional de una copa ofrecida por algún hombre dio paso a comportamientos más arriesgados: frecuentaba los bares más sórdidos, daba paseos en coche junto con algún compañero ebrio y volvía al apartamento de este sin intención alguna de darle lo que esperaba. Aunque siempre salía bien parada de todos sus líos, a Stépha le enfurecía que Simone se viera en esos aprietos y le desconcertaba su conducta, pues daba la impresión de estar «casi prometida en matrimonio» con Jacques.

A sus dieciocho años, Simone era precoz desde el punto de vista filosófico, pero su comportamiento podía resultar peligrosamente temerario, además de un tanto remilgado. Cuando fue a visitar a Stépha, que pronto iba a casarse con Fernando Gerassi, Simone se sorprendió de encontrarlo en la habitación de ella con la puerta cerrada: ¿a Stépha no le preocupaba su reputación? Cuando Fernando pintó a Stépha desnuda, Beauvoir se mostró horrorizada, negándose a mirar el cuadro. A Gégé y Stépha aquella gazmoñería les parecía de lo más pomposa; Simone les dijo que sus opiniones y su conducta misma eran la triste consecuencia de su educación inferior. [86] Aquella Simone se escandalizaba con facilidad; la habrían impactado las escenas contenidas en sus obras posteriores... y su propia vida.

En sus diarios siguió reflexionando sobre la cuestión del «equilibrio» entre el yo y el otro. Comenzó dividiendo su existencia en dos partes: una «para los otros» y otra «para ella misma». [87] Esta distinción es anterior a la diferencia que establece Sartre —en *El ser y la nada* — entre el «ser para sí» y el «ser para los otros». Erróneamente, muchos han creído ver la distinción sartriana en las novelas de Beauvoir y hasta en *El segundo sexo* , pero Beauvoir llegó a esta forma de ver las cosas antes que Sartre y de manera completamente independiente. [88]

Durante el curso académico de 1927-1928, Beauvoir se propuso sacarse tres diplomaturas más con el fin de obtener una doble *licence* en clásicas y filosofía. No siempre le agradaba exigirse tanto, y a veces se quejaba de tener que pasar tanto tiempo en casa o en la biblioteca; se sentía «como una rata en una cinta rodante». En marzo de 1928 obtuvo las dos titulaciones que le faltaban en filosofía —ética y psicología—, pero la filología (el segundo requisito para obtener la licenciatura en clásicas) le parecía demasiado árida y aburrida. Decidió que no necesitaba la *licence* en clásicas. Su padre se opuso: si no iba a tener éxito por la vía convencional del matrimonio, que al menos tuviera el mayor éxito posible en una vía atípica. Pero Simone se mantuvo en sus trece y abandonó clásicas.

Su incuestionable brillantez empezaba a llamar la atención: Maurice Merleau-Ponty quiso conocer a la joven burguesa que había obtenido mejor calificacion que él en filosofía. Sabía que lo habían superado dos mujeres, pero Simone Weil era judía y por tanto no suponía ninguna amenaza para el tipo de amistad intelectual que podían mantener dos católicos; o eso pensaba él. [89] Beauvoir no era entonces una «católica» tradicional; y Weil sería recordada como una fervorosa creyente, mientras que a Beauvoir se la presentaría como a una atea recalcitrante.

# CAPÍTULO 3

## ¿Amor a Dios o a los hombres?

En vísperas de su decimonoveno cumpleaños, los diarios de Beauvoir contienen reflexiones sobre una ausencia dolorosa. De pequeña creía que Dios dominaba el universo y, por muy cuestionable que le pareciera esto *a posteriori* , en esos momentos se enfrentaba a unos problemas de naturaleza diferente. Si no había nadie que la llamara a seguir su vocación, ¿quería decir que no la tenía? Si Dios no existía, ¿qué es lo que confería a los seres humanos —o a lo que fuere— su valor? «Puede que yo tenga valor», dice Simone; pero entonces «los valores deben existir». [1] No era la única que se hacía este tipo de preguntas. Desde principios del siglo XX , la élite filosófica de París había estado debatiendo sobre los fundamentos de las creencias religiosas y de la experiencia después de que Nietzsche proclamara que Dios había muerto. [2]

En la vida de Simone, la desaparición de Dios coincidió con el cortejo y fallecimiento de su devota y muy querida amiga Zaza. Esas dos pérdidas dejaron en su alma una profunda huella. Durante casi tres décadas, Beauvoir sintió que había alcanzado su propia libertad a costa de la vida de Zaza.

En 1928 descubrió algunas de las vidas alternativas que París ofrecía: la bohemia y la rebelión, el surrealismo, el cine, el Ballet Ruso. [3] Ese año comenzó sus estudios en la Sorbona junto con un grupo de alumnos impresionante. Las dos Simone (Beauvoir y Weil) no se hicieron amigas, cosa que *a posteriori* puede parecer una oportunidad perdida. A Beauvoir le intrigaba la reputación de Weil, no tanto por su inteligencia como por su gran preocupación por el sufrimiento de los demás. Había oído que Simone Weil lloró cuando se enteró de que había estallado una hambruna en China, y la impresionaba que tuviese un corazón tan grande como para afligirse hasta por quienes vivían en la otra punta del mundo. Deseaba conocer a

aquella mujer, pero su encuentro se malogró cuando la conversación derivó hacia la cuestión de qué era lo más importante en aquellos momentos: la revolución (como pensaba Weil) o encontrar la razón de la existencia (como decía Beauvoir). Weil zanjó el tema diciendo: «Se nota que nunca has pasado hambre». Según Beauvoir, la miró de arriba abajo y la consideró como «una burguesita de nobles pensamientos». [4] En aquel entonces se lo tomó a mal —al fin y al cabo, Weil no conocía sus circunstancias y estaba sacando conclusiones erróneas—, pero años más tarde llegó a estar de acuerdo con aquella valoración de su yo juvenil.

Merleau-Ponty, en cambio, iba a convertirse en un buen amigo, el querido «Ponti», como ella decía. Estudiaba en la École Normale Supérieure, tenía una formación similar a la suya y se debatía con las cuestiones de fe. Había buscado a Beauvoir desde que aparecieron los resultados del examen de filosofía, y ambos llegaron a ser íntimos amigos a base de conversaciones sinceras y lecturas de los libros del otro. A Merleau-Ponty le caía tan bien que la presentó a su amigo Maurice de Gandillac, quien la consideró una mujer brillante y arrebatadora; aunque lo que más le interesó fue el estado de su fe. A ella le caía tan bien Merleau-Ponty que se lo presentó a Zaza, y al poco tiempo los cuatro estaban jugando partidos de tenis los domingos por la mañana. Merleau-Ponty era el primer intelectual al que conocía Zaza, y sin querer empezó a pensar en algo que antes le habría parecido imposible: satisfacer los deseos matrimoniales de su familia sin renunciar al amor o a la evolución de su mente.

En un principio, Simone estaba entusiasmada por que Zaza charlara tanto con Merleau-Ponty. Tenían muchas cosas en común: él también había crecido en una familia devota y, al menos en esos momentos, se consideraba un descreído discreto. En la École Normale Supérieure, Merleau-Ponty formaba parte de un grupo al que llamaban irreverentemente «los santurrones», tanto por su religiosidad como por su respeto a los curas. Beauvoir tenía pocas amigas en el colegio, y posteriormente reconoció que a menudo rechazaba a las mujeres cuyo intelecto le parecía interesante solo a causa de su religión o de su extracción social. [5] En cambio se hizo amiga de otros «santurrones», como por ejemplo Jean Miquel, un estudiante que estaba preparando su tesis bajo la dirección de Jean Baruzi, al igual que ella.

En sus memorias apunta que «asistía de oyente a las clases de Jean Baruzi, autor de una prestigiosa tesis sobre San Juan de la Cruz». [6] Pero en realidad hizo mucho más que escuchar a Baruzi: escribió una tesina bajo su dirección. En sus diarios refiere que le gustaba Baruzi porque la tomaba en serio y la criticaba. [7] Curiosamente, Beauvoir no menciona en las memorias el contenido filosófico de su tesis, limitándose a decir que trataba sobre «la personalidad» [8] y que Baruzi se la devolvió con «numerosos elogios», diciéndole que era «la base para un trabajo serio». [9] En los diarios vemos que entre los diversos trabajos que entregó a Baruzi había algunas reflexiones sobre ética y sobre el amor. [10] Las distintas versiones existentes sobre este mismo acontecimiento nos plantean una pregunta importante: ¿por qué su versión carece de consistencia? La tesis de Beauvoir no ha llegado hasta nosotros, de modo que no podemos recurrir a ella en busca de posibles respuestas. [11] Pero, basándonos en lo que ella misma escribió en sus diarios personales, parece bastante probable que su análisis del amor allanara el camino para lo que escribiría sobre ética en la década de 1940, cuando se creía que sus ideas estaban inspiradas en las de Sartre. Así pues, ¿ocultó sus primeros trabajos por temor a poner en peligro la reputación de Sartre? ¿O fue porque no creyó que sus lectores de la década de 1950 darían crédito a una protagonista femenina cuya filosofía conformó la de Sartre?

En la década de 1920, Beauvoir no conocía a muchas mujeres que compartieran sus pasiones intelectuales. Reconoció que estaba empezando a frecuentar más la compañía de los hombres para establecer vínculos espirituales con ellos; le gustaba la conversación y la amistad de los hombres. En *Memorias de una joven formal* apunta que a ella misma le parecía lamentable que las mujeres adoptaran una actitud desafiante ante los hombres: «Desde el principio fueron para mí compañeros y no adversarios. Lejos de envidiarlos, mi posición por el hecho de ser singular me parecía privilegiada». [12] *A posteriori* reconoció haber sido una mujer símbolo, pero tardó bastante tiempo en darse cuenta de que esa misma consideración simbólica suponía un problema. Durante sus años de estudiante, las amistosas relaciones entre Beauvoir y sus compañeros varones se vieron simplificadas por el hecho de que ellos no la consideraban una rival porque el sistema educativo francés no trataba a las mujeres como iguales. Simone, y todas las demás estudiantes, eran aceptadas en calidad de «supernumerarias» y no competían por los mismos empleos que los

hombres. (Las mujeres impartían clases en los liceos femeninos; el Estado francés garantizaba la educación de las jóvenes, pero seguía estando muy extendida la opinión de que no debían instruirlas profesores varones.)

Según cuenta Deirdre Bair, Beauvoir dejó de mostrar entusiasmo por Merleau-Ponty cuando quedó claro que este no era ateo; [13] le decepcionó saber que para Maurice la verdad se encontrara dentro de los límites religiosos de su propia educación. Una vez más, los diarios de Beauvoir cuentan una historia diferente, y mucho más desapasionada, sobre su pérdida de la fe que la que sugieren las audaces líneas de sus memorias. En cuanto «vio la luz» con respecto a Dios, ella misma escribe en sus memorias que cortó «por lo sano». [14] A partir de entonces ya pudo decir a sus lectores que «su ateísmo no se había tambaleado nunca». [15] En un lenguaje que recuerda a San Agustín y a Blaise Pascal, Beauvoir apunta que la pérdida de Dios iba acompañada del repentino descubrimiento de que todo «se había quedado en silencio». Por primera vez comprendía el «terrible sentido» de la palabra «sola». [16]

Pero la historia que nos relata en sus diarios estudiantiles es menos brusca y mucho menos concluyente. No se sintió «tentada por el catolicismo» hasta 1928, y para entonces ya contaba veinte años. [17] Aunque posteriormente desestimó la fe de su infancia por inculta e ingenua, cuando empezó la universidad se vio rodeada de intelectuales creyentes que mantenían fuertes compromisos ideológicos al tiempo que dudaban de todo y cuestionaban todas las cosas. Beauvoir era una filósofa en ciernes y, cuando encontraba un nuevo argumento, no se cerraba en banda ni permanecía inalterada en aras de la coherencia personal, sino que consideraba los posibles valores de la nueva argumentación.

Pero, antes de echar un vistazo a los diarios propiamente dichos, conviene recordar la explicación que dio ella misma en sus memorias. En la versión de los hechos publicada en 1958, Beauvoir reconoció que de pequeña creía fervientemente en Dios; y esta era una fe que ninguna madre piadosa podría fingir. Simone iba a misa tres veces a la semana y hacía ejercicios espirituales durante varios días seguidos. Meditaba sobre la religión y tenía un cuaderno en el que registraba sus pensamientos y sus «resoluciones de santidad». «Deseaba acercarme a Dios, pero [...] no sabía cómo hacerlo.» [18] Llegó a la conclusión de que la mejor vida que puede ofrecernos este mundo es una vida consagrada a la contemplación, por lo que decidió hacerse carmelita.

Más tarde Beauvoir se pasó a la política, pero de pequeña las cuestiones sociales le parecían muy lejanas, en parte porque se sentía impotente para cambiar el mundo que la rodeaba. Entonces se centró en aquello que podía controlar: el mundo interior. Había oído decir que, aparte de la religión impregnada de moralidad, había una variante mística; como había leído muchas historias de santos cuyo fervor religioso alcanzaba la plenitud en misteriosas uniones con Dios que les proporcionaban paz y alegría, Simone «se inventaba mortificaciones»: se frotaba la piel con piedra pómez hasta hacerse sangre y se fustigaba con una cadenita que llevaba siempre colgada. En el cristianismo hay una larga tradición de *odium corporis* , y en muchas religiones el ascetismo produce experiencias místicas. Pero nada de aquello le sirvió a la joven Simone para alcanzar los estados de iluminación que tanto anhelaba.

En *Memorias de una joven formal* , dice que el deseo de ser monja era una «coartada útil». Pero en aquel entonces no lo veía así. Cuando pasaba los veranos en el campo, se despertaba temprano para contemplar el despertar de la naturaleza, deleitándose con «la belleza de la tierra y la gloria de Dios». En varios pasajes de sus memorias asocia la presencia de Dios con el esplendor de la naturaleza, pero en París escribe lo siguiente: «La gente y sus muchas preocupaciones lo alejaban de mí». [19]

Simone empezó a preocuparse más por la ocultación de Dios en el mundo, hasta el punto de considerar que «era completamente ajeno al desasosegado mundo de los hombres». Su madre y sus profesoras pensaban que el Papa había sido elegido por el Espíritu Santo; sus padres creían que no debía inmiscuirse en los asuntos mundanos. Por tanto, cuando León XIII dedicó varias encíclicas a «cuestiones sociales», su madre consideró que había traicionado su sagrada misión, y su padre dijo que había traicionado a la nación. De modo que Simone tuvo que «digerir la paradoja de que el hombre elegido por Dios para ser su representante en la tierra no debía ocuparse de las cosas terrenales». [20]

También tuvo que lidiar con la cuestión de que los supuestos «cristianos» trataran a los habitantes de nuestro mundo —ella incluida— de manera inaceptable. En el colegio tenía la impresión de que el confesor traicionaba su confianza. Cuando tenía dieciséis años entró en una librería religiosa cerca de San Sulpicio y pidió un artículo al dependiente. Este se dirigió a la trastienda y le hizo una señal para que lo siguiera. Pero al llegar

a su lado, el empleado no le mostró lo que había pedido, sino que le enseñó el pene erecto. Simone huyó de allí, aunque con la sensación de que «inopinadamente podían ocurrir cosas raras». [21]

Hélène dijo que su infancia también estuvo cargada de Dios, aunque no todo el mundo sentía de la misma manera el peso de la divinidad. [22] Ninguno de los hombres de su familia iba a misa, ni en París ni en Lemusín. Esa circunstancia le hizo pensar que «los hombres —una raza superior— estaban exentos de Dios». [23] Resulta fácil entender por qué Beauvoir se opuso al catolicismo de su infancia: los valores defendidos por esta religión daban lugar a un doble rasero impresionante, pues los maridos libertinos deseaban tener mujeres santas, en tanto que el ideal religioso del sacrificio perpetuaba el sufrimiento de las mujeres.

En las *Memorias de una joven formal* , Beauvoir dice que su padre agnóstico y su madre devota representan dos extremos del interior de sí misma: su padre representaba el aspecto intelectual y su madre el espiritual. Eran «dos terrenos radicalmente heterogéneos» entre los cuales no podía producirse ninguna interferencia: empezaba a pensar que «los asuntos humanos —cultura, política, negocios, usos y costumbres— no tenían nada que ver con la religión. Así que aparté a Dios de mi vida y del mundo, y esa actitud influyó profundamente en mi futura evolución». [24]

Al final, ante las discrepancias filosóficas y la hipocresía religiosa que ella misma había constatado, llegó a la conclusión de que «[le] resultaba más fácil imaginar un mundo sin creador que un creador cargado con todas las contradicciones del mundo». [25] Cuando rechazó a Dios por primera vez, le confesó a Zaza que quería ser escritora. Pero esta la dejó de una pieza cuando le respondió que tener nueve hijos, como había hecho su madre, era igual de bueno que escribir libros. Beauvoir no veía ningún parecido entre estas dos formas de vivir. «Tener hijos que a su vez tendrán más hijos era como repetir hasta el infinito la misma canción.» [26]

Como es habitual en la «vida» y la «obra» de Beauvoir, su vida planteaba preguntas que su obra intentaba responder; volvería a plantearse cuestiones relativas a la religión en varios libros más, incluido *El segundo sexo* . Pero mientras estudiaba tuvo que lidiar con su propia fe, primero por razones académicas y después porque una de las pérdidas más significativas de su vida la enfrentó abiertamente a la muerte y la injusticia.

Entre 1926 y 1927 anotó en sus diarios que, pese a sus reservas intelectuales, quería creer en Dios. *Quería* creer en algo que justificara su vida, en algo absoluto, y a lo largo de los años ese anhelo de conocimiento, cuando no de salvación, volvió a hacerse presente. En mayo de 1927 escribió: «Me gustaría querer a Dios». [27] Y en julio apunta otra vez que era una cuestión de «Dios o nada». Pero, desde la perspectiva filosófica, no encontró una respuesta satisfactoria a la pregunta de «¿Por qué el Dios cristiano?». [28] Tuvo varias conversaciones sobre religión con Maurice Merleau-Ponty, pero ella pensaba que este confiaba demasiado en la fe católica y en la razón. El 19 de julio de 1927 anotó en su diario: «Ponti defiende su [filosofía] con su fe en la razón; yo me baso en la impotencia de la razón. ¿Quién puede demostrar que Descartes se impone sobre Kant? Yo mantengo lo que escribí para entrar en la Sorbona: si usas tu razón, terminarás acumulando restos y elementos irracionales».

Sus diarios muestran cada vez con más frecuencia que había una filosofía que le parecía alienante porque la obligaba a «razonar con frialdad»: Beauvoir decía que «las jóvenes» como ella «no solo tienen que satisfacer una razón, sino que también han de someter un corazón entristecido, y por eso quiero seguir siendo una mujer; una mujer que sea más masculina por su cerebro y más femenina por su sensibilidad». [29] Trató de encontrar una filosofía que le sirviera de modelo y mostró su interés por Jules Lagneau, un filósofo que escribió tanto sobre la libertad y el deseo como sobre la razón. [30] Beauvoir coincidía con Lagneau en que su propio deseo era un poderoso impulso para la creencia: «¡Oh, Dios mío, Dios mío, este ser al que quisiéramos amar y al que se lo daríamos todo, ¿es verdad que no existe? Yo no sé nada y estoy cansada, muy cansada. ¿Por qué, si este ser existe realmente, nos cuesta tanto encontrarlo?». [31]

Su corazón estaba dolorosamente vacío: «*El que lo cumpliría todo* no existe», escribe en su diario. [32] Si esas palabras hubieran aparecido unas páginas antes, sería evidente que se referían a Dios, a un amado divino. Pero en los márgenes encontramos una anotación posterior: Beauvoir subrayó tiempo después esa oración y escribió en el margen: «Sartre: 1929». ¿Podía un hombre ocupar el lugar que su corazón tenía reservado a Dios? Tras la muerte de Sartre en 1980, Beauvoir publicó el primer volumen de las cartas que recibió de este y le puso el título de *Testigo de mi vida* . La palabra *témoin* (testigo) fue usada durante siglos por los cristianos franceses para describir la mirada de un Dios que lo ve todo.

La inclinación de Beauvoir hacia el ateísmo tuvo lugar entre importantes acontecimientos personales y en momentos de exploración filosófica. En lo personal, tenía mucho que admirar de la fe de Zaza y Merleau-Ponty. Si las proezas físicas de Stépha y Gégé le parecían desagradables, el casto cortejo de Zaza y Merleau-Ponty, en cambio, le producía una honda satisfacción. [33] Beauvoir esperaba, por el bien de Zaza, que el matrimonio no terminara convirtiendo su cuerpo en algo prostituido y su mente en un mausoleo. Todo iba viento en popa, pero, de repente, su relación con Merleau-Ponty se vio interrumpida. Madame Lacoin no quería que su hija siguiera estudiando en la Sorbona porque su hermana mayor se había casado y ahora le tocaba a ella casarse. Se quedaría en la finca de las Landas preparándose para conocer a los hombres apropiados. Ese año Simone solo pasó unos días de julio en las Landas. La familia de Merleau-Ponty era de Burdeos, así que decidieron reunirse allí cuando Simone fuera al sur. Como uno de sus escritores favoritos, François Mauriac, era oriundo de esa región, se propusieron hacer una peregrinación literaria al lugar; y así Simone podría llevarle a Zaza noticias frescas de su amado.

Al llegar a la casa, encontró a su amiga debatiéndose de la manera más tortuosa entre lealtades contrapuestas. Zaza estaba segura de que amaba a Merleau-Ponty, pero también quería obedecer a su madre, quien había decidido que este emparejamiento era improcedente, sin dar más explicaciones. Nadie entendía este giro tan radical en el parecer de Madame Lacoin: Maurice pertenecía a una buena familia católica y ella nunca había dicho nada malo de él. Pero, si la conversación tomaba alguna vez ese rumbo, Madame Lacoin cambiaba de tema. Al principio, Beauvoir estaba perpleja por semejante comportamiento, pero su perplejidad dio paso a la ansiedad y la rabia. ¿Por qué diablos se oponía a esa relación? ¿Es que no veía lo importantes que eran la libertad y los sueños de su propia hija?

El año anterior había sido intenso pero demasiado cargado de emociones, y ahora Simone percibía una trayectoria descendente de la misma intensidad. Intentó afrontarla como de costumbre: escribiendo y leyendo vorazmente. En agosto se impuso un horario:

9.00-11.00: cartas y diario.
11.00-1.00: filosofía (en su diario añadió «meditación» entre paréntesis).
3.00-5.00: filosofía, lectura.

5.00-8.00 escritura.

Ese verano se marcó el objetivo de leer a Stendhal y a Platón, así como a algunos escritores contemporáneos que abordaban el tema de la religión y el misticismo: Henri-Frédéric Amiel, Henri Delacroix y Jean Baruzi. [34] Su diario contiene reflexiones sobre sus lecturas y su correspondencia, así como largos pasajes en los que manifiesta su amor a Jacques y su confusión con respecto a las intenciones de este.

En septiembre, tras releer el diario de los meses anteriores, Simone pensó que 1927 había sido un año de «oscilación entre el desánimo que [le] produjo el amor —la única gran cosa humana que [le] hizo sentir el vacío de todo lo humano— y el deseo de seguir buscando». [35] Ese mismo mes se hizo un nuevo plan de estudios: debía entregar dos trabajos a su supervisor, Jean Baruzi, y escribir un libro. Quería terminar la primera parte del libro en enero, así que tendría que ser disciplinada:

8.00: levantarse.
9.00-12.00: limpiar la habitación.
2.00-6.00: estudiar a fondo.
6.00-8.00: conversaciones, pintar, leer «sin paseos superfluos a los que no tengo derecho».
9.00-11.00: preparación para las clases y para el club.
11.00-12.00: diario.

Leyó novelas de Paul Claudel, François Mauriac y muchos otros escritores, así como libros sobre místicos, filósofos y novelistas. [36] Escribió notas para una novela que reflejaría el descubrimiento, por parte de una mujer, de que «tenía la libertad de elegir por sí misma». [37] Sus notas son fragmentarias, pero exploran la relación existente entre lo que somos y lo que hacemos (o, como dirían los filósofos, la relación entre el ser y la acción).

A los diecinueve años ya estaba manejando ideas que se harían famosas en la década de 1940 por ser «existencialistas» (es decir, de Sartre): «*El acto* es la afirmación del nosotros», escribió Beauvoir. Pero, entonces «¿ese “nosotros” *no existía* antes del acto?». ¿O es que no sabíamos que existía? Maurice Blondel escribió un libro titulado *La acción* en el que analizaba si los seres humanos valían para algo o si tenían verdaderamente un destino. Para él, «la sustancia del hombre está en la acción; es lo que

hace de sí mismo». [38] Las notas de Beauvoir para su futura novela parecen una respuesta no solo a Nietzsche, sino también a Blondel. En lo que hace a las acciones, quería saber si estas nos informan de nosotros mismos —si están ahí todo el tiempo— o si en realidad nos crean. Blondel era partidario de la segunda opción: somos lo que hacemos de nosotros. Nietzsche, en cambio, hablaba de «llegar a ser quien eres». Pero ¿cómo vas a llegar a ser lo que eres si no te conoces a ti mismo? Las notas de Beauvoir están llenas de preguntas: «¿Llegar a ser quien eres? ¿Te conoces a ti mismo? ¿Te ves realmente a ti mismo?». [39]

Sus días estaban tan organizados que, cuando no se encontraba trabajando, empezaba a preocuparla el hecho de «dispersarse» demasiado a causa de sus «encantadoras amistades». [40] Aun así, se afligió mucho cuando Zaza regresó a París en noviembre y le dijo que la enviaban a Berlín. Aparentemente era para perfeccionar su excelente alemán, que ya hablaba muy bien; pero en realidad la familia quería enviarla allí para que se olvidara de Merleau-Ponty. A Zaza le angustiaba que sus padres lo rechazaran: ¿qué objeciones podían plantear? El desconcierto de Beauvoir aumentaba en sus propias conversaciones con Merleau-Ponty, pues este ponía toda su confianza en la oración y creía en la bondad y la ecuanimidad de Dios. Sus declaraciones de fe le causan cada vez más incomodo: ¿cómo iba a estar satisfecha con la mera posibilidad de justicia? Tanto si Dios era justo como si no, Madame Lacoin era una persona injusta, como había constatado ella misma.

Zaza regresó a París en el invierno de 1929, con muy buen aspecto y más convencida aún del amor que sentía por Maurice. Su madre ponía cada vez más obstáculos a sus encuentros con Simone, pero no podía prohibirle que fuese a leer a la Bibliothèque Nationale, donde Zaza y Simone encontraban siempre pequeños reductos de espacio y de tiempo para tomarse un café juntas y hablar de la vida.

En enero de 1929, Beauvoir se convirtió en la primera mujer en enseñar filosofía en un colegio para niños, el Lycée Janson-de-Sailly. Entre los profesores se encontraban Merleau-Ponty y otro hombre que sería bien conocido en la vida intelectual francesa del siglo XX : Claude Lévi-Strauss, el fundador de la antropología estructural. El liceo estaba lleno de una clase de jóvenes que suscitaban la envidia de Beauvoir. A esos chicos no les importaba demasiado la filosofía, pues daban por sentada la educación. Pero ella no se sentía en esos momentos como una protectora de la élite

intelectual francesa. Más bien se sentía como si estuviera en «el camino de la liberación final»; como si «no hubiera en el mundo nada que no pudiera lograr». No estudiar clásicas había sido lo correcto, desde luego; en aquellos días estaba escribiendo una tesis sobre la filosofía de Gottfried Leibniz, bajo la dirección de Léon Brunschvicg, una de las figuras más destacadas de la filosofía parisina.

La primavera y el verano estuvieron llenos de acontecimientos en la vida de Beauvoir. Pero para Zaza fueron desastrosos. En julio fue a su residencia de verano, como cada año. Pero antes de marcharse le confesó a Beauvoir que ella y Merleau-Ponty se habían prometido en secreto: él tenía que hacer el servicio militar, por lo que esperarían otro año, o posiblemente dos, antes de decírselo a sus padres. Beauvoir estaba atónita. «¿Por qué esperar?», le preguntó a su amiga, sorprendiéndola con su franqueza: su amistad era evidente.



ILUSTRACIÓN 3. Zaza y Simone en septiembre de 1928.

Las cartas de Zaza desde las Landas eran crípticas y más bien confusas. Su madre, decía, le había contado algo que no podía relatar. En el siguiente correo llegó una carta que abundaba en sus preocupaciones habituales: «¿Deben los niños cargar con el pecado de sus padres? ¿Tienen la culpa de ese pecado? ¿Serán absueltos? ¿Contaminan a sus amigos?». [41] La correspondencia de los días posteriores revela que Zaza estaba desilusionada por los mensajes que recibía de Merleau- Ponty, pues, pese a la promesa mutua, su tono era cada vez más distante y sus cartas cada vez

más escasas. Zaza echaba de menos a Simone y decía que lo estaba pasando muy mal, pero intentaba dar sentido a su sufrimiento comparándolo con el de Jesucristo. [42]

Esa situación se prolongó durante algún tiempo, por lo que Simone, muy preocupada, instó a Zaza y a Maurice a que hicieran públicas sus intenciones: a lo mejor las dudas de Madame Lacoin se debían a la falta de anuncio oficial. Pero se encontró con la oposición de ambos: Zaza le dijo en una carta que «las razones [de Maurice] para negarse son tan válidas para mí como para él». [43] Simone no era fácil de convencer, de modo que escribió a Merleau-Ponty preguntándole si sabía el sufrimiento que sus «razones» estaban causándole a Zaza. Pero Maurice le respondió explicándole que su hermana acababa de comprometerse y que su hermano estaba a punto de irse al extranjero, por lo que su madre no soportaría perder a todos sus hijos a la vez.

Zaza había adelgazado; iban a enviarla otra vez a Berlín. Al principio parecía resignada a la decisión de Maurice, que pretendía sacrificarla por su madre. Pero, al poco tiempo, Madame Lacoin convocó a Simone: Zaza estaba enferma, muy enferma. Había ido a ver a la madre de Merleau-Ponty, y medio delirando le había preguntado si la odiaba y por qué se oponía a su matrimonio. Madame Merleau-Ponty intentó tranquilizarla antes de que llegara su hijo; luego este, preocupado por lo mucho que le ardían las manos y la frente a Zaza, llamó a un taxi. En el coche, ella le reprochó que nunca la hubiera besado y le exigió que enmendara la situación, a lo que él obedeció.

A su llegada a casa, Madame Lacoin llamó a un médico y mantuvo una larga conversación con Merleau-Ponty, tras la cual cedió a sus pretensiones matrimoniales. No se opondría al enlace; no podía seguir siendo la causa de la infelicidad de su hija. Madame Merleau-Ponty estuvo de acuerdo en disponer todo lo necesario para el casamiento. Pero Zaza tenía cuarenta de fiebre; estuvo cuatro días en una clínica, y la temperatura no bajaba.

La siguiente vez que Simone vio a Zaza, tenía el cuerpo helado: yacía en un ataúd sujetando un crucifijo.

Zaza murió el 25 de noviembre de 1929. Beauvoir habría de esperar cerca de treinta años para descubrir la verdad de lo que había sucedido. Mientras se hundía en la desesperación del dolor, se sintió también horrorizada por sus conversaciones con Zaza y su correspondencia con Merleau-Ponty, pues los dos habían «espiritualizado» su sufrimiento, al

tiempo que intentaban cultivar la virtud en vez de castigar al verdadero culpable: la cruel injusticia del «decoro». La culpa la tenía el mundo, no ellos; y Dios no había hecho nada.

# CAPÍTULO
# 4

## El amor ante la leyenda

Mientras Zaza concebía esperanzas de fidelidad que luego se desvanecían, Simone empezaba a abrigar otro tipo de expectativas. La amistad de Merleau-Ponty y Gandillac le indicaba que estaba siendo objeto de interés para dos *normaliens* , esto es, dos estudiantes de la École Normale Supérieure, la flor y nata de la élite intelectual parisina. Eso también le daba seguridad, por lo que, durante la primavera y el verano de 1929, buscó la amistad de otro *normalien* que atraía su atención (en este caso, física).

El *normalien* no era —como cuenta la leyenda— Jean-Paul Sartre. Los cuadernos de Beauvoir correspondientes a 1929 describen la génesis de su relación de manera muy distinta de la que ella hizo público durante su vida. Una vez aceptada la premisa de que no todas las mujeres quieren una relación monógama de por vida, y de que no todas las ideas originales proceden de los hombres, la historia de Beauvoir y Sartre se nos plantea en términos muy distintos desde el principio, pues no es cierto que, en el momento en que conoció a Sartre, este pasó a ocupar el primer lugar en su corazón.

Durante la primavera de 1929, Beauvoir se hizo muy amiga de René Maheu (a quien llama «Herbaud» en sus memorias y «Lama» en sus diarios). Maheu era uno de los tres miembros de un grupito de estudiantes; los otros dos eran el futuro novelista Paul Nizan y el futuro filósofo Jean-Paul Sartre. En sus memorias Beauvoir dice que, aunque había entrado en el círculo social de algunos *normaliens* , el grupo de Maheu era el único que se le resistía. Ella se había fijado en Maheu en 1929, cuando este dio una charla en uno de los seminarios impartidos por Brunschvicg. Estaba casado; pero Beauvoir se había quedado encandilada de su rostro, sus ojos, su pelo,

su voz; en realidad le gustaba todo de él. Decidió abordarlo un día durante la comida en la Bibliothèque Nationale, y al poco tiempo Maheu ya estaba escribiéndole poesías y llevándole dibujos.

Maheu le puso a Beauvoir el apodo por el que la conocerían durante toda su vida: Castor. Un día escribió en su cuaderno, en letras mayúsculas: «BEAUVOIR = BEAVER» (*beaver* es «castor» en inglés). Esta fue su lógica: al igual que ella, los castores «andan en compañía y tienen espíritu constructivo». [1]

En sus memorias Beauvoir dice que la influencia de Maheu sobre ella fue similar a la de Stépha. En 1929 escribió lo siguiente: «Estaba harta de tanta santidad y me encantaba que [Maheu] me tratara —igual que Stépha — como si fuese una criatura de la tierra». [2] Beauvoir le describe como un hombre «de verdad», con un rostro «muy sensual», que «abría caminos que [ella] deseaba explorar aunque aún no hubiera tenido valor para ello». No está nada claro que llegaran a ser amantes —Beauvoir describe su relación con mucha cautela—, pero no cabe duda de que, cuando conoció a Sartre, Maheu ocupaba el lugar más importante en sus afectos. Cuando más tarde reflexiona sobre el tiempo que pasaron juntos, lo describe como un período de «alegría perfecta y de muchos placeres» durante el cual conoció «la dulzura de ser mujer». [3]

Muchos escritores han afirmado que Maheu fue su primer amante. [4] Pero no queda nada claro qué quieren decir exactamente con esa afirmación, por lo que resulta difícil evaluar cuánto hay en ella de verídico. Cuando Bair le pidió a Beauvoir que confirmara este hecho, Simone se negó con vehemencia, asegurando que, pese a sus aventuras clandestinas con Gégé y Hélène, nunca había besado a un hombre en la boca hasta que apareció Sartre. [5] Pero cuando Bair escribió su biografía, no se podían consultar las cartas y los diarios con que ahora contamos.

Aunque Beauvoir y Sartre se habían visto alguna vez —en las aulas, en los seminarios, en los Jardines de Luxemburgo—, su encuentro oficial se hizo esperar bastante. Maheu era muy posesivo: quería tener a Beauvoir para él solo, y por eso no se la presentaba a Sartre, que era tan conquistador. Pero Sartre quería conocerla desde la primavera y no le daba ninguna vergüenza que se notase; había oído decir que estaba escribiendo una tesis sobre Leibniz, de modo que le envió un dibujo que representaba a un

hombre rodeado de sirenas y que se titulaba «Leibniz bañándose con las mónadas» (Leibniz llama «mónadas» a las partículas indivisibles que componen el universo; las sirenas eran una licencia artística de Sartre). [6]

Durante las tres semanas anteriores al examen de *agrégation* , Beauvoir vio a Maheu todos los días. La prueba escrita que se realizó el 17 de junio de 1929 duró siete largas horas durante las cuales había que improvisar una disertación sobre un tema grato para Simone: «libertad y contingencia». El 18 de junio tuvo que dedicar otras cuatro horas a escribir sobre «intuición y razonamiento en el método deductivo». Y, por último, el 19 de junio, cuatro horas más a la «moralidad en los estoicos y en Kant». [7]

Tras completar la parte escrita de la *agrégation* , Maheu se marchó diez días con su mujer, diciéndole a Beauvoir que al regresar reanudaría sus estudios con Sartre y Nizan. Todos querían que ella se uniera al grupo, dijo, y Sartre quería sacarla por ahí. Maheu le transmitió la invitación al Castor, pero le pidió que no saliera con Jean-Paul. A ella le gustó cómo la miraba cuando se lo dijo; y además Sartre le parecía muy poco atractivo. [8] Así pues, decidieron que fuese Hélène en su lugar a reunirse con Sartre en el sitio acordado y que le contase una mentira piadosa: que había tenido que irse inesperadamente al campo.

Simone volvía a disfrutar de la vida: en aquel entonces tenía más amigos, pero, lo que es más importante, tenía a Maheu, a Merleau-Ponty y a Zaza —cinco meses antes de su muerte— para compartir su vida, y la entusiasmaba estar «creándose» a sí misma junto a personas que querían que llegase a ser la mujer que ella quería ser (aunque fuese, como le decía Zaza en broma, «una damisela amoral»). [9] La tarde en que Hélène salió con Sartre, Simone estaba eufórica y ese día escribió en su diario: «[Tengo la] curiosa certeza de que estas riquezas que siento dentro de mí dejarán su huella, de que pronunciaré palabras que serán escuchadas, de que esta vida mía será un manantial del que otros beberán: la certeza de una vocación». [10] Eso lo dijo también en sus memorias. Pero en su diario personal añadió que su fervor ya no era algo pungente, que no era una *vía dolorosa* . Tenía la sensación de que se le había concedido algo extraordinario, algo que no podía reservar para sí.

Cuando Hélène volvió a casa le dijo a su hermana que había hecho bien en quedarse: Sartre la había llevado al cine y había sido muy amable, pero no era tan buen conversador como esperaba. «Todo lo que dijo [Maheu] sobre Sartre es pura invención.» [11]

Pese a sus fallidos intentos de llamar la atención, Sartre no se dejó disuadir. Estaba intrigado por los elogios de Maheu sobre el ingenio y la inteligencia de Simone, pero no necesitaba de nadie para captar lo que era capaz de ver por sí mismo: su atractivo. En 1973, Maheu dijo de ella: «¡Qué corazón! Era tan auténtica, tan rebelde, tan genuina [...] y tan inconfundiblemente atractiva, tanto en sus maneras como en su propio estilo; no ha habido jamás una mujer como ella». Henriette Nizan (la viuda de Paul) recordaba a Beauvoir como una mujer joven con «ojos deslumbrantes», guapísima, con una voz ligeramente quebrada que le confería todavía más encanto. Era una «belleza inconsciente». [12]

Sartre, por su parte, era bien conocido en la École Normale Supérieure, donde se había hecho famoso tanto por su dominio de la filosofía como por su irreverente picardía. Actuó desnudo en un sainete y tiró globos de agua por las aulas de la universidad, al grito de «¡Así meaba Zaratustra!». También era un bromista impenitente que —según él— había sido un tanto descarado en los exámenes del año anterior: estaba destinado a sacar el primer puesto a escala nacional, pero no lo sacó porque escribió acerca de sus propias ideas filosóficas en lugar de ceñirse al guion.

Sartre desconfió cuando Simone envió a Hélène en su lugar: cuando esta llegó y se presentó, Jean-Paul le preguntó: «¿Cómo supo usted que yo era Sartre?». Su respuesta la delató: «Porque... lleva usted gafas». Sartre le indicó que había otro hombre allí que también llevaba gafas. No hace falta ser un genio para imaginar los adjetivos que Hélène tuvo que eliminar de la descripción de su hermana: Sartre era muy bajito y muy feo. [13] Medía 1,55 y era bien consciente de su fealdad; esa era una de las razones por las que le gustaba tanto seducir a las mujeres: cuando el aspecto fallaba, las palabras vencían.

Si Beauvoir se entusiasmó cuando Maheu la invitó a formar parte de su grupo de estudio fue porque eso significaba estar más tiempo con Lama y también porque era una señal de enorme respeto. Sartre era un esnob: como tenía acceso a la mejor educación de París, miraba a los demás por encima del hombro. En una entrevista realizada en 1974, Beauvoir le echó en cara su arrogancia, recordándole que, durante sus años de estudiante, Nizan, Maheu y él «tenían fama de mostrarse desdeñosos con el mundo en general y con los estudiantes de la Sorbona en particular». Su respuesta fue: «Eso era porque los estudiantes de la Sorbona simbolizaban a la perfección a unos seres que no eran del todo humanos». [14]

Beauvoir se sentía halagada y al mismo tiempo tenía algo de miedo, pues al desdén del grupo respondían los demás estudiantes de la Sorbona tomándoles ojeriza, pues decían que eran unos desalmados sin corazón, y Sartre era el que tenía peor fama. [15]

A finales de junio, Sartre aún no había conocido a la mujer a la que estaba empeñado en conocer. El legendario encuentro se produjo finalmente el lunes 8 de julio de 1929, cuando Beauvoir llegó al grupo de estudio «un poco asustada». Sartre la saludó amablemente, y ella se pasó el día haciendo comentarios sobre el tratado filosófico de Leibniz. [16] Puede que no parezca un buen comienzo para una relación amorosa: según Beauvoir, no lo fue. Pero luego la dinámica cambió.

Pronto, el trío pasó a ser un cuarteto. En las dos semanas siguientes, Maheu, Sartre y ella se vieron casi todos los días. Pero, si nos atenemos a los diarios de Beauvoir, queda bien claro quién era entonces el objeto de su afecto: ahí describe cómo Maheu permanecía medio estirado sobre la cama en mangas de camisa, y que, cuando volvían a casa caminando, el paseo no era «delicioso» hasta que se marchaba Sartre; no recordaba de qué habían hablado en ese rato, pero al llegar a casa se ponía a escribir su diario y lo plagaba de alabanzas a «su Lama». [17]

Al día siguiente siguieron con Leibniz, y Sartre le hizo un regalo a Beauvoir: un cuadro japonés que ella calificó de «horrible». Al día siguiente hubo más Leibniz y más regalos inoportunos por parte de Sartre: esa vez, unas porcelanas que le parecieron «absurdas». [18]

El jueves empezó a llamarle la atención la forma de pensar de Sartre. Cuando terminaron con Leibniz pasaron a Rousseau, y entonces Sartre tomó la iniciativa. Beauvoir empezó a verlo bajo una perspectiva inesperada, como si se tratara de «alguien generoso con todo el mundo, es decir, verdaderamente generoso, que se pasaba montones de horas desarrollando con esmero los aspectos más arduos de la filosofía para que los comprendieran los demás, sin recibir nada a cambio; [...] era una persona completamente diferente de la que veían los estudiantes de la Sorbona». [19]

Pero, al día siguiente, Beauvoir y Maheu hicieron una escapada y «alquilaron una habitación en un hotelito de la calle Vanneau», donde ella lo ayudó «a traducir a Aristóteles», según cuenta en sus memorias. [20] En la entrada correspondiente de su diario personal, Beauvoir describe la habitación y apunta que su amistad «se había teñido de una ternura» que

nunca olvidaría. [21] Maheu temía no haber aprobado los exámenes. Con independencia de lo que hicieran, los diarios reflejan que solo trabajaron un poco.

El diario de las jornadas siguientes está lleno de referencias a su «Lama», quien le cuenta, entre otras cosas, que Sartre está coladito por ella. [22] El 15 de julio, le susurró en broma que le gustaría besarla, y ella confiesa en su diario que estaba muy agitada a causa de lo que sentía por él. Al día siguiente se dijeron «*je vous aime* ». [23]

El 17 de julio se publicaron los resultados de la parte escrita del examen. Aprobar la *agrégation* garantizaba un puesto de trabajo de por vida en el sistema educativo francés; el número de candidatos aprobados dependía de la cantidad de plazas disponibles. Sartre salía de la sala cuando Beauvoir estaba entrando; le dijo que Nizan y ellos dos estaban entre los veintiséis clasificados para los exámenes orales; pero que Maheu había suspendido la prueba.

Maheu salió de París aquella misma tarde, y Sartre aprovechó para acercarse a Beauvoir. No sabemos cuánto sabía de la relación entre Maheu y ella, pero el cambio de circunstancias obró claramente a su favor. Maheu ya no tenía que prepararse la parte oral de la *agrégation* , de modo que el cuarteto volvió a ser un trío. Desde el punto de vista intelectual, Sartre ya le había causado muy buena impresión a Beauvoir, así que ahora tenía una base en la que apoyarse y además sabía que los informes que le habían dado de ella no estaban inflados por el afecto o la hipérbole: era una mujer brillante.

En las memorias de Beauvoir, Sartre dice: «De ahora en adelante voy a tomarte bajo mi protección». [24] Ella no refleja eso en sus diarios; escribe en cambio: «Hace conmigo lo que le da la gana, pero me encanta su forma de ser autoritario, de cuidarme y de ser cruelmente benévolo». [25] Le encantaba su forma de burlarse de quienes decían que ella era «desagradable cuando hablaba de filosofía» [26] y que la buscase para hablar precisamente de eso. Siguieron estudiando juntos, y las personas de su entorno empezaron a darse cuenta de ello.

Tras la marcha de Maheu, Beauvoir y Sartre se encontraban todas las mañanas en los Jardines de Luxemburgo o en algún café, iniciando entonces una conversación que se prolongó durante cuarenta y cinco años. La llegada de Castor desplazó a algunos amigos de Sartre: Raymond Aron escribió: «[...] Nuestra conversación cambió el día en que Sartre conoció a Simone

de Beauvoir. Hubo un tiempo en que le gustaba utilizarme como caja de resonancia para sus ideas; luego se conocieron, y de repente dejé de interesarle como interlocutor». [27] También lo notó Zaza, a quien no le gustaba la «insoportable pedantería de Sartre», pero reconoció que Beauvoir había elegido su camino mucho antes de que el célebre filósofo se cruzara en él: «Puede que la influencia de Sartre acelerara un poco las cosas», dijo, pero no alteró su rumbo. [28]

Nueve días después de conocer a Sartre, Beauvoir ya estaba comparando en su diario los esfuerzos de los dos amigos por atraer su atención, y apunta que el Lama podía conquistar a una mujer simplemente acariciándole el cuello; Sartre, en cambio, le abría su corazón. [29] El 22 de julio, Beauvoir escribe que Sartre ejerce sobre ella una influencia «extraordinaria». A los trece días de conocerlo, anota en su diario que la «había imaginado, comprendido y dominado» hasta tal punto que tenía «necesidad intelectual» de estar en su presencia. [30] Ambos descubrieron que había «una gran semejanza» en sus actitudes y ambiciones: además de su pasión común por la filosofía, sentían adoración por la literatura y soñaban con un futuro literario. Manejaban perfectamente las ideas filosóficas y las alusiones literarias; y cuando estaban juntos se ahorraban el tedio de tener que definir conceptos o explicar tramas. Los dos habían querido ser escritores desde pequeños, pero ahora se enfrentaban a una ambigua perspectiva vital después de la época de estudiantes, cuando los sueños de juventud suelen verse interrumpidos por el pragmatismo y el desencanto.

Como es natural, sus sueños tenían ya diferentes grados de realidad en algunos aspectos significativos; el Panthéon estaba lleno de monumentos que ensalzaban a los grandes escritores de la nación y que rendían tributo a su excelsa progenie en el ámbito de la filosofía y la literatura. Beauvoir podía nombrar a unas pocas mujeres conocidas por su literatura, y a un número aún menor que merecieran la consideración de filósofas. Por lo general, sus predecesoras habían pagado un alto precio por rechazar los valores tradicionales, sacrificando a menudo su propia felicidad en aras de la libertad. Beauvoir iba todavía más lejos: ¿por qué había que ganarse la libertad a costa del amor? ¿O el amor a costa de la libertad?

Las sesiones de revisión para el examen pronto se convirtieron en excursiones a librerías cercanas al Sena y en cine, cócteles y jazz. Sartre le cantaba *Old Man River* , le hablaba de sus sueños y le hacía preguntas sobre

su vida. Más adelante Beauvoir escribió que Sartre intentaba comprenderla desde el punto de vista de ella, «a la luz de mi propio conjunto de valores y actitudes». Sartre la animaba a intentar preservar lo mejor de sí: «mi amor a la libertad personal, mi pasión por la vida, mi curiosidad, mi decisión de ser escritora». Aun así, cuando volvió a ver a «su Lama» el 27 de julio, todo cambió. Se preguntaba por qué, cuando Sartre y Lama estaban en la misma habitación, el primero perdía importancia. Su respuesta fue que el segundo la absorbía más apasionadamente. [31] Pero el 28 de julio lee la primera tentativa de novela de Sartre —*Er , el armenio*— y pasan juntos la jornada siguiente. *Er , el armenio* contiene diálogos con Cronos, Apolo y Minerva (entre otros) sobre temas como el tiempo, el arte, la filosofía y el amor. [32] Beauvoir empezó a usar en su diario los mismos epítetos cariñosos que antes reservaba para su Lama. Dormía poco, pues estaba intranquila. [33]

Hay un ensayo de William James —«What Makes a Life Significant?» («Lo que da significado a una vida»)— en el cual se pregunta por qué todos los hombres ven en su chica a una mujer encantadora y perfecta —como si fuera una maravilla de la creación—, cuando a los demás observadores les deja completamente fríos. ¿Quién la ve mejor, los ojos embelesados de su chico, o los ojos que no perciben la magia en ella? Sin duda, es el chico quien ve la verdad cuando «intenta unirse a la vida interior de su novia», escribe James. ¿Dónde estaríamos cada uno de nosotros si nadie estuviera dispuesto a vernos con rectitud y sinceridad, «a conocernos tal como somos en realidad?».

Los ojos de Beauvoir eran como los de ese chico; lo malo era que veían la perfección de Maheu y el encanto de Sartre (y, en realidad, también seguían viendo el atractivo de Jacques). ¿Qué debía hacer?

En sus memorias, Beauvoir reduce el problema considerablemente, quizá por el bien de su reputación o quizá por el bien de sus lectores. Al fin y al cabo, eran los últimos años de la década de 1950: ¿estarían dispuestos a aceptar que una mujer amara a un Jean-Paul y a un René al mismo tiempo? En la versión simplificada que ofrece en *La plenitud de la vida* , Beauvoir se aleja del primer plano después de conocer a Sartre. En los diarios cuenta que con Sartre, Maheu y Nizan llegó por fin a ser ella misma; en cambio, en las memorias sostiene que estando con Sartre «se sintió [por primera vez] inferior a otra persona». [34] Esa sensación de inferioridad intelectual se intensificó tras aquella famosa conversación con Sartre —junto a la Fontaine Médicis, en los Jardines de Luxemburgo— en la que Beauvoir le

confesó que había elaborado su propia teoría de la moralidad. Sartre hizo pedazos la teoría, y al final ella misma reconoció su derrota. En ese momento se desanimó, pero más tarde recordaría aquel incidente con humildad: «Mi curiosidad era mayor que mi orgullo; me gustaba más aprender que brillar». [35]

La «humildad» de Beauvoir en este caso, aunque loable en la medida en que expresa su predilección por el aprendizaje antes que por el cegador orgullo, ha desconcertado a las feministas durante décadas. En muchos momentos de su vida, Beauvoir definió a Sartre como «el filósofo», pese a que, cuando hicieron la prueba oral de la *agrégation* , ella no solo consiguió el segundo puesto, sino que, a sus veintiún años, fue la persona más joven en aprobarla. Cuando el tribunal —compuesto por tres hombres— se sentó a deliberar, un juez calificó a Beauvoir de «verdadera filósofa», y al principio los demás miembros del tribunal también se inclinaron por ella. Pero al final decidieron que, como Sartre era un *normalien* (alguien que había estudiado en la elitista École Normale), debía ser él quien obtuviese el primer puesto. (No está claro si el hecho de que no hubiera aprobado el examen el año anterior influyó en las deliberaciones.) [36]

Las memorias de Beauvoir sugieren que Sartre no fue el único que la «obligó» a adoptar «una visión más modesta» de sí misma. Sus otros amigos *normaliens* —Nizan, Aron y Politzer— tuvieron más tiempo para preparar sus exámenes, y además gozaron de una educación más avanzada. Las circunstancias en que llegaron a ser filósofos fueron muy distintas de las de Beauvoir, porque entonces solo los hombres podían ser *normaliens* , solo ellos podían tener los mejores profesores y la seguridad que daba hablar con personas que se creían las mejores.

Los diarios de Beauvoir confirman esa historia... hasta cierto punto. Poco después de los exámenes de *agrégation* , salió a tomar algo con Sartre y Aron; y se pasaron dos horas hablando sobre el bien y el mal. Regresó a casa medio obnubilada. ¡Aquello era tan interesante! Aunque puede que también fuese una revelación, pues ese día escribió: «Ya no estoy segura ni de lo que pienso». Envidiaba la madurez mental de sus amigos, la fuerza de su pensamiento, y se prometió que también ella la alcanzaría. [37]

Pese a carecer de pedigrí filosófico, Beauvoir fue recordada por sus contemporáneos como una excelente filósofa que quería *vivir* la filosofía. Maurice de Gandillac la describió de la siguiente manera: «Rigurosa, exigente, precisa y muy estricta en los aspectos técnicos, [...] todo el mundo

estaba conforme en que ella *era* la filosofía». [38] Es desconcertante, por ende, que siempre rechazara el título de «filósofa» y que se contemplara a sí misma desde una posición subordinada. Toril Moi se pregunta: «¿Por qué aprovecha cualquier ocasión para declararse inferior a Sartre?». [39]

Moi llega a la conclusión de que Beauvoir sacrificó su éxito en el altar de la seducción. [40] Y la propia Beauvoir, cuando relata la historia en sus primeras memorias, parece insinuar que eso es cierto: como personaje público deja la filosofía en manos del «gran hombre», es decir, Sartre. Pero en sus diarios observamos que los primeros éxitos filosóficos de Beauvoir surgieron al mismo tiempo que era presa de una seducción muy distinta, la de René Maheu, un hombre que no aprobó la *agrégation* . En este caso, la seducción no requirió ningún sacrificio por su parte. ¿Entonces por qué iba a ser distinto con el entonces desconocido Sartre? Además, como luego veremos, Beauvoir no se presentó en *todas* las ocasiones como alguien inferior; de hecho, reconoció su propia originalidad públicamente, y a veces luchó por defenderla. ¿Acaso se presentaba a sí misma como alguien inferior pensando en unas lectoras concretas, en la clase de lectoras que dudan de sí mismas, que se preguntan si realmente deben prestar oído a las voces que les aconsejan no intentar aquello que desean? Para ese tipo de lectoras resultaba demasiado atrevido que Beauvoir comentara en público lo «desacertados» que eran los ensayos del joven Sartre; al fin y al cabo era un genio. [41]

Pero en 1929 no era todavía el colosal «Jean-Paul Sartre» que sería después. Tenía veinticinco años (tres más que ella), había dedicado el doble de tiempo a preparar el examen y era la segunda vez que se presentaba. Que Beauvoir no ponga de relieve en sus memorias la singularidad de su propia proeza refleja probablemente inseguridad, modestia o inteligencia política por su parte. Puede que sea una concesión al poder de esa institución (la École Normale) en el panorama cultural de Francia. El hecho de presentarse como inferior ante Sartre no atrajo la atención de este hacia las capacidades de cada cual, sino que más bien se fijó en sus diferentes convicciones y riqueza cultural. Sartre, antes de ser un *normalien* , había estudiado en el Lycée Henri IV, y luego en el Louis le Grand. No podía tener mejor expediente. De ahí que no tuviera necesidad de enumerar todos sus *certificats de licence* , pues, como dice Toril Moi, «un genio consagrado no necesita justificarse de una manera tan vulgar». [42]

Las mujeres geniales, por el contrario, debían cuidarse de no brillar más de lo debido. En 1929, el sistema educativo francés también había tratado con cautela el espinoso asunto de las mujeres que superaban a los hombres en los exámenes de *agrégation* . El problema residía en que las notas, como las clasificaciones deportivas, debían hacerse públicas. Los candidatos con más puntos aparecían en la lista en orden descendente. Así pues, aunque sus puestos no estuvieran en peligro, los hombres tenían que sufrir la vergüenza (o así lo veían algunos) de quedar por debajo de las mujeres en una influyente institución pública. (Para evitar esa humillación, el Ministerio de Educación publicaba desde 1891 una lista para hombres y otra para mujeres, pero, en 1924, las autoridades corrigieron esta discriminación y volvieron a introducir las listas unificadas.)

A fin de poner en perspectiva el caso de Beauvoir, conviene señalar que, cuando murió el padre de Sartre veinte años antes, su madre abandonó París a toda prisa porque temía que le quitaran al niño. Como mujer, tenía menos derecho legal a quedarse con su hijo que la familia de su difunto marido. Cuando Simone era estudiante, las francesas aún no tenían derecho a votar ni abrir una cuenta bancaria. El año en que aprobó el examen de *agrégation* , las universitarias constituían el 24 % de la población estudiantil, lo que suponía un incremento enorme con respecto a la generación anterior (en 1890 había 228 universitarias, esto es, el 1,7 % de dicha población). Pero si una mujer no tenía derecho a votar ni a abrir una cuenta bancaria, si no tenía siquiera derecho a su propio hijo, ¿cómo iba a reconocérsele su derecho a ocupar el primer lugar?

No hacía mucho tiempo que Simone estudiaba filosofía por su cuenta en la sección reservada a las mujeres en la Bibliothèque Saint-Geneviève, y en su diario escribió que quería *vivre philosophiquement* —llevar una vida pensante, en lugar de dedicarse únicamente a vivir— y dar rienda suelta a la riqueza que brotaba de su interior. Más adelante leería a Ralph Waldo Emerson (un amor no correspondido de su querida Louisa May Alcott), pero, aun antes de leer su obra, ya compartía con él la idea de que «lo que más necesitamos en la vida es a alguien que nos obligue a hacer lo que podemos». [43]

El 22 de julio de 1929 ya era consciente de que estar con Sartre la obligaría a ser un «alguien real». Él podía ponerse muy pesado, así que le temía un tanto. Pero, sea como fuere, ese día escribió: «Me abandonaré a ese hombre con absoluta confianza». [44]

Con el tiempo, hasta ella misma se preguntaría si no se había subestimado.

# CAPÍTULO 5

## La valquiria y el *playboy*

Cuando Beauvoir llegó a Meyrignac en agosto de 1929, necesitaba hacer un balance de su situación. Meyrignac era el único sitio donde había tenido una habitación para ella sola, de manera que aprovechó la privacidad para hacer una «evaluación» de su vida. Creía firmemente en Sartre, y pensaba que el afecto que le iba tomando no suponía una infidelidad al Lama o a Jacques. [1] Tras la marcha de Maheu, Beauvoir y Sartre se fueron acercando cada vez más, en cuerpo y alma: aún no habían consumado la relación, pero en su habitación de la Cité Universitaire —según le contó a Deirdre Bair— «había de todo menos sexo». [2]

Durante la semana siguiente, mientras llevaba a cabo su autoevaluación, Beauvoir fue repasando sus recuerdos y sentimientos, que, como es lógico, cambiaban de un día para otro: «dudas, devastación, júbilo». [3] No interpretó esas variaciones como un motivo de reprensión, sino más bien de reflexión. «*Necesitaba* » a Sartre, pero «*quería* » a Maheu. Para decirlo con sus propias palabras: le gustaba lo que Sartre le aportaba, pero también le gustaba lo que Maheu era. [4] En ese momento, Sartre no era aún imprescindible.

En Corrèze hacía un tiempo espléndido y la familia estaba muy unida tras la muerte del abuelo Bertrand de Beauvoir: era el primer verano sin él. Gandillac, el amigo católico de Merleau-Ponty, fue de visita y propuso que las hermanas Beauvoir lo visitaran también; su casa estaba a solo una hora en tren. Françoise se opuso, porque, aunque fuese un católico respetable y una persona que le caía bien, no era decoroso visitarlo en su residencia particular. ¿Qué tal una excursión a Tulle?, preguntó Gandillac. Estaba a mitad de camino. Françoise, entonces, consintió, pero con una embarazosa condición: que ella los acompañase de carabina. [5]

El 9 de agosto Simone viajó a Uzerche acompañada de Gandillac y no paró de pensar en Sartre; al día siguiente, mientras paseaban por la ribera del Vézère, pensó en el Lama. [6] El funcionamiento de su mente era invisible para la escrutadora mirada de Françoise, pero pronto resultó evidente que había más formas de eludir su vigilancia. El 19 de agosto, los Bertrand de Beauvoir se trasladaron de Meyrignac a La Grillère, la finca de la hermana de Georges. A la mañana siguiente, su prima Madeleine entró corriendo en la cocina y le dijo a Simone que había un hombre esperándola en una parcela vecina.

Era Sartre.

Sabía que iba a presentarse allí; la perspectiva de su visita la hacía increíblemente feliz. [7] En ese punto los diarios de Beauvoir, a los cuales confiaba sus pensamientos casi cada día, se interrumpen. Los reanuda tras la estancia de Sartre, cuando relata los «días perfectos» de «ideas y caricias» que pasó con él. [8] Cabe suponer que su tiempo de trabajo, siempre organizado a la perfección, era demasiado valioso para malgastarlo escribiendo, cuando podía pasarlo con Sartre.

El primer día, Simone le propuso ir a dar un paseo, pero Sartre declinó la invitación alegando que era «alérgico a la clorofila». Entonces se sentaron en un prado y empezaron a charlar; no había tiempo en el mundo para agotar sus temas de conversación. Sartre se alojaba en el Hôtel de la Boule d’Or, en Saint-Germain-les-Belles. Simone se levantaba cada mañana emocionadísima, y corría por los prados pensando en todo lo que le iba a contar ese día. Se tumbaban en la hierba y ella le hablaba de sus padres, de Hélène, de Zaza, del colegio, de Jacques... Al oír mencionar a este último, Sartre le dijo que para él el matrimonio era una trampa, aunque sabía bien que para las mujeres de su entorno era difícil evitarlo. Admiraba en ella su «espíritu de valquiria» y le dijo que sería una lástima que lo perdiera.

En aquellas praderas agostadas empezaron a planear un futuro diferente para los dos: viajarían, buscarían aventuras, trabajarían mucho, escribirían libros famosos y vivirían una vida de apasionada libertad. Él le daría muchas cosas, dijo, pero no podía darle todo su ser: necesitaba ser libre. Había estado comprometido en una ocasión, pero ahora el matrimonio, los niños y las posesiones lo aterraban; a Simone aquel «Sartre sensible» le pareció asombroso. Su objetivo era convertirse en el gran escritor que estaba destinado a ser, y durante aquella excursión Sartre le soltó una perorata sobre cuánto necesitaba conservar su libertad para poder

cumplir su destino de gran hombre. Era un «saltimbanqui», un trotamundos que necesitaba viajar sin ataduras con el fin de reunir material para sus grandes obras. Al más puro estilo sartriano, aquella propuesta se hizo con la mayor sofisticación filosófica y literaria: el «saltimbanqui» que él imaginaba era el «donjuán» creado por el dramaturgo irlandés J. M. Synge en *El playboy del mundo occidental* .

La versión que aparece en las memorias de esta misma conversación ha sido invocada con frecuencia para afirmar que fue Sartre quien estableció las expectativas de su relación, inoculándole la infidelidad a Simone. Pero los diarios muestran que ella sentía afecto por muchas personas, cada una de las cuales era adorable por sí misma. Ese agosto, en Meyrignac, Sartre le enseñó sus cuadernos y le expuso sus ideas sobre la psicología y la imaginación, así como su teoría de la contingencia. Habían leído muchos libros juntos, así que sus conversaciones estaban bien ancladas en los intereses comunes desarrollados tiempo atrás. Aparte de la filosofía que ambos habían leído para la *agrégation* , el amor a la literatura les permitía compartir un universo de una profundidad inaudita. A Simone las ideas de Jean-Paul le parecían interesantes, inspiradoras —y hasta esperanzadoras —, por lo que empezó a darse cuenta de que cada vez la atraía más su «hermosa y grave cabeza». [9]

Simone les había dicho a sus padres que ella y Sartre estaban trabajando en un ensayo crítico sobre el marxismo, con la esperanza de que su odio al comunismo pudiera más que su preocupación por el decoro. ¿Funcionaría? No lo suficiente. A los cuatro días de la llegada de Sartre, estaban tumbados en un prado, cuando vieron acercarse a Georges y Françoise. Ellos dieron un respingo, y el padre de Simone mostró su embarazo. Entonces se dirigió a Sartre: la gente estaba empezando a murmurar; ¿no le importaría abandonar la comarca? Simone se indignó y le preguntó a su padre por qué le hablaba a su amigo en ese tono; su madre empezó a gritarle. Sartre les aseguró que se marcharía pronto, pero que primero debían terminar el estudio filosófico en el que estaban trabajando. No sabemos si sus padres los creyeron, pero el caso es que regresaron a casa y Sartre se marchó unos días después, el 1 de septiembre.

Tras su marcha, Beauvoir escribió en su diario que «solo le pedía a Sartre los momentos que quisiera concederle». Había empezado a imaginar un futuro en el que podrían conciliar el amor con sus deseos de

independencia, y eso la entusiasmaba. En su diario escribió: «La valquiria oculta en el interior de esta niña sensible la inundaba de alegría, y ella se sabía fuerte, tan fuerte como él». [10]

Cuando Sartre se marchó, Simone apuntó en su diario que estaba encantada de verse a solas, exclusivamente para sí misma, libre y fuerte. En su soledad tenía tiempo para reflexionar sobre la incertidumbre que la atenazaba, pues su corazón amaba a Sartre, amaba al Lama y podía amar a Jacques, aunque «a cada uno de una manera diferente». Lo que no sabía era cómo armonizar todos esos amores. [11]

Así que, cuando Sartre se marchó entre el 2 y el 4 de septiembre, Simone siguió haciendo balance de su situación. Estaba feliz, llena de esperanza y con la sensación de que la vida que anhelaba por fin había comenzado. Sartre era un ingrediente importante de su felicidad, pero no el *único* , como muchos suponen. De él dijo: «Lo llevo en el cuerpo y en el corazón, y, sobre todo (pues en mi cuerpo y en mi corazón podría llevar a otros), es el amigo incomparable de mi pensamiento». [12]

Beauvoir tomó una determinación: «Amaré a cada uno como si fuera el único, tomaré de cada cual lo que me ofrezca, y yo le daré todo lo que pueda darle. ¿Quién puede hacerme algún reproche por eso?». Había días en que no estaba segura de lo que sentía exactamente por Sartre, pero tenía la certeza de que aún no era amor. [13]

Antes de su legendario pacto, Beauvoir llegó a la conclusión de que a lo largo de su vida amaría a distintos hombres de manera diferente. Ya en 1926 escribió en su diario que no tenía derecho a dar a un amante «una imagen falsa» de ella misma o a ser infiel a lo que en realidad era: uno debería «dar solamente aquello de lo que es capaz». [14]

A los dos días llegó el Lama, y en esta ocasión se quedaron en un hotel. Tenían habitaciones separadas, pero Simone disfrutó de las dos mañanas que pasaron juntos, y recordaba con ternura su pijama azul y la voz que ponía cuando le decía «*bonjour* Castor». [15] Las descripciones de Maheu que encontramos en los diarios suelen estar teñidas de atracción física, pues en ellas se exalta su cuerpo, su cara, su voz, su postura, la ropa que lleva puesta y cómo le sienta. Pero Simone empezó a creer que su atractivo era «incompleto» comparado con el de Sartre. Era un hombre al que no tenía mucha estima desde el punto de vista moral, y desde la perspectiva intelectual tampoco la satisfacía. [16]

Entonces Maheu ¿fue el primer amante de Beauvoir? Los diarios no lo dejan del todo claro. Ya hemos visto que, en sus entrevistas con Deirdre Bair, Beauvoir negó que su relación con Maheu fuera de carácter sexual. Pero tanto Sartre como Maheu afirmaron lo contrario: Sartre le confirmó a John Gerassi (el hijo de Stépha) que «Maheu estaba enamorado de ella. [...] Y ella estaba enamorada de Maheu, quien en realidad fue su primer amor». [17] Partiendo de esta base, hay quien ha llegado a la conclusión de que las «traducciones de Aristóteles» no eran precisamente lo que decía Beauvoir. En *La plenitud de la vida* , Beauvoir asegura que perdió la virginidad «con plácido abandono», pero no especifica en compañía de quién. [18] Sin embargo, un pasaje de los diarios tal vez confirme lo que ella misma niega, pues ahí escribe que «fue hermoso que con aquel hombre sensual [Maheu] no sucediera nada físico entre nosotros, mientras que con Sartre, que no es sensual, la armonía de nuestros cuerpos tiene un significado que embellece nuestro amor». [19]

Esta relación nos plantea un enigmático misterio: Beauvoir niega que fuera de carácter sexual, mientras que Sartre y Maheu afirman que sí lo fue. Cuando le pregunté a Sylvie Le Bon de Beauvoir —amiga e hija adoptada de Simone—, esta me confirmó que Beauvoir se sentía atraída por Maheu y que su relación fue íntima, aunque no llegara a consumarse en el período anterior a la aparición de Sartre; entonces Beauvoir era una católica respetable, y había cosas que las católicas respetables no hacían. En una entrevista posterior, a Beauvoir le preguntaron si había algo que, *a posteriori* , hubiera querido incluir en sus memorias. Ella respondió que «un relato claro y equilibrado de su propia sexualidad. Un relato verdaderamente sincero, desde una perspectiva feminista». [20] Ni siquiera en sus diarios hizo un relato verdaderamente sincero de sus experiencias sexuales. ¿Tendría miedo de que lo leyera su madre? Aún no sabía hasta qué punto su vida personal iba a verse distorsionada por la fama, de la cual se servirían muchos para distraer la atención de su pensamiento político y filosófico.

# CAPÍTULO 6

## Alojamiento propio

Cuando regresó a París en septiembre de 1929, Beauvoir, que por entonces contaba veintiún años de edad, abandonó la casa de sus padres y se mudó al quinto piso de un edificio propiedad de su abuela materna sito en la calle Denfert-Rochereau. Su abuela tenía ya varios inquilinos, y Simone tenía la misma independencia, y alquiler, que los demás. Decoró las paredes con papel pintado de color naranja, y Hélène la ayudó a restaurar algunos muebles de segunda mano. A su madre se le saltaron las lágrimas cuando se marchó de casa; Simone le agradeció que no hubiera montado una escena. [1] Salvo en las breves temporadas que pasaban en Meyrignac, había compartido siempre habitación con Hélène, de modo que estaba encantada de tener —por primera vez en la vida— un cuarto para ella sola.

Simone no tenía trabajo todavía; pero había planeado con Sartre cómo sería su futuro *juntos* . Mientras él hacía el servicio militar se veían en cuanto les era posible. Beauvoir prefirió quedarse en París antes que aceptar un puesto de profesora a tiempo completo, pues así tendría tiempo para empezar a escribir su novela. Daba algunas clases particulares y enseñaba latín y griego en el Lycée Victor-Duruy varias horas a la semana, todo lo cual le daba para ir tirando. [2]

Después de haberse pasado tantas jornadas preparando los exámenes de *agrégation* , la vida laboral no le resultó tan pesada como se la pintaban sus padres: sin la amenaza constante del fracaso y los impedimentos, aquello era como estar permanentemente de vacaciones. Ahora podría hacer lo que quisiera y *vestir* como le viniera en gana. Su madre siempre le había puesto vestidos de lana y algodón, dos tejidos resistentes pero de lo más insulsos; ella se compraba prendas de seda, de *crêpe de Chine* , de terciopelo. Chantal, uno de los personajes literarios que ideó en la década

de 1930, era una profesora de filosofía a quien le gustaba ir a la última, y ella misma describe «la mirada atónita de las alumnas, pues deben de creer que no soy del todo real». [3]

En *La plenitud de la vida* , Beauvoir refiere que, cuando se reencontró con Sartre en el mes de octubre, ella ya había olvidado todos sus escarceos amorosos y se había sumergido sin reservas en su relación con él. [4] Pero, una vez más, los diarios nos trasladan una historia diferente: entre septiembre y noviembre, Jacques y el Lama seguían estando en su pensamiento, y Simone expresaba el cariño que sentía por ambos. Una vez más, los relatos contradictorios de Beauvoir hacen que nos preguntemos: ¿por qué? ¿Por qué les quitó importancia a los otros hombres de su vida cuando escribió sus memorias, concediendo a Sartre un lugar más importante que el que ocupaba en la vida real?

En 1929 Beauvoir seguía sopesando los méritos de Jean-Paul. El 27 de septiembre escribe que Sartre no comprendía el amor porque, pese a ser un avezado galán, nunca había experimentado el amor en sí mismo. [5] Las dudas persistían; el 8 de octubre anota: «Debo aprender a no arrepentirme de este amor más que cuando estoy cerca de él». [6] Volvió a ver a Jacques en septiembre, cuando regresó a París, y al verle de nuevo se reavivó su interés y apartó brevemente al Lama de su corazón. Pensó que su futuro dependía de una elección: tenía que escoger entre «la felicidad con Jacques» o «la infelicidad con la ayuda de Sartre». [7] «No es nada divertido amar a dos hombres a la vez con tanta pasión», escribió. [8]

Según las memorias, en otoño de 1929 Sartre le dijo que ella tenía doble personalidad. Teniendo en cuenta las incoherencias de sus relatos y su propia sensación de hallarse ante el dilema de escoger entre distintas vidas posibles, no hace falta mucha imaginación para comprender lo que Sartre sentía por ella. (Simone tenía hasta un nombre para esas vidas: *mes possibles* .) Según él, Beavouir era, normalmente, el Castor. Pero a veces este desaparecía, y entonces la (desde su punto de vista) no tan agradable Mademoiselle de Beauvoir ocupaba su lugar. Mademoiselle de Beauvoir sentía tristeza y arrepentimiento; el Castor no. [9] Esto nos hace sospechar que Sartre la manipulaba psicológicamente, hasta el punto de hacerla dudar de sí misma para que no cuestionara su dudoso comportamiento. Pero no fue Sartre quien ideó esa distinción en su personalidad: ya hemos visto algo similar en los diarios correspondientes a 1927, cuando Beauvoir se

prescribió a sí misma: «No seas “Mademoiselle de Beauvoir”. Sé yo. Que no te impongan un objetivo desde fuera, que no te impongan una labor social. Lo que funciona para mí tiene que funcionar, y punto». [10]

El lunes 18 de octubre, Sartre y Beauvoir quedaron en los Jardines de Luxemburgo y dieron un paseo. La conversación que mantuvieron esa tarde hizo que miles de personas quisieran emularlos, porque en ella dan la clave de su relación abierta: el pacto. Establecían un acuerdo de dos años de duración, merced al cual no renunciaban a otras personas. Y además se lo contarían todo. Para distinguir su relación con Beauvoir de sus relaciones con amantes de menor valía, Sartre le dijo: «Lo que *nosotros* experimentamos es un amor *esencial* ; pero también nos conviene tener aventuras *contingentes* ». [11] Según ellos, su relación era la de un «matrimonio morganático», esto es, un enlace conyugal entre personas de distinto rango social, como el de Luis XIV con Madame de Maintenon. (No aclararon cuál de los dos era el aristócrata y cuál el plebeyo.)

En el segundo volumen de sus memorias, Beauvoir escribió que al principio le resultaba bastante embarazoso mantener el compromiso de contárselo todo. Pero luego lo vio como una promesa liberadora; creía haber encontrado en Sartre a un observador que la contemplaba de una manera mucho más imparcial a como se vería ella misma: sería pues el testigo de su vida. Ambos iban a ser como un libro abierto para el otro, con la tranquilidad de saber que ese lector no tenía malas intenciones. [12]

Beauvoir confiaba tanto en Sartre que este acabó proporcionándole la «seguridad inquebrantable» que antes le aportaban sus padres o Dios. [13] Dada su insistencia en la importancia de «la visión desde dentro» y en los beneficios de la percepción retrospectiva, es difícil sacar una conclusión acerca de la confianza que le inspiraba «la visión desde fuera» representada por Sartre. ¿Estaba justificada esa confianza? ¿Era realmente recíproca?

El Sartre y la Beauvoir que aparecen en *La plenitud de la vida* eran muy cuidadosos con las verdades que se contaban, pues sabían que la verdad puede ser un arma cargada. A lo largo de su vida adulta, Beauvoir no dijo nunca que tuviera una fórmula atemporal para la comunicación fluida entre las personas; es más, pensaba que nada de lo que ella dijera garantizaría a los maridos y mujeres un conocimiento perfecto del otro miembro de la pareja. A menudo le preguntaban cómo conseguían ellos que su relación funcionara tan bien, a lo que respondía que las personas deben analizar juntas la naturaleza de sus propias decisiones. En su juventud

cometió el error de pensar que lo que funcionaba para ella debía funcionar para cualquiera; pero, hacia 1960, le indignaban tanto los elogios como las críticas a la manera de gestionar su propia relación. [14] (No es difícil comprender por qué, habida cuenta de lo poco que ellos mismos sabían sobre la materia.)

A medida que se desarrollaban los acontecimientos, el amor de Beauvoir por Sartre alcanzaba cotas vertiginosas. Pero, desde su encuentro en julio de 1929, ella había tenido sus dudas, y, durante la semana siguiente al pacto, siguió vacilando. Cuando volvieron a verse el 15 de octubre, «Mademoiselle de Beauvoir» amenazó con hacer acto de presencia: Simone estaba abatida y profundamente arrepentida de la decisión que había tomado, pero consiguió ocultarle su tristeza a Sartre y, cuando este se marchó, rompió a llorar. [15] El 21 de octubre de 1929 escribió (y subrayó) en su diario: «No puedo vivir este año sin Sartre». [16]

Pero eso ya daba igual, pues dos días después Jacques le anunció avergonzado que se había prometido con otra mujer. [17] Al día siguiente el Lama y Stépha acudieron a consolarla. El Lama le dijo que los hombres como Jacques eran atractivos a los dieciocho, pero que en seguida perdían su brillo porque vivían de su fortuna en lugar de labrársela: Jacques había heredado la empresa de su padre y había aceptado ocupar un lugar en el orden preestablecido de las cosas que Simone nunca habría aceptado. Stépha se la llevó a tomar un chocolate a Les Deux Magots. Beauvoir les agradecía su apoyo: pese a su familiaridad con otros hombres, aún tenía lágrimas que derramar, ya fuera por Jacques, por ese futuro imaginario en que cumplía las expectativas de su familia, o por ambos. [18]

En *La plenitud de la vida* , Beauvoir escribe que, al comienzo de su relación, los dos sucumbieron al «orgullo intelectual»: pensaron que eran «radicalmente libres», pero en realidad fueron presa de diversas ilusiones. Se identificaron con la razón pura y la voluntad, y no supieron ver hasta qué punto dependían de los demás y cuán protegidos habían estado de las adversidades. No tenían mucho dinero, pero desdeñaban el lujo: ¿qué sentido tenía aspirar a cosas que no estaban a su alcance? [19] Aprovechaban en cambio su fértil imaginación, surtiéndola de historias, ideas, imágenes: cuando no era la literatura, eran Nietzsche, Marx, Freud o Descartes, y además iban con regularidad al cine o a galerías de arte.

En noviembre, Sartre ingresó en la academia militar de Saint-Cyr para servir en el cuerpo de meteorólogos. Transcurridos los dos años de servicio, Sartre pensó en dedicarle algún tiempo a Beauvoir: había solicitado un trabajo en Kioto, que —si se lo daban— comenzaría en octubre de 1931. Pero entonces, le dijo, tendrían que verse en lugares lejanos (¿Estambul quizá?) para poder estar juntos antes de separarse otra vez en busca de nuevas aventuras por separado.

Beauvoir no soñaba exactamente con expediciones en solitario, pero no se sentía capaz de explicarle a Sartre lo que quería.

De todas formas, Sartre solo era entonces una parte de su vida. En la entrada de su diario correspondiente al 3 de noviembre, Simone describe cuánto desea «la boca de Sartre contra la suya», y a continuación escribe un largo párrafo en el que habla de una carta de Jacques y de lo feliz que se sentía de haber visto a Stépha, seguido de otro en el que dice añorar las manos del Lama tocándole el pelo, así como el contacto de su cuerpo. [20] No se sabe bien por qué se esforzaba tanto en proteger a Sartre de sus pensamientos. Pero es evidente que para ella no había contradicción alguna en el hecho de amar a varias personas a la vez, fueran cuales fueran sus defectos.

Sartre tenía la instrucción de su servicio militar en Saint-Cyr, y al estar tan cerca de París, Beauvoir podía acercarse hasta allí tres o cuatro veces a la semana para reunirse con él a la hora de la cena, a veces en compañía de dos amigos comunes: Pierre Guille y Raymond Aron. Los domingos Sartre se desplazaba hasta París para poder verla. Al terminar la instrucción, lo destinaron a la estación meteorológica de Saint-Symphorien, no lejos de Tours. Se escribían casi todos los días. Sartre tenía una semana de permiso al mes, más los domingos, así que, entre sus viajes a París y las visitas semanales de Beauvoir a Tours, se veían muy a menudo (aunque no con tanta frecuencia como le habría gustado a ella). Sartre la llamaba «mi querida mujercita»; Simone lo llamaba «mi maridito». Pero la euforia del verano anterior no tardó en desaparecer.

Fue al mes siguiente, el 25 de noviembre de 1929, cuando murió Zaza. Beauvoir solo anotó la fecha en su diario; una lágrima hizo que se corriera la tinta.

Los diarios de Beauvoir enmudecen tras la muerte de Zaza, y no los reanuda hasta que Sartre la ofende, un mes más tarde. Cuando se unió al grupo de estudio en la Cité Universitaire, pensó que había conocido a unas

personas que la aceptaban tal como era: una filósofa que quería encontrar la verdad y experimentarla por sí misma. Pero en esos momentos Sartre parecía tener unas incómodas expectativas: ¿acaso estaba diciéndole, también él, qué ser y qué no ser, qué comprendía y qué dejaba de comprender? Entre otras cosas, Beauvoir escribió: «Comprendo la vida contingente mejor de lo que él quiere admitir». [21]

Un día antes del funeral de Zaza mantuvo una fuerte discusión con Sartre porque este le dijo que estaba demasiado «imbuida» de su propia felicidad. De nuevo brotaron las lágrimas: «Lágrimas no amargas, lágrimas en las que ya ha nacido una fuerza, lágrimas desde las que surge la valquiria, despertando de este largo sueño de felicidad». [22] En esa fase de su relación ya había empezado a establecerse en ella una pauta: a medida que pasaban los años, Beauvoir recurría con frecuencia a otras personas que no fueran Sartre cuando necesitaba ayuda emocional. Tras la muerte de Zaza, buscó ayuda en Hélène, pero en el funeral, que tuvo lugar el 13 de diciembre, se sintió abrumada por la tremenda tristeza que tenía ante sí: allí estaban las mismas caras y los mismos espacios que ella había imaginado para la boda de Zaza. [23]

Evidentemente, Sartre pensaba que Beauvoir tenía capacidad suficiente para escribir grandes cosas, pero también es evidente que en los momentos importantes no se compadecía en absoluto de su sufrimiento. Y, durante el primer año de su pacto, Beauvoir dudó de muchas cosas: de Sartre, de sí misma y de la impresión que el pacto causaría en los demás. En diciembre de 1929, Maheu (su Lama) fue a visitarla a París y encontró una carta de Sartre en su escritorio. Ella no había sido franca con él respecto a la naturaleza cambiante de su relación con Sartre; entonces el Lama le dijo que ya no podía confiar en ella, y le escribió una carta insistiendo en que quedara con él mientras estuviera en París. Beauvoir copió las palabras de Maheu para mostrárselas a Sartre: «Estoy harto de la situación que se ha creado a raíz de ese septiembre vuestro y de los dos meses de mentiras que siguieron; merezco mucho más que las simples migajas [...] que ambos me ofrecéis con tanta elegancia». [24]

Así que Maheu no quería «migajas»; pero entonces, ¿qué esperaba? Estaba casado, así que no sería nada coherente por su parte esperar que ella le fuese fiel cuando él mismo no practicaba la fidelidad. Para Sartre, Beauvoir mostraba poca compasión al calificar de «desagradables» los celos de Maheu. Pero Simone estaba empezando a comprender que la «vida

contingente» no significaba lo mismo para Sartre que para ella: no quería herir a las personas que amaba, y, para decirlo con franqueza, esa vida «no la llevaba a ninguna parte» ahora que Jacques estaba casado, Maheu lejos de París y Sartre a punto de marcharse. [25] Pero no queda claro si Beauvoir empezaba a dudar de la «vida contingente» en sí misma, o solamente de aquel capítulo.

Durante aquel primer año de independencia, Beauvoir iba a comer a casa de sus padres con frecuencia, pero no les contaba gran cosa de su vida. Aunque echaba de menos a Sartre, le gustaba saciar su curiosidad por lo prohibido: «salía casi con cualquiera» y hasta estuvo en un burdel. Su padre no comprendía por qué no deseaba trabajar de profesora, y a sus amigos les decía en tono displicente que Simone estaba disfrutando de «su luna de miel en París». Pero ella sabía que su primer puesto de trabajo probablemente sería en provincias, y no quería abandonar el atractivo París que estaba empezando a descubrir. Se le pasó por la cabeza la idea de hacerse periodista, pues esa profesión le permitiría quedarse en la capital, pero el impulso de enseñar filosofía prevaleció. [26]

En junio de 1930 anotó en su diario que siempre había deseado ser fuerte, trabajar y crear sus propias obras; y estaba de acuerdo con Sartre en que eso era lo más importante de su vida. Pero ya empezaba a darle miedo la extinción del «acuerdo de dos años», que comparaba con una muerte inminente. Estaba segura de que quería escribir. Pero dudaba de su propia capacidad para cumplir el sueño de ser escritora, y entonces pensaba: «Carezco de talento; no soy capaz». Por un lado, se reprochaba su pereza y su poca fuerza de voluntad; por otro, no estaba segura de si Sartre la estaba «ayudando» tanto como le había prometido. «Me habla como se le habla a una niña pequeña; solo quiere verme feliz; pero, si estoy satisfecha conmigo misma, entonces él no es feliz. [...] Le mentí todas las veces que me sentía triste.» [27] Al principio, la amistad con Sartre le parecía algo inigualable: cuando hablaban de filosofía, él parecía entregarse a lo mismo que ella, es decir, a descubrir la verdad. Entonces, ¿por qué se desviaba de la verdad cuando se trataba de sus sentimientos? ¿Y por qué ella, habiendo rechazado el papel de joven formal, aceptaba el de una mujer que finge ser feliz incluso cuando le hablan como a una niña?

Se sentía como si hubiera perdido la alegría, la inspiración e incluso la capacidad de creer en sus palabras cuando le decía «te quiero». [28] No sabemos qué le dijo exactamente Sartre para desanimarla tanto. Pero su

padre y su cultura le habían inculcado la idea de que las mujeres no son creativas: la historia demostraba su falta de originalidad. Hélène de Beauvoir escribió que, aunque Simone y ella disfrutaron mucho del arte y la literatura durante su niñez, nunca tuvieron un momento de inspiración en el que decidieran ser pintoras o escritoras. Hélène tardó varios años en conjurar aquellas palabras y dedicarse a la pintura. También Simone vería su juventud como una etapa de desesperación por su falta de originalidad, pese a su marcada vocación. Le parecía imposible dejar hablar a su imaginación, crear algo propio. [29]

Su negativa visión de las mujeres la compartían, hasta cierto punto, muchos de los filósofos a los que leía: en sus diarios de estudiante cita algunos pasajes de Schopenhauer, quien, en un ensayo «Sobre las mujeres» escribe que estas son «el *sexus sequior* , el sexo segundo desde todos los puntos de vista», cuya única finalidad es la continuación de la especie humana. Schopenhauer pensaba que las mujeres podían tener talento, pero carecían de genio creador. [30]

Cuando Simone estaba pensando en dedicarse al periodismo, uno de sus primos ricos (el mismo que había ayudado a su padre) le concertó una entrevista con Madame Poirier, redactora jefe de *L'Europe nouvelle* . Poirier le dijo a Beauvoir que para triunfar en el periodismo debía aportar ideas, y le preguntó: ¿A ti se te ocurren ideas? «No, dije, no se me ocurren.» [31] Al poco, Monsieur Poirier, el marido de aquella periodista, le ofreció otro tipo de ascenso laboral, haciéndole proposiciones deshonestas y diciéndole que le presentaría a personas influyentes si estaba dispuesta a seguir ese camino. Beauvoir rehusó las insinuaciones y la envenenada oferta, pero, cuando la pareja la invitó a un cóctel, decidió que valía la pena acompañarlos. Al llegar a la fiesta, sintió que desentonaba estrepitosamente, pues su modesto vestido de lana llamaba demasiado la atención entre tanto raso.

En el otoño de 1930, Simone empezó a pensar que su amor a Sartre la había privado de demasiadas cosas: había vivido a través de él, «desatendiendo su propia vida». «Perdí mi orgullo —escribió—, y así es como lo perdí todo.» [32] Al echar una mirada retrospectiva a su reencuentro con Sartre en octubre del año anterior, Beauvoir tenía la sensación de que él la amaba bastante menos que ella a él: le parecía que no era más que una de las muchas aventuras del Saltimbanqui, a quien había entregado su alma en un momento de obcecación, ensimismándose sin darse cuenta. [33] Seguía

queriéndolo, pero su amor era «más rutinario, más débil, menos puro». Sartre había perdido el brillo de la perfección: ahora veía su deseo de agradar, su amor propio, el rubor de sus mejillas cuando hablaba en voz alta, y lo fácil que era influir en él. [34]

El amor se había debilitado, pero había también un problema físico: se le había desatado el «deseo tirano» de la carne y este pedía satisfacción. Este problema resultaba más difícil de resolver porque Sartre no lo tenía: a él le gustaba más la seducción que el sexo. Las circunstancias en que Beauvoir estableció el famoso pacto con Sartre —considerar a Maheu y a Jacques como parte de un presente y un futuro en el que su corazón y su cuerpo encontraban el amor— tal vez expliquen por qué lo suscribió con tanta presteza. Ahora que no tenía ni a uno ni a otro, se veía obligada a reconocer la fuerza de sus apetitos físicos; pero, pese a la promesa de contárselo todo, Beauvoir no le planteó esta cuestión a Sartre. [35] Por su educación, Beauvoir no era dada a exteriorizar sus deseos y no consideraba que sus emociones fueran significativas. Pero también es posible que su enfoque hipercrítico de las emociones en ese momento de su vida se hubiera visto exacerbado por el comportamiento de Sartre, y por la filosofía que lo sustentaba.

En *El ser y la nada* , Sartre dice que el deseo sexual es «problemático» porque ensombrece la libertad, poniéndola incluso en peligro. También se muestra intolerante con las emociones, pues considera que las personas libres pueden —y por tanto *deben* — evitarlas. Una de sus amantes, Simone Jollivet, le dijo una vez a Sartre (cuando tenía veintiún años) que estaba triste. En la carta que le dirigió no hizo el menor esfuerzo en ocultar su enfado:

> ¿Esperas que me ablande con esa interesante pose que decidiste adoptar, primero por tu propio bien y luego por el mío? Hubo un tiempo en que era propenso a este tipo de representaciones. [...] Hoy en día desprecio a quienes, como tú, se entregan a esas inútiles horas de tristeza. [...] La melancolía corre pareja con la desidia. [...] Te deleitas hasta el punto de escribirme a 500 km de distancia, cuando probablemente ya no estés del mismo humor: «Estoy triste». Podrías contárselo también a la Sociedad de las Naciones. [36]

En una ocasión, estaban en el cine y Beauvoir vio que las lágrimas asomaban a los ojos de Sartre... pero eso era arte, no la vida cotidiana. Así pues, las emociones encontradas de Beauvoir y su inoportuno deseo sexual quedaron confinados a las páginas de sus diarios, que al fin y al cabo no hacían tantos reproches.

Más adelante Beauvoir recordó haber admirado la objetividad de Sartre... en algunas ocasiones. Este decía que los grandes escritores debían cultivar el desapego si querían apresar las emociones en lugar de ser apresados por ellas. Pero otras veces decía que las palabras debían «matar la realidad para poder asirla», y ella no quería que la realidad muriese: quería disfrutarla, paladear todos sus ricos sabores en lugar de embalsamarla para la posteridad. [37] Aunque coincidían en que la literatura era muy importante, discrepaban sobre su esencia y sobre su finalidad: Sartre era consciente del poder de las palabras, pero pensaba que toda la literatura estaba basada en el engaño y el fingimiento. Beauvoir consideraba que servía para algo más, y por eso leía a Virginia Woolf con admiración: he ahí una mujer que quería acortar distancias entre la literatura y la vida. Beauvoir deseaba entender el mundo y darlo a conocer. [38]

En el segundo volumen de su autobiografía, Beauvoir escribe que, desde el punto de vista filosófico, Sartre muchas veces le parecía descuidado e impreciso; pero pensaba que su bravuconería era mucho más provechosa que la meticulosidad que ella mostraba en sus escritos. [39] En este y en muchos otros casos, Beauvoir respondía con admiración en vez de reconocer que Sartre había jugado con ventaja, lo cual le daba un aplomo del que ella carecía. En las *Memorias de una joven formal* , Beauvoir describe a Sartre como el compañero perfecto, como el hombre con el que había estado soñando desde que tenía quince años: «Yo quería que entre marido y mujer todo estuviera en común; cada uno debía cumplir frente al otro ese papel de testigo exacto que antes yo atribuía a Dios. Eso excluía la posibilidad de amar a alguien *diferente* ; yo solo me casaría si encontraba a alguien más dotado que yo que fuera sin embargo mi semejante, mi doble». [40]

Pero sus observaciones no eran entonces tan precisas como llegarían a serlo más tarde: Sartre se negaba a reconocer la importancia de sus emociones y hacía caso omiso de sus deseos sexuales. [41] Veinte años después, Beauvoir habló en *El segundo sexo* de la «mujer enamorada», una mujer que concede tanta importancia a su compañero que se olvida de sí misma.

La mujer enamorada prescinde hasta de su propio criterio, intenta verlo todo a través de los ojos de su amado y se adapta a sus gustos literarios, artísticos y musicales. Pierde interés en el mundo, si no está él a su lado para contemplarlo con ella; solo le interesan las ideas, los amigos y las

opiniones de su compañero sentimental. Cree que su valor como persona es relativo: que solo tiene valor porque un hombre la ama. Cuando le oye decir «nosotros», escribe Beauvoir, se siente inmensamente feliz porque «el hombre amado la reconoce como parte de sí mismo; cuando él dice “nosotros”, ella queda asociada e identificada con él, comparte su prestigio y reina con él sobre el resto del mundo». [42]

Hazel Rowley y sus correligionarias interpretan esos pasajes como descripciones autobiográficas de la Beauvoir adolescente; al fin y al cabo, en su autobiografía Beauvoir describe su yo juvenil como un «ser subordinado» y un «parásito intelectual». [43] Como hemos visto, algunas páginas de los diarios sugieren que, en vez de preguntarse qué quería ella o de contárselo a Sartre, se preguntaba cómo sería lo que deseaba él. Pero, aunque Beauvoir omitió en sus memorias los defectos de Sartre, no dejó de reflejarlos en los diarios. Antes de conocerlo, Beauvoir ya estaba leyendo lo que leía él: Gide, Claudel, Péguy, Alain, Pascal, Leibniz, Lagneau, Nietzsche, así como muchos libros ingleses que Sartre no era capaz de leer. Ella usaba, ciertamente, el pronombre «nosotros», pero no solo con Sartre. Y, aunque Beauvoir se retrató a sí misma en sus memorias como «la mujer enamorada» de Sartre, no está claro que fuera esa mujer en la vida real. Puede que se describiese de una forma subordinada, no por fidelidad a los hechos o por necesidades narrativas, sino por su compromiso con el feminismo, pues consideraba que contando la verdad de una manera determinada, resultaría más convincente.

Pese a lo segura que estaba de su inteligencia, a los dieciocho años, Beauvoir no siempre se daba cuenta de que su intelecto también albergaba parásitos. Según sus memorias, mantenía conversaciones filosóficas con Sartre hasta en las estaciones de ferrocarril de Tours y París: Sartre la saludaba entusiasmado al llegar y acto seguido le explicaba su última teoría, y ella le señalaba los errores de su argumentación. Él replicaba diciendo que no era nada original: «Cuando uno habla de *problemas* , es que ni siquiera está pensando». [44]

Esa crítica puede entenderse como un rechazo, pero también como un valioso estímulo. En *La plenitud de la vida* , Beauvoir escribe que a Sartre empezaba a irritarlo la dependencia que tenía de él, no porque fuera alguien dependiente, sino porque pensaba que tenía menos ideas que cuando se conocieron y porque corría el peligro de convertirse en una de esas mujeres que renunciaban a su independencia para limitarse a cumplir con su papel

de abnegadas esposas. Cuando Sartre se lo dijo, Beauvoir se enfureció consigo misma. Pero justificó su enfado diciendo que lo había decepcionado. [45]

Esta incongruente mezcla de dependencia e independencia la contempla desde diferentes puntos de vista: a veces no está segura de que Sartre sea lo mejor para ella, o de que saque lo mejor de ella. Sin embargo, parece claro que, pese a su temprana vocación de escritora, la falta de seguridad en sí misma la llevó a rechazar los elogios durante décadas, quitándole importancia a los aspectos positivos de las críticas y fijándose solo en los negativos. Hasta cierto punto, la imagen de la relación que ha llegado hasta nosotros no hace más que reflejar la autoestima de Sartre y la inseguridad de Beauvoir, pero eso no es lo único que nos muestra.

En octubre de 1930, Beauvoir alberga tantas dudas sobre Sartre que piensa en poner fin a la relación: a veces se plantea dejarlo. En esos días, echaba de menos a Zaza y a su yo anterior; aunque creía tener todo lo que quería, se sentía insatisfecha: «Caricias, trabajo, placeres: ¿es eso lo único que hay?». [46] En la última entrada de sus diarios, Beauvoir se lamenta de los futuros perdidos, de lo que habría podido llegar a ser en compañía de otros amigos:

> ¡He pecado, he pecado, he pecado! ¡Ay! ¡No quiero que mi vida sea así! ¡Ay! Esto no es lo que había soñado. Mañana veré al querido hombrecito y todo habrá terminado. Pero hoy no sé de dónde viene ese remordimiento. ¡Ay de mí! Jacques: mi inocencia, mi sueño, mi amor. Pero tú no eras esas cosas.
>
> Zaza. No me creo que hayas muerto. [...] Pero sin ti estoy sola y no sé siquiera lo que quiero. Quiero irme. Quiero dejar a Sartre y dar un paseo contigo, para hablar, y para quererte, y para pasear muy muy lejos. [47]

Llegados a este punto, para conocer los detalles de su vida debemos basarnos más en sus cartas y sus memorias, y de momento perdemos contacto con la visión de Beauvoir desde dentro. Pese a sus dudas y vaivenes, ella eligió a Sartre. Pero no quiso limitarse a sus caricias, sus gustos, su obra. Diversos críticos y escritores conjeturan que Beauvoir hubiera sido más feliz si se hubiera casado con Sartre. Pero esa afirmación pasa por alto dos cosas: en primer lugar, que ya había llegado a la conclusión de que el matrimonio era inmoral antes de conocer a Sartre. Y, en segundo lugar, que el protagonismo de este quedó bien claro desde el

principio: él era «el amigo incomparable de su pensamiento». Por eso lo necesitaba. Pero desde el punto de vista sexual y desde el emocional, no dependía para nada de él.

Durante el primer año en París, después de la *agrégation* , Beauvoir perdió el contacto con muchos amigos: Zaza había muerto, Jacques estaba casado y otros se habían marchado. Ya no veía a Merleau-Ponty ni a los «santurrones». Las únicas personas que le presentó a Sartre fueron Hélène, Gégé, Stépha y Fernando. Pero, al poco tiempo, los Gerassi se mudaron a Madrid.

No obstante, también se divirtió de lo lindo con los amigos de Sartre. Beauvoir describió más tarde aquel período de su vida como «un delicioso y caótico guiso» de personas y de acontecimientos. [48] Al principio se describió a sí misma como una persona perezosa, pues estaba relajándose tras el esfuerzo realizado en el curso anterior, pero al final la estudiante que llevaba dentro se impuso, y entonces volvió a leer y a escribir. Simone se hizo socia de la biblioteca angloamericana: «Además de los libros que leía con Sartre», en sus memorias apunta que leyó a Whitman, Blake, Yeats, Synge, Sean O'Casey, «toda Virginia Woolf», Henry James, George Moore, Swinburne, Frank Swinnerton, Rebecca West, Sinclair Lewis, Theodore Dreiser y Sherwood Anderson. Dice que a Sartre «le interesaba la psicología del misticismo» (que, según los diarios de la década de 1920, también le interesaba a ella), de modo que leían a Ana Catalina Emmerick y a santa Ángela de Foligno juntamente con Marx y Engels. [49] A ella «le gustaba exagerar las cosas» en casi todos los ámbitos de la vida. [50] Trabajaba incluso cuando estaba de vacaciones. [51]

En aquellos primeros días, los padres de uno y otro desaprobaron su pacto. El padrastro de Sartre, Joseph Mancy, se negó en redondo a conocer a Beauvoir, porque no estaban casados o prometidos. [52] Pero Sartre no se rebeló; siguió yendo todas las semanas a casa de sus padres, aunque sin ella. A veces su madre se reunía a hurtadillas con ellos, pero sus encuentros eran siempre muy breves.

Surgieron algunos problemas más entre ellos cuando Sartre, fiel a su palabra, no quiso ocultar su admiración por su primer amor «contingente», Simone Jollivet. En realidad, puso a Jollivet como ejemplo para «sacar [a Beauvoir] de su inactividad». [53] Ella estaba molesta y celosa, pero también pensaba que Jollivet era una farsante. No era más que una prostituta de lujo que recitaba a Nietzsche ante los abogados y secretarios con los que se

acostaba; Beauvoir no se había acostado nunca con un hombre al que no amara, conque no comprendía la capacidad de Jollivet para usar su cuerpo tan a la ligera. [54] Sartre, por su parte, consideraba que los sentimientos de Beauvoir respecto a Jollivet eran despreciables. Pensaba que tenía que controlar sus pasiones, pues dejando que la dominaran ponía en peligro su libertad. Según él, las emociones no eran más que burdas excusas: lo único que tenía que hacer era utilizar su libertad para elegir otra cosa.

Beauvoir intentaba disipar sus celos, pero a veces le resultaba verdaderamente difícil. Además era sumamente sensible al sufrimiento que provocaba en los demás la envidia que ella misma provocaba. Había iniciado su relación con Sartre cuando llevaba a varios hombres en el corazón. Y aún seguía buscando cosas dignas de admiración en otros hombres. Pero estos no siempre apreciaban su dividida atención. En una ocasión, estaba a punto de salir de viaje con Pierre Guille (un amigo común de Beauvoir y Sartre), cuando se presentó Maheu. Se iba a quedar dos semanas en París, sin su mujer, y esperaba pasar algún tiempo con Simone. Se habían reconciliado después de lo de la carta de Sartre que él había encontrado en diciembre, pero ella le dijo que se marchaba de París junto con otra persona y que iban a estar fuera diez días. Maheu le contestó que, si se iba, no volvería a hablar con ella; Simone objetó que no era justo dejar tirado a Guille: creía que cancelar un «proyecto común» era un agravio a la amistad, a menos que fuese por algo inevitable. Estaban en un callejón sin salida —a Maheu no le convencían sus razones y no quiso retirar su ultimátum—, de modo que decidieron ir al cine, aunque no se les hubiera pasado el enfado. Beauvoir no dejó de llorar durante toda la película. [55] No obstante, Simone disfrutó de sus vacaciones con Guille. Viajar en coche seguía siendo una novedad para ella: siempre le habían gustado los paseos por París con los Nizan, pero este iba a ser un viaje de varios días, visitando lugares que solo conocía por los libros. Estuvieron en Avallon, Lyon, Uzerche, Beaulieu, Rocamadour y —sobre todo— en la Provenza. Pasaron varios días placenteros bajo la luz del sol provenzal. A Simone le gustaron especialmente la Camarga, Aigues-Mortes, Les Baux y Aviñón.

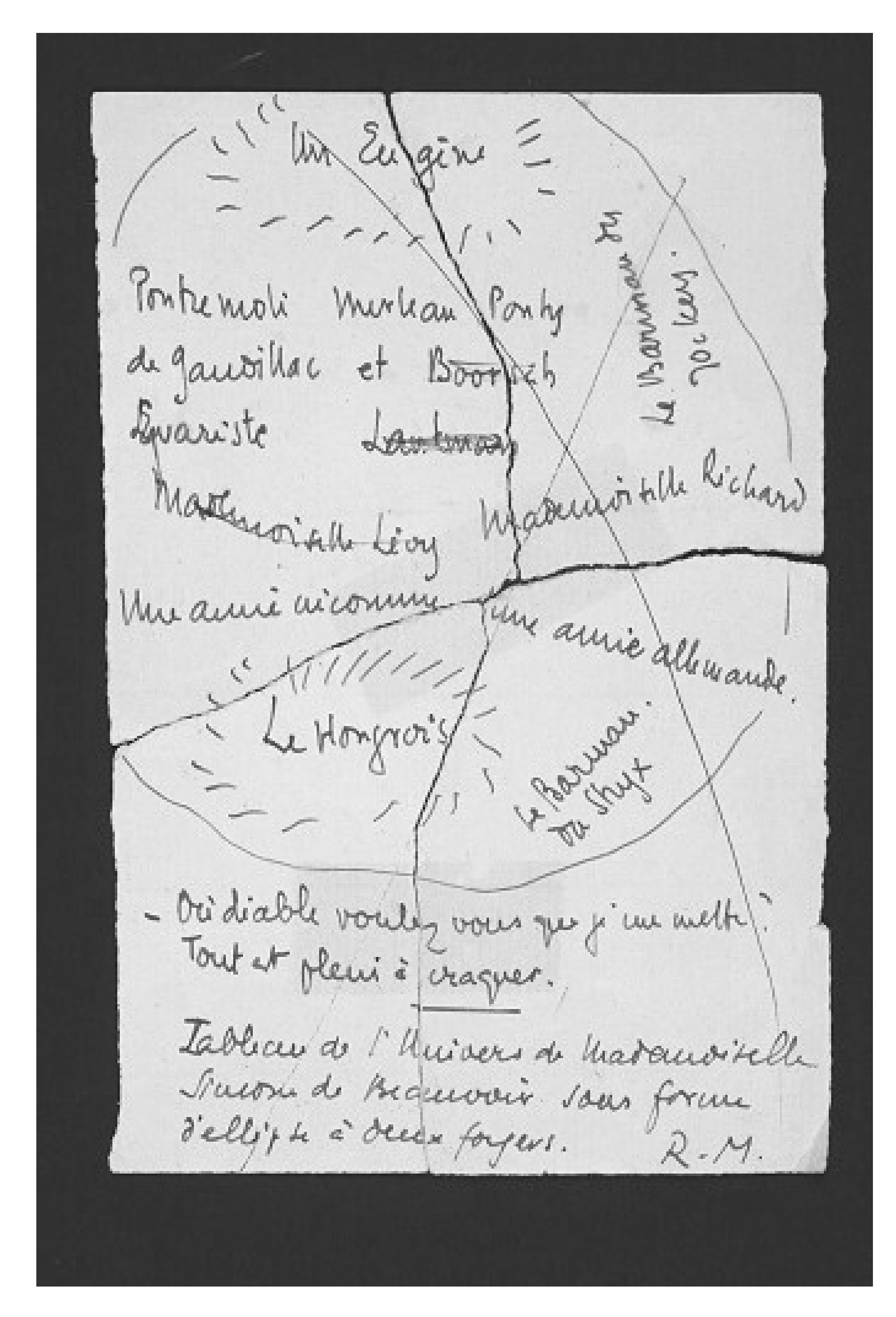



ILUSTRACIÓN 4. Dibujo de René Maheu, «El universo de Simone de Beauvoir», mayo-junio de 1929. Bajo la forma elíptica Maheu escribió: «¿Adónde diablos quieres que vaya? Está todo abarrotado».

Además de disfrutar de la belleza de aquellos lugares, pudo contemplar con sus propios ojos el aspecto que adoptaba la desigualdad. Por mucho que dijera Simone Weil, lo cierto es que ella había pasado hambre muchas veces. Pero no se había dado cuenta aún de lo privilegiada que era. De camino al sur visitó a un primo suyo que les enseñó una fábrica: las instalaciones estaban medio a oscuras y llenas de virutas metálicas. El año

anterior Beauvoir había leído a Marx y estaba empezando a entender la relación entre trabajo y valor, pero lo que se lee en los libros no tiene nada que ver con lo que se experimenta en la fábrica. Cuando preguntó cuántas horas trabajaban los obreros, se le saltaron las lágrimas: turnos de ocho horas de una inclemente monotonía. [56]

Cuando regresó a París, Sartre había recibido una carta informándolo de que no lo habían seleccionado para el puesto de trabajo en Kioto, y Beauvoir tenía una misiva de Maheu en la que le comunicaba que habían roto para siempre. Sartre esperaba entonces que el Ministerio de Educación decidiera su futuro. Esa primavera le ofrecieron un empleo en El Havre, una ciudad no demasido lejos de París, y lo aceptó. [57] A Beauvoir también le ofrecieron un empleo, pero en Marsella, a 800 kilómetros de distancia.

Como esa distancia iba haciéndose cada vez más amenazadora, Beauvoir empezó a sentir ansiedad y no tardó en darse cuenta de que la soledad, aunque la deseara, también le daba miedo. Las cosas que había aprendido sobre sí misma el año anterior hicieron que afrontara con temor aquel exilio involuntario. Sartre, al ver lo alterada que estaba, sugirió que se casaran: como marido y mujer, el Estado tendría que destinarlos a centros que no estuvieran muy lejos entre sí. No tenía sentido amargarse, dijo; ambos eran contrarios al matrimonio, pero ¿de qué servía sufrir tanto por eso?

Pese a su insistencia en que el matrimonio era una mera formalidad, aquella sugerencia desconcertó a Beauvoir. Tanto desde su punto de vista como desde el de Sartre, había muchas razones para oponerse a ello. El matrimonio «duplica las responsabilidades domésticas» y «las obligaciones sociales» que tan poca gracia le hacían a ella. Y tampoco estaba dispuesta a convertirse en una fuente de resentimiento, pues tenía la impresión de que ser la mujer de Sartre la convertiría precisamente en eso. Sartre estaba sufriendo las consecuencias de las expectativas frustradas: había soñado con un trabajo en Japón —el sueño de todo saltimbanqui—, pero iba a terminar dando clases en provincias. Unirse a las filas de los hombres casados no era propio de él. En las memorias, Beauvoir pone por delante sus propias razones (aunque no desarrolle sus objeciones filosóficas). No obstante, muchas veces se las pasa por alto, así que se da por sentado que ella aceptó ese arreglo por el bien de Sartre.

Beauvoir dice también que lo único que hubiera podido hacerla cambiar de opinión respecto a una institución tan burguesa como el matrimonio eran los hijos. Y, aunque es cierto que en sus años de adolescencia esperaba ser madre, para entonces había dejado de contemplar la maternidad como un futuro posible, hasta el punto de considerar que solo daba lugar a «un aumento escandaloso e injustificable de la población mundial». [58] Sea por razones retóricas o por motivos sinceros, Beauvoir atribuye la decisión de no tener hijos a su propia vocación: una carmelita «que se ha comprometido a rezar por toda la humanidad, renuncia también a engendrar seres humanos». Sabía que para escribir necesitaba tiempo e independencia. Por tanto, tal como lo veía ella: «Al no tener hijos, estaba desempeñando mi propia función».

Así pues, en vez de casarse, Beauvoir y Sartre revisaron las condiciones del pacto. Su relación se había vuelto más íntima y más exigente que cuando sellaron el acuerdo. De modo que, en adelante, las separaciones breves estarían permitidas, pero los períodos sabáticos en solitario quedaban terminantemente prohibidos. Su nuevo compromiso no era para toda la vida; decidieron que se replantearían el asunto de la separación cuando rebasaran los treinta años. De manera que, aunque en Marsella estuvieran separados, Beauvoir salió de París con paso firme y un futuro más claro.

En el verano de 1931 cruzó por primera vez la frontera francesa. Tenía veintitrés años y siempre había querido viajar; Zaza solía regresar de Italia maravillada de las personas y los lugares que había conocido. Beauvoir y Sartre tenían planeado viajar a Bretaña ese verano, cuando inesperadamente Fernando Gerassi (el marido de Stépha) los invitó a pasar una temporada en Madrid. A Sartre aún le quedaba algo de dinero de la herencia de su abuela, así que compró los billetes y cambió sus últimos francos en pesetas. La primera tarde visitaron Figueras, y no paraban de repetir «¡estamos en España!». Desde allí viajaron a Barcelona, Madrid, Segovia, Ávila, Toledo y Pamplona. A finales de septiembre se separaron para dirigirse a sus respectivos destinos, El Havre y Marsella.

Beauvoir describe su llegada a Marsella como «un nuevo giro» en su carrera. [59] Llegó sola, con poquísimo equipaje y sin conocer a nadie. El año anterior había tenido la sensación de que no se conocía a sí misma tan bien como creía, y durante su estancia en Marsella tuvo tiempo para reavivar algunos aspectos de su personalidad que habían quedado medio atrofiados.

La gente le pareció provinciana y poco interesante. Pero siempre le había gustado estar al aire libre, a diferencia de Sartre. Así pues, en sus días libres salía temprano de casa para pasear por la ciudad y sus alrededores; empezó con paseos de cinco o seis horas y poco a poco fue progresando hasta recorrer largas distancias vestida con un traje viejo y unas alpargatas. Hacía autostop pese a las advertencias de sus compañeros: para una mujer era peligroso pasear sola, y en algunas ocasiones tuvo suerte de salir indemne. Pero le gustaba la soledad de los paseos y pensaba que aquel pasatiempo la salvaba del aburrimiento, la depresión y el desasosiego. Terminaba de manera casi compulsiva las rutas que había planeado, poniéndose a veces en verdadero peligro.

El nuevo puesto docente atenuó algunas tensiones familiares: Françoise convenció a Georges para ir un fin de semana a Marsella. Lo cierto es que empezaba a mirar a Simone con buenos ojos: la veía como una mujer trabajadora que ganaba un buen sueldo. Pero la disgustaba que Sartre siguiera estando en su vida: hubiera preferido verla soltera. Beauvoir se sintió aliviada cuando sus padres regresaron a París, pues quería reanudar sus paseos. [60] Hélène también fue a visitarla en dos ocasiones; hasta entonces las hermanas Beauvoir nunca habían estado separadas durante tanto tiempo, así que se echaban de menos. Simone se llevaba a Hélène a pasear con ella, pero un día esta empezó a tener fiebre. Y como no quería renunciar a su plan original, dejó a su sufriente hermana en un hospicio para que luego regresase a casa en autobús mientras ella proseguía su camino. No sería la primera vez que su determinación de ceñirse a un plan podía más que la compasión.

En el colegio no se achicaba cuando tenía que explicar lo que pensaba, escandalizando a padres y alumnos con sus ideas sobre el trabajo, el capital y la justicia. [61] Se había vuelto liberal en muchos aspectos, pero en lo tocante al sexo seguía siendo convencional: se mostró indignada cuando otro miembro de la plantilla le hizo insinuaciones sexuales, sobre todo porque esa persona era una tal *Madame* Tourmelin. [62]

En Marsella había menos vida social que en París, de modo que volvió a escribir. No publicó nada de lo que concibió durante aquel período, pero todas las tramas que se le ocurrieron giraban en torno al mismo tema: la relación entre la honradez, la libertad y el amor. No quería que «esta

peculiar fascinación se confundiera con una simple aventura amorosa», de modo que los protagonistas de sus relatos eran siempre mujeres, para que su relación no tuviera connotaciones sexuales. [63]

Viajaba a París en cuanto tenía ocasión; si la estancia era breve, solo visitaba a su hermana y a Sartre, pero, si permanecía más tiempo, quedaba con otros amigos. [64] Cuando Beauvoir y Sartre estaban separados, se escribían cartas, y, cuando estaban juntos, ella leía las obras en marcha de Sartre y él leía las suyas. En aquellos días, Sartre estaba escribiendo una tesis sobre la contingencia.

En junio de 1932, Simone se enteró de que al año siguiente le tocaría impartir clases en Ruan, a apenas una hora de El Havre y a hora y media de París. En *La plenitud de la vida* , presenta aquel año como un verdadero triunfo: se había sentido sola estando tan lejos de sus seres queridos, pero ahora sabía que podía confiar en sí misma. En la década de 1980 le dijo a Bair que el año que pasó en Marsella fue «el más desgraciado» de su vida: amaba a Sartre y quería estar con él, pero no sabía si el desánimo de aquella época fue por la añoranza o por su propia pesadumbre. [65]

Aquel verano hizo algunos viajes más: el sur de España, las Baleares, el Marruecos español. Cuando se trasladó a Ruan al principio del curso escolar, Beauvoir alquiló una habitación en el Hôtel La Rochefoucauld, cerca de la estación. El silbido de los trenes la tranquilizaba: podía huir en cualquier momento. En Ruan hizo una nueva amiga, Colette Audry, que daba clases en el mismo liceo. Nizan conocía a Audry de los círculos comunistas. Simone se presentó a sí misma, y, en un principio, a Colette le pareció una mujer brusca y aburguesada. [66] Audry era una trotskista comprometida, y a Beauvoir la intimidaba un tanto: vestía bien, tenía autoestima y siempre estaba hablando de política. Al poco tiempo ya estaban almorzando juntas en la Brasserie Paul.

Audry admiraba la determinación de Beauvoir y disfrutaba oyéndola reír. A ella los sentimientos de su nueva amiga le parecían viscerales. Era de una franqueza aplastante cuando quería; la fama de no soportar a los majaderos la acompañó durante toda la vida. Cuando Sartre iba a visitarla, salían los tres juntos. Beauvoir le había explicado a Audry cómo era su relación con Sartre, diciéndole que se basaba más en la verdad que en la pasión. Según Audry, aquellas conversaciones tan intensas e interesantes

con un compañero sentimental era algo que no había visto nunca: «No puedo describir la experiencia de estar presente cuando aquellos dos se juntaban. Eran tan apasionados que a veces daban envidia». [67]

Ruan facilitó en buena medida la prolongación del pacto: Beauvoir y Sartre repartían su tiempo entre Ruan, El Havre y París, donde se aficionaron al teatro. El amante de Simone Jollivet, Charles Dullin, era director de escena; Simone y Jean-Paul demostraron mucho interés en conocer su oficio. Estuvieran donde estuvieran, sus conversaciones estaban siempre repletas de personajes. En la década de 1930 desarrollaron su concepción de la «mala fe» (*mauvaise foi* ): una visión de la deshonestidad que hacía más justicia a la experiencia humana que el concepto freudiano del inconsciente. [68]

En *La plenitud de la vida* , Beauvoir se atribuye ese concepto a sí misma *y* a Sartre. Comienza diciendo que Sartre «elaboró la noción de deshonestidad (*mala fe* )». Pero luego usaba el *nosotros* : «nos» hemos propuesto desenmascarar la mala fe, dice en ese mismo libro. Había un profesor, un compañero de trabajo de Beauvoir, cuyo comportamiento la había hecho despertar: «Eureka», le dijo a Sartre,

> «Ginette Lumière es irreal, es una especie de “espejismo”». Desde entonces aplicamos ese término a quienes fingen sus convicciones o sentimientos: habíamos descubierto, con otro nombre, la idea de «desempeñar un papel». [69]

El concepto de «mala fe» fue muy relevante para la filosofía del siglo XX . El mozo de café que Sartre presenta en *El ser y la nada* ilustra perfectamente la idea de «desempeñar un papel». Entonces, ¿por qué dice Beauvoir que *nosotros* lo descubrimos? Es difícil determinar hasta qué punto influyó ella en Sartre, y viceversa, durante la década de 1930. Según Lionel Roulet, el marido de Hélène, la suya era una relación de «diálogo permanente»: «Por medio de esa conversación constante, de esa costumbre suya de compartirlo todo, se atraían de tal manera que era imposible separarlos». [70]

En aquella época, Beauvoir y Sartre prestaban cada vez más atención a la política, aunque Beauvoir, mucho más madura, dijera luego que Sartre y ella eran personas «orgullosas en lo espiritual», pero «ciegas en lo que atañe a la política». [71] A través de Audry y de algunos individuos más, conocieron a trotskistas y comunistas, pero no vieron en la lucha proletaria nada de su propia lucha. [72] La suya era de cariz filosófico. Estaban

analizando la cuestión de cómo interpretar el yo racional y físico; querían comprender la libertad, y Sartre pensaba que el cuerpo —sus hábitos y apetitos— constituía una amenaza para esta. Aunque en 1929 Beauvoir no cuestionaba la intolerancia de Sartre con respecto a las pasiones y las emociones, pocos años después empezó a poner objeciones a esa actitud. Sartre seguía pensando que su cuerpo era un amasijo de músculos que nada tenía que ver con sus emociones; marearse o romper a llorar eran indicios de debilidad. Pero Beauvoir discrepaba: creía que los ojos y el estómago estaban sometidos a sus propias leyes. [73]

Ambos escribían e investigaban, además de leer muchísimo. Un día de finales de 1922, se reunieron con Raymond Aron en el café Bec de Gaz, en el bulevar de Montparnasse. Aron había pasado un año en Berlín, en el Instituto Francés. Estaba estudiando la filosofía de Husserl, cuya obra era todavía desconocida en Francia (así como el método filosófico por el que luego sería famoso, la fenomenología). Según cuenta Beauvoir en *La plenitud de la vida* , Aron señaló la copa de la que estaba bebiendo y le dijo a Sartre que podían filosofar sobre ella. Sartre palideció de entusiasmo al oír aquello, pues eso era justamente lo que él quería hacer: devolver la filosofía a lo cotidiano y anclarla en las descripciones de la experiencia.

Sartre y Beauvoir utilizaban métodos fenomenológicos, aunque cada cual con su propio enfoque. La fenomenología de Husserl describe las «cosas en sí» —los fenómenos— intentando disminuir las distracciones, los hábitos y las suposiciones de la vida cotidiana. Esa filosofía reconoce que no son lo mismo las cosas que percibimos y las cosas tal como son (o como creemos que deberían ser). Para Sartre eso fue una revelación. Pero el método fenomenológico no era del todo nuevo para Beauvoir: ella había estudiado en la Sorbona con Jean Baruzi, quien conocía bien la fenomenología y había puesto de relieve en su obra la *experiencia vivida* de los místicos cristianos. La «metafísica concreta» de Bergson empleaba un enfoque similar. [74] Ya hemos visto que Beauvoir, antes de conocer a Sartre, se entusiasmó al leer lo que decía Bergson sobre el novelista que desgarraba la tela hábilmente tejida por nuestro yo convencional; Beauvoir quería que sus libros reflejaran «la realidad palpable». [75] Pero ni Bergson ni Baruzi estaban tan de moda como Husserl en el París de los años treinta. Cuando Bergson se hallaba en el apogeo de su fama, la gente se apiñaba en las salas de conferencias para poder oír sus explicaciones. Pero en la audiencia había hombres y mujeres que empezaron a sospechar que aquello no era

realmente filosofía. Según una reseña escrita en 1914: «Bergson casi se mareaba a causa del perfume exhalado por las mujeres que asistían a sus conferencias; pero si hubiera sido un verdadero filósofo, ninguna mujer habría prestado atención a lo que decía». [76]

En abril de 1933, Beauvoir y Sartre pasaron las vacaciones de Semana Santa en Londres. A los dos les hicieron gracia los tópicos tradicionales de los ingleses: sus bombines y paraguas, los oradores de Hyde Park, los taxis, los salones de té, sus peculiares costumbres. Cuando estaban de viaje se acentuaban las diferencias entre ellos, quizá porque no tenían habitaciones separadas ni vidas separadas como en París, y en Londres aquello era más cierto que nunca. Beauvoir, que conocía mejor la literatura y la cultura inglesas, quería rastrear las huellas de Shakespeare y Dickens en la ciudad, visitar Kew Gardens y Hampton Court. Sartre quería deambular por los barrios obreros, para ver qué pensaban sus habitantes.

En las cartas que le dirigía a Beauvoir, Sartre a veces le decía con cariño que eran «solo uno». Pero en Inglaterra su dualidad siguió acentuándose: a Sartre le gustaron las calles y los parques de Oxford, pero no comprendía «el esnobismo de los universitarios ingleses» y se negaba a entrar en las facultades. Beauvoir, reprochándole su mala educación, entraba sola. En Londres sus gustos también divergían: ¿por qué no quería él ir al Museo Británico? [77]

Beauvoir seguía admirando el pensamiento de Sartre, pero no siempre estaba de acuerdo con él. Cuando estaban en Euston Station, él le dijo que Londres encajaba perfectamente con su visión general del mundo. A Beauvoir la irritaba su costumbre de hacer generalizaciones, y pensaba que la hipótesis que él defendía era falsa. Era un terreno bien conocido por ella —ya habían hablado antes sobre la materia—, pero ahora insistió en que las palabras no podían hacer justicia a la realidad y en que había que afrontarla con todas sus imperfecciones, es decir, con toda su ambigüedad y su incertidumbre.

Sartre repuso que no bastaba con observar el mundo y reaccionar ante él: debían plasmarlo en palabras. Beauvoir pensaba que aquello era una tontería: no podían comprender Londres tras una estancia de doce días. Él quería poner por escrito sus experiencias en lugar de vivirlas, lo cual iba en contra de la propia lealtad de Beauvoir «a la vida, a la realidad del aquí y ahora». [78]

En enero de 1933 Hitler ascendió al poder; el 2 de mayo ondeaba una esvástica en la embajada alemana en París. En la realidad del aquí y ahora, Beauvoir (y Sartre) vio como se exiliaban voluntariamente los intelectuales judíos y como se quemaban libros en Berlín. En sus relatos autobiográficos, Beauvoir dice que Sartre y ella no tenían aún conciencia política, que sus únicas preocupaciones durante aquel período eran «ellos, su propia relación, su vida y los libros que pensaban escribir». Como «los acontecimientos públicos y políticos les interesaban más bien poco», preferían refugiarse en la imaginación («alejados del mundo»). [79] «No supimos afrontar el peso de la realidad en ningún ámbito —dice Beauvoir en *La plenitud de la vida* —, enorgulleciéndonos por el contrario de lo que denominábamos "libertad radical".» [80]

Pero ella no se había retirado por completo del mundo: ese mes de agosto no perdió ripio de una historia que estaba en boca de todos: el juicio de Violette Nozière, una joven de clase obrera. Nozière había matado a su padre después de que este la violara, si bien la prensa no presentó así el caso, haciendo que muchas mujeres se preguntaran por qué lo llamaban «incesto». El juicio despertó tanto interés que llegó a compararse con el caso Dreyfus. [81]

En Ruan, Beauvoir siguió trabajando en sus proyectos filosóficos y literarios, comenzó a escribir una novela en 1933 y se apuntó a las clases particulares de alemán que daba un refugiado al que había conocido a través de Colette Audry. [82] Su novela estaba inspirada en Stendhal, ya que pretendía narrar una historia semejante a la suya, mostrando el inmovilismo de la sociedad burguesa y la necesidad de una sublevación ciudadana. Aunque ella no figuraba entre los protagonistas, Zaza sí que aparecía en la historia, con el nombre de Anne: era un modelo de lealtad y devoción. No fue la última vez que Beauvoir reescribió la vida de Zaza; estaba empezando a descubrir el efecto catártico y esclarecedor de la escritura literaria. Pero pensaba que los personajes de su primera novela carecían de profundidad, que no eran fieles a la vida, de manera que al poco tiempo tiró la toalla. No obstante, volvió a utilizar los mismos temas —y los mismos personajes— en obras posteriores.

Aunque no tenían demasiado dinero durante ese período, Beauvoir y Sartre seguían viajando siempre que podían: en 1934 estuvieron en Alemania, Austria, Checoslovaquia, Alsacia y Córcega. En Hannover fueron a visitar la casa de Leibniz. [83] Ese año Beauvoir no quiso escribir

nada, sino que prefirió sumergirse en el estudio y la lectura. Estudió la Revolución francesa y leyó a Husserl en alemán. [84] Sartre estaba escribiendo un tratado filosófico sobre Husserl (*La trascendencia del ego* ) y seguía revisando el manuscrito sobre la contingencia, pero sin demasiado éxito.

El año que Sartre estaba en Berlín, Beauvoir se tomó dos semanas libres para visitarlo. Sartre había conocido allí a una mujer «contingente» cuya compañía le satisfacía sobremanera: Marie Girard. [85] A Beauvoir le cayó bien en cuanto la conoció; en sus memorias dice que, aunque era la primera vez que Sartre se interesaba verdaderamente por otra mujer, ella se sentía tan a gusto con su acuerdo como al principio (aun cuando los celos la tuvieran un tanto inquieta). [86] Sabía que Sartre seguía respetándola; estaban descubriendo juntos a Faulkner y a Kafka, explorando la cuestión de cómo describir bien la vida. En esa época, ambos estaban convencidos de que se podía alcanzar la salvación por medio del arte. [87] Pero, según la biógrafa de Sartre, aquella fue la «primera crisis» de su relación. [88]

Beauvoir pensaba que, para ella, el problema más grave era el que describía en sus diarios estudiantiles, es decir, cuánto debía guardar para sí y cuánto debía hacer público. Aún no sabía cómo conciliar «sus ansias de independencia» con los sentimientos que la empujaron «de manera tan impetuosa hacia otra persona». [89] En sus clases defendía reivindicaciones controvertidas —por ejemplo, que «las mujeres no servían solo para traer niños al mundo»— [90] y prestaba a sus alumnos libros que a los padres de estos les parecían cuestionables. De hecho, algunos presentaron quejas formales, acusándola de poner en peligro el carácter sagrado de la familia; por suerte, el inspector escolar se puso de su parte.

Durante los años en que Beauvoir y Sartre eran unos profesores desconocidos, él pasó por una fase de depresión. Como estaba aburrido y desencantado, llamó a aquella época de su vida «los años tristes». [91] Sartre se sentía como un fracasado: no contaba con terminar de maestro en provincias, y además tenía la impresión de que con aquella vida tan monótona estaba desaprovechando su genio. La comparación con la gente de su entorno tampoco lo ayudaba mucho. Paul Nizan ya había publicado dos libros: *Aden Arabia* en 1931 y *Antoine Bloyé* en 1933. El primero tuvo una buena acogida y el segundo fue aún mejor recibido. Hasta el propio Maheu, que no había aprobado la *agrégation* , estaba ganando prestigio (llegó a ser director general de la UNESCO). Pero Sartre no había

publicado nada y empezaba a preocuparlo aquello de que «quien no es famoso a los veintiocho, debe renunciar para siempre a la gloria». [92] Sabía que era absurdo pensar eso, pero la falta de logros lo atormentaba.

Un día de noviembre estaban en un café junto al mar en El Havre y ambos se sentían desganados y preocupados por que la vida se hubiera transformado en una incesante repetición y por que no volviera a sucederles nada nuevo. Beauvoir estaba tan afectada que se echó a llorar, y en ese instante volvió a sentir el «anhelo» de lo Absoluto (es decir, Dios). [93] Cuando estaba desanimada, todo esfuerzo humano le parecía inútil y reprochaba a Sartre que idolatrara «la vida». Al día siguiente seguía alterada por aquella revelación, así que se enzarzó en una discusión con Sartre: este pensaba que el vino y las lágrimas no servían para explicar nada, atribuyendo su estado de ánimo al efecto depresor del alcohol, no a la metafísica. Ella decía que el alcohol corría un velo, mostrando la horrible cara de la verdad.

Ambos debían afrontar la decepcionante divergencia entre las expectativas de la vida adulta y la cruda realidad. Sartre estaba empezando a perder el pelo, y además no sabía qué hacer con su obra sobre la contingencia, que todavía estaba en germen. Beauvoir tuvo una idea: ¿por qué no la convertía en una novela? Eso requería suspense y profundidad narrativa. Si tanto le gustaban los cuentos de detectives, ¿por qué no daba a su búsqueda filosófica un tono literario? En el tercer borrador de la novela, Sartre ambientó la historia en El Havre y concibió el personaje principal, Antoine Roquentin, sobre la base de su propia experiencia personal. Beauvoir le hacía críticas prolijas y muy meticulosas, y por eso él seguía sus consejos «indefectiblemente». [94]

Luego aparcó durante un tiempo el proyecto para ponerse a trabajar en un ensayo sobre *La imaginación* . Se lo había encargado Henri Delacroix para publicarlo en Alcan, una editorial universitaria, y mientras se documentaba empezó a interesarse en los sueños y las alucinaciones. Un amigo de la École Normale, Daniel Lagache, que se había especializado en psiquiatría, le dijo que podía conseguirle mescalina si quería experimentar el efecto de los alucinógenos.

Así pues, en febrero de 1935, Sartre acudió al hospital de Sainte-Anne para que le suministraran mescalina de manera controlada. Lo tuvieron varias horas en observación y, desgraciadamente para él, no pudo llegar a experimentar el viaje que tanto ansiaba: en vez de sentir unas alucinaciones

placenteras, creyó que lo perseguían los objetos que había en su habitación, todos los cuales habían adoptado formas extrañas, además de tener visiones de cangrejos y crustáceos que lo angustiaron durante semanas. Cuando vio a Beauvoir esa tarde, no era el Sartre de siempre. [95]

Al final reconoció que padecía una depresión y que tenía miedo de encontrarse al borde de una psicosis alucinatoria crónica (era propenso al catastrofismo). Beauvoir le recordó mordazmente que, según su propia filosofía, la mente controlaba el cuerpo, y que su única locura consistía en pensar que estaba loco. [96]

En marzo de 1935, Hitler promulgó una ley de reclutamiento que reinstauraba el servicio militar obligatorio, incrementando el número de soldados de 100.000 a 555.000. Toda Francia empezó a sentir pánico. Las autoridades firmaron un pacto con Stalin para consolidar la política de defensa nacional. Con Rusia en el este y Francia en el oeste, la paz parecía garantizada; los alemanes no tenían ninguna posibilidad de ganar la guerra, así que no se les ocurriría declararla. Más tarde, Beauvoir escribió que «su manera de leer el periódico seguía siendo completamente frívola»; en esa época consideraba que el mejor modo de abordar los problemas que planteaba Hitler era evitándolos. [97] En *Cartas a Sartre* solo se publicó una de las misivas escritas por Beauvoir, concretamente la del 28 de julio de 1935. En ella no se menciona la política, salvo para decir que el único periódico que puede comprarse en Ardèche es *Le Petit Marseillais* . [98]

En Semana Santa viajaron a los lagos italianos, y para entonces Sartre parecía estar de buen humor. Pero, al regresar a Francia, no podía fingir que se sentía bien. Estaba triste y apenado, a tal punto que un médico le aconsejó que no se quedara solo. Beauvoir hizo todo lo posible para estar con él y para que otras personas lo acompañaran cuando ella no podía.

En 1960 Beauvoir afirmó que nunca había llegado a entender la crisis de Sartre; empezaba a darse cuenta de que, aunque hubiera semejanzas en sus respectivas circunstancias, estas no eran tan parecidas como pudiera parecer a simple vista:

> Él pensaba que aprobar la *agrégation* y encontrar un buen empleo era pan comido. Pero, cuando estaba en lo alto de esa gran escala en Marsella [en 1931, cuando comenzó a dar clases], me mareé de puro deleite: me dio la sensación de que, en vez de cargar con mi destino, era yo quien lo había elegido voluntariamente. La carrera en la que Sartre creía estar perdiendo su libertad, para mí suponía una liberación. [99]

Seguía gustándole leer filosofía, porque según ella era una «realidad viviente», pero no abandonó la escritura. Estaba trabajando en una colección de relatos breves, *Cuando predomina lo espiritual* . En uno de ellos cuenta que «Zaza enloqueció y murió a causa del puritano código moral del mundo en que vivía». [100] Al parecer Sartre se inspiró en uno de esos relatos para escribir «La infancia de un jefe». [101] Entre 1926 y 1934, Beauvoir intentó en varias ocasiones escribir una novela. [102] Pero habría de esperar algo más de cuarenta años para ver publicado alguno de esos escritos. Y, entretanto, Sartre alcanzaría el éxito filosófico y literario, y su relación se convertiría (o, si acaso, *parecería* convertirse) en un trío.

# CAPÍTULO 7

## El trío que era un cuarteto

En 1934, Beauvoir conoció a la alumna cuyo papel en su vida y en la de Sartre iba a ser objeto de condena y de un sinfín de conjeturas: Olga Kosakiewicz. La función que desempeñó en su relación la recuerda ella misma en *La plenitud de la vida* , y uno y otro recrean a Olga en sendas novelas: con el nombre de Xavière en *La invitada* (de Beauvoir) y con el de Ivitch en *Los caminos de la libertad* (de Sartre). Según Hélène de Beauvoir, a Olga no le gustó nada el retrato que hacían de ella, pero siguió siendo amiga del Castor hasta bien avanzada la vida de ambas. [1]

Desde mediados de la década de 1930 hasta los primeros años de la de 1940, Beauvoir mantuvo tres relaciones íntimas con mujeres bastante más jóvenes que ella, todas las cuales habían sido alumnas suyas y cortejadas por Sartre, a veces al mismo tiempo y a veces con éxito. Julia Kristeva dijo que Beauvoir y Sartre eran unos «terroristas libertarios» por su manera de tratar a sus amantes contingentes, y ese período es el que más fama de libertina sexual le ha dado a Beauvoir, así como el que más rechazo *ad feminam* ha generado contra su obra. [2] Teniendo en cuenta los textos filosóficos que escribió más adelante y las consecuencias que tendrían esas relaciones en su vida personal y su reputación pública, resulta difícil no preguntarse: ¿qué estaba pensando?

Fue Colette Audry quien le habló de Olga, conocida en el liceo de Ruan como «la rusita». Olga era hija de padre ruso (de origen noble) y madre francesa. Era rubia y sorprendentemente pálida, y escribía ensayos no menos sorprendentes: eran tan breves que Beauvoir no sabía qué nota ponerles. Olga se quedó asombrada cuando le entregó las calificaciones de los exámenes finales: había sacado las notas más altas.

Poco después hubo otro examen, una reválida para el *baccalauréat* . Al terminar la prueba, Olga (que no había escrito una palabra) rompió a llorar. Simone le preguntó si quería hablar con ella sobre lo que le estaba pasando, así que quedaron un domingo por la tarde y pasearon por la orilla del río mientras charlaban sobre Dios y Baudelaire. Se cayeron estupendamente: Simone pensó que la joven Olga, que a la sazón contaba diecinueve años de edad, era una chica brillante que quería tener más confianza en sí misma; Olga estaba fascinada por Simone, que a sus veintisiete años era muy diferente de las otras profesoras: Mademoiselle de Beauvoir era elegante, sofisticada y muy poco convencional.

Los padres de Olga Kosakiewicz se habían conocido en Rusia: su madre había ido a Kiev para ser la institutriz de una familia de aristócratas. Terminó casándose con uno de los hijos, el cual era ingeniero y llegó a ser funcionario del zar. Olga nació en Kiev el 6 de noviembre de 1915, [3] y su hermana Wanda había venido al mundo en la misma ciudad, en 1917. Pero, poco después de la Revolución de Octubre, la familia se sumó a la hégira de la aristocracia rusa. Estuvieron algún tiempo en diversos países, entre ellos Grecia, hasta que se establecieron en Francia. Así pues, las hermanas Kosakiewicz crecieron en un entorno preñado de nostalgia del terruño y de superioridad aristocrática.

A Olga le fue muy bien en el *baccalauréat* , sobre todo en filosofía, y, mientras estuvo en casa ese verano, se carteó con Simone hasta que sus padres la enviaron de nuevo a Ruan para estudiar medicina. Olga no quería ser médico, y además no soportaba ni el nacionalismo derechista de muchos de sus compañeros de clase ni el comunismo de otros. Durante el otoño y el invierno de 1934-1935, la situación política cambió: la economía se estaba resintiendo, y algunas compañías tuvieron que despedir a buena parte de sus empleados, como por ejemplo Salmson, o fueron directamente a la bancarrota, como Citroën. El desempleo iba en aumento, al igual que la xenofobia.

Olga entabló amistad con otros inmigrantes, muchos de ellos judíos, y siguió siendo amiga de Simone, con la cual hablaba de su vida cotidiana y de sus nuevas amistades. Un día le preguntó qué significaba ser judío. Simone le contestó: «Nada de nada. No hay "judíos"; solo seres humanos». Más tarde Beauvoir se dio cuenta de lo abstracta que era con respecto a ese tipo de cuestiones, pues decía que las categorías sociales eran

poderosamente reales y rechazaba de manera categórica la ideología jerárquica de su padre según la cual franceses y judíos, hombres y mujeres, pertenecían a órdenes preestablecidos. [4]

En el otoño de 1934, Olga y Beauvoir empezaron a pasar más tiempo juntas: entre las dos se consolaban por el ambiente provinciano de Ruan. Solían verse una vez a la semana para almorzar, y a veces para ir a la ópera o a una asamblea política: desde la perspectiva de Simone, Olga «seguía siendo una niña», aunque le gustaba su forma de entender el mundo. [5] En una carta le dijo a Sartre que estaba ante «un mundo replanteado, de una manera completamente inesperada, por una conciencia muy original». [6]

Cuando Olga conoció a Sartre, ya lo precedía su leyenda, que además le confería un cierto encanto excéntrico: la visión de los crustáceos bajo los efectos de la mescalina le había dado un aire trágico. «Sartre tenía algo de caballero medieval», en opinión de Olga: «Era muy romántico». [7] Durante ese período, Sartre y Beauvoir solían reunirse en El Havre, porque les gustaba más que Ruan; pero a principios de 1935 Sartre había empezado a ir a esta última ciudad y visitaba a Olga con más frecuencia. Al principio todos parecían beneficiarse de su amistad: a Olga le encantaban sus atenciones, Sartre estaba entusiasmado con ella y para Beauvoir era un alivio ver cómo él salía de su anhedonia. Pero en esa época —entre la primavera de 1935 y la de 1937—, el humor sombrío dio paso a una locura de otra naturaleza: Sartre estaba obsesionado con Olga.

El período subsiguiente fue muy duro para Beauvoir: le tenía mucho cariño a Olga y quería hacerle comprender el potencial que poseía. Pero, a causa de una serie de acontecimientos, la relación se complicó mucho más de lo que había previsto. Beauvoir había cambiado de hotel por recomendación de Olga: ahora se alojaba en Le Petit Mouton. Simone la animaba a estudiar, y Olga lo intentó diligentemente... durante un tiempo. Pero entonces la libertad se le subió a la cabeza y empezó a pasarse los días bebiendo y bailando, leyendo y charlando, pero sin dar un palo al agua. En 1935 suspendió dos veces el examen de medicina, en la convocatoria de julio y en la de octubre.

Como la relación con Olga era cada vez más compleja, en el verano de 1935 Simone comenzó a recorrer otra vez los senderos de Francia sin más calzado que unas alpargatas de esparto. Caminó sola mientras Sartre hacía un crucero por Noruega con sus padres; luego se reunió con ella en Sainte-Cécile-d'Andorge. Él era también un buen caminante, cuando se lo

proponía, pero le preocupaba que el exceso de ejercicio pudiera perjudicar a Simone. [8] A lo mejor había exagerado cuando le dijo que era alérgico a la clorofila, pero seguían gustándole más las piedras viejas que los árboles. Así pues, Beauvoir diseñó una ruta que pasara por ciudades, pueblos, abadías y casas solariegas. Después del viaje alucinatorio, a Sartre seguían visitándolo de cuando en cuando los inoportunos crustáceos. Un día, estaban en el autobús, y Sartre dijo que ya estaba harto de las langostas. Llevaban molestándolo desde que había emprendido aquel viaje, así que iba a acabar con ellas de una vez por todas. Caminar siempre le había servido a Beauvoir para conjurar sus demonios; ahora Sartre trataba también de vaciar su mente de moradores no deseados. [9]

Mientras Sartre luchaba contra sus crustáceos, Beauvoir se preguntaba por qué últimamente no tenía éxito con la escritura. Estaba decidida a ponerse de nuevo a ello. Lo malo es que no sabía qué era ese «ello». Por entonces, Sartre estaba teniendo más éxito con la filosofía que con las novelas. ¿Por qué no intentarlo? Sartre le dijo que ella desentrañaba la filosofía con mayor celeridad y exactitud que él, pero Beauvoir sabía que esa manera de leer a otros suponía interpretarlos conforme a las hipótesis de Sartre. [10] En 1946 Beauvoir escribió que Sartre no quería depender de nadie en cuanto a su creatividad, para que «no le llegue ninguna idea desde fuera» (salvo que fuese a través de ella, naturalmente): «Lee poco y, si por casualidad le apetece leer, se deleita con cualquier libro: solo pide que las páginas impresas sirvan de apoyo a su imaginación y sus pensamientos, del mismo modo que los adivinos se sirven de los posos de café para leer el porvenir». [11]

Según Beauvoir, Sartre no era capaz de adoptar otros puntos de vista o no le veía ningún sentido a esa asunción. Pero, en el caso de Beauvoir, sucedía lo contrario: ella aceptaba sin apenas oposición otras formas de pensar. Percibía la debilidad de algunas opiniones y sabía desarrollarlas. Pero las teorías persuasivas no la dejaban indiferente: «Alteraban [su] relación con el mundo e influían en todas [sus] experiencias». [12]

En esa época no escribía mucho, pero tampoco estaba ociosa; hacía grandes progresos con el alemán —el de Sartre, pese al año que había estado en Berlín, era horrible— y seguía leyendo filosofía con avidez. Pero aún no quería escribir sobre esas cuestiones. Tiempo después, no recordaba haber estado demasiado preocupada por no haber publicado nada en ese

entonces: Stendhal, el escritor en el que se había inspirado para dar forma a *Cuando predomina lo espiritual* , no empezó a escribir hasta los cuarenta años. [13]

En cuanto a Olga, era evidente que no iba a llegar muy lejos en sus estudios de medicina. Sus padres querían enviarla a un internado en Caen, pero los tres miembros del «trío» estaban en contra de esa medida. Lo primero que había que preguntarse era: ¿qué se le daba bien? Había sacado buenas notas en filosofía, así que Sartre le hizo una propuesta a Beauvoir que a ella le pareció brillante. Entre los dos ganaban dinero suficiente para pagarle una habitación, y además Sartre estaba impartiendo un curso de preparación para la docencia. Beauvoir envió una carta a los padres de Olga y concertaron una reunión. Los padres estaban de acuerdo con la propuesta: Beauvoir supervisaría los estudios de su hija. Sartre y ella elaboraron un programa de clases, le hicieron una lista de lecturas y, además, le alquilaron una habitación en el Petit Mouton cerca de la de Beauvoir.

También planificaron quién vería a quién y cuándo; al final todos querían un *tête-à-tête* en algún momento, pero también querían «sesiones plenarias» cuando estaban los tres juntos. Tiempo después, Beauvoir escribió que nunca se sintió a gusto en aquel trío con Olga. A menudo se encontraba en el medio de una relación de cimientos inestables. Sus esfuerzos por instruirla tuvieron poco éxito desde el punto de vista académico: Olga leía cuando le apetecía, pero únicamente trabajaba cuando quería hacerlo, y rara vez quería. Al principio, Sartre y Beauvoir pensaban que estaban aconsejándola y actuando en su interés, pero Beauvoir más tarde reconoció que su relación no se basaba en la igualdad recíproca: Sartre y ella se la «anexaron». [14] Ambos empezaban a sentirse viejos y aburridos: vivían vicariamente a través de su juventud y su despreocupación.

Beauvoir, sin embargo, se preocupaba mucho por Olga: «En este momento solo hay dos personas que me importan en la vida, y una de ellas eres tú», le dijo en una carta. [15] Pronto los sentimientos de Olga hacia Beauvoir «alcanzaron una intensidad ardiente». [16] La relación física entre Olga y Beauvoir provocaba todo tipo de frustraciones en Sartre: durante los dos años de su obsesión, Olga no durmió nunca con él.

Olga fue el primero de aquellos amores «contingentes» «compartidos» por Sartre y Beauvoir, aunque no la compartieran a ella en términos sexuales. Aun así —y pese a su desprecio por las emociones—, Sartre se

puso muy celoso. [17] Su comportamiento era cada vez más errático y extraño. Todavía más inquietante, desde la perspectiva de Beauvoir, era el hecho de que Sartre sintiera por Olga cosas que nunca había sentido por ella. Al final de aquellos dos años de obsesión por los que pasó Sartre, Beauvoir estaba padeciendo una agonía que iba «más allá» de los celos, llegó incluso a preguntarse si su felicidad no estaría basada en «una gigantesca mentira». [18]

Pero Olga no era más que una parte del problema. En El Havre, uno de los alumnos favoritos de Sartre era un joven encantador que se llamaba Jacques-Laurent Bost. El chico era el más pequeño de diez hermanos y tenía solo seis meses menos que Olga. Provenía de una familia protestante y uno de sus hermanos trabajaba de corrector en la prestigiosa Gallimard. Era alto, con labios carnosos y un cabello negro azabache que le caía sobre los ojos verdes; aunque admite que «se sentía atraída por él», Beauvoir apenas menciona esta relación en sus «memorias». [19] De hecho, fue una de las omisiones más significativas, pues permaneció oculta durante toda su vida. Esta apasionada aventura, que en realidad duró diez años, no salió a la luz hasta la publicación de su correspondencia en 2004. Cuando Olga traicionó a Sartre (o eso creía él) acostándose con Bost, Sartre apaciguó su ego herido seduciendo a Wanda. Cuando Olga tomó la decisión de poner fin al trío, Beauvoir lo interpretó como un ejemplo de sensatez, pero Sartre estaba desconsolado. Y para empeorar aún más las cosas, Gallimard rechazó su novela.

Según Beauvoir, el trío causó estragos en su vida cotidiana, pero también influyó profundamente en las cuestiones sobre las que había estado reflexionando desde finales de la década de 1920. A los diecinueve años, Simone había escrito en su diario que quería desarrollar *sus propias* ideas sobre «la oposición entre el yo y el otro». Diez años después, su relación con Olga y Sartre la llevó a abordar el problema de una manera distinta. Aunque apreciaba las atenciones de Sartre y Beauvoir, y siguió siendo su amiga hasta finales de la década de 1970, Olga sabía que estaba desempeñando un papel precario. Durante ese período se mostraba taciturna y malhumorada, lo que llevó a Simone a decir: «Cuando se distanció de mí, empezó a mirarme raro y yo me transformé en un objeto que unas veces era un ídolo y otras un enemigo». [20]

Los sentimientos de Beauvoir con respecto a aquella relación eran vacilantes. En la descripción del trío que presenta en su autobiografía, apunta que aquel «grupo de tres» le hizo darse cuenta —una vez más— de que una relación armoniosa entre dos personas nunca debería darse por sentada, pues requiere un esfuerzo incesante. [21] En 1927 ya había llegado a la conclusión de que el amor no es algo que haya que establecer de una vez por todas, sino que hay que «ir creándolo en una juventud renovada incensantemente». [22] Pero, aunque no puede negarse que estaba afinando sus puntos de vista sobre la libertad, la acción y el amor, aún no se había percatado del daño que la pareja «esencial» podía causar a sus otros amores «contingentes».

Olga rara vez concedía entrevistas, pero tiempo después se comparó a sí misma —y a Bost y a Wanda— con serpientes hipnotizadas: «Hacíamos lo que ellos querían porque, pese a todo, nos gustaba llamar su atención y además lo considerábamos un privilegio». [23] Antes incluso de ser famosos, Beauvoir y Sartre eran una pareja carismática y cautivadora. Pero ningún testimonio de ese período nos confirma que para Beauvoir las desiguales relaciones de poder entre ellos fueran un motivo de preocupación. Jóvenes o viejos, ricos o pobres, sus amores contingentes podían tomar decisiones por su cuenta, ¿o acaso no era así?

Ese verano, Sartre y Beauvoir visitaron Italia y Grecia; para ella fue un alivio viajar sola con él. Además tenían algo que celebrar: a la vuelta de las vacaciones, ¡volvería por fin a París! Había obtenido una plaza en el Lycée Molière. Pero, cuando regresaron en septiembre, les resultó más difícil desentenderse de la política: la Guerra Civil española los obsesionaba. Su amistad con Fernando Gerassi les había hecho querer a España y, después de sus viajes por la Península, eran hispanófilos incondicionales. Léon Blum, primer ministro del Frente Popular, había decidido que Francia no debía intervenir en la contienda bélica española, cosa que a Beauvoir le pareció indignante: Hitler y Mussolini estaban proporcionando soldados y material a los rebeldes, pero Francia se negaba a suministrar armas a la República española, incumpliendo así el tratado comercial firmado por ambos países. [24] Al final Fernando fue incapaz de quedarse en París con los brazos cruzados, por lo que se marchó a España para combatir. Sartre y Beauvoir fueron a despedirlo a la estación junto con Stépha y otros amigos.

A su regreso a París, Beauvoir alquiló una habitación en el hotel Royal Bretagne, situado en la calle de la Gaîté. Aunque a Sartre no lo destinaron a París hasta un año después, Bost estaba estudiando en la Sorbona para sacarse el título de enseñante, y Hélène seguía viviendo en la capital, de modo que Simone se sentía feliz de estar nuevamente junto a ellos. Olga también se trasladó a París para estudiar teatro gracias a los contactos de Sartre y Beauvoir.

A finales de la década de 1930, Sartre llevó a cabo una campaña de seducción múltiple que alimentó el fuego mitológico de su pacto. Parece que Beauvoir lo ayudó a revisar *Melancolía* (publicada en 1938 con el título de *La náusea* ) y que pasó muchas horas en el Dôme o La Rotonde haciendo anotaciones en sus manuscritos. Ella pulía su literatura mientras él satisfacía su propia *libido* . Sartre contó por doquier que si *La náusea* se podía publicar era gracias al tremendo esfuerzo de Beauvoir. Pero los textos con los comentarios añadidos por ella se perdieron: Sartre tenía la costumbre de pasar a limpio la versión final de los manuscritos que debía conservarse para la posteridad, y Beauvoir afirmó que se había deshecho de los borradores anotados por ella. [25]

En la primavera de 1937, Beauvoir acabó agotada por culpa del exceso de trabajo, pero no veía la ocasión de cargar las pilas. Un día estaba charlando con Bost en Le Sélect y empezó a temblar. [26] Normalmente no prestaba la menor atención a su cuerpo cuando le ocurría algo parecido, pero aquello empezaba a resultar preocupante: se fue a casa de inmediato, pasó una noche febril y guardó cama todo el día siguiente. No obstante, al anochecer pensó que estar un día entero en la cama era de perezosos redomados. Así es que, cuando Sartre llegó de Laón esa misma noche, ambos llegaron a la conclusión de que ya se encontraba en condiciones de salir a la calle. Se vistió y salió por la puerta con mucha energía, pero, al llegar a la fiesta de unos amigos suyos, buscó en seguida un sitio donde tumbarse otra vez. Sus amistades estaban preocupadas: ¿sería grave? Ella les dijo que no era nada, pero al final Sartre la llevó a casa y llamó a un médico. Poco después la hospitalizaron a causa de un edema pulmonar. Beauvoir no daba crédito: aquello no podía estar sucediéndole a *ella* ; resultaba desagradable darse cuenta de que también ella era reducible a una estadística. Estaba en la cama escuchando la conversación de los médicos,

que hablaban de su cuerpo como si se tratara de un objeto, de una cosa; la conciencia de que estaban departiendo sobre *ella* la hizo sentirse desorientada e insegura.

Cuando se recuperó, tuvo que dar gracias por algo más que su renovada salud. Sartre regresaba a París —¡por fin vivirían en la misma ciudad!— y había reservado habitaciones en el Hôtel Mistral, en dos plantas distintas, de modo que «tendrían todas las ventajas de una vida compartida sin ninguno de sus inconvenientes». [27] El nuevo hotel estaba en Montparnasse, cerca de sus cafés favoritos: La Rotonde, Le Dôme, La Coupole y Le Sélect. En mayo de 1937, a Sartre también empezó a sonreírle la suerte en materia literaria: por fin habían aceptado su novela sobre la contingencia.

Ese verano Beauvoir y Sartre viajaron a Grecia en compañía de Bost. Durmieron en azoteas e hicieron largas excursiones a pie, lamentándose de haber subestimado la fuerza de aquel sol abrasador. A veces Bost y Beauvoir salían de excursión ellos solos y nadaban juntos mientras Sartre se quedaba trabajando en la terraza de un café o escribiendo cartas a Wanda.

Cuando comenzó el nuevo curso escolar, Beauvoir quería seguir escribiendo, pero no sabía muy bien qué. Sartre la animó a reflejarse a sí misma en sus libros; a él no le habían aceptado *La náusea* hasta que perfiló el personaje de Roquentin como un reflejo suyo. *Cuando predomina lo espiritual* estaba bien, dijo, pero ella era mucho más interesante que los Renées y las Lisas sobre las que hablaba: ¿por qué no escribía desde el punto de vista de su propia vida?

Ella le dijo que, cuando escribía sobre su propia experiencia, se sentía demasiado vulnerable. Aunque solía contar los pormenores de su vida cuando se carteaba con él y con otras personas, eso no era lo mismo que publicarlos para que los leyera todo el mundo. Pero el caso es que estaba volviendo a darle vueltas a uno de los problemas filosóficos que la desconcertaban desde que era adolescente: la conciencia de los otros. Había leído en la prensa que un hombre había asesinado a su taxista habitual porque le daba vergüenza no tener dinero para pagar la carrera. Y Beauvoir se preguntaba: ¿qué es lo que motiva la vergüenza de los seres humanos hasta unos extremos tan espantosos? ¿Por qué vivían a veces para los demás, intentando parecer de tal o cual manera, en lugar de preocuparse de sí mismos?

Pensó en crear a una Simone Weil antibeauvoiriana como personaje principal de su novela, pero entonces Sartre dejó caer que Olga representaría mejor el papel de protagonista. [28] No hizo falta decir más: ella era perfecta. En septiembre de 1937, Beauvoir escribió una carta a Sartre desde Alsacia, donde estaba de vacaciones con Olga; sus palabras, citadas fuera de contexto, pueden interpretarse erróneamente: «K. es amabilísima y encantadora, se entusiasma con todo y, lo que es mejor, es mucho más vigorosa de lo que cabía pensar, pues parece bastante gala en ese sentido». Pero el vigor no era de carácter sexual: Beauvoir prosigue diciendo que Olga no se dejaba intimidar por la lluvia o el viento, y que era capaz de caminar cinco, seis y hasta siete horas al día. [29]

En 1938 se publicó por fin *La náusea* , con una dedicatoria «Para el Castor». En seguida le llovieron los elogios a Sartre, quien fue saludado como una nueva estrella; *Les Nouvelles Littéraires* dijo que la novela era «una de las obras más representativas de nuestra época». Cuando poco después se publicó *El muro* , una colección de relatos breves, André Gide escribió: «¿Quién es este nuevo Jean-Paul? Creo que podemos esperar mucho de él». [30] En cambio, el libro de cuentos de Beauvoir, *Cuando predomina lo espiritual* , fue rechazado en dos ocasiones, primero por Gallimard y después por Grasset. [31] Cuando Henry Müller lo rechazó dijo que el retrato de las burguesas angustiadas era bueno, pero que había otras personas escribiendo sobre los mismos problemas y que ella no los resolvía: «Te contentas con describir un mundo en desintegración y luego abandonas a tus lectoras en el umbral del nuevo orden, sin explicar con claridad cuáles serán sus ventajas». [32]

Beauvoir no tiró la toalla: una década más tarde escribió un manifiesto a favor del «nuevo orden»: *El segundo sexo* . Pero, mientras que Sartre se ganó la admiración de los literatos parisinos, Beauvoir solo consiguió aumentar el rencor de su padre. Georges de Beauvoir se mofaba de sus libros sin publicar y le decía que no llegaría a ser más que «la puta de un gusano». [33]

En el trabajo, Beauvoir fue acogida de manera bien distinta. A sus alumnas del Lycée Molière, un colegio de niñas situado en el distrito 16, les había causado muy buena impresión. Vestía a la moda, maquillada y con blusas de seda, y conocía tan bien su asignatura que daba las clases sin

apuntes. [34] Enseñó a sus alumnas la filosofía de Descartes, Husserl y Bergson. De Freud habló solo para descartarlo, pues le gustaban más los epicúreos, los estoicos y Kant. [35]

A una de las alumnas del curso 1937-1938, Bianca Bienenfeld, Beauvoir la había dejado anonadada; le escribió una carta diciéndole que le encantaban sus clases de filosofía y que le gustaría seguir estudiando esa asignatura en la universidad. Quería quedar con ella para hablar del asunto.

Acordaron fecha y hora y se reunieron en Montparnasse. Bienenfeld, que entonces contaba diecisiete años de edad, era una chica judía cuyos padres habían emigrado a Francia con la esperanza, truncada, de que allí hubiera menos antisemitismo que en Polonia. El padre había sido médico y la familia apreciaba la cultura; Beauvoir valoraba la inteligencia y el carisma de Bianca. Según le contó a Bost, le tenía mucho respeto, aunque a veces se olvidaba de que estaba hablando con una jovencita. [36]

Al poco tiempo estaban pasando los domingos juntas, y Bienenfeld iba corriendo todas las semanas a la estación de metro de Passy, deseando verla. Beauvoir le explicó cómo era su relación con Sartre: se querían, pero deseaban conservar su libertad, y por eso tenían otros amantes. Bianca estaba fascinada con las historias de las hermanas Kosakiewicz y le molestaba que Beauvoir las tratara con tantas consideraciones: desde su punto de vista eran unas chicas vagas y caprichosas, y no se merecían ni su apoyo ni el tiempo que Beauvoir habría podido pasar con ella. [37] A finales de ese mes de junio, Bianca quería ser Beauvoir. [38]

Cuando terminó el curso escolar, ya no eran profesora y alumna. Hicieron una escapada al Morvan y dieron largas caminatas por una zona montañosa. Por la noche compartieron habitación —y cama— en una pensión. Durante ese viaje, escribe Bianca, su relación se volvió física. [39] Beauvoir negó haber tenido trato sexual con otras mujeres; [40] pero sus cartas dicen claramente que tuvo relaciones íntimas con ellas. Para empezar, en una carta dirigida a Sartre el 22 de julio, Beauvoir le cuenta que había recibido cartas «apasionadas» de Bianca.

Bianca Bienenfeld nació en Polonia en abril de 1921, así que ese verano tenía diecisiete años. [41] Puede parecer sorprendente para los estándares actuales, pero ya estaba por encima de la edad de consentimiento, y nada indica que a Beauvoir la preocupara en ese momento (1938) la diferencia de edad o el hecho de que su papel como exprofesora de Bianca implicaba unas pautas de confianza y de poder que

su relación sexual podía poner en peligro. Tras la muerte de Beauvoir, Bianca la presentó como una depredadora que seleccionaba «carne joven y madura entre sus alumnas» para «probarlas antes de endosárselas» a Sartre. [42] A su juicio, esa «pauta» explicaba lo que les había sucedido a ella y a Olga, aunque al parecer ignoraba que esta había rechazado los ofrecimientos sexuales de Sartre.

Resulta imposible reconstruir todo lo que sucedió, porque algunas cartas y diarios no han llegado hasta nosotros, por la propia devastación de la guerra, y porque Bianca contó su versión cincuenta años después de los hechos, como consecuencia de la «indignación liberadora» a que dio lugar la divulgación de su nombre. A lo largo de su vida, Beauvoir mantuvo su palabra de no hacer pública la identidad de Bianca. Pero cuando en 1992 Deirdre Bair compuso su biografía de Simone de Beauvoir, abusó de la confianza de esta y sacó a la luz el nombre de Bianca. La ley francesa de derecho a la intimidad prohibía la difusión de datos potencialmente difamatorios, pero la ley norteamericana no condenaba ese proceder. Al final, Bianca supo de su fama al otro lado del Atlántico y publicó su propio libro en 1993. [43] Fue sincera con respecto a los motivos que la llevaron a escribir el libro y también lo fue cuando dijo que «el drama» comenzó cuando Sartre hizo acto de presencia. [44]

Pero también decía que Beauvoir fue una mujer a la que quiso toda su vida, y que las heridas que ella sufrió no se debieron únicamente al comportamiento de Beauvoir, sino a otras traiciones, como veremos más adelante. «Antes de conocer a Sartre —escribe Bianca—, Simone de Beauvoir y yo solo compartíamos una amistad apasionada. Cuando él entró en la escena emocional, todo se volvió mucho más difícil y mucho más complejo.» [45] Con independencia de los motivos de Bianca para demorar tanto su versión de los hechos, es evidente que su relación con Beauvoir fue bastante complicada y que le produjo sentimientos tan intensos como encontrados.

El mismo mes de julio en que Beauvoir y Bianca se hicieron amigas íntimas, Simone hizo otra escapada senderista, en esta ocasión a las montañas de la Alta Saboya en compañía de Bost. Sartre la llevó a la estación para despedirla; había ido a París para trabajar en sus relatos y ver a Wanda. Llevaba más de un año intentando seducirla, pero a Wanda seguía sin interesarle, pues le parecía un hombre feísimo y, encima, gordo. Sartre

estaba acostumbrado a que lo rechazaran, así que se lo tomó como un desafío. Wanda le parecía poco inteligente —comparaba su cerebro con el de una libélula—, pero, aun así, estaba decidido a triunfar.

Al día siguiente, Sartre le escribió a Beauvoir que no le gustaba nada tener que despedirse de ella. Se la imaginaba en lo alto de cumbres nevadas: «Podrías estar aquí, a mi lado, con tus sonrisitas, si no tuvieras la extraña manía de devorar kilómetros». [46] (Al escribir, Sartre puede parecer un tanto condescendiente, pero Simone también usaba mucho el diminutivo para describir a Jean-Paul.) Cuando llegó a Annecy, Bost la estaba esperando en la estación, «bien bronceado y de lo más elegante con su jersey amarillo». [47] Bost también era buen caminante, pero le costaba recorrer las largas distancias que cubría Beauvoir. Caminaban todo el día y por las noches probaban los platos y vinos de la región. Dormían en tiendas de campaña o en posadas, según el tiempo que hiciera. Cuando llevaban cinco días de vacaciones se refugiaron en un granero de Tignes porque estaba lloviendo y durmieron allí. Unos días después, Beauvoir escribió una carta a Sartre describiéndole aquella noche:

> Fui yo quien lo propuso, naturalmente. Los dos lo estábamos deseando: [...] Al final solté una risa tonta y me quedé mirándolo, y entonces preguntó: «¿Por qué te ríes?, y yo le dije: «Estoy intentando imaginarme tu cara si te propusiera que durmieras conmigo», y él dijo: «Estaba pensando que tú pensabas que quería besarte pero que no me atrevía». Seguimos avanzando torpemente durante otro cuarto de hora hasta que se decidió a besarme. Se quedó muy sorprendido cuando le dije que siempre le había tenido mucho cariño, y él terminó diciéndome que me amaba desde hacía mucho tiempo. [48]

Beauvoir y Sartre se reunieron en Marsella a la semana siguiente para viajar a Tánger. Sartre le preguntó si sabía lo difícil que le iba a resultar la vida si continuaba con aquella aventura; los dos sabían que Olga se tomaría muy mal que se hubiera acostado con Bost. Beauvoir y Olga eran amigas íntimas: ¿no era eso un golpe bajo?

Beauvoir no lo tenía tan claro. Olga no era precisamente «de fiar». Y Beauvoir quería a Bost y Bost quería que volviera; de momento, intentaba no tener que lamentarse. Tras su marcha con Sartre, Bost hizo más excursiones por los Alpes, pero ya no eran lo mismo sin ella: en una misiva le dice que, al menos tres veces al día, sentía un gran deseo de verla y que no paraba de recordar los últimos cinco días que habían estado juntos. [49] Sus cartas también están llenas de ternura e ilusión: [50] «Te quiero

*increíblemente* [*formidablement* ], me gustaría que lo supieras, que lo sintieras con intensidad para que te produzca placer. Me encanta escribirte. Cuando te escribo me imagino tu cara... y mi sonrisa de idiota». [51]

La prosa de Bost no es como la de Sartre o la de Algren. Pero las cartas que le dirigió Beauvoir revelan una pasión que nunca mostró Sartre en su correspondencia. Beauvoir no necesitaba ocultar la dimensión física de su relación con Bost: las cartas que le escribía reflejan su deseo de besarle las mejillas, las pestañas, los labios agrietados. [52] Cuando viajaba por Marruecos con Sartre —visitando Tánger, Casablanca, Fez, Er-Rachidía, Mequinez—, Beauvoir oía canciones de amor en la radio y tenía que contener las lágrimas porque pensaba en Bost. El 22 de agosto le escribió una carta desde Er-Rachidía antes de acostarse. «No sabes cuánto te necesito, amor mío, cuánto deseo tenerte a mi lado.» [53]

Bost entró en aquella relación con pies de plomo: todavía estaba cortejando a Olga, con quien terminó casándose, y, al igual que Sartre (al que tanto admiraba, enviándole incluso comentarios jocosos en sus cartas a Beauvoir), conocía la relación de esta con Bianca Bienenfeld. A veces, cuando estaba de viaje y solo podía llegar a Sartre por medio del correo, Beauvoir le pedía a Bost que escribiera a Sartre para que organizara su próximo encuentro con ella. [54]




ILUSTRACIÓN 5. Dibujo de Jacques-Laurent Bost que representa a Simone de Beauvoir llevándolo a la ruina (1938).

En sus memorias, Beauvoir silenció a Bost, ocultando el amor que sentía por él y quitando importancia al aprecio y respeto que le tenía. Según Sylvie Le Bon de Beauvoir, esta fue una de las omisiones más significativas de Simone (si bien posteriormente habría otros candidatos que se disputarían ese honor). Bost fue un fiel amigo de Beauvoir desde 1936 hasta su muerte, en 1986, y durante un largo tiempo fue mucho más que eso. [55] Pero decidieron no contárselo a Olga, por lo que guardaron el secreto hasta la muerte de esta, en 1983.

Los diarios de Beauvoir muestran que ya en 1939 no tenía la conciencia tranquila en lo que respecta a este asunto, cosa que expresa aquí con mayor pesar que en las cartas dirigidas a Sartre; transcurrido un año de la aventura con Bost, tras una conversación con Olga, le cuenta a Sartre: «En lo que a ella se refiere, no siento remordimiento sino una sensación de culpa y superficialidad». [56] A finales de agosto de 1938, organizó su siguiente encuentro con Bost: quería estar con él día y noche. Pero ¿dónde se encontrarían, en El Havre, donde estaba su familia, o mejor en Ruan? París era precioso, dijo, pero tenía miedo de toparse con Olga.

En 1938 ya estaba intranquila: había planeado pasar diez días con Olga en septiembre. Le resultaba inquietante pensar en Bost desde el punto de vista de Olga, y sufría cuando se los imaginaba juntos.

> Sé que no me olvidas, pero me siento separada de ti, amor mío, y hay momentos en que ya no puedo más. [...] Escríbeme pronto, muy pronto, cartas larguísimas; dime que pasaremos largos días juntos a solas, que seremos felices como lo fuimos en Annecy. Dime que me quieres muchísimo, amor mío, porque yo te quiero con pasión. [57]

Las cartas de Bost la tranquilizaban sobremanera. A veces también él se sentía agobiado cuando pensaba en Olga, pero le decía a Beauvoir que esos sentimientos no le duraban mucho porque la quería demasiado. Además de amantes eran amigos, y él pensaba que su amor era tan fuerte que resultaba difícil separarlos. [58] Era muy bonito que Bost la amara, pero a Beauvoir se le hacía incómodo estar con Olga: esta escribía a Bost todos los días y hablaba de él muy a menudo; al principio Simone intentó no cartearse con él, pero al final no podía resistirse y le escribía cuando Olga no estaba con ella. No podía dormir porque pensaba continuamente en él, y a veces se le llenaban los ojos de lágrimas al imaginar su reencuentro. [59]

Volvieron a verse el 26 de septiembre de 1938. Decidieron quedarse en París a causa de los acontecimientos: el día 28 la guerra parecía inevitable, pero los Acuerdos de Múnich, firmados el 30, tenían visos de garantizar la

paz. Durante un mes, Beauvoir y Bost disfrutaron de una vida normal en París y se vieron todos los días. Pero el 3 de noviembre Bost tuvo que reincorporarse a su puesto en Amiens. El servicio militar duraba dos años; Bost entró en activo al cabo de diez meses.

Las relaciones clandestinas de Beauvoir con Bost, Olga y Bianca revelan no solo su insatisfacción sexual con Sartre, sino también una inquietante voluntad de engañar a otras personas, concretamente a otras mujeres. Su relación con Bost no hacía más que mostrar su propia complicidad en el engaño a una mujer a la que consideraba su amiga. En una carta escrita en 1948, Beauvoir justificaba su comportamiento diciendo que Olga era «una de esas chicas que pide demasiado a todo el mundo, y que miente a todo el mundo, de modo que todo el mundo tenía que mentirle a ella». [60]

Con independencia del carácter de Olga, no hay duda de que el comportamiento de Beauvoir era engañoso y —para muchos lectores, en muchos aspectos— bastante problemático. Estaba enamorada de Bost y engañando a Olga, pero siguió manteniendo su relación sentimental con Bianca Bienenfeld. Durante el verano de 1938 —cuando ella estaba en Marruecos y Bost en Francia—, le escribió una carta a este último diciéndole que la madre de Bianca había leído una de las misivas más apasionadas que le había enviado a su hija, cosa que provocó toda una tragedia, aunque no sabía aún qué consecuencias tendría. [61] Madame Bienenfeld acusó a Beauvoir de ser «una solterona de moral dudosa». [62] Pero eso no puso fin a su aventura con Bianca: en noviembre de 1938, esta le dijo que nunca amaría a nadie tanto como la amaba a ella. [63] Bianca tenía entonces dieciocho años, estaba estudiando filosofía en la Sorbona y se veían varias veces a la semana. Pero Beauvoir le contaba muy poco sobre sí misma, y nada en absoluto de su relación con Bost. [64]

En Navidades se la presentó a Sartre. Fueron a esquiar a Mégève y Bianca se hospedó en el cercano Mont d’Arbois, así es que subían juntos a las pistas y hablaban de filosofía. Cuando regresaron a París en enero de 1939, Sartre dirigió sus atenciones a Bianca y ella se sintió halagada: muchos de sus amigos de la Sorbona habían sido alumnos de Sartre, de modo que, entre la estima de estos, la de Beauvoir y las últimas reseñas de *El muro* , que lo ponían por las nubes, Bianca estaba deslumbrada.

«De la misma manera que un camarero desempeña como un maestro su papel de camarero, Sartre desempeñaba a la perfección el papel de enamorado», escribe en sus memorias. [65] Era un hombre feo, pero sus hermosas palabras la cegaban. Sartre le preguntó si sería capaz de amarlo; Bienenfeld dijo que sí, pero ¿qué pasaría entonces con Beauvoir? La apreciaba mucho y no quería hacerle daño. Sartre respondió que al Castor no le importaría. Sartre y Bienenfeld hablaron de consumar su relación y fijaron un día. Sería la primera vez que se acostaba con un hombre, y la verdad es que estaba muy ilusionada. Pero cuando se dirigían hacia el Hôtel Mistral, Bianca sintió un escalofrío: Sartre le dijo que los empleados se iban a llevar una sorpresa porque el día anterior se había acostado con otra virgen.

Sartre se comportaba también de manera inquietante, y no solo en lo que a ella atañía. Cortejando a Wanda y acostándose con Bianca, había iniciado un nuevo trío por su cuenta, por lo que a Beauvoir empezaron a parecerle preocupantes sus relaciones con esta última. Le dijo a Bost que las tertulias a tres bandas se habían vuelto incómodas y que Bienenfeld no sabía comportarse cuando se hallaba ante varios de sus amantes. «No se da cuenta de que las efusiones de cariño funcionan con dos personas pero no con tres; nos cogía las manos, nos las apretaba, para luego soltarlas y volverlas a coger, tratando de contentar a todos por igual.» [66] Al final, Bianca le dijo a Beauvoir que sentía amor por Sartre, pero no pasión; quería saber si ella podría explicárselo a Jean-Paul.

Entretanto, Bost tenía que hacer malabarismos para dividir su tiempo entre Olga y Simone. En las cartas de Beauvoir se percibe su impaciencia por verlo, por abrazarlo de nuevo; cuando salía de permiso, ella se moría de ganas de ir a recibirlo a la estación y vivir con él sus primeros momentos en París. De ahí que Bost no siempre le contara sus planes.

A Beauvoir le seguía gustando reunirse con Olga, pero cada vez le desagradaba más el lugar que ocupaban las hermanas Kosakiewicz en su vida. Su malestar ha sido interpretado a menudo como celos o resentimiento por el lugar que ocupaban en la vida de Sartre —porque quería proteger el tiempo que pasaba con él—; pero también la molestaba que Sartre complicara tanto las cosas. Había empezado a ayudar económicamente a Wanda, y hasta la había llevado a París y animado a hacer cursos de pintura con Hélène. Wanda desconfiaba de Beauvoir, así que le preguntó a Sartre sobre la naturaleza de su relación. Eran solo amigos, dijo él.

En mayo de 1939, a Beauvoir la situación ya le parecía «desagradable». Ella estaba engañando a Olga y Wanda la odiaba a ella. Entonces le escribió una carta a Bost diciéndole que aquello empezaba a reconcomerla: no era culpa de nadie en particular, pensaba, pero habría sido mucho mejor que Sartre no le contara mentiras a Wanda. Y además le disgustaba verse diseccionada en la conciencia de las Kosakiewicz. Pero, aun así, esto le planteaba un interesante problema filosófico: ¿es la conciencia de otra persona tan real como la de uno mismo? [67] Llevaba pensando en ello mucho tiempo, le dijo a Sartre, pues ese era el tema de su novela. Cada vez que oía a Olga hablar de Bost, la molestaba pensar que, en la conciencia de la joven rusa, Bost no tenía ningún vínculo con ella.

Bost respondió dándole un toque de atención: le parecía indignante que ella se quejara tanto de los juicios y chismes que la atañían a ella y a Sartre, así como a él mismo, a Wanda y a Olga: «Creo que debes considerarlos ambiguos y discutibles en el más alto grado, y debes hacerlo justamente porque son engañosos en todos los sentidos». No quiso seguir hablando del asunto por carta, pero la advirtió de que si estaba flaqueando —y lo estaba, pues tenía fama de blanda—, él no pensaba echarse atrás. Era un mujer encantadora cuando ambos eran de la misma opinión, dijo con una ingenua sinceridad, pero en esta ocasión él no estaba de acuerdo. [68]

Beauvoir no quería enfadarse con él: respondió a su carta diciendo que para ella su juicio era puro e imparcial, y que había sido sincero con ella. Pero, al cabo de una semana, Bost volvió a reprocharle su manera de tratar a los demás. Esta vez la «otra» era Bianca, con la cual seguía acostándose pese a que el creciente afecto de Sartre empequeñecía el suyo. Simone y Bianca habían pasado una tarde juntas: comida con champán en La Coupole, café en el Flore y luego vuelta a la intimidad del Mistral. Beauvoir escribió: «Creo que en el fondo no soy homosexual, pues desde la perspectiva sensual no siento prácticamente nada, pero fue un día encantador y me gusta estar en la cama por la tarde los días de sol». [69]

Bost dio un respingo al leer aquella frase. Le pareció que la palabra «encantador» era «terriblemente obscena». Lo hacía sentirse raro. No porque hablase con tanta ligereza de Bianca o porque la tratase como un objeto —algo evidente para él—, sino porque la palabra *encantador* hacía sonrojar a cualquiera. [70] Se había sentido profundamente culpable con

respecto a Olga, y en aquella misma «encantadora» misiva Simone había confesado sentir un cierto remordimiento, pero nada de arrepentimiento. Olga era sincera con él, dijo; pero él no era sincero con ella.

Al leer aquello, Beauvoir se quedó paralizada. Mantuvo el tipo para salir una noche con Olga, pero cuando llegó a casa empezó a llorar desconsoladamente. En su respuesta a Bost le dijo que aquella carta le había producido una ansiedad «patológica», y a la mañana siguiente se despertó sumida en la desesperación. Fue a comer con su madre, y de nuevo hubo de contener las lágrimas.

Así que pensó que era mejor contarle a Bost de una manera inequívoca lo que ella sentía: «Tengo una sola vida sensual, y es la que vivo contigo». No quería que él fuera un simple episodio de su vida, sino parte integral de ella. No le sucedía lo mismo con Bianca ni, desde el punto de vista sexual, con el propio Sartre. «Con Sartre también tengo relaciones físicas —le explicó—, pero muy pocas y casi por simple cariño, y —no sé muy bien cómo decir esto— no me siento tan implicada porque ni él mismo lo está.» [71] Ya se lo había explicado a Sartre en varias ocasiones. Ahora se lo explicaba a Bost porque quería que supiera cuánta importancia daba a su relación: *él* era el amor de su vida.

No se ha conservado la carta de respuesta de Bost, pero su relación se mantuvo.

Durante ese verano Beauvoir hizo senderismo por el Jura, visitó Ginebra y recorrió largas distancias a pie por la Provenza. En julio, el Gobierno francés aprobó el «Code de la famille», una nueva legislación nacional que, además de prohibir los anticonceptivos, fomentaba la natalidad y ofrecía incentivos a las mujeres que se quedaban en casa para cuidar de sus hijos. El Código Napoleónico, de 1804, había reconocido la autoridad de los hombres —en cuanto padres y maridos— sobre las mujeres. Estuvo en vigor hasta la década de 1960, y Beauvoir fue una de las mujeres que contribuyó a su abolición.

En agosto, Bost disfrutó de un largo permiso, así que se reunió con Beauvoir y Sartre en Marsella y se fueron al chalet de un amigo común en Juan-les-Pins, cerca de Antibes. Bost pensaba que la guerra era ya inevitable, pero Sartre seguía pensando que no.

Por entonces, la relación de Bost con Olga iba viento en popa; ella tenía más autoestima desde que, por sugerencia de Beauvoir, asistía a los talleres de interpretación dramática de Charles Dullin, y además estaba más

entregada a Bost. Cada vez iban más en serio, escribió Bost, así que sería espantoso que ella lo descubriera: ¿quemaría Beauvoir las cartas que le había enviado? Él estaba pensando en hacer lo mismo. (Ninguno de los dos las quemó.) Cuando abandonó Juan-lesPins, Beauvoir volvió a sentirse muy triste: viendo que la guerra era ya algo inminente, tenía miedo de perderlos a los dos. Y hubiera o no guerra, lo cierto es que no tenía la conciencia tranquila en lo que respecta a Bianca y a las hermanas Kosakiewicz. Los últimos años de la década de 1930 fueron los más deprimentes de su vida: estaba a punto de iniciarse la guerra y sus relaciones con Sartre, Olga, Bianca y Bost la hacían sentirse atrapada. [72]



ILUSTRACIÓN 6. Beauvoir y Sartre en Juan-les-Pins, agosto de 1939.

# CAPÍTULO 8

## Guerra por dentro, guerra por fuera

Bost fue llamado a filas el 31 de agosto de 1939. El 1 de septiembre Alemania invadió Polonia. París estaba lleno de carteles movilizando a todos los hombres sanos de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta años, de modo que Sartre fue al Mistral a hacer las maletas. Escribió cartas de despedida a Bianca y a Wanda, pero pasó la última tarde con Beauvoir: cenaron e intentaron dormir antes de que sonara el despertador, a las tres de la madrugada. Simone lo acompañó hasta el Dôme para tomar un café antes de dirigirse a la Gare de l'Est. Sartre le dijo a Beauvoir que no correría peligro en Nancy. Estaba en el cuerpo de meteorólogos, de modo que las cosas serían como antes de vivir los dos en París, pues podrían cartearse todos los días; solo le pidió que le enviase libros de vez en cuando. Se abrazaron y se despidieron; las lágrimas de Beauvoir desdibujaban la imagen de Sartre al alejarse.

El 2 de septiembre Beauvoir tuvo una crisis nerviosa: la primera de muchas. El miedo a que muriese Bost la atenazaba continuamente. Jacques-Laurent Bost fue a la guerra con las ideas típicas de la Izquierda de entreguerras. La generación en la que se inspiraba su pensamiento había luchado en las trincheras y abogaba por un pacifismo incondicional: Alain, Giono, Romain Rolland, Gide. Podía haberse visto catapultado de inmediato al liderazgo, pero no le gustaba esa clase de autoafirmación, pues consideraba que eso ponía en peligro su compromiso de no formar parte de la carne de cañón. Beauvoir volvió a escribir un diario, en parte para dar cuenta de la realidad y en parte para huir de ella: «Cuando estás escribiendo, no piensas». [1]

El 3 de septiembre de 1939, Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra a Alemania. En 1936, Hélène de Beauvoir había conocido a uno de los alumnos de Sartre en El Havre, Lionel de Roulet. Este había oído hablar

de «la filósofa de feroz inteligencia», [2] pero fue Hélène quien conquistó su corazón; en 1938 estaban enamorados, formando la más constante de todas las parejas de «la familia» (así era como llamaban Sartre y Beauvoir a su propio círculo). El día en que estalló la guerra, Simone le ofreció a Hélène el dinero necesario para viajar a Portugal a fin de que pudiera estar con Lionel; Hélène lo aceptó agradecida y se marchó.

El inicio de la guerra y tantas marchas repentinas afectaron gravemente a la salud mental de Simone, cuyos estados de confusión y depresión anteriores a la guerra se agudizaron. El 4 de septiembre detectó un nuevo ritmo circadiano: las mañanas eran llevaderas, pero las tardes acarreaban crisis nerviosas. El día 5 tenía ya «verdaderos ataques de pánico». Las sirenas antiaéreas le desbarataban el sueño; en una ocasión, tras despertarse sobresaltada por las sirenas y las explosiones, intentó vestirse a tientas antes de abandonar el edificio; cuando volvió a la cama, decidió que era más fácil dormir con ellas. [3]

Durante los días siguientes París cambió por completo: los hombres estaban en el campo de batalla y muchos civiles habían huido. Sus alumnos iban a clase con máscaras de gas. Pero, durante los primeros ocho meses —la *drôle de guerre* —, no hubo ni guerra ni paz. Día tras día, los diarios de Beauvoir muestran su desesperación ante la idea de que Bost o Sartre cayeran muertos. Cada hora que pasaba parecía consumir su esperanza, y sus lecturas habituales no le servían de mucho; lo que ella quería era comprender qué significaba estar en guerra, y por eso leyó a Alain y a Gide. Tuvo que saltarse algunas páginas de los diarios de Gide correspondientes al año 1914: leer escenas de las trincheras era «un suplicio innecesario». [4]

Poco a poco, Beauvoir empezó a recibir cartas y a concebir de nuevo esperanzas: los días en que tenía noticias de Bost o de Sartre se llenaba de felicidad, incluso de júbilo. Pero luego se sentía culpable. (Al fin y al cabo, Gide había dicho: «Cuando estás a salvo junto con toda tu familia, reír es demasiado fácil, casi indecoroso».) [5] Posteriomente, tanto Sartre como Beauvoir hicieron hincapié en que la guerra los había obligado a reconocer la fuerza de la historia; tras la contienda, dijeron, su falta de interés por la política —y su mentalidad de simples espectadores— ya no era justificable. Pero eso no los llevó a enderezar de inmediato su vida personal. El 14 de septiembre Olga le dijo a Beauvoir que la muerte de Bost sería una tragedia, sí, pero que a ella «en el fondo» no le afectaría. «[Y eso] —apunta Beauvoir — reforzó mi decisión de no renunciar jamás a Bost por su causa.» Olga no

se molestó en avisar de que le reenviaran el correo cuando se mudó, lo cual implicaba que iba a pasarse semanas enteras sin noticias de Bost; Beauvoir no comprendía su indiferencia. [6]

Bianca, en cambio, no era lo bastante indiferente para el gusto de Beauvoir. La familia Bienenfeld había salido de París, y el 16 de septiembre Simone recibió una carta de Bianca reprochándole que no hubiera ido a visitarla. Empezaba a haber una cierta tirantez entre ellas: tras la marcha de Sartre, Bianca quería ocupar un lugar más importante en la vida de Beauvoir, pero a esta le parecía que la Bienenfeld era cada vez más posesiva y controladora. En París estaba empezando a redescubrir la felicidad que le producía vivir sola, y por eso le incomodaba que Bianca no respetara su libertad. [7]

Aun así, el 20 de septiembre fue a visitarla a Quimper. Cuando llegó, Bianca estaba esperándola en el andén con lágrimas en los ojos. Fueron a tomar un café, y Bianca le dijo que a su madre la disgustaba que estuviera allí: había cogido una de sus cartas y amenazaba con enviársela al ministro de Educación. («No me creí ni una palabra, así que no me inquieté lo más mínimo», escribió Beauvoir en su diario.) [8] Salieron a dar un largo paseo, ese día y el siguiente. Y luego se dieron «abrazos». Pero Simone no los disfrutó, pues estaba como «bloqueada». [9]

Aparte de la incipiente comprensión de que formaban parte de la historia, la ausencia de Beauvoir hizo que Sartre tomara conciencia de lo mucho que significaba para él. Pasara lo que pasara, había algo que no cambiaría. Con independencia de lo que llegara a ser en el futuro, le dijo a Beauvoir, ese devenir estaría ligado a ella. Y dio gracias a la guerra por haberle mostrado que ellos eran en realidad *uno* :

> amor mío, tú no eres «una cosa en mi vida» —ni siquiera la más importante— porque mi vida ya no depende de mí, porque ni siquiera echo de menos esa vida y tú sigues siendo *yo mismo* . Tú eres muchísimo más, gracias a ti puedo pensar en el porvenir que sea y en la vida que sea. Es imposible estar más unidos de lo que lo estamos nosotros. [10]

Hoy sabemos que Sartre era capaz de elogiar a varias mujeres a la vez como seres irremplazables en su existencia, lo cual nos impide tomarnos demasiado en serio sus declaraciones epistolares. Pero Beauvoir adquiría una significación especial hasta en sus mismos diarios. En los días previos al 14 de octubre, poco antes del décimo aniversario de su «matrimonio morganático», Sartre reflexionó sobre lo mucho que le debía: sin ella el mundo sería «un desierto». Llevaba tres días sin recibir carta suya, y eso le

hizo darse cuenta de hasta qué punto su capacidad de afrontar aquella situación dependía de «la certeza de ser comprendido, apoyado y aceptado por el Castor». Sin eso, dijo, «todo se desmoronaría». [11]

No sabían cuándo volverían a verse; a él no se le permitía decirle siquiera dónde se encontraba su tropa. Como profesor de liceo, Sartre seguía cobrando su salario aunque estuviera en el Ejército, así que contaba con medios económicos suficientes para que Olga y Wanda no tuvieran que abandonar París o buscar trabajo. Puesto que los hombres no estaban en la capital, Beauvoir pasaba más tiempo con las «cosacas», como las llamaba Sartre: se habían trasladado las tres al Hôtel du Danemark, en la calle Vavin. Pero Beauvoir sentía un cierto resentimiento, pues ella trabajaba mucho y se abría camino en la vida. Sartre y ella apoyaban económicamente a las Kosakiewicz (Beauvoir pagaba el estudio que Hélène compartía con Wanda), pero estas hacían muy pocos progresos en sus «ocupaciones».

Olga y Wanda escribían abiertamente a Bost y Sartre como si fueran *sus* hombres; Beauvoir les escribía cartas en secreto como si fueran los de ella. En una ocasión, estando con Olga, se fijó en el grosor de la última carta que esta había recibido de Bost: era mucho más extensa que las suyas; ¿serían sus palabras más halagüeñas? Beauvoir tenía celos y cada vez se sentía más culpable. Una noche soñó que Olga le pedía ver la carta que estaba escribiendo a Bost; se despertó bañada en sudor. [12] Dos semanas más tarde, Olga entró en su habitación justo cuando acababa de leer una carta de Bost. Ella no sabía qué es lo que estaba leyendo, pero Beauvoir tuvo una «sensación desagradable»; intentó «defenderse» de los celos que la atenazaban, pero sabía que Bost amaba a Olga; solo se estaba poniendo excusas. «Es posible que él la ame de nuevo y que yo vuelva a amarlo, aunque estoy demasiado deprimida para hacer ese esfuerzo.» Se sentía muy infeliz, y deseaba que Sartre estuviera allí para poner las cosas en su sitio. [13] Llevaba varias semanas bastante confusa y muy baja de ánimo: «La guerra está otra vez dentro y alrededor de mí, y siento una angustia que no tiene dónde refugiarse». [14]

Cuando intentaba salir de aquel vacío estableciendo nuevas relaciones, parecía hundirse aún más. Otra antigua alumna suya —Nathalie Sorokine— quiso tener una relación sexual con ella, pero a Simone no le pareció buena idea: «No sé qué hacer, y eso me incomoda mucho». [15] Con Bianca también estaban empeorando las cosas: le escribía cartas diciéndole que «mandase a

toda esa gente a freír espárragos», actitud que a Beauvoir le parecía presuntuosa, además de posesiva. [16] Sus relaciones con Sartre, Bost y Olga tenían ya unos cuantos años: no iba a desentenderse de ellos así por las buenas. Lo único que parecía ir bien era su novela; le costaba sacar tiempo para escribirla, pero ya estaba tomando forma.

A finales de octubre, Sartre le envió una carta con información exacta sobre su paradero, pero en clave cifrada. [17] Beauvoir llegó a extremos insospechados para verlo, fingiendo incluso una enfermedad para poder conseguir un certificado médico que le sirviera de salvoconducto. El 31 de octubre llegó a altas horas de la madrugada al lugar indicado; a la mañana siguiente fue a la taberna donde desayunaba Sartre para que lo avisaran de su llegada. No debían verlos juntos porque él iba vestido de uniforme, así que se lo llevó al hotel. Su permiso solo duraba veinticuatro horas, pero quería prolongarlo.

Al final se quedó hasta el 5 de noviembre. Hablaron de filosofía, de sus complicadas vidas amorosas y de sus novelas. Simone leyó las páginas que Jean-Paul llevaba escritas de *Los caminos de la libertad* y él leyó las páginas que ella llevaba escritas de *La invitada* . Simone le dijo que debía rehacer el personaje femenino de su libro, esto es, Marcelle. Ya casi había olvidado lo bien que sentaba «hablar con alguien, recuperar [su] vida intelectual». [18] Simone había estado dando clases y, naturalmente, leyendo mucho; pero la lectura —aunque se tratara de Husserl, Heidegger, Gide, Pearl S. Buck, Shakespeare, Gógol, Somerset Maugham, Jack London, Defoe, Agatha Christie, Arthur Conan Doyle y Dostoievski— no era lo mismo que una buena conversación.

Beauvoir estaba empezando a hartarse de tener que compartir los permisos de Sartre y Bost: no quería las sobras de las Kosakiewicz, sin contar que ahora Bianca también exigía su ración de Sartre. Este la tranquilizó: sí, quería mucho a Wanda, pero no era más que una jovencita de veintidós años veleidosa e infantil; no creía que su relación se prolongase más allá de la guerra. Y sí, seguía carteándose con Bianca —a menudo copiando al pie de la letra pasajes enteros de las cartas que le escribía a Wanda—, pero estaba perdiendo el interés. De las cuatro noches que estuvo Simone, pasaron dos —especialmente apasionadas— juntos. La relación sexual entre Sartre y Beauvoir, a pesar de aquella breve reavivación que tuvo lugar durante su separación en 1939, se había vuelto completamente anodina. [19]

Beauvoir le dijo a Sartre que seguía enfadada por la relación entre Bost y Olga, y que no estaba dispuesta a compartir con ella los permisos de Jacques-Laurent. Sartre le recordó que ella había *elegido* amar a un hombre que amaba a Olga, y que sin esta su relación sería bastante inestable. No era justo que pretendiera tener a Bost en exclusiva, cuando ella no era precisamente un modelo de fidelidad.

Poco a poco empezó a darse cuenta de que no se había transformado en la mujer que aspiraba a ser. «Antes —escribió—, intentaba creer que yo era lo que quería ser.» Aquel año, sin embargo —«por causa de Bost»—, percibió «la presencia de lo contingente y de lo pasional». Aquel descubrimiento acerca de sí misma le resultaba chocante: «Es un paso más en el conocimiento de mí misma, lo cual empieza a interesarme. Creo que me estoy convirtiendo en algo bien definido. [...] Siento que soy una mujer madura, si bien me gustaría saber de qué tipo». [20] Había triunfado como profesora: ese mismo octubre su colegio le concedió una distinción, y muchas alumnas le enviaron tarjetas o la invitaron a tomar café para expresarle su agradecimiento. [21] Pero ¿era eso suficiente?

Unos días después del encuentro entre Beauvoir y Sartre, Bianca fue a París para encontrarse con ella. Beauvoir no se mostró entusiasmada, pues sus últimas cartas le habían parecido «enloquecidas», lo cual era preocupante teniendo en cuenta la forma en que sus propios sentimientos se habían visto atemperados. Simone «veía la mentira» de la relación de Sartre con Bianca, y «la horrorizaba la idea» de tener contacto íntimo con aquella joven, pero aun así se acostó con ella. Posteriormente escribió en su diario que el placer sexual que experimentaba con Bianca era algo «perverso»: sabía que se estaba «aprovechando» de su cuerpo y que su propia sensualidad estaba «desprovista de ternura». Aquello fue algo «sórdido», y ella nunca se había sentido así. «[Fue] nauseabundo —escribió—, como el *foie gras* , y no precisamente del bueno.» [22]

Cuando se publicaron en Francia las cartas y diarios de Beauvoir tras la muerte de la filósofa, ese tipo de pasajes llevaron a la prensa parisina a tildarla de «*machiste et mesquine* ». [23] No era la primera vez que acusaban a Simone de Beauvoir de pensar o actuar «como un hombre». Pero a la prensa francesa le resultó sorprendente oírla hablar como un falócrata sin escrúpulos. Y era desconcertante comprobar que, después de considerar «sórdido» y «nauseabundo» su propio comportamiento, ella seguía en sus trece.

Al día siguiente, Bianca le reprochó a Simone que enviase dinero a su hermana Hélène; si dejaba de ayudarla económicamente, dijo, podría darle dinero a ella para ir a París con más frecuencia. Y si dejaba de dar clases, también tendría más tiempo para verla. Aquello era indignante; Beauviour le dijo a Bianca que se sentía asfixiada. Y esta contestó que había pensado en ofrecerse a unos amigos que estaban a punto de ir a la guerra... para que no se marcharan vírgenes. [24]

Al tercer día de visita, la presencia de Bianca se había hecho casi insoportable: era cada vez más evidente que no solo tenía muchas fantasías en la cabeza, sino que tampoco veía el amor de la misma forma que Beauvoir. Bianca consideraba el amor como una «simbiosis»; no comprendía que las personas pudieran disfrutar estando solas o trabajando. Un día, rompió a llorar porque pensaba que Simone quería mucho más a Sartre que a ella. Beauvoir se quedó pasmada: «Nunca le dije lo contrario. Me molesta muchísimo la facilidad con que se hace ilusiones ella solita». [25]

Intentó animar a Bianca a que «se imaginase en el centro de su propia vida», en vez de ponerlos ahí a ellos dos. «Debe aprender a estar en contacto consigo misma», escribió Beauvoir en su diario, pero en realidad veía claramente que a Bianca aquello le resultaba muy difícil. En cuanto la Bienenfeld se marchó, Beauvoir se sintió «fatal» a causa del cariño que sentía hacia ella y del remordimiento. Su propia conducta le parecía «deshonrosa». [26]

En noviembre aún seguía castigándose por la falta de sinceridad en su relación con Olga. Pero entonces esta le dijo que había dejado de escribir a Bost y que no se veía con fuerzas para empezar de nuevo. «No me paso todo el tiempo pensando en Bost», dijo. Además, ¿qué sentido tiene una relación si solo nos vemos unos días cada varios meses? Al poco de estallar la guerra, Olga decía directamente que lo mejor era romper. Simone intentó defender los intereses de Bost: él no quería poner fin a su relación con Olga; lo que quería era que ella le escribiese.

Según Beauvoir, a Olga no había quien la entendiera. Si amaba a Bost, ¿por qué no quería compartir la vida con él? ¿Por qué el escribir una carta le parecía una pérdida de tiempo en lugar de un beneficio para la relación, cuando Bost estaba en la guerra y unas pocas palabras bonitas podían hacerlo tan feliz? Para Beauvoir, las cartas eran como un cordón umbilical con su amante. Quería participar en la vida de Bost, y en la de Sartre, si

bien en este último caso se daba cuenta de que «el mero hecho de tener una vida intelectual, algo tan importante para ambos, facilita[ba] mucho las cosas». [27]

Durante los últimos meses de 1939, Beauvoir descubrió que podía llevar una vida intelectual en pleno París incluso en ausencia de Sartre. Su amiga Colette Audry la invitó a cenar junto con el filósofo Jean Wahl, y al principio no estaba segura de si ir o no: sus cambios de planes solían provocar reacciones airadas en Olga y compañía. Pero decidió ir; necesitaba «estar con gente y hablar de cosas interesantes». El día de la cena tuvo el presentimiento de que por fin iban a publicar su novela (*La invitada* ): «Me dio la sensación de que ya me tomaban en serio». Y durante la cena se sorprendió de su propia capacidad para mantener una conversación. Era como en la Sorbona doce años antes, anotó en su diario. ¿Por qué pensaba siempre que los demás eran más «serios» que ella? [28]

Cada vez tenía más necesidad de estudiarse a sí misma. Una amiga suya, Marie Ville, le dijo que Sartre la avasallaba. («Menuda gracia», comentó.) Pero era cierto que estaba empezando a encontrar argumentos para rebatir su filosofía; suscribía, sin embargo, sus ideas sobre la voluntad. «Pero no sé qué contenido va a darle a su ética.» [29]

Stépha también había estado haciendo preguntas capciosas. Tras la visita de Bianca a París en el mes de noviembre, preguntó si Simone era lesbiana. Beauvoir nunca había dudado de su heterosexualidad, pero solía atraer a las mujeres —sobre todo a sus alumnas— y lo cierto era que había «empezado a cogerle el gusto a esas relaciones», según le contó a Sartre en una de sus cartas. [30] Disfrutaba del sexo con las mujeres, pero al mismo tiempo daba a entender que, para ella, eso era una cuestión secundaria. Su relación física con Bianca seguía en marcha en las Navidades de 1939 —la Bienenfeld regresó a París a mediados de diciembre—, pero para entonces ya había otra joven que solicitaba su atención. Nathalie Sorokine, una de sus alumnas de *baccalauréat* , se había encaprichado con ella.

Los padres de Nathalie Sorokine eran oriundos de Rusia; habían abandonado su país durante los levantamientos revolucionarios, y en ese momento eran apátridas. Nathalie era alta, apasionada y brillante, y había sacado buena nota en filosofía: a Beauvoir le gustaba charlar con ella sobre Kant y Descartes. Nathalie quería seguir estudiando filosofía, pero su madre estaba divorciada y no tenía dinero para pagarle la matrícula en la Sorbona.

Cuando esta la animó a buscarse un empleo en vez de continuar con sus estudios, Beauvoir se ofreció a ayudarla a pagar las tasas, de modo que en 1939 Sorokine se matriculó en la universidad.

Sorokine —nacida en 1921, el mismo año que Bianca— llevaba intentando tener una relación sexual con Beauvoir desde el mes de octubre. Estaba celosa de la presencia de Sartre, Bost, Olga y Bianca en la vida de Beauvoir: se sentía como si ocupara «el quinto lugar». Era una joven conflictiva que robaba bicicletas y hurtaba bolígrafos en los grandes almacenes. Revendía los bolis en el liceo para luego comprarse lo que necesitara; le dijo a Beauvoir que sus padres la llamaban «parásito» y no dudaban en quitarle el dinero que le encontraran. En diciembre Beauvoir le dijo a Nathalie que no podían tener una relación física porque no funcionaría. Pero pocos días después, el 14 de diciembre de 1939, Sorokine intentó acariciar a Beauvoir en vez de atender a sus explicaciones sobre Kant. Esa noche, Simone le dijo a Sartre en una carta: «No hay nada que hacer: quiere acostarse conmigo». [31] Desde luego que quería, anotó en su diario, «pero eso es lo que deseaba de verdad, y la situación es, además de imposible, repugnante». [32]

Al cabo de una semana le contó a Sartre que Sorokine le había declarado su amor y que intentó besarla como si fuera su novia. Si ella estuviera libre, escribió Beauvoir, Nathalie entraría con ímpetu en su vida. Pero, tal como estaban las cosas, le resultaba extraño sentirse amada de manera «femenina e integral» por dos mujeres a la vez: Bianca y Nathalie. [33] No está claro por qué de repente le dio por considerarse «ocupada»: si no creía en la monogamia con los hombres, ¿por qué aplicaba un criterio distinto a las mujeres? Es poco probable que se considerara «coartada» en el sentido político: en 1942, la edad de consentimiento para las relaciones homosexuales se elevó a los veintiún años (mientras que en las relaciones heterosexuales siguió fijada en los trece). Pero, en 1939, las relaciones que Beauvoir mantenía con otras mujeres eran legales y consensuadas.

¿Acaso estaba molesta porque ese mes Sartre le había escrito para decirle que planeaba romper con Bianca? Beauvoir creía que no le iba a ser tan fácil como él pensaba: no podía sino reconocer cuánto estaban «utilizando» a Bianca. [34]

Sola en Mégève esas Navidades, Beauvoir se dedicó a escribir, sorprendiéndose al cabo de lo mucho que había progresado. Se sentía inspirada y centrada, y tan cerca del final que ya imaginaba proyectos para

el futuro. Quería escribir «una novela sobre una vida entera». [35] Leyó y revisó el trabajo de Sartre, además del suyo propio. Jean-Paul había estado elaborando el concepto de libertad, y le enviaba parte de lo que llevaba escrito. Le mandó una carta elogiando su trabajo y comparándolo con la filosofía de Bergson y de Kant; pero también le dijo que no podía plantearle sus críticas sin conocer el resto de los razonamientos. Si tuviera que plantear una objeción en ese momento, escribió, preguntaría lo siguiente: cuando reconoces tu propia libertad, ¿que se supone que debes hacer? [36]

Beauvoir estaba interesada en las filosofías de la libertad desde la adolescencia, cuando leyó a Bergson, Fouillée, Lagneau y algunos otros. Fue uno de los temas centrales del examen de *agrégation* , y Sartre y ella se pasaron mucho tiempo hablando sobre el asunto. Estaba muy bien pensar en la libertad en términos abstractos y afirmar, como Sartre, que todas las libertades son iguales. Pero Beauvoir anhelaba una filosofía que pudiera ser *vivida* . Y, cuando vio la vida que llevaba la gente, llegó a la conclusión de que no tenían la misma libertad porque (como escribió más tarde) «sus situaciones son diferentes y, por ende, también sus libertades». [37]

El 12 de enero de 1940 Beauvoir le contó a Sartre que había escrito las primeras 160 páginas de su novela *La invitada* ; tenía muchas ganas de que las leyese cuando fuese a visitarla. También le dijo que Bianca y ella se habían dado «abrazos»: «Si quieres que te diga la verdad, además del olor a chotuno del cuerpo también desprendía un penetrante olor fecal que resultaba bastante asqueroso. En cuanto a la amistad, no había ningún problema, pero nuestras relaciones físicas no podían ser más desagradables». [38]

Esa exagerada expresión de repugnancia resulta desconcertante, pues a fin de cuentas Beauvoir había disfrutado sin duda con otras relaciones lésbicas y Bianca siguió siendo su amiga toda la vida (según el relato de ambas). ¿Tanto le disgustaba a Beauvoir el cuerpo de otra mujer? ¿Sería aquello una expresión psicosomática de repugnancia a su propio cuerpo? Cuando rompió definitivamente con Bianca, Beauvoir dijo que prefería el sexo con hombres. [39] Pero, pese a la creciente incomodidad que le producía aquella relación —rayana en el «escalofrío» cuando se vieron en el mes de enero—, siguió quedando con Bienenfeld dos noches a la semana. [40]

Al mismo tiempo, Sartre le escribió otra carta diciéndole que, aparte de para ella, él «no significaba nada para nadie en el mundo (a excepción de [su] madre)». Cuando terminase la guerra «mudaría de piel», porque

«ninguna de esas señoritas habr[ía] adquirido los derechos de fidelidad». [41] Pero, en una carta fechada dos días después, Beauvoir dice haber estado en la cama con Nathalie Sorokine. Según le cuenta a Sartre, las dos estaban desnudas, pensando en leer juntas algunos pasajes sobre la filosofía de la voluntad: «Volvieron entonces los abrazos, esta vez recíprocos. Sin duda no es lo mismo que con Kos. Pero he sido un plato exquisito para su cuerpo». [42]

La respuesta de Sartre, fechada el 16 de enero, dice: «Casi ni me acuerdo de lo que es estar con alguien a mi lado, por no hablar de ti, que eres alguien a quien le interesa lo que pienso y siento, y que además lo comprende». [43] Al día siguiente exclama: «¿Qué está pasando? ¡Cuántos amores y aventuras tienes, pequeñita!». [44]

En esa época, Sartre estaba elaborando la filosofía que daría lugar a *El ser y la nada* ; cuando le habló de ello a Beauvoir, esta respondió: «¡Qué tentadora parece esa teoría de la Nada que resuelve todos los problemas!». [45] Al mes siguiente, Sartre escribió a Beauvoir muy ilusionado porque creía haber dado al fin con «un espacio intelectual para él». «Estoy empezando a plantearme una teoría del tiempo. Esta tarde he comenzado a desarrollarla. Y todo gracias a ti, ¿te das cuenta? Gracias a la obsesión de Françoise, porque cuando Pierre está en la habitación de Xavière, hay un objeto que vive por sí solo sin ninguna conciencia que lo vea.» [46] (Françoise, Pierre y Xavière son personajes de *La invitada* .)

Sartre no recibió carta suya al día siguiente, así que le escribió otra. Seguía trabajando en su teoría del tiempo, pero se sentía vacío..., ¿por qué no le escribía? «Ojalá estuvieras aquí; entonces todo iría sobre ruedas.» [47]

El mismo día en que Sartre le estaba escribiendo para agradecerle su inspiración, Beauvoir recibió una nota inesperada en el aula. Después de seis meses sin ver a Bost, de repente allí estaba, a dos pasos de ella. Iba temblando mientras corría a encontrarse con él, y luego se pasaron el día charlando. Tenían tres días y tres noches para estar juntos, pero después él iría a visitar a Olga. El año anterior le había dicho a Bost que lo amaba «con toda su alma». [48] Entonces escribió a Sartre para decirle que Bost y ella «nunca llegarían al final de todo lo que tenían que contarse»; en cuanto al porvenir, «Bost forma parte de mi futuro de una manera absolutamente cierta, incluso esencial». [49]

Fuera por aquella misiva, porque Wanda se había enterado de uno de sus líos, o porque llevaba varios días sin recibir carta de Beauvoir, el caso es que Sartre empezaba a estar preocupado:

> Me encuentro raro; nunca había estado tan intranquilo desde que me volví loco. [...] ¡Cariño, cuánto te necesito! [...]. Te quiero. Debo de parecerte bastante solapado, después de todas las mentiras que he dicho. [...] De repente te preguntarás [...] ¿no me estará mintiendo, no me estará diciendo medias verdades? Pequeñita, mi querido Castor, te juro que contigo soy completamente puro. [50]

Al día siguiente le escribió otra carta jurándole que no volvería a jugar a la seducción. Decidido a aclarar las cosas de una vez por todas, le escribió a Bianca para cortar con ella. Beauvoir la vio poco después: Bianca estaba herida, enfadada y recelosa. Aquello era un giro de 180 grados por parte de Sartre; sus cartas de hacía unas semanas hablaban del futuro «de los tres juntos» después de la guerra. Tenía derecho a estar indignada, le dijo Beauvoir a Sartre: habían tratado a la gente de una forma «inaceptable». [51]

Por fin reconocía su injusticia... y de paso la de Sartre. Pero nada podían hacer para reparar el agravio. En 1940 Bianca Bienenfeld sufrió una crisis nerviosa; estaba «destrozada por la angustia y el desamparo». [52]

Lo único que sabemos a ciencia cierta es que Sartre rompió con Bianca en febrero de 1940. [53] Luego le habló a Simone de lo dura que había sido la Bienenfeld con él; el 27 de febrero, Beauvoir se puso brevemente de parte de Sartre antes de unir su voz al coro de los reproches: Sartre «se había extralimitado» con ella; «sinceramente, no sé qué se te pasaba por la cabeza». Bienenfeld fue a ver a Beauvoir para enseñarle la carta de Sartre. El contenido de esta misiva no ha llegado hasta nosotros, de modo que no está claro si la reacción de Beauvoir fue pura hipocresía, teniendo en cuenta lo que sabemos acerca de su comportamiento, pero Simone dijo que Bianca se sentía humillada y hastiada. «Su actitud de esa tarde me pareció admirable, y mordaz, y justa. [...] Tu carta es indefendible.» [54]

Sartre respondió con remordimiento: la carta era «una bajeza», lo admitía, «nunca» había hecho nada «tan repugnante como enviar esa carta». [55] Durante los días y semanas siguientes la correspondencia entre Sartre y Beauvoir incluyó muchas discusiones sobre la Bienenfeld: Beauvoir pensaba que la ruptura le había hecho mucho daño al principio, pero que luego se recuperó; siguió saliendo a comer con ella, y durante sus encuentros hablaban de filosofía y la Bienenfeld le daba opiniones sobre su novela. Decía que había «demasiadas ideas» en *La invitada* , que las

novelas americanas (como las de Hemingway, por ejemplo) gustaban por la «ausencia de pensamiento». [56] No era el único amor contingente que le decía a Beauvoir que sus novelas contenían «demasiada filosofía». Pero pocos amantes suyos superaban a Bianca en falta de consideración. Durante los primeros meses de 1940, Beauvoir reconoció que ellos eran los culpables de su sufrimiento. El 3 de marzo le escribió a Sartre: «Yo nos culpaba a nosotros —a mí tanto como a ti— en el pasado, en el futuro, en lo absoluto, por nuestra forma de tratar a la gente. Nuestra manera de hacerle sufrir me parecía inaceptable». [57]

Entre el 23 de marzo y el 11 de julio hay un silencio en la correspondencia de Beauvoir. [58] Gallimard publicó su novela el 7 de mayo de 1940. [59] Tres días después, los alemanes habían invadido Holanda, Bélgica y Luxemburgo, y Bost fue trasladado a la frontera belga. El 12 de mayo los alemanes se situaron en torno a la línea Maginot, rodearon las divisiones francesas e iniciaron un ataque por tierra y aire. El 21 de mayo Bost recibió una herida de metralla en el abdomen. Sangraba tanto que lo llevaron en camilla a un puesto de la Cruz Roja, y desde allí a un hospital militar para que lo operasen. Tuvo suerte de sobrevivir al impacto, pero aún más de no estar en el frente. Sartre tranquilizó a Beauvoir diciéndole que esa evacuación forzosa era «la mejor de las noticias posibles». [60] El regimiento de Bost quedó reducido prácticamente a nada; el 23 de mayo Paul Nizan murió en combate.

La tarde del 9 de junio de 1940, Beauvoir recibió una nota de Bianca. Llevaba todo el día buscándola, y en la nota le pedía que fuese al Flore, a cualquier hora del día o de la noche. Beauvoir entró en una habitación llena de caras afligidas. El padre de Bienenfeld tenía contactos e información: los alemanes estaban a punto de entrar en París. Ella se marchaba con su padre al día siguiente. Sabía que para Beauvoir era algo menos apremiante, pues no era judía, pero aun así necesitaba saber si quería unirse a ellos.

Beauvoir se echó a llorar, sobrepasada por la amarga realidad de que Francia estaba seriamente amenazada, de que habían herido a uno de sus amantes y de que a otro estaban a punto de hacerlo prisionero de guerra. Al día siguiente Beauvoir se unió a los Bienenfeld y a casi tres millones de personas que huían de París. El 14 de junio, la capital francesa cayó en manos de los alemanes. Durante los días siguientes, la rendición se produjo

deprisa, y el 22 de junio el mariscal Pétain firmó un armisticio con los nazis. Estos dominarían la parte norte de Francia, incluido París; Pétain controlaría la «Zona Libre» desde Vichy.

Beauvoir pasó un mes en La Pouëze, la casa de campo de un amigo suyo, cerca de Laval. Pero estaba deseando regresar a París para tener noticias de Sartre y de Bost. Hasta donde ella sabía, podían incluso estar *en* París. De modo que regresó a la capital en un camión militar alemán. Cuando llegó a su destino, la bandera nazi ondeaba en el Senado, junto a los Jardines de Luxemburgo. Vio a sus padres y a Sorokine, y se alojó en casa de su abuela. [61] En el Hôtel Danemark solo había una carta esperándola: era de Sartre y estaba fechada un día antes de que ella saliera de París.

Telefoneó a los padres de Bost, en Taverny, para preguntar por él; lo habían trasladado a un hospital militar cerca de Aviñón. [62] Llamó a Olga, que se encontraba en L'Aigle con su familia; estaba a salvo. Hélène seguía en Portugal con Lionel, a salvo también, pero lejos.

De nuevo en la capital, Beauvoir firmó el juramento de Vichy, un documento en el que declaraba no ser judía. [63] Posteriormente se avergonzó de haberlo suscrito, pero en aquel momento no tenía otra salida:

> Lo firmé porque no tenía alternativa. Mis únicos ingresos procedían de la docencia; mis cartillas de racionamiento dependían de ello, al igual que mis documentos de identificación y todo lo demás. No podía hacer otra cosa. Iba contra mis principios, pero actué así por razones prácticas. ¿Quién era yo? Una persona insignificante, eso es lo que era. ¿De qué habría servido que una profesora desconocida se negara a firmar una declaración que no tenía ningún sentido, ningún valor, y que no afectaba a nadie? Negarme a firmar aquella declaración solo habría servido para una cosa: para quedarme sin empleo y sin ningún ingreso. ¿Quién, en tiempos de guerra, en mi situación, habría sido tan tonto como para arriesgarse a eso? [64]

Según el mariscal Pétain, Francia había vivido años de decadencia durante el período de entreguerras, por lo que había que restablecer el orden. Los franceses debían recuperar los valores que habían olvidado: «Trabajo, familia, libertad» era la consigna del régimen. [65] Como decía Beauvoir, en el París ocupado, «el mero hecho de respirar implicaba un compromiso». [66] Los relojes marcaban la hora alemana, y el mundo, cuando Beauvoir lo observaba desde su balcón tras el toque de queda, era misteriosamente luminoso. [67]

Nathalie Sorokine seguía en París, y Olga regresó a mediados de julio. Cuando Beauvoir se reunió con ella, tenían tanto que contarse que estuvieron hablando durante horas. Para empezar, Olga estaba embarazada. El bebé no era de Bost (quien había estado en el frente), pero, dejando a un

lado la paternidad, ella no quería tener un hijo; lo que quería era abortar. Durante la Ocupación era difícil que le practicaran un aborto, y mucho menos de manera segura. Pero Beauvoir le buscó una clínica y la cuidó durante dos semanas, cuando contrajo una infección.

En agosto, Sartre fue trasladado a un campo de prisioneros de guerra —el Stalag XII D— cerca de Tréveris. Las condiciones de vida en este campo no eran del todo malas; le permitían escribir dos postales a la semana. Estaba leyendo *El ser y el tiempo* , de Heidegger, y ocupaba los días en escribir su primera obra de teatro y en completar *El ser y la nada* . En París, Beauvoir pasaba todos los días por delante de montones de esvásticas cuando se dirigía al Dôme para seguir trabajando en su novela o a la Biblioteca Nacional para leer a Hegel y a Jean Wahl. [68] En julio eligió un cita de *La fenomenología del espíritu* para ponerla como epígrafe de *La invitada* .

Beauvoir había descubierto a Hegel en su manual de filosofía, a mediados de la década de 1920, pero era la clase de filósofo del que después se distanciaría: Hegel consideraba la historia como el desarrollo lógico de un sistema, pensaba que las ideas explicaban todos los acontecimientos y subestimaba la experiencia individual. Fue objeto de las críticas de Kierkegaard y Marx, por no ofrecernos otra cosa que un «palacio de ideas» (en palabras de Kierkegaard) y por ser el tipo de filósofo que se contentaba con «interpretar el mundo» en lugar de cambiarlo (en palabras de Marx). Pero, durante la Segunda Guerra Mundial, Beauvoir encontró en Hegel «la actividad más relajante a que podía dedicar[se]». Le recordaba a su año de *agrégation* : «Está la realidad de los libros, de las ideas contenidas en los libros, y la de la historia humana, de la que este es solo un momento: hacía tiempo que no me sentía tan segura en el mundo». [69]

Después del trabajo, Simone tenía un régimen horario muy bien distribuido: dos tardes a la semana con Olga, dos tardes con Nathalie Sorokine. Esta era muy celosa y se tomaba a mal la inflexible programación de Simone: decía que la Beauvoir era un «reloj dentro de una nevera», por su machacona insistencia en tener tiempo para trabajar. A veces, para poder verla, la esperaba en la puerta del hotel por la mañana o a la salida de clase por la tarde. Otras veces iban al teatro o a la ópera: las entradas durante la guerra eran baratas.

En septiembre Bost regresó a París y trabajó como profesor, lo que significaba que Beauvoir podía comer con él casi todos los días, pues los jueves comía con sus padres. En cuanto a las noches, los sábados de Bost eran para ella. Mientras continuaba con su novela, cada vez había más carteles que prohibían la entrada a los judíos o les negaban un empleo. Bost quería ser periodista, por lo que lo ayudó a mejorar el estilo. Ese invierno siguió leyendo con interés a Kierkegaard y a Kant. Pero ahora que Bost estaba en París, también echaba de menos a Sartre.

Tras el regreso de Bost, Beauvoir se sinceró con Bianca en cuanto a su relación con él, y le dijo que ellas dos deberían verse menos. Para Bianca fue un mazazo enterarse de que Beauvoir le había mentido; se sentía «hundida y asfixiada». La espantada de Sartre en febrero fue mala, pero en esta ocasión estaba «realmente desesperada» porque se sentía mucho más apegada a Beauvoir. [70] Simone aún no se daba plena cuenta del daño que le habían hecho; escribió a Sartre para decirle que «más o menos había roto con Bianca», pero que, como esta mantenía una relación con Bernard Lamblin (compañero de clase de Bianca y antiguo alumno de Sartre), pensaba que la cosa funcionaría.

El padre de Bianca, sin embargo, quería casarla con un norteamericano que la sacara de Francia: llamándose «David Bienenfeld», sabía que su familia no estaba a salvo. Bianca no quería casarse con un desconocido, pero su padre insistió. Encontró en Montparnasse a un norteamericano dispuesto a ello, le pagó, y Bianca cedió. Pero el día de la boda, el hombre no se presentó. Así las cosas, Bianca y Bernard se casaron el 12 de febrero de 1941, pese al peligro de un matrimonio mixto entre una judía y un no judío. Sus padres se sintieron aliviados de que ella al menos tuviera un apellido que pareciera francés. [71]

En noviembre de 1940, Beauvoir pasó por unos «días de oscura depresión», pensando que, si llegaba a saber que no volvería a ver nunca a Sartre, se suicidaría. [72] En enero, leer filosofía y mantenerse a distancia de la historia ya no eran suficiente. En su diario reconoció que había sido una solipsista, por pensar que su conciencia y libertad, su «visión desde dentro», eran reales, y que los demás eran como hormigas que andaban a lo suyo. (Sartre había escrito hacia 1930 un relato breve que se titulaba «Eróstrato», en el que el orgulloso protagonista miraba desde un séptimo piso y veía a

todas las personas como si fueran «hormigas».) Ella y Sartre habían sido «antihumanistas», escribió Beauvoir en su *Diario de guerra* , pero ahora pensaba que estaban equivocados. [73]

Cuando leyó *La invitada* , vio aquella novela con el distanciamiento de algo que pertenecía a su pasado. No se publicaría hasta 1943, pero en enero de 1941 había llegado a la conclusión de que se basaba en una actitud filosófica que ya no era la suya. [74] Se había convertido en otra mujer. Leía a Heidegger, Kierkegaard, Kafka y Jaspers, y pensaba en viejas cuestiones como, por ejemplo, su deseo de salvación. Quería que su siguiente novela tratara sobre lo que ella denominaba la *situación individual* , y sobre las tensiones morales que surgen de ser tanto individual como social; a mediados de 1941 empezó a escribir el libro que se convertiría en *La sangre de los otros* .

Los diarios de Beauvoir muestran de nuevo un aspecto suyo que difiere de la versión expuesta en sus memorias. En estas describe la politización de Sartre como una consecuencia de sus propias acciones y pensamientos. Relata que llevaba once meses sin ver a Sartre, cuando recibió una nota suya a finales de marzo de 1941: ¡estaba en París! Había salido del campo de prisioneros a base de mentiras, haciéndose pasar por un civil y valiéndose del ojo derecho (medio ciego) como estratagema. Beauvoir se alegró muchísimo de verlo, pero, al cabo de unos días, se preguntó si aquel era el mismo hombre que ella conocía. Este nuevo Jean-Paul era impaciente y moralizador, y se asombraba de que ella hubiera firmado una declaración de limpieza de sangre. Estaba muy bien ser libre, dijo Sartre, pero ahora debían *actuar* . Él hablaba de la resistencia; de expulsar de Francia a los alemanes. Beauvoir seguía estando convencida de que ellos dos, en cuanto individuos, eran de todo en todo impotentes.

El 8 de julio de 1941 murió el padre de Beauvoir, sin dejarle nada. Las últimas palabras que le dijo fueron: «Empezaste a ganarte la vida siendo muy joven, Simone; tu hermana me costó mucho dinero». [75] No derramó lágrimas por él, [76] pero más adelante la sorprendió el coraje con que su madre comenzó un nuevo capítulo de su vida; para ella, quedarse viuda era una especie de liberación. Françoise de Beauvoir había llegado a aborrecer el piso de la calle Rennes, que Georges «había llenado con el ruido de su mal humor». [77] Así pues, en 1942 se mudó a un apartamento en la calle Blomet. Françoise hizo unas oposiciones y pudo ejercer de ayudante de bibliotecaria en la Cruz Roja. Se hizo voluntaria, aprendió idiomas, asistió a

conferencias, entabló nuevas amistades y viajó. Pero no renunció a lo que Beauvoir llamaba su «actitud prudente»: seguía pensando que su hija vivía en pecado. [78]

Menos de seis meses después, Françoise perdió también a su madre. [79] El día del funeral de Madame Brasseur, Françoise tuvo una crisis nerviosa, se quedó en cama, y Simone pasó la noche junto a ella, observando a su madre, que tenía cincuenta y cinco años, mientras dormía. Inmediatamente después de la muerte de Georges, Françoise dependía económicamente de su hija mayor. Simone ya ayudaba a Hélène pagándole el estudio, y también sostenía a otros miembros de «la familia». De manera que tuvo que hacer economías: tendrían que dejar de comer fuera.

La primera reunión de su grupo de resistencia —«Socialismo y Libertad»— se celebró en su habitación del Hôtel Mistral: Sartre y ella se alojaban de nuevo allí, una vez más en habitaciones separadas. Preparaban panfletos y se reunían con otros grupos de París, y cruzaban furtivamente la frontera de la Francia de Vichy para establecer vínculos entre su grupo y otros miembros de la Resistencia. Pero sus esfuerzos no tuvieron éxito; el grupo comunista era más grande y parecía más eficaz, así que, en mayo de 1942, algunos de sus miembros cambiaron de filas y poco después el grupo se disolvió.

Sin embargo, Sartre se negó a firmar la declaración de que no era judío ni masón. Aun así, consiguió conservar su empleo en el liceo Pasteur: el inspector general de educación formaba parte de la Resistencia, de modo que pasó por alto aquella insubordinación. Y en octubre trasladó a Sartre a un centro más prestigioso: el liceo Condorcet.

Así pues, la vida volvió a tener una pauta familiar: daban clases y escribían. Los inviernos durante la ocupación fueron fríos, de modo que se refugiaban en el café de Flore, situado en el bulevar Saint-Germain. Sartre siguió viendo a Wanda y disfrutando de su posesivo afecto. A algunos miembros de «la familia» no les hizo demasiada gracia que Sartre volviera a París: Nathalie Sorokine lo veía como otra persona que rivalizaba por la atención de Beauvoir. Antes de conocerlo, la Sorokine pensaba que Jean-Paul era un «genio de pacotilla». Pero, cuando se conocieron en 1941, ella lo sedujo. Al igual que para Sartre, la seducción era para ella un deporte, al que también jugó muy bien con Bost.

En diciembre de 1941, la madre de Sorokine interpuso una denuncia contra el Ministerio de Educación de Vichy. En ella acusaba a Beauvoir de corromper a su hija: la imputación oficial fue «incitar a una menor al libertinaje». [80] La edad de consentimiento en aquella época era de trece años; Nathalie Sorokine tenía veinte cuando se presentó la denuncia. Y Madame Sorokine interpuso una extensa demanda: Mademoiselle de Beauvoir había seducido a su hija, y luego le había presentado a dos hombres que también la sedujeron. Madame Sorokine puso de relieve la irregular forma de vida de Mademoiselle de Beauvoir, quien estaba soltera, vivía en un hotel, trabajaba en cafés, y no ocultaba ser la «concubina» de Jean-Paul Sartre. También enseñaba a sus alumnas las corruptoras obras de dos escritores homosexuales, Proust y Gide. En definitiva, todos los patriotas comprenderían por qué Francia no necesitaba mujeres como ella en la educación secundaria. Con Pétain, Francia intentaba recuperar la dignidad perdida mediante una estrategia que fomentaba los valores familiares franceses. Una mujer como Mademoiselle de Beauvoir no debía conformar el futuro de su juventud.

El Ministerio, que parecía dispuesto a dar la razón a Madame Sorokine, inició una investigación que duró un año y medio.

Lo que Beauvoir contó a Bair fue que Madame Sorokine acudió a ella en marzo, pidiéndole que interviniera en la vida de Nathalie. Esta se estaba viendo con un joven llamado Bourla, que era judío y pobre: Madame Sorokine no aprobaba aquella relación. Beauvoir dijo que hablaría con Nathalie, pero que no tenía la influencia que se figuraba su madre. Pensó que todo quedaría en eso, pero entonces interpusieron la demanda.

Durante el año académico 1941-1942, el filósofo Jean Wahl fue destituido de su puesto en la Sorbona por ser judío. En 1942 lo recluyeron en el campo de Drancy. En junio de ese año, los judíos de la Francia ocupada fueron obligados a llevar una estrella de David. Sus libertades quedaron aún más coartadas: no podían tener propiedades ni abrir cuentas bancarias. Estaba prohibido cruzar la frontera con la Zona Libre sin permiso. Pero ese verano Beauvoir y Sartre la cruzaron en compañía de Bost. Fueron a montar en bicicleta por los Pirineos.

Los cargos de perversión contra Beauvoir no se sustanciaron. Sorokine negó que su relación con Beauvoir fuese de naturaleza sexual, y los dos hombres desmintieron haber tenido relaciones con ella. El Ministerio de Educación no tenía pruebas que confirmaran aquellas alegaciones, pero sí

corroboró la dudosa forma de vida de Mademoiselle de Beauvoir y la cuestionable inclusión de Proust y Gide en su plan de estudios. El 17 de julio de 1940 el Gobierno de Pétain aprobó una ley para facilitar la destitución de los funcionarios que no se sumaran a la «renovación nacional». Y esa es la ley que se cita en la resolución del Ministerio, adoptada el 17 de junio de 1943, en virtud de la cual se sancionaba a Simone de Beauvoir y se la apartaba de la docencia. [81] Su expulsión fue considerada como una insignia de honor por algunas facciones de la Resistencia. Beauvoir fue readmitida en 1945, y muchas estudiantes de esa época la recuerdan como la entusiasta filósofa que les dio a conocer a Husserl y a Heidegger antes de que fueran populares en las universidades francesas. [82] Pero Beauvoir no volvió a dar clases: a partir de entonces consagraría todo su tiempo a la escritura.

En sus memorias, Beauvoir trató superficialmente las acusaciones de incitación al libertinaje, presentándolas como una represalia de Madame Sorokine por no haber conseguido que Nathalie dejara a Bourla. Pero inmediatamente después de su destitución, el futuro parecía incierto. Sabía que quería escribir, pero necesitaba dinero para ir tirando. Françoise había estado ahorrando gran parte del estipendio mensual que le daba su hija, y se ofreció a devolvérselo. Simone le dijo que se lo quedara por si lo necesitaba.

Ese mismo verano, Beauvoir consiguio su primer trabajo de escritora en Radiodiffusion Nationale (conocida como Radio-Vichy). [83] En aquella época había dos emisoras nacionales, Radio-Vichy y Radio-Paris, esta última de ideología nazi. Beauvoir trabajaba en un programa sobre la música en la Edad Media, el cual era presumiblemente neutral, aunque, como es lógico, su participación en ese trabajo planteaba dudas sobre cuáles eran los límites entre complicidad y colaboración.

Las investigaciones de Ingrid Galster muestran que los programas de Beauvoir no eran en modo alguno colaboracionistas. Pero los detractores de Beauvoir la han acusado de apoliticismo o, lo que es peor, de participar activamente en la difusión de programas de «evasión» para que los oyentes no asumieran la responsabilidad moral de oponerse a los nazis. Los defensores de Beauvoir, por el contrario, señalaron que sus sesiones de radio se caracterizaban por un cierto espíritu de protesta: elegía a personas y

textos de la cultura francesa que ponían en duda los valores reinantes. Resultaba difícil, en el París ocupado, establecer límites claros entre resistencia y colaboración. [84]

Los existencialistas pusieron de moda el lema «el hombre es la suma de sus actos». Y Beauvoir, si bien pronto se convertiría en una mujer cuyos actos inspiraban a muchas personas, no estaba orgullosa de todas sus acciones. Se opuso claramente, tanto en las aulas como en su vida personal, a los valores del Gobierno de Pétain. Pero no logró poner en práctica la ética que luego predicaría: sus relaciones con las mujeres durante ese tiempo no fueron precisamente recíprocas. En el período «sucio» comprendido entre 1939 y 1942, Simone tuvo varios desaciertos antes de llegar a la conclusión de que debía pensar más en la mujer que llegaría a ser. Y mientras tanto escribió no una sino dos de las novelas que le dieron fama y formaron su imagen —*La invitada* y *La sangre de los otros* —, aunque esta última no se publicó hasta que desapareció la censura de la guerra. [85]

# CAPÍTULO 9

## La filosofía olvidada

El año en que Beauvoir perdió su puesto en el sistema educativo francés, Sartre y ella publicaron dos libros que les iban a garantizar un lugar definitivo en la vida intelectual francesa. *La invitada* se publicó en agosto, y *El ser y la nada* —dedicado al Castor— en junio. Sartre también había empezado a escribir obras de teatro muy apreciadas por el público, resucitando inocentes argumentos de dramas griegos para transmitir mensajes de resistencia y libertad.

Durante los primeros años de la década de 1940, el pensamiento de Beauvoir cambia de manera significativa. Antes de la guerra era, según ella misma, solipsista. En 1941 había dejado atrás la «actitud filosófica» de *La invitada* , [1] de ahí que sus dramas y novelas de 1943-1946 muestren un compromiso político y moral que muchas personas no le atribuyen hasta la publicación de *El segundo sexo* . En 1943 ya se preguntaba: ¿Quién es útil o inútil para la sociedad? ¿Quién tiene capacidad de decisión?

En julio de 1943, Beauvoir y Sartre se mudaron a L’hôtel La Louisiane, en el 60 de la calle de Seine, donde vivieron (en habitaciones separadas) hasta finales de 1946. Cambiaron Montparnasse por SaintGermain-des-Prés. Y ese mismo mes Beauvoir empezó a escribir un ensayo en el que analizaba la visión sartriana de la libertad y la comparaba con la suya propia, poniendo por escrito las objeciones que «le había hecho en diversas conversaciones». [2] A partir de ese momento contamos con más «conversación constante», más cartas y diarios que nos muestran su intercambio intelectual, porque la voz de Beauvoir se convirtió en una voz pública, que además estaba disponible en forma de libro. Y no la usaba solo para difundir las ideas de Sartre, sino también para criticarlas.

Bastante antes de la guerra, Beauvoir y Sartre hablaron con Olga y con Wanda acerca de la ética subyacente en sus propias relaciones. ¿Era inmoral mentirle a alguien cuya felicidad era falsa? ¿Debería ella sentir remordimientos por lo que no le estaba contando a Olga? ¿O por lo que Olga no le contaba a Bost? En *La invitada* , Beauvoir exploró el problema filosófico que le preocupaba desde la década de 1920: «la oposición entre el yo y el otro». Evidentemente, el libro trataba de un «trío», en el que una pareja, Pierre y Françoise, convidan a una «invitada» más joven, Xavière, para que forme parte de su relación. Esto provoca celos en Françoise, la cual se siente tan frustrada que la única solución que se le ocurre es matar a su rival. Dedicado «A Olga Kosakiewicz», el libro comienza con una cita de Hegel: «Todas las conciencias buscan la muerte del otro».

Pero hay un cuarto personaje: Gerbert, el novio de Xavière, un hombre alto, de ojos verdes y pelo negro. «Siempre le cojo cariño a lo que me pertenece —le dice Xavière a Françoise—. Es tranquilizador tener a alguien para una sola.» [3] Pero en la novela Xavière no tiene a Gerbert para ella sola, pues él también se acuesta con Françoise. Resulta extraño que Olga no sospechara nada al leer el libro: en *La invitada* , Françoise y Gerbert van de senderismo y terminan haciendo el amor en un granero. Cuando regresan a París, él le dice a Françoise que nunca ha amado a otra mujer como la ama a ella. Y además hay que tener en cuenta que el motivo para el asesinato de Xavière no es la frustración o los celos provocados por el trío con Pierre, sino el hecho de que Xavière encuentre las cartas de Gerbert a Françoise. Esta, al igual que el hombre que mató al taxista porque le daba vergüenza no tener dinero para pagar la carrera, prefiere matar a Xavière que resistir la mirada acusadora.

Pero Bost y Beauvoir insistían en que esa parte de la novela —a diferencia de las realistas conversaciones que reflejaban las voces de Sartre, Beauvoir y Olga— era pura ficción. En *La plenitud de la vida* , Beauvoir deja bien claro que el final era para ella como una catarsis: pensaba que matando a Olga sobre el papel eliminaría las emociones no deseadas y purgaría los recuerdos más turbios de su amistad. [4] Durante mucho tiempo, esa explicación llevó a los lectores a suponer que quería exorcizar el demonio de los celos. Pero, a la luz de la publicación de su correspondencia con Bost en 2004, surge una nueva posibilidad: la culpa. Olga no supo nunca que Beauvoir y Bost tenían una aventura.

De la misma manera que Simone había tratado de no verse reflejada en los ojos de las Kosakiewicz, Françoise habrá de enfrentarse al problema de la relación con los demás:

> —Uno no puede hacerse a la idea de que las demás personas son consciencias que se sienten por dentro como se siente uno mismo —dijo Françoise—. Cuando uno entrevé eso, me parece que es aterrador: uno tiene la impresión de no ser ya más que una imagen de la cabeza de algún otro. [5]

La novela produjo reacciones encontradas: a unos les pareció escandalosa; otros la interpretaron como un valiente rechazo del dogma de Vichy, esto es, «trabajo, familia, patria». Pero, desde el punto de vista filosófico, la novela de Beauvoir muestra dos modos de relacionarse con los demás: el primero implica el reconocimiento de que los otros, al igual que uno mismo, son seres conscientes con una rica y vulnerable vida interior. El segundo, en cambio, rechaza la posibilidad misma de la reciprocidad, pues da por sentado que los otros son simplemente algo para nuestro uso personal u obstáculos en nuestro camino.

Ello es importante porque este segundo enfoque se parece mucho a lo que escribió Sartre en *El ser y la nada* , y el siguiente período en la vida de Beauvoir ha sido considerado durante años como un tiempo de fama posbélica marcado por el jazz y las fiestas, y no como un período de intensa productividad filosófica debida, en parte, a sus desacuerdos con Sartre. Para comprender por qué ha sido tan mal interpretada, por qué se sintió frustrada al verse reducida a una simple «Notre Dame de Sartre» y por qué tuvo que hacer malabarismos para evitar (en la medida de lo posible) el rechazo *ad feminam* de su obra feminista, debemos observar con más atención cuáles eran los errores que Beauvoir apreciaba en la filosofía de Sartre.

La escritora británica Angela Carter escribió en una ocasión que «toda mujer pensante del mundo occidental» debe de haberse preguntado alguna vez «¿Por qué una buena chica como Simone pierde el tiempo haciéndole la pelota a un viejo aburrido como J-P?». Solo el amor, prosigue Carter, «puede hacerte sentir orgulloso de ser un caballo perdedor». [6] Pero en 1943 Sartre era peor que un viejo carcamal: era un filósofo extremadamente pesimista, con muy poca esperanza en la humanidad, incluso conforme a los criterios de los filósofos más pesimistas. Pensaba que todos los seres humanos quieren dominar al prójimo, y que todas las relaciones son conflictivas, hasta el punto de que el amor se convierte en algo imposible (o, en sus propias palabras, un «ideal irrealizable»). Y Beauvoir también era

un «caballo perdedor». Era una filósofa que discrepaba de él; y una mujer cuya vida sería esgrimida como un arma contra ella... pero esos ataques no habían comenzado todavía.

En *El ser y la nada* , Sartre escribió que en toda relación interpersonal hay una persona que desempeña el papel de dominador y otra el de dominado. Una es el «sujeto» que ve el mundo desde su propio punto de vista, y la otra, el «objeto» que interioriza el criterio de quien lo ha «sometido». Unas veces queremos gobernar a los demás, y otras veces queremos que nos gobiernen. Pero nunca estamos en igualdad de condiciones.

Sartre no fue el único filósofo occidental que tuvo esta clase de ideas; Hegel escribió un famoso pasaje sobre «la dialéctica del amo y el esclavo» en el que decía algo similar, mucho antes de que san Agustín pensara que todos los seres humanos tienen una *libido dominandi* —un instinto de dominar— y que esa es la causa principal del sufrimiento humano. Como Beauvoir había estudiado a Hegel durante la guerra (solazándose con el pensamiento y la soledad) y utilizado los temas hegelianos en *La invitada* , algunos académicos han llegado a afirmar que Sartre le *robó* las ideas centrales de *El ser y la nada* , y que, si esta fuera la historia de dos filósofos varones, en vez de tratarse de un hombre y una mujer, las ideas de Beauvoir habrían obtenido el reconocimiento que se ganó Sartre. [7] Pues, aunque *El ser y la nada* se publicó en junio y *La invitada* en agosto, Sartre había leído la novela cuando estaba de permiso, de manera que descubrió las ideas de Beauvoir expresadas en forma literaria antes de exponer las suyas en su filosofía. Y una de las distinciones filosóficas que introduce Sartre en *El ser y la nada* es una división entre «ser para sí» y «ser para los otros», la cual (una vez acostumbrados a la jerga) se parece sorprendentemente a la distinción que hizo Beauvoir en sus diarios de estudiante, en 1927, entre la visión desde dentro y la visión desde fuera, entre el «para mí» y el «para los otros».

Pero afirmar que Sartre «robó» las ideas de Beauvoir resulta problemático tanto desde el punto de vista histórico como desde el filosófico. Históricamente es problemático porque su relación se basaba en una «conversación constante» y en el apoyo intelectual mutuo. Y desde la perspectiva filosófica es problemático porque tanto Beauvoir como Sartre bebieron en fuentes filosóficas francesas que ninguno de los dos se molestó en citar en sus obras, y mucho menos en *apropiárselas* . A ello debemos

añadir que al principio Beauvoir era la clase de filósofa según la cual lo que importaba de una filosofía no era quién tenía la idea, sino la verdad o falsedad del pensamiento en cuestión. En la década de 1940 fue muy crítica con el concepto de «posesión».

Pero también fue muy crítica con Sartre. A lo largo de la vida se fue dando cuenta de que la idea de posesión desempeña un importante papel en la perpetuación del poder y en quién será recordado por la posteridad. *El ser y la nada* contenía un concepto que Beauvoir y Sartre habían analizado durante la década de 1930. Estaba presente en *Cuando predomina lo espiritual* y volvió a aparecer en la obra posterior de Beauvoir. Pero fue Sartre quien se llevó la fama: es el concepto de *mala fe* .

Cuando Beauvoir describe en sus memorias la aparición de este concepto en el pensamiento de ambos en la década de 1930, emplea la primera persona del plural: «nosotros» analizamos la mala fe. Como dijo Sartre en *El ser y la nada* , la mala fe era una forma de huir de la realidad identificándose en exceso con la «facticidad» o con la «trascendencia». La facticidad representa todo lo que hay de contingente y aleatorio en ti, como la fecha y lugar de nacimiento, el color de la piel, el sexo, la familia, la educación, el cuerpo. Y la «trascendencia» se refiere a la libertad de ir más allá de esas características para llegar a los *valores* : esto atañe a lo que tú *decides hacer* con las cosas, a la manera en que te desarrollas conforme a tus actos.

Para Sartre, la mala fe surge cuando el desfase entre la facticidad y la trascendencia hace que la persona piense que esas cualidades están en cierto modo *determinadas* . Puso el famoso ejemplo del camarero: este obra de mala fe si piensa que su facticidad —esto es, el hecho de ser un camarero— determina quién es. El camarero tiene la libertad de elegir otro camino en la vida, pues negar eso es negar su trascendencia. Por otra parte, si el camarero piensa que no importa ser camarero cuando se presenta a un puesto de director general, entonces obra de mala fe por la razón contraria: no ha sabido reconocer los límites de su facticidad.

Puede que esto parezca trivial, pero ¿qué ocurre si sustituimos la palabra «camarero» por la de «judío», «mujer» o «negro»? La historia de la humanidad está llena de ejemplos de personas que reducen a otras personas a una sola dimensión de su facticidad, y, de ese modo, no logran reconocer plenamente su humanidad. En 1943 era evidente que eso no pertenecía solo al pasado. Pero Sartre no dio ese paso ético en *El ser y la nada* . Tampoco

dio una respuesta satisfactoria al problema ético de la objetivación de los demás. Antes bien, dijo que no debemos suponer que estamos determinados por nuestra facticidad, pues, sean cuales fueren las condiciones de nuestra existencia, somos libres de aprovecharlas al máximo.

En la década de 1930, Beauvoir ya estaba convencida de que esa afirmación era falsa. Sartre pensaba que los seres humanos eran libres porque, con independencia de su situación, podían «trascender» la facticidad eligiendo entre distintas formas de reaccionar a ella. La objeción de Beauvoir era la siguiente: «¿Qué trascendencia va a alcanzar una mujer encerrada en un harén?». [8] No es lo mismo tener libertad (en el sentido de ser en teoría capaces de tomar una decisión) que tener la *facultad* de elegir la situación concreta en que hay que tomarla. Más adelante, Beauvoir expresó sus críticas en dos ensayos filosóficos —¿*Para qué la acción* ? y *Para una moral de la ambigüedad* — pero entretanto tuvo que hacer frente a las repercusiones de *La invitada* en su vida personal.

Antes de la publicación de la primera novela, la madre de Beauvoir sabía bastante poco acerca de la vida de su hija, así que la consideraba una «buena chica». Tras la aparición de *La invitada* «los rumores destruyeron sus ilusiones», pero también convirtieron a Beauvoir en una escritora conocida, así que Françoise estaba escandalizada por los libros de su hija y al mismo tiempo se sentía halagada por su éxito. Y, puesto que Simone era el sostén de la familia, su éxito redundaba en beneficio de todos. [9]

*La invitada* se ha interpretado de tres maneras distintas desde su publicación: antes de que Sartre y Beauvoir se hicieran famosos, en 1945, la novela se interpretaba como un análisis de la vida bohemia de París; posteriormente se entendió como un *roman à clef* del «trío»; y, más recientemente, las feministas la han leído como el retrato de tres mujeres atípicas en la tiranía de un mundo tradicional. Es fácil encontrar pasajes en que la protagonista, Françoise, parece hablar por boca de Simone: a Françoise no le gusta perder «valiosas horas de trabajo» pensando en las otras mujeres de Pierre. [10] Se describe como una «mujer fiel» [11] a la que no le interesan los idilios «sin continuidad». [12] Françoise «detestaba la idea» de ser «una mujer absorbente»; [13] quiere que la seducción de Gerbert sea recíproca debido a «un profundo compromiso filosófico con su propia libertad». [14] Pero, en lo que a Pierre se refiere, también se pregunta si ella misma está obrando de mala fe. La novela está salpicada de pasajes en los

que Françoise reflexiona sobre su relación con Pierre, pasajes que han llevado a algunos a hacer conjeturas sobre los sentimientos de Beauvoir con respecto a la significación de Olga en el pacto Sartre-Beauvoir:

> Lo había querido ciegamente, y durante demasiado tiempo, para lo que recibía de él; pero se había prometido quererlo por sí mismo y hasta en esa libertad por donde se le escapaba. No iba a tropezar con el primer obstáculo. [15]

Sus lectoras se preguntaban si aquella era la voz de Beauvoir hablando por medio de Françoise, o si era un diálogo fruto de su imaginación. En la novela, Françoise le dice a Xavière: «Crees ser algo preconcebido de una vez para siempre, pero a mí no me lo parece. Creo que te conviertes en lo que eres por voluntad propia». [16] Al hacer que su ficción se pareciera a los hechos de su vida —al menos lo suficiente para despertar curiosidad—, Beauvoir permitió que sus lectoras la «transformaran» en muchas cosas.

> La propia Beauvoir animó a la gente a leer algunos pasajes de esta novela como si fueran autobiográficos. La seducción de Bost por parte de Beauvoir, les dijo a Francis y a Gontier, «se produjo tal como la relato en *La invitada*» (aunque no dio el nombre de Jacques-Laurent, naturalmente). [17] Beauvoir contó la seducción de Bost en las cartas a Sartre, así que, tras la muerte de este (y la de Olga) y tras la publicación de la correspondencia, fue posible comparar las cartas de Beauvoir con los lances de la novela. Las cartas a Sartre presentan con desenfado una inesperada relación sexual: «Me acosté con el pequeño Bost hace tres días. Fui yo quien lo propuso, claro está. [...] Los dos lo estábamos deseando». [18] En la novela, por el contrario, Françoise habla de un «ansia» que se fue acumulando durante días hasta convertirse en «un deseo ardiente»; como Gerbert parecía «fuera de su alcance», ella no quiso tomar la iniciativa. [19]

Antes de su publicación, el título provisional de la novela era *Legítima defensa* . [20] Viéndolo desde la distancia que proporciona el tiempo, Beauvoir pensó que había adoptado una actitud de una implacable ceguera con respecto a los demás durante la década de 1930, que «protegida por la mirada de Sartre, quería olvidar que otros ojos también la miraban». Cuando se vio obligada a admitirlo, aquello le resultó muy desagradable, y esa sensación de incomodidad fue la que la «llevó al paroxismo» en *La invitada* . [21] Ya no quería ser tan obstinadamente ciega; como filosofía de vida, eso era un callejón sin salida.

Tras los éxitos de 1943, el círculo social de Beauvoir y Sartre empezó a ampliarse con rapidez. Hicieron amistad con Albert Camus, y por medio de él con otros escritores de la Resistencia, entre los que se encontraban Raymond Queneau y Michel Leiris. Monsieur y Madame Leiris vivían en

un apartamento en el Quai de Grands-Agustins; Beauvoir conoció allí a Picasso. La Louisiane era un hotel mucho mejor que sus anteriores alojamientos, de manera que Beauvoir empezó a recibir visitas en su nuevo domicilio. Organizó fiestas con Leiris y Queneau, Camus, Sorokine y su novio, Bourla, así como con Bost, Olga y Wanda. En la primavera de 1944 celebraron unas cuantas fiestas nocturnas. Georges Bataille fue el anfitrión de la primera; todos guardaban cupones con el fin de acumular comida suficiente para una fiesta de guerra, con bailes, música y alcohol. Bost celebró una en casa de su madre, en Taverny; Simone Jollivet y Dullin ofrecieron otra en su piso de París.

Aunque Beauvoir empezaba a codearse con la flor y nata de las artes parisinas, también sufría la escasez que constituía la anormal normalidad de la vida durante la Ocupación. El combustible para la calefacción escaseaba, al igual que la comida. Entre 1938 y 1942, el consumo de leche se redujo a la mitad y el precio del pan se multiplicó casi por dos. Las fuerzas aliadas seguían centrándose en los puertos estratégicos, las fábricas y las estaciones.

Los días 20 y 21 de abril, los aliados bombardearon los barrios del norte de París. Aquel ataque fue uno de los aspectos más controvertidos de la Operación Overlord, con la cual se pretendía interrumpir todo el tráfico ferroviario en el norte de Francia. El 21 de abril alcanzaron la estación de clasificación de La Chapelle, provocando la muerte de 641 personas y heridas a otras 400. Sartre y Beauvoir se encontraban en La Pouëze, pero Bost les escribió una carta en la que describía el ruido aterrador y el miedo que tenía a terminar convertido en un cadáver entre los escombros. El mes anterior, Bourla —el novio judío de Nathalie Sorokine—, había sido arrestado junto con su padre. Ellos no lo sabían, pero lo habían trasladado a Auschwitz. [22] Aunque la bandera nazi seguía ondeando en el Senado, la gente hablaba de la liberación, y a partir del 19 de agosto, los parisinos podían casi saborearla. Los alemanes se replegaban hacia el este, y la Resistencia francesa había colocado pancartas por toda la ciudad llamando a los ciudadanos a las armas. A Sartre lo habían atado corto, de modo que Beauvoir escribió varios artículos con su firma para *Combat* . [23]

El 25 de agosto de 1944, Beauvoir estaba en la habitación de Bost y Olga en el Hôtel Chaplain junto con Wanda y Sorokine. Habían hecho unas patatas para cenar, y mientras las comían oyeron la noticia en la radio: el general de Gaulle estaba en París. La gente empezó a gritar y a dar vítores

por las calles; enfrente del Dôme, la muchedumbre se aglomeraba cerca de la calle Vavin. Pero entonces vieron los tanques; la multitud huyó de los disparos y de los carros de las SS.

Al día siguiente los parisienses izaron la bandera francesa en la Torre Eiffel. De Gaulle marchó por París, recorriendo los Campos Elíseos con tropas francesas y angloamericanas. Beauvoir y Olga dieron vítores desde el Arco de Triunfo.

La guerra no había acabado, mas París era libre.

El segundo volumen de la autobiografía de Beauvoir abarca el período comprendido entre 1930 y 1944. Sus escritos no empezaron a publicarse hasta el final de ese período, y *La plenitud de la vida* pasa de puntillas por sus preocupaciones y logros filosóficos, dando a Sartre lo que para muchos es un mérito desproporcionado. Pero las memorias no ocultan que leía muchísimo, incluyendo obras de filosofía, psicología, religión y (aunque ese tema era muy infrecuente) la sexualidad de la mujer. Durante esa época leyó a Alfred Adler, Alain, algo de literatura norteamericana, Aron, Bergson, Georges Bernanos, Dostoievski, Drieu La Rochelle, algo de literatura inglesa, algo de «basura entretenida», [24] Faulkner, Freud, Gide, Julien Green, *La fenomenología del espíritu* , de Hegel, Heidegger, Hemingway, Hölderlin, Husserl, Jaspers, Joyce, Kafka, Kierkegaard, La Rochefoucauld, Leibniz, Michel Leiris, Emmanuel Levinas, Jacques Maritain, François Mauriac, Maurice Merleau-Ponty, Nietzsche, Proust, Raymond Queneau, Saint-Exupéry, Scheler, *La frigidez en la mujer* , de Stekel, Stendhal, los estoicos, Valéry, Jean Wahl, Oscar Wilde y más Virginia Woolf.

Entonces, ¿qué omitió? Aunque escrito en 1943, el primer ensayo filosófico de Beauvoir, ¿*Para qué la acción* ?, se publicó en septiembre de 1944, tras la liberación de Francia. Sin embargo, la traducción inglesa no vio la luz hasta 2004; los lectores que no sabían francés no pudieron seguir el diálogo filosófico completo entre Sartre y Beauvoir, o ver el desarrollo del pensamiento de Beauvoir en sus propios términos. Ese ensayo plantea importantes cuestiones éticas e inaugura el «período moral» de su obra literaria. Ya fuera por la guerra, por su relación con Bost, por el hecho de haberse salvado por los pelos en el asunto Sorokine, por la toma de conciencia de que ella y Sartre habían dañado a Bianca Bienenfeld, por la preocupación de no coincidir con todas las ideas de Sartre, o, como es probable, por una combinación de todos esos factores, la cuestión que

entonces se planteaba es por qué los actos —y las relaciones— podían ser éticos. Y, antes de dar respuesta a la cuestión moral, tuvo que contestar una pregunta existencial más básica: ¿por qué hacer algo en vez de no hacer nada?

*El ser y la nada* —la obra fundamental de Sartre—, cuando se publicó en 1943, recibió las críticas de muchos contemporáneos por dibujar un sombrío panorama de la humanidad. Después de cientos de densas y deprimentes páginas en las que analiza la condición humana, Sartre dedica solo dos páginas y media a la ética. Afirmó que la mala fe lleva a muchas personas a la nihilista conclusión de que «lo mismo da embriagarse a solas que ser dirigente de pueblos». [25] Sartre no dice por qué *no da lo mismo* y tampoco explica por qué se equivocan los nihilistas, justificando, por ejemplo, por qué tiene sentido la vida o cómo se puede vivir de manera auténtica. Por el contrario, lo que ofrece al lector es una lista de preguntas sin respuesta: ¿Podría ser la libertad en sí la fuente de todos los valores, la razón por la que las vidas humanas tienen importancia? ¿O había que definir la libertad, como pensaban muchos filósofos religiosos, en función de un «valor trascendental» (es decir, Dios)? [26]

Al igual que Beauvoir, Sartre estaba fascinado desde sus días de estudiante por el concepto de libertad y por el deseo humano de dar sentido a la vida. Ambos se preguntaban si un «trascendental» como Dios era necesario para dar valor a la libertad humana y sentido a la vida. Pero, a diferencia de Beauvoir, Sartre aún no había encontrado la forma de incorporar la ética a su filosofía de la libertad, y de resolver el problema de lo trascendente. Beauvoir expresó su idea en diversos géneros literarios: un ensayo, una novela y una obra de teatro. Pero el ensayo y la obra de teatro no se tradujeron a otros idiomas hasta mucho después, y la novela se interpretó como una ficción «existencialista» en la que ella aplicaba las ideas de Sartre dándoles forma literaria. Así pues, se ha dado por sentado erróneamente que Sartre desarrolló la ética del existencialismo, uno de los movimientos más populares de la filosofía del siglo XX , cuando en realidad fue Beauvoir quien le dio mayor amplitud, y así lo declaró en 1945.

*¿Para qué la acción* ?, cuyo título original es de hecho *Pirro y Cineas* , comienza con una conversación entre estos dos personajes. Pirro es el rey de Epiro, en el siglo IV a. C. Cineas es su consejero. Cuando están estudiando el plan de Pirro para conquistar el mundo, Cineas le pregunta: «¿Qué diferencia hay entre conquistar el mundo y quedarse en casa?». [27]

Beauvoir coincidía con Sartre en que los seres humanos hacen *proyectos* . Establecen objetivos y se ponen límites, pero es posible sobrepasar los objetivos y cambiar los límites. E incluso cuando alcanzamos lo que queremos, a menudo nos llevamos una decepción. En ocasiones, al alcanzar nuestra meta, nos damos cuenta de que estábamos buscándola; a veces, cuando la alcanzamos, ya no la queremos. Por tanto, ¿qué sentido tiene actuar, y por qué debería importarnos la ética de nuestros actos? *El ser y la nada* concluye con un comentario muy parecido al de Cineas, esto es, que lo mismo da embriagarse a solas que ser dirigente de pueblos.

Pero ¿quién iba a pensar algo así? Beauvoir pensaba que sí *había una diferencia* : el borracho vive en una situación diferente de la del dirigente de pueblos y tiene un poder diferente para determinar el mundo de los demás. Intercalando escenas de la vida entre párrafos filosóficos, escribió:

> Conocí a un niño que lloraba porque había muerto el hijo de la portera. Sus padres le dejan llorar, y luego se enfadan con él. «Al fin y al cabo, ese bebé no era tu hermano.» El niño se enjugó las lágrimas. Pero enseñar esas cosas es peligroso. Es inútil llorar por un desconocido. Pero ¿por qué llorar por tu propio hermano? [28]

Fuera lo que fuese en lo que se hubiera convertido, Beauvoir no había olvidado la incomprensión que sufrió al ver la indiferencia de sus padres ante la muerte del hijo de su portera. Pero sabía que había un problema: si abrimos los ojos a los males del mundo, vemos tanto sufrimiento y tantas injusticias que no podemos llorar por todo, pues se nos acabarían las lágrimas. Nuestras posibilidades son finitas, y no siempre sabemos qué nos importa. Si nos identificamos con todos los miembros de nuestro sexo o país o clase, o con toda la humanidad, entonces aumentamos solo de boquilla la magnitud de nuestra preocupación.

Lo que deberíamos preguntarnos es lo siguiente: ¿qué parte del mundo merece nuestra atención? Nuestros actos. Tal es la respuesta de Beauvoir a la pregunta «¿Para qué la acción?», pues los actos son lo único que es tuyo y solamente tuyo, el medio que te permite llegar a ser quien eres. Solo tú puedes crear o conservar los vínculos que te unen a los demás, para bien o para mal. [29] Tus relaciones con los demás no son hechos demostrados: tienes que recrearlas todos los días, y puedes cultivarlas hasta que florezcan o dejar que se ajen y se marchiten. [30]

Durante más de una década Beauvoir estuvo analizando con Sartre el concepto de libertad, e intentando *vivir* su vida conforme a la filosofía en la que creía, de igual modo que antes había vivido su vida para el Dios al que

amaba. Pero aquello no funcionaba, pues no era vivible. El año en que Sartre llamó «infierno» a los otros en *A puerta cerrada* , Beauvoir publicó una refutación filosófica de aquel punto de vista. No estamos solos en el mundo, y, a diferencia de Sartre, ella pensaba que seríamos muy desdichados si lo estuviéramos, pues nuestros proyectos solo pueden llevarse a efecto gracias a los demás. *¿Para qué la acción* ? vuelve a los temas del amor y la *devoción* , desarrollando la corriente de pensamiento que había esbozado en sus diarios de estudiante. Entonces Beauvoir escribió que todo el mundo quiere sentirse tranquilo con respecto al sentido de su vida. Pero la «tranquilidad» que la persona entregada reclama para sí consiste en vivir para otra persona. Unos dicen encontrar esa tranquilidad en Dios, y otros la encuentran consagrándose a otros seres humanos. [31]

Pero intentar justificar la propia existencia mediante la devoción es una cuestión problemática. En primer lugar, el objeto de devoción puede molestarse si tu felicidad se basa únicamente en su aceptación de algo que no ha pedido. La devoción a otras personas se vuelve en ocasiones tiránica, sobre todo si por medio de la devoción limitamos su libertad en contra de su deseo. Así pues, Beauvoir quería saber —puesto que tantos seres humanos parecen querer *consagrarse* a otro— si es posible la devoción sin tiranía. [32]

Entonces estaba más claro que el agua: Beauvoir debía entender la libertad de manera distinta de Sartre. No estaba de acuerdo con él en que la libertad era ilimitada: nuestras decisiones dependen de las de otros, y nosotros también condicionamos las suyas. Esforzarse en ser libre, por tanto, no era suficiente; cualquier persona que valorase la libertad sin hipocresía debía valorarla en otras personas, debía conseguir que defendieran su libertad de manera ética. [33]

Beauvoir quería que sus lectores dejaran atrás la idea de que nuestros actos condicionan el mundo de las demás personas que forman parte de nuestra vida, dando lugar a las condiciones en que aquellas actúan. Ciertamente estaba renegando de su anterior distanciamiento de la política. Pero es difícil saber hasta qué punto eso se debe a sus circunstancias personales, y si hay que dar más importancia al momento histórico de la Segunda Guerra Mundial o a su vida privada. Incluso en cuanto amor «necesario», Beauvoir sufría en su relación con Sartre; y con el tiempo se dio cuenta de que aquella relación hacía daño a otros amores «contingentes». Habían pasado varios años desde que Beauvoir reprendió a Sartre por la carta de ruptura que le envió a Bianca, quien luego se casó con

Bernard Lamblin, pero Bianca volvió a buscar a Simone después de la guerra: era muy infeliz. En 1946, Beauvoir le recordó a Sartre la responsabilidad de ambos por el sufrimiento de Bienenfeld. Sentía mucho remordimiento tras haber hablado con Bianca: «Padece una dolorosa neurastenia, y creo que es culpa nuestra. Son las terribles consecuencias de su contacto con nosotros. [...] Le hemos hecho mucho daño». [34] (El psicoanalista de Bianca, Jacques Lacan, estaba de acuerdo con eso.) [35]

¿*Para qué la acción* ? tuvo mucho éxito cuando se publicó. De hecho, en *La fuerza de las cosas* , Beauvoir dice que esa buena acogida «la animó a retomar la filosofía». [36] Había analizado los argumentos de Benjamin Constant, Hegel, Spinoza, Flaubert, Kafka, Kant y Maurice Blanchot, rechazándolos todos. Pero atribuía su propio éxito a que el público francés había estado privado de filosofía durante la Ocupación, subestimando así la importancia de su papel en el desarrollo del existencialismo.



ILUSTRACIÓN 7. Simone de Beauvoir en Les Deux Magots, 1944.

¿Acaso no percibía ella misma la importancia de su contribución? Por suerte para nosotros, una entrevista realizada en 1945 nos muestra que sí. En *Les lettres françaises* , Beauvoir no mostró interés alguno por la precariedad intelectual del público, sino que se centró en los errores filosóficos del sistema sartriano. En sus propias palabras: «El existencialismo no implica ética alguna. Yo he intentado extraerle un valor moral. Lo expliqué en ¿*Para qué la acción* ?, que es un ensayo, y luego intenté dar la solución en una novela y en un drama, es decir, por medio de formas literarias que son a la vez más concretas y más ambiguas». [37] Entonces, ¿por qué excluyó del relato de su propia vida esa significativa

contribución a la filosofía? Para entender la respuesta a esa pregunta debemos comprender mejor el camino que la llevó a querer ser tan diferente en público.

# CAPÍTULO 10

## La reina del existencialismo

En enero de 1945, el Departamento de Estado de Estados Unidos financió a ocho periodistas de la Resistencia francesa para que fueran a aquel país con el fin de informar sobre el esfuerzo de guerra estadounidense, y Camus invitó a Sartre. A este le entusiasmó la idea, pues había crecido viendo wésterns y leyendo novelas de suspense y adoraba Estados Unidos. Una parte de la realidad americana estuvo a la altura de sus expectativas, pero otras partes quedaron tristemente por debajo. Le desconcertaron el racismo y las abismales diferencias entre ricos y pobres. También le dejó atónito una mujer que conoció en una emisora de radio de Nueva York: la periodista Dolores Vanetti. En el período de entreguerra había sido actriz en Montparnasse y había observado a los intelectuales en el Dôme y en la Coupole. Tenía la voz grave y —lo que era más importante para Sartre— su lengua materna era el francés. [1] Pronto la *amitié* se transformó en *amour* .

Beauvoir supo poco de Sartre mientras este estuvo en Estados Unidos. Leyó sus artículos en *Combat* y *Le Figaro* , y tuvo alguna noticia suya a través de Camus, quien hablaba con él por teléfono cuando tenía algún reportaje que entregar. De todas formas, ella tampoco estaba en casa aguardando sus cartas; en febrero estuvo cinco semanas en Portugal visitando a Hélène y Lionel, que ya se habían casado. Dio algunas charlas en el Instituto Francés de Lisboa y escribió varios artículos para *Combat* . Las hermanas Beauvoir llevaban casi cinco años sin verse. Hélène se sorprendió al ver la ropa tan vieja y el calzado tan espartano que llevaba Simone. La calidad de vida en Portugal era mucho más alta que en Francia, así que volvió a casa con mucha ropa nueva para ella y unos cuantos regalos para «la familia». [2]

En marzo Sartre escribió para decir que se quedaría un poco más en Nueva York, hasta finales de mayo. El 29 de abril de 1945, Francia celebró las primeras elecciones en que las mujeres tenían derecho a votar. El 7 de mayo Alemania firmó la rendición en Reims; el 8 de mayo lo hizo en Berlín. Había terminado la guerra.

En el mes de junio Sartre cumplió cuarenta años, lo que no le hizo ninguna gracia. Decidió dejar la enseñanza y dedicarse por entero a la escritura. Pero también estaba desanimado porque las cosas se estaban poniendo muy serias con Dolores Vanetti, que, aun siendo una mujer casada, no quería formar parte de su vida si Beauvoir también formaba parte de ella. No había motivos para escribirle más, le dijo Vanetti: su relación se había acabado. En julio, Sartre ya no soportaba la idea de seguir reñido con la Vanetti, por lo que le escribió una carta. Ella contestó de manera alentadora: a lo mejor aún podían arreglarse las cosas. El 6 y el 9 de agosto Estados Unidos bombardeó Hiroshima y Nagasaki, y Japón se rindió.

Después de la guerra, los nombres de Sartre y Beauvoir estaban por todas partes. [3] Puesto que la popularidad de Beauvoir había aumentado y que su reputación intelectual se vinculó de tal modo a la de Sartre y a lo que entonces llamaban, no sin reservas, «existencialismo», 1945 marcó su notorio cambio en la imagen pública de Beauvoir. Durante el verano y el otoño, Sartre y ella sacaron a la luz más de media docena de publicaciones, entre las cuales había novelas, conferencias, una obra de teatro y una nueva revista. En octubre de 1945, en el transcurso de una sola semana, Sartre pronunció una de sus conferencias más famosas («El existencialismo es un humanismo»), Beauvoir estrenó *Las bocas inútiles* , y la revista fundada por ellos sacó al mercado su primer número. Quioscos de París vendían todos los meses los ejemplares de su nueva creación intelectual, *Les Temps Modernes* . Sin embargo, en los primeros números solo figuraba Sartre como «*directeur* ».

*Les Temps Modernes* , que debe su nombre a la película *Modern Times* , de Charles Chaplin, era una revista política, filosófica y literaria. La publicación, que sigue existiendo en la actualidad, fue presentada en su momento como una muy necesaria «tercera voz» entre los discursos marxista y cristiano que imperaban en la política francesa. Para Sartre y Beauvoir era un medio que les permitía mostrarse como unos «intelectuales comprometidos» que ponían de relieve los problemas más acuciantes. Y

que además llegaba a un público sediento de información: en 1944 se había aprobado una ley que prohibía la publicación de periódicos que hubieran sido difundidos durante la ocupación de Vichy. Cientos de diarios y revistas se vieron afectados por la nueva regulación; solo los periódicos de la Resistencia (como *Combat* y *Libération)* y la prensa de masas de la zona no ocupada (por ejemplo *Le Figaro* [de derechas], *Le Populaire* [socialista] o *L'Humanité* [comunista]) sobrevivieron. Los escritores colaboracionistas fueron juzgados y severamente castigados, una purga que algunos presentaron como una «operación quirúrgica» necesaria para restablecer la «salud social» de Francia. [4] Además de ocuparse de las tareas editoriales en *Les Temps Modernes* , durante los primeros años de la revista Beauvoir publicó también varios ensayos importantes sobre ética y política.

Pero emprender tantas cosas con Sartre tenía sus inconvenientes. Su novela *La sangre de los otros* , publicada en 1945, narra la historia de dos personas. Pero en la cubierta de la edición de Penguin solo se describe a una de ellas:

> Jean Blomart, un privilegiado burgués que se ha convertido en un líder patriota que se enfrenta a los nazis, espera durante una noche inacabable la muerte de su amante, Hélène. Las historias de sus vidas se entrelazan mediante *flashbacks* hasta que, al llegar el alba, Jean debe tomar una decisión trascendental.
>
> *La sangre de los otros* , escrita durante la Ocupación y publicada en 1945, retrata la agonía de la Resistencia francesa y el sufrimiento y el despertar de un hombre movido por la rabia y atormentado por la culpabilidad familiar. Es una de las dramatizaciones más conmovedoras de Simone de Beauvoir sobre el intento existencialista de conciliar la responsabilidad por los demás con la felicidad personal. [5]

Según esta descripción, se trata de la historia del despertar de un *hombre* . Parece que Hélène simplemente se muere, que la suya no es más que una tragedia personal presentada en forma pasiva para intensificar el drama de las decisiones y los actos del protagonista. Pero la novela trata sobre algo más que el despertar de una persona: Hélène también descubre su responsabilidad para con los demás, pero los obstáculos que impiden ese descubrimiento no son los mismos que tiene que superar el hombre.

Victor Brombert describió la novela como «un breviario de creencias existenciales» al que Beauvoir «da forma dramática». Pero *La sangre de los otros* no se limita a aplicar o dramatizar la filosofía de Sartre, sino que también expone la de Beauvoir. Aborda cuestiones presentes en *El segundo sexo* , en especial las relativas al comportamiento de las mujeres y a la distinta forma de entender el amor por parte de hombres y mujeres.

Al principio de la novela, Hélène quiere amar a Jean porque cree que eso «justificará» su existencia. Sin embargo, a medida que se hace mayor —«convirtiéndose en una mujer»—, «ya no se contenta con amar sin la esperanza de una restitución». [6] También Jean se percata de la fragilidad del amor de Hélène: él no quiere ser la única finalidad de su vida porque no podría darle «más que una lánguida ternura». Se da cuenta de que su amor es una especie de cárcel para ella. [7]

Ese amor no es satisfactorio para ninguno de los dos. Para Jean, «el amor no es lo único que hay en la vida», y las exigencias de Hélène son agobiantes. [8] Ella, por su parte, cuando «despierta» a la realidad de su responsabilidad para con los demás, empieza a ver de otra manera el lugar que ocupa el amor en su vida.

Beauvoir escribió posteriormente que la misión de un escritor consiste en «describir de manera dramática la relación del individuo con el mundo en el que se juega su libertad». [9] Pero el mundo, para las mujeres, no tenía los mismos ideales y limitaciones que para los hombres. Beauvoir plasmó esa disparidad narrando la historia del despertar de Hélène junto al de Jean, y también explicando por qué las mujeres no merecen ni exigen el respeto que se les tiene a los hombres. La madre de Jean, por ejemplo, siempre está «inventando excusas», disculpándose e intentando pasar desapercibida; [10] Jean, por el contrario, sabe que ocupa un lugar en el mundo. [11] En cuanto a espacio y conversación, a lo largo de la novela las mujeres salen peor paradas que sus equivalentes masculinos: Hélène nota que Jean, cuando charla con su amigo Paul, le habla «de hombre a hombre», y que ella es solo «una niña caprichosa y superficial». [12] Ella reprocha a Jean su hipocresía: «Me has dicho muchas veces que respetas la libertad de los demás. Pero tomas decisiones por mí y me tratas como si fuera un objeto». [13]

La novela también presenta dos maneras distintas de enfocar la sexualidad por parte de los hombres, una que objetiva a las mujeres y otra que no: Jean ve a una persona íntegra en la amante que sonríe entre sus brazos, y le gusta esa combinación de conciencias; Marcel, por el contrario, «no soporta tocar un cuerpo a menos que lo vea como un objeto». [14]

Beauvoir concluyó el segundo volumen de sus memorias con una reflexión sobre su obra: no estaba satisfecha con *La invitada* porque «el asesinato no era la solución». En *La sangre de los otros* y en ¿*Para qué la acción* ?, Beauvoir «intentó definir nuestra verdadera relación con otras

personas»: «Nos guste o no, influimos en el destino de otras personas, y debemos hacer frente a la responsabilidad que ello supone». [15] *La sangre de los otros* comienza con una cita de *Los hermanos Karamázov* : «Cada uno de nosotros es responsable de todas las cosas y de todos los seres humanos». La frase iba dedicada a Nathalie Sorokine.

Posteriormente, cuando empezó a defender su propia originalidad, sus libros volvieron a tener la acogida que tuvo *La sangre de los otros* . En *La fuerza de las cosas* escribió que el tema principal de la novela era «la paradoja de esta existencia que yo interpreto como mi libertad, y que los que se han relacionado conmigo interpretan como un objeto». Su intención no era, dice, «evidente para el público; el libro fue calificado de "novela de la Resistencia"» y de «novela existencialista». Ya era malo que los lectores entendieran sus obras como «novelas de tesis», pero aún era peor la creencia de que sus teorías se encontraban en la filosofía de Sartre.

El término «existencialista» fue acuñado por el filósofo y dramaturgo católico Gabriel Marcel para referirse a la filosofía de Sartre, y Beauvoir se oponía a que intentaran ponerle a ella la misma etiqueta: ni siquiera había oído mencionar ese término cuando escribió la novela, y afirmaba que su inspiración «provenía de [su] propia experiencia, y no de un sistema». [16] En las notas del *Diario de guerra* relativas a *La sangre de los otros* se explicita su deseo de que la novela mostrara, entre otras cosas, a un personaje femenino que fuera víctima «de la ilusión de la conciencia personal a través del amor». [17]

El 29 de octubre se puso en escena *Las bocas inútiles* —la única obra de teatro de Beauvoir— en una función benéfica que tuvo lugar en el Théâtre des Carrefours. Situada en el Flandes medieval, la acción se desarrolla en una imaginaria ciudad-estado llamada Vaucelles. Vaucelles se ha rebelado contra el duque de Borgoña, y la obra comienza con una escena que muestra la hambruna de sus habitantes tras un largo asedio. Los dirigentes llegan a la conclusión de que, para proteger la ciudad, hay que expulsar a «las bocas inútiles», esto es, las mujeres, los niños y los ancianos. Como los alimentos escaseaban, según ellos había que reservarlos para los soldados y los trabajadores. El nombre de la ciudad, pronunciado «*vaut-elle* » en francés, es un homófono de la pregunta: «¿Vale ella la pena?».

Bastante anterior a sus bien conocidas obras políticas —*El segundo sexo* (1949) y *La vejez* (1970)—, el drama de Beauvoir mostró que algunos sectores de la sociedad son considerados inútiles simplemente por ser lo que son: niños, mujeres, viejos. Y, al igual que tantas obras de Beauvoir, este drama también plantea la cuestión de si el amor o la dedicación en cuerpo y alma son «una cárcel». Uno de los personajes, Jean-Pierre, no quiere que le «regalen» una mujer: «¿Dármela a mí? ¿Creéis que voy a encerrarla y a decirle que yo soy su único mundo? No tengo alma de carcelero». A lo largo de la obra, Jean-Pierre y Clarice descubren que otro «amor» es posible. Cuando él le profesa ese amor, Clarice le pregunta:

> **Clarice:** ¿Y cómo se ama en este mundo?
> **Jean-Pierre:** Luchando juntos. [18]

Beauvoir le dedicó la obra a su madre, [19] y los beneficios del estreno se destinaron a la compra de alimentos para niños huérfanos cuyos padres habían sido deportados a Alemania. [20]

Beauvoir dijo más tarde que la respuesta de la crítica a *Las bocas inútiles* había sido hostil: «Casi todos los periódicos me despellejaron viva». [21] Es cierto que algunos críticos fueron muy duros, sobre todo en lo que respecta a la producción; otros decían que el mensaje de la obra era demasiado forzado, que aquello era «más ideología que teatro». [22] Pero no todos eran de esa opinión: «¿Cómo es posible que en todo París no haya al menos diez directores que se disputen esta obra? Si hay justicia, si el público está todavía en condiciones de apreciar su valor, *Las bocas inútiles* triunfará en el bulevar de la Chapelle». [23]

La noche del estreno de *Las bocas inútiles* , Sartre se encontraba en otra parte de la ciudad pronunciando una conferencia que se ha hecho famosa: «El existencialismo es un humanismo». El lugar donde la impartió era un local pequeño, el Club Maintenant, pero aun así los organizadores temían que no acudiera mucha gente. Cuando llegó Sartre había multitud de personas esperando para entrar, por lo que se llegó a pensar que ni él mismo iba a poder pasar. Cuando por fin se abrió paso hasta el estrado, dijo que, aunque «existencialismo» era una palabra de moda, nadie conocía su significado. Los cristianos pensaban que era algo ateo e inmoral; los comunistas que era nihilista. Pero no era ni una cosa ni otra, dijo Sartre. Los asistentes al acto hicieron todo tipo de objeciones porque preferían obrar de

mala fe antes que afrontar su libertad. «La existencia precede a la esencia», dijo Sartre: el hombre es responsable de lo que es. La conferencia de esa noche se convirtió en el *locus classicus* del existencialismo francés.

Poco después de la conferencia de Sartre, el Club Maintenant celebró otra velada existencialista que no ha tenido tanta fama: Jean Wahl dio una breve charla sobre la historia del existencialismo, y se invitó a otros filósofos para que expresaran su parecer. Nikolái Berdiáiev, Georges Gurvitch y Emmanuel Levinas analizaron la deuda de esta doctrina filosófica con Kierkegaard, Husserl y Heidegger. [24] Menos recordada aún es la conferencia que pronunció allí Simone de Beauvoir, el 11 de diciembre, sobre «Novela y metafísica». [25]

La conferencia de Sartre en el Club Maintenant se convertiría en un acontecimiento icónico del París intelectual de posguerra. La de Beauvoir, por el contrario, no; ella misma no le dedica más que una frase en su autobiografía. En su disertación examinaba los límites entre literatura y filosofía, y defendía sus opiniones desde un punto de vista filosófico. Algunas personas empezaron a tomar nota, y hasta estaban de acuerdo con ella. A principios de 1945, Merleau-Ponty había publicado un ensayo en el que argumentaba que *La invitada* constituía una nueva forma de hacer filosofía. [26]

Pese a su éxito inicial, *La sangre de los otros* , igual que *Las bocas inútiles* , empezó a ser criticada por sacrificar la literatura en aras de la filosofía. En la prensa, Maurice Blanchot elogió *La invitada* por su riqueza filosófica, pero afirmó que seguía siendo virtuosamente ambigua porque el lector no sacaba nada en conclusión. En cambio, atacó *La sangre de los otros* por tratarse de una novela de tesis, y no fue el único que lo hizo. Así pues, en «Literatura y metafísica», Beauvoir respondió a sus críticos, defendiendo sus intentos de conciliar la filosofía con la literatura desde la perspectiva filosófica y personal.

> Cuando tenía dieciocho años leía mucho; leía como se lee a esa edad, de manera ingenua y apasionada. Abrir una novela era ciertamente entrar en un mundo concreto y temporal, poblado de personajes y sucesos singulares. Un tratado filosófico me transportaba desde las apariencias terrenales hasta la serenidad de un cielo atemporal. [...] ¿Dónde estaba la verdad? ¿En la Tierra o en la eternidad? Me sentía desgarrada.

Beauvoir decidió escribir novelas debido a la capacidad de la literatura para proporcionarnos «experiencias imaginarias tan completas e inquietantes como las experiencias vividas». [27] Las obras filosóficas a

menudo se escriben con un tono abstracto que pretende persuadir al lector u obligarlo a que adopte otro punto de vista, en vez de invitarlo a observar el desarrollo de distintas perspectivas en situaciones concretas. Una novela metafísica, dijo Beauvoir, es un «llamamiento» a la libertad del lector.

Beauvoir constató que estaba en excelente compañía filosófica y literaria cuando le recriminaban que escribiera novelas de tesis: a Dostoievski lo habían acusado de camuflar un tratado filosófico en *Los hermanos Karamázov* , y según ella Kierkegaard demostraba su argumento de que cuanto más valora un filósofo el aspecto subjetivo de la experiencia humana —la única vida interior de las personas—, más probabilidades tiene de utilizar un estilo literario que describa la experiencia singular de los individuos mientras llegan a ser ellos mismos. Incluso Platón estaba dividido entre esas dos posibilidades: en un mismo diálogo expulsó de la República a los poetas (porque le preocupaba que el arte corrompiera a los ciudadanos), y sin embargo comprendió muy bien la capacidad que tiene el arte de animarnos a buscar el Bien (al fin y al cabo, ese gigante de la filosofía occidental escribía diálogos, es decir, una composición literaria). [28]

A partir de 1945 —el año de su «ofensiva existencialista»—, ni Sartre ni Beauvoir pudieron huir de la fama. En Francia la gente se los quedaba mirando en los cafés, y los fotógrafos les hacían retratos indiscretos. En Estados Unidos, Sartre y Beauvoir aparecían en las páginas de *Vogue* , *Harper's Bazaar* y *Atlantic Monthly* . Sartre era un icono, pero la atractiva y atípica mujer que lo acompañaba le daba aún más caché. Beauvoir también publicó ensayos filosóficos en los que exponía un existencialismo «más estudiado y elaborado» que el de Sartre. [29] Pero su contribución intelectual a ese momento filosófico y sus desacuerdos con Sartre han sido implacablemente subestimados. En 1945, el tabloide *Samedi Soir* la llamó «la gran Sartrera» y «Nuestra Señora de Sartre».

A los ojos del público eran inseparables. Pero en privado Beauvoir estaba sufriendo una de esas relaciones «contingentes» de Sartre, cosa que la dejaba «estupefacta». [30] En la década de 1970, en una entrevista a Sartre en la que hablaron de las otras mujeres de su vida, Beauvoir dijo que tenía miedo de Dolores Vanetti porque Sartre estaba demasiado apegado a ella. Jean-Paul dedicó el primer número de *Les Temps Modernes* «a Dolores» y, en vez de pasar las Navidades con Beauvoir, el 12 de diciembre de 1945 se fue a Estados Unidos para estar dos meses con la Vanetti. Deirdre Bair, cuando en 1982 le preguntó a Beauvoir por Dolores, refirió que estaba

«preocupada y nerviosa». [31] Pero esa clase de afirmaciones no nos dicen gran cosa: ¿qué preocupación, qué nerviosismo era ese? ¿Se trataba de unos celos o una profunda congoja que no se le habían pasado en treinta años? ¿O simplemente estaba molesta porque le siguieran haciendo preguntas relativas a Sartre y sus otras mujeres?



ILUSTRACIÓN 8. Beauvoir en antena en 1945, el año de la «ofensiva existencialista».

En diciembre de 1945, Beauvoir publicó en *Les Temps Modernes* un ensayo titulado «El existencialismo y la sabiduría de los pueblos». El existencialismo seguía siendo considerado una filosofía pesimista que hacía un insano hincapié en la depravación y la muerte, por lo que Beauvoir escribió un ensayo en el que señalaba que no era la primera vez que el existencialismo ponía de relieve la miseria humana o la mortalidad, o que se preguntaba por qué nacemos, qué estamos haciendo aquí o qué sentido tiene el sufrimiento. [32] Estaba empezando a cansarse de que la gente le preguntara cuáles eran las ventajas de ser un existencialista: no tenía sentido preguntarle eso a un filósofo. «Ni Kant ni Hegel se preguntaron cuáles eran las ventajas de ser kantiano o hegeliano. Decían lo que consideraban la verdad, y nada más. Su único objetivo era la verdad en sí misma.» [33]

La verdad, tal como lo veía Beauvoir, era que la gente huía de su libertad recurriendo a subterfugios. El pesimismo de Sartre en *El ser y la nada* se parecía mucho al pesimismo de la tradición moralista francesa, una tradición de la que formaban parte Pascal y La Rochefoucauld. Pascal pensaba que la humanidad era capaz de una enorme «miseria» y de una enorme «grandeza», pero que tendía a la primera. Esa idea le valió el sobrenombre de «miserabilista» y una resurrección literaria en obras como *Los miserables* de Victor Hugo. Las *Máximas* de La Rochefoucauld —igualmente pesimistas— describen las imposturas del amor propio como delirios de proporciones colosales. Incluso en la caridad veía el amor propio enmascarado.

Aquellos lectores franceses que conocían bien la cultura de su país no hallaban mucha esperanza en la explicación sartriana de la condición humana, y ello era en parte porque veían en esa exégesis la filosofía de la miseria y la desesperación. Lo que asombraba a Beauvoir era que aquello «provocara tanta indignación»: «La cuestión de la miseria humana no es nada nuevo», escribió. «Los padres de la Iglesia, Pascal, Bossuet, Massillon, los predicadores, los sacerdotes, toda la tradición cristiana, llevan siglos intentando inculcar en el hombre el sentimiento de su propia abyección.» Los moralistas laicos también han atacado el oportunismo y las convenciones: «La Rochefoucauld, Saint-Simon, Chamfort y Maupassant rivalizaron por denunciar la bajeza, la futilidad y la hipocresía». [34]

Tal como lo veía Beauvoir, las reacciones cristianas y moralistas frente a la ambigüedad de la existencia humana eran una *coartada* . Si los seres humanos son *por naturaleza* malvados, o si *por naturaleza* los mueve el interés personal, entonces podrían considerarse perfectamente como individuos destinados a su miseria en vez de sentirse libres para oponerse a las injusticias que la perpetúan. Si Sartre pensaba que los seres humanos estaban *por naturaleza* condenados a desear la dominación, entonces no podríamos vivir sin nuestros propios opresores. La filosofía de Beauvoir, por el contrario, rechazaba «la resignación y el consuelo de las mentiras»: la idea que dominar o someterse es solo parte de la naturaleza humana no era más que una excusa. [35]

> A la gente le gusta pensar que la virtud es fácil. [...] También se resignan, sin grandes problemas, a creer que la virtud es imposible. Pero se resisten a imaginar que es posible y difícil. [36]

Cualquier tipo de determinismo —cristiano, laico, moralista, marxista — quitaba al ser humano el peso de su libertad. De igual modo, le quitaba el peso de intentar usarla de manera ética.

Beauvoir, a medida que ganaba prestigio, veía también incrementadas sus oportunidades de usarlo en beneficio de los demás. Un día del otoño de 1945, cuando estaba haciendo cola con un amiga para comprar unas entradas de cine en los Campos Elíseos, la amiga vio a una conocida que era una escritora en ciernes: Violette Leduc. Unos días después, Leduc le dio a Beauvoir un manuscrito para que lo leyera. Beauvoir se leyó la primera mitad de una sentada, pero la segunda, le dijo a Leduc, perdía fuerza. Leduc la reescribió y a ella le gustó tanto que se lo llevó a Camus para que evaluara la posibilidad de publicarlo. Camus aceptó la novela — *L'Asphyxie* — por recomendación de Beauvoir. [37] Simone seguiría desempeñando un papel alentador en la vida y obra de Leduc.

Mientras Sartre estaba fuera, Beauvoir siguió trabajando en su siguiente novela, *Todos los hombres son mortales* , y también revisó la conferencia de Jean-Paul —«El existencialismo es un humanismo»— para su publicación. Nathalie Sorokine seguía en el Louisiane con Beauvoir; estaba embarazada y a punto de irse a California para estar con su novio, un soldado estadounidense. «Es dulce y amable, y está floreciendo —le contó Beauvoir a Sartre—, como el niño.» [38] Beauvoir y Bost seguían siendo amantes pero, como su trabajo de periodista le hacía viajar mucho, empezaba a sentirse eclipsado por Sartre, aunque este tampoco estuviera apenas en París.

Beauvoir pasó las Navidades en Mégève con Bost, Olga y Wanda. Teniendo en cuenta los éxitos alcanzados en 1945, es curioso que describiera aquellas vacaciones en la nieve como «uno de los momentos más felices de [este] año». Ya estaba empezando a reconocer que para ella el éxito público no equivalía a la satisfacción personal; le gustaba la intimidad de las viejas amistades y la revitalizadora soledad del aire puro. Cuando regresó a París a mediados de enero, el cambio le resultó brusco: «Ahora voy vestida de calle, acabo de venir de la peluquería, y, además, estoy impresionantemente guapa porque tengo un cutis magnífico, bronceado y con la cara relajada, lo cual es muy poco frecuente en París». [39] Mientras esperaba para coger un avión a Túnez, Beauvoir le escribió una carta a Sartre para decirle que la fama la había seguido hasta las montañas:

«¿Sabías que yo también soy bastante famosa? La señora del Ideál-Spirt le preguntó a Kos.: “¿Es muy conocida, Madame de Beauvoir? Los clientes no paran de preguntarme si es ella de verdad”». [40]

Después de aquello Sartre no tuvo noticias de Simone durante un mes; seguía esperando una carta, y él le enviaba «montones» a Túnez, pero tenían que confiar en la lista de correos y a menudo se echaban de menos. [41] En Nueva York las novelas de Beauvoir le estaban causando problemas; Dolores le había preguntado a Lévi-Strauss si le gustaba Sartre. Lévi-Strauss fingió no saber que Dolores y Sartre eran pareja, y entonces contestó: «¿Cómo iba a gustarme, después de haber leído *La invitada* ?». ¡Menudo «hijo de puta»! («Muchas gracias, tesoro, —le escribió Sartre a Simone— por el retrato.») [42]

Beauvoir, entretanto, pronunció conferencias en Túnez y en Argel. No daba crédito al «enorme éxito» del existencialismo: en Argelia la gente acudía en masa a las charlas. Pero echaba de menos las cartas de Jean-Paul, y, cuando regresó a París, Bost estaba en Italia, Sorokine se había ido a Estados Unidos y Sartre seguía en Nueva York. Aun así, la gente empezaba a hablar de Sartre y la Vanetti. Jean-Paul iba por ahí diciendo que era la mujer más maravillosa del mundo; su biógrafa, Annie Cohen-Solal, dice no saber si durante ese período Sartre se comportaba de manera «alocada, perversa, cínica, oportunista, cruel, sádica o simplemente torpe». [43]

Pese a que ninguno de sus libros se había publicado en inglés, Sartre encontró en Nueva York mucha fanfarria publicitaria. La revista *Time* sacó un artículo sobre «el león literario» de París, «que había aterrizado en Manhattan». El semanario calificaba *El ser y la nada* de «biblia» del existencialismo, y hablaba de Simone de Beauvoir como su «principal discípula». [44]

Si Beauvoir hubiera sabido lo que estaba sucediendo al otro lado del Atlántico, se habría temido lo peor. Sartre le contó a Simone que estaba disfrutando mucho de Nueva York y de su idilio americano, pero también que el amor de Vanetti lo «asustaba»: lo decía como si mantuviera a raya la pasión de Vanetti. [45] Pero en realidad lo que esta buscaba era un divorcio. La Universidad de Columbia le había ofrecido a Sartre un puesto durante dos años, y este le había pedido a Dolores que se casara con él. [46]

Sartre rechazó el empleo y, como el divorcio de Vanetti se alargaba mucho, entre los dos decidieron que él regresara a Francia. Ya pasarían más tiempo juntos a lo largo del año. Y después... ¿quién sabe?

De nuevo en París ese mes de febrero, Beauvoir empezó a trabajar en *Para una moral de la ambigüedad* y publicó un artículo en *Les Temps Modernes* con el título de «Ojo por ojo». A esas alturas, los horrores del Holocausto ya no se ocultaban, y «Ojo por ojo» es un sutil análisis del castigo y la venganza, la responsabilidad y el perdón. Beauvoir opinaba que los seres humanos son fundamentalmente ambiguos: tanto el sujeto como el objeto, así la conciencia como la materia. «El mal absoluto —dijo— supone negarse a reconocer que los otros son sujetos, viéndolos en cambio como objetos a los que se puede torturar y matar.» [47]

El 15 de marzo Sartre partió de Nueva York hacia París. Cuando llegó, su conversación estaba salpicada de «Dolores esto, Dolores lo otro». A Beauvoir le costaba concentrarse en su trabajo; al cabo de dos horas le dolía la cabeza o se distraía. [48] En abril de 1946 se sentía muy contrariada: ¿estaba Sartre en armonía con Dolores de una manera que para ella era terreno acotado? Quería quitarse de encima la incertidumbre que la atormentaba, y la pregunta le salió del alma antes de poder elegir el momento: «Sinceramente, ¿quién significa más para ti: Dolores o yo?». En esos momentos iban a encontrarse con unos amigos para comer, así que no tenían mucho tiempo. Jean-Paul respondió que Dolores significaba «un montón», pero «yo estoy contigo». [49] Simone estuvo toda la comida con el corazón devastado. ¿Estaba con ella por lealtad al pacto o porque realmente quería estar a su lado? Después de la comida, Sartre le dijo que, si siempre habían pensado que los actos valían más que las palabras, ¿por qué no hacerlo ahora? Él estaba con ella.

Simone pensaba que creía en él. Pero, en mayo de 1946, aún estaba trabajando en *Para una moral de la ambigüedad* , y, después de la impresión de ver a Sartre encaprichado con la Vanetti, se resistió. Siguió leyendo filosofía y estudiando el concepto hegeliano de mediación. Sabía que a veces trabajaba demasiado, y había días en que se sentía harta y extenuada. [50] Sea como fuere, cumplía sus promesas: el 14 de mayo entregó cuatro artículos para *Les Temps Modernes* ; el 1 de junio se publicó la introducción de *Para una moral de la ambigüedad* . [51]

El distanciamiento que sentía con respecto a Sartre se vio agravado por el hecho de que para entonces ya eran demasiado famosos para escribir en los cafés. El padrastro de Sartre había muerto el año anterior, cuando él estaba en el continente americano, por lo que su madre le pidió que compartiera un piso con él. Jean-Paul dijo que sí, y, en mayo de 1946, se

mudó al cuarto piso del número 42 de la calle Bonaparte. La casa tenía varias ventanas que daban a la plaza de Saint-Germain-des-Prés; desde su estudio se veía la terraza de Les Deux Magots y el cruce con la calle de Rennes.

Sartre volvía a entrar en el mundo burgués de su madre, con muebles Luis XIV y todo, aunque de imitación. Pero el piso era confortable, por lo que Jean-Paul pudo por fin tener una biblioteca. Madame Mancy le compraba la ropa, y su criada, Eugénie, se la lavaba. Beauvoir y Madame Mancy no es que sintonizaran demasiado, pero la madre de Sartre describió aquellos arreglos como «su tercer matrimonio». [52]

Poco después de la mudanza, les llegó la noticia de que Olga —quien iba a actuar en *Las moscas* — estaba enferma. A sus veintinueve años sufría una tuberculosis pulmonar. La llevaron al hospital Beaujon, en Clichy, donde hubo que operarla para salvarle la vida. Bost acababa de publicar un libro, pero tuvo poco tiempo para disfrutarlo; visitaba a Olga todos los días, y Beauvoir solía acompañarlo.

La situación de Sartre experimentó otro cambió más tras su regreso de Estados Unidos. Recibió una carta de un buen alumno de la École Normale, Jean Cau, que tenía veintiún años, en la cual se ofrecía a trabajar para él como secretario. Al principio Sartre se lo tomó a risa. Pero luego se lo pensó mejor y lo contrató tres horas diarias por las mañanas. Cau trabajó con Sartre durante once años, escribiendo las cartas que Jean-Paul no quería escribir y, al final, llevándole las finanzas, lo cual era una tarea poco envidiable. Madame Mancy le abría la puerta a las diez de la mañana y Cau empezaba a abrir el correo de Sartre. Este llegaba a trabajar más o menos a la misma hora, y luego trabajaba «como una mula». A las 13.00 Sartre salía a comer con Beauvoir o con otra mujer, y Cau se iba a su casa. A las 16.30 regresaba al piso con Beauvoir, quien se ponía a trabajar en una mesa de juego que había en el estudio de Sartre, y permanecía allí hasta las 20.00 h.

Durante el período comprendido dentre 1946 y 1949, Sartre publicó cuarenta obras en menos de cuatro años. Su madre se ocupaba de la casa y del servicio doméstico. Y Beauvoir, como es lógico, era su asesora editorial; seguían preguntándose mutuamente su opinión sobre todos los libros que escribían. No es que Beauvoir no cobrase por ese esfuerzo; tenía su propio sueldo por su trabajo de escritura y redacción, y en sus cartas se sobreentiende que se trataba de ingresos conjuntos (aunque cuando

disponían de ellos normalmente los repartían con otras personas). [53] Pero Beauvoir debía mantener a su familia; no le alcanzaba el dinero para disfrutar de un espacio privado y tener personal de servicio.

A muchos lectores de la autobiografía de Beauvoir, los años con la Vanetti les hicieron dudar de si habría sido un alivio para Simone poner fin a su relación «necesaria» con Sartre. Era de dominio público que el pacto duraba ya más de quince años. Lo que no era de dominio público es que la relación de Beauvoir con Sartre no se basaba en el amor erótico tradicional. Cuando escribió, en *La fuerza de las cosas* , que ella «poseía un conocimiento incomunicable de [su] relación con Sartre», muchos dieron por supuesto que ese vínculo simplemente formaba parte de la historia habitual en la existencia de las mujeres, a saber, la búsqueda de un lugar central en la vida de un hombre, por medio de un matrimonio legal o de relaciones ilícitas, pero no de una profunda amistad intelectual. [54]

Beauvoir volvió a ver a Merleau-Ponty de vez en cuando. Este iba a encargarse de la supervisión diaria de *Les Temps Modernes* , función que en principio correspondía a Sartre. Simone comió con él el 6 de mayo y hablaron de la filosofía de Sartre, la cual, según Merleau-Ponty, no se ajustaba a las complejidades de la realidad. Beauvoir escribió en su diario que a causa de esa conversación sintió ganas de retomar su ensayo sobre la ambigüedad, pero se encontraba demasiado agotada y no sabía por qué. [55]

En junio de 1946 publicó una primera versión de la «Introducción» de *Para una moral de la ambigüedad* en *Labyrinthe* . En ella criticaba a los filósofos por huir de la realidad mediante «la metafísica racional y la ética de la consolación»: «Siempre que hay hombres que viven, estos experimentan la trágica ambigüedad de su condición, pero siempre que hay filósofos pensando, la mayoría de ellos intentan enmascararla». [56] Lo que hacía falta era una ética que contemplase la ambigüedad misma de la vida humana en vez de proporcionar coartadas a las personas.

A finales de ese mes terminó *Para una moral de la ambigüedad* y no sabía qué escribir a continuación. Se sentaba ante un folio en blanco y lo miraba como ausente. Un amigo suyo, el escultor Alberto Giacometti, le dijo que parecía «ida»; Simone le comentó que quería escribir algo pero no sabía qué. Giacometti le dijo que escribiera «cualquier cosa». Le había gustado mucho *Edad de hombre* , de Michel Leiris, y quería escribir sobre sí misma: una idea empezó a tomar forma en su cerebro. Así que puso por

escrito algunas elucubraciones y luego las analizó en compañía de Sartre. Lo que se preguntaba era lo siguiente: «¿Qué ha significado para mí ser mujer?».

En sus memorias, Beauvoir describió su conversación con Sartre como una revelación. Al principio, en *La fuerza de las cosas* , dice que ser mujer no había significado gran cosa para ella; no se sentía inferior y afirmaba: «Nadie me ha dicho jamás: "Piensas así porque eres una mujer"; mi feminidad no me había molestado nunca de ningún modo». [57] Sartre le sugirió que analizara más a fondo esa cuestión: no la habían educado igual que a un niño. Entonces, al meditar sobre el asunto, se dio cuenta de lo masculino que era el mundo: su infancia estaba llena de mitos, y esos mitos no modelaban de igual modo a los niños que a las niñas. De modo que aparcó su idea autobiográfica y se puso a investigar «los mitos de la feminidad» en la Biblioteca Nacional. Para ese trabajo no necesitaba basarse en su propia experiencia como mujer, sino en la condición de «mujer». Si bien *El segundo sexo* contiene pasajes que se asemejan mucho a las experiencias de Beauvoir y de su círculo, y aunque ya había criticado en su diario, en 1941, las pretensiones de neutralidad y universalidad de los filósofos, aún no había visto con claridad hasta qué punto lo personal podía convertirse en político. Los filósofos hablaban del «hombre» y de «la condición humana». Pero ¿qué pasaba con la «mujer»? ¿Había algo parecido a «la condición femenina»?

Algunos han interpretado que este pasaje de las memorias de Beauvoir concede demasiado mérito a Sartre en la génesis de *El segundo sexo* . Margaret Simons ha señalado que la idea de que Beauvoir no había reflexionado nunca sobre el hecho de ser mujer es manifiestamente falsa, pues está en contradicción con diversos pasajes de sus diarios, sus cartas, su vida y sus novelas. Teniendo en cuenta la premeditación de Beauvoir y su inclinación a reflexionar, algunas personas han llegado a decir que esa historia es *intencionadamente falsa* . Al fin y al cabo, en su adolescencia Simone tenía tanto interés en ser una de las pioneras de la filosofía que se declaró en huelga de silencio contra sus padres; pero también reconocía que cumplir ese deseo suponía distanciarse de muchos de los papeles tradicionalmente asignados a las mujeres. [58] La Beauvoir adolescente hablaba con su profesora, Jeanne Mercier, cuando se esforzaba en comprender cómo podía coexistir la racionalidad filosófica con su vertiente apasionada; su tutora le aconsejaba que viera las emociones como parte

integrante de la vida. En julio de 1927 Beauvoir escribió que quería «seguir siendo una mujer», pero también ser «más masculina por su cerebro, más femenina por su sensibilidad». [59]

Poco más de una década después, durante la guerra, cuando estaba a punto de cumplir treinta y dos años, Beauvoir escribió: «Me siento una mujer adulta; pero me gustaría saber qué clase de mujer». [60] Acababa de escribirle a Sartre sobre un aspecto de sí misma que realmente le interesaba: su «feminidad», «la manera en que soy y no soy de mi sexo». «Eso aún está por definir —dijo—, así como qué espero de mi vida, de mi pensamiento y del lugar que ocupo en el mundo.» [61]

Pero el famoso pasaje de *La fuerza de las cosas* no dice que la idea del libro se le ocurriera a Sartre; Beauvoir dijo que la conversación con él le abrió los ojos. Ya había leído a Leiris, había realizado anotaciones sobre el proyecto y luego las había discutido con Jean-Paul mientras desarrollaba la idea. [62] Una vez más, Sartre no había sido la fuente de sus pensamientos sino el amigo incomparable de estos: un catalizador conversacional. El concepto de *situación* es lo que, según Beauvoir, dio tanta originalidad a *El segundo sexo* . Simone no veía la feminidad como una «esencia» o una «naturaleza», sino como «una situación creada por las civilizaciones a partir de ciertos hechos fisiológicos». [63]

En el verano de 1946, Beauvoir y Sartre viajaron a Suiza e Italia. En Ginebra Simone dio una charla a unos estudiantes y en Lausana pronunció una conferencia. Desde Ginebra fueron a Friburgo, Neuchâtel y Basilea. Beauvoir estaba concluyendo su tercera novela, *Todos los hombres son mortales* , y Sartre seguía escribiendo su obra de teatro. Después de ese tiempo juntos, Jean-Paul fue a pasar una temporada con Wanda, y Beauvoir se fue a hacer senderismo por los Dolomitas; de nuevo, el alejamiento de la vida urbana y de la compañía de otras personas le resultó relajante y reparador. En octubre viajaron juntos a Roma, dedicando aquellos apacibles días a la escritura. [64]

En diciembre de 1946 Beauvoir publicó *Todos los hombres son mortales* . Es una obra muy diferente de las otras novelas de Beauvoir, pues tiene una compleja trama histórica en lugar de un argumento guiado por una interioridad apasionada. Y es menos conocida que el resto de su producción, quizá porque ninguno de sus personajes representa a Jean-Paul Sartre. Al igual que en *La sangre de los otros* , el narrador —el conde Fosca — es un hombre que cuenta su historia en el transcurso de una noche. Pero,

a diferencia de Jean Blomart, el conde Fosca es inmortal. Nació mortal —en la Italia de 1279— y ha presenciado casi seis siglos de una vida imprecisa. Fosca eligió la inmortalidad porque creía que por medio de ella podría llevar a cabo cambios duraderos en la Historia: eliminaría el hambre y las guerras convirtiéndose en un dictador a escala mundial que organiza todo lo que sea necesario para que la paz y la prosperidad reinen en la tierra.

La historia del propio Fosca se desarrolla a lo largo de momentos significativos del pasado de Europa: la Italia medieval, la Alemania del siglo XVI (en plena efervescencia de las discordias en torno a Lutero y su reconocimiento de la conciencia individual). Ya sea en el siglo XIII o en el XVI , el conde ve guerras por doquier. Quiere reformar la sociedad para ayudar a los pobres, pero en todos los siglos encuentra resistencia. Tras perder la esperanza en Europa, Fosca piensa que tal vez el Nuevo Mundo no esté contaminado por la crueldad del Viejo. Pero, cuando llega a América, contempla la destrucción de los incas y la explotación de los indígenas americanos. Le dicen que «los negros de África» y «los salvajes de América» no tienen alma, de modo que su muerte y su sufrimiento no deberían interponerse entre los europeos y el oro. [65] Viendo la miseria justificada en nombre del Bien, Fosca duda de la existencia de la bondad misma. [66]

Fosca le cuenta su historia a una sola persona: Regina, una narcisista del siglo XX , la cual está encandilada con la idea de alcanzar la inmortalidad granjeándose el amor de un hombre inmortal. Regina piensa que al ser amada por Fosca será única entre todas las mujeres, cuando en realidad la inmortalidad de Fosca la convierte en una más de una serie de amantes potencialmente ilimitada. La autenticidad mortal no se encuentra ni en Fosca ni en Regina, sino en otro personaje, Armand, que se contenta con vivir en su propio tiempo. Beauvoir quería que *Todos los hombres son mortales* transmitiera la misma enseñanza que ¿*Para qué la acción* ?, pero como una «experiencia imaginaria», no como si se tratara de una explicación. [67]

El narrador inmortal y la estructura histórica de la novela también reflejaban un tema que Beauvoir desarrolló en *El segundo sexo* : «que los hombres siempre han retenido los poderes concretos». [68] Las mujeres de *Todos los hombres son mortales* son, como decía Elizabeth Fallaize, «una deprimente demostración de la marginalidad en que la historia ha confinado

a las mujeres». [69] Vemos dependencia, matrimonios forzados, mujeres a las que se deja morir como si fueran partes desechables de la sociedad. Pero, a medida que se desarrolla la historia, en amantes posteriores de Fosca, en siglos posteriores, también vemos mujeres que financian la ciencia y fundan universidades. Con cada una de ellas, Fosca pregunta: ¿Qué significa amar?

Beauvoir se había ocupado del problema de la historia desde los primeros años de la década de 1940. Después de la guerra, se preguntaba de qué parte ponerse: ¿de «la del nihilismo de los falsos profetas que afirmaban que la Tercera Guerra Mundial ya había comenzado» o de «la del vértigo de los hedonistas»? Frente a los comunistas contemporáneos (en lo político) y frente a Hegel (en lo filosófico), Beauvoir no podía calificar el futuro de la «humanidad» de unificado y progresista. [70] Como era poco optimista respecto a la Historia, Beauvoir utilizó el relato de Fosca para expresar lo siguiente: «Guerras absurdas, una economía caótica, rebeliones inútiles, matanzas sin sentido, poblaciones que no prosperan..., todo en este período me sonaba a confusión y estancamiento; por eso lo elegí». [71]

Esta novela plantea la pregunta de «qué vamos a hacer», pero «¿es que se puede hacer algo?».

# CAPÍTULO 11

## Dilemas americanos

El 25 de enero de 1947 Beauvoir tomó un vuelo con destino a Nueva York para pasar cuatro meses memorables en Estados Unidos. Siempre le habían gustado las novelas inglesas y norteamericanas; tras los escarceos infantiles con las obras de Alcott y Eliot, se aficionó a las novelas de Hemingway, Woolf y una larga lista de escritores en lengua inglesa. Así pues, se quedó extasiada cuando Philippe Soupault, un periodista y poeta surrealista francés que estaba dando clases en el Swarthmore College, le organizó una serie de conferencias en los Estados Unidos. Claude Lévi-Strauss, quien trabajaba en la agregaduría cultural de la embajada francesa, hizo los arreglos necesarios para costearle la estancia en América. Dolores Vanetti pensaba ir a París para estar con Sartre mientras Beauvoir se encontraba en el extranjero.

Cuando bajó del avión, el funcionario de inmigración le preguntó cuál era el motivo de su viaje. En su visado ponía «conferencias». «¿Sobre qué?», le preguntó el hombre. «Sobre filosofía», contestó ella. En el aeropuerto la recibió una empleada de los servicios culturales franceses, quien la llevó a comer langosta en un restaurante que estaba a medio camino de su hotel. Una vez terminado el recibimiento oficial, Beauvoir se dirigió a Manhattan, admirando las vistas mientras paseaba por las calles. Se las había imaginado muchas veces, pero verlas así era casi irreal: Broadway, Times Square, Wall Street, la estatua de la Libertad. Se sentía tan libre; nadie la miraba. [1]

Beauvoir estaba maravillada con Nueva York: la gente dejaba caer las cartas por unos conductos, compraba cosas en máquinas y hablaba como los personajes de las películas que a ella y a Sartre tanto les gustaban. Desde la década de 1930, ambos les habían tomado el mismo afecto disonante a Estados Unidos y a la URSS: les encantaban el jazz, los espirituales negros,

el blues, las películas norteamericanas, las novelas norteamericanas. Pero también pensaban que Estados Unidos albergaba la forma más abyecta de opresión capitalista, y ellos detestaban la explotación de los pobres y, sobre todo, la segregación racial. La URSS no podía competir con el atractivo artístico de Estados Unidos, pero en aquella década admiraban el experimento soviético en materia social. [2]

Beauvoir sentía al mismo tiempo curiosidad y desconfianza con respecto a las costumbres estadounidenses. Paseaba sola por Harlem, haciendo caso omiso de las advertencias (por parte de los blancos) de que aquello podía resultar peligroso, del mismo modo que había hecho caso omiso de los consejos de sus amigos con relación a lo de hacer autoestop en Marsella. Probó el whisky escocés porque le parecía una de las «claves de Estados Unidos»; al principio no le agradaba, pero en seguida le cogió el gusto. [3] Poco a poco fue deshaciéndose el nudo que se le formaba en la garganta cada vez que tenía que llamar a la recepción del hotel o concertar una cita en inglés, sintiéndose así cada vez más segura.

Quedó con Dolores Vanetti, que aún no se había ido a París, porque quería conocerla en persona y esta le había prometido presentarle a algunos editores. Así es que la invitó a tomar algo en el Sherry-Netherland de la Quinta Avenida. Bebieron whisky, un poco nerviosas al principio, y estuvieron charlando hasta las tres de la mañana.

Después de imaginar a aquella mujer durante meses, Beauvoir estaba feliz de sentir un verdadero placer al conocerla. [4] Se sentía feliz porque «comprendía» los sentimientos de Sartre, hasta el punto de escribir: «Los percibía, y te admiraba por tenerlos». Poco después, Vanetti invitó a Beauvoir a un cóctel, e incluso la puso en contacto con algunas revistas y periódicos. Para sacar un dinero extra, Beauvoir escribió varios artículos sobre las escritoras y la feminidad. Estos muestran que, dos años antes de la publicación de *El segundo sexo* , Beauvoir ya veía trazada la situación de las mujeres en la Primera Guerra Mundial, que les facilitó el acceso al trabajo remunerado, pero aún no a la independencia. [5]

Mientras estuvo en Nueva York, Beauvoir se hizo amiga de Ellen y Richard Wright, una pareja interracial cuya amistad mantuvo durante años. Richard era el autor de *Hijo nativo* (1940) y *Chico negro* (1945); Ellen creó una agencia literaria de la que Beauvoir fue cliente de por vida. [6] Beauvoir había leído a Wright en 1940, y *Les Temps Modernes* publicó un relato suyo, «Fire and Cloud», en su primer número. Wright pensaba que

Beauvoir y Sartre sentían profundamente el sufrimiento humano, y que sus libros eran insuperables. Poco después, Simone andaba por su piso de Greenwich Village —en Charles Street— como una más de la familia. A la hija de los Wright, que tenía cinco años, le caía muy bien, lo cual cogió a Simone un poco por sorpresa. Y también les caía bien a sus amigos: los Wright le presentaron a intelectuales como Bernard Wolfe, que había sido secretario de Trotski en México y escribía libros sobre blues. Simone le dijo que quería oír jazz de verdad, así que Wolfe le consiguió entradas para ver a Louis Armstrong en el Carnegie Hall. [7]

Richard Wright también le dio a conocer un libro que cambiaría su trayectoria intelectual: *American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* . Publicado en 1944 por el sociólogo sueco Gunnar Myrdal, en aquel entonces era el estudio más destacado sobre las razas y el racismo en Estados Unidos. (El libro fue citado en el famoso caso «Brown contra el Consejo de Educación» [1954] y en 1965 ya había vendido cien mil ejemplares.) Myrdal opinaba que las relaciones raciales en Estados Unidos no constituían un círculo vicioso, sino que eran el resultado de lo que él denominaba «principio de acumulación». A su entender, los blancos oprimían a los negros y luego los culpaban de rendir poco. A menos que los blancos se desprendieran de sus prejuicios, o que la situación de los negros mejorara, aquel ciclo seguiría haciendo mucho daño a la sociedad. Los ideales políticos estadounidenses —tales como la igualdad de oportunidades y la meritocracia— no tenían en cuenta que la vida de los negros, en el pasado y en el presente, estaba condicionada por la opresión, los prejuicios y la exclusión. En un escrito dirigido al Movimiento por los Derechos Civiles, Myrdal dijo que muchos estadounidenses blancos desconocían las situaciones a que se enfrentaban sus compatriotas negros. Por eso pensaba que la «publicidad» —toma de conciencia— era fundamental para mejorar la situación, pues, a diferencia de un «círculo vicioso», el principio de acumulación era bidireccional: funcionaba «tanto en sentido "ascendente" como en sentido "descendente"». [8]

Estados Unidos presumía de ser un país que valoraba mucho las ideas nuevas, y Beauvoir fue acogida calurosamente: *The New Yorker* la entrevistó e hizo un seguimiento de su visita. La reseña decía que era «el correlato femenino de Sartre» y «la existencialista más guapa jamás vista». [9]

A mediados de febrero, Beauvoir abandonó Nueva York para hacer una gira de 24 conferencias sobre «los problemas éticos del escritor de posguerra». Se publicaron dos artículos suyos, en donde se anuncia la gira, sobre las escritoras francesas: «Los problemas de la literatura femenina» y «Mujeres de letras». *France-Amérique* presentó a su autora como una «filósofa, reportera y novelista». ¿Cuáles eran los «problemas» de la literatura femenina? ¿Por qué habían tenido menos éxito literario las mujeres que los hombres? Beauvoir decía que las limitaciones de las mujeres se debían a su situación, no a una inferioridad innata:

> Durante siglos han sido los hombres y solo los hombres quienes han configurado el mundo en que vivimos. Eso quiere decir que este mundo les pertenece a ellos. Las mujeres ocupan un lugar en ese universo, pero no están a gusto en él. Es natural que el hombre quiera explorar el territorio del que se siente dueño; que intente conocerlo con curiosidad, que aspire a dominarlo con el pensamiento e incluso que pretenda, por medio del arte, recrearlo. Nada lo detiene, nada le pone límites. Pero, hasta estos últimos años, la situación de las mujeres era completamente distinta. [10]

La situación de las mujeres había cambiado drásticamente durante aquellos últimos años; no solo por haber conquistado el derecho a votar (que en Francia era muy reciente), sino también desde el punto de vista de la educación y la igualdad de oportunidades. Y, como consecuencia de ello, las mujeres querían «profundizar en el conocimiento de sí mismas», lo que «las impulsaba hacia la filosofía». [11] Pero Beauvoir pensaba que aún había que resolver muchas cosas; como la feminidad se identificaba casi siempre con la modestia, las mujeres carecían de audacia y temían las consecuencias del atrevimiento. De pequeñas, escribió Beauvoir, las chicas tenían cierta autonomía, pero, cuando se hacían mujeres, se las animaba a renunciar a esa facultad en nombre de la felicidad y el amor. [12]

Una de las conferencias tuvo lugar en Chicago, donde estuvo solo un día y medio. Las calles estaban nevadas y la «ciudad del viento» hizo honor a su nombre. El frío era inhumano; no quería explorar aquel lugar sola. Sus amigos neoyorquinos le habían dado el nombre de una persona: Nelson Algren, un novelista con fama de tipo duro que escribía sobre el lumpen de la vida estadounidense, esto es, los drogadictos y las prostitutas.

Intentó llamarlo tres veces, pero, como no sabía ni pronunciar su nombre, Algren le colgaba el teléfono. A la tercera, le pidió a un estadounidense que lo intentara él, y esa tarde se reunieron en el bar del hotel. [13] Con treinta y ocho años, alto y elegante, Algren era un año menor

que ella. Beauvoir le dijo que estaba cansada de ver el lado bonito de Estados Unidos: la gira, hasta ese momento, la había llevado de un hotel de cinco estrellas a otro. Después de tantas comidas, conferencias y langostas, le gustaría saber cómo era Chicago en realidad.

Él se lo explicó: la llevó al Bowery, que era conocido por «las luces rojas, las bailarinas cimbreantes y demás prodigios». [14] Fueron a un club de *strip-tease* y escucharon jazz en un club de negros. Algren no sabía francés, y ella seguía luchando con el inglés. Pero, antes de terminar la noche, estaba contándole su vida. Nació en Detroit y se crio en un barrio pobre del sur de Chicago. Su padre era sueco y su madre judía: él no se sentía ninguna de las dos cosas. Estudió Periodismo en la Universidad de Illinois y posteriormente viajó por el sur de Estados Unidos. En una ocasión robó una máquina de escribir en Texas y terminó en la cárcel durante cuatro meses. Había servido en el Ejército en Francia, y estuvo en Nueva York a la ida y la vuelta. Aparte de eso, no había salido mucho de Chicago. Pero le encantaba escribir y pensaba que ella debería ver Estados Unidos *de verdad* .

Al terminar la velada quedaron en verse al día siguiente. Beauvoir comió en la Alianza Francesa, pero después les pidió a sus anfitriones que la dejaran en casa de Algren. Su respetable séquito estaba más que sorprendido de que quisiera visitar *ese* barrio. Pasaron por delante de solares baldíos y almacenes abandonados. Y entonces llegaron al 1523 de la avenida West Wabansia. La casa de Algren era una ruina, y estaba llena de periódicos desordenados. Pero en la cocina había una chimenea encendida y en su cama una vistosa manta mexicana. Beauvoir no se acercó mucho a ella durante esa visita: Algren quería llevarla a dar una vuelta por el barrio. Dieron un paseo a pesar del frío glacial, calentándose con bebidas, y luego ella tuvo que marcharse a cenar con los almidonados caballeros del Consulado francés.

A la mañana siguiente Beauvoir tomó un tren en dirección a Los Ángeles. Cuando llegó, al cabo de dos días, fue recibida en la estación por Nathalie Sorokine (su antigua alumna y amante). Nathalie y su marido, Ivan Moffat, vivían en Westwood con su hija pequeña. Fueron en coche hasta su casa, donde Moffat tenía ya el desayuno preparado. Moffat estaba teniendo cierto éxito como guionista —posteriormente fue candidato a un Óscar de la Academia— y realmente le gustaba *Todos los hombres son mortales* . Le había pasado la novela a George Stevens, un productor amigo suyo. Estaban

pensando en Greta Garbo y Claude Rains para los papeles protagonistas, y hablaban de mucho dinero. «30.000 dólares», le escribió a Sartre: «¿No es mareante?». [15] (Beauvoir esperaba volver a Estados Unidos al año siguiente, pero por desgracia la película no se rodó.) [16] Al cabo de unos días, Nathalie y Simone emprendieron un viaje en coche por California: Nathalie conducía el Packard rojo de Moffat, y en él llegaron a San Francisco y luego a Lone Pine, un pueblecito con una Sierra Nevada de fondo, donde se reunieron con Moffat y Stevens.

Cuando regresaron a Los Ángeles, Beauvoir y Sorokine tomaron un autobús hacia Santa Fe, la capital de Nuevo México. Estuvieron tres semanas viajando: Santa Fe, Houston, Nueva Orleans, Florida y, por último, Nueva York, y Beauvoir pronunció conferencias por toda la ruta. Fue un viaje agotador, pero a Simone le encantaba aprender y ver sitios nuevos. Mientras iba de ciudad en ciudad, Beauvoir hacía preguntas en los cócteles de bienvenida y hablaba con el público y con los profesores y estudiantes universitarios. Leía libros en inglés y tomaba notas sobre la vida en Estados Unidos. Después de aquella visita publicó un cuaderno de viaje, *América día a día* (1948). Algunas partes de ese diario son muy elogiosas: antes de Nueva York, dijo: «Nunca pensé que otra ciudad iba a gustarme tanto como París». [17]

El 12 de marzo, cuando regresó a Nueva York, le escribió una carta a Algren; este le había enviado unos libros al hotel de Chicago, pero Simone no los había recibido cuando dejó la habitación. También le había remitido una nota preguntándole si podría volver a Chicago. Simone respondió que no lo sabía —tenía que dar muchas conferencias en Nueva York— pero que a lo mejor era posible en abril.

Su gira tuvo mucha publicidad, tanto en revistas de moda como en boletines universitarios. A mediados de marzo *Vogue* publicó «Feminidad: la trampa», artículo en el que se presentaba a Beauvoir como «la principal discípula de la filosofía *existencialista* de Jean-Paul Sartre». Es poco probable que se le pasase por alto lo irónico de esa afirmación, pero ¿la indignó que la describieran así? ¿O como «una mujer que piensa como un hombre»; «una francesa, esbelta, guapa, de treinta y ocho años»? El mismo número de la revista incluía un perfil de André Malraux en el que era presentado como un «literato enérgico», un «partidario del gaullismo y enemigo de los comunistas». (Los lectores se quedaron sin saber si era esbelto o guapo.)

El artículo sobre Beauvoir se anunció como un trabajo acerca de «el nuevo papel de la mujer en Francia». Algunos pasajes del artículo aparecen —casi al pie de la letra— en *El segundo sexo* , aunque no se sabe a ciencia cierta si ya habían sido escritos para el libro o si, en realidad, Beauvoir fusiló posteriormente el artículo de *Vogue* . [18] Lo único que sabemos por sus memorias es que la editora de *Vogue* , Jean Condit, organizó una fiesta en honor de Simone poco después de su llegada a Nueva York, que el 6 de febrero decidió escribir para la revista, y que el 12 de febrero le dictó el texto a una mecanógrafa. [19]

En ese artículo expone con claridad las reivindicaciones fundamentales del feminismo maduro: «No hay mito más irritante y más falso» que «el eterno femenino, el cual fue inventado, con la ayuda de las mujeres, por los hombres, quienes las califican de intuitivas, encantadoras y delicadas». [20] La «trampa» de esa feminidad consiste en que a menudo asigna a las mujeres un papel inferior y hace que se sientan divididas. Beauvoir pensaba que la feminidad atribuye valor a las mujeres desde la perspectiva de los hombres, y que por tanto ellas temen que, si la pierden, perderán su valor. Beauvoir empezaba a pensar que, cuando las mujeres adquieren más valor ante sí mismas, por medio de la educación o los méritos en el trabajo, las mujeres profesionales suelen sentirse inferiores a otras mujeres, por ser menos delicadas y encantadoras, es decir, menos *femeninas* . Los hombres, por el contrario, no tenían que sacrificar el éxito a la masculinidad, o los méritos a la tranquilidad: sus logros profesionales no eran pérdidas personales. Esa contradicción solo afectaba a las mujeres: «O renuncian en parte a la integración de su personalidad, o abandonan en parte su poder de seducción sobre los hombres». [21] Pero ¿por qué el éxito —o la seducción— tenía que salirles tan caro?

Durante su estancia en Estados Unidos, Beauvoir tomó nota de ciertas cosas que quería recordar para su libro sobre las mujeres. Al estar en una cultura ajena —y verla con ojos nuevos—, interpretaba las relaciones entre hombres y mujeres de una manera diferente. En *América día a día* , Beauvoir dice que le resultaba extraño pensar que las mujeres eran menos libres en Estados Unidos que en Francia. Antes de aquel viaje, para ella «mujer estadounidense» era sinónimo de «mujer libre». Mas, para su sorpresa, se dio cuenta de que al otro lado del Atlántico las solteras eran menos respetadas. Al principio, escribió, la forma de vestir de las mujeres «me llamó la atención por su condición palmariamente femenina, casi

sexual. Aquí, en las revistas femeninas, más que en sus variantes francesas, he leído largos artículos sobre el arte de cazar marido». En Estados Unidos Beauvoir percibió cierta rivalidad entre hombres y mujeres; le dio la impresión de que las mujeres no se caían bien entre sí, lo que convertía sus relaciones en luchas intestinas. «Ello se debe en parte a que los hombres suelen ser lacónicos, y, pese a todo, un mínimo de conversación es necesario para la amistad. Pero también se debe a que hay una desconfianza mutua.» [22]

Cuando regresó a Nueva York a mediados de abril, Beauvoir se alojó en el hotel Brevoort, cerca de Times Square. Visitó de nuevo a los Wright, y también a Bernard Wolfe. Tenía que marcharse el 10 de mayo, por lo que escribió a Sartre para que le preparase un «buen regreso»: solo quería verlo a él y a Bost. Además le propuso que hicieran un pequeño viaje ellos dos solos para ponerse al día.

Tenía muchas cosas que contarle, sobre todo acerca de las numerosas conferencias que había dado cerca de Nueva York: Harvard, Princeton, Yale, Macon College, Oberlin, Mills College, Vassar, Wellesley y Smith. Pero incluso en las publicaciones universitarias la describían haciendo hincapié en su aspecto y en su relación con Sartre: *The Daily Princetonian* informó de que «la elegante y atractiva Simone de Beauvoir, la embajadora del existencialismo en Estados Unidos», había dicho en público que «a los escritores ya no les es posible mantenerse al margen y aislarse en sus torres de marfil». [23]

Fuera de la torre de marfil, lo que vio de Estados Unidos con Ellen y Richard Wright fue increíble. Cuando estaba con ellos —es decir, dos mujeres blancas y un hombre negro—, los taxis pasaban de largo. Wright la llevó a la Iglesia Baptista Abisinia para que escuchara los sermones políticos del reverendo Adam Clayton Powell, [24] con el fin de que viera una iglesia pobre en Harlem. [25] *Hijo nativo* , la novela de Wright, contaba la historia de un joven negro, Bigger Thomas, que polemizaba sobre el significado de ser negro, a semejanza de las obras de James Baldwin y Frantz Fanon. Los Wright ayudaron a Beauvoir a ver la segregación: «Desde la cuna hasta la sepultura, cuando trabaja, come, hace el amor, camina, baila o reza, no es capaz de olvidar que es negro, y eso le recuerda a cada momento el mundo blanco del que la palabra “negro” toma su significado». [26]

Debe de resultar realmente extraño ser despreciado en las aceras durante el día y aclamado por los famosos durante la noche. En una ocasión, tras pronunciar un discurso en la New School (una nueva universidad y foco progresista), Beauvoir fue a cenar con Marcel Duchamp antes de presentarse en casa de Erwin Piscator para asistir a una gran fiesta en su honor: Le Corbusier estaba allí, así como el compositor Kurt Weill e incluso Charlie Chaplin. Se divirtió mucho hablando con Chaplin, pero la situación se volvió un poco incómoda —«grotesca», dijo ella— cuando otro invitado la conminó a reconocer que Chaplin era un existencialista. [27]

*América día a día* se tradujo al inglés al cabo de poco tiempo y en el Reino Unido apareció en 1952. Allí, «Madalle Gulliver en Amérique» tuvo muy buenas críticas. En 1953 se publicó otra edición en Estados Unidos, pero las alusiones a la segregación racial se omitieron. No fue la única vez en que le sucedió eso a la obra de Beauvoir: en la edición inglesa de *El segundo sexo* se suprimieron también los párrafos en los que analizaba la opresión. Se consideraba que, en 1953, el público estadounidense no estaba preparado para oír lo que Beauvoir tenía que decir sobre el racismo. Sin embargo, otras críticas más recientes describen el ensayo como «uno de los dos mejores análisis de Estados Unidos que se han hecho en el siglo XX ». [28]

El 24 de abril escribió a Sartre para decirle que le gustaría ver a Bost cuando regresara, antes de que se fueran de viaje, y llamó a Nelson Algren para preguntarle si podía ir a verlo, pues al final le sobraba algo de tiempo. Tomó un vuelo para Chicago y estuvo tres intensos días con él. Cuatro días después volvió a Nueva York, donde la esperaba una carta de Sartre: le había reservado «su habitación rosa» en el hotel Louisiane y la estaría esperando cuando llegase del aeropuerto.

El 1 de mayo Bernie Wolfe la llevó a una fiesta donde los invitados estaban fumando porros. Le preguntaron si quería probar uno. Los neoyorquinos le dijeron que con uno se colocaría un poco, pero, tras fumarse seis, seguía como si tal cosa. Eso la molestó tanto que se bebió media botella de whisky. Los americanos estaban alucinados: después de todo eso, apenas estaba achispada. [29]

El 3 de mayo recibió en el hotel otra carta de Sartre. En ella le decía que Vanetti estaba complicando las cosas y le preguntaba si no podría quedarse una semana más en Nueva York. Cuando leyó la carta, un sábado gris y lluvioso, Simone tuvo una recaída, una nueva «crisis» de llanto y

ansiedad. Tardó cinco días en responder a la carta. Cuando lo hizo dijo que la noticia le parecía «desastrosa», pero que la idea de no poder regresar hasta que quisiera Sartre era «intolerable». No le resultó fácil, pero logró cambiar el vuelo, y el martes 6 de mayo ya estaba todo arreglado: llegaría a la Gare des Invalides el domingo 18 de mayo a las 10.30. No quería compartir con Sartre los primeros días de su regreso, de modo que volvió a pedirle «que lo dejara todo bien solucionado para que pudieran estar a solas durante una temporada». Terminó con una posdata para Bost en la que decía que «tenía unas ganas estúpidas de verlo» y que pensaba en él mucho más de lo que se merecía. [30]

El 10 de mayo tomó un avión para Chicago, adonde llegó a media mañana. Simone y Nelson llamarían a ese día su «aniversario». Al día siguiente, Nelson le puso en el dedo un anillo mexicano de muy poco valor; Simone dijo que lo llevaría puesto toda la vida.

Simone y Nelson pasaron una semana juntos antes de que ella cogiera el avión para París, el 17 de mayo; le escribió la primera carta mientras hacía escala en Terranova. Había llorado en el taxi de camino al aeropuerto, pero aquellas lágrimas no eran amargas. «No tendremos que despertarnos, porque no fue un sueño; es una historia maravillosa que acaba de comenzar.» [31] Esa primera carta iba dirigida a su «adorado chicaguense». [32] Algren pronto pasaría a ser «su querido dilema americano». [33]

Simone tenía la esperanza de que la belleza de París desterraría su tristeza, y al día siguiente de su llegada estaba contenta de encontrarse de nuevo en aquella ciudad. Pero, un día después, París estaba gris y muerto; o quizá, le dijo a Nelson en una carta, era su corazón el que ya no sentía nada. Vanetti seguía estando allí. Y Algren no. Le escribió suplicándole que fuera a verla en cuanto uno de los dos tuviera dinero. Se sentía como si estuviera navegando trabajosamente, con el cuerpo en París y el corazón en algún lugar sobre el Atlántico.

El 21 de mayo Beauvoir, cargada de libros y cuadernos, se fue a Saint-Lambert, un pueblecito situado en el valle de Chevreuse. A unos dos kilómetros de allí se encontraban las ruinas de un monasterio, Port-Royal des Champs, donde vivió un tiempo Pascal y donde estudió de joven Racine. En París Simone no tenía nada de Algren y solo la mitad de Sartre; necesitaba estar sola para recuperar la serenidad. Pero Sartre le había prometido dos semanas —él, al fin y al cabo, también quería verla—, de modo que dividía el tiempo entre París y Saint-Lambert. A Vanetti le

molestaba la presencia de Beauvoir, por lo que, transcurridas las dos semanas, Sartre volvió con aquella a París. Beauvoir se quedó en el campo. De vez en cuando iba a París para trabajar en *Les Temps Modernes* o para visitar a sus amigos.



ILUSTRACIÓN 9. Simone de Beauvoir y Nelson Algren en Chicago, en 1948.

Simone estaba agotada y probablemente deprimida: pasaba más tiempo durmiendo de lo que era habitual en ella. A veces salía a pasear y se acercaba hasta la abadía de Port-Royal, que estaba decorada con un poema «muy malo» de Racine en el que este alaba la naturaleza por su libertad,

transparencia y veracidad, así como la «fecunda soledad» de aquel paisaje. Y además le escribió a Algren llevando puesto su anillo y usando el bolígrafo rojo que le había regalado. Habitualmente no llevaba anillos, le dijo, y sus amigos se habían dado cuenta: «Todo el mundo en París estaba muy sorprendido». [34]

En Saint-Lambert, a finales de mayo, releyó lo que había escrito en 1946 acerca de las mujeres —el material inicial de *El segundo sexo* — y pasó uno de esos días en que no entendía por qué una persona se molestaba en escribir algo. [35] Uno de esos días que se convirtió en unos cuantos, y el 6 de junio decidió que no podía llevar a cabo «el libro sobre las mujeres» hasta que hubiera escrito acerca de sus viajes. De modo que se dedicó a escribir *América día a día* y paulatinamente empezó a coger de nuevo el ritmo.

Las cartas de Beauvoir a Algren revelan muchas cosas sobre su vida cotidiana: qué estaba escribiendo, a quién veía en los cócteles de su editor, etc. Como Simone quería que Nelson aprendiera francés, incluía en las cartas algunos párrafos para que los tradujera: eran los mejores fragmentos, le decía para incentivarlo. Beauvoir le contó a Algren que el *American Dilemma* de Myrdal y las conversaciones con Richard Wright le habían inspirado su proyecto sobre las mujeres. [36] Ese libro, le dijo a Algren, le hizo empezar a pensar de nuevo en la obra que tenía planeado escribir sobre la situación de las mujeres: «Me gustaría escribir un libro tan importante como este tocho sobre los negros». [37] Beauvoir quería hacer por las mujeres lo que Myrdal había hecho por los afroamericanos, demostrando que el racismo y el sexismo estaban enraizados en las contingencias de la cultura y que, también en lo relativo a las mujeres, la gente se amparaba en coartadas.

Pero sus cartas hablaban poco de Sartre, y aún menos de Vanetti. En julio esta partió de Francia en barco, desde El Havre. La Vanetti dio otro ultimátum: si Beauvoir volvía a acercarse otra vez, se acababa todo. Sartre se sentía desgarrado, pero Beauvoir también estaba dividida; hacía dos meses que había vuelto a Francia, y desde entonces sentía una inquietud permanente. En julio, Nelson había dicho que deseaba que Simone se quedara en Chicago para siempre. El 23 de ese mismo mes ella le respondió que no podía. Lo amaba, pero no podía entregarle su vida. No quería mentirle, y le angustiaba la siguiente pregunta: «¿Es justo dar algo de uno

mismo sin estar dispuesto a darlo todo?». [38] Pasara lo que pasara, Simone sabía que no podía darle todo, y, aunque se sentía angustiada, deseaba aclarar las cosas.

Nelson le respondió con una propuesta de matrimonio. Había planeado decírselo en persona, pero la respuesta de Simone le hizo recurrir al lápiz y papel.

Querían estar juntos, pero ambos sabían que había un problema: él no quería marcharse de Chicago; ella no quería marcharse de París. Nelson había estado casado antes, durante siete años, y ya la consideraba más su mujer que a su esposa «verdadera». De modo que acordaron dar un enfoque menos convencional al siguiente paso: ella iría a visitarlo una temporada y luego regresaría a París. Más tarde él iría a visitarla a Francia.

En agosto Simone viajó a Copenhague y a Suecia con Sartre. Y el 6 de septiembre tomó un avión para Chicago. Sartre la animó a ir, ofreciéndole incluso el dinero para el viaje.

Cuando llegó, Algren la llevó a dar una vuelta por la ciudad:

> Quería mostrarle que Estados Unidos no era un país de prósperos burgueses cuya única finalidad era tener una casa en propiedad y pertenecer a un club de campo. Quería mostrarle a las personas que se encaminaban, con la misma tenacidad, al correccional y a la cárcel. Le presenté a atracadores, proxenetas, carteristas, putas y heroinómanos. Iban siempre cuesta abajo. Conocí a muchos ese año. La llevé a la cárcel del condado y le mostré la silla eléctrica. [39]

Beauvoir tomó notas para su libro; iban a las pizzerías y bebían *chianti* . Cuando aquella estancia llegó a su fin, hicieron planes para verse otra vez en la primavera de 1948 y viajar durante cuatro meses. Pero, aun así, tras separarse, Simone le escribió en un inglés macarrónico que algo «se había roto en su corazón» cuando se despidieron. Él seguía queriendo casarse con ella, pero Simone le dijo que, aunque renunciaría a muchas cosas por él, no pensaba renunciar a su oficio. «No podía vivir solo para la felicidad y el amor, no podía renunciar a la escritura y el trabajo en el único sitio donde mi escritura y mi trabajo tienen sentido.» [40] La filosofía de Beauvoir asignaba un lugar de honor al concepto de *situación* : Simone pensaba que el contexto cultural de la vida personal y de las obras personales era muy importante; es posible que esa importancia le impidiera ver que sus ideas tenían la fuerza suficiente para iluminar otros lugares ajenos a Francia.

Cuando Beauvoir regresó a París a finales de septiembre de 1947, Sartre tenía una nueva aventura; Vanetti ya no lo ataba tan corto. El nuevo ligue tenía veintitrés años; se trataba de Sally Swing Shelley, una periodista estadounidense que estaba en París para informar sobre la visita de la princesa Isabel. Cuando aquel amor se apagó, Swing se dio cuenta de que Sartre trataba a las mujeres como si se tratara de los cajones de una cómoda, pues abría el que le daba la gana cuando le apetecía. Pero en aquella época Swing estaba coladita por él. [41]

En noviembre de 1947, Beauvoir publicó su segundo ensayo filosófico, *Para una moral de la ambigüedad* , en el que desarrollaba la filosofía de la libertad. En ¿*Para qué la acción* ?, Beauvoir había dicho que cada persona debe decidir qué lugar ocupa en el mundo. En *Para una moral de la ambigüedad* volvió a la idea sartriana de la libertad autónoma e invulnerable y al tema de su ensayo «Ojo por ojo». Después de la guerra se enteró de las atrocidades de Buchenwald y Dachau; al igual que tantos miembros de su generación, Beauvoir se preguntaba cómo era posible que los seres humanos fueran capaces de tanta inhumanidad. Los nazis, afirmaba ella, humillaban a los hombres que querían destruir para que sus semejantes ya no los vieran como seres humanos, como sujetos libres y conscientes. [42]

En ¿*Para qué la acción* ?, Beauvoir había escrito que cada persona necesita la libertad de otras personas, y en cierto sentido siempre aspiramos a ella porque solo la libertad de los demás nos impide considerarnos a nosotros mismos como cosas, como objetos. [43] Beauvoir argumentaba que el mal consiste en negar la libertad, así la propia como la ajena. Para combatir el mal, por tanto, debemos reconocer que la afirmación de nuestra propia libertad implica la responsabilidad de conformar el presente y el futuro de manera tal que nosotros *y los otros* seamos libres.

No es fácil. Es mucho más cómodo existir en un estado de dependencia infantil, pensando que nuestra función en el mundo está predestinada. De niños, no sabemos en qué vendremos a parar, lo cual, durante un tiempo, es adecuado para el desarrollo. Los mundos juveniles poseen características uniformes y esperanzadoras que apenas percibimos: las niñas llevan vestidos, la hora de acostarse es a las nueve. Pero algunos adultos se adaptan a ciertas características del mundo con la misma aceptación pasiva: los judíos llevan estrellas, el toque de queda es a las diez.

Beauvoir pensaba que seguir siendo pasivamente infantiles es un acto de mala fe. Para volvernos éticos debemos tomar lo que ella denominaba (al igual que Sartre) una *decisión original* . Tenemos que elegir lo que queremos ser; no de una vez por todas, sino una y otra vez, «en cada momento durante toda la vida». [44] Beauvoir volvía a criticar el concepto de libertad elaborado por Sartre en *El ser y la nada* (si bien entonces, por influencia de Simone, Jean-Paul empezaba a abandonar esa idea). Según Beauvoir, nadie puede ser libre estando solo: «Un hombre que intenta alejarse de los demás hombres, lo intenta contra ellos al mismo tiempo que se pierde a sí mismo». [45] Al lema sartriano conforme al cual «el hombre es lo que hace de sí mismo», Beauvoir respondía que no nos hacemos solos ni de la nada. «Solo podemos ser quienes somos gracias a los demás.» [46]

*Para una moral de la ambigüedad* se publicó en inglés en 1948, cuando no había ninguna traducción de ¿*Para qué la acción* ?, y Beauvoir todavía estaba trabajando en *El segundo sexo* . Así pues, conviene hacer un breve repaso de cómo esa obra tuvo una influencia considerable en la filosofía inicial de Beauvoir y sentó las bases de sus obras posteriores. Beauvoir estaba aún reflexionando sobre la idea de «situación» y sobre el modo en que los demás dan forma a nuestra vida. En *Para una moral de la ambigüedad* Simone argumentaba que, a fin de ser libres de una manera *ética* , debemos utilizar nuestra libertad para aceptar los vínculos que nos unen a los demás. Ella lo denomina «apelación» o «llamamiento» a la libertad de los otros. Todo ser humano desea que su vida sea entendida de verdad, y que tenga importancia no solo por ser *una* vida, sino por ser *su* vida. Todos queremos «justificarnos» y pensar que nuestra vida tiene sentido. Pero escuchar el llamamiento de nuestra libertad sin oír el de la libertad de los otros es un solipsismo, o sea, una especie de muerte espiritual, un rechazo que anula nuestro propio devenir. Solo con los otros podemos crear ciertos proyectos, ciertos valores y un mundo nuevo.

En *El ser y la nada* , Sartre incluyó una nota al pie en la que decía que iba a escribir una ética de «la liberación y la salvación» como antídoto contra su lúgubre y conflictiva visión de la existencia humana. Pero, aunque Sartre escribió algunas notas para un libro de ética, este no llegó a publicarse, y él no era un escritor precisamente reacio a publicar textos (la revista *Economist* calculó su producción en veinte páginas diarias a lo largo de su vida laboral). Hoy en día, la ética de Beauvoir empieza a ser reconocida como «el cumplimiento de la promesa que Sartre incumplió». [47]

Pero en 1947 Francis Jeanson publicó un libro titulado *El problema moral y el pensamiento de Sartre* . Un crítico escribió que en ese texto los lectores comprobarían «por primera vez» lo que una ética de la libertad podía ser en sí misma, «si descartamos el interesante *Para una moral de la ambigüedad* de S. de Beauvoir». [48] No explicó *por qué* había que descartarlo, de modo que seguimos sin saber si había algún motivo.

Es evidente que en 1948 la crítica filosófica rechazaba a Beauvoir, quien además estaba indignada por las exigencias divulgativas de una serie de «advenedizos incompetentes»: ¿es que querían que explicase el existencialismo en una sola frase? La élite filosófica la consideraba una intrusa al mismo tiempo que la calificaba de elitista desde el punto de vista filosófico. Beauvoir quería ser una escritora comprometida, y por eso escribió novelas y artículos además de filosofía. Nadie esperaba comprender a Kant o a Hegel habiendo leído solo una cita de ellos; ¿por qué pensaba la gente que eso era posible con el existencialismo? [49] En su opinión, comprender el existencialismo significaba comprender la larga tradición filosófica en la que se apoyaba: en esa etapa, según ella, la *filosofía* existencialista no estaba al alcance de cualquiera; la *literatura* existencialista, por el contrario, podía mostrar a los lectores una perspectiva existencialista del mundo y apelar a sus libertades de distintas maneras.

En enero de 1948, Beauvoir envió *América día a día* a su editor, con una dedicatoria para Ellen y Richard Wright. Había llegado el momento de centrarse en su ensayo sobre las mujeres. Ella y Algren planeaban viajar juntos desde mayo hasta septiembre, de manera que quería escribir el mayor número de páginas posible antes de la partida. Sartre tenía pensado que Vanetti se quedara en París mientras ellos estaban fuera (tendría que dejar de ver a Sally durante una temporada; Dolores no lo sabía).

Pero a Beauvoir empezó a preocuparla el hecho de estar fuera tanto tiempo; no solo por Sartre, sino también porque planeaba ir haciendo entregas de *El segundo sexo* entre mayo y julio. Habló con Sartre y decidió acortar el viaje a solo dos meses, pero no se atrevía a decírselo a Algren por carta. Era mejor explicárselo en persona.

Beauvoir viajó por el Misisipí hasta Nueva Orleans, y desde allí, cruzando la frontera, fue a Yucatán, Guatemala, Veracruz y Ciudad de México. Ella y Algren navegaron por el Misisipí en un barco de vapor, bebiendo whisky en la cubierta. A Simone le encantaron los colores y las texturas de la ropa guatemalteca, por lo que compró mantas, cortinas y telas

para llevárselas a su modista. [50] Y siguió encontrando razones para no decirle a Nelson que tendría que irse pronto, hasta que un día, en el trayecto entre Ciudad de México y Morelia, cometió la torpeza de anunciarle que debía regresar el 14 de julio. «Ah, está bien», dijo Nelson. Pero al día siguiente no quiso pasear por Morelia con ella. En Cholula, Puebla y Tlaxco también estuvo retraído. Simone le preguntó qué le pasaba. México lo estaba poniendo de los nervios.

Al final Nelson le dijo que ya no sentía lo mismo que antes. Volvieron a Nueva York, y una noche Simone le espetó: «Puedo irme mañana». Pero Nelson, que no quería que se fuera, le dijo: «Estoy dispuesto a casarme contigo ahora mismo». [51] Fue una situación angustiosa: ninguno de los dos estaba dispuesto a hacer una mudanza transatlántica y cada uno se quejaba de la desgana del otro. Beauvoir, cuando el 14 de julio de 1948 partió hacia París, pensó que probablemente no volvería a ver a Algren.

De vuelta en París, Simone se zambulló en el trabajo. Aún no disponía de ingresos suficientes para tener su propio estudio, de manera que a menudo trabajaba en Les Deux Magots cuando no podía ir a casa de Sartre. Las entregas de *El segundo sexo* estaban provocando reacciones interesantes; la primera trataba sobre «la mujer y los mitos», y en ella Beauvoir analizaba la forma en que aparecían las mujeres en las obras de novelistas de prestigio como Henry de Montherlant, Paul Claudel y André Breton. Beauvoir escribió a Algren para decirle que al libro le faltaba otro año de trabajo para que «fuera bueno». Pero entretanto, «para mi deleite, he oído que la parte publicada en *Les Temps Modernes* ha enfurecido a algunos hombres. Es un capítulo dedicado a los estúpidos mitos sobre las mujeres a las que los hombres valoran y a la ridícula y cursi poesía que les inspiran. Parece que [a esos hombres] les han dado donde más duele». [52]

Ellos también tenían que solucionar su dolor; Algren seguía queriendo más de ella. En agosto le escribió recordándole que siempre había dicho que no quería ser suya. Simone sabía que a Nelson le molestaba el papel que desempeñaba Sartre en su vida. «Ya te he dicho cuánto lo quiero», escribió:

> pero, más que de amor, se trataba de amistad íntima; lo del amor no tenía mucho éxito. Sobre todo porque no le interesa gran cosa la vida sexual. Es un hombre cálido y alegre en todas partes, menos en la cama. Aunque yo no tuviera experiencia, me di cuenta en seguida; y, poco a poco, nos pareció inútil, incluso indecoroso, seguir siendo amantes. Lo dejamos después de ocho o diez años bastante infructuosos en ese aspecto. [53]

Con el tiempo, las cartas de Algren se fueron haciendo más cariñosas. Le enviaba paquetes de libros y también whisky (oculto en una bolsa de harina). Iba a ir a visitarla en mayo.

Algren leyó *La sangre de los otros* y le envió una larga carta con una nota de un editor estadounidense que no le veía demasiado futuro a la novela porque estaba llena de personajes «que no tienen salvación». Beauvoir le respondió que los periódicos franceses también querían que las novelas existencialistas fueran «heroicas y divertidas». Mas, para sí, escribió: «Me gusta la penumbra en los libros, pues en la vida siempre hay una especie de semioscuridad, pero es que a lo mejor pongo demasiadas sombras». Algren no hizo ningún comentario sobre la cantidad de sombras, pero sí dijo que había demasiada filosofía. Tal vez estuviera en lo cierto, pensó Simone, pero, aun así, respondió: «Esa es mi verdadera forma de sentir; cuando me ocurre algo, siempre lo racionalizo. [...] Los sentimientos, los sucesos y la filosofía: sería impropio de mí descartar todo eso». [54] Estaba enfrascada en la redacción del libro sobre las mujeres, de modo que no pensaba en escribir otra novela, aunque sabía que deseaba intentarlo.

Trabajaba mucho —leyendo y escribiendo ocho horas al día— y encima comía poco y bebía demasiado por la noche. Le dijo a Nelson que a lo mejor es que hacía las cosas «un poco alocadamente», ya fuera en lo tocante al trabajo, a los viajes o al amor: «Pero así soy yo. Prefiero no hacer las cosas que hacerlas a medias». [55] Entrelazaba recuerdos en sus cartas para mostrar que las experiencias pasadas perviven en el presente, y le contó a Nelson lo entusiasmada e impaciente que estaba por la ropa que le estaban haciendo con las telas que ambos habían comprado en Guatemala:

> Me están haciendo dos prendas preciosas con los bordados guatemaltecos: un corpiño para llevar con una falda negra. Estuve dos horas de pie, con cinco personas a mi alrededor, para que me quedara bien. Era un disparate, pero quería estar realmente guapa y fui a una buena modista. [...] (¿Recuerdas cuando regateaste tan bien por aquel tejido azul en Quetzaltenango?) [56]

En octubre de 1948, Beauvoir dejó atrás su vida hostelera y se mudó a un quinto piso en la calle de la Bûcherie. Estaba cerca del Sena, en el Barrio Latino, a quince minutos andando de la casa de Sartre. Lo decoró con cortinas rojas y sillones blancos; Giacometti le había regalado unas lámparas de bronce diseñadas por él. De las vigas colgó vistosos adornos de México y Guatemala. Como ya tenía su propio espacio para trabajar por las mañanas, podía prepararse las comidas en casa y tenía un sitio para recibir a

Algren. Le escribió en diciembre para contarle que estaba leyendo el informe Kinsey, *Conducta sexual en el hombre* , y que le gustaría que hubiera algo parecido para las mujeres. [57]

Según las normas de una relación erótica convencional, Beauvoir y Sartre no parecen muy «necesarios» el uno para el otro en ese momento. Sus relatos difieren precisamente en lo relativo a *cuándo* terminó el aspecto sexual de su relación, pues Sartre afirma vagamente que duró diez años más de lo que dice Beauvoir; en 1970 le dijo a un entrevistador: «1946, 47, 48, no me acuerdo bien». [58] Solo vivieron juntos cuando las circunstancias adversas lo requirieron, y siempre se trataron de usted. Pero todos los días pasaban varias horas trabajando codo con codo, revisando los textos del otro y gestionando *Les Temps Modernes* . ¿Era esa la vida con la que habían soñado la Valquiria y el Saltimbanqui?

Los Bost se mudaron al piso de abajo del de Beauvoir cuando quedó libre un apartamento, y los amigos solían cenar juntos. Pero, desde que Algren entró en su vida, Beauvoir dejó de acostarse con Bost. Nunca le faltaron novias, pero, aun así, aquello le dolió. Fue a él, al hombre menos machista que conocía, a quien Simone dedicó su siguiente libro: *El segundo sexo* .

# CAPÍTULO 12

## El escandaloso *Segundo sexo*

En *La plenitud de la vida* , Beauvoir dijo que durante los primeros años de la década de 1930 el «feminismo» y «la lucha de los sexos» no tenían ningún sentido para ella. [1] ¿Cómo llegó entonces a escribir la «biblia feminista»?

Cuando se publicó *El segundo sexo* , Beauvoir tenía cuarentaiún años. Había visto sufrir a su madre una relación absolutamente desigual con su padre. De joven le molestaba que la trataran «como a una niña», pues sabía que los niños y las niñas eran iguales a los ojos de Dios. Desde el día en que el empleado de la librería practicó el exhibicionismo delante de ella, a menudo se sentía incómoda en presencia de hombres desconocidos. Había perdido a Zaza, con la que tanto había debatido sobre el valor relativo de las dotes, las buenas costumbres y el amor. Había visto el sufrimiento y la hospitalización de algunas amigas suyas tras la práctica de abortos ilegales. Había charlado con mujeres que desconocían su propio cuerpo y los placeres que generaba. Había viajado por otros países, lo que le hizo darse cuenta de que las costumbres a veces parecen necesidades simplemente porque son habituales. Había leído las páginas iniciales de *Ravages* , una novela de su amiga Violette Leduc y se había sorprendido de su propia sorpresa ante aquel sincero análisis de la sexualidad femenina: aquel libro hablaba de «la sexualidad de las mujeres como nunca había hablado ninguna mujer, con veracidad y poesía». [2]

En ¿*Para qué la acción* ?, Beauvoir escribió que todos debemos ocupar un lugar en el mundo, pero solo algunos elegimos libremente qué lugar ocuparemos. La condición humana es ambigua: somos sujetos y objetos. Como objeto, tu mundo está limitado por las restricciones que otros imponen. Y, como sujeto, tus actos no solo materializan tu propia libertad, sino que también crean nuevas condiciones en el mundo para los demás. La

joven Beauvoir, cuando tenía dieciocho años, escribió en su diario que «el amor tenía algunos aspectos aborrecibles». [3] Su narrativa de la década de 1940 tendió un puente entre filosofía y literatura. Pero en *El segundo sexo* argumentó que lo que llamamos «amor» no es amor en absoluto. Ahí estableció nuevos vínculos entre lo personal, lo filosófico y lo político. Y, aunque algunos la aclamaron por ello, primero otros la marginaron cruelmente. Pasaron varias décadas hasta que su libro fue reconocido como un clásico del feminismo. ¿Qué decía el libro para provocar repugnancia y, posteriormente, adulación?

En la primera línea de *El segundo sexo* no oculta sus dudas y su indignación con respecto a la cuestión de «la mujer». «Tuve muchas dudas antes de escribir un libro sobre la mujer», escribió. Pero durante el siglo pasado se habían publicado «montones de sandeces» —autores que se lamentaban de la pérdida de la feminidad y que decían a las mujeres que tienen que «ser mujeres, seguir siendo mujeres, convertirse en mujeres»—, y ella ya no podía permanecer pasivamente al margen.

La renuencia de Beauvoir cobra más sentido cuando se entiende en su contexto. En 1863, Julio Verne escribió una novela titulada *París en el siglo XX* . Las mujeres llevarían pantalones, pronosticó, y recibirían la misma educación que los hombres. En otras novelas, Verne describió fantásticos logros humanos: submarinos, hombres que dan la vuelta al mundo en ochenta días, incluso viajes a la Luna. Pero, pese al prestigio de Verne como escritor de ciencia ficción, aquello era ir demasiado lejos: su agente literario rechazó *París en el siglo XX* por inverosímil. En la generación de Beauvoir, Coco Chanel llevaba pantalones y lucía una moda *flapper* que ensalzaba la androginia. Las mujeres habían entrado en el mercado laboral en cantidades sin precedentes. Algunas incluso superaban a los hombres en difíciles oposiciones. Aún no podían abrir cuentas bancarias, y seguirían sin poder abrirlas hasta la revisión del Código Napoleónico en 1965. [4] Pero a finales de los años cuarenta el «feminismo» —una palabra que en aquel entonces se asociaba con las sufragistas— estaba pasado de moda tanto en Estados Unidos como en Francia. [5] En esa década consiguieron el derecho a votar. ¿Qué más querían?

Cuando echó un vistazo a la historia, Beauvoir comprobó que los seres humanos tienen la costumbre de mirar los cuerpos de los demás y crear castas, a veces de esclavos, basándose en sus características físicas. Nadie dudaba que aquello era cierto en el caso de la raza. Pero Beauvoir

preguntaba qué ocurría con el sexo. Según ella, los hombres han definido a las mujeres como «otras» y las han relegado al estatus de una casta diferente: el segundo sexo.

Tras sus experiencias en Estados Unidos y sus conversaciones con feministas norteamericanas, Beauvoir sabía que algunas feministas negaban que la palabra «mujer» fuese siquiera un término útil. Pero pensaba que obraban de mala fe. Mujeres como Dorothy Parker pensaban que la desigualdad entre los sexos podía resolverse definiendo a las mujeres como «seres humanos». Pero lo malo de la idea de que «todos somos humanos», decía Beauvoir, es que las mujeres no son hombres. La igualdad que comparten en ese plano es abstracta, y las posibilidades con que cuentan hombres y mujeres son diferentes.

Cada ser humano ocupa una *situación* única, y las situaciones que ocupan hombres y mujeres son desiguales. Pero ¿por qué? Cualquiera puede ver, decía Beauvoir, que los seres humanos se dividen en dos categorías, con cuerpos, caras, prendas de vestir, intereses y ocupaciones diferentes. Aun así, lo cierto es que no bastaba con tener ciertos órganos reproductivos para ser considerada «mujer» porque algunas hembras los tenían y se las seguía tachando de «poco femeninas». Cuando la novelista George Sand se burló de la feminidad convencional, Gustave Flaubert la llamó claramente «el tercer sexo». [6]

Así pues, Beauvoir preguntaba: si ser fémina no es condición suficiente para ser mujer, ¿qué es una mujer?

La respuesta de Beauvoir a la pregunta «¿qué es una mujer?» era que una mujer es lo que no es un hombre. Como afirmaba Protágoras, «el hombre es la medida de la humanidad», el hombre es la norma con la que se juzga «lo humano». Y, a lo largo de la historia, muchos hombres creyeron que las mujeres eran seres inferiores cuyas opiniones resultaban del todo «irrelevantes» para los intereses «humanos». Incluso en la década de 1940, a Beauvoir le rebatían sus opiniones por el simple hecho de ser mujer:

> En las discusiones abstractas yo solía enfadarme cuando los hombres me decían: «Tú piensas tal cosa porque eres una mujer». Pero sé que mi única defensa es contestar: «Lo pienso porque es cierto», eliminando así mi subjetividad. Estaba fuera de lugar responder: «Y tú piensas lo contrario porque eres un hombre», pues se sobreentiende que ser un hombre no es una particularidad; un hombre tiene razón porque es un hombre. [7]

Al decir que la mujer es lo que no es el hombre, Beauvoir se inspiraba en las ideas de Hegel sobre el «Otro». Puesto que los seres humanos tienen la arraigada tendencia a oponerse a lo que es «distinto» de ellos, los hombres se erigieron en «sujetos» libres y definieron a las mujeres, por contraste, como objetos. Pero a Beauvoir le desconcertaba que aquella situación estuviera tan extendida y que persistiera. ¿Por qué no había más mujeres que se rebelaran contra aquellas denigrantes definiciones?

Beauvoir conocía los consabidos argumentos contra el feminismo: ¡Destruirá los valores familiares! ¡Hará bajar los salarios! ¡El lugar de las mujeres es la casa! ¡Somos «independientes pero iguales»! Pero pensaba que esos argumentos eran máscaras para la perniciosa mala fe, de manera muy parecida a las leyes de Jim Crow en Estados Unidos. [8] George Bernard Shaw criticó a los estadounidenses blancos por hacer que los negros les limpiaran los zapatos y luego decir que era lo único que sabían hacer. Beauvoir afirmaba que las mismas deducciones erróneas se aplicaban a las facultades de las mujeres, porque a ellas se las tiene en *situaciones* de inferioridad. El hecho de que ocupen una situación inferior en la sociedad no significa que *sean* inferiores por naturaleza. «Hay que comprender el alcance del verbo *ser* —escribió—; *ser* es haber devenido.» [9]

El lado esperanzador del devenir es que las situaciones pueden mejorar. Durante siglos los hombres han escrito gran cantidad de comentarios sobre la condición «humana». Pero, «desde la condición femenina, ¿cómo se realiza un ser humano?», preguntaba Beauvoir. [10]

Eso decía en la introducción, una minúscula parte de las 972 páginas en dos tomos que ocupa el libro en su traducción al inglés. Pero no fue eso lo que interpretaron sus primeros lectores. En forma de libro, *El segundo sexo* se publicó en dos volúmenes, en junio y noviembre de 1949. [11] El material que Beauvoir había ido sacando a la luz en varios números de *Les Temps Modernes* fue positivo desde el punto de vista de la publicidad, pero no tanto desde el punto de vista de la mitificación y la censura pública. En 1963, al evaluar públicamente la forma cambiante de su legado en *La fuerza de las cosas* , Beauvoir escribió que la publicación de *El segundo sexo* la había convertido en «objeto de sarcasmo». [12] Los ataques *ad feminam* estaban a punto de comenzar, y el sarcasmo no sería lo peor.

Beauvoir trabajó muchas horas para terminar algunas partes del libro en la primavera de 1949 porque Algren iba a llegar a París. Por suerte, este libro le resultaba más fácil de escribir que una novela. En las obras

narrativas tenía que elaborar puntos de vista y desarrollar personajes, cuidando mucho la trama, los diálogos y los presentimientos. Para este libro debía documentarse, organizar datos y escribir. Quería libertad para las mujeres. Pero al parecer solo había dos razones posibles por las que no la tenían: porque estaban oprimidas o porque habían elegido no ser libres. En ambos casos existía un problema moral, pero ¿de quién era el problema?

Cuando Algren llegó a París, Beauvoir estaba un poco preocupada: no se habían despedido bien. Simone fue a recibirlo con el abrigo blanco que había llevado en Chicago dos años antes. Con él en la ciudad, «la familia» no daba crédito a la transformación que se produjo en ella: estaba suave y feliz. A Algren le daba un poco de apuro conocer a Sartre, pero el encuentro fue un éxito: Algren estaba a gusto. Le agradó conocer a Olga y a la última amante de Sartre, Michelle Vian: le hablaban en inglés y disfrutaban muchísimo con sus historias de los bajos fondos.

Beauvoir había decidido publicar ese verano en *Les Temps Modernes* algunos capítulos correspondientes al segundo tomo, el cual trataba sobre «La experiencia vivida». Su método de trabajo en la segunda parte era diferente: recopilaba relatos históricos y descripciones en primera persona de diferentes etapas o eventualidades de la vida de las mujeres: la infancia, el hecho de ser una niña, la pubertad, la iniciación sexual, el lesbianismo, el matrimonio, la maternidad, las expectativas sociales, la prostitución, la vejez.

La publicación de «La iniciación sexual de la mujer», en mayo de 1949, provocó reacciones enérgicas y reveladoras. En ese texto describe su visión de un encuentro sexual —recíproco y nada opresivo— en el que las mujeres disfrutan del sexo como sujetos, no como objetos. En vez de hablar de la pasividad y sumisión ante el deseo no recíproco del varón, Beauvoir escribe sobre relaciones en que las mujeres, gracias «al amor, la ternura, la sensualidad», establecen «una relación de reciprocidad con su pareja. La asimetría del erotismo masculino y femenino crea problemas insolubles mientras haya lucha de sexos; esos problemas podrían zanjarse fácilmente si la mujer percibiese en el hombre deseo y respeto al mismo tiempo». [13] Posteriormente se preguntó si no habría cometido un error publicando primero ese capítulo. [14]

François Mauriac, influyente novelista católico, declaró que los escritos de Beauvoir «rebasaban literalmente los límites de la abyección». ¿Era «una prestigiosa revista filosófica y literaria el lugar más indicado para

exponer las cuestiones que trata Madame Simone de Beauvoir»? [15] Así era el autor cuyos pasos Beauvoir había seguido con Merleau-Ponty cuando fue a visitar a Zaza: durante años había admirado su forma de usar las palabras y ahora las estaba utilizando para llamarla díscola.

Los ejemplares de junio y julio de *Les Temps Modernes* volaron de los quioscos. Beauvoir había publicado capítulos sobre lesbianismo y parte de su sección sobre maternidad en esos números, y muchos lectores se enfurecieron. Su reputación ya había sido antes arrastrada por los suelos en algunos barrios —vinculada como estaba a la de Sartre—, pero en esos momentos empezó a recibir insultos de otra índole: «Insatisfecha, frígida, priápica, ninfómana, lesbiana, abortera: yo era de todo, hasta madre soltera». [16] Se le insinuaban «maníacos sexuales» y «miembros activos del «Primer Sexo». Los comunistas decían que era una pequeñoburguesa cuyos análisis no aportaban nada a la clase trabajadora. Esa vez François Mauriac —el respetable pilar del *establishment* conservador— escribió a uno de los colaboradores de *Les Temps Modernes* diciéndole que la vagina de su jefa no tenía secretos para él. [17] Cuando se publicaron esas palabras, Mauriac se escandalizó. Poco después empezó a escribir una serie de artículos en *Le Figaro Littéraire* en los que condenaba la pornografía en general y a Simone de Beauvoir en particular.

El primer volumen del libro, que apareció en junio, se vendió en un abrir y cerrar de ojos: 22.000 ejemplares durante la primera semana. [18] «La biología no es el destino», declaró Beauvoir, y tampoco lo son el matrimonio o la maternidad. Mujeres como Marie Curie, dijo, demuestran que no es «la inferioridad de las mujeres la que ha determinado su insignificancia histórica: es su insignificancia histórica la que las ha condenado a la inferioridad». Pero la cultura —elevada o popular— sigue perpetuando una «mitología» que oprime a las mujeres. «La mujer no es una realidad estática —escribió— sino un devenir; hay que compararla con el hombre en su evolución, esto es, en sus *posibilidades* , [porque] cuando consideramos a un ser que es trascendencia y superación [es decir, un ser consciente, cambiante, libre] no es posible cerrar los libros.» [19]

Si las mujeres tuvieran un destino biológico, psicológico o económico, argumentaba Beauvoir, entonces no habría ningún problema: habría una «feminidad» universal, y quienes la tuvieran serían «mujer». En la primera parte examinó a «la mujer» desde el punto de vista de la biología, el psicoanálisis y la historia. Sin embargo, no encontró una explicación

satisfactoria para el estatus secundario de las mujeres en las ciencias, o para Freud o Marx, y demostró en qué fallaban sus análisis. ¿Por qué pensaba Freud, por ejemplo, que podía basar sus opiniones sobre la sexualidad femenina en la sexualidad masculina, si no sabía nada de la primera?

A la filósofa comunista Jeannette Prenant no le gustaba nada la manera en que Beauvoir disuadía a las mujeres de ser esposas y madres. Otra escritora, Marie-Louise Barron, dijo que el primer volumen era una sarta de «sandeces» y pronosticó que el segundo solo contendría «zarandajas». [20] Armand Hoog escribió que a quien Beauvoir realmente quería liberar era a sí misma: se avergonzaba de ser mujer pero «había nacido mujer, y en realidad no comprend[o] qué podía hacer al respecto. [...] El destino difícilmente se deja negar». [21]

Esta nueva notoriedad hizo que enseñarle París a Algren resultara un poco embarazoso: llevaba dos años esperando a mostrarle su mundo y visitar sus queridos restaurantes y cafés, pero le molestaba que la gente murmurase y se la quedara mirando. Así pues, después del Día de la Bastilla, Simone se sintió aliviada cuando se marcharon dos meses de viaje: Roma, Nápoles, Amalfi, Pompeya, y luego Túnez, Argel, Fez, Marrakech. Al volver del viaje por el norte de África visitaron a Olga y a Bost en la Provenza, donde a Nelson lo apodaron «Algren el Duro». [22]

Cuando a mediados de septiembre acompañó a Algren al aeropuerto de Orly, Simone sintió que acababan de vivir sus mejores días. Ella iría a visitarlo a Chicago al año siguiente. Nelson también estaba feliz, y durante una escala leyó en una revista que, mientras estaba fuera, su novela *El hombre del brazo de oro* había obtenido el National Book Award. Su carrera literaria estaba alcanzando su apogeo; en octubre, Ernest Hemingway escribió una carta a su editor calificando a Algren del «mejor escritor vivo de menos de cincuenta años». [23]

En octubre, Beauvoir regresó a la Provenza para estar con Sartre y para escribir. Había estado pensando durante algún tiempo en una nueva novela, pero necesitaba quitarse de encima *El segundo sexo* . Quería que la nueva novela la contuviera a *ella* , pero, una vez más, volvía a quedarse ante el papel en blanco sin saber por dónde empezar. Habría un personaje vagamente parecido a ella: Anne. Pero ¿a dónde la llevaría ese libro? Un día fueron de excursión a Sospel y Peïra-Cava, y se quedaron asombrados al leer, en el periódico del domingo siguiente, una crónica de su día de campo.

Esa constante atención le resultaba agotadora, pero aquello no era más que la punta del iceberg. Decidió traducir una novela de Algren, de manera que se dedicaba a esa tarea cuando no estaba escribiendo sus propios textos. [24]

La continuación de *El segundo sexo* , que se publicó en noviembre de 1949, contenía la famosa frase «No se nace mujer, se llega a serlo». [25] Puesto que cada mujer es un *devenir* y no un libro cerrado, Beauvoir quería incluir las descripciones que las propias mujeres hacían de sus experiencias vividas, mostrando cómo las convertían en «Otro» a lo largo de su vida. Ella misma, como un libro abierto, seguía *llegando a ser Beauvoir* , y, mientras intentaba comprender su propia experiencia, se dio cuenta de que algunos de los obstáculos a que se enfrentaba eran también amenazas endémicas contra el devenir de otras mujeres. No obstante el paso del tiempo, Beauvoir seguía siendo la filósofa que se había inspirado en aquella idea de Alfred Fouillée según la cual «no se nace libre, se llega a serlo». Y argumentaba que la biología, la psicología y los negocios no hacían que las mujeres vivieran vidas separadas de los hombres, o que les fueran sumisas; la «civilización» desempeñaba también un papel importante. Y con Simone de Beauvoir la «civilización» tenía mucho trabajo.

Aunque su sincero enfoque de la sexualidad femenina resultó escandaloso, lo que más molestó en general a la gente fue el tratamiento que dio a la maternidad. Beauvoir pensaba que la sociedad obraba con desmesurada mala fe: ¿cómo es que no veía nadie la duplicidad consistente en despreciar a las mujeres y respetar a las madres? «Constituye una paradoja criminal denegar a la mujer toda actividad pública, cerrarle las carreras masculinas, proclamar en todos los dominios su incapacidad y confiarle, al mismo tiempo, la empresa más delicada y más grave de cuantas existen: la formación de un ser humano.» [26]

Con una población mermada por la guerra, Francia necesitaba ciudadanos, por lo que Beauvoir fue acusada de ser una traidora a su sexo y a su país. Después de la guerra, la industria francesa necesitaba una reactivación, y por tanto, aparte de más nacimientos, también hacían falta más mujeres trabajadoras. [27] El lenguaje de Beauvoir era y sigue siendo desconcertante en algunos aspectos, y en retrospectiva hay pasajes que parecen mal interpretados a causa del contexto político y de la experiencia de aquellas mujeres que no se sentían «esclavizadas» por la maternidad. Beauvoir se refería a las mujeres como huéspedes de «parásitos» y esclavas de la especie. (Lo mismo decía Schopenhauer, pero por alguna razón no

provocó las mismas reacciones.) A Beauvoir le interesaba la gestación tal como la experimentan las mujeres de manera subjetiva, «desde dentro», con la pérdida de autonomía corporal y la ansiedad que sentían con respecto a su futuro cuando fueran madres. Afirmaba que las mujeres no debían quedar reducidas a su función reproductiva. También decía (aunque pocos parecieran darse cuenta) que aquello no era en modo alguno un rechazo de la maternidad. Beauvoir quería demostrar que incluso el embarazo, el parto y el cuidado de los pequeños —el supuesto compendio de una experiencia exclusivamente femenina— se vivían de manera diferente según la *situación* de cada mujer.

Evidentemente Beauvoir no era madre, y para cubrir este campo recurría a las voces de otras mujeres —incluidas cartas, diarios y novelas— con el fin de mostrar que «el embarazo y la maternidad serán vividos de manera muy diferente según se desarrollen con rebeldía, resignación, satisfacción o entusiasmo». [28] Quería abordar dos peligrosos malentendidos con relación al hecho de ser madre: 1) que era «suficiente en todos los casos para colmar a una mujer» y 2) que un niño «encontraría sin duda la felicidad en los brazos de su madre». [29] Sus investigaciones mostraron que muchas mujeres, si bien disfrutaban de la maternidad, no querían que esta constituyera el único proyecto de su vida. Era poco probable que los niños fueran felices si sus madres estaban frustradas o insatisfechas; «por el bien del niño, sería obviamente deseable que su madre fuese una persona completa y no mutilada». [30]

Pero muchos hombres se opusieron: ¿*Cómo se atrevía* a abordar una cuestión tan sagrada si ni siquiera era madre?

Ellos tampoco, declaró.

Además de acusar a la sociedad de obrar de mala fe con respecto a la maternidad, Beauvoir retomó el asunto que llevaba décadas preocupándola: la ética del amor y la devoción. En *El segundo sexo* afirmó que la palabra «amor» no tiene el mismo significado para los hombres que para las mujeres, y que esa diferencia es la causante de muchas discrepancias entre ellos.

Beauvoir creía que los hombres seguían siendo «sujetos soberanos» en el amor, que valoraban a sus amadas mujeres como valoraban otras actividades, como parte integrante —pero solo parte— de su vida. Por el contrario, para las mujeres el amor era la vida misma, y los ideales amorosos las animaban a sacrificarse o a olvidarse por completo de sí

mismas por el bien de su amado. Los hombres eran educados para intervenir de manera activa en el mundo; para amar, pero también para ser ambiciosos y manejarse en otros ámbitos. A las mujeres se les enseñaba que sus méritos estaban condicionados, que para tener valor debían ser amadas por un hombre.

Una de las barreras del auténtico amor es que las mujeres han sido objetivadas de tal manera que ahora se objetivan a sí mismas, en un intento de identificarse con su amado y resultar más deseables a sus ojos. La mujer enamorada intenta ver a través de los ojos del hombre, haciendo que ella y su propio mundo giren en torno a él: la mujer lee los libros favoritos del hombre, siente interés por su arte, su música, sus amigos, su política y así sucesivamente. Desde la perspectiva sexual, Beauvoir también se oponía a que muchas mujeres fueran utilizadas como «instrumentos» del placer masculino, y no como sujetos cuyos deseos y placeres también deben ser tenidos en cuenta.

Lo malo de los paradigmas dominantes del amor, tal como los entendía Beauvoir, consistía en que *no eran recíprocos* . Los hombres esperaban que las mujeres se enamoraran de una manera que no era mutua. Por consiguiente, el amor era peligroso para las mujeres de una forma que no resultaba peligrosa para los hombres. No los culpaba exclusivamente a ellos. También las mujeres perpetuaban las estructuras opresoras del amor no recíproco participando en él. Pero era difícil no participar, decía Beauvoir, porque el mundo estaba estructurado de manera tal que las incitaba a consentir su propia opresión.

Aunque el relato de Beauvoir en *El segundo sexo* plantea el debate en términos heteronormativos, ella misma vivió esa tensión en sus propias relaciones con las mujeres. En 1940, después de una conversación con Bianca Bienenfeld sobre el deseo de esta de ocupar un lugar más importante en la vida de Beauvoir, Bianca le escribió:

> Tú no das, tomas.
> Es *falso* que yo forme parte de tu vida: tu vida es un mosaico.
> Para mí, sin embargo, tú eres mi vida: soy toda tuya. [31]

Beauvoir pensaba que el verdadero amor sí que era posible en las relaciones recíprocas, y esperaba que fuera más habitual. «El día en que a la mujer le sea posible amar con su fuerza, no con su debilidad, no para huir de sí, sino para encontrarse, no para humillarse, sino para afirmarse,

entonces el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no peligro mortal.» [32] Para las mujeres era posible querer a su amado *y* a ellas mismas como sujetos por derecho propio. Pero era difícil porque los mitos no recíprocos del amor perpetuaban el estatus secundario de las mujeres, prometiéndoles la salvación y convirtiendo su vida en un infierno.

Al igual que sus novelas, *El segundo sexo* plantea la cuestión de cuánto de autobiografía hay en la filosofía de Beauvoir, y qué clase de autobiografía. Pues, además de los primeros encuentros de Beauvoir con Bianca, en una carta dirigida a un amante posterior, Simone afirmó que la «verdadera reciprocidad», y no el sexo, era la cualidad de la que carecía su relación con Sartre. Esto hace que nos preguntemos si creía haber experimentado el «amor recíproco» cuando lo describió en 1949. Hay otros pasajes del libro que se parecen mucho a la propia evolución de Beauvoir, incluyendo una «hermana mayor» a la que no le gusta colaborar con su madre en las tareas de la casa, y unos abuelos que «a duras penas ocultan» el hecho de que habrían preferido un nieto varón. ¿Se estaba refiriendo a sus estudios sobre «la mujer», o a las vivencias de Simone y Hélène? [33] El capítulo sobre el lesbianismo también provocó especulaciones. Antes de la publicación póstuma de las cartas a Sartre solo había novelas y sospechas para establecer una comparación —¿qué quería decir cuando habló de sentir «oscuros deseos» con relación a las mujeres en *Memorias de una joven formal* ?—; [34] pero aun así la gente se preguntaba si el lesbianismo estaba arraigado en su propia experiencia o incluso en un deseo reprimido. ¿Obraba de mala fe con respecto a su propia sexualidad? En el libro dice que «ningún destino sexual rige la vida del individuo» y que la homosexualidad es «una opción efectuada en el corazón de un conjunto complejo y que descansa en una libre decisión». [35]

Al final de *El segundo sexo* , Beauvoir hizo lo que la editorial Grasset le dijo que no había hecho cuando en la década de 1930 rechazó *Cuando predomina lo espiritual* . Henry Müller le señaló en una carta: «Te contentas con describir un mundo en desintegración y luego abandonas a tus lectoras en el umbral mismo del nuevo orden, sin explicar con claridad cuáles serán sus ventajas». [36]

Así es que en el último capítulo Beauvoir presenta a «La mujer independiente», cuya libertad tiene un precio, pero no a costa del amor.

En ese capítulo, Beauvoir afirma que los hombres juegan con ventaja en una sociedad que «otrea» a las mujeres, no solo por los beneficios que los varones obtienen (esos son muy fáciles de ver desde «fuera»), sino también «dentro» de ellas mismas. El privilegio que el hombre ostenta y que se hace sentir desde su infancia consiste en que su vocación de ser humano no contraría su «destino» de amante, marido o padre, y tampoco disminuye sus probabilidades de ser amado. Pero una mujer, para ser *femenina* , debe renunciar a su «soberanía» —tener una visión de su propia vida, realizar sus propios proyectos— porque ese empeño resulta poco femenino. Esto coloca a las mujeres en una situación en la que tienen todas las de perder: ¿llegarán a ser ellas mismas si eso significa volverse antipáticas? ¿Deben renunciar al amor? Sartre escribió que por nuestra condición humana estamos «condenados a ser libres». Beauvoir escribió posteriormente que por «la condición femenina» las mujeres están condenadas a sentirse divididas, a convertirse en «sujetos demediados».

La raíz del problema es que «el individuo no tiene libertad para moldear la idea de feminidad como le plazca». [37] Durante siglos los hombres se beneficiaron de los mitos de la feminidad, y era comprensible que temieran perder tanto los mitos como sus beneficios. Era comprensible que les dijeran a las mujeres que no necesitaban otra vocación que el matrimonio y la familia; que iba contra natura aspirar a más; que serían «felices» si cumplían el ciclo de la vida, el cual consistía en ser deseadas en cuanto objetos sexuales antes de sacrificarse como tiernas esposas y madres. Pero los hombres deberían sentirse intranquilos, ya que «no hay ninguna posibilidad de medir la dicha de otro, y siempre resulta fácil declarar dichosa la situación que se le quiere imponer». [38]

Cuando en noviembre de 1949 se publicó el segundo tomo de *El segundo sexo* , la crítica volvió a sacar la artillería; Beauvoir llamó a la cobertura mediática de aquel lanzamiento editorial «el escándalo». André Rousseaux dijo sentirse «abochornado» por aquella «seguidora de Baco» que había escrito sobre la «iniciación sexual», que quería destruir el amor con el fin de reivindicar la libertad del placer. Al fin y al cabo, dijo, las mujeres ya estaban emancipadas. [39] La mayoría de sus palabras iban encaminadas a herir y ridiculizar a Beauvoir: llegó a escribir que «la mujer, relegada a la condición de Otro, está exasperada por su complejo de inferioridad», y que Beauvoir argumentaba con «tanta tenacidad» que él ya no sabía si necesitaba el existencialismo para «librarse de una verdadera

obsesión». Emmanuel Mounier, en *L'Esprit* , se lamentaba del «tufo a resentimiento» que despedía el libro. Si lo hubieran revisado mejor, dijo, quizá «la lucidez de la autora no se habría oscurecido tanto». [40] Dijeron que la vida de Beauvoir era una triste frustración neurótica. Camus la acusó de «poner en ridículo a los franceses». [41] El filósofo Jean Guitton manifestó su lástima por ver entre las líneas de aquel libro «la triste vida de su autora». *L'Époque* predijo que al cabo de diez años nadie hablaría de «esta nauseabunda apología de la inversión sexual y del aborto». [42]

El Vaticano incluyó *El segundo sexo* en la lista de libros prohibidos.

Beauvoir había aducido un argumento filosófico sobre la opresión de las mujeres basándose en las vivencias de muchas féminas —incluida ella misma— con el fin de expresar que, para que fueran realmente «humanas», la situación de muchas mujeres debía cambiar. Afirmó que los deseos de las mujeres deberían modelar el sexo, que sus proyectos deberían dar forma a la vida familiar y que su influencia debería conformar el mundo.

Pero se encontró principalmente con argumentaciones *ad feminam* . En muchas partes se burlaron de ella, la ridiculizaron y la marginaron. Pero no en todas. Hubo otro grupo de lectores mucho más afable: la siguiente generación. Los miembros de esta leyeron el libro como algo sin precedentes, como algo que hablaba con sinceridad sobre temas que habían sido tabú. Algunas personas, deseosas de tener información sobre su propio cuerpo, lo leyeron como si fuera un manual de sexo. *Paris Match* publicó algunos pasajes en otoño, presentando a su autora como «lugarteniente de Jean-Paul Sartre y experta en existencialismo, [la cual] es sin duda la primera filósofa que figura en la historia de los hombres. Ha sido ella quien ha extraído una filosofía de su sexo a partir de la gran aventura humana». [43]

Desde su publicación, la «filosofía beauvoiriana del sexo» ha sido resumida a menudo con la afirmación de que hay una diferencia entre los conceptos de «sexo» y «género», siendo el primero biológico (varón, hembra) y el segundo adquirido socialmente por medio de la aculturación (masculino, femenino). Pero reducir *El segundo sexo* a esa afirmación plantea considerables problemas. En primer lugar, la palabra «género» no aparece en el libro. Por otra parte, la idea de que el concepto de «mujer» y la perpetuación de la opresión de las mujeres tiene una dimensión biológica y cultural no era original, ni siquiera en 1949. Mucho antes de Beauvoir (tal como analiza ella misma en *El segundo sexo* ), filósofos y escritores afirmaban que la posición de inferioridad de las mujeres en la sociedad se

debía a su falta de posibilidades concretas en lo tocante a la educación, la economía y la profesionalización, pero no a una inferioridad innata. En el siglo XVIII (por poner un ejemplo), Diderot ya afirmaba que la inferioridad de las mujeres «la *creaba* sobre todo la sociedad». [44]

Conviene insistir en esto porque reducir *El segundo sexo* a la afirmación de que el género es un constructo social puede separarlo de una de sus reivindicaciones más poderosas e impopulares, a saber, que la objetivación sexual del cuerpo de las mujeres desempeña un papel muy importante en la perpetuación de su opresión. En el primer volumen, «Hechos y mitos», Beauvoir estudió la forma en que la «feminidad» había sido interpretada como un destino para las mujeres; una y otra vez observó que la mujer ideal era el objeto de los deseos de los hombres.

El segundo volumen, «La experiencia vivida», es mucho más extenso. En él Beauvoir utilizó otro método de análisis y se planteó la pregunta de qué es una mujer desde el punto de vista de las propias mujeres, en diferentes etapas de sus vidas. De ese modo, Beauvoir invirtió la perspectiva filosófica del poder: en vez de analizar a «la mujer» desde el punto de vista de los dominadores, se centró en la vida cotidiana de quienes se suponía que debían someterse. Para ello tuvo que debatir asuntos que para la élite filosófica no merecían el calificativo de «filosóficos»: cómo se repartían las tareas de la casa, cómo valoraban los jefes el trabajo, cómo vivían las mujeres la iniciación sexual y las prácticas sexuales. No eran cuestiones trascendentales sobre la naturaleza de la realidad o la posibilidad de conocimiento. [45] Antes bien, eran cuestiones relativas a quién determina qué partes de la realidad importan y qué conocimientos son valiosos.

Sabía demasiado bien que era difícil lograr que las mujeres hablaran con voz propia: una característica de su opresión consistía en que no tenían los mismos medios que los hombres para dejar constancia de su vida. La voz de las mujeres era menos pública y, cuando se daba a conocer, a menudo su testimonio se consideraba parcial o falso, malicioso o inmoral. Para analizar la sumisión de las mujeres, Beauvoir citó casos de la esfera privada, lo que de manera sistemática conducía al silencio. [46]

Uno de los ídolos infantiles de Beauvoir, George Eliot, escribió que «si tuviéramos agudizada la visión y el sentimiento de todo lo corriente en la vida humana, sería como oír crecer la hierba y latir el corazón de la ardilla y nos moriríamos del rugido que existe al otro lado del silencio». [47] Al otro

lado del silencio, Beauvoir oía una interminable cantinela de desconcierto, resignación y melancolía, un coro de voces femeninas que preguntaba: ¿En qué me he convertido?

Mientras se documentaba para escribir *El segundo sexo* , a Beauvoir le desconcertaban sus propios descubrimientos. Pero en ellos veía también motivos de esperanza. Sí, en 1949 las mujeres eran inferiores a los hombres «porque su situación les ofrecía menos posibilidades». Pero no tenían por qué serlo. Si los hombres y las mujeres dejaran de esconderse detrás de sus coartadas, las cosas serían de otra manera.

De *El segundo sexo* se dice con frecuencia que «aplica» la filosofía sartriana al «problema de la mujer». En aquella etapa, Beauvoir aún coincidía con Sartre en algunas cuestiones, como por ejemplo la importancia de la libertad. Pero estaba obrando como obran los filósofos: aceptaba lo que le parecía cierto y desechaba lo que consideraba falso, inconsistente o inmoral, aunque esas ideas las tuviera alguien a quien quería. Rechazaba la concepción sartriana de «situación», prefiriendo la idea heideggeriana de que los seres humanos son «arrojados» a un mundo que ya tiene significados que no son nuestros. Estaba respondiendo con vigor a la pregunta que le había hecho a Sartre en la década de 1930: ¿Qué libertad tiene una mujer encerrada en un harén?

Pero por entonces ya había visto claramente que las mujeres no tienen que estar en un harén para que les digan que su valor proviene de la magnificación de la grandeza de los hombres o de la satisfacción de sus placeres. Incluso en 1949, ni en Francia ni Estados Unidos era posible que una mujer, por el simple hecho de reivindicar su humanidad, cambiara la forma en que la diferencia sexual estructura las posibilidades de que dispone. Filósofos como Husserl, Sartre y Merleau-Ponty estaban empezando a filosofar sobre el cuerpo (una cuestión que los filósofos occidentales llevaban siglos pasando por alto, en favor de la mente). Pero Beauvoir proclamaba que no tenían en cuenta el cuerpo de las mujeres, y en particular la alienación que sufre una mujer *con respecto a su propio cuerpo* cuando percibe la forma en que este es reducido a un objeto sexual por cierta clase de mirada masculina, una mirada que la ve como una *presa* a la que hay que cazar y poseer, y no como a una persona en proceso de evolución.

A Beauvoir no le gustaba lo que veía de las mujeres a través de aquella lente distorsionada. Por eso empleó un original método filosófico consistente en presentar múltiples perspectivas en primera persona, «describiendo así el mundo que se les *propone* a las mujeres desde el punto de vista de las mujeres». Si fuera cierto que estas se someten *por naturaleza* a los hombres, entonces una jerarquía entre hombres y mujeres no tendría nada de inmoral. Pero, si esa jerarquía fuera perpetuada por la cultura, y si la sumisión de las mujeres fuera vivida por ellas como una «degradación» de su libertad, entonces el problema sería de naturaleza moral, y tanto los opresores como las oprimidas tendrían la obligación de resolverlo. En la segunda parte, Beauvoir presentó diversas voces de mujeres que describían su experiencia de llegar a ser mujer entre mitos masculinos, con el fin de mostrar que la doncellez es un «aprendizaje» de la condición femenina, una preparación para renunciar a la autonomía y aceptar que llegar a ser mujer es *ser para los hombres* . [48]

Puesto que Beauvoir publicó partes del libro por anticipado, los primeros lectores no pudieron seguir su argumentación de principio a fin. Pero no fueron solo aquellas lecturas discontinuas las que provocaron la reacción *ad feminam* . Muchos lectores tenían ganas de que se equivocase, de que nadie leyera el libro o de que lo interpretaran mal. Al fin y al cabo, las coartadas son una manera estupenda de salir del atolladero. Si sus lectores podían acusarla de pensadora poco original, de fracaso de mujer o de persona inmoral, entonces su relato del sufrimiento humano desde «la condición femenina» no los molestaría. Podían decirle al silencio que volviera a callarse.

En 1949, en una entrevista radiofónica sobre *El segundo sexo* , le preguntaron por los ataques que recibió tras su publicación. Beauvoir dijo que ella no tenía la culpa de que en Francia, cuando se habla de mujeres, «la gente piense de inmediato en sexo». No se le escapaba que, a pesar de que de las mil páginas de *El segundo sexo* pocas hablaban de sexo, fueron precisamente esas páginas las que suscitaron más comentarios. Le parecía problemático que casi nadie se tomara en serio las cuestiones sexuales, que no merecieran un análisis filosófico. Era como si la gente pensara que la filosofía no es algo vivo, algo que puede iluminar incluso ese aspecto de la vida. [49]

*El segundo sexo* no tomó impulso en seguida: iba por delante de su tiempo y, en realidad, a muchas personas les resultaba demasiado intimidatorio. Los amplios conocimientos clásicos, filosóficos y literarios de Beauvoir se reflejan en este libro: la autora cita a los dramaturgos griegos, a los filósofos romanos, la Biblia, el Corán, siglos de textos filosóficos y teológicos sobre las mujeres, toneladas de obras literarias, cartas, diarios, memorias psicoanalíticas, etc., además de emplear un método fenomenológico y una perspectiva existencialista para sus análisis. Según Marine Rouch, muchos lectores de Beauvoir escribieron para reprocharle que *El segundo sexo* fuera tan difícil. Una lectora le preguntó directamente:

> ¿Por qué escribió semejante libro? ¿Para un pequeño club literario de unos cientos (o miles) de personas iniciadas en la jerga esotérica de la metafísica y su rama existencialista? ¿O para aquel público que tenga el sentido común y los conocimientos necesarios para abordar de manera útil esos problemas? ¿No es posible expresarlos en lenguaje coloquial, sin esa pedantesca álgebra que emplean los «filósofos» profesionales? [50]

Animadas por la obra de Beauvoir, las feministas de las décadas de 1960 y 1970 siguieron enfrentándose a algunas de las «auténticas sandeces que las mentes más preclaras dicen sobre las mujeres». [51] Pero en 1949 Beauvoir no sabía que *El segundo sexo* sería considerado un clásico y que en él se inspirarían diversos movimientos políticos. Llegado el momento, las feministas criticaron a Beauvoir por su «misoginia inconsciente», afirmando que se separó de las mujeres al mismo tiempo que escribía sobre ellas. [52] Algunas pensaban que no se percataba de los privilegios inherentes a su clase, raza y educación; otras que había sido consciente de esos privilegios pero que, no obstante, cometió el error de universalizar las experiencias de las mujeres. La acusaron de escribir «de lo personal a lo general»; y también la elogiaron por usar su experiencia personal a modo de «energética furia» que propulsó el libro. [53] Algunas feministas objetaban que Beauvoir excluía a las negras en favor del feminismo blanco. [54] Tras décadas de comentarios de sus lectoras, Beauvoir admitió que algunos aspectos de su actitud hacia los hombres y de su propia experiencia pecaban de ingenuidad. Era una mujer «simbólica», protegida de la realidad cotidiana de muchos tipos de opresión. [55] Pero, inmediatamente después de la publicación del libro, pagó un alto precio por ser un símbolo tan

manifiesto. Cuando se alejó de la sombra de Sartre, se encontró ante el fuego abrasador del escándalo: el argumento *ad feminam* del ridículo, el rencor y la vergüenza.

Toril Moi, en *Simone de Beauvoir: The Making of an Intellectual Woman* , escribe que, a finales de 1949, «Simone de Beauvoir por fin había llegado a ser Simone de Beauvoir: tanto en lo personal como en lo profesional, estaba “formada”». [56] Moi afirma que, a partir de 1949, la obra de Beauvoir fue «retrospectiva», pues no produjo «prácticamente nada más que autobiografías». Pero, profesionalmente, Beauvoir aún no había escrito la galardonada *Los mandarines* , dos volúmenes más de narrativa, sus historias de la vida, su libro sobre la vejez o el material auxiliar para introducir grandes cambios en la legislación francesa; *El segundo sexo* aún no había desempeñado su papel en la génesis de la segunda ola del feminismo; y la trayectoria de Beauvoir como activista aún no había comenzado. En lo personal, la vida aún mantenía la promesa de las relaciones recíprocas. Beauvoir tenía que llegar a ser mucho más.

# CAPÍTULO 13

## El nuevo rostro del amor

A principios de 1950, la vida de Beauvoir había vuelto a la tranquilizadora rutina: la escritura, el trabajo en *Les Temps Modernes* , las entrevistas sobre *El segundo sexo* . Pero, un día de febrero de ese año, por pura casualidad, Beauvoir se encontró con alguien a quien no veía desde hacía mucho tiempo: su primo Jacques. No era ni sombra de lo que había sido: estropeado, alcohólico, sin blanca; hasta su mujer y sus cinco hijos lo habían repudiado. No se sabe si por ternura o por pura generosidad, ella quedó en volver a verlo y lo ayudó económicamente. [1]

Beauvoir quería ver el Sáhara, así que en marzo partió de París junto con Sartre. Atravesaron el desierto en un camión durante cuatro días, vieron Tamanrasset y se cruzaron con caravanas de camino a El Menia antes de tomar un avión con rumbo a Mali.

Aparte de sus grandes proyectos, Beauvoir siguió escribiendo artículos, y en 1950 publicó un texto para la revista estadounidense *Flair* , una publicación que tuvo una vida corta —apenas un año— pero que entonces ofrecía artículos de Jean Cocteau, Tennessee Williams, Eleanor Roosevelt, Salvador Dalí y Margaret Mead. El artículo de Beauvoir —titulado «Ya era hora de que las mujeres pusieran un nuevo rostro al amor»— [2] analizaba el deseo sexual en el entendimiento de que los seres humanos son libres y conscientes y que se encarnan en diferentes cuerpos. La atracción sexual, escribió, crece con la diferencia: «El otro sexo tiene la fascinación de un país exótico».

El problema, tal como lo veía Beauvoir, era que los hombres pensaban en el amor con criterios de desigualdad y sumisión, y muchas mujeres se resistían al amor porque «les recordaba antiguas esclavitudes». La diferencia entre los sexos, tal como lo veía Beauvoir, era con demasiada frecuencia la misma que hay entre superior e inferior, sujeto y objeto,

donante y beneficiario explotador; pero la dominación no era amor, y tampoco devoción. Las mujeres eran cada vez más activas, responsables e independientes. En cuanto llegaron a la vida pública, algunos se preguntaron con abatimiento: ¿se habrá acabado el amor? ¿Habrá perdido su dicha y su poesía? Beauvoir pensaba que no: «¿No es posible concebir un nuevo tipo de amor en el que las dos partes sean iguales, un amor que no busque la sumisión del otro?». [3]

Beauvoir había vislumbrado ese nuevo amor en escritores famosos; Nietzsche, Tolstói y D. H. Lawrence reconocieron que «el amor verdadero y fecundo» incluía tanto la presencia del ser amado como sus objetivos en la vida. Pero le proponían ese ideal a *la mujer* , pues el amor era su única finalidad. En el amor «igualitario», por contra, las mujeres seguirían aspirando a ser las aliadas de su pareja —buscando la reciprocidad y la amistad—, pero los hombres compartirían el mismo ideal:

> El hombre, en vez de buscar en su compañera una especie de exaltación narcisista, descubriría gracias al amor una forma de salir de su cascarón, de abordar problemas que no fueran siempre los suyos. Con todas las tonterías que se han escrito sobre la grandeza de esa generosidad, ¿por qué no dar al hombre la oportunidad de participar en esa devoción, en esa autonegación que es la envidiable suerte de las mujeres? [4]

Si cada miembro de la pareja pensara «simultáneamente en el otro y en sí mismo», ambos saldrían beneficiados.

Es interesante, dada la naturaleza no sexual de su relación con Sartre, que en este artículo Beauvoir sea tan explícita con respecto a que el amor puede ser platónico (aunque reconozca que la atracción sexual es «el instrumento más habitual»). Refiriéndose de nuevo al tema de «Feminidad: la trampa» y al asunto que abordó en *El segundo sexo* , Beauvoir escribió, con relación al miedo generalizado que veía en las mujeres, que la pérdida de «feminidad» las haría menos deseables para los hombres. Sabía que las mujeres querían ser deseadas, pero no pensaba que su deseabilidad fuera tan fácil de erradicar: «La necesidad física que cada [sexo] siente por el otro conservará su magia mutua». [5]

En junio Beauvoir fue a Chicago para ver a Algren. Le había preguntado si podía ir en junio porque Sartre iría a ver a Vanetti por última vez —intentaba dejarla con delicadeza— y tanto ella como Sartre querían que estuviese fuera al mismo tiempo que él, para poder pasar más tiempo juntos. No ocultó que estaba programando el viaje en función de Sartre cuando le escribió para organizarlo.

Nelson estuvo de acuerdo. Pero sus cartas eran cada vez menos frecuentes. Simone empezó a preguntarse si debería siquiera ir. Sartre la animó a que le diera una oportunidad.

En el avión le pareció surrealista que la persona sentada a su lado estuviera leyendo *El segundo sexo* . Tras visitar a Stépha y a Fernando Gerassi en Nueva York, en septiembre de 1951, voló a Chicago. No tardó ni veinticuatro horas en darse cuenta de que las cosas habían cambiado. Le preguntó a Algren qué estaba pasando. Él se alegraba de verla, pero no le gustaba que hubiera ido para marcharse otra vez. Simone escribió a Sartre para decirle que el distanciamiento de Nelson rayaba en la indiferencia. [6] La exmujer de Algren quería volver a casarse con él, pero, después de Simone, ya no sabía si se enamoraría de otra mujer.

Aun así, le dijo, algo había muerto. A la noche siguiente intentaron hacer el amor, pero sus cuerpos no estaban por la labor. Cuando a principios de agosto fueron a una casa rural en el lago Míchigan, Nelson y Simone durmieron en habitaciones separadas. Beauvoir empezó a temerse que ya no volvería a sentir pasión. Tomó Corydrane, una anfetamina que Sartre consumía en grandas cantidades para seguir escribiendo tanto, y se puso a trabajar en su novela, la que dedicaría a Nelson. Aquellos días se ajustaron a un ritmo apacible —desapasionado pero productivo—: escribían por la mañana, y nadaban y leían por la tarde. Una vez, Simone casi se ahoga en el lago: nunca se le dio muy bien la natación. Y luego Nathalie Sorokine fue a visitarlos, y las cosas empezaron a ir de mal en peor. Nelson no la soportaba, y le dijo a Simone que Sorokine había horrorizado a sus amigos con su «lado lésbico». [7] Beauvoir se sentía dividida: no era fácil convivir con Nathalie, pero Nelson no la había tratado con demasiado tacto. Estaba deseando volver con Sartre, su «querido absolutito». [8]

En *La fuerza de las cosas* Beauvoir dice que durante aquella visita la desesperación afectó mucho a sus sentimientos. Prescinde de contar cómo terminó aquello, y pasa a hablar de la cantidad de insultos que estaba recibiendo Sartre en París. [9] Pero sus cartas muestran que a finales de octubre, justo antes de trasladarse de Chicago a Nueva York, tenía renovadas esperanzas en la relación con Algren. Al despedirse, Simone le dijo a Nelson que se alegraba mucho de contar con su amistad. A lo que Nelson contestó: «No es amistad. Amor es lo menos que podría ofrecerte». [10]

Le escribió una carta a Nelson esa misma noche, contándole que lloró al ir y volver del aeropuerto, y también en el avión: «En esta “introducción” que me hiciste leer ayer, Thomas Mann dice que Dostoievski, antes de cada ataque, sentía unos segundos de dicha que valían diez años de vida. Sin duda tienes la capacidad de darme, en cuestión de segundos, una especie de fiebre que vale diez años de salud».

Era justo, dijo Simone, que él quisiera expulsarla de su corazón. Pero, en su inglés macarrónico hizo el siguiente comentario: «Pensar que es justo no impide que sea difícil». [11] Beauvoir lo quería por el amor que le dio, por el nuevo deseo sexual que despertó en ella. Pero, incluso a falta de esas cosas, ella lo quería «por ser quien [era]». [12]

Cuando regresó a París, Sartre estaba escribiendo obras de teatro y estudiando el marxismo; parecía distante y circunspecto, pero Beauvoir lo atribuyó al hecho de haberse convertido en un personaje público: ya no quería ir a los cafés ni pasear por París, y mucho menos acompañarla en sus excursiones por la montaña. Sartre le propuso que leyera lo que estaba leyendo él, a fin de que siguiera su camino intelectual, pero ella tenía que terminar su novela y —aunque le interesaba la política— no quería perder el tiempo siguiendo sus pasos. Él quería crear una nueva ideología que resolviera los problemas de la humanidad; ella no compartía esas ambiciones. Algunos días su creciente distanciamiento se mostraba como un fino velo de tristeza; otras veces le corroía la desesperación. [13]

A Beauvoir, *El segundo sexo* le había proporcionado dinero, aparte de una reputación no deseada, de modo que se compró un tocadiscos y algunos vinilos; Sartre iba a la calle de la Bûcherie un par de noches a la semana para escuchar jazz o música clásica. En noviembre de 1951 Beauvoir le escribió una carta a Algren para contarle entusiasmada que tenía una nueva pasión: «Como el amor está prohibido, he decidido entregar mi corazón a algo menos testarudo que un hombre: me he regalado a mí misma un precioso coche negro». [14] Estaba yendo a la autoescuela tres veces a la semana.

Desde la guerra, París se había convertido en uno de los principales centros culturales de Europa. Miles Davis tocaba en los clubes de la *Rive gauche* , y los intelectuales, artistas y escritores —incluidos los activistas anticoloniales— se reunían allí con asiduidad. En 1950, el poeta martiniqués Aimé Césaire publicó *Discurso sobre el colonialismo* , en el que comparaba el nazismo con el colonialismo debido a su búsqueda

compartida del control y la dominación. La India se había independizado de los británicos en 1947, y el anticolonialismo estaba ganando terreno. En 1952 Frantz Fanon publicó *Piel negra* , *máscaras blancas* , en el que se describen apasionadamente los efectos del racismo sobre los oprimidos. Pero muchos franceses no querían renunciar a su imperio, pese al crecimiento de los movimientos anticoloniales, sobre todo en Argelia, desde la década de 1930.

Durante ese período, la obra de Beauvoir se estaba convirtiendo en una de las principales exportaciones culturales de Francia. La primera traducción de *El segundo sexo* apareció en Alemania Occidental en 1951 con el título *Das andere Geschlecht* , «El otro sexo». Se vendió tan bien que hubo que reimprimirlo tres veces: 14 000 ejemplares en cinco años. [15]

Entretanto, la correspondencia de Beauvoir con Algren interpretaba más variaciones sobre el mismo melancólico tema. Ella empezó a llamarlo su «coleccionista de achaques». Nelson quería estar con Simone, pero también quería que ella estuviera con él en Chicago, y así podrían estar juntos un mes al año en vez de los tres o cuatro que conseguirían si él viajara a París. Y además Nelson estaba molesto por la carta que le había enviado desde Nueva York. Pero ¿qué se supone que debía hacer ella? Algren la acusó de querer quedarse con su vida sin entregar la suya, pero eso le parecía injusto. «No debiste suponer que yo reaccionaría como una máquina obediente», le escribió. [16] Lo que había afirmado en *El segundo sexo* , que de las mujeres se esperaba que entendieran el amor como si fuera la vida —y que lo sacrificaran todo por el amor—, se volvió dolorosamente personal. Para ella, el amor solo podía ser una parte de su vida. En *La fuerza de las cosas* escribió que «aunque Sartre no hubiera existido, no [me] habría ido a vivir a Chicago». [17]

Durante 1952, la correspondencia entre Beauvoir y Algren empezó a menguar; la frecuencia entre las cartas pasó de ser diaria a semanal, y luego mensual. Beauvoir tenía entonces cuarenta y cuatro años, y le preocupaba que la hubieran «relegado al reino de las sombras». [18] En *El segundo sexo* había calificado de tragedia el que las mujeres perdieran su deseabilidad mucho antes de perder el deseo, convirtiéndose en «objetos sin valor». Ella pensaba que las mujeres alcanzaban el apogeo sexual hacia los treinta y cinco años. Pero, no mucho después de ese apogeo, empezaban a

obsesionarse con el envejecimiento. Los personajes femeninos de Beauvoir —sobre todo en sus últimas novelas— simbolizan con frecuencia la solitaria insatisfacción del deseo lánguido.

A principios de 1952, Beauvoir tenía la sensación de que ella y Sartre se habían distanciado a causa de su notoriedad pública y su compromiso político; había ya otra persona en su relación: Beauvoir, Sartre y «Jean-Paul Sartre». Ella le dijo que ojalá fuese un poeta oscuro. Aunque por entonces él había asumido algunas de sus ideas sobre ética y sobre la importancia de los valores culturales, la presión del tiempo y la disparidad de intereses exacerbó su sensación de pérdida y aislamiento, lo que la hacía sentirse muy decaída. En *La fuerza de las cosas* dijo que su tristeza se convirtió en «una desesperación universal» que se le metió en el corazón hasta que empezó a desear que se acabara el mundo. [19]

Lucienne, su mecanógrafa, había muerto de cáncer de pecho en enero y, no mucho después, la propia Beauvoir descubrió un bulto en uno de sus senos. Se lo contó a Sartre, quien la animó a ir al médico si estaba preocupada. En marzo de 1952 notó que le dolía el bulto, de manera que pidió cita, y en abril acudió al especialista. El médico la tranquilizó: como era joven, también era muy poco probable que el tumor fuera maligno, pero aun así debían hacerle una biopsia. En el peor de los casos tendrían que extirparle el pecho, pero eso era decisión suya.

Dijo que sí. Pero salió de la consulta estremecida; había visto aquellas salas de espera con Lucienne, y también había visto a mujeres que perdieron un pecho y al cabo de diez años el otro, o que habían muerto a causa de una infección. Cuando se lo contó a Sartre, este respondió con el sarcasmo propio de la Guerra Fría: en el peor de los casos, le quedaban doce años de vida, y para entonces la bomba atómica los habría matado a todos. [20] El día anterior a la operación lo ocupó visitando una abadía con Bost.

En Roma, en mayo de 1952, Sartre oyó que el Gobierno de su país había reprimido violentamente una manifestación del Partido Comunista Francés. No se unió al partido, pero se convirtió en un destacado simpatizante suyo, precisamente cuando la mayoría de los intelectuales europeos empezaban a distanciarse de Stalin. Con independencia de la política, la conversión de Sartre al comunismo supuso para Beauvoir un beneficio inesperado. Los colaboradores de *Les Temps Modernes* se reunían los domingos por la tarde en la calle Bonaparte. Sartre quería que la revista

reflejase su nueva vocación política, de modo que metió a algunos jóvenes marxistas en el consejo editorial. Uno de ellos era Claude Lanzmann, un avispado amigo del secretario de Sartre, que, además de tener solo veintisiete años, tenía unos preciosos ojos azules y era muy divertido.

Un buen día, el secretario de Sartre, Jean Cau, le dijo a Beauvoir que Lanzmann la consideraba atractiva. Ella se encogió de hombros: empezaba a angustiarla la vejez, y creía que su vida sexual había terminado. [21] Pero a veces se daba cuenta de que él se quedaba mirándola durante las reuniones. Después de una fiesta, una tarde de julio sonó el teléfono de Simone: Lanzmann la invitaba al cine. «¿Qué peli?», preguntó ella. «La que prefieras», contestó él. Quedaron para el día siguiente, pero, cuando colgó el teléfono, ella se echó a llorar. [22]

Aunque quedaría más claro en *La vejez* (publicado cuando tenía sesenta y dos años) que en el relato autobiográfico de *La fuerza de las cosas* (publicado cuando tenía cincuenta y cinco), a la joven Beauvoir le daba bastante asco la sexualidad de las mujeres maduras. Cuando era joven, «detestaba» a las «*haridelles*» que se teñían el pelo, llevaban bikinis y flirteaban, cuando en realidad debían estar «metidas en un cajón». Beauvoir prometió que «se metería obedientemente en el cajón» cuando llegase el momento. A los cuarenta y cuatro años consideró que el momento había llegado. Pero había llegado demasiado pronto. [23]

En su primera cita, Lanzmann y Beauvoir estuvieron hablando toda la tarde, y luego quedaron para cenar el día siguiente. Cuando Lanzmann empezó a coquetear, Simone protestó diciendo que ella era diecisiete años mayor que él. Claude, a quien eso no le importaba, dijo que a él no le parecía mayor. Esa noche, y la siguiente, él no salió del piso de Beauvoir en la calle de la Bûcherie.

Al cabo de unos días Beauvoir salió para Milán —ella en su Simca Aronde, Sartre en tren— y una vez allí se reunieron en la Piazza della Scala. Ella quería ver museos, iglesias, arte; él solo quería trabajar. De modo que llegaron a un acuerdo: turismo por las mañanas, escritura por las tardes. Él estaba con *Los comunistas y la paz* , y ella con la novela que parecía no acabar nunca. Sartre la leyó en el otoño de 1952 y observó en ella muchas cosas elogiosas, pero seguía molestándole que no estuviera terminada. Ella estaba tan harta que pensó en abandonar el proyecto. Bost y Lanzmann, cuando leyeron el texto, la animaron a seguir adelante. Cuando la terminó, Sartre la citó como la razón por la que dejó de escribir novelas,

incluso dejando inacabada la serie «Los caminos de la libertad». No tenía mucho sentido terminarla, pues *Los mandarines* ya había «explorado los problemas de la época mucho mejor de lo que los habría explorado yo, [...] manteniendo en todo momento la libertad, la incertidumbre y la ambigüedad». [24]

Desde Italia, Beauvoir le escribió cartas a Lanzmann. Cinco cartas, de hecho, antes de que este contestara. Ella le había prometido que lo seguiría queriendo cuando regresara a París. ¿Solo hasta entonces?, preguntó él. Lanzmann esperaba más. [25]

Beauvoir visitó a su hermana de camino a París, pero tuvo que esperar dos semanas a que Lanzmann regresara de su viaje a Israel antes de que «sus cuerpos se reunieran de nuevo con alegría». [26] Empezaron a compartir historias de su pasado: él era judío, y sus reflexiones sobre el carácter judaico la ayudaron a comprender esa condición de una manera que nunca habría imaginado. (Años después muchas personas dirían lo mismo de él, quien llegó a dirigir —siempre con el apoyo de Beauvoir— *Shoah* , un aclamado documental sobre el Holocausto.)

Las conversaciones sobre el pasado dieron lugar a conversaciones sobre el futuro. Él tenía poco dinero después de sus viajes, de manera que Beauvoir le propuso que se fuera a vivir con ella. Era la primera vez que vivía con un amante, y le preocupaba renunciar a la soledad, pero vivieron juntos durante siete años. Fue también el primer amante al que Beauvoir tuteó. Sartre mencionó aquello en varias entrevistas, asegurando que nunca había estado más unido a una mujer que al Castor. Pero, aun así, nunca se habían tratado de tú. [27] En 2018 los investigadores tuvimos acceso a la correspondencia entre Beauvoir y Lanzmann. Intercaladas en el análisis de lo que Beauvoir estaba escribiendo, leyendo y viendo cuando se encontraba lejos de Lanzmann, hallamos tiernas declaraciones de amor y detalles prácticos de la vida cotidiana. Para alguien que valoraba tanto la independencia, es significativo que Beauvoir estuviera dispuesta a compartir la vida con él de aquella manera.

En el retrato cinematográfico de Simone de Beauvoir realizado por Josée Dayan, Simone le pregunta a Lanzmann cómo fue la primera impresión que tuvo de ella:

**Lanzmann:** Me pareciste muy guapa; tenías la cara muy suave, y yo quería saber qué se ocultaba detrás de aquella impasibilidad.

**Beauvoir:** Y entonces te diste cuenta de que era menos impasible de lo que parecía.

> **Lanzmann:** Desde luego. [...] No sé si debería hablar de estas cosas... Lo que llamaba la atención de ti desde el principio era tu gusto por la vida, tus continuos proyectos. Siempre querías hacer algo, viajar, ver las cosas con detenimiento. [...] Descubrir el mundo contigo era asombroso, y eso es en realidad lo que hice. [28]

Para Beauvoir, los dos años anteriores habían constituido el amargo final de una aventura amorosa y parecían indicar el fin de su vida sexual. Pero con Lanzmann, dijo Beauvoir, redescubrió embelesada la felicidad. [29]

Beauvoir siguió viendo a Sartre, pero las costumbres de ambos cambiaron. [30] Ella no quería dejar a Lanzmann durante dos meses, el tiempo que requerían sus vacaciones anuales con Sartre. Así pues, acordaron que Lanzmann los acompañaría, al menos durante diez días. Lanzmann estaba escribiendo sobre el recién creado Estado de Israel; le llamaba poderosamente la atención que allí los judíos no fueran intrusos. De manera que él y Beauvoir escribían juntos por la mañana, y luego por la tarde ella se iba a trabajar con Sartre.

Pero, aunque ella y Lanzmann compartían piso y cama, su relación se regía por los mismos criterios no excluyentes de las otras relaciones de Beauvoir. Ella esperaba que él viera a otras mujeres y que se lo contara todo; también esperaba ver a Sartre y contárselo todo. Lanzmann pasó a formar parte de «la familia»: celebraron la víspera de Año Nuevo con Olga, Bost, Wanda y Michelle. Con el tiempo, empezó a apreciar cada vez más la larga historia compartida de aquellas personas: «Había tanta complicidad entre nosotros que una sonrisa transmitía tantas cosas como una oración entera». [31]

Lanzmann era un hombre apasionado que expresaba sus emociones de manera espontánea; al principio de su relación amorosa con Beauvoir, le dio las gracias por amarlo a pesar de su «locura». Tenía un pasado tempestuoso, pero eso no era lo único que había moldeado su carácter. Le dolió mucho descubrir, después de la guerra, que Francia había sido cómplice del genocidio. Y en su infancia —dejando aparte su magnífico expediente académico en el Lycée Louis le Grand y su amistad con Jean Cau y Gilles Deleuze— había visto tanta violencia entre sus progenitores que su madre abandonó a su padre, y a los tres hijos, sin dejar ninguna indicación de su paradero.

Pero él no era el único con una historia oscura, y Lanzmann —como único amante con el que convivió— conoció de cerca las desgracias de Beauvoir. Lanzmann pensaba que una de las cosas importantes que

Beauvoir compartía con Sartre era una angustia existencial rayana en la depresión o la desesperación. En Sartre se manifestaban en forma de «pesimismo e inacción», que combatía a base de Corydrane, escritura y seducción. En Beauvoir se manifestaban en forma de «explosiones»:

> Sentada, de pie o tumbada, en el coche o caminando, ella prorrumpía en violentos sollozos convulsivos, jadeando con todo el cuerpo, con gritos desgarradores salpicados de largos aullidos de indescriptible desesperación. No recuerdo la primera vez, pues sucedió en muchas ocasiones durante los siete años que vivimos juntos, pero pensando en ello ahora mientras escribo, nunca tenía que ver con ningún daño que le hubieran hecho ni con ningún infortunio. Por el contrario, parecía chocar contra la felicidad, siendo aplastada por esta.

Lanzmann intentaba tranquilizarla, pero se sentía «completamente desamparado» ante aquellla «atroz conciencia de la fragilidad de la dicha humana». [32] Pero, al igual que le sucedía a la «Mademoiselle de Beauvoir» de sus días de estudiante, las explosiones se interrumpían; Beauvoir y Lanzmann pasaron muchas horas apacibles viviendo y trabajando juntos en la calle Schoelcher; a veces escribían hasta cinco horas seguidas sin dirigirse la palabra. [33]

En 2018, Claude Lanzmann vendió a la Universidad de Yale una selección de las cartas de Beauvoir. [34] Al anunciar la venta, *Le Monde* publicó una carta de 1953 en la que Beauvoir escribió que, aunque «sin duda» había querido a Sartre, su relación «no tuvo verdadera reciprocidad; y sus cuerpos nunca llegaron a significar gran cosa». [35] Esa reveladora afirmación muestra que en 1953 Beauvoir no consideraba a Sartre como alguien fundamental en su vida desde el punto de vista sentimental, y que sus quejas de aquella relación no solo eran de naturaleza sexual, sino también ética. Si la historia se repitiera, los lectores de aquellas cartas se fijarían solamente en el aspecto sexual. Repetirían con sorpresa que «la gran historia de amor» del siglo XX no era lo que les habían hecho creer. Pero el sexo no era lo único que Beauvoir echaba de menos. Se sentía contrariada por la falta de reciprocidad, pues creía que esa circunstancia era necesaria para que el amor romántico fuera genuino. Puesto que varias generaciones de lectores de Beauvoir se han preguntado si ella obró de mala fe en su relación con Sartre, es muy significativo que admitiera directamente (ante su círculo más íntimo) que, en efecto, esta tenía graves imperfecciones. Sí, quería a Sartre. Pero en algunos aspectos importantes, desde su punto de vista, aquella relación no había funcionado bien.

Lo que contó a los lectores fue una historia muy diferente, pero también se complicó a causa de lo que estos decían de ella. La primera traducción al inglés de *El segundo sexo* se publicó en la primavera de 1953. Blanche Knopf, la mujer del editor Alfred Knopf, había oído hablar del libro en París. Su francés no era lo bastante bueno para valorar la obra ella sola; pensaba que era una especie de manual de sexo en plan intelectual, de modo que le pidió a un profesor de zoología que hiciera un informe de lectura. H. M. Parshley le contestó calificando el libro de «inteligente, erudito y equilibrado»; no era «feminista en ningún sentido doctrinario».

Los Knopf le preguntaron si le interesaba traducirlo y si podría abreviarlo un poco. (La autora, dijo Knopf, padecía de verborrea.) [36] En francés, *El segundo sexo* tenía 972 páginas. En su correspondencia con Knopf, Parshley dijo estar recortando o condensando unas 145 páginas, esto es, suprimiendo casi el 15 % de lo que había escrito Beauvoir. Parshley no era experto en filosofía ni en literatura francesa, por lo que pasó por alto muchas connotaciones filosóficas y alusiones literarias del original francés, haciendo que Beauvoir pareciera mucho menos docta de lo que en realidad era. También suprimió algunas secciones y tradujo ciertos pasajes de manera demasiado inocente. La parte más afectada fue la relativa a la historia de las mujeres, en la que suprimió 78 nombres y prácticamente todas las referencias a las formas socialistas de feminismo. Eliminó referencias a la indignación y opresión de las mujeres, pero conservó las relativas a los sentimientos de los hombres. Omitió la parte en que se analizaba el trabajo doméstico. [37]

Cuando vio lo que había hecho Parshley, Beauvoir le escribió que «Gran parte de lo que me parece importante a mí se habrá omitido». Él le respondió que el libro habría sido «demasiado extenso» si no lo hubiera acortado, de modo que Beauvoir le pidió que declarase abiertamente en el prólogo que había omitido cosas y que había condensado la obra. Pero Parshley no fue tan honrado como ella esperaba.

En Estados Unidos, el libro no fue presentado como una obra existencialista porque Blanche Knopf pensaba que el existencialismo estaba condenado al fracaso; de hecho, le pidió a Parshley que le quitara importancia en el prólogo. [38] Cuando apareció el preámbulo, Parshley dijo que «como el libro de Mademoiselle de Beauvoir, al fin y al cabo, trata sobre las mujeres, no sobre filosofía», [39] él «había hecho algunos recortes y síntesis aquí y allá en aras de la brevedad». «*Prácticamente* todas esas

modificaciones —escribe— se han hecho con el consentimiento expreso de la autora.» [40] En una entrevista realizada en 1985, Beauvoir dijo que lamentaba «mucho» el comportamiento de Parshley. [41] (Una nueva traducción inglesa, con el texto completo, no se publicó hasta 2009 en el Reino Unido y 2010 en Estados Unidos.)

Cuando salió a la venta en Estados Unidos, *El segundo sexo* entró en la lista de los superventas. Las primeras reseñas fueron muy positivas en cuanto al estilo y la originalidad de Beauvoir, señalando al mismo tiempo que ella había universalizado falsamente ciertos desafíos que solo concernían a las artistas o intelectuales. [42] Otros críticos (como un articulista de *The Atlantic* ) llegaron a la conclusión de que la autora tenía claramente «el tipo de personalidad feminista extrema». [43] Un crítico de *The New Yorker* y la antropóloga Margaret Mead calificaron el libro de «obra de arte» y «obra de ficción» respectivamente. [44] El libro se ha vendido bien desde su publicación, superando al parecer el listón del millón de ejemplares en la década de 1980. En la de 1950 era uno de los pocos libros a los que podían recurrir aquellas mujeres que deseaban reflexionar sobre su situación en el mundo. [45]

Gracias a *El segundo sexo* , Beauvoir llegó a ser considerada la «madre» de la segunda ola del feminismo. Curiosamente, sin embargo, algunas de las feministas más conocidas de la década de 1960 no reconocieron su influencia hasta años después. *Política sexual* , de Kate Millett, debía mucho a *El segundo sexo* , lo que llevó a Beauvoir a comentar que el libro de Millett, aunque «muy bueno», lo había sacado todo, «la forma, la idea, el mensaje», de ella. [46]

En Estados Unidos, lo que más interesó de Beauvoir fueron sus ideas sobre la sexualidad, la «mujer independiente» y la maternidad. [47] Si bien las reacciones no fueron tan virulentas como en Francia, el libro levantó ampollas en algunos sectores y provocó indignación en otros. Tras un viaje a Saint-Tropez con Sartre y Lanzmann, en abril de 1953 llegó un paquete para ella a Les Deux Magots. El matasellos era de Chicago, por lo que dio por hecho que se lo enviaba Nelson y lo abrió entusiasmada. Pero en realidad era un regalo anónimo: «Pastillas laxantes para facilitar la evacuación de bilis». [48]

Seguía escribiendo a Algren todos los meses, poniéndolo al día sobre *Los mandarines* . Cuando Beauvoir le escribía, siempre hablaba de «tu» libro, aunque fue Lanzmann quien le sugirió el título (desde el principio,

decía Lanzmann, su relación había sido «tanto intelectual como carnal»). [49] *Los mandarines* iba tomando forma poco a poco, mucho más despacio de lo que ella quería, de tal manera que en agosto de 1953 en sus cartas a Algren lo llamaba «tu maldito libro». En diciembre era ya la «asquerosa novela».

En junio de 1953, Beauvoir y Lanzmann viajaron a Suiza y a Yugoslavia antes de ir a Venecia para pasar una vacaciones «en familia» con Sartre y Michelle. Lanzmann conducía el Simca Aronde mientras Beauvoir planeaba caminatas de ocho horas con extenuantes itinerarios. En Trieste descubrieron que podían obtener visados para entrar en Yugoslavia. Beauvoir nunca había estado al otro lado del telón de acero: llenaron el coche de provisiones y se adentraron en territorio comunista.

En agosto, estando en Amsterdam, Beauvoir seguía trabajando en *Los mandarines* . Estaba disfrutando de su estancia allí, junto a Sartre, cuando recibió inquietantes noticias de Lanzmann: ella había planeado reunirse con él en Basilea, pero lo habían hospitalizado en Cahors como consecuencia de un accidente de tráfico. Cogió el coche de inmediato y se fue a verlo. [50]

Entretanto, Sartre regresó a París. Iba a reunirse con Beauvoir y Lanzmann en Cahors, pero tenía algunas gestiones que hacer para el Castor —recados, principalmente— y una nueva amante a quien seducir. Se había enamorado de Evelyne, la hermana de Lanzmann. Y, aunque Michelle no sabía nada al respecto, Evelyne también se había enamorado de Sartre. De manera que este tenía entonces tres amantes: Wanda, Michelle y Evelyne; unas estaban más en el ajo que otras, y a las tres las ayudaba económicamente y les prodigaba regalos literarios.

En febrero de 1954, Beauvoir recibió una carta de Algren en la que le preguntaba si aún conservaba aquella «alegría de vivir». Pese a la presencia de Lanzmann, ella respondió que no volvería a amar a un hombre como lo había amado a él. Estaba desencantada con el mundo, y lo achacaba a la edad; en esos momentos estaba viviendo «una vida sin magia». [51] Pero a finales de abril volvió a escribirle, llena de júbilo: había terminado el libro. Eran mil doscientas páginas mecanografiadas, y Sartre, Bost y Olga pensaban que era su mejor novela. Era una historia americana, sobre un hombre y una mujer, y, aunque todavía no había entregado el «tocho» a Gallimard, ya sentía el alivio del deber cumplido.

Beauvoir estaba preocupada por la salud de Sartre: se había esforzado demasiado durante años, tomando dosis de Corydrane varias veces superiores a la recomendada. Como tenía la tensión alta, los médicos le

recomendaron reposo. El único cambio que hizo fue aumentar la toma de estimulantes cuando se sentía cansado. Beauvoir y Lanzmann le dijeron que se estaba matando, pero él no quería parar.

En mayo de 1954 Sartre viajó a la URSS. La prensa hizo un seguimiento de su visita, que mantenía informada a Beauvoir, pero él no envió ninguna carta. Ese mismo mes Hélène fue a París para exponer sus cuadros, y en junio Simone y Lanzmann viajaron a Inglaterra, donde no se dejaron impresionar por el «verano» inglés. Cuando regresaron, encontraron en la puerta del piso una nota de Bost, quien le pedía a Beauvoir que fuese a verlo de inmediato. Bajaron las escaleras (Bost y Olga seguían viviendo en el piso de abajo) para comprobar qué sucedía: Bost les dijo que habían hospitalizado a Sartre en Moscú. Era por la tensión alta, dijo Jean Cau, nada grave.

Beauvoir telefoneó a Moscú y se tranquilizó al oír la voz de Sartre, quien estuvo diez días convaleciente antes de volver a Francia. Pero, aparte de su salud, a Beauvoir empezaban a preocuparle sus principios. En aquel viaje escribió un artículo para *Libération* en el que afirmaba que en la URSS había plena libertad de expresión. Todo el mundo sabía que aquello no era cierto; ¿se le habría ido la cabeza? Sartre era obstinado, por lo que no criticó a la URSS hasta la invasión de Hungría.

Cuando regresó de Rusia, fue a Roma para recuperarse. Michelle lo acompañó, pero lo único que le apetecía hacer era dormir. En agosto se sumó a Beauvoir para hacer un viaje por Austria y Alemania, y Beauvoir se quedó sorprendida ante su mal humor y su estado físico: ella pensaba que la fatiga lo había transformado en un cascarrabias. Estaba irritable y displicente, y hasta decía que la literatura —la vocación a la que ambos quisieron consagrar su vida— era una «gilipollez». [52] Estaba disfórico y se preguntaba por el sentido de su vida. No había mujer que lo sacara de aquella desesperación.

En octubre de 1954 salió a la luz *Los mandarines* . Beauvoir estaba recelosa tras la acogida de *El segundo sexo* : «Casi podía oír por adelantado los desagradables cotilleos». La novela fue muy bien recibida, y lo que más le sorprendió es que fue bien recibida en todas partes: gustó tanto a la derecha como a la izquierda. La primera edición de 11.000 ejemplares se quedó corta; al cabo de un mes había vendido 40.000. [53] Le dijo a Nelson que «su» libro era el mayor éxito que había tenido ella. Era incluso candidata al premio Goncourt, que se entregaba todos los años en

noviembre. Muchas personas dijeron que la novela se lo merecía, pero ella temía que su reputación como autora de *El segundo sexo* jugara en su contra.

La tradición establecía que los candidatos asistieran a una comida para oír los nombres de los ganadores y —si eras el afortunado— dar las gracias al jurado. Después el editor ofrecía un cóctel en el que la prensa podía hacer preguntas y sacar fotografías. A muchos escritores les gustaba la ostentación y la atención del público, por lo que se prestaban con gusto a asistir a aquellas ceremonias. Simone de Beauvoir no.

No le gustaba la «basura» que los periódicos decían de ella y de Sartre, o, durante los últimos tiempos, sobre ella en cuanto autora de *El segundo sexo* . Tampoco era muy partidaria de las apariciones públicas, puesto que, en su opinión, «la publicidad desfigura a quienes caen en sus manos». [54] Por tanto, decidió jugar a su manera y quedar fuera de su alcance: se ocultó.

Dos días antes de que se anunciara el premio, los periodistas empezaron a vigilar el portal de su casa desde un bar que había enfrente. Pero ella salía por la puerta trasera cuando quería ir a algún sitio. Así pues, el día de la ceremonia celebró una pequeña fiesta con Sartre, Olga y Bost, y siguieron las noticias por radio para enterarse de quién era el ganador, en tanto que los periodistas se pasaron horas esperando en la calle de la Bûcherie. Estos se impacientaron e intentaron varias estratagemas, como por ejemplo llamarla por teléfono haciéndose pasar por Sartre.

Pero las risas —y el Goncourt— fueron para ella.

Los grandes agentes literarios estaban furiosos; Beauvoir había logrado transmitir el mensaje de que podía prescindir de ellos. Un periódico malicioso publicó una foto retocada de Simone, con sombras oscuras bajo los ojos a fin de que pareciera más vieja. Un programa de televisión mostró imágenes de su sitio vacío en la mesa con mantel de lino blanco, antes de mostrar a Jean Reverzy, ganador «menos tímido» del premio Renaudot, firmando libros (en palabras del presentador: aceptando «las pequeñas servidumbres de la gloria»). [55] Pero, pese a que Beauvoir se negó a respetar las reglas, *Los mandarines* se vendió bien —mejor de lo habitual incluso para un premio Goncourt— y ella recibió más cartas. El tono de estas era más suave que el aluvión de ofensas que siguió a la publicación de *El segundo sexo* . Tuvo noticias de viejos amigos, de antiguos alumnos. Pero

ella quería conocer la opinión de Algren. Aquella historia de amor no era exactamente la que habían tenido ellos, le dijo; pero intentó que se pareciera un poco. [56]

Beauvoir fue la tercera mujer en recibir el premio Goncourt desde su creación en 1903. Un mes después de ganar el premio, su amiga Colette Audry explicó que Beauvoir «había elegido para sí la vida de una intelectual» y que su novela mostraba «las heridas de la maduración personal y la importancia de la experiencia colectiva». La obra de Beauvoir, escribió Audry, «pide a los lectores que reflexionen sobre sí mismos y su propia situación». [57] Su aspiración como escritora seguía siendo apelar a la libertad del lector; en una entrevista realizada en 1963 Beauvoir manifestó su frustración por la insistencia de algunos lectores en que *Los mandarines* era una autobiografía: «En realidad, es una auténtica novela. Una novela que se inspira en las circunstancias, en la posguerra, en personas que conocí, en mi propia vida, etc., pero trasladada a un plano completamente imaginario que se aparta mucho de la realidad». [58]

Pese a las protestas de Beauvoir, incluso hoy el libro se vende como un relato realista de los intelectuales de la *Rive gauche* y su famoso círculo. La edición de Harper Perennial (2005) lo describe como «una novela épica y un manifiesto filosófico» que dará a los lectores una perspectiva de la vida de hombres famosos:

> En el París de la guerra, un grupo de amigos se reúne para celebrar el fin de la ocupación alemana y planificar su futuro. [...] Salpicada de mordaces retratos de Sartre, Camus y otros grandes intelectuales de la época, esta historia de amor es difícil de olvidar.

Aunque *Los mandarines* fue muy elogiada, su acogida también muestra la contradicción implícita en la consideración de Beauvoir como una mujer egoísta cuya literatura carecía de imaginación y se basaba solamente en su propia vida. Según esta interpretación, Anne Dubreuilh es Beauvoir; su marido, Robert, es Sartre; Henri Perron es Camus; su amante, Paule, parece Violette Leduc (aunque, según Beauvoir, varias mujeres se vieron reflejadas en ese personaje). [59] También hay un estadounidense, Lewis Brogan, con quien Anne tiene una aventura.

Ya hemos visto que Beauvoir reconoció que *Los mandarines* se inspiraba en su propia vida. Pero, desde su punto de vista, no era una autobiografía ni una novela de tesis, y, como la gente decía que era ambas cosas, ella quiso explicar sus propias intenciones en *La fuerza de las cosas* . El tema de *Los mandarines* es lo que Kierkegaard llamaba «repetición»,

que para Beauvoir significaba que «para poseer verdaderamente algo, primero hay que perderlo y volver a encontrarlo». [60] Ella no quería incluir una tesis en la novela, sino mostrar «el eterno vaivén de los puntos de vista enfrentados».

En este caso, Beauvoir dice dos cosas bastante chocantes desde la perspectiva de su legendaria relación con Sartre: primero, que utilizaba una técnica filosófica denominada «comunicación indirecta», en virtud de la cual el lector no percibe el imperativo de vivir de cierta manera, sino que percibe una elección. Kierkegaard empleó esa técnica en sus escritos; a veces los publicaba con seudónimos, y a veces ponía seudónimos a los seudónimos para que los lectores reflexionaran sobre qué era la verdad y sobre qué clase de vida elegirían para sí mismos. Ese tipo de obras, escritas por Kierkegaard, se llaman filosofía; entonces, ¿por qué no las de Beauvoir? ¿Acaso la respuesta se reduce a que Kierkegaard era un hombre y ella una mujer? Una y otra vez, a ella se la tachaba de pensadora superficial y poco imaginativa, incapaz de ser una «verdadera» filósofa. Y, cuando defendía la profundidad y originalidad de su propia filosofía, pocas veces le hacían caso.

En segundo lugar, Beauvoir dice claramente que esta novela es una adaptación de las preguntas filosóficas que hizo en su diario *antes* de conocer a Sartre: «La confrontación básica del ser y la nada que esbocé en mi diario cuando tenía veinte años, analizándola en todos mis libros sin llegar a resolverla, tampoco aquí recibe una respuesta clara. Mostré a algunas personas, llenas de dudas y esperanzas, que intentaban encontrar el camino a tientas en la oscuridad; creo que no he demostrado nada». [61]

En *La fuerza de las cosas* , Beauvoir defendió de manera firme y sincera la naturaleza filosófica y la originalidad de su obra. A principios de la década de 1960 ya estaba más que acostumbrada a que dijeran que su pensamiento era «existencialismo aplicado» y que su intelecto y su creatividad parasitaban a Sartre. Sabía bien que las tensiones no solo se debían a lo que decía un autor, sino que también tenían su origen en discrepancias entre aquello que se decía y quién lo decía. Por eso declaró, tranquila pero inequívocamente, que ella tenía sus propias ideas.

Pero se creó una leyenda crítica según la cual Beauvoir «había escrito una crónica exacta y fiel», [62] un *roman à clef* :

***Études* , 1955**

«Sí, lo que se nos cuenta es la historia de “la banda de Sartre”.» [63]

***Informations sociales* , 1957**

«La venta de 185 000 ejemplares de *Los mandarines* no se explica solo porque Simone de Beauvoir haya ganado el premio Goncourt, sino también por la leyenda que se extiende en torno a Saint-Germain-desPrés. A Simone de Beauvoir se la considera la musa de Jean-Paul Sartre, el icono del existencialismo, y muchos lectores esperaban comprender mejor, gracias a esta novela, un movimiento que parece lleno de misterios.» [64]

Las revistas estadounidenses también afirmaron: «Como cabía esperar, vemos a Simone de Beauvoir en su propia novela». [65] Para Beauvoir aquello no fue solo una acogida frustrante, sino también una dificultad personal: «Esta leyenda transformó mis invenciones en indiscreciones e incluso en denuncias». [66]

Doris Lessing elogió *Los mandarines* sobre todo por sus «brillantes descripciones de las mujeres». [67] A sus mujeres se les dice que las mujeres son todas iguales. [68] Y sin embargo observamos cierto sufrimiento a causa del amor no recíproco; [69] otras están frustradas porque los hombres no las toman lo bastante en serio para discutir cuestiones importantes con ellas. La historia adquiere una dimensión intergeneracional con la hija de Anne, Nadine, quien le reprocha a su amante: «Discutes cosas con otras personas, [...] pero conmigo no quieres. Supongo que porque soy una mujer, y las mujeres solo servimos para follar». [70]

Lo malo de la comunicación indirecta es que deja abiertas demasiadas interpretaciones posibles. Aunque Beauvoir afirmó que había tanto de ella misma en Henri como en Anne, una parte de *Los mandarines* —como ha revelado la publicación póstuma de las cartas de Beauvoir a Algren— se parecía mucho a la vida:

*Los mandarines*

—¡Ah! ¡Ya estás en la cama! —dijo Brogan. Llevaba unas sábanas limpias en las manos, y me miró de manera inquisitiva—. Quería cambiar las sábanas.

—No hace falta.

[...]

—¡Anne! —La forma en que lo dijo me conmovió. Se echó sobre mí y por primera vez pronuncié su nombre.

—¡Lewis!

*Cartas* (SdB a Algren)

No te olvides de cambiar las sábanas cuando duerma ahí. Siempre te recordaré desconcertado con las sábanas en la mano, cuando me viste tumbada ya en la cama, la primera noche. Creo que empecé a quererte en ese mismo momento, para siempre.

Una vez establecida esa similitud tras la publicación de las cartas de Beauvoir, los lectores empezaron a hacer conjeturas acerca de qué otros ejemplos contenía el libro. ¿Dónde debían fijar el límite entre lo real y lo imaginario?

El 9 de enero de 1955 Beauvoir cumplió cuarenta y siete años, lo que la hizo sentirse «realmente talludita». [71] Los cumpleaños producían el inoportuno efecto de recordarle la muerte, sobre la que todavía no era capaz de pensar con ecuanimidad.

Ese año, con el dinero del premio Goncourt, se compró un estudio en la calle Victor Schoelcher, una pequeña vía perpendicular al bulevar Raspail y que linda con el sureste del cementerio de Montparnasse. Estaba a nueve minutos andando del piso donde nació, cerca del Dôme y de la Coupole. Ella y Lanzmann se mudaron al estudio en agosto. Lanzmann recordaba que, al cruzar la puerta, conmemoraron la ocasión con una «inauguración sexual». [72] Pero Beauvoir apenas tuvo tiempo de deshacer las maletas antes de irse con Sartre de viaje a China, a comienzos de septiembre. Estuvieron un mes en Pekín y luego viajaron por el país, observando con curiosidad cómo vivía la gente bajo el comunismo de Mao. Durante aquel viaje sintieron plenamente su extranjería y su exclusividad: en China no había lujos ni se sabía de ellos. Regresaron a través de Rusia.

En primavera se publicó *Ravages* , la novela de Violette Leduc. En un primer borrador incluía una relación lésbica que ofendió a los lectores de Gallimard y fue por tanto —en palabras de Beauvoir— «amputada». [73] Leduc cayó enferma del disgusto. Beauvoir pasó tiempo con ella mientras convalecía, y a Sartre le contaba por carta el «mal día» que habían pasado juntas. [74] Las escenas que faltaban no fueron restituidas cuando se publicó el libro. Aun así, ella y Leduc paseaban entre jacintos y tulipanes hablando de la posibilidad de que las restituyeran. Entre otras amistades literarias, Beauvoir siguió viendo a Ellen y Richard Wright, quienes a menudo la recibían junto con su editor estadounidense. Estaban traduciendo *Los mandarines* , pero le dijeron que tendrían que recortar algunos pasajes sobre sexo porque: «En Estados Unidos no pasa nada por hablar de sexo en un libro, pero otra cosa es la perversión». [75]

Ese mes de junio Merleau-Ponty publicó *Las aventuras de la dialéctica* ; los críticos señalaron que era como asestar un golpe mortal a la filosofía de Sartre. Beauvoir pensaba que no, de modo que escribió una réplica contradiciendo punto por punto la interpretación que de Sartre hacía

Merleau-Ponty. Sus contemporáneos la criticaron por ello: ¿por qué lo defendía? En *La fuerza de las cosas* , Beauvoir analizó los motivos por los que su respuesta provocó tantos ataques. Algunos dijeron que debería haber dejado contestar a Sartre, pues era su filosofía el objeto de la crítica, y otros que ella era demasiado «virulenta». A la primera objeción respondió que cualquiera que vea los defectos de un argumento filosófico puede rebatirlo. En cuanto a la segunda, afirmó que su amistad con Merleau-Ponty «era estrecha»: «Nuestras diferencias de opinión eran con frecuencia impetuosas; a veces yo me propasaba, y él sonreía». La mordacidad de Beauvoir se manifiesta en la descripción de ese episodio. A la afirmación de que sus ensayos filosóficos saldrían ganando si su tono fuese más moderado —acusación pocas veces dirigida contra los filósofos varones en aquellos días—, ella replicó: «No lo creo. La mejor forma de hacer estallar una bolsa de aire caliente no es dándole golpecitos, sino clavándole las uñas». [76]

En el otoño de 1955, la guerra de Argelia estaba en su momento culminante, y Francia se encontraba dividida con respecto a las cuestiones de la raza y el colonialismo. Marruecos y Túnez estaban a punto de conseguir la independencia. Argelia también quería independizarse, pero los franceses acababan de sufrir una derrota en Indochina y el Gobierno se sentía humillado. Había que defender el imperio francés —y el orgullo francés—, y la mejor forma de hacerlo era conservando Argelia. Beauvoir estaba desconcertada, incluso asqueada; pensaba que la actuación de Francia era injustificable. Le costaba dormir y sentía vergüenza por la forma en que su país torturaba a inocentes. *Les Temps Modernes* apoyó en seguida la independencia de Argelia, y a ella la acusaron una vez más de ser una traidora a la patria, una antifrancesa.

En 1955 publicó un conjunto de tres ensayos titulado *Privilegios* . El nexo entre ellos era: ¿Cómo se atreven a pensar en su situación los privilegiados? La antigua nobleza hacía caso omiso de esa pregunta: se valía de sus derechos sin preocuparse de si eran legítimos o no. Así pues, el primer ensayo versaba sobre el marqués de Sade porque, según Beauvoir, este ilustra el hecho de que, si alguien quiere oponerse a las jerarquías injustas, la primera condición que debe cumplir es la de no ignorarlas. Sade no hizo lo que Beauvoir pensaba que debían hacer los escritores: mostrar las debilidades del mundo y apelar a la libertad de sus lectores para que buscaran justicia. Antes bien, Sade emprendió el vuelo hacia lo imaginario y justificó la crueldad y la perversión. El llamado erotismo de Sade no

percibía la verdad de lo erótico, que solo encuentran quienes se abandonan a la vulnerabilidad que sienten en relación con sus amantes y a la intoxicación emocional que estos les producen. No obstante, decía Beauvoir, la calidad de Sade es incuestionable: nos mostró «con brillantez que los privilegios solo pueden desearse de manera egoísta, que no pueden legitimarse a los ojos de todos». [77]

En el segundo ensayo, Beauvoir examinó los mecanismos mediante los cuales los conservadores justifican la desigualdad: habitualmente combinando los «intereses generales» con los suyos. Es imposible defender los privilegios desde un punto de vista filosófico, dice Beauvoir. Así pues, quienes piensan que son defendibles han sucumbido a la «desmemoria» —una especie de falta de atención al mundo— o a la mala fe. En el tercer ensayo analizó un caso particular: la cultura. En este último opúsculo escribió que la cultura es un privilegio, y que muchos intelectuales son culpables, al igual que otras clases privilegiadas, de olvidarse de la vida de los menos afortunados.

Justo ocho años antes, Beauvoir había escrito un artículo para *France-Amérique* sobre la «incompetencia» de los «no especialistas» que querían comprender el existencialismo, alegando que este no podía resumirse en una frase ni en un artículo:

> A nadie se le ocurriría despachar el sistema de Kant o el de Hegel con tres oraciones; el existencialismo tampoco se presta a la vulgarización. Una teoría filosófica, al igual que una teoría física o matemática, solo es accesible para los iniciados. De hecho, es indispensable estar familiarizado con la larga tradición en la que se apoya, si uno quiere comprender tanto los fundamentos como la originalidad de la nueva doctrina. [78]

Incluso entonces reconoció que al público en general le interesaba el existencialismo porque era «una actitud práctica y actual con respecto a los problemas que plantea el mundo contemporáneo». Iba dirigido a la gente. Pero, en Estados Unidos, esa idea llevó a algunos críticos a dudar de que el existencialismo fuera realmente filosofía. En Francia la filosofía no tenía una definición tan ajustada. [79] Aun así, Beauvoir debió de preguntarse si había olvidado que los intelectuales no son los únicos que buscan respuestas.

Tras los ensayos sobre prerrogativas, Beauvoir decidió escribir un libro acerca de China. Quería olvidarse durante algún tiempo de las novelas, pero también quería cuestionar los prejuicios de los lectores occidentales con respecto al comunismo. *La larga marcha* (publicado en 1957) se basó en la

reacción de Beauvoir a sus viajes de 1955; este periplo la obligó a no tomar la riqueza de Europa y Estados Unidos como punto de referencia. «El hecho de ver a las masas de China trastocó por completo la idea que tenía de nuestro planeta; a partir de entonces el Extremo Oriente, la India y África, con su crónica escasez de alimentos, se convirtieron en la realidad del mundo, y nuestras comodidades occidentales pasaron a ser un privilegio para unos pocos.» [80] Ella quería que su experiencia personal, que sus pareceres y conversaciones estuvieran a disposición de otros con el fin de que vieran que los chinos estaban «batallando para construir un mundo humano».

Beauvoir escribió un relato de la transición de «una revolución democrática a una revolución socialista» porque quería hacer justicia, pero no a sus abstractas definiciones filosóficas, sino a lo que ella denominaba «la verdad más concreta de todas: que el presente no es sino evolución, o sea, un devenir». Con independencia de lo que viera durante el tiempo que estuvo en China, aquello era «al mismo tiempo una reliquia del pasado» y «algo que estaba a punto de nacer». [81] Aunque su optimismo con respecto a Mao resultó infundado, vio muchas cosas dignas de elogio.

En 1956 *Los mandarines* se unió a *El segundo sexo* en el índice de libros prohibidos de la Iglesia católica, y Beauvoir se unió a Sartre en algo que se convertiría en una rutina que repitieron hasta que la muerte los separó: pasar el otoño en Italia. Tenían habitaciones contiguas en un hotel del centro de la Ciudad Eterna, y sus días se sujetaban a un ritmo de soledad y compañía, trabajo, whisky y helados. Recuperado el hábito de escribir, a Beauvoir le gustaba especialmente el período comprendido entre el «vértigo» de la página en blanco y las «menudencias» de la versión definitiva; tras los comentarios de Sartre, Bost y Lanzmann, llegaba el momento en que ella «cortaba, ampliaba, corregía, suprimía, volvía a empezar, reflexionaba y tomaba decisiones». [82]

Ese año Beauvoir reanudó el proyecto que había aparcado diez años antes: sus memorias. Habían cambiado muchas cosas desde que tuvo aquella idea: escribió *El segundo sexo* , conoció a Algren, luchó con «el monstruo» que dio lugar a *Los mandarines* y ganó el premio Goncourt. Viajó a Estados Unidos, a China y a otros lugares, y llegó al convencimiento —según dijo en *Privilegios* — de que la cultura era una prerrogativa y de que los intelectuales no deberían olvidarse de las personas que no la tenían.

En Italia, ese otoño, Beauvoir y Sartre leyeron algunos de los pasajes que había escrito sobre su primo Jacques, los cuales formarían parte de *Memorias de una joven formal* . Escribía a Lanzmann con regularidad, contándole cómo pasaba los días y qué libros le parecían interesantes, entre los que se encontraba *La élite del poder* , de C. Wright Mills. La frase inicial de ese libro describe la forma en que «las facultades de los hombres corrientes están limitadas por los mundos en los que viven, pero, incluso en esas sucesiones de trabajo, familia y vecindario, a menudo parecen impulsados por fuerzas que no comprenden ni pueden dominar». Mills pensaba que los hombres y mujeres de la sociedad de masas se sentían «sin meta en una época en la que carecían de poder». [83] ¿Cómo iba a saber la gente —debía de preguntarse Beauvoir— el poder que tenía?

Es curioso que el giro de Beauvoir hacia la autobiografía coincida con el aumento de sus críticas a los privilegios intelectuales y con su implicación en la política. [84] Puede ser simple coincidencia, pero a mí me parece que narrar la vida era para Beauvoir una forma de poner en funcionamiento su política. Margaret Simons argumenta que el viaje de Beauvoir a China —y, más concretamente, el hallazgo de *La familia* , un libro muy popular que escribió Ba Jin— fue lo que llevó a Beauvoir a contar su vida de una manera que sirviese a sus lectores para liberarse de las convenciones. *La familia* giraba en torno a dos hermanos, uno que aceptaba el matrimonio concertado y otro que se oponía a él; el libro vendió decenas de miles de ejemplares, y Beauvoir pensaba que «daba voz a los resentimientos y esperanzas de toda una generación». [85]

*El segundo sexo* había estructurado muchas de las objeciones de Beauvoir a las «convenciones» que coartaban las esperanzas de liberación de las mujeres, pero no lo había escrito pensando en la mujer normal y corriente, pues el estilo, la extensión y el lenguaje del libro eran característicos de las obras de la élite filosófica parisina de la década de 1940, y utilizaba y adaptaba conceptos de filósofos que no son conocidos precisamente por su accesibilidad: Hegel, Marx, Husserl, Sartre, Merleau-Ponty. A mediados de los años cincuenta, Beauvoir sabía que muchas personas no compraban —y mucho menos leían— los dos volúmenes de su obra más famosa. En mayo de 1956, el primer volumen de *El segundo sexo* iba por la 116.a edición en francés. El segundo se estaba vendiendo a menor ritmo (llegó a las 104 ediciones en 1958), y ese era el volumen en el que las mujeres hablaban, con voz propia, de la experiencia de llegar a ser mujeres;

en esa segunda parte se ocupaba Beauvoir del amor, la independencia y el hecho de tener sueños propios. [86] Beauvoir debía de preguntarse por qué el segundo volumen se vendía más despacio que el primero, probablemente decepcionada por que justamente el tomo que hablaba del amor y la liberación fuese el menos leído. ¿Se preguntaría también si había hecho lo suficiente para compartir sus privilegios con otras mujeres, si los había compartido de la mejor manera posible?

Cuando escribió a Algren para felicitarle el Año Nuevo en 1957, Beauvoir le contó que había terminado el libro sobre China (diciendo, a su autocrítica manera, que «no era demasiado bueno»), y que estaba empezando una cosa distinta: «Recuerdos de la infancia y la juventud, intentando no solo contar una historia, sino también explicar quién era yo, cómo llegué a ser quien soy, en relación con la forma que tenía y tiene el mundo en que viví». [87]

Al igual que *El segundo sexo* , *Memorias de una joven formal* manó de ella, y tardó dieciocho meses en escribirlo. Beauvoir revisó viejos diarios y consultó periódicos antiguos en la Bibliothèque Nationale. Y pensó en qué hacer con la *gente* . Le hacía ilusión compartir su vida —o al menos su imagen— con el público; pero ¿les gustaría a los demás que escribiera acerca de sus vidas? Puso seudónimos a Merleau-Ponty (en la parte del libro en que era el galán de Zaza, pero no en la parte del libro en que era su camarada filósofo) y a Maheu, y también a la familia de Zaza. Pero le preocupaba lo que pensara su madre.

En enero de 1958, Beauvoir cumplió cincuenta años, lo cual le sentó mucho peor que pensar en el fin de la vida. La guerra de Argelia se había recrudecido, y Beauvoir estaba tan obsesionada al respecto, tan harta de ser francesa, que no podía dormir y hasta la literatura le parecía «insignificante»; trabajaba en *Les Temps Modernes* para publicar testimonios de los argelinos y de los soldados. Sartre también estaba muy alterado a causa de la política, pero no por las mismas razones. El 4 de noviembre de 1956, los tanques soviéticos habían entrado en Budapest y habían matado a más de cuatro mil húngaros. Sartre quería creer en la Unión Soviética, pero aquello era imperdonable. Denunció la intervención rusa en una entrevista para *L'Express* , pero, entre la URSS y la situación de Argelia, estaba tomando tanto Corydrane que por la noche ya no podía hablar bien y tenía que recurrir al alcohol para relajarse. Beauvoir quería

que parase y le dijo que se estaba extralimitando (a veces hasta rompía algunos vasos para que se notase su enfado). [88] Él casi siempre seguía sus consejos sobre literatura, pero con lo de las pastillas no había manera.

En mayo, Pierre Pflimlin fue nombrado presidente del Consejo de Ministros. Pflimlin era un democratacristiano partidario de llegar a un acuerdo con los nacionalistas argelinos. El 13 de mayo se produjeron disturbios en Argel; elementos derechistas del Ejército francés, liderados por el general Massu, tomaron el poder para defender la «Argelia francesa». Al día siguiente, Massu exigió que Charles de Gaulle regresara al poder, amenazando con atacar París si no se cumplían sus exigencias. El Gobierno se reorganizó con De Gaulle al frente, y este elaboró una nueva constitución. Algunos políticos de centro-izquierda y los comunistas —Sartre incluido— se opusieron a aquel golpe de Estado, pero la constitución fue sometida a votación en septiembre.

El 25 de mayo, Claude Lanzmann estaba en Corea del Norte, y Beauvoir, tras refugiarse en Virginia Woolf —«que leía a modo de antídoto, para volver a mí misma»—, empezó a hacer otra «evaluación» de su vida. Terminadas las memorias de su niñez, ¿qué iba a escribir a continuación? ¿Más novelas? ¿Ensayos del tenor de *Privilegios* (1955) y *La larga marcha* (1957)? Quería escribir un libro que fuera «más que el resto de [su] obra», que comparase «la confusa “vocación” de su niñez con lo que había conseguido a los cincuenta años». [89]

En 1958 Beauvoir y Sartre fueron a Italia más pronto de lo habitual, en el mes de junio. La publicación de *Memorias de una joven formal* estaba prevista para octubre, y ella ya se sentía nerviosa ante la posible reacción de los lectores. [90] Desde el primer volumen de sus memorias, Beauvoir había dejado claro que no estaba haciendo el típico «pacto» autobiográfico con el lector. [91] En los textos de promoción del libro, Beauvoir afirmaba: «Podría pensarse que he reconstruido mi pasado en vista de lo que he llegado a ser; pero mi pasado es el que me ha hecho a mí, de modo que, interpretándolo ahora, doy fe de él». [92] En un artículo publicado en *France Observateur* el 4 de junio de 1958, Beauvoir dijo expresamente que utilizaba el estilo de un relato o narración (*récit* , en francés) para evitar la terminología filosófica o psicoanalítica, pero que no pretendía viciarlo. Quería adoptar la cuestión de *llegar a ser* una mujer, tan importante en *El segundo sexo* , y escribir acerca de cómo llegó a ser ella misma. Aunque no lo dijera abiertamente en *France Observateur* , en 1956 sabía muy bien que su vida interesaba a los

lectores (tanto si estaban de acuerdo con su *modus vivendi* como si no). Teniendo en cuenta que escribió textos filosóficos y luego «experiencias imaginarias» en diversos géneros literarios, no sería de extrañar que decidiera desarrollar la filosofía de *El segundo sexo* de otra manera: contando su propia vida.

Si bien el primer volumen de sus memorias estaba teniendo una buena acogida, el siguiente tomo, aún sin titular, se resistía a adoptar una forma definida en su cabeza. Sabía que el siguiente período de su vida requeriría un género literario y un tratamiento distintos de los de *Memorias de una joven formal* . Planteaba cuestiones diferentes, cuestiones arduas desde las perspectivas intelectual y personal. Desde el punto de vista intelectual, se daba cuenta de que la novela era su género literario favorito. «Pero ahora —escribió en su diario— me pregunto por qué.» «Ahora que se conocen los hechos —dijo—, debo hablar también de filosofía: no sé por qué no hablé antes.» Desde el punto de vista personal, quería escribir sobre el envejecimiento, la soledad, y Sartre. ¿Cuánto debería contar sobre él? O, si vamos a eso, ¿cuánto debería contar sobre Bost, Olga, Bianca y Nathalie? Durante mayo y junio estuvo dudando entre dos opciones: la ficción o una continuación del proyecto autobiográfico que tomaría la forma de un «ensayo sobre el escritor». En una entrevista para *France Observateur* , lo llamó «un ensayo sobre sí misma». [93]

Beauvoir regresó a París a mediados de agosto; viajó con Sartre hasta Pisa y luego continuó sola. Le costaba más trabajo despedirse de él, y se preguntaba si no sería por culpa de la edad; las separaciones se estaban haciendo más difíciles. Al poco tiempo estaba de nuevo en la Bibliothèque Nationale trabajando en sus memorias, pero su cabeza pensaba ya en otro proyecto. El 24 de agosto escribió en su diario que cada vez tenía más ganas de «escribir sobre la vejez». [94]

Mientras Beauvoir escribía y pasaba tiempo con Lanzmann, en Italia Sartre descubrió que durante diez años Michelle Vian había tenido una aventura con otro hombre, André Rewliotty; pensaba dejar a Sartre. Pese a su propia historia de vida en pareja, o incluso en trío, Sartre estaba destrozado. Prefería mentir que ser engañado. Lanzmann también había conocido a otra persona, e intentaba ocultarlo: se trataba de una aristócrata más joven que Beauvoir. Una noche regresó a la calle Schoelcher más tarde

de lo habitual. Subió sin hacer ruido a la habitación y se encontró a Beauvoir sentada en la cama, con cara de pocos amigos: «Quiero saberlo», le dijo. [95]

Lanzmann se lo contó todo. Ella se sintió aliviada de inmediato, y él se quedó sorprendido por su comprensión. Beauvoir propuso un «apaño»: tres noches con ella una semana, cuatro con la otra mujer, y luego al revés en semanas alternas. Lanzmann pensó que a su aristócrata le parecería un buen arreglo: no más furtivismo, no más noches a medias. Pero la aristócrata no quiso saber nada del asunto: quería a Lanzmann para ella sola. [96]

La tarde noche del 14 de septiembre, Lanzmann invitó a Beauvoir a cenar; a la mañana siguiente ella fue a recoger a Sartre a la estación. Pasaron el día charlando; ella ya sabía que Sartre estaba agotado porque había leído su último artículo, claramente falto de inspiración. El referéndum —mediante el cual se aprobarían o se rechazarían los cambios constitucionales de De Gaulle— estaba a la vuelta de la esquina, y Sartre anhelaba volver al trabajo, pero al cabo de unos días le descubrieron una infección de hígado. Aun así, trabajó veintiocho horas seguidas: se había comprometido a tener listo un artículo para *L’Express* el jueves 25 de septiembre, y quería cumplir el plazo de entrega.

Sartre sufrió un colapso, por lo que Beauvoir tuvo que revisar el artículo, reescribiendo algunas partes a fin de prepararlo para su publicación. Durante la carrera electoral, la policía y los norteafricanos intercambiaban fuego de ametralladora en las calles de París. En Argelia, «diez mil argelinos habían sido encerrados en el Velódromo de Invierno, como los judíos en Drancy anteriormente». Beauvoir estaba extenuada: tenía el cuello siempre tenso, y le costaba dormir y concentrarse. Una noche la visitó su «antiguo terror», la desesperación, que le hacía sentir que «solo el mal en este mundo es insondable». [97] Pero siguió intentando combatirla.

El 27 de septiembre, la noche anterior al referéndum, Beauvoir se dirigió a una multitud de 2.400 personas en la Sorbona. Pero, al día siguiente, se produjo la derrota. El 28 de septiembre la nueva Constitución fue respaldada por el 79,25 % de los votantes, y Francia dio inicio a la Quinta República. La nueva constitución ampliaba los poderes ejecutivos de la presidencia. Argelia seguía siendo francesa, pero los argelinos consiguieron algunos de los derechos políticos que les habían prometido hacía más de un siglo. A los trabajadores argelinos también se les impuso el toque de queda.

Fue un rechazo de todo aquello en lo que creían, pero era el tipo de derrota que los incitaba a tomar nuevas medidas. Sin embargo, fue también un mazazo para la salud de Sartre. Cuando Beauvoir por fin lo convenció para que fuese al médico, este le dijo que se había librado de un infarto por los pelos. Cuando estaban en Roma, Sartre se atiborraba de Corydrane para escribir una obra de teatro. Y seguía queriendo escribirla a pesar de que el cuerpo le estaba dando muchas señales de advertencia: vértigo, jaquecas, dispraxia verbal.

El médico le prescribió unos medicamentos —prohibiéndole fumar y beber— y le recomendó reposo. Beauvoir lo miraba desde el otro lado de la mesa en la calle Bonaparte: Sartre no quería parar. Le decía que descansara, y él a veces le hacía caso. Pero estaba lo de la obra de teatro, se lamentaba él; había prometido entregarla en octubre. Así pues, Beauvoir fue a ver al médico, preocupada porque Sartre iba a matarse delante de sus narices. El médico fue muy claro: le dijo que Sartre era un hombre sensible que necesitaba tranquilidad de ánimo, y que, si no aflojaba el ritmo, no duraría más de seis meses.

¡Tranquilidad! ¿¡En la Quinta República!? Beauvoir salió del médico y fue a ver directamente a la mujer que le había encargado la obra a Sartre; dicha mujer estuvo de acuerdo en posponer la pieza —era *Los secuestrados de Altona* — para el año siguiente. Después se fue a casa y le contó lo que habían dicho el médico y la directora. No debía trabajar más de la cuenta. Ella esperaba que se pusiera hecho una furia por haber hecho todo aquello sin consultárselo a él, pero, muy al contrario, Sartre recibió la noticia con desconcertante pasividad. Ella empezaba a darse cuenta de que lo más duro de ver el declive de Sartre era que estaba perdiendo al «amigo incomparable» de su pensamiento; no podía hablar de sus inquietudes con Sartre porque él era el centro de sus preocupaciones.

En cuanto Sartre estuvo fuera de peligro, Beauvoir se permitió disfrutar de la acogida de *Memorias de una joven formal* , que se publicó el 6 de octubre; aquel libro la afectó más que sus obras anteriores. Algunos críticos se quejaron de que su relato de la vida cotidiana contenía demasiados detalles superfluos (¿a quién le interesa oír el otro lado del silencio?). Otros compararon a Beauvoir con Rousseau y George Sand, quienes, al igual que ella, habían optado por la autobiografía al superar los cincuenta años.

Beauvoir había recibido cartas tras la publicación de otras obras, pero con aquella fue diferente. La investigación de Marine Rouch —basada en las más de veinte mil cartas que recibió Beauvoir— muestra que la publicación de las memorias cambió el tipo de lectores y su relación con ellos. Desde entonces recibió mucha más correspondencia de «francesas normales y corrientes», quienes le escribían cartas efusivas y hasta íntimas porque les parecía que la Simone de las memorias estaba muy próxima a ellas: «Usted ha descendido de un pedestal [...], se ha vuelto más humana, y su superioridad cultural e intelectual ya no la hace parecer tan distante». [98]

Gracias a esas cartas sabemos que las lectoras de Beauvoir se sorprendían de imaginársela cocinando, o cuando tenía hambre o frío, de que sus libros fueran más caros que los de sus contemporáneos varones y de que tardasen más en aparecer en baratas ediciones rústicas que los de Sartre. [99] Cientos de lectoras le escribían contándole que ellas también buscaban una «justificación» de su existencia o que se sentían vacías pese a su «éxito» en cuanto esposas y madres acomodadas. Una lectora le habló hasta de su intento de suicidio.

Las memorias de Beauvoir también incitaban a las mujeres a volver a *El segundo sexo* , a contarle sus experiencias de lectura y a recomendar ese libro:

> Hay dos tipos de mujeres que leen *El segundo sexo* , y por eso siempre me ha dado un poco de miedo prestarlo: las que se despiertan, tienen miedo [...] y se vuelven a dormir, y las que se despiertan, tienen miedo y no pueden volverse a dormir. Estas últimas leen todos sus libros y tratan de entenderlos. [100]

A lo largo del tiempo, todas esas misivas nos muestran que Beauvoir se molestaba en responder a sus lectoras individualmente. En ciertos casos llegó a cartearse con algunas personas durante más de diez años, animándolas a ver el mundo con sus propios ojos y a buscar proyectos de vida. Algunas cartas la llevaron a secundar la carrera literaria de esas mujeres y a conocerlas en persona. Su horario de trabajo era tan disciplinado como siempre, pero incluía una hora para ese tipo de correspondencia.

Beauvoir había concluido *Memorias de una joven formal* con el relato de la muerte de Zaza, y dijo que juntas habían luchado contra el «odioso destino» que las aguardaba y que, durante mucho tiempo, creyó haber comprado su libertad con la muerte de aquella. [101] Entonces se dio cuenta del verdadero motivo de la caída en desgracia de Merleau-Ponty. [102]

Tras la publicación del libro, una hermana de Zaza, Françoise Bichon, escribió a Simone para explicarle las razones ocultas tras la negativa de Lacoin. Se vieron en noviembre, y Bichon le mostró unas cartas que le había escrito Zaza. Lo cierto es que su familia había contratado a un detective para que investigara a su potencial yerno —al fin y al cabo, además de la vida de su hija, estaba en juego una dote de un cuarto de millón de francos— y el sabueso descubrió que Merleau-Ponty era hijo natural. Desde la perspectiva católica de los Lacoin, el adulterio era un pecado mortal, por lo que una alianza entre su hija y Merleau-Ponty era de todo punto insostenible.

Merleau-Ponty prometió retirar la demanda si los Lacoin mantenían su descubrimiento en secreto: su hermana estaba prometida y él no quería que un escándalo impidiese su matrimonio. Zaza, sin embargo, ignoraba la investigación y sus consecuencias. Cuando mostró su disgusto y confusión por el repentino desinterés de Merleau-Ponty, su madre le explicó por fin las razones. Zaza había intentado avenirse a los deseos de sus padres. Pero, cuando se dieron cuenta de lo funesto de aquella decisión para su hija, ya era demasiado tarde.

Nadie podía reescribir la historia de Zaza con un final feliz, pero al menos Beauvoir supo finalmente la verdad. Simone quería que sus libros apelasen a las libertades de sus lectoras para darles nuevas posibilidades en su imaginación y nuevos caminos en la vida. ¿Quién habría pensado que también las lectoras podían arrojar luz liberadora sobre su propia situación?

# CAPÍTULO 14

## Desengañada

A finales de 1958, cuando Simone acababa de cumplir sesenta años, Lanzmann la abandonó. Hay poco material acerca del fin de la relación desde el punto de vista de Beauvoir; en las *Cartas a Sartre* hay solo una carta posterior a 1958, y está fechada en 1963; en las colecciones publicadas, hay también una laguna en las cartas de Sartre, aunque sabemos que no empezaron a utilizar el teléfono hasta 1963. [1] Las cartas a Algren correspondientes a ese período solo mencionan que «sentía la necesidad de vivir otra vez como una soltera». [2] En el relato público que hace en *La fuerza de las cosas* menciona pocas veces esa cuestión; dice que «se distanciaron» y que «el asunto de la separación fue complejo». [3] Sabemos por Lanzmann que se dieron cierto espacio tras separarse, y que luego empezaron a reconstruir un nuevo tipo de amistad. Lanzmann recuerda que no había el menor rastro de amargura o resentimiento entre el Castor y él, pues dirigían la publicación como de costumbre, trabajaban juntos, hacían campaña juntos. [4]

Fueron a ver a Josephine Baker, y de nuevo Beauvoir se sintió abrumada por los efectos de la edad: vio en el rostro de Baker el reflejo arrugado del suyo. Ese año publicó en *Esquire* un ensayo sobre «Brigitte Bardot y el síndrome de Lolita». [5] Como había leído poco antes la *Lolita* de Nabokov, le desconcertó el trato tan diferente que se daba a Brigitte Bardot en Estados Unidos y en Francia. La película *Y Dios creó a la mujer* , protagonizada por Bardot, recaudó una miseria en los cines franceses y una millonada al otro lado del Atlántico. Beauvoir estaba convencida de que no era solo la mojigatería la que descorazonó a los franceses, pues sabía que no eran especialmente dados a «identificar la carnalidad con el pecado».

No era la verdadera Brigitte Bardot la que importaba, sino la *criatura imaginaria* que aparecía en la pantalla. Beauvoir pensaba que el director Roger Vadim había recreado a la «mujer eterna» introduciendo un nuevo erotismo que permitía la supervivencia del mito. Durante las décadas de 1930 y 1940, las diferencias sociales entre los sexos disminuyeron. Las mujeres adultas vivían en el mismo mundo que los hombres, trabajaban y votaban. Por lo tanto, los «vendedores de sueños» tuvieron que improvisar: crearon una nueva Eva combinando la «fruta verde» con la *femme fatale* . Los hombres vieron que las mujeres hechas y derechas eran sujetos, de modo que sus fantasías se adaptaron a las circunstancias, poniendo el foco de atención en las mujeres jóvenes que no se oponían a su condición de objeto. No se le escapaba que la *Lolita* de Nabokov tenía doce años; una película de Vadim se centró en una chica de catorce. Beauvoir atribuía el éxito de la sexualización de mujeres cada vez más jóvenes a la poca disposición de los hombres para renunciar a su papel de «amos y señores». Seguían queriendo ver a las mujeres como si fueran cosas: «Hacer lo que le plazca sin preocuparse de lo que pasa en la mente, el corazón y el cuerpo de ella».

Beauvoir pensaba que la sociedad tenía pretensiones espirituales con respecto al sexo, y le parecía bien que Vadim intentara «poner el erotismo en su sitio». Pero Vadim se pasó de la raya, pues lo deshumanizó. [6] Redujo los cuerpos a objetos para consumo visual. En la vida real las personas se caracterizan por algo más que la sexualidad; nuestro cuerpo tiene su historial y nuestra vida erótica se desarrolla en situaciones que contienen emociones y pensamientos. Pero, por la misma razón, «el hombre se siente incómodo si, en lugar de una muñeca de carne y hueso, tiene entre sus brazos a un ser consciente que le toma las medidas». [7]

El *síndrome de Lolita* criticaba la forma en que se negaba la autonomía sexual a las mujeres y el descaro con que los hombres insistían en buscar el «señorío» en vez de la reciprocidad. A pesar de las críticas, esta obra ha sido citada en publicaciones tan prestigiosas como *The New York Times* —en 2013, sin ir más lejos— para afirmar que Beauvoir ofreció «una defensa evangélica de la emancipación sexual de los jóvenes», que ella misma era una apologista de la búsqueda de «Lolitas» a las que hay que analizar al mismo tiempo que a Jimmy Savile y al Humbert Humbert de Nabokov. Resulta sorprendente que alguien que se hubiera leído el libro entero pudiera llegar a esa conclusión. También resulta bastante irónico. Al fin y al

cabo, lo que quería decir era que a los hombres no les gusta que los evalúen y descubran sus carencias, razón por la cual escogen a mujeres jóvenes, en sus sueños y en sus pantallas, para esquivar la mirada de una libertad lo bastante segura de sí misma para ser «el ojo que mira» y dice lo que piensa. El hecho de que Beauvoir haya sido tergiversada de semejante manera hace que nos preguntemos: ¿A quién le interesa presentarla como una libertina a la que el consumo de «Lolitas» no le provocaba remordimiento alguno?

Ser evaluado por un ser consciente resulta incómodo incluso cuando uno se evalúa a si mismo, y Beauvoir aún tenía dudas sobre cómo abordar el segundo volumen de su autobiografía. En enero de 1959 le dijo a Nelson que no tenía demasiadas ganas de escribir «en una Francia como esta». [8] En 1958, cuando más preocupada estaba por Argelia, Beauvoir empezó de nuevo a llevar un diario, práctica que no ejercitaba desde 1946. [9]

En mayo de 1959, en su diario privado, Beauvoir escribió que de veinteañera, treintañera e incluso cincuentona «nunca había dejado de darle las gracias y pedirle perdón» a la niña de cinco años que en otro tiempo fue. Pensaba que su vida tenía en cierto modo una «armonía admirable». Estaba llevando a cabo otra de sus «valoraciones», y, bajo el epígrafe «Esencial», se hacía la pregunta que llevaba décadas inquietándola: «¿Qué significa amar?». Le desconcertaba que en ocasiones hubiera preferido a Sartre, «con su felicidad y su trabajo antes que el mío»:

> ¿Hay algo en mí que hace que este sea el modo más fácil? ¿Es para mí, y para quienes *aman* , más fácil amar? [...] Esa es la verdadera clave, el único problema y el factor determinante de mi vida. Y ello es precisamente porque nunca me he cuestionado ni me han cuestionado a mí al respecto. Si alguien sintiera interés por mí, a quién calificaría de divino: esa es la cuestión, la única cuestión. [10]

Incluso los pioneros tienen que recorrer largos caminos hasta darse cuenta de que se trata de callejones sin salida. En las cartas a sus amantes, Beauvoir empleaba el mismo lenguaje efusivo que emplearon algunos místicos cristianos para describir su unión con Dios: «unión total» (con Lanzmann), «mi absoluto» (con Sartre). Pero ningún hombre podía ocupar el lugar que dejaba vacío Dios: era mucho pedir que alguien la viera en su totalidad —desde el nacimiento hasta la muerte, o desde el primer minuto hasta el último aliento— con una mirada de amor puro. Aun así, a los cincuentaiún años había tomado y vuelto a tomar muchas veces la misma decisión que cuando tenía veintiuno: «Sartre es para mí el *incomparable* , el *único* ». [11]

Volvieron a pasar un mes juntos en Roma; Sartre se encontraba mejor y estaba terminando la obra de teatro que casi lo mata el año anterior. Una tarde le dio a Beauvoir el último acto para que lo leyera. Ninguno de los dos se andaba con chiquitas con el trabajo del otro. Pero esa obra sí que le parecía mala. Cuando alguno de sus propios libros no le gustaba, intentaba convencerse de que se equivocaba al subestimarse. Eso la enfurecía, y entonces se convencía aún más de que estaba en lo cierto. Aquella tarde en la plaza de San Eustaquio estaba de mal humor cuando llegó Sartre: se sentía decepcionada. Sartre modificó el texto, convirtiendo la escena final en un diálogo entre padre e hijo; a Simone le pareció la mejor escena de la obra. [12] (Una vez representada, la reacción fue mucho más positiva de lo que Sartre esperaba; después de que opinaran en la prensa todos los críticos teatrales, Jean-Paul escribió una carta en la que le decía a Simone: «Muchas gracias, cariño, muchísimas gracias».) [13]

Cuando Michelle Vian quedó fuera del mapa, Sartre reasignó el tiempo a otra joven, Arlette Elkaïm. En vez de dos horas los domingos, Arlette había sido promocionada a dos tardes a la semana. Habían tenido un breve relación sexual, pero en general los sentimientos de Jean-Paul eran más paternales que apasionados. En poco tiempo ella se convirtió en su compañera contingente vacacional. En septiembre de 1959 dejó a Beauvoir en Milán y viajó con Arlette, pero se mantuvo en contacto por carta son Simone, asegurándole que no estaba bebiendo *demasiado* . [14]

Lanzmann fue a visitar a Simone una semana después, en calidad de amigo. Estuvieron diez días en Menton, donde él también leyó su libro y le hizo algunos comentarios. Cuando lo conoció no estaba aún «madura para la vejez» y creía poder ocultarla en su presencia. Pero, le gustara o no, se estaba haciendo vieja, de modo que aceptó a regañadientes aquella situación. «Aún tenía fuerzas para odiar la vejez, pero no la desesperación.» [15]

Cuando Beauvoir entregó al editor el segundo volumen de sus memorias (todavía sin título), volvió a la Bibliothèque Nationale para empezar a trabajar en la siguiente parte. Ya había escrito mucho al respecto en *Los mandarines* , pero le parecía que las novelas no mostraban la contingencia de la vida de igual modo que las autobiografías. Las novelas se convierten en un todo artístico; la vida está llena de acontecimientos arbitrarios e imprevisibles que no están dentro de una unidad global. [16]

En otoño de 1959, Beauvoir seguía trabajando en sus propios libros y también se pasaba horas supervisando el de Sartre, la *Crítica de la razón dialéctica* . [17] Escribió prólogos para libros sobre planificación familiar y control de la natalidad; estaba empezando a ser una eminencia en esas cuestiones. Un prólogo —el de un libro titulado *El gran miedo al amor* —empieza con la siguiente pregunta: «¿Cómo se las apañan otras mujeres?». La respuesta a esa pregunta es no quedándose embarazadas. Y el prólogo de Beauvoir ponía en tela de juicio la optimista afirmación de que los derechos y las posibilidades de las mujeres eran iguales que los de los hombres. Aún no podían controlar su fertilidad de manera legal y segura. Beauvoir preguntaba: «En las circunstancias económicas actuales, ¿se puede tener éxito en una carrera profesional, crear un hogar feliz, criar a los niños con alegría, ser útil a la sociedad y alcanzar la realización personal, si en cualquier momento te puede tocar la pesada carga de un nuevo embarazo?». [18]

Durante aquel invierno redescubrió la música: cuando se cansaba de las palabras, se pasaba las tardes en el diván con un vaso de whisky y una sinfonía. Ella y Sartre solían salir a pasear juntos los domingos, y se lamentaban de que la edad había mermado su curiosidad. En esa época los invitaban a viajar por todo el mundo. A Sartre lo estremecía la idea de renunciar a todo, de modo que para tranquilizarse aceptó una invitación a Cuba. Partieron a mediados de febrero de 1960; Batista había sido derrocado apenas un año antes, y las relaciones entre Cuba y Estados Unidos eran muy tensas. Sartre y Beauvoir querían ver qué había hecho la revolución por el pueblo cubano. Pasaron tres días con Fidel Castro y vieron la representación de una obra de Sartre, *La puta respetuosa* , en el Teatro Nacional de La Habana. [19] Castro los llevó a ver a las multitudes felices, la caña de azúcar, las hojas de palma, La Habana. El ambiente era esperanzador, incluso jubiloso. Sartre llamó a aquello «la luna de miel de la revolución». [20]

Cuando Beauvoir regresó de Cuba el 20 de febrero, Nelson Algren estaba en su casa.

Simone se puso nerviosa al verlo; *Los mandarines* se había publicado en Estados Unidos en mayo de 1956, al mismo tiempo que su última novela, y la prensa le había echado los perros. Dijo algunas verdades en público, en la revista *Time* : estaba enojado, e insistió en que un buen novelista tenía muchas cosas de que escribir sin escarbar en el jardín

privado de nadie: «Para mí se trataba simplemente de una relación rutinaria, y ella se la ha cargado». [21] En privado, sin embargo, se disculpó por haber dicho aquellas cosas: quería ir a verla a París. [22] Estaba deprimido: se había vuelto a casar con su exmujer, pero el matrimonio se estaba yendo a pique por segunda vez. Le dijo a Beauvoir que los mejores días de su vida eran los que había pasado con ella; pero aún no quería comprometerse a nada, y ella tampoco. Se sentía como si hubiera perdido la capacidad de escribir.

Durante mucho tiempo el Gobierno estadounidense se había negado a concederle un pasaporte porque antiguamente había simpatizado con los comunistas, de modo que no podía viajar a París. Pero Beauvoir lo animó a que no se rindiera y a que siguiera escribiendo: estaba siendo muy duro consigo mismo: «La lucecita que hay en tu interior no puede apagarse, nunca se apagará». [23] Durante unos años su correspondencia se ajustó a las convenciones vacacionales de Estados Unidos y Francia: él le enviaba *christmas* , ella felicitaciones de Año Nuevo.

Pero en julio de 1959 le concedieron por fin un pasaporte. Empezó a escribir más, le enviaba paquetes y libros, y hacía planes para ir a visitarla, para quedarse seis meses en Francia. De modo que, cuando Beauvoir regresó de Cuba en marzo de 1960 y llamó al timbre, fue él quien abrió la puerta. A Simone se le iluminaron los ojos al ver su cara y no vio los efectos del paso del tiempo: lo único que vio fue a Algren. La edad no les impidió sentirse «tan unidos como en los mejores días de 1949». [24]

Nelson, que acababa de llegar de Dublín, le habló de sus viajes por las brumas irlandesas y también de su desencanto con la política estadounidense. Su última visita había coincidido con el furor publicitario de *El segundo sexo* . La vida de Simone era más tranquila, así es que pasaban tiempo juntos en la calle Victor Schoelcher y con «la familia»: Olga, Bost, Sartre y Michelle (que estaban de nuevo juntos) y Lanzmann.

En París trabajaban juntos por la mañana en su apartamento; por la tarde ella iba a casa de Sartre como de costumbre. Caminaban hasta la calle de la Bûcherie para rememorar el pasado, y se pasaban la tarde en el Crazy Horse y en otros cabarés, donde Algren se quedaba perplejo por la presencia de *strippers* de ambos sexos. Viajaron juntos a Marsella, Sevilla, Estambul, Grecia y Creta.

En la primavera de 1960, Beauvoir recibió una carta de una estudiante de *baccalauréat* . Se llamaba Sylvie Le Bon. Nacida en Rennes en 1941, a Sylvie le gustaba la filosofía y admiraba los libros de Beauvoir. Esta

respondió a la carta y, cuando al cabo de unos meses Le Bon fue a París, Simone la invitó a cenar. Sylvie quería estudiar en la École Normale, donde le fue muy bien: llegó a ser *agrégée* en filosofía. Con el tiempo, también llegó a ocupar un lugar muy importante en la vida de Beauvoir.

En agosto Beauvoir voló a Brasil con Sartre, dejando a Algren en su apartamento, donde permaneció hasta septiembre. Le escribió desde Río, y de manera regular durante el resto del año. Sus adjetivos volvían a ser tan estridentes como cuando se conocieron: Nelson era la «bestia subversiva» de su corazón. Beauvoir y Sartre fueron recibidos con honores y los invitaron a pronunciar conferencias y a participar en entrevistas: el 25 de agosto Simone dio una charla en la Facultad nacional de Filosofía: «Simone de Beauvoir habla sobre la condición de las mujeres». A primeros de septiembre concedió dos entrevistas que se publicaron en *O Estado de São Paulo* , y en octubre Beauvoir y Sartre dedicaron algún tiempo a viajar por el país. Simone se puso enferma en Manaus, una ciudad a orillas del Amazonas, y terminó pasando una semana en un hospital de Recife a causa de una posible fiebre tifoidea.

Incluso estando fuera de Francia, sus intervenciones causaban un revuelo considerable. En agosto y septiembre de 1960, Beauvoir y Sartre firmaron el Manifiesto de los 121, que exigía la independencia de Argelia; el texto se publicó en *Les Temps Modernes* . [25] Antes de abandonar Brasil, Lanzmann la llamó por teléfono para decirle que no era buena idea que Sartre aterrizara en París. Además de firmar el manifiesto, Sartre había escrito una carta en defensa de Francis Jeanson, que estaba siendo juzgado por su apoyo al Frente de Liberación Nacional de Argelia. [26] Lo habían acusado de traición, y cinco mil veteranos marcharon por los Campos Elíseos al grito de «¡Que fusilen a Sartre!». Treinta de los signatarios del manifiesto habían sido acusados de traición y muchos habían perdido su trabajo. La cárcel pendía como una amenaza.

Cambiaron los vuelos y se dirigieron a Barcelona, donde los recibió Bost. Fueron en coche hasta París, y Lanzmann se reunió con ellos en las afueras de la ciudad, para que pudieran entrar con tranquilidad por carreteras secundarias. [27] Cuando Beauvoir regresó a París en noviembre, no había ninguna carta de Algren.

Sartre estaba recibiendo amenazas de muerte, y a sus amigos les preocupaba que él y Beauvoir corrieran peligro si se quedaban en casa. Así pues, durante las semanas siguientes vivieron en habitaciones separadas en

un elegante piso que les prestó un simpatizante suyo, un tal M. Boutilier. [28] Fue una de las pocas veces que vivieron de aquella manera, y en una carta dirigida a Algren el 16 de noviembre Beauvoir escribió con sorna lo extraño que le parecía todo aquello: «*Cocino* para él». No había gran cosa con que preparar la comida: jamón de york, salchichas, latas. A veces Bost iba con alimentos frescos y cocinaba para los tres. [29]



ILUSTRACIÓN 10. En una firma de libros en São Paulo, el 6 de septiembre de 1960.

Beauvoir no había testificado en el juicio de Jeanson, pero pronto tuvo que acudir a los juzgados para apoyar a otra persona: se trataba de Djamila Boupacha, una argelina perteneciente al Frente de Liberación que fue

brutalmente violada y torturada por soldados franceses. Muchas argelinas habían sido violadas y torturadas antes que ella, pero Boupacha estaba dispuesta a testificar, y contaba con el apoyo de una abogada tunecina, Gisèle Halimi, que había intervenido en los juicios de muchos miembros del Frente de Liberación. Halimi solicitó hablar con Simone y le contó la historia de Boupacha. Al igual que muchas compatriotas suyas, Boupacha se unió al movimiento independentista y ayudó a las redes clandestinas aprovechando la idea que tenían los franceses acerca del papel pasivo y tradicional de las mujeres norteafricanas. Pero en noviembre de 1956 y en enero de 1957, Boupacha puso bombas en Argel. Cuando dieron con ella, fue arrestada, torturada y juzgada, pero ella recusó al tribunal.

Halimi convenció a Boupacha para que denunciara a las autoridades francesas por tortura. ¿Defendería Beauvoir en público su causa? Las consecuencias podían ser muy graves: Boupacha podía ser condenada a pena de muerte. Beauvoir decidió ayudarla como mejor sabía: escribiendo. Redactó una defensa de Djamila Boupacha que se publicó en junio en *Le Monde* , y contribuyó a crear un comité para protegerla. Su objetivo era dar publicidad al caso y mostrar el bochornoso comportamiento de los franceses durante la guerra. En *Le Monde* , Beauvoir escribió que lo más escandaloso de aquel feo asunto era que la gente se había acostumbrado a él. ¿Por qué no los horrorizaba su propia indiferencia ante el sufrimiento ajeno?

En 1946, Beauvoir había escrito sobre el juicio de Robert Brasillach; entonces los franceses exigieron justicia para aquel colaboracionista que había traicionado los valores de Francia. En 1960, Beauvoir describió las acciones de la misma nación: «Durante los ataques asesinaron a hombres, mujeres, ancianos y niños, les quemaron sus aldeas, los fusilaron, los degollaron, les arrancaron las entrañas, los torturaron hasta la muerte; en los campos de concentración dejaron que tribus enteras pasaran hambre y frío, apaleándolas y dejándolas a merced de las enfermedades». Todos los ciudadanos franceses fueron cómplices de tales torturas: ¿reflejaba eso sus valores? La acción colectiva de quienes dijeron que no dio esperanzas a Beauvoir para el futuro. También renovó los lazos de amistad con una vieja amiga: Bianca Lamblin (Bienenfeld), que hizo campaña junto a ella. [30]

El 25 de octubre de 1960 se publicó *La plenitud de la vida* , el segundo volumen de las memorias de Beauvoir. El libro fue un éxito: muchos críticos dijeron que el relato de su propia vida le hacía sacar sus mejores

cualidades literarias. Carlo Levi describió la obra como «la gran historia de amor del siglo XX ». Los comentaristas pusieron de relieve el hecho de que Beauvoir hacía que Sartre pareciera un ser humano: «Usted ha revelado a un Sartre que no había sido bien comprendido, a un hombre muy diferente del legendario Sartre». Beauvoir respondió que eso era exactamente lo que pretendía. Al principio, Sartre no quería que escribiera acerca de él. Pero «cuando vio que hablaba de él de aquel modo, me dio carta blanca». [31]

A toro pasado es fácil comprender por qué «simplificó» Beauvoir la «leyenda de la pareja». [32] Olga, al parecer, aún no sabía que Simone había tenido con Bost una relación que duró nueve años, pero no está claro si lo mantuvo en secreto para proteger a Olga, a Bost o a sí misma. En cuanto a sus relaciones con mujeres, además de la propia intimidad de Beauvoir y de las mujeres con las que se acostaba, la acogida de *El segundo sexo* aclara un poco por qué le pareció prudente no ser sincera. También había que tener en cuenta algunas cuestiones legales; aunque aún habría que esperar hasta 1970 para que se aprobase la ley francesa relativa a la vida privada (*la loi sur la vie privée* ), el artículo 12 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) sostenía lo siguiente: «Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques». Olga, Nathalie y Bianca vivían sus propias vidas: seguían siendo amigas de Beauvoir y, al menos en el caso de Bianca, sabemos que Simone le prometió no revelar nunca su identidad.

Dada la frecuencia con que acusaron a Beauvoir de impostura e hipocresía, conviene tener en cuenta que nunca prometió a sus lectores revelar toda la verdad. Sus omisiones tal vez se deban a la modestia, la confidencialidad o el miedo, o simplemente a su voluntad de cumplir la ley. Pero también es posible que contara su historia como la contó a causa del mensaje que quería transmitir a sus lectores y por el deseo de no enturbiar ese mensaje con toda la verdad sobre el mensajero.

Los críticos consideraron que la autobiografía de Beauvoir era su mejor libro, pero las feministas tenían sus dudas: ¿Era porque estaba escribiendo una obra más femenina desde el punto de vista convencional? ¿Porque ponía a disposición de los lectores un aspecto desconocido de Jean-Paul Sartre? Esas sospechas tienen cierta base; al fin y al cabo, *Los mandarines* era su novela más famosa y también la más autobiográfica.

Pero, tanto si la elogiaron por escribir obras «más femeninas» como si no, es muy poco probable —teniendo en cuenta el peligro que ya había corrido — que decidiese escribir así porque fuese *más propio* de una mujer escribir acerca de su vida con un «gran hombre» que expresar sus ideas políticas y filosóficas. Al fin y al cabo, esa conclusión se opone abiertamente tanto a su política como a su filosofía.

En su opinión, los intelectuales no debían olvidarse de quienes no tenían acceso a la cultura. Eso significaba escribir cosas que pudieran leer los ignorantes, proporcionándoles así nuevas posibilidades por medio de la narrativa. Tanto si pensaba exactamente así como si no, sus memorias estaban llegando a un nuevo público. De *La plenitud de la vida* se vendieron 45.000 ejemplares antes de que estuviese siquiera en las librerías, y durante la primera semana se vendieron otros 25.000. [33] ¡Asombroso! Cuando escribió a Nelson en diciembre, ya se habían vendido 130.000 ejemplares. [34]

En ese volumen fue donde Beauvoir escribió que ella «no era filósofa». No se consideraba la creadora de un sistema, como Kant, Hegel, Spinoza... o Sartre. Según la traducción inglesa de su explicación, los sistemas filosóficos le parecían una «locura» porque expresaban postulados universales que no hacían justicia a la vida, y además «las mujeres no son propensas por naturaleza a ese tipo de obsesiones». [35] Tales afirmaciones han desconcertado a los lectores ingleses: ¿Qué quiere decir con que no es filósofa? ¿Por qué hace precisamente ella semejantes generalizaciones acerca de las mujeres? Lo cierto es que no las hizo ella, sino su traductor. En francés escribió que los sistemas filosóficos surgen de la tozudez de aquellas personas que pretenden encontrar «claves universales» en sus propios criterios aproximativos. Y dijo que «la condición femenina» no predisponía a nadie a ese tipo de obstinación. Su escepticismo consiguió colarse en la traducción, pero no así la sutileza de su sarcasmo. [36]

Beauvoir se hacía ya pocas ilusiones con respecto a la forma en que la convirtieron en un subproducto de Sartre y en que la malinterpretaron algunas personas a las que les interesaba no comprenderla. De modo que fue directa al grano: no quería ser discípula de nadie, y no le apetecía desarrollar, comparar o criticar las ideas de otra persona, pues prefería pensar por su cuenta. En *La plenitud de la vida* preguntó directamente: ¿Cómo se puede ser ferviente admirador de nadie? Reconoció que alguna vez se había «prestado» a representar ese papel, pero solo hasta cierto

punto. No dejó de «pensar la vida», como decía en sus diarios de estudiante, pero prefería pensarla en la literatura porque le parecía el mejor vehículo para expresar «el elemento de originalidad» presente en su propia experiencia. [37]

Comoquiera que la traducción inglesa de ese pasaje ha sido interpretada con frecuencia como sexismo interiorizado, conviene hacer hincapié en que ser mujer no es el único motivo por el que alguien se siente excluido de la consideración de «filósofo». En realidad, leer la historia de Beauvoir de esa manera nos aleja de las razones filosóficas en que se basa su negación. Muchos «filósofos» conocidos han rechazado ese título, incluidos Albert Camus, quien dijo que la confianza en la razón estaba sobrevalorada, y Jacques Derrida. No conviene por tanto convertir a Beauvoir en una sola metáfora de qué pueden y no pueden ser las mujeres: la cuestión de lo que puede y no puede ser la filosofía también estaba en juego.

Para Beauvoir, ya tuviera diecinueve o cincuenta y tantos años, la filosofía había que vivirla. Pero ella había llegado a la conclusión de que creer en la libertad de los demás significaba participar en proyectos concretos de liberación. A medida que el problema de Jeanson se agudizaba, Sartre decidió valerse de su posición para protestar por la forma en que estaban siendo tratados los signatarios del Manifiesto de los 121. Convocó una rueda de prensa en casa de Beauvoir y defendió a los treinta firmantes acusados de traición: si los declaraban culpables, entonces había que condenar a los 121. De lo contrario, habría que desestimar el caso. El Gobierno retiró los cargos. La reputación de Sartre los salvó a todos, pues, según el propio De Gaulle, «no se encarcela a Voltaire».

Eran buenas noticias, pero ellos no estaban fuera de peligro; en julio de 1961 alguien lanzó un explosivo plástico contra el piso de Sartre en la calle Bonaparte. Los daños fueron leves pero, aun así, Jean-Paul sacó a su madre de allí y se fue a vivir a casa de Beauvoir. En octubre de 1961, treinta mil argelinos se manifestaron en París contra el toque de queda que les habían impuesto; fue una marcha pacífica con un objetivo claro: que les permitieran estar en la calle pasadas las ocho y media. Pero la policía francesa reaccionó de manera brutal, utilizando porras y armas de fuego, y llegando a arrojar a algunos manifestantes al Sena. Los testigos presenciales relataron que la policía estranguló a varios participantes en la manifestación y que al menos doscientos argelinos murieron aquel día.

La prensa francesa lo tapó todo. Pero *Les Temps Modernes* no.

En julio de 1961, Beauvoir se reunió con C. Wright Mills, autor de *White Collar: las clases medias en Norteamérica* y *La élite del poder* ; a ella le interesaba su obra y su popularidad en Cuba. Después se marchó a hacer su viaje de verano por Italia con Sartre. Pasaban las tardes en la plaza de Santa María en Trastévere y ella intentaba trabajar en el tercer volumen de sus memorias. Pero era difícil pensar en el pasado cuando se sentía «acosada por el presente». Lanzmann le acababa de llevar a Sartre un manuscrito de Frantz Fanon —*Los condenados de la tierra* —, rogándole que le escribiera un prólogo. Sartre dijo que sí, y a los tres les pareció magnífico que Fanon propusiera ir a visitarlos a Italia. Tras el comienzo de la revolución argelina en 1954, Fanon se unió al Frente de Liberación Nacional de Argelia. Lo habían expulsado de ese país en 1957, pero él seguía en la lucha, incluso después de que a principios de 1961 le diagnosticaran leucemia.

Lanzmann y Beauvoir fueron a recibirlo al aeropuerto. Beauvoir lo reconoció antes de que él los viera. Se movía de manera brusca y saltarina: no dejaba de mirar a su alrededor y parecía nervioso. Dos años antes había estado en Roma para recibir tratamiento médico tras ser herido en la frontera marroquí, y un asesino a sueldo había ido a por él en su habitación del hospital: al aterrizar, según Beauvoir, tenía aquel recuerdo «muy presente». [38]

Durante aquella visita Fanon habló sobre sí mismo con inusitada franqueza, lo que llevó a su biógrafo, David Macey, a comentar que Beauvoir y Sartre debían de ser «interrogadores muy hábiles y comprensivos. No hay más constancia de Fanon hablando tan abiertamente con nadie». [39] Les dijo que cuando era joven en Martinica pensaba que la educación y los méritos personales bastaban para romper la «barrera racial». Quería ser francés, por lo que sirvió en el Ejército francés y luego estudió Medicina en Francia. Pero, por muchos méritos o educación que tuviera, no dejaba de ser un «morenito» a los ojos de los franceses. [40] Incluso siendo ya médico, la gente lo llamaba «muchacho» y cosas peores. La historia de su vida daba lugar a conversaciones sobre la «francesidad», la raza negra y la colonización.

Beauvoir sospechaba que Fanon sabía sobre Argelia más de lo que les contaba. Se mostraba abierto y relajado cuando hablaban de filosofía, pero el día en que lo llevaron a ver la Vía Apia, no comprendió por qué. Según

Beauvoir, Fanon les dijo que «las tradiciones europeas no significaban nada para él». Sartre intentó cambiar de tema, preguntándole por su experiencia en psiquiatría. Pero Fanon presionó a Sartre: «¿Cómo puedes seguir viviendo normalmente, escribiendo como si tal cosa?». Desde su punto de vista, Sartre no hacía lo suficiente para denunciar a Francia. Fanon dejó una profunda impresión en Beauvoir, incluso mucho después de despedirse. Cuando le estrechó la mano, «le pareció estar tocando la misma pasión que lo consumía», un «fuego» que transmitía a los demás. [41]

Ese otoño Sartre escribió el prólogo de *Los condenados de la tierra* , y Beauvoir escribió el de un libro de Gisèle Halimi, *Djamila Boupacha* , que contaba la verdadera historia de la mujer que estaba siendo juzgada. De igual modo que había criticado al marqués de Sade por huir del horror de la realidad refugiándose en la ilusoria seguridad de la imaginación, Beauvoir quería que el Estado francés mirase de frente a la fealdad de sus acciones. La publicación del libro le costó una amenaza de muerte.

El 7 de enero de 1962 hubo otro atentado con explosivos plásticos en la calle Bonaparte. Los habían colocado en la quinta planta por error —el piso de Sartre se encontraba en la cuarta—, pero, cuando Beauvoir fue a ver los daños al día siguiente, alguien había arrancado la puerta del piso. También había desaparecido un armario con su contenido: manuscritos y cuadernos de Sartre *y* Beauvoir. [42] La madre de Sartre, por seguridad, se alojaba en un hotel de manera permanente. El 18 de enero, el casero del apartamento de Saint-Germain desahució a Sartre, que se mudó al 110 del quai Blériot, en el distrito 14. [43]

En febrero Beauvoir, ante la reacción a su postura en el caso de Djamila Boupacha, se dio cuenta de que su propio apartamento corría peligro, pero por suerte unos estudiantes del Frente Antifascista Universitario se prestaron voluntarios a vigilarlo. Esa primavera Beauvoir asistió a mítines antifascistas y participó en marchas de protesta contra la violencia del Estado. Cuando las Naciones Unidas aprobaron una resolución en la que se reconocía el derecho de Argelia a la independencia, De Gaulle empezó a negociar con el FLN, y, en marzo de 1962, ambas partes firmaron los Acuerdos de Evián, que dieron lugar a una votación en la que el electorado francés les dio el visto bueno.

El 1 de julio se celebró un referéndum en Argelia: el 99,72 % de los electores votaron a favor de la independencia. Pero Beauvoir y Sartre, cuando el 1 de junio tomaron un vuelo en dirección a Moscú, estaban

avergonzados por la forma en que Francia se había aferrado desesperadamente al colonialismo: para ellos se trataba de mala fe a escala nacional. A Sartre también le extrañaba recibir una invitación de Rusia después de lo que había escrito acerca de Hungría en 1956. Pero, con Nikita Jruschov, Rusia estaba iniciando el deshielo. Los desmanes de Stalin eran objeto de condena. ¿Estaría debilitándose el grueso muro occidental?

Sartre y Beauvoir se quedaron sorprendidos de lo que vieron al llegar a la URSS: la gente escuchaba jazz y leía novelas estadounidenses. Jruschov había permitido la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich* , de Solzhenitsyn. El Sindicato de Escritores Soviéticos puso una guía, Lena Zonina, a disposición de Sartre y Beauvoir. [44] Zonina era crítica literaria y traductora; de hecho, estaba deseando traducir sus obras. Sartre no tardó mucho en obedecer lo que su biógrafo ha dado en llamar «la regla no escrita en virtud de la cual Sartre se enamoraba en todos los países que visitaba». Sartre se enamoró de ella perdidamente. [45]

Recobró la salud tras conocer a Zonina. Le escribía todos los días, y ella le contestaba, pero no podían usar el correo ordinario por culpa de los censores soviéticos, por lo que tenían que recurrir a mensajeros para que llegasen las cartas, y a veces debían esperar largos períodos sin forma de comunicarse. No era una manera fácil de formalizar un noviazgo, y, cuando Sartre le contó a Zonina lo de su «ronda médica» (así es como llamaba entonces a la rotación de mujeres en su vida), ella no se impresionó. Sartre seguía viéndose con Wanda dos veces a la semana; y con Evelyne, y con Arlette Elkaïm, así como con Michelle. ¿Por qué iba a suponer que Jean-Paul también tendría tiempo para ella? Ese mes de diciembre Sartre y Beauvoir volaron a Moscú a fin de pasar las Navidades con ella, y más tarde fueron a Leningrado para ver las noches blancas. Como empleada de la Comisión Internacional del Sindicato de Escritores, Zonina era una funcionaria del Gobierno soviético. Durante los cuatro años siguientes, Sartre y Beauvoir viajaron nueve veces a la URSS.

A comienzos de la década de 1960, Sartre se había distanciado del existencialismo, que empezaba a ser considerado como una filosofía de su tiempo y para su tiempo. A finales de la década de 1950, Sartre escribió que el marxismo era sin duda «la insuperable filosofía de nuestro tiempo», y en la de 1960 recibió las críticas de Claude Lévi-Strauss y otros pensadores por centrarse demasiado en el sujeto consciente, desentendiéndose de lo inconsciente. [46] La estrella filosófica de Sartre estaba declinando, pero el

interés de las feministas por Beauvoir estaba en alza. A sus sesenta años, Beauvoir sabía emplear las palabras de manera subversiva y también crear experiencias imaginarias que apelaran a la libertad de sus lectoras. Pero buscaba algo más que palabras subversivas y libertades imaginarias; quería una legislación que afectara positivamente a la situación de las mujeres.

Durante aquella década, la segunda ola del feminismo estaba cobrando fuerza. Hasta la década de 1960, la planificación familiar era tabú y la legislación limitaba la venta de anticonceptivos. En 1960 se aprobó la venta de la «píldora» en Estados Unidos; en el Reino Unido, el Servicio Nacional de Salud la puso en circulación en 1961, pero solo para mujeres casadas. En Francia no se legalizó hasta 1967 (cuando las solteras inglesas también tuvieron acceso a ella), y Beauvoir desempeñó un papel muy importante en la introducción de ese cambio. Pero *El segundo sexo* siguió sirviendo de inspiración a mujeres y escritoras feministas en todo el planeta. En 1963, Betty Friedan publicó *La mística de la feminidad* , una obra de la que a menudo se dice que inauguró el movimiento feminista en Estados Unidos y que está muy influida por *El segundo sexo* . [47]

En el verano de 1963, Sartre y Beauvoir volvieron a la URSS, donde visitaron Crimea, Georgia y Armenia con Lena Zonina. Todas las esperanzas de «deshielo» se habían desvanecido. Volvía a haber escasez de alimentos y Jruschov defendía de nuevo a Stalin y atacaba a Occidente. Sartre le preguntó a Beauvoir si debería declarársele a Zonina. No estaba nada claro que pudieran verse si no se declaraba. Si un hombre con su reputación internacional le pedía matrimonio, el Gobierno ruso probablemente daría su aprobación, y ella y su hija podrían ir a Francia. Pero Zonina no quería abandonar a su madre ni depender de Sartre, convirtiéndose en otra parada en sus «rondas». Lena dijo que no. Sea como fuere, la proposición de Sartre a otra mujer más indica lo poco romántica que se había vuelto su relación con Beauvoir.

Después de Rusia, tocaba Roma otra vez. Se alojaron en el Minerva, un hotel situado en el centro de la ciudad, en la plaza del mismo nombre. Beauvoir se estaba tomando un descanso en su trabajo, con el fin de disfrutar de la lectura y ver Italia: fueron en coche a Siena, Venecia y Florencia. Mientras estaban en Roma, Sartre recibió una carta de Zonina. Cuanto más leía las memorias de Beauvoir, tanta más cuenta se daba Zonina de que no podía cambiar el vínculo existente entre ellos, y no quería ser una

segundona en la vida de JeanPaul. Lena admiraba a Simone como amiga y la respetaba. «Pero tú y el Castor habéis creado juntos una cosa tan grande y deslumbrante que resulta muy peligrosa para quienes se acercan a ti.» [48]

A finales de octubre, cuando se suponía que iban a regresar a París, Bost telefoneó a Beauvoir: su madre había sufrido una caída y se había roto el fémur. Al mes siguiente la situación no ofrecía duda: se estaba muriendo.

Después de la caída, Françoise ingresó en una clínica, donde le descubrieron un cáncer terminal. Cuando Beauvoir se enteró de la noticia, Sartre la acompañó en un taxi al asilo; Simone entró sola. [49] Los médicos les comunicaron el diagnóstico a Simone y a Hélène, pero a Françoise no. A las hijas les pareció mejor no decírselo. Tras la operación se sucedieron dos semanas de relativo optimismo, cuando Simone y Hélène estaban con ella apaciblemente en su habitación. No era el amor lo que la retenía allí, le dijo Simone en una carta a Nelson, «sino una profunda y amarga compasión». [50] La noche de la operación de su madre, Beauvoir se fue a casa, habló con Sartre y escuchó a Bartók antes de romper a llorar con «unas lágrimas que casi dan paso a la histeria». [51] La violencia de su reacción la cogió por sorpresa: cuando murió su padre no derramó una sola lágrima.

Pocas semanas después de la operación, Françoise empezó a sentir más dolor, un dolor que la dejaba agotada. Así pues, sus hijas les pidieron a los médicos que le administraran más morfina: aunque se le acortara la vida, también disminuiría el dolor. Después de eso, se pasaba casi todo el día durmiendo. No quiso ver a un sacerdote ni a ninguno de sus «piadosos amigos», como los llamaba Beauvoir. Durante aquel mes de noviembre Simone se dio cuenta de que, desde su primera infancia, no se sentía tan cercana a su madre. La noche siguiente a la operación Beauvoir se vio sorprendida por un tsunami emocional: estaba sufriendo por la muerte de su madre, pero también por su vida, pues ella se había sacrificado muchísimo por culpa de la camisa de fuerza que le habían puesto las conveniencias sociales.

Tras la muerte de su madre, Beauvoir comenzó a escribir *Una muerte muy dulce* , un relato que abarcaba las últimas seis semanas de su madre y abordaba su propia y dolorosa experiencia del amor, la ambivalencia y el duelo. Nunca se había visto tan obligada a escribir algo, a pensar la vida con la pluma. Y sabía a quién iba a dedicar aquel libro: a Hélène. Había estado llevando un diario durante los meses del declive de su madre (lo tituló en principio «La enfermedad de mi madre»; no sabía que se trataba de

su muerte). En ese diario se reflejaba el compañerismo de Bost, Olga y Lanzmann mejor que en *Una muerte muy dulce* . Aquellos días estuvieron salpicados de inútiles e infructuosos intentos de contener las lágrimas, y en varias ocasiones menciona haber tomado tranquilizantes antes de ver a Sartre para «no molestarlo» con su llanto. [52]

En *Una muerte muy dulce* , Beauvoir refiere unas palabras de su madre: «He vivido demasiado para los otros. Ahora me convertiré en una de esas ancianas egocéntricas que solo viven para sí mismas». [53] Describió la pérdida de inhibición de Françoise, y cuánto la alteraba ver el cuerpo desnudo de su madre en el hospital, un cuerpo que la había llenado de amor cuando era niña y de repulsión cuando era adolescente. [54]

> Le había cogido mucho cariño a aquella anciana. Mientras hablábamos en la semioscuridad me sobrepuse a una antigua tristeza; estaba reanudando el diálogo que se había interrumpido durante mi niñez y que nuestras diferencias y semejanzas no nos habían permitido restablecer. Y la antigua ternura que creía desaparecida para siempre volvió a surgir, pues le fue posible introducirse en sencillas palabras y actos. [55]

Cuando se publicó el libro, algunos periodistas la acusaron de sacar provecho de la muerte de su madre y de su propio dolor; llamaron incluso a un médico que afirmó que Beauvoir se sentaba junto a la cama de su madre y tomaba notas insensiblemente porque quería obtener «material». Una vez más, la visión desde fuera le estaba asignando un papel siniestro. Desde dentro, la escritura le daba «la misma tranquilidad que las oraciones dan a los creyentes». [56] Según ella, la muerte «natural» no existía.

Desde que conoció a Sylvie Le Bon en noviembre de 1960, Beauvoir estuvo en contacto con ella y se reunían de vez en cuando. En 1964 quedaban con más asiduidad; Sylvie le fue de gran ayuda durante la enfermedad y muerte de Françoise. Beauvoir escribió que valoraba mucho la reciprocidad de su relación; Sylvie tenía aptitudes intelectuales y compartía muchas de sus aficiones. Beauvoir sintió una conexión con ella y, cuanto mejor la conocía, más parecidos encontraba entre las dos. Sylvie sabía escuchar y era sensata, generosa y atenta. [57] *La fuerza de las cosas* , el último volumen de la autobiografía de Beauvoir, está dedicado a ella.

Beauvoir dijo que sus vidas estaban entrelazadas y que daba gracias a la vida por aquella nueva compañía. Se equivocaba cuando en 1962 dijo que ya había tenido las relaciones más significativas de su vida. Ambas mujeres negaron que su relación fuese de carácter sexual, pero era físicamente afectuosa; Sylvie la calificaba de «*charnel* » en francés, lo que

muchos han decidido traducir por «carnal». También puede significar «sensible», «emotiva», «tierna», pues abarca formas no sexuales de afecto físico.

El 30 de octubre de 1963 se publicó en francés *La fuerza de las cosas* , más de cinco meses después de habérsela enviado al editor. [58] En el libro, Beauvoir siguió evaluando conscientemente su legado, negando las acusaciones de que sus obras eran parásitos intelectuales de Sartre y arrogándose sus propios intereses e ideas filosóficos. En este volumen de la autobiografía, Beauvoir analizó el cambio de trato que se produjo tras la publicación de *El segundo sexo* : «Nunca me trataron como objeto de sarcasmo hasta que se publicó *El segundo sexo* : antes de eso la gente conmigo era amable o indiferente». [59] Veía con claridad que ese libro en concreto provocaba reacciones *ad feminam* , y quería que sus lectoras también lo vieran.

En *La fuerza de las cosas* escribió que *El segundo sexo* era «posiblemente el libro que más satisfacciones me ha dado de todos los que he escrito». [60] En retrospectiva, como es lógico, había cosas que habría cambiado. Pero las cartas que recibía le mostraban que había ayudado a las mujeres «a tomar conciencia de sí mismas y de su situación». [61] Tenía entonces cincuenta y cinco años y era consciente de que (aunque no se considerase un modelo) su vida se había convertido en un ejemplo idealizado al que otras personas recurrían en busca de inspiración. Incluso al cabo de doce años de la publicación del libro, seguía recibiendo cartas en las que le agradecían que hubiera escrito *El segundo sexo* y le decían que había ayudado a muchas mujeres a superar los mitos que las apabullaban. En la década siguiente a la publicación de *El segundo sexo* , otras feministas escribieron obras que ella calificó de más osadas que las suyas. Muchos de esos libros se centraban demasiado en la sexualidad; pero al menos las mujeres podían «presentarse como "el ojo que mira", como el sujeto, la conciencia, la libertad». [62]

Sin embargo, en este libro Beauvoir también afirmó de manera desconcertante que ella «había evitado caer en la trampa del "feminismo"» en *El segundo sexo* . [63] Tres años antes, en una entrevista concedida en 1960, había explicado, para conocimiento de sus lectoras, que no era partidista ni odiaba a los hombres, porque, interpretado de esa manera, su punto de vista se desvirtuaría: «Quisiera hacer público que la mujer que

escribió *El segundo sexo* no lo escribió [...] para justificar una vida que [...] la había amargado. Si alguien interpreta el libro de esa manera [...] renegará de él». [64]

En esta etapa, en el epílogo de *La fuerza de las cosas* , Beauvoir escribió que su relación con Sartre era el «único éxito indudable» de su vida. El epílogo desconcertó a los lectores: comenzaba reivindicando su éxito con Sartre, celebrando su infinito interés en las conversaciones que mantenían, pero concluía con una frase intrigante: «Se han cumplido todas las promesas. Sin embargo, mirando con incredulidad a aquella joven ingenua, me doy cuenta con estupor de hasta qué punto me dejé engañar». [65]

¿Qué significaba aquello? Los críticos empezaron a hacer conjeturas: ¿Se lamentaba «la gran sartrera» de su «romance del siglo» con Sartre? ¿Se lamentaba la «hija formal» de ser atea? ¿Estaba decepcionada por el doble lenguaje de una Francia que proclamaba la *liberté* , *égalité* , *fraternité* , pero no si eran para los argelinos?

También las lectoras le escribieron conmocionadas: ella había sido un faro de esperanza en sus vidas; ¿cómo podía, después de haber logrado tantas cosas, sentirse estafada? Françoise d'Eaubonne escribió que en aquella época no había frase más comentada que el «me dejé engañar» de Beauvoir; ni siquiera las palabras más famosas de De Gaulle podían competir con aquello: las lectoras no sabían si se trataba de una broma de la escritora o de la tragedia de un verdadero desengaño. [66]

Beauvoir sabía que aquella era una forma provocadora de concluir el libro. Sylvie Le Bon de Beauvoir ha dicho que el «malentendido» que produjeron aquellas palabras «es en cierto modo intencionado» y «tiene que ver con la naturaleza misma de la literatura». [67] En una entrevista concedida en 1964 (publicada en *The Paris Review* en 1965) Madeleine Gobeil le preguntó a Beauvoir por su proyecto autobiográfico y por el origen de su vocación de escritora. Simone respondió que aspiraba a que sus libros «conmovieran» a las lectoras. Quería crear personajes que hablaran directamente a las mujeres, que trazaran en su imaginación caminos capaces de cambiar sus posibilidades en la vida, como habían hecho por ella Jo March en *Mujercitas* y Maggie Tulliver en *El molino del Floss* . [68]

Había conmovido sin duda a sus lectoras, pero a muchas no les gustaba que las conmovieran. Después de leer que Beauvoir se sentía «engañada», algunas mujeres le escribieron para tranquilizarla, diciéndole: «Es usted

injusta consigo misma porque no es cierto que su experiencia no haya producido nada». ¿Cómo podía pensar eso después de haber encendido «una luz de esperanza en el corazón de millones de mujeres»? [69] ¿Había combatido los mitos sobre la mujer para convertirse ella misma en un mito?

Beauvoir había minimizado los papeles que Bost y Lanzmann desempeñaron en su vida. Había excluido de su relato lo que parecía una verdadera historia de amor en la vida de Sartre porque su amante era soviética. Evidentemente, los asuntos privados afectaban a ambos. Pero, en el caso de Beauvoir, empezaba a parecer que la edad estaba condenándola al celibato; en el caso de Sartre, no.

Sabía que a la gente su relación con Sartre le resultaba cautivadora: era una historia interesante. Pero ¿por qué no mostrar, en varios volúmenes, que llegar a ser una mujer implica en ocasiones valorar cosas distintas en diferentes momentos de la vida? ¿O que a toro pasado entendemos de otra manera nuestra propia situación? ¿O que tener la audacia de expresar lo que muchos callan te puede convertir en el objeto de los ataques de quienes no quieren que se te escuche?

Hay un pasaje en *La fuerza de las cosas* en el que Beauvoir vuelve a cavilar sobre Nelson Algren y los riesgos del «pacto» porque ve un problema que de joven consideraba muy fácil de resolver: «¿Son reconciliables la fidelidad y la libertad? Y, en caso afirmativo, ¿a qué precio?». [70]

> A menudo predicada, rara vez practicada, la fidelidad absoluta suelen guardarla quienes se la imponen a sí mismos como una especie de mutilación [...]. Tradicionalmente, el matrimonio permitía al hombre algunas «aventuras extraoficiales» sin reciprocidad; hoy en día, muchas mujeres han tomado conciencia de sus derechos y de las condiciones necesarias para su felicidad: si en su vida no hay nada que compense la inconstancia masculina, entonces serán presa de los celos y el aburrimiento.

Al examinarlo con posterioridad, Beauvoir les dijo a sus lectoras que su enfoque era muy arriesgado. En ocasiones, un miembro de la pareja empieza a preferir una nueva relación, lo que hace que el otro se sienta traicionado: «En lugar de dos personas libres, lo que tenemos es una víctima y un torturador que se enfrentan entre sí». Algunas parejas, según Beauvoir, eran inexpugnables. Pero había una cuestión que ella y Sartre «eludían deliberadamente»: «¿Qué va a pensar de nuestro acuerdo la tercera persona?». A este respecto, Beauvoir escribió:

> una inevitable discreción puso en peligro la veracidad del panorama que se dibuja en *La plenitud de la vida* , pues, aunque mi entendimiento con Sartre ha durado más de treinta años, ello no ha sido sin algunas pérdidas y disgustos que han hecho sufrir a «otros». Este defecto de nuestro sistema se manifestó con especial intensidad durante el período que estoy describiendo. [71]

Cuando apareció, este volumen tuvo malas críticas, algunas de las cuales estaban cargadas de rencor. Se vendió bien. Pero Beauvoir volvió a quejarse del tratamiento que le daban los medios, los cuales la tachaban de «engreída» y «desesperada»; [72] la encarnación de la «mutación» del mundo femenino. La acusaron de llamar la atención, de hacer «todo lo posible para asombrar de manera inútil y gratuita», de destruir «más imágenes de las que su mensaje quería transmitir». [73]

La crítica de *Esprit* , a cargo de Francine Dumas, se tituló «Una respuesta trágica». Para las mujeres que habían decidido vivir una vida tradicional, basada en la fe, la maternidad y el matrimonio, era mezquino e injusto descubrir que la ausencia de esas circunstancias tenía la culpa del «estremecimiento interno» de Beauvoir:

> Pues la grandeza de su destino reside precisamente en ese abandono deliberado de un entorno tradicional (que no carecía de valor para ella) y en la voluntad de sustituirlo por peligrosas opciones cambiantes. La cuerda está tan tensa que puede romperse, y Simone de Beauvoir se niega a utilizar red de seguridad. [74]

Un periódico tradujo partes seleccionadas de *Who Lost an American* , una obra de Nelson Algren, a fin de que pareciera que este estaba resentido con Sartre y con Beauvoir, la cual repuso que al libro de Nelson le habían quitado toda la gracia, todas las «palabritas coloquiales». En aquella época, Beauvoir y Algren seguían carteándose, de modo que ella expresó su frustración: «Estos cerdos no saben nada de nada, sobre todo cuando se trata de amor y amistad». [75]

A mediados de la década de 1960, los volúmenes segundo y tercero de la autobiografía de Beauvoir habían cimentado la leyenda Sartre-Beauvoir. Algunos conocidos suyos pensaban que Simone tenía un plan secreto: hacerse con el control de la imagen pública de ambos. Sartre estaba contento con la descripción que Beauvoir hacía de él, pero sus otras mujeres parecían, cuando menos, intranquilas. Wanda odiaba las memorias de Beauvoir: pensaba que el Sartre-Beauvoir que retrataban era un ideal

imaginario que tenía muy poca semejanza con la realidad. Pero también le causaban preocupación por Sartre: al cabo de tantos años, Jean-Paul seguía negándole que su relación con Beauvoir fuese de carácter sentimental.

A lo largo de su vida, Sartre siguió teniendo múltiples relaciones al mismo tiempo, y no llegó a convencerse de que todo el mundo se merecía que le dijeran la verdad. Beauvoir, por el contrario, era sincera con respecto a su relación con Sartre y a las condiciones que ponía a los demás, lo cual era más honrado, pero no por ello menos doloroso.

La publicación de *La fuerza de las cosas* en Estados Unidos, en 1959, interrumpió bruscamente la amistad de Algren y Beauvoir. Ella ya había hecho un relato ficticio de su aventura amorosa en *Los mandarines* , pero lo que escribió en *La fuerza de las cosas* provocó la ira de Nelson. Cuando la revista *Newsweek* le preguntó por la veracidad del relato que presentaba Beauvoir en las memorias, Algren dijo que «la señora Correveidile» había escrito la fantasía de una solterona de mediana edad. [76] Nelson escribió reseñas del libro —cargadas de sarcasmo y resentimiento— en dos revistas: *Ramparts* y *Harper's* . Y el verano siguiente publicó una poesía dedicada a Beauvoir en *Zeitgeist* : trataba de una bocazas a la que él quería encerrar en un sótano húmedo y frío. Beauvoir había publicado dos extractos de *La fuerza de las cosas* en *Harper's* en noviembre y diciembre de 1964, con los títulos «Cuestión de fidelidad» y «Cita americana». En su réplica, Algren escribió:

> Quien diga haber experimentado el amor de manera contingente es que le acaban de dar un golpe en la cabeza. ¿Cómo va a ser *contingente* el amor? ¿Contingente *con respecto a qué* ? Esa mujer está diciendo algo así como que la capacidad para mantener la relación básica del Hombre —el amor físico entre un hombre y una mujer— es una mutilación; en tanto que la libertad consiste en «guardar en todas las relaciones cierta fidelidad». Lo que quiere decir, naturalmente, cuando quitamos toda la jerga filosófica, es que Beauvoir y Sartre crearon una fachada de respetabilidad pequeñoburguesa tras la cual ella podía seguir buscando su propia feminidad. Lo que no sé es lo que se le estaba pasando por la cabeza a Sartre cuando se marchó. [77]

En noviembre de 1964, Beauvoir escribió a Algren la última carta que se conserva. Simone pensaba ir a visitarlo en 1965, pero ese viaje a Estados Unidos se canceló a causa de la guerra de Vietnam. Sin embargo, no sabemos si quedó algo de su intimidad tras la reacción de Algren ante la publicación de *La fuerza de las cosas* . [78] En 1981, Nelson Algren entró a formar parte de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras. En una entrevista que le hicieron a raíz de esa distinción, un periodista le

preguntó por Beauvoir, y él respondió con una emoción todavía en carne viva. Como Algren había tenido problemas cardíacos, el entrevistador cambió de tema. Al día siguiente Algren iba a dar una fiesta en su casa de campo, pero el primer invitado en llegar se lo encontró muerto.

Las cartas de Beauvoir a Algren, cuando se publicaron en 1997, provocaron un gran revuelo con respecto a la veracidad de las memorias. La extensión de la correspondencia revelaba que la pasión de Beauvoir por Nelson, aunque camuflada, era cierta. Las memorias lograron forjar el mito Sartre-Beauvoir; pero habían informado muy mal al público. En ese momento parecía que Algren era el amor más ardiente de su vida; algunas personas llegaron a acusarla de obrar de mala fe en lo tocante a su relación con Sartre. [79] La relación con Nelson tuvo también una fantástica continuación literaria: Kurt Vonnegut escribió una extensa digresión sobre Algren en *Fates Worse than Death* , donde «Miss de Beauvoir» aparece como «Madame Yak Yak», a quien Algren «ayuda a alcanzar su primer orgasmo». [80]

Un año antes de la publicación de *La fuerza de las cosas* en Estados Unidos, Beauvoir escribió un breve prólogo para *The Sexually Responsive Woman* , un estudio de otro fenómeno mal interpretado: la sexualidad femenina. «En este campo, como en muchos otros, el prejuicio masculino insiste en mantener a las mujeres en estado de dependencia. En contraposición a esto, los autores conceden a las mujeres una autonomía —tanto fisiológica como psicológica— equivalente a la de los hombres.» La reseña es cómica y conmovedora al mismo tiempo: Beauvoir dice «no estar cualificada para emitir un juicio definitivo» sobre todos los postulados de los doctores Phyllis y Eberhard Kronhausen, pero el estudio era «absorbente y fascinante». [81]

Es interesante que en muchas circunstancias se haya dicho que Beauvoir carecía de sentido del humor. [82] A las feministas se las acusa con frecuencia de ser unas aguafiestas, y muchos episodios de la vida de Beauvoir ilustran lo que ahora es una dinámica bien documentada: cuando Beauvoir expresaba infelicidad, esta infelicidad era analizada como si lo que estuviera en juego fuera *su infelicidad* , y no *por qué era infeliz* . [83] Durante años Beauvoir fue infeliz por la forma en que la sociedad maltrataba a las mujeres, a los judíos, a los argelinos. ¿Por qué no podía animarse un poco? Y en ese momento se estaba volviendo cada vez más

infeliz por la forma en que la sociedad maltrataba a los ancianos. No bastaba con iluminar las situaciones oscuras; había que lograr que las situaciones mismas fueran más luminosas.

En mayo de 1964, tras terminar *Una muerte muy dulce* , decidió que quería distanciarse de la autobiografía y escribir otra novela. Esta vez escribiría sobre personajes muy poco parecidos a ella en casi todos los aspectos salvo en que eran mujeres, mujeres mayores. [84] Durante la década de 1960, Beauvoir siguió utilizando la literatura para apoyar proyectos que mejoraran la situación de las mujeres, escribiendo tanto estudios académicos como artículos para revistas, entre los que se encuentra «Qué es el amor, y qué no». Beauvoir escribió que el amor solo se les aparece «a quienes abierta o secretamente desean cambiar. Pues entonces es cuando cuentas con el amor y con lo que el amor aporta: a través de otra persona descubres un mundo nuevo». [85]

En 1965, Sartre se acercaba a su sexagésimo cumpleaños, por lo que decidió, en cuanto hombre sin hijos cuyo futuro era cada vez más corto, que necesitaba un heredero y albacea literario. Era ilógico designar para ello a Beauvoir, pues tenía casi la misma edad que él. Así pues, adoptó legalmente a Arlette Elkaïm el año en que esta cumplió treinta, el 18 de marzo de 1965. Fueron testigos Simone de Beauvoir y Sylvie Le Bon. *France Soir* hizo un seguimiento de la noticia, pero la mayoría de sus amigos no fueron invitados al acto; Wanda, Evelyne y Michelle estaban fuera de sí.

Tras el bombardeo de Vietnam del Norte por parte de Estados Unidos en febrero de 1965, Beauvoir rehusó una invitación para dar una conferencia en la Universidad Cornell. Concedió entrevistas en las que le preguntaban por el envejecimiento, la literatura, la escritura y las autobiografías. A Sartre también lo entrevistaron para preguntarle por ella; en julio de 1965 *Vogue* publicó en Estados Unidos una entrevista con él: «Sartre habla de Beauvoir». Sartre pensaba que Beauvoir era «una escritora excelente»:

> Beauvoir ha conseguido algo que se ha manifestado especialmente desde la publicación de *Los mandarines* . Ello es evidente en las memorias y en *Una muerte muy dulce* , que me parece lo mejor que ha escrito. Lo que ha conseguido es la comunicación inmediata con los lectores. Digámoslo así: hay una diferencia entre ella y yo. Yo no me comunico de manera emocional, sino que me comunico con personas que piensan, que reflexionan, que son libres con respecto a mí. Eso puede ser bueno o malo. Pero Simone de Beauvoir se comunica en seguida de manera emocional. La gente siempre se compromete con ella en virtud de lo que dice. [86]

En las notas para *Final de cuentas* , escrito entre 1965 y 1966, Beauvoir dijo que la «historia» de su vida que se había publicado reflejaba solo una «verdad mutilada», porque no era exhaustiva; una «verdad deformada, pues el tiempo no se restituye con exactitud». Pero mostraba una «verdad literaria». [87] Simone pensaba que su vida era un ejemplo de lo que significaba *vivir* un dilema existencial: no había ningún «decreto» divino que dispusiera quién debía ser ella, ningún camino predeterminado o *clinamen* epicúreo que le permitiera eludirlo. Antes bien, había un devenir sin propósito: un proyecto que ella desarrolló a lo largo de su vida y que en ocasiones se ramificaba en proyectos secundarios. [88]

A veces, las decisiones pasadas eran una carga excesiva para ella. Aún se lamentaba de cómo había tratado a «Lise» (Nathalie Sorokine) y se sentía aprisionada por la forma en que sus proyectos se habían «petrificado», acumulando tras ella un «pasado ineluctable» [89] Pero, por otra parte, su ineluctable pasado formaba parte de la forma en que llegó a ser quien era, y el hecho de ser un personaje público le brindó nuevas oportunidades y le acarreó nuevas responsabilidades. En conciencia, no podía haber escrito lo que escribió sobre el mundo sin *actuar* para mejorarlo. Por tanto, ¿cómo iba a negarse a responder a cartas y a firmar peticiones? Su situación le permitía transformar la vida de otras personas: tenía que aprovecharla al máximo.

En agosto de 1965, Sylvie y Simone fueron a Córcega. Después Beauvoir y Sartre fueron a tomar su dosis anual de Roma. Sartre se marchó en tren el 12 de octubre rumbo a París; Beauvoir volvió en coche. Planeaban reunirse la tarde del 14, a las 19.00, en casa de Beauvoir. Pero aquel día por la mañana sonó el teléfono; salía en las noticias que Simone había tenido un accidente de tráfico en Yonne y que estaba hospitalizada en Joigny. Lanzmann y Sartre se pusieron de inmediato en marcha y condujeron a toda velocidad para estar cuanto antes con ella. Tenía cuatro costillas rotas. Tenía la cara hinchada y un ojo morado, y le habían dado puntos. Se había pasado de frenada en una curva.

Sartre pasó la noche en un hotel cercano y después la acompañó a la calle Victor Schoelcher en una ambulancia. La ayudó a subir a su apartamento y le dijo que se quedaría con ella hasta que pudiera andar; tenía tanto dolor que le costaba hasta desvestirse. Estuvo postrada tres semanas, durante las cuales Sartre, Lanzmann y Sylvie la cuidaron, aparte de la enfermera que iba a verla todos los días.

Se recuperó bien; en junio de 1966 Sartre y Beauvoir volvieron a la URSS, y en septiembre volaron a Tokio. Nunca habían estado en Japón. Sabían que sus obras se leían allí; era uno de los mejores mercados para la obra de Sartre, y *El segundo sexo* acababa de traducirse al japonés. Pero, cuando bajaron del avión, no esperaban verse cegados por los *flashes* de los periodistas. Su intérprete los llevó a una sala para que contestaran a las preguntas de la prensa; los jóvenes intentaban tocarlos al pasar. En sus memorias, Beauvoir habló de los compromisos de Sartre y de cuánto le interesaba a ella la historia y la cultura japonesas, sin precisar el contenido de sus propias conferencias. [90] Pero no estaba allí como complemento de Sartre: pronunció tres conferencias sobre «La situación de la mujer en la actualidad». Una vez más, no está claro si omitió aquello por desprecio a sí misma, por modestia o para no contar su vida de una manera que la distanciase demasiado de los lectores.

Esa duda aumenta al conocer casi todo lo que calló en sus memorias. En la conferencia del 20 de septiembre dijo que el feminismo «no estaba en modo alguno desfasado» y que no era provechoso solo para las mujeres: es «una causa común a hombres y mujeres, y los hombres no llegarán a vivir en un mundo más justo y mejor organizado, en un mundo digno, hasta que se tenga el debido respeto a las mujeres. La conquista de la igualdad entre los sexos incumbe a los dos». [91] Beauvoir tenía la esperanza de que *El segundo sexo* se quedara desfasado porque, cuando ellas consiguieran la igualdad, las tesis del libro relativas a la marginación de las mujeres serían redundantes. Beauvoir pensaba que era posible acabar con la explotación de las mujeres sin acabar con la diferencia sexual. Pero le preocupaba lo que consideraba una «regresión» antifeminista en otras culturas y también en la suya. En Francia las mujeres sostenían que su verdadera vocación era ser esposas y madres, esto es, amas de casa.

Una de las preocupaciones de Beauvoir era que las mujeres estuvieran «confinadas» a una precaria vida privada, sujetas a la dependencia económica de alguien que en el momento menos pensado podía prescindir de ellas, dejándolas asimismo sin recursos de ningún tipo y sin todo aquello que daba sentido a su vida. Pero Beauvoir no ocultaba que aquel tipo de vida le parecía «inferior» a «la verdadera participación en la vida social», a «la construcción conjunta del mundo en el que vivimos». [92] Ella creía que las mujeres eran «víctimas» de esa regresión, en parte porque sufrían al compararse con otras mujeres, y en parte porque de las trabajadoras se

esperaba que siguieran siendo sirvientes cuando volvieran a casa (del trabajo). La consecuencia era un sentimiento de culpa y extenuación a causa de las decisiones que tomaban: «Si una mujer está ocho horas en el trabajo y en casa trabaja cinco o seis horas más, al cabo de la semana se encuentra en una situación de absoluto agotamiento. El hombre aún no está habituado a ayudar de verdad a la mujer». [93]

Lo que a Beauvoir le parecía valioso de los países en que había visto a muchas mujeres trabajadoras era su «compenetración», su relación consigo mismas; pensaba que ese autoconocimiento se debía a la participación en la vida pública. Siempre le había interesado qué significaba llegar a ser uno mismo, y en *El segundo sexo* identificó uno de los problemas que tenían que resolver las mujeres: la posibilidad de ser «sujetos demediados», divididos entre el yo que querían ser en cuanto madres y amantes y el yo en que querían transformarse en el mundo. En la segunda conferencia que pronunció en Japón, Beauvoir volvió sobre la cuestión del «carácter dividido de la condición femenina». Puesto que las mujeres trabajadoras también aspiran a una vida feliz, al amor y a un hogar, muchas de ellas optan por sacrificar su ambición: «A la mujer le parece prudente pasar inadvertida en el plano profesional». [94]

Tres años después, *El segundo sexo* , cuando se publicó en Japón en 1969, figuró en la lista de los libros más vendidos. A su regreso de Tokio, Beauvoir y Sartre hicieron escala en Moscú. Era la undécima visita de Sartre a la URSS, pero entonces se dio cuenta de que ya no tenía motivos para volver a aquel país: su relación con Lena Zonina había terminado.

En noviembre de 1966, Beauvoir volvió a la novela con *Las bellas imágenes* . Una reseña de *La Cité* describió el libro como «una novela corta sobre la moral contemporánea, impregnada de moralidad existencialista», reforzando de nuevo la idea de que Beauvoir pertenecía a la misma categoría intelectual que Sartre y pasando por alto el hecho de que el retrato beauvoiriano de las mujeres criticaba el trato que les daba la sociedad. La reseña decía con desprecio que se trataba de una sátira infructuosa: una lista de «todos los clichés de las revistas presentada en forma de *collage* ». [95] Pero las ventas contaban otra historia, pues en poco tiempo se vendieron 120.000 ejemplares. [96]

Beauvoir más tarde describió a Laurence, la protagonista de la novela, como «una mujer indignada con la vida hasta el punto de desarrollar anorexia». [97] Laurence es una publicista de prestigio, esposa y madre de dos

hijas. Le gustan las relaciones extraconyugales en el trabajo antes de volver a casa a acostar a las niñas y pasar la tarde noche con su marido, que es un conocido arquitecto. Bebe mucho alcohol, pero apenas come.

El equilibrio de Laurence (si se lo puede llamar así) se ve alterado por las preguntas de sus hijas: ¿Por qué existen las personas? ¿Por qué algunas no son felices? ¿Cómo se ayuda a las personas infelices? Esas dudas le hacen reflexionar sobre aquello que valora. Su trabajo consiste en vender imágenes bellas, en escribir eslóganes inteligentes; ha perfeccionado la capacidad de presentar una imagen muy interesante de sí misma. Pero mantener la apariencia de la vida bonita —con sus coches bonitos, casas bonitas, ropa bonita, alimentos bonitos, vacaciones bonitas— la deja insatisfecha con el *statu quo* . Laurence tenía diez años en 1945; recuerda el Holocausto. Y empieza a preguntarse por qué Argelia suscita tan poca tristeza; a darse cuenta de que las imágenes de los manifestantes a favor de los derechos civiles en Estados Unidos se olvidan en cuanto dejan de aparecer en la televisión.

Esta novela critica el capitalismo y el consumismo, preguntando abiertamente si el dinero da la felicidad. [98] De manera implícita puede entenderse como una respuesta a los cambios producidos en el feminismo y en la situación de las mujeres, y a la ecuación dinero-independencia. También satiriza a Michel Foucault, que empezaba a ser conocido como uno de los principales pensadores franceses. En una entrevista concedida en 1966, Beauvoir afirmó que la obra de Foucault y la revista *Tel Quel* proporcionaban «coartadas» a la «cultura burguesa». Mientras que el mensaje de *Las bellas imágenes* consistía en que el progreso «debe ser al mismo tiempo material, intelectual y moral, pues de lo contrario no sería siquiera progreso», Beauvoir consideraba que el pensamiento de Foucault no estaba comprometido con el cambio social. [99]

La novela de Beauvoir concluye con una reflexión de Laurence sobre sus hijas: «Educar a un hijo no es crear una imagen bella». Beauvoir había dicho en *El segundo sexo* que educar a un niño es una tarea ética, es la formación de una libertad humana, y que, con demasiada frecuencia, para las mujeres y los niños, es también un curso de indiferencia. En la última escena de la novela, Laurence se mira al espejo y piensa que para ella ha llegado el momento de la verdad. Sus hijas tendrían su propia oportunidad. Pero ¿qué oportunidad? [100]

En febrero del año siguiente, Beauvoir, Sartre y Lanzmann viajaron a Oriente Medio, Egipto e Israel. *Les Temps Modernes* estaba preparando un número especial sobre el conflicto árabe-israelí. En Egipto fueron recibidos por Muhammad Hasanayn Haykal, director del periódico *Al-Ahram* y amigo del segundo presidente de Egipto, Gamal Ábdel Nasser. *Al-Ahram* publicó una entrevista con Beauvoir titulada «La filósofa de *El segundo sexo* en El Cairo». [101] El 10 de marzo visitaron los campamentos palestinos de Gaza, y el 11 de marzo Beauvoir dio una charla sobre «Socialismo y feminismo» en la Universidad de El Cairo.

A causa del conflicto árabe-israelí no había vuelos directos entre Egipto e Israel, de modo que tuvieron que viajar haciendo escala en Atenas. [102] Cuando llegaron a Israel, visitaron Jafa y Tel Aviv, así como algunos kibutz. Permanecieron allí dos semanas, y Beauvoir volvió a dar algunas conferencias, en esta ocasión sobre «La función de los escritores en el mundo contemporáneo», en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Beauvoir estaba fascinada con la situación de las mujeres en aquella sociedad, y quería conocer la opinión de los jóvenes con respecto a las reivindicaciones enfrentadas de israelíes y palestinos. Ese mes de junio, la guerra de los Seis Días modificó el mapa de los territorios y dividió a la opinión pública en el mundo y en «la familia».

Beauvoir estaba a favor de Israel; Sartre apoyaba a Palestina. Cuando se hizo público el apoyo de Beauvoir a Israel, sus libros fueron prohibidos en Irak: dos días antes de la guerra de los Seis Días. Más próximo a los suyos, Lanzmann se sintió traicionado por Sartre. En la década de 1940 había leído el libro de Jean-Paul sobre el antisemitismo y le había parecido inspirador; ¿se estaba convirtiendo su autor en un antisemita?

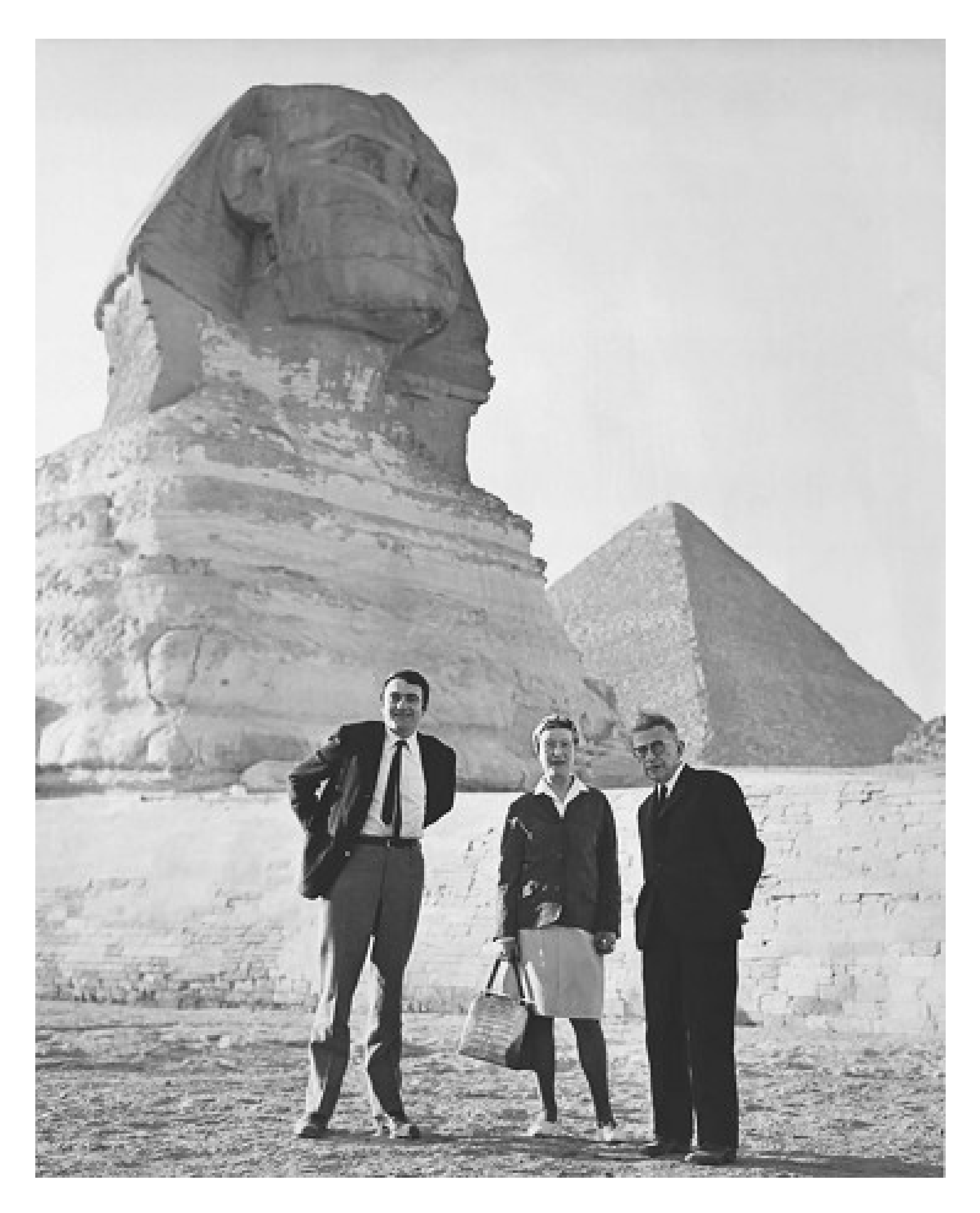


ILUSTRACIÓN 11. Claude Lanzmann, Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre en Guiza.

Un mes antes, Sartre y Beauvoir habían formado parte del Tribunal Russell. Bertrand Russell, que entonces tenía noventa y cuatro años, dirigió un grupo que intentaba concienciar a la opinión pública y condenar las atrocidades que estaban cometiendo los estadounidenses en Vietnam (la avanzada edad de Russell hizo que su presidencia fuese honoraria, por lo que permaneció en Inglaterra). En mayo, el grupo se reunió diez días en Estocolmo para analizar la situación; en noviembre volvieron a reunirse en Copenhague. [103] Escucharon los relatos de testigos presenciales, que

supusieron unos días agotadores. Muchos miembros de «la familia» estuvieron presentes: Lanzmann, Bost (como corresponsal de *Le Nouvel Observateur* ), Sylvie Le Bon y Arlette Elkaïm.

Tras *Las bellas imágenes* , Beauvoir empezó a trabajar en una serie de tres novelas que se publicaron en 1967 con el título general de *La mujer rota* . Durante mucho tiempo las dos hermanas había querido publicar algo escrito por Simone e ilustrado por Hélène, y aquel era el momento perfecto: Hélène hizo unos grabados para el título de la portada y Simone, a fin de dar publicidad al libro, llegó a un acuerdo con la revista *Elle* para publicarlo por entregas. [104] Aquello fue un fracaso tan grande que algunas personas le preguntaron a Hélène por qué se había prestado a ilustrar el peor libro de su hermana.

En las novelas anteriores de Beauvoir había personajes masculinos y femeninos, pero los relatos de *La mujer rota* están escritos desde la perspectiva de la conciencia de una sola mujer —en cada caso de una mujer madura— y abordan los problemas de la soledad y el fracaso. Beauvoir dijo que en esta obra intentaba «describir los momentos críticos de tres existencias femeninas: la llegada de la vejez, la desesperación de la soledad y el cruel fin de una aventura amorosa». [105]

«La edad de la discreción» describe la angustia de una escritora, esposa y madre de un hijo adulto. Ella es plenamente consciente del envejecimiento, y percibe su propio cuerpo con una mezcla de hastío y resignación. [106] Acaba de publicar un libro y le preocupa no volver a estar a la altura de sus obras anteriores, no tener ya nada interesante que decir. Su hijo ha tomado una decisión a la que ella se opone con vehemencia, de manera que lo amenaza con no volver a dirigirle la palabra si la desobedece. Su marido la desafía a seguir hablando con el hijo, poniendo aún en más peligro un matrimonio malherido: ella está sufriendo la pérdida de la intimidad física. El relato incluye una reconciliación peculiar: la protagonista y su marido afrontan su menguante futuro, y aprenden a vivir «una vida a corto plazo». [107]

La prosa del segundo relato no se parece a ninguna obra anterior de Beauvoir; es un flujo de conciencia al borde de la locura. A la protagonista le han quitado a su hijo, por lo que se siente sola y rechazada, como un espejo feo en el que se ve que la gente puede ser despreciable cuando uno está deprimido. [108]

La historia que da título al libro, «La mujer rota», está escrita en forma de diario; es la devastadora crónica del descenso a la depresión. El matrimonio de Monique se está hundiendo, y ella intenta salvarlo por todos los medios. Su «vocación» felizmente cumplida era ser esposa y madre. Sus hijos acaban de emanciparse, por lo que ella quiere tener «un poco de tiempo para sí». [109] La devoción y la entrega —los temas de los diarios estudiantiles de Beauvoir— eran gratificantes para ella, que las veía como una elección libre. Pero entonces su marido, Maurice, tiene una aventura. Y, sin su fidelidad, el edificio que habían construido juntos se desmorona, por lo que acaba sumida en un mar de dudas y en una angustia paralizante.

La historia de Monique plantea las cuestiones habituales del castigo y el sufrimiento: el castigo a que se enfrentan las mujeres que «no hacen otra cosa» que no sea estar en casa con los hijos, y el sufrimiento que padecen cuando emprenden un proyecto conjunto con una pareja que acepta esa entrega y luego renuncia a ella por una mujer más joven. Monique se enfrenta a su marido, pero este la manipula psicológicamente por montar «escenas», intentando hacer que se sienta culpable por provocar una situación desagradable que en realidad no es nada en comparación con el sufrimiento de ella. El marido consigue mover el foco para que ciegue la conciencia de la mujer en vez de quemar la suya propia. A veces, Monique piensa que ha tocado fondo, pero en realidad sigue hundiéndose en la desgracia.

*La mujer rota* provocó duras críticas, incluso en comparación con las reacciones suscitadas por otros libros de Beauvoir. El crítico literario Henri Clouard dijo que Beauvoir nunca había «puesto su talento de manera tan evidente al servicio de la propaganda desmoralizadora». ¿Estaba sugiriendo ahora aquel incordio de mujer que todas las mujeres que construyen su vida en compañía de un hombre están destinadas al fracaso? Una vez más, dijo Clouard, Beauvoir estaba «dando clases» a los lectores. [110] ¿Qué sucedía con el personaje de Maurice, con el punto de vista del hombre? No estaba bien desarrollado. En realidad, se lamentaba el crítico, cabía esperar más «discernimiento», «más libertad» en su arte. «Ciertamente, está anticuada [...]. Madame de Beauvoir sigue con su campaña a favor de la emancipación de las mujeres como si nuestras contemporáneas todavía la necesitaran.» [111]

Beauvoir nunca habría llegado de ese modo desde una situación particular (o, en este caso, desde tres relatos particulares) hasta una conclusión general. Había querido que la *situación* de Monique fuese ambigua: su intención como autora era crear una historia detectivesca, una investigación *post mortem* de un matrimonio en la que el lector debe averiguar quién o qué tiene la culpa. Pero Jacqueline Piatier dijo en *Le Monde* que todo eran «lecciones magistrales, con independencia de lo que diga». [112] En *Final de cuentas* , Beauvoir se lamentó de cómo habían interpretado el libro; como de costumbre, la acusaron de escribir autobiografías, de incluir las opiniones de Simone y Jean-Paul como si estuvieran hablando para toda la humanidad. Le preguntaron si Sartre la había abandonado. [113] Curiosamente, otras personas objetaron que en aquel libro no estaba «la verdadera Simone de Beauvoir» porque la ficción no se basaba en el mundo que supuestamente ella habitaba. ¿Dónde estaba Sartre? ¿Por qué iba todo aquello de madres y esposas?

En *Final de cuentas* , Beauvoir dijo que no comprendía por qué el libro provocó tanto odio. La condescendencia no la asombraba: la había publicado por entregas en *Elle* , por lo que *Figaro littéraire* afirmó que se trataba de una novela para tenderas. Pero las reacciones que provocó fueron envenenadas, personales, sexistas y discriminatorias en razón de la edad:

> Desde que vi a Simone de Beauvoir en la calle Rennes, me lamento de haber escrito aquel artículo: caminaba a paso de tortuga y parecía débil y demacrada. Hay que compadecerse de los ancianos. Por eso Gallimard sigue publicándole cosas.
>
> Oh, sí, Madame, ¡qué triste es hacerse viejo! [114]

Beauvoir se daba cuenta de que estaba envejeciendo, y era lo bastante honrada para reconocer que no le gustaba. Pero tampoco veía razón alguna para ocultarlo. Antes bien, lo afrontaba con la cabeza bien alta, en cuanto sujeto desprovisto de capacidad filosófica y necesitado de acción política. Había pensado en su libro sobre la vejez durante varios años; más tarde lo definiría como el complemento de *El segundo sexo* . Pero, cuando inició su investigación en serio y empezó a buscar libros sobre la vejez, se sorprendió de cuán pocos había. En el catálogo de la Bibliothèque Nationale encontró ensayos de Emerson y Faguet, y poco a poco fue recopilando una bibliografía. Leyó revistas francesas sobre geriatría; pidió a Chicago enormes volúmenes en inglés. [115] Claude Lévi-Strauss, su antiguo

condiscípulo, le proporcionó acceso al material sobre antropología comparada del Collège de France para que pudiera estudiar monografías relativas a la situación de los ancianos en diversas sociedades.

Todos los días trabajaba en su investigación. Cuando se produjeron los sucesos de Mayo del 68 —con protestas estudiantiles y huelgas generales de tal magnitud que paralizaron la economía francesa—, Sartre y Beauvoir enviaron a *Le Monde* un breve comunicado en apoyo de los estudiantes. La agitación política de aquel año llevó a Sartre a reconsiderar su postura con relación al papel de los intelectuales en la sociedad; cada vez le interesaba más el maoísmo.

La junta directiva de *Les Temps Modernes* se reunía entonces cada dos semanas en casa de Beauvoir. Los miércoles a las 10.30 llegaban allí y se ponían a trabajar. Sylvie Le Bon era nueva en la junta, y Bost y Lanzmann también formaban parte de ella (Lanzmann aún no había comenzado a preparar *Shoah* , su épico documental sobre el Holocausto). Pero Sartre asistía cada vez con menos frecuencia a las reuniones. *Les Temps Modernes* había sido una revista innovadora en la década de 1940. Pero a esas alturas ya había acumulado el polvo de una institución consolidada.

Sartre quería formar parte de una organización revolucionaria, y había entablado amistad con algunos maoístas, incluido un joven que se llamaba Pierre Victor. Victor le propuso que se hiciera cargo de la dirección del periódico maoísta *La Cause du peuple* , puesto que si él fuera el editor no tendrían tantos problemas con la censura. En abril de 1970, Sartre pasó a ser editor jefe de la revista. Ese mes de junio él y Beauvoir repartieron ejemplares del periódico por las calles de Montparnasse, por lo que fueron arrestados. Los pusieron en libertad de inmediato, pero aquel arresto le proporcionó a Sartre una plataforma desde donde denunciar los dobles raseros y exigir auténtica libertad de prensa.

Beauvoir no estaba de acuerdo con las últimas ideas políticas de Sartre. De hecho, durante los últimos años sus discrepancias ideológicas eran cada vez más notorias. Mientras que el maoísmo de Sartre lo alejaba de la tendencia intelectual dominante, la ideología de Beauvoir le proporcionaba un papel destacado en el movimiento feminista internacional. Solo en 1975 se vendieron 750.000 ejemplares de la edición rústica de *El segundo sexo* .[116] En 1970, el libro ya era considerado un clásico en América del Norte. En 1970, la activista canadiense Shulamith Firestone dedicó a Beauvoir su obra *The Dialectic of Sex* , y, en una interesante inversión del «escándalo»

que se originó en 1949 (tras la publicación de *El segundo sexo* en Francia), Firestone y muchas feministas expresaron su admiración por la vida y obra de Beauvoir; la dedicatoria de *The Dialectic of Sex* rezaba: «Para Simone de Beauvoir, quien supo conservar su integridad». En 1971, Elizabeth Janeway, en su libro *Man's World* , *Woman's Place* , estableció correspondencias entre la teoría beauvoiriana de la mujer como «Otro» y el comportamiento de los grupos subordinados. Incluso en Francia, en 1971 una conocida revista cultural incluyó el libro de Beauvoir, junto con *El proceso* de Kafka y el primer informe Kinsey, entre los libros más significativos de la época. [117]

Durante el año anterior, el movimiento de liberación de la mujer había ido cobrando fuerza en Francia. En la primavera de 1970 se organizaron manifestaciones de mujeres en la Universidad de Vincennes. Pero fue en París, desierto durante las vacaciones de agosto, donde nació el MLF (Mouvement de Libération des Femmes). Las manifestantes colocaron una corona de flores a los pies del Arco de Triunfo en honor a la mujer del Soldado Desconocido. Las pancartas decían: «Uno de cada dos hombres es una mujer»; «Más desconocida que el Soldado Desconocido es su esposa».

En octubre salió una edición especial de la revista *Partisans* con el lema «Liberación de la mujer, año primero» en la portada. [118] Poco después, Beauvoir se reunió con las activistas que habían iniciado la acción, si bien por escrito ni Simone ni ellas reconocieron haber dado el primer paso. [119] Anne Zelinsky, Christine Delphy y otras mujeres querían hacer campaña para suprimir las restricciones que pesaban sobre el aborto. La anticoncepción era legal en Francia desde 1967, pero el aborto seguía estando prohibido. El semanario *Le Nouvel Observateur* convino en publicar un manifiesto, pero con la condición de que algunos nombres famosos lo refrendaran. Simone de Beauvoir era uno de esos nombres, y aceptó defender aquella causa. También necesitaban un lugar donde reunirse, de modo que les ofreció su casa.

Durante los domingos de los meses siguientes organizaron la campaña en sus sofás. Fue un éxito: reunieron 343 firmas, y el 5 de abril de 1971 el Manifiesto de las 343 se publicó en *Le Nouvel Observateur* . El mensaje era sencillo.

> Un millón de mujeres abortan cada año en Francia. Ellas lo hacen en condiciones peligrosas debido a la clandestinidad a la que son condenadas, cuando esta operación, practicada bajo control médico, es una de las más sencillas. Se sume en el silencio a estos millones de mujeres.

> Yo declaro que soy una de ellas. Declaro haber abortado. Al igual que reclamamos el libre acceso a los medios anticonceptivos, así también reclamamos el aborto libre.

Todas las firmantes declararon haber abortado (aunque no sabemos si en el caso de Beauvoir es cierto; en el de muchas signatarias no lo es); [120] aquellas personas firmaron porque querían que las mujeres tuvieran derecho a la interrupción del embarazo de manera libre y segura.

La palabra «aborto» no se había pronunciado nunca en la radio o la televisión francesas. Pero entonces Colette Audry, Dominique Desanti, Marguerite Duras, Gisèle Halimi, Catherine Deneuve y Jeanne Moreau dijeron haber hecho lo incalificable. Además de Beauvoir, muchos miembros de «la familia» también firmaron: Olga, Arlette, Michelle y Hélène apoyaron la causa. Como era de esperar en aquella sociedad, las firmantes del manifiesto pasaron a ser conocidas como las «343 zorras».

# CAPÍTULO 15

## La vejez al descubierto

Cuando Sartre y Beauvoir volvieron a Roma en septiembre de 1970, Beauvoir estaba esperando la publicación de *La vejez* y pensando en lo que vendría a continuación. La salud de Sartre llevaba tiempo sin preocuparla, pero un sábado por la tarde, en octubre, cuando Sartre estaba en casa de Simone con Sylvie —pasaba con ellas las noches de los sábados—, bebió mucho vodka y se quedó dormido. A la mañana siguiente regresó a su casa. Pero, cuando Sylvie y Simone quedaron con él para comer el domingo (su cita semanal en La Coupole), Sartre se tropezaba con las sillas y las mesas. Hasta ese momento apenas había bebido; ¿por qué no podía casi caminar?

Beauvoir estaba consternada cuando regresó a casa: desde aquel susto en Moscú, en 1954, a veces sentía aprensión por él, pues Sartre seguía fumando dos cajetillas de Boyards al día y bebía demasiado. A la mañana siguiente, Sartre parecía haber recuperado el equilibrio al caminar, de manera que fue al médico, y este le sugirió que se hiciera unas pruebas. El encefalograma era normal. Lo que pasaba es que estaba tomando una medicación contra los mareos que lo dejaba aturdido y somnoliento. Simone intentaba no pensar en lo peor, pero ¿y si era cierto?

Beauvoir tenía cincuenta y cinco años cuando en 1963 salió a la luz *La fuerza de las cosas* , y muchas lectoras le recriminaron que no hubiera suavizado el desasosiego que le producía la vejez. Creía saber por qué: las lectoras la idealizaban porque querían identificarla con la Simone de Beauvoir que ellas imaginaban, con un icono inmune al deterioro y ajeno a la mortalidad. Preferían no afrontar la realidad del envejecimiento y la muerte. ¿Cómo iba a admitir que esas cosas le daban miedo? [1]

Se había sentido «otra» como mujer, lo cual le había permitido hacer aquel análisis en *El segundo sexo* . Pero en la década de 1960 empezó a sentirse «otra» en otro sentido: empezó a sentirse vieja. Una vez más, su

propia experiencia la llevó a preguntarse por las experiencias de los demás. Pero hablar de los viejos y el envejecimiento era tabú. André Gide, que también se había planteado la misma cuestión, preguntaba (por medio de La Pérouse, uno de sus personajes) por qué los libros tenían tan poco que decir acerca de los ancianos. Su respuesta fue: «Porque los viejos ya no pueden escribirlos y porque cuando eres joven nada te importa». [2]

Así que Beauvoir decidió interesarse por el tema mientras pudiera. Comenzó a trabajar en el asunto en 1967, y acudió de nuevo a la Bibliothèque Nationale para documentarse. Leyó estudios de biología, etnología e historia para la primera parte del libro, y en la segunda parte — como había hecho en *El segundo sexo* — quería incluir la experiencia vivida. Acudió a diversos asilos, leyó memorias escritas por personas de avanzada edad y, como de costumbre, indagó en la literatura. El resultado final se basa en fuentes que abarcan desde la filosofía de Alain hasta los diarios de Sofía Tolstói, sin olvidar a Louis Aragon, Samuel Beckett, Charles Baudelaire, Buda, Chateaubriand, Confucio, Winston Churchill, Dickens, Diderot, Dostoievski, Marguerite Durand, Ralph Waldo Emerson, Erasmo, James Fraser, Judith Gautier, Gide, Madame de Grafigny, Hegel, Kant, Mme. de Maintenon, Nietzsche, Proust, George Sand, Schopenhauer, Madame de Sévigné, George Bernard Shaw, Valéry, Voltaire... y Virginia Woolf.



ILUSTRACIÓN 12. Beauvoir con Sylvie Le Bon y Sartre en la Piazza Navona de Roma, en septiembre de 1970.

Cuando tenía cincuenta y ocho años, Virginia Woolf escribió en su diario:

> Detesto la dureza de la vejez. La veo venir. Me da grima. Estoy amargada.
>
> *The foot less quick to tread the dew*
> *The heart less feeling to emotions new*
> *Crushed the hope less quick to rise again*
>
> Acabo de abrir un libro de Matthew Arnold y he copiado estos versos. [3]

En *La vejez* , Beauvoir argumenta que el envejecimiento no es siempre igual de duro, grimoso o amargo porque la «vejez» no hace referencia a una sola experiencia universal. Al igual que el llegar a ser mujer, el envejecimiento varía mucho en función del contexto físico, psicológico, económico, histórico, social, cultural, geográfico y familiar de la persona en cuestión. La *situación* del envejecimiento afecta drásticamente a la manera de experimentarlo.

Al igual que ser hembra o estar embarazada, la vejez tiene un claro componente biológico. Pero Beauvoir sostiene que también es un fenómeno cultural. A ella le causa perplejidad que la sociedad se desentienda de los mayores. En el caso de las mujeres, solo la mitad de la especie tiene que aceptar el estatus secundario que les asigna el sexismo. Pero la edad es un sino que afecta a todos aquellos que vivan muchos años. La edad en cuanto hecho biológico es un destino humano universal... para aquellos cuya vida sea muy larga. Pero la edad en cuanto marginación y soledad no lo es.

Beauvoir usó la filosofía nacida de la experiencia vivida para exponer sus argumentos, como hizo en *El segundo sexo* . También demostró que el sexismo y la discriminación por razones de edad suelen actuar conjuntamente. Los ancianos suelen quedar excluidos de los proyectos nuevos. Pero, en el caso de los hombres, la edad no parece producir el mismo efecto decreciente sobre las perspectivas eróticas.

El análisis de Beauvoir en esta obra difiere del realizado en *El segundo sexo* , donde se centra mucho más en la precariedad económica. No es casualidad, según ella, que tanto de los niños como de los hombres mayores se diga que son extraordinarios para su edad: «La singularidad reside en que se comportan como seres humanos cuando todavía no son hombres o ya han dejado de serlo». El niño, sin embargo, representa el futuro, mientras que la persona mayor «no es más que un cadáver visto para sentencia». [4]

No es de extrañar que el envejecimiento, visto así desde fuera, parezca desde dentro un encarcelamiento. Beauvoir quería mostrar al lector que la experiencia de devenir varía con el paso del tiempo. El pasado se iba haciendo menos «ligero» con la edad; cada vez era más difícil librarse de las decisiones pasadas y emprender nuevos proyectos. Durante la juventud estamos llenos de sueños y posibilidades; con la edad nos damos cuenta de que algunos sueños «no se cumplirán nunca». [5] Pero también nos damos cuenta de que lo que da sentido a la vida —incluso en su agridulce final— son «las relaciones recíprocas». [6]

*La vejez* se publicó en enero de 1970 y en seguida se situó entre los libros más vendidos. Una vez más, Beauvoir había abordado un tema tabú, aprovechando la amplia gama de experiencias que la «vejez» aporta. En el libro pasaba revista a escritores que habían reflexionado sobre la senectud en primera persona, lo que significaba que su investigación se basaba principalmente en la experiencia de personas privilegiadas. Pero Beauvoir pensaba que hacía bien en incluir fuentes literarias porque eso le permitía

poner de relieve el papel de la experiencia subjetiva en su análisis de la edad avanzada en cuanto categoría política y social. La senescencia entra en esa categoría cuando se observa desde fuera. Pero hay que vivirla *desde dentro* , en situaciones que pueden empeorar o mejorar.

Beauvoir fue de nuevo acusada de falta de originalidad, de escribir un libro «de segunda mano», una «compilación» [7] que no decía nada del otro mundo, un «pretencioso intento de elaborar una sofisticada filosofía de la ancianidad basándose en los principios del existencialismo sartriano». [8] Un comentarista llegó al extremo de afirmar lo siguiente: «Beauvoir carece de una inteligencia sutil u original. [...] Al parecer ha devorado bibliotecas enteras, pero no las ha digerido bien. [...] Ha leído con avidez la obra de tres hombres en particular (Marx, Freud y Sartre) sin el menor sentido crítico». [9]

En realidad, Beauvoir llevaba publicando críticas filosóficas de esos tres pensadores desde la década de 1940. No es de extrañar, por tanto, que en el cuarto volumen de sus memorias, *Final de cuentas* (1972), defendiera la originalidad de *La vejez* : en la primera parte: «El análisis de este material, las reflexiones que suscitó y las conclusiones que saqué...; un trabajo que nadie había realizado antes», [10] mientras que la segunda parte fue «un trabajo completamente personal», basado en sus propias preguntas: «¿Qué relación hay entre la persona mayor y su imagen, su cuerpo, su pasado y sus proyectos?». Beauvoir leyó cartas, diarios y memorias, y se hizo preguntas; pero «las conclusiones que saqué fueron completamente originales». [11]

Una vez más, Beauvoir había llamado la atención sobre un comportamiento que le parecía contrario a la ética. Y de nuevo la tacharon de poco original, de sucedáneo de Sartre, y de ser incapaz de comprender a los grandes hombres. Ella se defendió escribiendo e intentó que sus ideas se difundieran también por otros medios. En 1974 accedió a participar en un documental sobre la vejez. Pocas veces se ofrecía a intervenir en la radio o la televisión, pero hizo una excepción para analizar el trato que la sociedad daba a los ancianos y para contar su propia experiencia sobre el envejecimiento. En escenas tomadas en residencias geriátricas dejó claro a los telespectadores que aquella forma de terminar la vida le parecía inhumana. Estériles entornos institucionales se entremezclaban con imágenes de su piso de París, donde estaba rodeada de los vestigios materiales de su ilustre vida: libros, objetos procedentes de todo el mundo, fotos de amigos... Lo peor de la muerte era que el futuro se estaba acabando

ante sus ojos. En la última escena se la ve paseando por un cementerio: la muerte ya no le da tanto miedo como cuando era joven. Cuando tenía treinta años no podía imaginar sin horror el hecho de desaparecer de la tierra. Al acercarse a los ochenta, la disgustaba más el desconocimiento de la vida en la que se adentraba que la idea de su fin. [12]



ILUSTRACIÓN 13. Beauvoir en casa.

A principios de la década de 1970, Beauvoir llamó muchísimo la atención desde «fuera», y empezó a recibir críticas de algunas feministas por estar «obsesionada con Sartre» y por escribir para una publicación machista (*Les Temps Modernes* ). [13] Esas conclusiones le parecían irritantes y apresuradas, y no es difícil de imaginar por qué. En lo profesional, pese a que su trabajo tomó rumbos filosóficos distintos de los de Sartre, seguía siendo presentada como su marioneta, su sombra o su cómplice. En lo personal, los lectores sabían poco sobre su relación con Bost, alguna que otra cosa de la historia con Algren, y prácticamente nada de sus relaciones con Lanzmann y Sylvie (por no hablar de las relaciones con otras mujeres durante la guerra). La aterraba la facilidad con que la gente sacaba

conclusiones. Y aunque esto pueda parecer hipócrita teniendo en cuenta como retrató ella a ciertas personas, la tendencia de muchos críticos y lectores a definir y marginar a Beauvoir parece más inoportuna que punitiva. Cuando ella proclamó el cinismo de la sociedad, la tildaron de tristona, de rancia y de cosas peores.

En 1971 a Sartre tuvieron que ponerle una dentadura postiza, con la que luchaba simbólica y prácticamente: ¿Podría seguir hablando en público o sería su propia boca el final de sus conferencias? [14] Según Beauvoir, aquello era un inevitable recordatorio de su declive. En mayo, Sartre pasaba más tiempo de lo habitual con ella porque el piso de Beauvoir estaba en un bajo y el ascensor de Jean-Paul se había estropeado, y a él le resultaba demasiado fatigoso subir diez tramos de escaleras. La tarde del martes 18 de mayo se presentó con la sensación de que le fallaban las piernas. No se entendía bien lo que decía y sus mandíbulas no encajaban de manera normal. Aquello era evidentemente un derrame cerebral, pero Simone intentó no sentir pánico porque tenía amigos que se habían recuperado por completo. JeanPaul accedió a ir al médico el miércoles por la mañana, pero insistió en tomar su whisky vespertino. A medianoche se esforzó en llegar a la cama; Simone se esforzó en mantener la calma.

El médico, cuando por fin los recibió, le dijo a Sartre que el trastorno era peor que en octubre y que le preocupaba la pronta reaparición de los síntomas. Esa tarde Sylvie los llevó en coche a casa de Simone, y Sartre tomó zumo de fruta en lugar de whisky. Estaba conmocionado y aún no controlaba bien su propio cuerpo: el cigarrillo no dejaba de caérsele de la boca. Sylvie lo cogió y se lo devolvió. Pero entonces se le volvió a caer. La misma situación se repitió penosamente toda la tarde. Al día siguiente le cambiaron la medicación y el médico le recomendó reposo y compañía: no debía quedarse solo. Si seguía las indicaciones del médico, le dijeron, se recuperaría al cabo de tres semanas.

El miércoles siguiente andaba y hablaba normalmente, pero aún no podía escribir ni tocar el piano. Beauvoir se propuso alejarlo del alcohol, la cafeína y los estimulantes. Jean-Paul reaccionó a su declive con indiferencia, disimulando morbosamente su enfermedad porque sabía que no duraría mucho. A Simone aquello no la consolaba. El miedo a su propia muerte tal vez hubiera disminuido, pero el miedo a la de Sartre no.

Ese verano Sartre tenía previsto pasar cinco semanas viajando —tres con Arlette y dos con Wanda— mientras Beauvoir estaba con Sylvie. A Simone le encantaban los viajes con Sylvie, pero dejar a Sartre en aquel estado era duro: en Italia se acostaba todas las noches llorando.

Aun así, continuó participando en causas políticas. Prosiguió con su defensa del feminismo, y en julio de 1971 fue nombrada presidenta del movimiento Choisir (Decidir), que había fundado junto con Gisèle Halimi, Jean Rostand (miembro de la Academia), Christiane Rochefort (novelista) y Jacques Monod (premio Nobel de medicina). El grupo tenía tres objetivos: educar a las mujeres en lo tocante al sexo y la contracepción; modificar la ley del aborto, que estaba en vigor desde 1920; y proporcionar asistencia jurídica gratuita a las mujeres que hubieran abortado.

Ese mismo mes, mientras se encontraba en Suiza, Sartre tuvo una recaída, pero no le permitió a Arlette que se lo contase a Beauvoir. Cuando Simone lo vio en la estación Termini, en Roma, Jean-Paul tenía la cara hinchada a causa de un flemón, pero parecía lleno de vida; se quedaron charlando hasta la una de la mañana. Sartre había recuperado la energía y disfrutaba mucho en Roma. Estaba tomando la medicación y había reducido la toma de alcohol a una copa de vino con la comida, cerveza con la cena y dos whiskys *digestivos* . Estaba trabajando en su biografía de Flaubert, *El idiota de la familia* , y hablaba de la vida como si aún le quedaran muchos años. De nuevo en París, volvió a interesarse por las personas y los acontecimientos internacionales. Leyó y comentó *Final de cuentas* , el cuarto volumen de las memorias de Beauvoir. A mediados de noviembre, Simone casi había dejado de preocuparse. El momento era bueno desde el punto de vista de su activismo: el MLF crecía a buen ritmo y el 11 de noviembre de 1971 se manifestó en París con miles de mujeres que exigían el derecho legal al aborto.

Como una suerte de demostración práctica de las tesis de Beauvoir, según las cuales la edad no afecta igual a la sexualidad de los hombres que a la de las mujeres, en 1972 Sartre inició su última aventura amorosa: con Hélène Lassithiotakis, una joven que no tenía ni treinta años. Ese mismo año se publicó la traducción inglesa de *La vejez* . El libro fue criticado con dureza en el *Los Angeles Times* , que lo calificó de irresponsable y claramente generalizador; el crítico encargado de la reseña era Nelson Algren.

Beauvoir, como estaba haciendo campaña en favor del derecho al aborto, empezó a recibir cartas de mujeres que decían estar plenamente satisfechas con la maternidad y las tareas domésticas. Algunas misivas eran auténticas reprimendas; otras le sugerían que no viera la maternidad como una servidumbre. Así pues, el 6 de marzo de 1972, Beauvoir publicó un artículo en *Le Nouvel Observateur* titulado «Respuesta a algunas mujeres y a un hombre», en el que decía ser consciente de que la maternidad podía ser una decisión voluntaria, y que era igualmente «consciente de la alegría que producen los hijos cuando son deseados». No quería imponer su estilo de vida a todas las mujeres, sino que estaba «luchando activamente en favor de su libertad: libertad para elegir la maternidad, la contracepción o el aborto». 15

Pero Beauvoir también pensaba que el respeto a la maternidad era más bien dudoso, y que la realidad seguía estando plagada de mitos que perjudicaban tanto a las mujeres como a sus hijos. Beauvoir señaló que en la Francia de 1972 era difícil ser madre soltera. Muchas mujeres decidían casarse porque les parecía lo más seguro; pero «un hijo sin padre es con frecuencia más feliz que aquel cuyos progenitores no se llevan bien». 16

Beauvoir declaró audazmente que era partidaria de la disociación de la maternidad y el matrimonio: «Estoy a favor de la abolición de la familia». Este es el tipo de frase que, fuera de contexto, les iba de perlas a las lectoras ultramontanas, quienes la tachaban de antimaternal, poco femenina e incluso antifeminista. Pero en el mismo párrafo Beauvoir define el término «familia» de la siguiente manera: «La familia es el intermediario por culpa del cual este patriarcado explota a las mujeres, arrebatándoles cada año miles de millones de horas de "trabajo invisible". En Francia, en 1955, se dedicaron 43.000 millones de horas al trabajo remunerado, mientras que el trabajo no remunerado en el hogar llegaba a los 45.000 millones de horas». 17

Beauvoir pensaba que las mujeres estaban *acostumbradas* a aceptar que aquel era el trabajo que les había tocado en suerte. Puesto que no es natural aceptar que nuestra vocación es lavar platos y hacer la colada, había que encontrar algo mejor:

> Se exalta la maternidad porque esta es la forma de retener a las mujeres en casa para que hagan las tareas domésticas. En lugar de decirle a una niña de dos, tres o cuatro años «estás destinada a lavar platos», se le dice «estás destinada a ser mamá». Se le regalan muñecas y se ensalza la maternidad para que cuando sea una mujer joven solo piense en una cosa: casarse y tener hijos. La han convencido de que no será una mujer plena hasta que tenga hijos.

Pero a los hombres no les dicen lo mismo: nadie le dice a un hombre sin hijos que «no es un hombre de verdad». [18]

La ley del aborto (tal como era entonces) penalizaba a las mujeres más pobres de la sociedad. Si una mujer pudiera planificar sus embarazos «conforme a sus deseos e intereses», entonces podría estudiar una carrera. Beauvoir decía que los hombres se oponían a esa solución por puro miedo, «miedo a que las mujeres descubrieran y reivindicaran su autonomía en todos los campos haciéndose cargo de su propio destino». [19]

Para contextualizar estos hechos debemos señalar que, antes de 1965, las francesas no tenían derecho a trabajar o a abrir una cuenta bancaria sin el permiso y el consentimiento de sus respectivos maridos. En 1970, la legislación francesa sustituyó la «autoridad parental» por la «patria potestad». Y en 1972, una ley de filiación garantizó la igualdad de trato para los hijos nacidos dentro o fuera del matrimonio.

Beauvoir quería «quitar importancia al aborto aumentando la disponibilidad de los métodos anticonceptivos oficialmente autorizados, pero que solo el 7 % de las francesas utiliza[ba]n»; creía que «la introducción de esta reforma serviría al mismo tiempo para superarla». [20] Su defensa del abortó planteó cuestiones de autoridad, responsabilidad y justicia, no solo de «elección». En octubre de 1972, Beauvoir escribió que «traer a un ser humano a este mundo es una gran responsabilidad». «¿[Y] cómo se puede consentir algo así si luego uno es incapaz de enseñar a ese ser cuál es su lugar en el mundo?» [21] Las mujeres más desfavorecidas no tenían acceso a los anticonceptivos ni al aborto seguro, por lo que se las acusaba de infringir la ley, mientras que las burguesas contaban con los medios necesarios para evitar esas consecuencias.

En otoño de 1972 se publicó el cuarto y último volumen de sus memorias, agoreramente titulado *Final de cuentas* . Este volumen se aparta del orden cronológico de los tres anteriores, presentando en cambio una compilación de los pensamientos de Beauvoir acerca de aquellas cosas que valoraba: la escritura, la lectura, el cine, la política, la música, el arte, el compromiso con el mundo. Desde la publicación de *La fuerza de las cosas* (1963), Beauvoir había observado que los lectores querían ver en este libro «un reconocimiento del fracaso y un repudio de [su] vida, a pesar de todas las declaraciones que básicamente negaban semejante interpretación». [22] Tras la publicación de *Final de cuentas* , un crítico de *Esprit* se preguntaba, sorprendido: «¿Por qué escribió este libro? ¿Qué quería contarnos?». No era

«ni historia ni leyenda», sino más bien una especie de «ejercicios prácticos —bastante fastidiosos, por otra parte— sobre el pensamiento de Sartre». Resultaba decepcionante descubrir su «total falta de reflexión sobre un compromiso salpicado de fracasos». [23]

Pero no se trataba de una *aplicación* de la filosofía sartriana, y, aunque no mostró al mundo todos sus fracasos, no cabía duda de que Beauvoir era una mujer que reflexionaba sobre ellos. Entre los muchos elementos que incluyó había defensas de su originalidad y descripciones de la metodología utilizada en *La vejez* , así como del papel cambiante de la escritura en su vida. Entre 1963 y 1970 escribió la memoria de la muerte de su madre, dos obras de ficción, dos prólogos y *La vejez* . Pero hubo épocas en que la sola idea de coger un bolígrafo la ponía enferma. Sentía que su obra pública ya estaba terminada: «Mi obra está completa, aunque es posible que se prolongue». [24]

En el comienzo del libro, Beauvoir menciona las muertes y enfermedades de sus allegados: Giacometti había estado enfermo, su madre había muerto; y cita también la muerte de la madre de Sartre.

Además rindió tributo a Violette Leduc. Desde que conoció a la escritora haciendo cola en un cine, a mediados de la década de 1940, la vida de Beauvoir estuvo «entrelazada» con la de Violette, sobre todo durante los diez últimos años de la novelista arraguesa, que murió de cáncer en mayo de 1972. [25] Violette siempre consideró a Beauvoir como su mentora literaria, convirtiéndola en depositaria de sus escritos inéditos. En 1973, Simone supervisó la publicación póstuma del último libro de Leduc, *La Chasse à l'amour* . [26]

Beauvoir seguía disfrutando del placer de la lectura, que le permitía ver el mundo a través de ojos ajenos. En *Final de cuentas* pasa revista a algunas de las obras que le interesaban: *Un día en la vida de Iván Denísovich* , de Solzhenitsyn, *La confesión* , de Artur London, estudios etnológicos, *La fortaleza vacía* , de Bettelheim, biografías... Leyó a Oscar Wilde, a George Sand, a Anaïs Nin, a Hannah Arendt, así como tratados de psicoanálisis y novelas policiacas. Releyó la Biblia [27] y de cuando en cuando hacía crucigramas, pues el tiempo ya no era un lujo que quisiera atesorar.

Le seguía interesando la cuestión de «cómo se adapta una mujer a su condición femenina». Pero sus ideas habían evolucionado y quería explicar a sus lectoras la forma en que la facultad de vivir le había abierto nuevas perspectivas. Si tuviera que volver a escribir *El segundo sexo* , adoptaría un

enfoque más materialista, evitando fundamentar su análisis en la oposición entre el yo y el otro. A toro pasado, no había concedido suficiente importancia a la pobreza y a las situaciones en que los hombres se hacen hombres. El argumento según el cual «no se nace mujer, se llega a serlo» debía completarse con este otro: «No se nace hombre, se llega a serlo». [28]

Lamentaba que desde la publicación de *El segundo sexo* se hubiera producido un avalancha de libros que incitaban a las mujeres a aceptar las tradicionales «vocaciones» femeninas, y que los falsos profetas declarasen que el feminismo estaba anticuado. Lo que exigía la nueva generación de feministas (Millet, Firestone, Morgan, Greer) era la «descolonización de las mujeres», ya que las mujeres habían sido «colonizadas desde dentro» para que vieran el trabajo no remunerado en casa y la discriminación y la explotación en el trabajo como lo más normal del mundo. [29] En las últimas páginas de *Final de cuentas* , Beauvoir escribió: «Esta vez no extraeré ninguna conclusión. Dejaré que el lector saque la que quiera». [30] Como siempre, la vocación de la escritora era apelar a la libertad del lector, aunque estuviera escribiendo sobre su propia vida.

En 1972, Simone de Beauvoir adoptó públicamente la etiqueta de «feminista» en una entrevista con la periodista alemana Alice Schwarzer. Teniendo en cuenta sus escritos y sus campañas políticas entre las décadas de 1940 y 1970, resulta difícil creer que Beauvoir estuviera revelando nada nuevo, pero aquella exclusiva era lo bastante explosiva para que la comprara un periódico. Pues, aunque en 1949 se declarase feminista, al igual que las sufragistas, [31] y en 1965 se calificase de «feminista radical» (en una entrevista con Francis Jeanson, un colaborador de *Les Temps Modernes* ), [32] en *Final de cuentas* , que tuvo mucha más repercusión, Beauvoir afirmó que «había evitado caer en la trampa del “feminismo”» en *El segundo sexo* . [33]

Con el incremento del activismo político, en la década de 1970 la diversidad de los debates sobre el feminismo en Francia (y en otras partes) exigía una clara toma de posiciones. Beauvoir y Schwarzer tuvieron aquel *tête-à-tête* por dos razones: para que el gran público supiera que Beauvoir se había «convertido» a un tipo especial de feminismo político y porque necesitaban recaudar fondos para un «tribunal» feminista que debía reunirse en febrero en el Ayuntamiento de París. Una entrevista como aquella se vendería muy bien, pensaron, y *Le Nouvel Observateur* la compró.

Schwarzer promocionó aquella entrevista como un acontecimiento histórico, pues en ella Beauvoir proclamó «alto y claro»: «Soy feminista». [34] Schwarzer le hizo le pregunta que todos esperaban: ¿por qué la autora de *El segundo sexo* había tardado veintitrés años en declararse feminista? Beauvoir respondió que la situación en Francia no había cambiado lo suficiente durante aquellos años. Solo el 7 % de las mujeres tomaba la píldora, y a la mayoría de ellas se las seguía excluyendo de las profesiones interesantes y del progreso. También afirmó que no se identificaba con los feminismos reformadores y legalistas que había visto en Francia antes de la aparición del MLF, y que le gustaba la actitud radical de este último porque le parecía más apto para abordar la tremenda desigualdad que seguía habiendo entre los sexos. Incluso en el seno de los grupos políticos que aspiraban a liberar a todo el mundo, las mujeres hacían los trabajos más tediosos, desprestigiados e inútiles, en tanto que los hombres ocupaban cargos de responsabilidad. Dejó claro que ella no renegaba de los hombres; lo que rechazaba era la amalgama de feminismo y misandria, y reconoció que los hombres de su tiempo no habían creado las estructuras patriarcales de la sociedad. Pero seguían aprovechándose de ellas, y por eso convenía tener una «actitud prudente». [35]

Otras feministas criticaron *El segundo sexo* porque era un manifiesto de la clase media, escrito por una elitista incapaz de ver sus propias prerrogativas. Y en aquellla entrevista Beauvoir reconoció que había pasado por alto el clasismo en sus obras anteriores. Pero pensaba que la lucha de clases no sería de utilidad para la emancipación de las mujeres porque estas no eran una *clase* distinta, sino una *casta* distinta. Las personas triunfan o son derrotadas dentro de cualquier clase social. Pero, una vez que naces en una casta, en ella te quedas: una mujer no puede llegar a ser un hombre, y las mujeres son tratadas —económica, política y socialmente— como una casta inferior. [36]

En vez de confesar una conversión al feminismo desde posturas no feministas, en sus entrevistas Beauvoir renegó públicamente de su creencia en que la independencia económica y el socialismo producirían los cambios necesarios para la emancipación de la mujer. Por contra, respaldó los movimientos exclusivamente femeninos que daban a conocer las opiniones de mujeres «anónimas», en vez de difundir las tesis de «los especialistas».

El MLF tenía un trasfondo homosexual, y Beauvoir pensaba que eso era en cierto modo una desventaja porque perpetuaba la idea de que todas las feministas eran «unas arpías histéricas y lesbianas». [37] Sus palabras desconciertan a las lectoras modernas, sobre todo sabiendo que ella misma fue objeto de difamaciones sexistas y que tuvo relaciones lésbicas. Sus relaciones no eran todavía de dominio público, pero en aquella entrevista Schwarzer le preguntó si la homosexualidad femenina podía ser un «arma política». La respuesta de Beauvoir, y la conversación subsiguiente, muestra que Simone asociaba a las feministas lesbianas con la imposición de «dogmas sexuales»: Beauvoir pensaba que la homosexualidad puede ser útil en la política, pero «cuando se obsesionan con sus tendencias corren el peligro de ahuyentar a las heterosexuales»:

> **Alice Schwarzer:** Su primer argumento es que, en las circunstancias actuales, cualquier relación sexual con hombres es opresiva. Y por tanto la rechazan. ¿Qué te parece?
>
> **Simone de Beauvoir:** ¿De verdad es cierto que cualquier relación sexual entre un hombre y una mujer es opresiva? En vez de rechazarla, ¿no se le podría quitar su naturaleza tiránica? La afirmación de que todo coito es una violación me desconcierta. No me lo creo. Cuando dicen que todo coito es una violación están adoptando otra vez los mitos masculinos. Eso significaría que el órgano sexual masculino es una espada, un arma. De lo que se trata es de crear nuevas relaciones sexuales que no sean opresivas. [38]

En mayo de 1972, Beauvoir fue a Grenoble a pronunciar una conferencia para Choisir, movimiento para el que estaba haciendo una activa campaña, y el 8 de noviembre, en el Tribunal de Bobigny, se celebró un juicio que llamó la atención de todo el país sobre su causa. Una joven de dieciséis años, «Marie-Clare C.», había abortado con la complicidad de su madre. Como había infringido la ley, se la estaba juzgando junto con otras tres mujeres. Gisèle Halimi las defendió, recurriendo a destacadas autoridades científicas y culturales (incluida Beauvoir) para la defensa. Halimi alegó que aquellas mujeres estaban siendo juzgadas en otra época. La legislación de 1920 penalizaba especialmente a los pobres. Todos los años millones de mujeres mal informadas sobre los métodos anticonceptivos optaban por esa opción. Y al interrumpir el embarazo ponían en peligro su vida y se arriesgaban a una mutilación irreversible.

El juicio hizo cambiar de parecer a la opinión pública; en 1970, tan solo el 22 % de los franceses era partidario de levantar las restricciones que pesaban sobre el aborto; al cabo de un año, ese apoyo había alcanzado el 55 %. [39] Aunque hubo que esperar unos años, en 1974 la ministra de Sanidad, Simone Veil, implementó una nueva legislación, facilitando el

acceso a la contracepción en diciembre de 1974 y abanderando la que se conoció como «la ley Veil», que dio lugar a la legalización del aborto en enero de 1975.

Entretanto, en marzo de 1973 Sartre sufrió otro derrame cerebral. En esta ocasión fue más grave: no recordaba las cosas y no reconocía a la gente. El médico le diagnosticó asfixia cerebral y de nuevo le prohibió fumar y beber. Sartre, que entonces tenía sesenta y siete años, hizo un tímido intento de abandonar sus vicios. Pero luego volvió a ellos con entusiasmo.

Además de su trabajo como feminista y escritora, Beauvoir siguió ejerciendo sus funciones en la dirección de *Les Temps Modernes* , y, con Sartre enfermo, asumió la tarea de presidir las reuniones de los miércoles por la mañana. Claire Etcherelli, una novelista que Lanzmann le había presentado en la década de 1960, recordaba el ritual:

> 11.00. Sentada en su diván amarillo, daba los buenos días a todos. Junto a ella había un montón de artículos [...] concienzudamente revisados y anotados. El pequeño grupo que formaba la junta directiva se sentaba formando un semicírculo en torno al diván. [40]

Etcherelli dijo haber sido testigo de la «franqueza y brutalidad» con que Beauvoir criticaba por teléfono el trabajo de futuros autores. Pero ella no se valió de estatus de directora para publicar nada sin el visto bueno de la junta directiva. [41]

Ese verano Beauvoir y Sylvie Le Bon viajaron por el sur de Francia antes de reunirse con Sartre para ir juntos a Venecia. (Sartre ya había pasado unos días de vacaciones con Arlette, y se proponía pasar otra temporada con Wanda.) Beauvoir y Le Bon estuvieron un par de días en Venecia y luego se marcharon: Simone no quería que Sylvie se aburriera en Venecia, a las dos les encantaba visitar lugares nuevos. Pero Beauvoir empezó a sentir una «doble culpa»: se sentía culpable por fallarle a Sartre si se marchaba, o se sentía culpable por decepcionar a Sylvie si se quedaba. [42]

Los tres se reunieron en Roma a mediados de agosto. La vista de Sartre había empeorado; tuvo una hemorragia detrás del ojo izquierdo, y ya no veía bien con ninguno de los dos. En casa siempre habían tenido unos horarios muy estrictos, pero ahora la rutina consistía en acomodarse a las nuevas necesidades de Sartre: Beauvoir le leía textos por la mañana; luego comían; después Sartre dormía mientras Simone y Sylvie iban a pasear o se quedaban leyendo en silencio. Cuando Sartre se despertaba, Beauvoir le leía

la prensa, en francés o en italiano, y luego se iban los tres juntos a cenar. Las comidas mostraban cuánto se había deteriorado Jean-Paul. Como era prediabético, a Beauvoir le preocupaba su desmedido consumo de pasta y helado. Como consecuencia de la dentadura postiza y del derrame cerebral, Sartre no manejaba bien los labios, de manera que no podía comer educadamente. [43] Olga y Bost, cuando se reunieron con ellos en Roma, se quedaron sorprendidos de verlo tan en decadencia.

Poco después de regresar a París, Sartre decidió contratar a otro secretario; no para que le llevase la correspondencia (ya tenía a alguien para eso), sino para charlar y para que leyese por él. El secretario era Pierre Victor, el maoísta que le había pedido que dirigiera *La Cause du peuple* . Al principio Arlette se mostró recelosa; llamó a Beauvoir y le dijo que no quería tener una situación «Schoenman» entre manos. (Ralph Schoenman, que fue el secretario general del Tribunal Russell, había causado gran impresión en Estocolmo y Copenhague cuando afirmó hablar en nombre de Bertrand Russell, cuya provecta edad le impidió estar presente en aquellas sesiones.) Pero Sartre lo quería así, pensó Beauvoir, y ella no quería infantilizarlo. De esa forma tendría también un poco de tiempo para ella por las mañanas, pues Pierre se encargaría de leer en voz alta. [44] Fue una decisión que más tarde lamentaría.

Sartre ya no hacía la ronda de sus mujeres; ahora ellas lo cuidaban a él. Tenía sesenta y ocho años y era completamente dependiente. En octubre de 1973 se mudó a un décimo piso en un edificio moderno, el 22 del bulevar Edgar Quinet, cerca de la Torre Montparnasse. Estaba enfrente del de Beauvoir, al otro lado del cementerio. En Roma, en el verano de 1974, Beauvoir grabó una serie de conversaciones con Sartre que serían una secuela oral de la autobiografía de este, *Las palabras* . A finales de aquel mismo verano, Sartre se dio cuenta de que su vista no mejoraría: no volvería a ver.

Pero seguía intentando trabajar, y planeaba con Pierre Victor un libro que titularon provisionalmente *Poder y libertad* . A Victor le interesaba, como a muchos jóvenes de su generación, el pensamiento de Foucault y de Deleuze, y le dijo a Sartre que su colaboración era en cierto modo dialéctica, en el sentido de que sus ideas se oponían. Beauvoir estaba convencida, incluso después de lo que pasó, de que Victor aceptó el empleo porque se preocupaba sinceramente por Sartre. No era fácil: muchas veces Victor tenía ganas de marcharse. Cuando llegaba al piso de Jean-Paul por la

mañana, este solía estar sentado, dormitando o escuchando música. Era «una lucha constante con la muerte», escribió Victor, y a él lo habían contratado para que lidiara con «el sueño, la falta de interés o, simplemente, el letargo. [...] Lo que tenía entre manos era una especie de resucitación». [45]

Durante el invierno de 1973-1974, el movimiento feminista francés estaba en un momento decisivo. Con la batalla del aborto casi ganada, empezaron a surgir en el movimiento diferentes tendencias y estrategias. Simone de Beauvoir quería una ley contra el sexismo, de la misma manera que había leyes contra el racismo. Ninguna de las dos discriminaciones iba a desaparecer del mapa a base de decretazos, pero Beauvoir pensaba que una ley contra el sexismo sería una herramienta útil. Así que fundó junto con Anne Zelinsky la Liga de los Derechos de la Mujer, una asociación cuyo objetivo era reforzar la legislación antisexista.

La Liga se encontró con la oposición de algunas feministas, quienes la veían como una concesión a la estructura burguesa y patriarcal del sistema judicial. La Liga opinaba que la subversión social ya no era una medida adecuada; lo que perseguía era la reforma de las estructuras existentes. Beauvoir era la presidenta de la Liga, pero utilizaba su influencia en otros ámbitos para dar voz también a sus opositoras. En 1973 introdujo en *Les Temps Modernes* una nueva tribuna que estaría a disposición de quienes quisieran denunciar el sexismo. Llamada «Sexismo cotidiano», sus colaboradores usaban el sentido del humor, la experiencia y la madurez para desenmascarar y poner en cuestión el sexismo en vez de recurrir a la reparación jurídica. El preámbulo de la columna no puede ser más directo:

> Un individuo que llame a otro «negro de mierda» delante de testigos, o que publique comentarios insultantes sobre los árabes o los judíos puede ser llevado a juicio y condenado por «ofensas raciales». Pero, si un hombre le grita en público a una mujer, llamándole «puta», o si por escrito acusa a las *mujeres* de traición, estulticia, veleidad, estupidez o histeria, no corre ningún peligro. [...] Nosotras [la Liga de los Derechos de la Mujer] exigiremos que las «ofensas sexistas» también sean consideradas como un delito. [46]

Al año siguiente prologó un libro que defendía apasionadamente la reforma del divorcio. Una vez más, el análisis de Beauvoir contiene matices filosóficos que pasan fácilmente desapercibidos debido a la vehemencia del debate político. A la objeción de que el divorcio era malo para los niños, Beauvoir replicó que «un niño puede ser “asesinado” por unos padres que insisten en vivir juntos en desunión». El divorcio, según Beauvoir, «no es

una panacea»; «solo libera a aquellas mujeres que saben cómo utilizar su libertad. Pero, con el fin de descubrir sus propias posibilidades, el divorcio es a menudo una condición necesaria». [47]

Durante la década de 1970, Beauvoir utilizó su voz para amplificar las de otros. En la introducción de un número especial de *Les Temps Modernes* , titulado «Las mujeres insisten», Beauvoir escribió que la lucha contra el sexismo «ataca en nuestro interior lo que es más íntimo para nosotras y lo que parece más seguro. Cuestiona nuestros deseos, nuestras propias formas de placer». [48] Las feministas ponían nerviosa a la gente; pero, si sus palabras fueran de verdad vacuas, entonces no las ridiculizarían ni las calificarían de arpías ni las manipularían psicológicamente. En ese artículo, Beauvoir reconoció que en el pasado «había desempeñado en cierto modo el papel de mujer símbolo», pensando que la mejor forma de superar los obstáculos que se le ponían a su sexo era haciendo caso omiso de ellos. Pero las feministas jóvenes la ayudaron a comprender que esa actitud la hacía cómplice de perpetuar la desigualdad, de manera que la abandonó.

El hecho de que Beauvoir reconociera su propia complicidad era admirable: se había convertido en una mujer que veía sus errores del pasado. Pero ¿podía verlos todos? Cuando escribió que la lucha contra el sexismo «ataca en nuestro interior lo que es más íntimo para nosotras y lo que parece más seguro», ¿cuáles eran las dificultades y los deseos que le impedían contar la historia completa de su amor a la filosofía y de sus aventuras sentimentales? ¿Le motivaba el instinto de conservación y la preocupación por el resto de «la familia», o era aquello un autoengaño? ¿O tenía, como dijo en *Final de cuentas* , la «necesidad artística» de liberar a sus lectoras, de mostrarles nuevas posibilidades, como la Jo de Louisa May Alcott y la Maggie de George Eliot habían hecho por ella? [49] (Beauvoir dijo, en una entrevista concedida a *The Paris Review* a mediados de los sesenta, que eso es lo que estaba haciendo. El hecho de repetirlo en *Final de cuentas* tal vez indique que lo decía en serio.)

Dada la merecida fama de mujeriego que tenía Sartre —y las continuas mentiras que les contaba a sus mujeres contingentes—, resulta un poco extraño oírlo contar su historia en común poniendo de relieve la importancia intelectual de Beauvoir a lo largo de su vida. Pero, cuando Sartre concedió entrevistas a mediados de la década de 1970, eso es exactamente lo que hizo. Sartre escribió que «Para mí, creo que nuestra

relación fue intelectual en un principio». [50] Ante eso el entrevistador —John Gerassi, el hijo de Stépha, amiga de Beauvoir— le preguntó sin rodeos: «¿No estaban enamorados?».

Sartre respondió que se querían, pero no como se entiende habitualmente el amor:

> nos enamoramos de la intuición, la imaginación, la creatividad y las percepciones del otro, y durante algún tiempo también del cuerpo, pero, de la misma manera que no se puede dominar una mente (salvo por medio del terror, claro está), tampoco se pueden dominar los gustos, los sueños, las esperanzas, etc. En algunas cosas el Castor me superaba, en otras la superaba yo. ¿Sabes que jamás habría permitido la publicación de un escrito mío sin la aprobación del Castor? [51]

Sartre siempre había sido consciente de la posteridad, y estaba dispuesto a derrotar a la muerte teniendo una larga vida de ultratumba como gran escritor. En junio de 1975, con ocasión del 70.o aniversario de Sartre, *Le Nouvel Observateur* concertó con él una entrevista. Entre otras cosas, el entrevistador, Michel Contat, le preguntó por todas sus mujeres. Sartre admitió que había varias. Pero dijo que «en cierto modo», Simone de Beauvoir era la única. Mencionó a otras dos por su nombre: Michelle y Arlette. Pero nadie, dijo, habría podido cumplir la misma función que Beauvoir:

> **J.-P. S.** Pude exponer ideas a Simone de Beauvoir antes de que estuvieran realmente concretadas [...]. Le comuniqué todas mis ideas cuando estaban en proceso de formación.
>
> **M. C.** *¿Porque tiene la misma altura filosófica que usted* ?
>
> **J.-P. S.** No solo por eso, sino también porque era la única persona que me conocía bien y sabía lo que yo quería hacer. Por esa razón era la persona perfecta para conversar, la que casi nadie tiene. Mi única buena suerte...
>
> **M. C.** *Sin embargo , usted tuvo que defenderse de las críticas de Beauvoir , ¿no es cierto* ?
>
> **J.-P. S.** ¡Ah, sí, con frecuencia! Hasta hemos llegado a insultarnos. [...] Pero yo sabía que al final ella tendría razón. Eso no quiere decir que aceptase todas sus críticas, pero aceptaba la mayoría.
>
> **M. C.** *¿Es usted tan duro con ella como ella lo es con usted* ?
>
> **J.-P. S.** Sin duda. Todo lo posible. No tiene sentido dejar de criticar con severidad a alguien cuando tienes la suerte de amar a la persona a quien criticas. [52]

Ese mismo año Beauvoir decidió entrevistarlo ella misma para *Les Temps Modernes* (aunque no lo llamaron entrevista cuando se publicó, sino «interrogatorio»). Beauvoir fue directa al grano: «Sartre, quiero hacerle una pregunta sobre la cuestión de las mujeres. ¿Por qué dice estar de parte de los oprimidos, defendiéndolos cuando se trata de “obreros, negros, judíos”, pero no cuando son mujeres? ¿Cómo explica eso?».

Por su infancia, probablemente, dijo Sartre.

«¡Pero usted se hizo adulto!» Beauvoir lo presionó preguntándole si no era posible que muchos hombres tuvieran un punto ciego en lo relativo a las mujeres (como ella misma lo había tenido durante mucho tiempo). ¿No era posible que su ceguera ante el sufrimiento de las mujeres fuese como la ceguera de los antiguos atenienses, que hablaban de justicia y democracia mientras los esclavos trabajaban sus tierras y les preparaban la comida? ¿No era posible que a las generaciones futuras su indiferencia les pareciera tan chocante como la apatía de los atenienses? [53]

Beauvoir siguió tratando con escritoras feministas y participando en sus campañas, e intervino en muchas entrevistas. En 1976, mientras repasaba su vida conversando con Alice Schwarzer, Simone comentó que se había librado del «esclavismo» femenino porque no era ni madre ni ama de casa. Pero, durante más de veinte años, había estado recibiendo cartas de mujeres de todo el mundo, que le contaban sus problemas, lo cual le hizo darse cuenta de que el otro lado del silencio era incluso peor de lo que pensaba. Muchas de las mujeres que le escribían tenían entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años y estaban casadas. Contraían matrimonio muy jóvenes, por amor, y entonces se alegraban de ello, pero con el paso de los años terminaban en un callejón sin salida: sus hijos ya no las necesitaban y ellas carecían de experiencia laboral, por lo que tampoco tenían perspectivas para el futuro.

En 1976, Beauvoir pensaba que —con demasiada frecuencia— el matrimonio y la maternidad seguían siendo trampas. Si una mujer quería tener hijos, debía tomar muy en cuenta las condiciones en que iba a criarlos, pues era *ella* quien tendría que renunciar a su trabajo para estar en casa cuando se pusieran enfermos. Y, si los hijos no triunfaban en la vida, la culpa se la echarían a ella. [54] El problema no eran las tareas domésticas, pues ningún trabajo es degradante en sí mismo, sino que todo el mundo —no solo las mujeres— debería hacer el trabajo necesario para la propia subsistencia porque de ese modo todos tendrían tiempo para hacer cosas gratificantes. Beauvoir se consideraba una «activista en pro de la maternidad voluntaria». [55]

Ese mismo año, en el otro lado del Atlántico, Adrienne Rich publicó *Nacida de mujer* , un libro que comienza con el análisis beauvoiriano de la maternidad en *El segundo sexo* y desarrolla un relato del poder maternal. En marzo de 1976, el Tribunal Internacional de Crímenes contra las Mujeres

reunido en Bruselas utilizó una carta de Beauvoir como parte del proceso; a ella le parecía ridículo que aquel acontecimiento tuviera lugar justo después del «Año de la mujer», otro invento «organizado por la sociedad machista para embaucar a las mujeres». [56]

En marzo de 1977, Sartre empezó a notar dolor en una pierna; los médicos le advirtieron que, si no dejaba de fumar, probablemente tendrían que amputarle los dedos del pie... como mínimo. Dos días después le dio los Boyards y los mecheros a Sylvie Le Bon. Pero el alcohol era más difícil de dejar, por lo que comenzó a jugar al despiste con las mujeres de su vida para conseguirlo. Le dijo a Beauvoir que solo tomaría una copa de whisky por la noche. Pero le pedía a Michelle que le llevara botellas y luego las escondía tras los libros de la biblioteca. El Castor no tenía por qué saberlo *todo* .

Un día Beauvoir lo vio de resaca y se puso hecha una furia. Cuando descubrió que seguía bebiendo media botella de whisky en casa de Michelle, se encolerizó. Llamó a Michelle por teléfono y la despidió de su trabajo de los sábados por la noche. [57] A Arlette le pareció estupendo, pues siempre había estado celosa de las otras mujeres de Sartre. Con el tiempo, Arlette Elkaïm-Sartre había logrado superar la aversión que le tenía a Pierre Victor, quien, al igual que ella, era norteafricano y judío. En 1978 empezaron a estudiar hebreo juntos, pues a Victor le interesaban la teología y el mesianismo judíos. En febrero de 1978, Beauvoir empezó a preocuparse de que estuvieran aprovechándose de Jean-Paul, sirviéndose de la reputación del filósofo para sus propios intereses políticos: Sartre, Victor y Elkaïm iban a ir a Jerusalén. Sartre fue al aeropuerto en silla de ruedas y se alojó en un hotel de lujo; regresó de una pieza. Pero, cuando volvieron, Victor intentó publicar un artículo sobre el movimiento pacifista israelí en *Le Nouvel Observateur* estampando el nombre de Sartre como coautor. Beauvoir recibió una llamada de Bost, que entonces trabajaba en el periódico, diciéndole que el artículo era malo y que Sartre debería retirarlo. Tras leerlo, Beauvoir coincidió con la opinión de Bost y convenció a Sartre de que no lo publicase.

Por entonces, Beauvoir era claramente una de sus cuidadoras. Pero varias personas querían ser sus custodios intelectuales, y los relatos sobre lo que él mismo quería son contradictorios. Sartre nunca le contó a Pierre Victor por qué no se publicó el artículo. Pero en una junta de *Les Temps Modernes* (a la que Victor asistió en representación de Sartre) Beauvoir

mencionó esa cuestión, dando por hecho que Victor estaba al tanto. Pierre salió enfurecido de la reunión, llamando a sus compañeros «cadáveres putrefactos». [58] Dejó de asistir a las juntas de *Les Temps Modernes* y empezó a referirse a los miembros de la vieja guardia con el despectivo nombre de «los sartrianos». Arlette se puso de parte de Victor.

Entretanto, Sartre siguió concediendo entrevistas, en las que dijo que solo Simone de Beauvoir había leído sus manuscritos antes de la publicación, y en julio de 1978 llegó a afirmar que el papel de Simone en su vida era «único y esencial». [59] Según Sylvie Le Bon, los últimos cinco años de Sartre fueron especialmente duros para Beauvoir. Tuvo que contemplar cómo avanzaba su ceguera, y le resultaba más difícil mostrarse imperturbable con respecto a él que con respecto a sí misma. Bebía y tomaba Valium, pero eso no le impedía romper a llorar con mucha frecuencia. Se consolaba con otras amistades, cuando podía. Claude Lanzmann vivía en la calle Boulard, a cinco minutos caminando, y, cuando estaba en París, se veían dos veces a la semana. Pero Lanzmann estaba dirigiendo *Shoah* —un documental para el que ella le había prestado dinero— y habitualmente se encontraba de viaje.

En 1978 se adaptó al cine *La mujer rota* ; de nuevo la crítica arremetió contra Beauvoir, tachándola de anticuada y afirmando que su feminismo era de categoría inferior: «Hoy en día, el argumento y el tono del libro parecen tener un valor arqueológico. Nos permiten medir la acelerada evolución de un feminismo para el que este tipo de problemas son más propios de *Elle* o *Marie-Claire* que, por ejemplo, de Mujeres en Movimiento». [60]

A finales de la década de 1970, Beauvoir estaba agotada por el declive de Sartre y ya no tenía ánimos para escribir textos largos, pero en 1979 publicó *Cuando predomina lo espiritual* (la novela que había escrito en la década de 1930 y que Gallimard y Grasset rechazaron). Trata sobre una ficticia pareja —Anne y Pascal— basada en Zaza y Merleau-Ponty y escrita antes de que Beauvoir descubriera la verdad sobre aquel noviazgo. La madre de Anne acosa a su hija; critica sus ideas, sus lecturas y su amistad con el personaje de Simone «como si se tratara de otros tantos pecados». [61] El estilo del libro no está tan logrado como en obras posteriores, pero muestra que entre las preocupaciones de Beauvoir en la década de 1930 se encontraban el amor y la abnegación, la felicidad y la responsabilidad.

También revela que no tenía miedo, ni siquiera entonces, de salpicar la prosa con filosofía: sus personajes hablan de Duns Escoto, Bergson, Leibniz y Hobbes, además de Racine, Baudelaire, Claudel y Péguy.

Ese otoño participó en un filme sobre su obra dirigido por Josée Dayan y Malka Ribowska: se tituló *Simone de Beauvoir* y en los títulos de crédito decía que se trataba de «un documental sobre nuestra única filósofa». [62] En varias entrevistas sobre el filme le preguntaron por qué había accedido a participar en él, cuando ya había hablado tanto sobre sí misma en sus autobiografías. Beauvoir respondió que quería «rectificar» ciertas cosas, contar la verdad, dar «una imagen más imparcial de sí misma». [63]

En 1979 también fue nombrada directora de publicaciones de *Questions féministes* , una revista cuyo relanzamiento supervisaría personalmente a principios de los ochenta, y además se le concedió el Premio Europeo de literatura (Österreichische Staatspreis für Europäische Literatur). *Le Figaro* anunció esa distinción con el siguiente titular: «Una burguesa modélica: Simone de Beauvoir», y seguidamente explicaba que «Beauvoir, la primera mujer en recibir el premio austríaco, se lo debe todo a un hombre». [64] No es de extrañar que, cuando le preguntaron por qué seguía defendiendo el feminismo, Beauvoir dijese que era porque, incluso en 1980, a las mujeres «se les hacía creer que en la actualidad podían conseguirlo todo, y que si no lo conseguían era culpa suya». [65]

En marzo, Beauvoir se enteró de que *Le Nouvel Observateur* iba a publicar unas entrevistas entre Sartre y Pierre Victor, en tres suplementos dominicales. Sartre llevaba mucho tiempo (al menos para lo que era él) sin publicar nada; aquello atraería poderosamente la atención de los lectores. Beauvoir había preguntado varias veces en qué estaban trabajando, pero no estaba preparada para la verdad: Sartre y Elkaïm habían eludido la respuesta. Cuando Sartre le dejó ver los resúmenes de lo que tenían seleccionado para su publicación, Beauvoir se quedó horrorizada.

Pierre Victor iba a utilizar su verdadero nombre: Benny Lévy. (Había estado de ilegal en Francia hasta que Sartre se ocupó del asunto y le consiguió el permiso de residencia.) El tono del escrito indicaba desprecio hacia todo lo que Sartre había defendido, renegando del sentido de la literatura y del compromiso político a los que había dedicado su vida. En la última entrevista, Lévy llegó a conseguir que Sartre —que siempre había apreciado a los judíos laicos— afirmara que los únicos judíos «de verdad»

eran los religiosos. Sartre había cedido terreno incluso al mesianismo. Beauvoir le suplicó que no publicara aquello, pero él no se dejó convencer. ¿Su amigo incomparable estaba perdiendo la capacidad de pensar?

Beauvoir estaba muy afectada: lloraba y tenía ansiedad. Tanto Lanzmann como Bost llamaron al director de *Le Nouvel Observateur* para intentar detener la publicación. Pero el editor, Jean Daniel, recibió otra llamada del propio Sartre diciéndole que estaba decidido a que se publicase la entrevista: si *Le Nouvel Observateur* no quería publicarla, lo haría otro semanario. Las entrevistas salieron a la luz el 10, 17 y 24 de marzo de 1980.

Entre el segundo y el tercer domingo, esto es, el miércoles 19 de marzo, el ambiente seguía tenso cuando Beauvoir llegó al piso de Sartre para hacer su turno. Cuando entró en su habitación para despertarlo a las nueve de la mañana, Jean-Paul estaba sentado en la cama, jadeando. Llevaba así varias horas, incapaz de hablar ni de pedir ayuda. Simone fue a llamar al médico, pero no había línea: el secretario no había pagado el recibo de teléfono.

Beauvoir bajó a toda prisa por las escaleras para llamar desde la garita del portero: el médico llegó en seguida y pidió una ambulancia. Simone observó aterrada cómo le prestaban los primeros auxilios y luego lo llevó al hospital Broussais. Después volvió a casa, se cambió de ropa y fue a comer con Jean Pouillon como tenía planeado. Le preguntó si la acompañaba al hospital, pues no quería ir sola. Al principio parecía que había esperanzas. Hicieron otra rotación de lectores y visitantes para acompañar a Sartre; durante unas semanas Beauvoir acudió regularmente a su turno de tarde. El domingo 13 de abril, Sartre la cogió por la muñeca y le dijo que la quería muchísimo. El 15 de abril entró en coma. Beauvoir pasó el día a su lado, escuchando su respiración, y luego volvió a casa y empezó a beber. A las 21.00 sonó el teléfono. Era Arlette Elkaïm: todo había acabado.

# CAPÍTULO 16

## La extinción de la luz

Beauvoir volvió al hospital con Sylvie Le Bon. Llamó a Bost, Lanzmann, Jean Pouillon y André Gorz, que acudieron al hospital de inmediato. El personal del centro dijo que podían permanecer junto al cadáver hasta las cinco de la mañana, luego tenían que trasladarlo.

¿Cómo se les ocurría referirse a él de esa manera?

Elkaïm se fue a casa, y «la familia» bebió y evocó recuerdos hasta altas horas de la mañana. Los periodistas ya estaban pululando por allí, pero Bost y Lanzmann les dijeron que se largaran. Luego Beauvoir quiso estar a solas con él. Cuando los demás se fueron, ella se subió a la cama de Sartre. Estaba a punto de meterse bajo la sábana cuando la enfermera la detuvo: las úlceras de decúbito eran gangrenosas. Entonces se puso encima de la sábana, se colocó a su lado y se quedó dormida.

A las 05.00 fueron a buscar el cadáver. Beauvoir se fue a dormir a casa de Lanzmann, y pasó allí el miércoles. No soportaba el teléfono en su apartamento, y mucho menos el despliegue de periodistas, por lo que después de estar en la casa de Lanzmann se fue a la de Sylvie Le Bon. Cuando llegó de Alsacia para estar con Simone, Hélène se encontró con un aluvión de tarjetas, cartas y telegramas. Lanzmann, Bost y Sylvie se encargaron de los preparativos del funeral: sería el sábado 19 de abril.

Cuando llegó el día, Beauvoir entró en el coche fúnebre junto con Sylvie, Hélène y Arlette. Las seguían decenas de miles de personas que rendían homenaje a Sartre. Pero Beauvoir no veía nada. No había cantidad de whisky o de Valium que le permitiera contener las lágrimas, pero tomaba los dos de todas formas. Cuando llegaron al cementerio de Montparnasse, Beauvoir pidió una silla. Esa misma semana, el periódico *The Times* de Londres informó de que «Madame de Beauvoir, al borde del colapso, fue sujetada por dos amigos» cuando estaba delante del féretro. [1] A pesar de

que había una multitud de personas a su alrededor, Simone tenía la mente en blanco. No recordaba lo que sucedió después: fue a casa de Lanzmann, donde cenaron en una sala privada, pero ella bebió demasiado, por lo que tuvieron que ayudarla a bajar las escaleras. Sylvie intentó que parase de beber, pero no hubo manera. [2]

Después de aquello, se quedó en casa de Sylvie. El miércoles siguiente tuvo lugar la incineración en el cementerio del Père Lachaise, pero Beauvoir estaba demasiado cansada para asistir. Cuando Sylvie y Lanzmann regresaron a casa la encontraron en el suelo, delirando. Tenía una pulmonía.

Estuvo un mes ingresada en el hospital Cochin; al principio los médicos pensaron que no se recuperaría, pues, tras el atracón de whisky y pastillas que se había dado, tenía cirrosis y algunos daños neuronales. Cuando pudo volver a la calle Victor Schoelcher, la pulmonía se había curado, pero la depresión no. Durante junio y julio, Sylvie pasó todo el tiempo que pudo con Simone, y, cuando esta tenía que ir a dar clases, Lanzmann y Bost iban a hacerle compañía. Siempre había dicho que su vida terminaría cuando terminara la de Sartre; sus amigos tenían miedo de que aplicase aquello al pie de la letra. Los fines de semana Sylvie la sacaba de París en el coche. En agosto, cuando llegó el momento de su viaje anual a Roma, le dijo a Sylvie que debían abandonar París: «Quiero vivir, y para ello necesito irme lejos». [3]

Fueron a Noruega, a hacer un crucero por los fiordos. Poco a poco empezó a resucitar, a recordar que había otras relaciones importantes en su vida por las que valía la pena seguir viviendo. Pero también empezó a darse cuenta de que algunas relaciones no volverían a ser como antes. Tres días después de la incineración de Sartre, Arlette vació el piso de este. Aquello era sorprendente desde el punto de vista legal porque la ley decía que sus propiedades no se podían tocar hasta que se hiciera una tasación a efectos fiscales. Arlette contó distintas versiones de por qué había actuado así: no podía pagar el alquiler hasta que se resolviera el asunto de los derechos de sucesión; tenía miedo de que entrasen a robar. Pero Beauvoir estaba segura de que Arlette había obrado así para que ella no pudiera llevarse objetos que le pertenecían legítimamente. Fue una discordia muy desagradable, pues otros amigos también querían recuerdos de Sartre, y, cuando Lanzmann le pidió que le diera algo a Bost, pues habían sido amigos durante más de cuarenta años, Arlette le dio sus zapatillas viejas.

Sylvie, a quien Arlette nunca le había caído especialmente bien, estaba furiosa. Sartre tenía en su casa los libros del padre de Beauvoir, los cuales, como es lógico, no formaban parte de la herencia. También tenía un dibujo que Picasso les había regalado a los dos, y un cuadro de Riberolles que era asimismo un obsequio. Tanto Sylvie como Lanzmann se los reclamaron en nombre de Beauvoir, pero Arlette dijo que, si tanto cariño les tenía, que los reclamase ella misma.

Sylvie recuperó los libros del padre de Beauvoir. Y esta solo pidió una cosa en persona: el manuscrito de *Cuadernos para una moral* . Cuando concluyó *El ser y la nada* , Sartre le dio a Beauvoir el manuscrito en cuanto salió publicado el libro; para ella, era la posesión más valiosa. Y al terminar *El ser y la nada* Sartre prometió publicar un libro sobre ética, que empezó a escribir a finales de la década de 1940, más o menos cuando Beauvoir publicó *Para una moral de la ambigüedad* . Arlette sabía que Beauvoir quería ese manuscrito, ya que una de las primeras cosas que hizo al salir del hospital fue «humillarse» ante ella para pedírselo. Pero Arlette le dijo que no. Y en 1983, lo publicó.

Cuando le dieron el alta en mayo de 1980, los médicos le dijeron a Beauvoir que dejara de beber y de tomar Valium, y que acudiera a terapia y a rehabilitación para que su cuerpo se recuperase. Siguió la mayoría de sus consejos... menos lo de dejar el whisky y el vodka. Durante esas semanas se dio cuenta de que ella misma quería que los médicos hablaran con Sylvie. Según la legislación francesa, su consanguíneo más cercano, Hélène, era su representante legal y heredero. Sylvie no podía siquiera llevar a Beauvoir a terapia sin el permiso de su hermana.

Beauvoir no quería irse a Alsacia a vivir con Hélène y Lionel, para quienes no habría sido nada conveniente desarraigarse de su medio con el fin de ir a cuidarla a París. Por lo tanto, Beauvoir decidió preguntarle a Sylvie si podía adoptarla legalmente. Se lo contó primero a Lanzmann y a Bost, y ambos estuvieron a favor de esa idea. Conocían por el caso de Arlette los problemas que surgen cuando todas las partes no están dispuestas a entenderse, por lo que Simone le planteó la cuestión primero a Sylvie y luego a Hélène. En un principio, Hélène se sintió ofendida por la sustitución, pero se dio cuenta de que su propia vida no duraría mucho más que la de su hermana, y, además, ya había vivido bastantes cosas.

A Sylvie, por otra parte, no le gustaba mucho la idea. Siempre le había disgustado que Arlette estuviera dispuesta a vivir como la mantenida de Sartre. Sylvie Le Bon era una mujer independiente que tenía su propia vida profesional —era *agrégée* y enseñaba filosofía— y no quería que su relación con Beauvoir fuese entendida como la de Arlette con Sartre. Simone le aconsejó que viera su relación desde dentro, pues así no estaría condicionada por la edad ni por los roles tradicionales. Beauvoir le confesó a Sylvie que a lo largo de su vida había hecho varios intentos de encontrar otra amistad como la que había tenido con Zaza. Pero, hasta la aparición de Sylvie, ninguno había funcionado. Sylvie era la reencarnación de Zaza. Aceptó pues la adopción, y más tarde escribió que su relación con Beauvoir era de una «única e incomparable intimidad». [4] Beauvoir le dijo a Deirdre Bair durante una entrevista que se consideraba afortunada por «gozar de una relación perfecta con un hombre y una mujer». [5]

El año de la muerte de Sartre acarreó para Beauvoir todas las manifestaciones del dolor: lágrimas, depresión, dudas sobre lo que podría haber hecho. De nuevo Beauvoir volvió a la literatura como catarsis: decidió escribir un relato de la muerte de Sartre. *La ceremonia del amor* se publicó en 1981: era una crónica de la decadencia y la muerte del filósofo, centrada en los cambios que se produjeron en su vida a medida que la edad y las enfermedades limitaban sus posibilidades. También incluía las charlas que había tenido con Sartre en Roma a mediados de los setenta como testimonio de su afinidad intelectual, de sus constantes conversaciones. A sus amigos les preocupaba que se embarcara en aquel proyecto, pero era la única manera de asimilar su muerte. La escritura había sido catártica en el caso de Zaza, y en el de su madre, de modo que persistió en el empeño. Las palabras iniciales decían:

> Este es el primer libro mío —el único, sin duda— que no habrás leído antes de su publicación. Está dedicado enteramente a ti; y no te afectará. [...] Cuando digo *tú* , se trata solo de un pretexto, de una figura retórica. No me dirijo a nadie en particular. [6]

Algunos lectores consideraron *La ceremonia del adiós* como el quinto volumen de sus memorias. Pero era más elíptico que los otros, y describía la decadencia de Sartre sin mencionar casi cómo le afectó a ella. Es, por añadidura, una combinación de dos estilos: memoria y diálogo. Beauvoir creía que *La ceremonia del adiós* era un homenaje a Sartre y una ampliación de *La vejez* . En esta última, Beauvoir describió cómo se

marginaba a los ancianos y contó que algunas personas los consideraban infrahumanos. En *La ceremonia del adiós* , los lectores comprendieron que ese destino era el que le aguardaba al mismísimo Jean-Paul Sartre. [7]

Beauvoir pensaba que este libro iba a ser juzgado con severidad, y no se equivocó: de nuevo la acusaron de indiscreta, de hablar de Sartre cuando este ya no podía defenderse. Pascal Bruckner, en *Le Point* , describió el libro como una mezcla de «homenaje y venganza». [8] (Entre otras cosas, Beauvoir le preguntaba a Sartre por qué le parecía que los hombres tenían «cierto orgullo», y que si siempre se había sentido libre, desde la niñez.) [9] Los defensores de Beauvoir eran en su mayoría mujeres anglófonas. Hazel Barnes, la traductora de *El ser y la nada* , condenó los cotilleos según los cuales Beauvoir se estaba desquitando «de las infidelidades de Sartre. Todo aquello eran calumnias y difamaciones. La narración es un relato de hechos reales y también un homenaje». [10] Annie Cohen-Solal, la biógrafa de Sartre, opinaba que el libro provocó las reacciones habituales ante aquella mítica pareja: «respeto absoluto o rechazo radical». [11]

Una de sus detractoras más acérrimas fue, por supuesto, Arlette Elkaïm-Sartre, quien publicó una carta abierta en *Libération* atacando a Beauvoir y descalificando su relación con Sartre, su pretensión de que era fundamental en la vida de este y su conducta en el caso de Benny Lévy. Ambas creían que era la otra quien había reducido a Sartre a un cero a la izquierda, y afirmaban ser las testigos principales de la vida del filósofo. Beauvoir no quiso contestar por escrito porque no quería dar alas a las pretensiones de Arlette con una respuesta que diera lugar a un espectáculo público. En privado la despreciaba profundamente.

En 1981, Beauvoir comenzó sus conversaciones con Deirdre Bair, su primera biógrafa: le caían bien las estadounidenses, sin contar que Bair y ella adquirieron la costumbre de charlar a las cuatro de la tarde mientras bebían whisky escocés. Beauvoir había estado pensando en la imagen que dejaría para la posteridad después de veinte años en la vida pública, con la ventaja de décadas de experiencia en cuanto a «cómo deforma la publicidad a quienes caen en sus manos». [12] No quería que Arlette tuviera la última palabra en lo relativo a su relación con Sartre, por lo que decidió publicar las cartas que este le había enviado, y expresar públicamente su intención, para que todo el mundo viera con sus propios ojos lo que Jean-Paul Sartre pensaba de Simone de Beauvoir. No tenía derecho jurídico a obrar de ese modo, pues en Francia el representante legal era el que tenía los derechos

de todo lo que hubiera escrito Sartre, con independencia de a quién se lo escribiera o de quién estuviera en posesión de los textos. Por lo tanto, Beauvoir consultó con su editor, Robert Gallimard, quien le dijo que le dejara hablar a él con Arlette.

Estaba en juego mucho más que la simple discusión de dos de las mujeres de Sartre sobre a cuál de ellas había querido más. Para Beauvoir no se trataba de una cuestión sentimental: toda la vida la habían perseguido personas que negaban su independencia como escritora, llegando a afirmar que Sartre le escribía los libros. Y pensaba que las cartas demostrarían «mi influencia decisiva sobre él, y la suya sobre mí». [13]

Cuando murió Sartre, algunos obituarios parisinos no mencionaron siquiera a Beauvoir. *Le Monde* mencionó los miles de personas que asistieron al funeral. Pero no la nombró a ella. [14] Un extenso artículo en *L'Express* incluye una cronología en la que se menciona la fecha en que se conocieron y dice que Beauvoir sacó el segundo puesto en el examen de *agrégation* ; pero del resto de su relación no se hace ni un solo comentario. [15]

*The Times* de Londres no mencionó a Beauvoir en su primer artículo sobre la muerte de Sartre; [16] el obituario completo la presentó como una de sus «amigas íntimas», que «fue su amante y una aliada política, filosófica y literaria durante toda la vida». [17] La esquela mortuoria de *The Guardian* tampoco la mencionó, y afirmó que Sartre «vivió sus últimos años solo en París, y que durante ese tiempo lo visitaron y lo ayudaron sus amigos y discípulos». [18] En el obituario completo no se incluye a Beauvoir entre el «grupo de prestigiosos intelectuales» con quienes estudió; en cambio, se la menciona por su «prolongada unión», durante la cual «ayudó a Sartre en sus numerosos proyectos intelectuales». [19]

*The New York Times* fue un poco más certero: «El señor Sartre fue casi tan conocido como escritor y pensador como Simone de Beauvoir, su incondicional compañera durante muchos años. Su relación pasó por muchas fases, pero su apego recíproco, su refuerzo mutuo, nadie lo puso realmente en duda». [20] Pero el *Washington Post* la presentó como un «lío amoroso»: [21] ¿es que nadie fue capaz de verla como una interlocutora intelectual, una participante activa o incluso la inspiración del pensamiento sartriano?

Esa metáfora de «mujer como discípulo del hombre» no solo la afectó en relación con Sartre. Durante la década de 1980, Beauvoir siguió viendo a Bianca Lamblin (Bienenfeld), y quedaban para comer con bastante frecuencia. Cuando surgía el tema de Israel, sus conversaciones subían de tono. Un día, Lamblin criticó a Beauvoir por ser «incondicionalmente proisraelí», y por no querer comprender siquiera el punto de vista palestino. Después de esta conversación, Lamblin estaba demasiado alterada para escribir a Beauvoir explicándole su postura. Al igual que sucedió con su crítica de *Las aventuras de la dialéctica* , de Merleau-Ponty, la respuesta de Beauvoir a Lamblin muestra tanto su temperamento conflictivo como su frustración ante la suposición de que sus ideas procedían de las de Sartre o de cualquier otro hombre:

> Contesto a tu carta para que no pienses que la leo con indiferencia, pero es estúpida. Puesto que la situación, como dices, es «ambigua», ¿por qué iba a guardar rencor o a despreciar a quien no comparte mis opiniones? [...] En cuanto a Lanzmann [...], lamento que suscribas el prejuicio machista de que una mujer solo es capaz de formar sus ideas a partir de las de un hombre. [22]

La publicación de la correspondencia con Sartre le costó a Beauvoir varias amistades; por primera vez, Olga y Wanda veían la realidad del rol de Simone en la vida de Jean-Paul. Los Bost se habían separado varias veces durante los últimos años, y Beauvoir veía menos a Olga porque estaba más unida a Bost, pues seguían colaborando en *Les Temps Modernes* . Según Deirdre Bair, Beauvoir advirtió a Olga de que iba a publicar las cartas, e hizo caso omiso de los ruegos de Olga en cuanto a que excluyera toda mención a ella o a su hermana, causando una ruptura permanente en su relación. [23] Pero, aunque truncara sus ilusiones, valía la pena, según Beauvoir, contar la verdad al resto del mundo. Simone volvió a dar conferencias y a hablar en los medios de comunicación sobre el feminismo, más consciente que nunca de que sus premios literarios se atribuían a la genialidad de Sartre. Le llevó mucho tiempo organizar su voluminosa correspondencia. Pero, en noviembre de 1982, entregó el manuscrito a Gallimard. Está dedicado «A Claude Lanzmann, con todo mi amor». [24]

La publicación no resultó fácil: para poder publicar las cartas, Arlette quería constituirse en la legítima heredera del legado filosófico de Sartre, y publicó no solo los *Cuadernos para una moral* (el manuscrito que le había denegado a Beauvoir), sino también el *Diario de guerra* .

Cuando por fin se publicaron las cartas, los lectores pudieron comprobar lo que había dicho Sartre, sí, pero ¿por qué no publicó Beauvoir su propia parte de la historia? En las entrevistas que concedió en 1974, Sartre mismo había dicho que quería que se publicara su correspondencia a título póstumo, de modo que Beauvoir estaba satisfaciendo sus deseos. En cuanto a sus propias cartas, Simone le dijo a Bair que solo le interesaban a ella. [25] En una entrevista realizada en 1985, Margaret Simons le preguntó a Beauvoir si había leído la reseña de Michèle Le Doeuff sobre las misivas de Sartre; ¿sabía que, según Le Doeuff, Sartre era «la única voz cantante» en su relación? [26] Beauvoir replicó que aquellas cartas eran las cartas de Sartre, y que, naturalmente, era Jean-Paul quien hablaba en ellas. «Si publicase las mías, sería yo quien hablase. Pero jamás publicaré mis cartas.» [27]

Tras la publicación de la correspondencia de Sartre, Beauvoir se dedicó a las dos cosas que más le gustaban: trabajar para la liberación de las mujeres y pasar tiempo con Sylvie y otras amigas. En una de sus entrevistas con Beauvoir, Alice Schwarzer dijo que «esa gran amistad» entre mujeres era poco frecuente. Pero Beauvoir replicó que «no estaba tan segura»: «Muchas amistades entre mujeres son duraderas, en tanto que el amor se desvanece. Creo que lo que es muy poco frecuente es la verdadera amistad entre hombres y mujeres». [28]

El año 1980 se presentó en Francia como el fin del feminismo de «los setenta», no solo en el sentido de que aparecía una nueva década en el calendario, sino también en el de que se creó una nueva asociación, el MLF (Movimiento de Liberación de las Mujeres), que utilizó este nombre como marca comercial, y se registró en el Instituto Nacional de la Propiedad Industrial. Quien utilizara ese nombre sin permiso del movimiento sería demandado. Mientras que el MLF de la década anterior era un movimiento orgánico con tres sencillos requisitos de afiliación —ser mujer, ser consciente de la opresión de las mujeres y estar dispuesta a combatirla—, este nuevo MLF pretendía hablar por las mujeres en vez de dejar que ellas hablaran por sí mismas. Para Beauvoir aquello ya no era feminismo, sino una «tiranía». [29]

Pero también hubo buenas noticias: en 1980 se creó el primer Ministerio de la Mujer en Francia. Yvette Roudy, la primera directora de dicho ministerio, le pidió a Beauvoir que participara en la campaña de François Mitterrand.

En 1981, Beauvoir concedió una entrevista para promocionar la reaparición de *Nouvelles questions féministes* en la que explicó cuánto significaba para ella una nueva ley antisexista. Yvette Roudy, para entonces ya ministra de Derechos de la Mujer, estaba trabajando en la legislación relativa a la igualdad profesional y quería complementarla con un proyecto de ley contra la discriminación por sexo. De este modo, la legislación antirracista se ampliaría al sexismo y podría utilizarse para luchar contra los anuncios que dañaban la dignidad de la mujer.

Beauvoir quería que insultar a las mujeres fuese un delito, aunque sabía que la legislación «no impediría que las mujeres lucharan por su cuenta contra el sexismo». Simone había visto por su experiencia vital, por las cartas que recibía y por su trabajo editorial que las mujeres sufrían muchos quebrantos a manos de los hombres. Pero, aunque aquella fuera la cruda realidad, estaba convencida de que no había ningún «hecho inmodificable» que hiciera violentos a los hombres. Antes bien, Simone decía que «no se nace hombre, sino que se llega a serlo»: la violencia arraiga en los individuos varones en aquellas sociedades que toleran el sexismo y la discriminación.

A Beauvoir no le gustaba que «partes de nuestro cuerpo sean exhibidas en las calles para mayor gloria de esta sociedad mercantilista». El manifiesto de la Liga de los Derechos de la Mujer proclamaba que el cuerpo de las mujeres no debía usarse como mercancía; que el placer físico y la iniciativa sexual no deberían ser patrimonio de los hombres; que ellas lucharían para que se mantuviesen los derechos ya adquiridos y que desarrollarían otros nuevos. Los anunciantes, erigidos en heraldos de la libertad, denunciaron con desprecio la propuesta de Beauvoir: era al mismo tiempo una puritana y una hipócrita. ¿No se daba cuenta de que, si se aplicaban sus normas, habría que prohibir toda la literatura, incluida la suya?

La razonada respuesta de Beauvoir fue desestimada: ella no atacaba a la literatura. Lo que ella creía era que había buenas razones para oponerse a los anuncios publicitarios porque, «en vez de ser *ofrecidos* a las libertades [individuales], son *impuestos* a todos los ojos que los ven, de buen o mal grado». [30] Algunos pensaban que las leyes antisexistas eran un venganza contra los hombres. Pero Beauvoir decía que su razón de ser era cambiar el entorno cultural en que crecían los hombres para que su violencia contra las mujeres tuviera menos legitimidad. Simone quería lograr ese objetivo

prohibiendo las imágenes vejatorias para las mujeres en «los anuncios, la pornografía, la literatura. Una ley antisexista nos permitiría denunciar todos los casos de discriminación por sexo». [31] Esa ley también serviría a las mujeres para reaccionar con más rapidez ante el sexismo, permitiéndoles hacer frente al maltrato y la injusticia, en lugar de entender esas acciones como «lo que hay», como la forma de ser de los hombres... como el destino de las mujeres.

Beauvoir y sus compañeras feministas fueron calificadas de «intelectuales sin el menor contacto con la realidad». Pero se trataba de doctoras en medicina, abogadas, ingenieras, madres...: ¿no era eso la realidad? Ocultas bajo la indignación popular, Simone veía dos motivaciones: el dinero y la manipulación. El argumento pecuniario resulta tan familiar en el capitalismo que no hace falta repetirlo. En cuanto a la manipulación, según Beauvoir, muchos hombres seguían estando «completamente convencidos de que la mujer es un objeto manipulable y de que ellos son los expertos manipuladores». [32] Simone quería que las mujeres fueran «el ojo que ve» para que su visión del mundo pudiera ser expresada, oída y respetada.

Cuando Roudy fundó la Comisión de Derechos de la Mujer, Beauvoir fue nombrada presidenta honorífica. Simone asistía a las reuniones mensuales en la sede del ministerio, donde analizaban la estructura de la sociedad con el fin de presentar propuestas concretas al Gobierno para mejorar la situación de las mujeres. En 1982, François Mitterrand le ofreció la Legión de Honor, pero Beauvoir la rechazó: ella era una intelectual comprometida, no una institución cultural.

Tras doce años de trabajo, Claude Lanzmann estaba al fin a punto de terminar su documental, *Shoah* . Fue un filme difícil de realizar, para el que contó mucho con el apoyo y el compañerismo de Beauvoir: «Necesitaba charlar con ella, hablarle de mis incertidumbres, mis miedos, mis decepciones». Al terminar aquellas conversaciones, Lanzmann salía «reforzado» gracias a «la conmovedora forma de escuchar que tenía Simone: seria, solemne, atenta, fidedigna». [33] Durante los primeros años tras la muerte de Sartre, Lanzmann veía que Beauvoir estaba cansada de vivir. En varias ocasiones, durante el rodaje del documental, la invitó al estudio donde estaban montando *Shoah* ; le seguía gustando implicarse en sus proyectos, ver partes del filme en el proceso de elaboración.

En 1982, el presidente Mitterrand solicitó a Lanzmann un pase privado de las tres primeras horas del documental. Simone acompañó a Claude al Palacio del Elíseo, donde vio las escenas aún sin subtitular mientras él las iba traduciendo en voz alta desde el pasillo. Al día siguiente, Beauvoir le escribió una carta: «No sé si seguiré viva cuando se estrene tu película». Simone escribió un artículo en la primera plana de *Le Monde* cuando se estrenó, y luego el prólogo del libro. Pero, al día siguiente del pase presidencial, Beauvoir quiso exponer sus pensamientos ante Lanzmann, por si no vivía para ver el estreno del documental:

> Nunca he visto ni he leído nada que transmita de manera tan conmovedora y apasionante el horror de la «solución final»; ni nada que aporte tantas pruebas acerca de su diabólico funcionamiento. Situándose al lado de las víctimas, de los verdugos, de los testigos y cómplices más inocentes o más criminales que los demás, Lanzmann nos hace vivir innumerables aspectos de una experiencia que hasta ahora, a mi entender, parecía inenarrable. Este es un monumento que permitirá a varias generaciones de seres humanos comprender los momentos más siniestros y enigmáticos de su historia. [34]

Aparte de notas como esta (que fueron escritas con la vista puesta en la posteridad), contamos con muy pocos documentos privados sobre los últimos años de Beauvoir. Pero en la década de 1980 concedió varias entrevistas. En una de ellas, Alice Schwarzer le preguntó cómo había logrado seguir siendo independiente y tener al mismo tiempo una relación con Sartre. Simone respondió que siempre había querido tener su propia carrera profesional: «Yo tenía sueños, no fantasías, pero sueños muy audaces, cosas que anhelaba hacer... ¡mucho antes de conocer a Sartre! Para ser feliz tenía que colmar mi vida de satisfacciones. Y mi gran satisfacción era el trabajo». [35] En aquellas entrevistas reveló que tuvo dudas sobre su relación con Sartre durante la aventura con Dolores Vanetti, y lamentaba que aquella relación hubiera causado tanto sufrimiento a terceras partes. Ya había admitido con franqueza, en una entrevista pública, que Sartre no trataba bien a las mujeres. A ella la convirtió en un caso excepcional, en un símbolo... como había hecho ella misma cuando era joven. Pero también la alentó como ninguna otra persona, pues creyó en su potencial incluso cuando a ella misma le costaba verlo. Ninguno de los dos habría llegado a ser lo que fue de no haber sido por su forma de dialogar, de no haber sido por la suma de los actos de ambos.

Seguía dedicando la mayor parte del día a escribir: escribía prólogos e introducciones de libros en los que tenía fe, y escribía también recomendaciones laborales, animaba a las activistas y respondía a la

correspondencia. Ayudaba económicamente a las editoriales feministas y hacía donaciones para los refugios para mujeres. A veces le parecía que su reputación pública se había convertido en la de una «reliquia sagrada» cuyas palabras eran como mandamientos para las nuevas generaciones de mujeres que tenían la energía necesaria para dar los siguientes pasos en busca del cambio. [36]

Dos años después de la muerte de Sartre, Beauvoir estaba satisfecha con su trabajo, pasado y presente, y sus ganas de viajar se reavivaron. Cuando aún se estaba recuperando, Sylvie sugirió un viaje a Nueva York a modo de incentivo... y la cosa funcionó. Desde la década de 1940, Simone tenía sentimientos ambivalentes con respecto a Estados Unidos: en ese país había muchas cosas que le encantaban y otras tantas que detestaba. Cuando en 1983 le otorgaron el Premio Sonning para la Cultura Europea, con una dotación de 23.000 dólares, se sintió preparada para una nueva aventura. Así pues, en julio de ese año ella y Sylvie se embarcaron en el Concorde con destino a Nueva York. Beauvoir no quería llamar la atención, por lo que el editor de Pantheon Books tomó ciertas precauciones. Se reunió con Stépha Gerassi y su hijo John, y con otras amistades más recientes, como la feminista Kate Millett, pero quería que el viaje fuese apacible y personal. No iba a pronunciar conferencias ni a tomar notas.

Pese a sus esfuerzos por pasar inadvertidas, cuando se registraron en el Algonquin Hotel de Nueva York, un periodista de *The New Yorker* las identificó de inmediato. El reportero la llamó a su habitación, pero Beauvoir le dijo sin ambages que no concedía entrevistas telefónicas. Así pues, como el periodista se echó atrás, ella y Sylvie pudieron visitar museos sin que las hostigara nadie: el Metropolitan, el Guggenheim, el MOMA y la Colección Frick, que era el favorito de Beauvoir. Subieron a lo más alto del World Trade Center. Cenaron una noche en Elaine’s, donde les presentaron a Woody Allen y Mia Farrow. Después viajaron por Nueva Inglaterra durante seis semanas, y visitaron el vivero de árboles de Navidad de Kate Millett en Poughkeepsie, donde esta había fundado una comuna de mujeres artistas. Ese vivero fue el escenario del único compromiso profesional de todo el viaje: el rodaje de una conversación con Kate Millett para una serie de televisión sobre *El segundo sexo* . Regresaron a Francia poco después para que Sylvie reanudara sus clases. Beauvoir volvió con montones de libros.

En diciembre de 1983, Beauvoir sufrió una caída: Sylvie la encontró tirada en el suelo, y, como había estado tanto tiempo así, cogió una pulmonía. Se pasó las Navidades y casi todo el mes de enero en el hospital, pero en Semana Santa ya estaba lista para ir a Biarritz. En verano se había recuperado lo bastante para viajar más lejos, por lo que ella y Sylvie volaron a Budapest y viajaron en coche por Austria y Hungría.

Beauvoir seguía siendo la directora de *Les Temps Modernes* en 1985, si bien Claude Lanzmann se ocupaba cada vez más de dirigir la revista. Se reunían en el piso de Beauvoir, donde ella leía propuestas, seleccionaba artículos y corregía pruebas como de costumbre: siguió participando en las reuniones hasta unas pocas semanas antes de su muerte. Claire Etcherelli recordaría que «su presencia física, su fuerza y su autoridad, que la impulsaban a mantener viva la revista», [37] era lo que mantenía unida la junta pese a las muchas dificultades, tanto personales como políticas.

Seguía participando en el movimiento feminista y concediendo entrevistas, y confiaba en que se hiciera una nueva traducción de *El segundo sexo* al inglés: «Una traducción fiel, con su dimensión filosófica y con todas las partes que el señor Parshley juzgó carentes de sentido pero que a mí me parece que sí lo tienen». [38] En una conversación con Margaret Simons, Beauvoir aclaró la confusa afirmación que hizo en *La plenitud de la vida* , según la cual ella no era filósofa:

> No soy filósofa porque no he creado ningún sistema de pensamiento, y sin embargo lo soy porque he estudiado mucha filosofía, tengo un diploma en filosofía, he enseñado filosofía, estoy impregnada de filosofía y, cuando introduzco la filosofía en mis libros, es porque para mí esa es una forma de ver el mundo y no debo permitir que supriman esa cosmovisión. [39]

Siglos antes de Beauvoir, pensadores como Pascal y Kierkegaard dijeron no ser filósofos como Descartes y Hegel porque, en cierto modo, estos olvidaban que ser humano significa que cada persona debe vivir su vida sin conocer su futuro, buscando un sentido que no se puede conocer de antemano. También Beauvoir compartía la idea de que, como la vida no puede entenderse hacia delante, nos devora la ansiedad por lo que llegaremos a ser, tanto para nosotros mismos como a los ojos de los demás. [40] Sin embargo, para muchos contemporáneos de Beauvoir, Pascal y Kierkegaard eran pensadores «subfilosóficos», no porque fuesen mujeres, cosa que evidentemente no eran, sino porque eran religiosos. Las primeras ideas filosóficas de Beauvoir, y su preocupación por evitar el peligro del

egoísmo y la devoción, están escritas en forma de diálogo entre muchos pensadores que tal vez hoy no serían considerados «filósofos» por la misma razón. [41]



ILUSTRACIÓN 14. Imagen del activismo de Beauvoir: debate sobre la mujer y el Estado (París, 15 de mayo de 1984).

En 1985, la salud de Beauvoir se deterioró. Ella lo achacó a las inminentes elecciones de marzo de 1986, pero todos se daban cuenta de que el whisky le estaba pasando factura. A causa de la cirrosis, tenía el abdomen tan distendido que apenas podía mantenerse en pie. Le costaba mucho trabajo caminar, y sus amigos la miraban consternados mientras ella fingía que no le pasaba nada. Sylvie intentaba rebajarle el whisky, pero en esos momentos Simone era una paciente que abominaba de la moderación: seguía sirviéndose más alcohol. Bost no era una buena influencia a ese respecto, por lo que Sylvie recurrió a Lanzmann, quien pensó que Beauvoir tal vez se distraería escribiendo el prólogo de la versión literaria de *Shoah* . Simone aceptó encantada —y escribió también el prólogo de otro libro— pero no dejó de beber.

A principios de 1986, Beauvoir seguía presidiendo las reuniones con amigos, académicos y escritores. Su única concesión a la edad era que las presidía con un albornoz rojo.

En febrero de 1986 vio a Hélène: Simone caminaba con dificultad, pero, aun así, fueron a una galería juntas. Beauvoir elogió con entusiasmo los logros artísticos de su hermana: ese año Hélène esperaba exponer sus obras en California, en la Universidad Stanford, gracias a la financiación del Ministerio francés de Derechos de la Mujer. Pero las elecciones legislativas del 16 de marzo trastocaron sus planes: la ministra, y los fondos, ya no estaban a su disposición. Simone se negó a aceptar la idea de que su hermana no pudiera asistir a su propia exposición, e insistió en pagar ella los gastos. [42]

La tarde noche del 20 de marzo Simone de Beauvoir tuvo calambres abdominales; ella lo achacó al jamón que había tomado para cenar, pero el dolor era tan persistente que Sylvie insistió en llevarla al hospital. Tras varios días sin un diagnóstico claro, los médicos llevaron a cabo una intervención quirúrgica exploratoria. Aparte de la diabetes y el daño arterial, tenía todo lo que había tenido Sartre: cirrosis, retención de fluidos y edema pulmonar. Tras la operación contrajo una pulmonía, por lo que hubo que trasladarla a cuidados intensivos. Permaneció allí dos semanas, durante las cuales intentó convencer a su masajista de que no votara a Jean-Marie Le Pen.

Hélène y Lanzmann estaban en California —ella en su exposición, él recogiendo un premio— cuando recibieron la noticia. Simone había muerto. [43] Falleció a las cuatro de la tarde del 14 de abril, tan solo ocho horas antes del aniversario de Sartre. Tenía setenta y ocho años.

Al día siguiente, cuando se dio a conocer su muerte, el titular de *Le Monde* proclamaba: «Su obra: más divulgación que creación». [44]

# CAPÍTULO 17

## Epílogo: ¿Qué será de Simone de Beauvoir?

Debemos respeto a los vivos; a los muertos solo les debemos la verdad. [1]

VOLTAIRE

*Le Monde* no fue el único periódico que anunció la muerte de Beauvoir con términos sexistas, despreciativos y falsos, estableciendo de esta manera el tono de su vida ultraterrena. Los obituarios de la prensa internacional y de las revistas literarias presentaban a Beauvoir como una mujer que siguió a Sartre hasta en la muerte, pues aun en su fallecimiento ocupó obedientemente el lugar que le correspondía: el segundo. Si en los obituarios de Sartre no se hacía mención alguna de Beauvoir, los de ella en cambio mencionan siempre a Sartre, en ocasiones por extenso, dejando el espacio correspondiente a las obras de Simone de Beauvoir prácticamente en nada.

*The Times* de Londres apostilló que Sartre fue «su gurú»; que cuando estudiaba filosofía en la Soborna había sido «alumna de Brunschvicg, pero [que] en la práctica sus maestros fueron dos compañeros de estudios con los que tuvo aventuras amorosas: René Maheu y Sartre». [2] De hecho, Beauvoir había estudiado *realmente* con Brunschvicg, hizo sus progresos filosóficos sin la ayuda de esos hombres, instruyó a Maheu y a Sartre sobre Leibniz antes del examen oral de la *agrégation* y analizó críticamente casi todo lo que escribió Sartre a lo largo de su vida.

En *The New York Times* leemos que «Sartre encendió sus ambiciones literarias y la indujo a investigar esa opresión que tanta ira y tantas acusaciones provocaba en *Le seconde sexe* ». Sartre sí que encendió sus

ambiciones literarias y no cabe duda de que Beauvoir tenía en muy alta estima a su «amigo incomparable del pensamiento». Pero su libro se titulaba *Le deuxième sexe* , y para entonces ella ya llevaba mucho tiempo desarrollando su filosofía y su análisis de la opresión de las mujeres. *The Washington Post* no solo citó mal el título de la obra, sino que además describió a Beauvoir como la «enfermera de Sartre», la «biógrafa de Sartre», la «desconfiada» mujer de Sartre. [3]

Cabría esperar más justicia de las revistas literarias especializadas, pero no fue así. Las siete páginas que ocupa la entrada «Simone de Beauvoir» en el *Dictionary of Literary Biography Yearbook* están dedicadas tanto a Sartre como a Beauvoir. Se dice que Sartre, verdadero protagonista del artículo, la hacía sentirse «intelectualmente dominada» y que le sugirió la idea de *El segundo sexo* . [4]

En la *Revue de deux mondes* leemos que en su caso «la jerarquía se respeta [hasta en la muerte]: ella es la número dos, la que fallece después de Sartre; [...] como es una mujer, no deja de ser nunca una admiradora incondicional del hombre al que ama». Es una fan, un receptáculo vacío, un ser sin imaginación: «Tiene la misma fantasía que un tintero», decía el articulista. Y no eran estos sus únicos defectos. Mediante su rol en «la familia» Beauvoir limitó y perjudicó a un gran hombre: «La vida de Sartre habría sido distinta sin el infranqueable muro construido en torno a la pareja, sin esa venganza cuidadosamente sostenida». [5]

En 1991, cuando se publicó la traducción al inglés de sus cartas a Sartre, incluidos los pasajes en que habla de sus relaciones sexuales con Bienenfeld y Sorokine, los críticos dijeron que era «una mujer vengativa y manipuladora», no tanto «escandalosa cuanto egocéntrica e insustancial». [6] Claude Lanzmann se opuso en su momento a la publicación de la correspondencia porque Beauvoir y Sartre habían sido en su juventud unos «pretenciosos y competitivos» escritores de cartas, y

> aunque Beauvoir alguna vez hubiera pensado mal de sus allegados, la simple idea de herirlos le resultaba insoportable: nunca faltó a una cita con su madre, con su hermana, con personas ajenas a la familia, si es que había aceptado reunirse con ellas, o con alumnas a las que conocía desde hacía tiempo, porque era sumanente leal a las ideas compartidas en el pasado. [7]

Lanzmann tenía razón: las palabras de Beauvoir hicieron daño. Como la biografía escrita por Deirdre Bair había hecho pública su identidad, Bianca Lamblin escribió su propia biografía, *Memorias de una joven*

*informal* , y acusó a Simone de llevar toda la vida mintiendo. Según ella, estaba siendo «presa de su antigua hipocresía». [8]

Pero es muy triste tener que reducir la vida de Beauvoir a sus peores momentos, a esas momias de yoes muertos que ella tanto lamentaba. Puede que hubiera estado atrapada por su propio pasado, pero también era presa de los prejuicios sociales; su vida es un buen reflejo de la doble moral que encerraba a las mujeres en «la condición femenina» y, sobre todo, del modo en que eran castigadas cuando se atrevían a decir la verdad, cuando reivindicaban la facultad de ser el «ojo que ve» y descubrían los vicios de los hombres.

Sartre fue también objeto de sus críticas, tanto desde el punto de vista personal como desde el filosófico y el político: Beauvoir pensaba que Jean-Paul tenía puntos débiles, y los hizo públicos para que los viera también el resto del mundo. [9] Aun así, decidió ser su amante compañera.

Beauvoir fue enterrada junto a Sartre en el cementerio de Montparnasse, con su turbante rojo, su albornoz rojo y el anillo de Algren. Fue homenajeada por asociaciones de todo el mundo, desde el Partido Socialista francés hasta universidades de Estados Unidos, Australia, Grecia y España. En el funeral, la multitud coreó las palabras de Élisabeth Badinter: «¡Mujeres, se lo debéis todo!».

Puede que exagerasen a causa del dolor, pero Beauvoir fue la primera en admitir que a algunas mujeres sus ideas les parecían «perturbadoras». [10] A los pocos días de su muerte se publicó su último escrito: el prólogo de la novela *Mihloud* . Es una historia de amor entre dos hombres en la cual se plantean cuestiones relativas a la sexualidad y el poder. Al igual que tantos otros libros en los que había colaborado como prologuista, este contaba una historia que no convenía hacer pública: el Holocausto, la tortura y violación de las mujeres argelinas, los esfuerzos del feminismo o la marginación de una lesbiana de mucho talento; es decir, aspectos de la humanidad que muchas personas no se atrevían a afrontar.

Cuando murió, Beauvoir llevaba cuarenta años siendo una celebridad: era tan querida como odiada, tan vilipendiada como idolatrada. [11] Desde entonces se han utilizado algunos episodios de sus primeros años con Sartre como argumento *ad feminam* para socavar su integridad moral, así como los desafíos filosóficos, políticos y personales planteados en sus obras, sobre todo en *El segundo sexo* . Beauvoir había afirmado que los hombres, si querían vivir de acuerdo con los principios de la ética, debían reconocer que

sus actos contribuían a oprimir al resto de la humanidad y hacer algo para enmendarse. Y también había desafiado a las mujeres para que dejasen de creer en el mito de que ser mujer es ser para el hombre. Resulta difícil salir adelante como persona si desde fuera te juzgan de una manera implacable.

Desde dentro, Beauvoir nunca se consideró «un ídolo». En una entrevista con Alice Schwarzer, declaró: «Soy Simone de Beauvoir para otras personas, no para mí misma». [12] Sabía que las mujeres deseaban imitar modelos positivos; a menudo le preguntaban por qué no había creado personajes más animosos, en vez de escribir acerca de mujeres incapaces de estar a la altura de sus ideales feministas. Algunas dijeron ver a Beauvoir en sus personajes femeninos: [13] ¿y si estos no estaban a la altura de sus ideales feministas porque la propia Beauvoir tampoco lo estaba?

Simone respondió que los héroes buenos eran «horribles» y que los libros con esos héroes le parecían aburridos. Una novela, dijo, «es una problemática». Y, según ella, eso era también su propia vida:

> La historia de mi vida es una especie de problemática; yo no quiero ofrecer soluciones a la gente y la gente no tiene derecho a esperar soluciones de mí. Por eso, a veces, me molesta mi «celebridad» —es decir, la atención de la gente—. Hay exigencias que me parecen un tanto estúpidas, porque me aprisionan y me insertan en una especie de bloque de hormigón feminista. [14]

Mientras estuvo viva, las mujeres rechazaron sus ideas simplemente por su *modus vivendi* : porque amaba a demasiados hombres, o amaba al hombre equivocado, o amaba al hombre adecuado pero de forma torpe (aún no sabían lo de sus relaciones lésbicas). La acusaron de dar demasiado poco de sí misma o de dar en exceso, de ser demasiado feminista o no lo bastante. Beauvoir reconoció que su forma de tratar a los demás no siempre había sido irreprochable. Lamentaba profundamente el sufrimiento que su relación con Sartre causaba a *les tiers* , es decir, a los «terceros» contingentes.

Cuando Schwarzer le preguntó si el hecho de que su relación con Sartre fuera el mayor éxito de su vida significaba que realmente habían conseguido mantener una relación basada en la igualdad, Beauvoir contestó que entre ellos nunca había surgido el problema de la desigualdad porque Sartre no tenía «ninguna de las características del opresor». [15] Resulta llamativo que la propia Beauvoir dijera entonces que «si hubiera amado a otra persona que no fuera Sartre», no se habría dejado subyugar. Algunos han interpretado ese comentario como que Beauvoir escapó de la

dominación gracias a su independencia profesional; las feministas se preguntan si obró de mala fe, si Sartre era «el único aspecto sacrosanto de su vida que debía proteger hasta de sus propias críticas». [16]

Hoy en día, no cabe duda de que fue crítica con Sartre, aunque para muchos no lo bastante.

A mediados de la década de 1980, un filósofo estadounidense le dijo a Margaret Simons que estaba molesta con Beauvoir porque en su autobiografía hablaba siempre de «nosotros». ¿Dónde estaba *ella* ? «Había desaparecido por completo.» Pero no había desaparecido. Usaba su voz. Hablaba de «nosotros», pero también decía «yo», porque creía que «se puede estar unida a un hombre y seguir siendo feminista». [17] De hecho, se podía estar unida a varios hombres... y a varias mujeres. Pensaba que lo más importante de ella eran sus pensamientos, y que Sartre era su amigo incomparable. Los críticos de Beauvoir la consideraban una segundona sin imaginación; hasta sus amantes le decían que su libros eran aburridos o que estaban sobrecargados de filosofía; [18] pero Sartre fue, durante gran parte de su vida, su «principal fuente de apoyo», [19] un interlocutor en un encuentro de dos mentes inigualables.

Nunca sabremos cómo fue Beauvoir desde dentro: la vida vivida no se puede reconstruir a partir de la vida narrada. Pero, desde fuera, no debemos olvidar la fuerza con que luchó para llegar a ser ella misma. A veces escribió de manera imperceptible sobre su «yo». En *La fuerza de las cosas* afirma que tenía su propia filosofía relativa al ser y a la nada antes de conocer a Sartre, el hombre que se hizo famoso por escribir, justamente, *El ser y la nada* . Había un «enfrentamiento fundamental entre el ser y la nada que *yo* esbocé en mi diario cuando tenía veinte años, y que he intentado resolver sin éxito en todos mis libros». [20] Pero también dijo que, después de *La invitada* , algo cambió: «Siempre tenía “algo que decir”». [21]

En *Final de cuentas* (1972) hay un pasaje en el que Beauvoir dice explícitamente que prefería compartir la vida con alguien que fuese «muy importante para ella: generalmente Sartre, y en ocasiones Sylvie». Dice a las claras que no establecía distinción alguna entre «yo» y «nosotros» porque, dejando aparte algunos breves períodos, siempre tuvo a alguien con ella. [22] Posteriormente describió la soledad como «una especie de muerte», y se retrató a sí misma como alguien que volvía a la vida cuando sentía «el calor del contacto humano». [23]

A Beauvoir le encantaba la filosofía, pero quería que esta expresara la «realidad palpable», quería «rasgar la red hábilmente tejida de nuestro yo convencional». [24] En muchos casos eligió la literatura como medio ideal para lograrlo porque sus personajes tomaban forma al estar en contacto unos con otros. Nietzsche pensaba que «es imposible instruir en el amor», [25] pero Beauvoir creía que era posible *mostrarlo* . En sus novelas ponía ejemplos concretos de hombres y mujeres que adolecían de falta de reciprocidad. Y en *El segundo sexo* hizo afirmaciones explícitamente filosóficas: que el amor, para ser moral, debe ser recíproco, esto es, que tanto el amado como la amada deben ser reconocidos como seres conscientes y libres; que deben involucrarse en los proyectos vitales del otro y, cuando su amor es sexual, ser vistos como sujetos sexuales, no como objetos.

Cuando Rousseau analiza en términos políticos la historia de la «civilización» en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* , lo que pretende es identificar las desigualdades existentes entre los seres humanos. Cuando en *La genealogía de la moral* Nietzsche mira al pasado para arrojar luz sobre la moralidad del presente, afirma que con la «muerte de Dios» se hace necesaria una «reconsideración de los valores». Beauvoir pensaba que era necesaria una reconsideración filosófica de la *mujer* , y que las mujeres no podrían alcanzar la libertad si no había una revaluación de lo que la «civilización» llamaba amor.

Cuando un filósofo como Platón utiliza una narración literaria para exponer sus ideas, se dice que eso es filosofía. Cuando habla del amor, se dice que es filosofía, incluso si lo hace en un contexto en el que la pederastia es una norma cultural y analiza algo tan absurdo como el cuento de que todos los seres humanos fueron en otro tiempo cuadrúpedos, que hemos sido separados de nuestra otra mitad, y que ahora anhelamos reunirnos con la parte que nos falta. [26]

La vida de Simone de Beauvoir se convirtió en símbolo del éxito para unas mujeres que ya no se contentaban con «soñar a través de los sueños de los hombres». [27] Beauvoir fue «la voz feminista del siglo XX », [28] fue una filósofa cuyo pensamiento modificó claramente las normas legales y la vida de muchas mujeres. Sin embargo, en 2008, en el centenario de su nacimiento, *Le Nouvel Observateur* decidió homenajearla publicando una foto suya desnuda, cuando ella misma había intentado ilegalizar las imágenes explícitas de mujeres.

Desde dentro, Beauvoir se veía como un devenir incesante. Creía que ningún aspecto de su vida mostraba a la verdadera Simone de Beauvoir porque «no hay un solo instante de la vida que concilie todos los momentos que la componen». [29] Toda acción alberga la posibilidad de fracasar, y algunos fracasos solo se hacen manifiestos cuando ya no tienen remedio. El tiempo pasa, los sueños cambian, y el yo está siempre fuera de nuestro alcance. Los momentos singulares en el devenir de Beauvoir fueron extraordinariamente diversos. Pero, si hay una cosa que aprender de la vida de Simone de Beauvoir, es esta: nadie llega a ser uno mismo estando solo.

# BIBLIOGRAFÍA


Algren, Nelson, «Last Rounds in Small Cafés: Remembrances of JeanPaul Sartre and Simone de Beauvoir», Chicago, diciembre de 1980.

—, «People», *Time* , 2 de julio de 1956.

Altman, Meryl, «Beauvoir, Hegel, War», *Hypatia* , vol. 22, n.º 3, 2007, págs. 66-91.

Anónimo, «Views and Reviews», *New Age* , vol. 15-17, 1914.

Arp, Kristana, *The Bonds of Freedom: Simone de Beauvoir's Existentialist Ethics* , Chicago, Open Court, 2001.

Audry, Colette, «Portrait de l'écrivain jeune femme», *Biblio* , vol. 30, n.º 9, noviembre de 1962.

—, «Notes pour un portrait de Simone de Beauvoir», *Les Lettres françaises* , 17-24 de diciembre de 1954.

Aury, Dominique, «Qu'est-ce que l'existentialisme? Escarmouches et patrouilles», *Les Lettres françaises* , 1 de diciembre de 1945.

Bair, Deirdre, *Simone de Beauvoir: A Biography* , Londres, Jonathan Cape, 1990.

Barrett, William, *Irrational Man: A Study in Existential Philosophy* , Nueva York, Doubleday, 1958.

Barron, Marie-Louise, «De Simone de Beauvoir à Amour Digest. Les croisés de l'émancipation par le sexe», *Les lettres françaises* , 23 de junio de 1949.

Baruzi, Jean, *Leibniz: Avec de nombreux textes inédits* , París, Bloud *et al* ., 1909.

Battersby, Christine, «Beauvoir's Early Passion for Schopenhauer: On Becoming a Self», en prensa.

Bauer, Nancy, *Simone de Beauvoir* , *Philosophy* , *and Feminism* , Nueva York, Columbia University Press, 2001.

—, «Introduction» a «Femininity: The Trap», en Simone de Beauvoir, *Feminist Writings* , ed. Margaret A. Simons y Marybeth Timmerman, Urbana, University of Illinois Press, 2015.

Beauvoir, Hélène de, *Souvenirs* , París, Séguier, 1987.

Beauvoir, Simone de (*véase Abreviaturas en las págs. 15-17 para todas las fuentes primarias que se citan en el libro)* .

—, en conversación con Claudine Chonez, «Simone de Beauvoir: Le Deuxième Sexe», «Actualité du livre», 30 de noviembre de 1949, Institut National de l'Audiovisuel, Francia, <https://www.ina.fr/audio/PH806055647/simone-de-beauvoir-le-deuxieme-sexe-audio.html >.

—, entrevista con Madeleine Gobeil, «'The Art of Fiction' No. 35», *Paris Review* , n.º 34, primavera-verano de 1965.

—, entrevista con Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», *Hypatia* , vol. 3, n.º 3, 1989.

Bergson, Henri, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* , Madrid, Torrent, 1925.

—, *La evolución creadora* , Madrid, Espasa-Calpe, 1985.

Blanchet, A., «Les Prix littéraires», *Études* , vol. 284, 1955, págs. 96-100.

Boisdeffre, P. de «'La Revue Littéraire': Deux morts exemplaires, un même refus: Jean Genet et Simone de Beauvoir», *Revue des deux mondes* , 1986, págs. 414-428.

Boulé, Jean-Pierre, *Sartre* , *Self-formation* , *and Masculinities* , Oxford, Berghahn, 2005.

Carter, Angela, «Colette», *London Review of Books* , vol. 2, n.º 19, 2 de octubre de 1980.

Challaye, Félicien, carta a Amélie Gayraud, en *Les Jeunes filles d'aujourd'hui* , París, G. Oudin, 1914.

Chaperon, Sylvie, «The reception of The Second Sex in Europe», *Encyclopédie pour une histoire nouvelle de l'Europe* , 2016.
Charensol, G. «Quels enseignements peut-on tirer des chiffres de tirage de la production littéraire actuelle?», *Informations sociales* , 1957, págs. 36-45.
Churchwell, Sarah, *The Many Lives of Marilyn Monroe* , Nueva York, Picador, 2005.
Cleary, Skye, *Existentialism and Romantic Love* , Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2015.
Cohen-Solal, Annie, *Sartre: A Life* , Londres, Heinemann, 1987 (trad. cast.: *Sartre* , Barcelona, Edhasa, 1987).
Collingnon, A., «Bouches inutiles aux Carrefours», *Opéra* , vol. 31, octubre de 1944.
Conant, James, «Philosophy and Biography», conferencia pronunciada en el simposio «Philosophy and Biography», 18 de mayo de 1999, publicado en línea por la Wittgenstein Initiative, <http://wittgenstein-initiative.com/philosophy-and-biography/ >.
Cottrell, Robert D., *Simone de Beauvoir* , Nueva York, Frederick Ungar, 1975.
Crosland, Margaret, *Simone de Beauvoir: The Woman and Her Work* , Londres, Heinemann, 1992.
Dayan, Josée y Malka Ribowska, *Simone de Beauvoir* , Gallimard, París, 1979.
Deguy, Jacques y Sylvie Le Bon de Beauvoir, *Simone de Beauvoir: Ecrire la liberté* , París, Gallimard, 2008.
Delacourt, Xavier, «Simone de Beauvoir adaptée: Une fidélité plate», *Le Monde* , 1978.
Descartes, René, *Oeuvres de Descartes* , ed. Charles Adam y Paul Tannery, vol. I, París, Cerf, 1897.
Dijkstra, Sandra, «Simone de Beauvoir and Betty Friedan: The Politics of Omission», *Feminist Studies* , vol. 6, n.º 2, verano de 1980.
d'Eaubonne, Françoise, *Une femme nommée Castor* , París, Harmattan, 2008.
Eliot, George, *Middlemarch* , Madrid, Cátedra, 1993.
Emerson, Ralph Waldo, «Considerations by the Way», en *Complete Works* , vol. 6, «The Conduct of Life», 1904.
Fallaize, Elizabeth, *The Novels of Simone de Beauvoir* , Londres, Routledge, 1990.
— (comp.), *Simone de Beauvoir: A Critical Reader* , Londres, Routledge, 1998.
Fouillée, Alfred, *La Liberté et le déterminisme* , 3.ª ed., París, Alcan, 1890.
Francis, Claude y Fernande Gontier, *Les écrits de Simone de Beauvoir* , París, Gallimard, 1979.
Fullbrook, Edward y Kate Fullbrook, *Sex and Philosophy: Rethinking De Beauvoir and Sartre* , Londres, Continuum, 2008.
Galster, Ingrid, *Le Deuxième Sexe de Simone de Beauvoir* , París, Presse universitaire Paris-Sorbonne, 2004.
—, *Beauvoir dans tout ses états* , París, Tallandier, 2007.
—, «Simone de Beauvoir et Radio-Vichy: A propos de quelques scénarios retrouvés», *Romanische Forschungen* , vol. 108, n.º 1-2, 1996.
—, «"The limits of the abject": The Reception of The Second Sex in 1949», en Laura Hengehold y Nancy Bauer (comps.), *A Companion to Simone de Beauvoir* , Oxford, Wiley-Blackwell, 2017.
Garcia, Manon, *On ne naît pas soumise, on le devient* , París, Flammarion, 2018.
Gayraud, Amélie, *Les Jeunes filles d'aujourd hui* , París, G. Oudin, 1914.
Germain, Rosie, «Reading The Second Sex in 1950s America», *The Historical Journal* , vol. 56, n.º 4, 2013, págs. 1041-1062.
Gerassi, John, *Jean-Paul Sartre: Hated Conscience of His Century* , vol. 1, Londres, University of Chicago Press, 1989.
—, *Talking with Sartre: Conversations and Debates* , New Haven, Yale University Press, 2009.
Gheerbrant, Jacqueline e Ingrid Galster, «Nous sentions un petit parfum de soufre...», *Lendemains* , vol. 94, 1999.

Giardina, Carol, *Freedom for Women: Forging the Women's Liberation Movement, 1953-1979* , Gainesville, University Press of Florida, 2010.
Gide, André, *The Journals of André Gide* , Nueva York, Knopf, 1948, vol. II: 1914-1927 (trad. cast.: *Diario* , Barcelona, Alba, 2013).
Gines, Kathryn T., «Comparative and Competing Frameworks of Oppression in Simone de Beauvoir's The Second Sex», *Graduate Faculty Philosophy Journal* , vol. 35, n.º 1-2, 2014.
Grell, Isabelle, *Les Chemins de la liberté de Sartre: genèse et écriture (1938-1952)* , Berna, Peter Lang, 2005.
Guidette-Georis, Allison, «Georges Sand et le troisième sexe», *Nineteenth Century French Studies* , vol. 25, n.º 1-2, 1996, págs. 41-49.
Gutting, Gary, *Thinking the Impossible: French Philosophy Since 1960* , Oxford, Oxford University Press, 2011.
Heilbrun, Carolyn, *Writing a Woman's Life* , Londres, The Women's Press, 1988.
Heller, Richard, «The Self-Centered Love of Madame Yak-Yak», *The Mail on Sunday* , 1 de diciembre de 1991.
Hengehold, Laura y Nancy Bauer (comps.), *A Companion to Simone de Beauvoir* , Oxford, Wiley-Blackwell, 2017.
Hirschman, Sarah, «Simone de Beauvoir, professeur de lycée», *Yale French Studies* , vol. 22, 1958-1959.
Hoog, Armand, «Madame de Beauvoir et son sexe», *La Nef* , agosto de 1949.
hooks, bell, «True Philosophers, Beauvoir and bell», en Shannon M. Mussett y William S. Wilkerson (comps.), *Beauvoir and Western Thought from Plato to Butler* , *Albany* , Nueva York, SUNY Press, 2012.
Horvath, Brooke, *Understanding Nelson Algren* , Columbia, SC, University of South Carolina Press, 2005.
Jannoud, Claude, «L'Œuvre, Une vulgarisation plus qu'une création», *Le Monde* , 15 de abril de 1986.
Jansiti, Carlo, *Violette Leduc* , París, Grasset, 1999.
Jeannelle, Jean-Louis y Eliane Lecarme-Tabone, «Introduction», en Simone de Beauvoir, *Mémoires* , vol. 1, ed. Jean-Louis Jeannelle y Eliane Lecarme-Tabone, Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, 2018.
Jeanson, Francis, *Simone de Beauvoir ou l'entreprise de vivre* , París, Seuil, 1966.
Joyaux, G. J. «Les problèmes de la gauche intellectuelle et Les Mandarins de Simone de Beauvoir», *Kentucky Foreign Language Quarterly* , vol. 3, 1956.
Kaplan, Gisela, *Contemporary Western European Feminism* , Londres, UCL Press, 1992.
Kluckholm, Clyde, «The Female of our Species», *New York Times Book Review* , 22 de febrero de 1953.
Kristeva, Julia y Philippe Sollers, *Marriage as a Fine Art* , Nueva York, Columbia University Press, 2016.
Kristeva, Julia, Pascale Fautrier, Pierre-Louis Fort y Anne Strasser (comps.), *(Re)Découvrir l'oeuvre de Simone de Beauvoir* , *Du Dexuième Sexe à La Cérémonie des Adieux* , París, Le Bord de L'eau, 2008.
Kruks, Sonia, *Situation and Human Existence, Freedom, Subjectivity, and Society* , Londres, Unwin Hyman, 1990.
Kunda, Z. y R. Sanitioso, «Motivated Changes in the Self-concept», *Journal of Experimental Social Psychology* , vol. 25, 1989, págs. 272-285.
Lacoin, Elisabeth, *Zaza* , *Correspondence et carnets d'Elisabeth Lacoin (1914-29)* , París, Seuil, 1991.

Lacroix, Jean, *Maurice Blondel. Sa vie , son oeuvre, avec un exposé de sa philosophie* , París, Presses Universitaires de France, 1963.
—, «Charité chrétienne et justice politique», *Esprit* , febrero de 1945.
Lagneau, Jules, *De l'existence de Dieu* , París, Alcan, 1925.
Lamblin, Bianca, *A Disgraceful Affair* , Boston, Northeastern University Press, 1996 (ed. fr. 1993; trad. cast.: *Memorias de una joven informal* , Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995).
Lanzmann, Claude, *The Patagonian Hare: A Memoir* , Londres, Atlantic Books, 2012 (trad. cast.: *La liebre de la Patagonia* , Barcelona, Seix Barral, 2011).
—, «Le Sherpa du 11bis», en Julia Kristeva, Pascale Fautrier, Pierre-Louis Fort y Anne Strasser (comps.), *(Re)Découvrir l'oeuvre de Simone de Beauvoir , Du Deuxième Sexe à La Cérémonie des Adieux* , París, Le Bord de L'eau, 2008.
Laubier, Claire (comp.), *The Condition of Women in France , 1945-Present , A Documentary Anthology* , Londres, Routledge, 1990.
Le Bon de Beauvoir, Sylvie, «Chronologie», en Simone de Beauvoir, *Mémoires* , vol. 1, ed. Jean-Louis Jeannelle y Eliane Lecarme-Tabone, Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, 2018.
—, «Avant-propos», Simone de Beauvoir y Jacques-Laurent Bost, *Correspondence croisée* , París, Gallimard, 2004.
—, entrevista con Magda Guadalupe dos Santos, «Interview avec Sylvie Le Bon de Beauvoir», *Sapere Aude* , Belo Horizonte, vol. 3, n.º 6, 2.º semestre de 2012, págs. 357-365.
Lecarme-Tabone, Eliane, «Simone de Beauvoir's "Marguerite" as a Possible Source of Inspiration for Jean-Paul Sartre's "The Childhood of a Leader"», en Christine Daigle y Jacob Golomb, *Beauvoir & Sartre , The Riddle of Influence* , Bloomington, Indiana University Press, 2009.
Le Doeuff, Michèle, *Hipparchia's Choice, An Essay Concerning Women and Philosophy* , Nueva York, Columbia University Press, 2007.
Lee, Hermione, *Virginia Woolf* , Londres, Vintage, 1997.
Lejeune, Philippe, *Le pacte autobiographique* , París, Seuil, 1975.
Lennon, Kathleen, *Imagination and the Imaginary* , Londres, Routledge, 2015.
Lessing, Doris, «Introduction» a *The Mandarins* , Londres, Harper Perennial, 2005.
Lundgren-Gothlin, Eva, *Sex and Existence , Simone de Beauvoir's 'The Second Sex'* , Hanover, NH, Wesleyan University Press, 1996.
Macey, David, *Franz Fanon, A Biography* , Londres, Verso Books, 2012.
Martin, Andy, «The Persistence of "The Lolita Syndrome"», *The New York Times* , 19 de mayo de 2013, <https://opinionator.blogs.nytimes.com/2013/05/19/savile-beauvoir-and-the-charms-of-the-nymph/ >.
Martin Golay, Annabelle, *Beauvoir intime et politique, La fabrique des Mémoires* , Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2013.
Mauriac, François, «Demande d'enquête», *Le Figaro* , 30 de mayo de 1949.
Maza, Sarah, *Violette Nozière, A Story of Murder in 1930s Paris* , Los Ángeles, University of California Press, 2011.
Mead, Margaret, «A SR Panel Takes Aim at 'The Second Sex'», *Saturday Review* , 21 de febrero de 1953.
Merleau-Ponty, Maurice, «Metaphysics and the Novel», en *Sense and nonsense* , Evanston, IL, Northwestern University Press, 1991 (trad. cast.: «La metafísica y la novela», en *Sentido y sinsentido* , Barcelona, Península, 1977).
Moi, Toril, *Simone de Beauvoir. The Making of an Intellectual Woman* , Oxford, Oxford University Press, 2008.
—, «While We Wait, The English Translation of *The Second Sex*», *Signs* , vol. 27, n.º 4, 2002, págs. 1005-1035.

Mussett, Shannon M. y William S. Wilkerson (comps.), *Beauvoir and Western Thought from Plato to Butler* , Albany, State University of New York Press, 2012.
Myrdal, Gunnar, Richard Sterner y Arnold Rose, *An American Dilemma* , *The Negro Problem and Modern Democracy* , Nueva York, Harper, 1944.
Nouchi, Franck, «L'exil américain des lettres d'amour de Simone de Beauvoir à Claude Lanzmann», *Le Monde* , 19 de enero de 2018.
Parshley, Howard, «Introduction» a *The Second Sex* , Nueva York, Random House, Vintage, 1970.
Pattison, George y Kate Kirkpatrick, *The Mystical Sources of Existentialist Thought* , Abingdon, Routledge, 2018.
Radford, C. B., «Simone de Beauvoir, Feminism's Friend or Foe?», segunda parte, *Nottingham French Studies* , vol. 7, mayo de 1968.
Rolo, Charles J., «Cherchez la femme», *The Atlantic* , abril de 1953.
Rouch, Marine, «"Vous êtes descendue d'un piédestal", une appropriation collective des Mémoires de Simone de Beauvoir par ses lectrices (1958-1964)», *Littérature* , vol. 191, septiembre de 2018.
Rousseaux, André, «Le Deuxième Sexe», *Le Figaro littéraire* , 12 de noviembre de 1949.
Rowbotham, Sheila, «Foreword» a *The Second Sex* , Londres, Vintage, 2009.
Rowley, Hazel, *Tête-à-tête* , *The Lives and Loves of Simone de Beauvoir and Jean-Paul Sartre* , Londres, Vintage, 2007 (trad. cast.: *Sartre y Beauvoir: la historia de una pareja* , Barcelona, Lumen, 2006).
Rubenstein, Diane, «"I hope I am not fated to live in Rochester", America in the Work of Beauvoir», *Theory & Event* , vol. 15, n.º 2, 2012.
Rudman, Laurie A., Corinne A. Moss-Racusin, Julie E. Phelan y Sanne Nauts, «Status Incongruity and Backlash Effects, Defending the Gender Hierarchy Motivates Prejudice against Female Leaders», *Journal of Experimental and Social Psychology* , vol. 48, 2012, págs. 165-179.
Saint-Bris, Gonzague de y Vladimir Fedorovksi, *Les Egéries Russes* , París, Lattès, 1994 (trad. cast.: *Las musas rusas* , Barcelona, Península, 1995).
Sanitioso, R., Z. Kunda y G. T. Fong, «Motivated Recruitment of Autobiographical Memories», *Journal of Personality and Social Psychology* , vol. 59, 1990, págs. 229-241.
Sanitioso, R. y R. Wlordarski, «In Search of Information that Confirms a Desired Self-perception, Motivated Processing of Social Feedback and Choice of Social Interactions», *Personality and Social Psychology Bulletin* , vol. 30, 2004, págs. 412-422.
Sanos, Sandrine, *Simone de Beauvoir* , *Creating a Feminist Existence in the World* , Oxford, Oxford University Press, 2017.
Sartre, Jean-Paul, *Écrits de jeunesse* , París, Gallimard, 1990.
—, *Cuadernos de guerra* , Barcelona, Edhasa, 1987.
—, *Carnets de la drôle de guerre* , París, Gallimard, 1995.
—, *El ser y la nada* , Buenos Aires, Losada, 2017.
Sartre, Jean-Paul, Michel Contat y Alexandre Astruc, *Sartre by Himself* , Nueva York, Urizen Books, 1978.
Schwarzer, Alice, *After the Second Sex, Conversations with Simone de Beauvoir* , Nueva York, Pantheon Books, 1984.
—, *Simone de Beauvoir Today* , *Conversations 1972-1982* , Londres, Hogarth Press, 1984.
Sevel, Geneviève, «Je considère comme une grande chance d'avoir pu recevoir son enseignement», *Lendemains* , vol. 94, 1999.
Simons, Margaret A., *Beauvoir and «The Second Sex»* , *Feminism* , *Race* , *and the Origins of Existentialism* , Nueva York, Rowman & Littlefield, 2001.

—, «Introduction» a Simone de Beauvoir, *Philosophical Writings* , ed. Margaret A. Simons, Marybeth Timmerman y Mary Beth Mader, Chicago, University of Illinois Press, 2004.
—, «Introduction» a Simone de Beauvoir, *Feminist Writings* , ed. Margaret A. Simons y Marybeth Timmerman, Urbana, University of Illinois Press, 2015.
—, «Introduction» a «Literature and Metaphysics», en Simone de Beauvoir, *Philosophical Writings* , ed. Margaret A. Simons, Marybeth Timmerman y Mary Beth Mader, Chicago, University of Illinois Press, 2004.
—, «Beauvoir's Ironic Sacrifice; or Why Philosophy is Missing from her Memoirs», en prensa.
Simons, Margaret A. (comp.) *The Philosophy of Simone de Beauvoir* , *Critical Essays* , Bloomington, Indiana University Press, 2006.
Simons, Margaret A. y Hélène N. Peters, «Introduction» a «Analysis of Bernard's "Introduction"», Beauvoir, *Philosophical Writings* , ed. Margaret Simons, Marybeth Timmerman y Mary Beth Mader, Chicago, University of Illinois Press, 2004.
Spiegelberg, Herbert, *The Phenomenological Movement* , *A Historical Introduction* , vol. 2, La Haya, Springer, 2013.
Tidd, Ursula, *Simone de Beauvoir* , Londres, Reaktion, 2009.
—, «Some Thoughts on an Interview with Sylvie Le Bon de Beauvoir», *Simone de Beauvoir Studies* , vol. 12, 1995.
*Time* , «Existentialism», 28 de enero de 1946, págs. 28-29.
*Times* , *The* (Londres), «Simone de Beauvoir», 15 de abril de 1986, pág. 18.
Viellard-Baron, Jean-Louis, «Présentation» de Jean Baruzi, *L'Intelligence Mystique* , París, Berg, 1985.
Vintges, Karen, «Introduction» a «Jean Paul Sartre», en *Philosophical Writings* , ed. Margaret A. Simons, Marybeth Timmerman y Mary Beth Mader, Chicago, University of Illinois Press, 2004.
—, «Simone de Beauvoir, A Feminist Thinker for the Twenty-First Century», en Margaret A. Simons (comp.), *The Philosophy of Simone de Beauvoir* , Bloomington, IN, Indiana University Press, 2006.
Voltaire, «Première Lettre sur Oedipe», en *Œuvres complètes* , vol. 1, Kehl, Imprimerie de la Société littéraire typographique, 1785.
Waelhens, A. de, reseña de Francis Jeanson, «Le problème moral et la pensée de Sartre», en *Revue Philosophique de Louvain* , vol. 10, 1948.
Wahl, Jean, *Petite histoire de «l'existentialisme»* , París, Éditions Club Maintenant, 1947.
Webber, Jonathan, *Rethinking Existentialism* , Oxford, Oxford University Press, 2018.
Woolf, Virginia, *Una habitación propia* , Barcelona, Austral, 2016.
—, *Tres guineas* , Barcelona, Lumen, 2013.
Wright Mills, C., *The Power Elite* , Oxford, Oxford University Press, 2000 (trad. cast.: *La élite del poder* , México, Fondo de Cultura Económica, 1975).

# AGRADECIMIENTOS

Es difícil saber cuándo comenzó la gestación de este libro... y cuándo dejar de dar las gracias a la gente por las aportaciones que lo hicieron posible. Por encender y avivar mi amor a la filosofía y a la literatura francesa quisiera dar las gracias a Françoise Bayliss, Randall Morris, Meg Werner, Pamela Sue Anderson, Jeanne Treuttel, Michèle Le Doeuff, George Pattison y Marcelle Delvaux-Abbott, así como a mi familia.

Este libro constituye mi retrato de Beauvoir, pero se basa en los estudios e investigaciones de muchos especialistas. En particular me gustaría mostrar mi gratitud a Margaret Simons y a todos los traductores, revisores y redactores del proyecto Beauvoir Research Series publicado por University of Illinois Press, así como a Michèle Le Doeuff, Elizabeth Fallaize, Sonia Kruks, bell hooks, Nancy Bauer, Stella Sandford, Meryl Altman, Toril Moi, Tove Pettersen y Barbara Klaw. Agradezco los generosos análisis de los miembros de la International Simone de Beauvoir Society, que me dejaron entrever sus «Beauvoirs» y enriquecieron la mía.

Doy las gracias a Aaron Gabriel Hughes por su inestimable ayuda a la hora de localizar oscuras reseñas francesas; a Emily Herring, por resucitar la *bergsonmanía* ; a Marine Rouch por compartir conmigo las cartas que le dirigieron las lectoras a Beauvoir; a la Biblioteca Beinecke de Libros y Manuscritos Raros de la Universidad de Yale; a Eric Legendre, de los archivos Gallimard; a Jean-Louis Jeannelle por los artículos de prensa y por aquella conversación sobre las fuentes documentales; y en especial a Sylvie Le Bon de Beauvoir por concederme entrevistas para este libro y responder a todas mis preguntas.

*Convertirse en Beauvoir* no existiría de no ser por el entusiasmo inicial de Liza Thompson, de la editorial Bloomsbury, y no sería lo que es sin sus perspicaces comentarios: estoy en deuda con ella tanto por su fervor como por sus críticas. Vaya mi reconocimiento también para Daisy Edwards, Lucy Russell y Kealey Rigden, de Bloomsbury, por su participación en el

proyecto. Por leer el manuscrito durante su desarrollo extiendo mi agradecimiento a los anónimos revisores de Bloomsbury, así como a Clare Carlisle y Suzannah Lipscomb.

Por su interés y apoyo en distintas fases de este proyecto doy las gracias a mis alumnos y colegas de la Universidad de Oxford y del King's College de Londres.

Todo escritor sabe que publicar un libro es tarea de muchos, y me siento feliz de contar con un grupo tan maravilloso de amigos y familiares: estoy agradecida especialmente a Sophie Davies-Jones, Melanie Goodwin, Phyllis Goodwin, Suzie y Tom, Naomi y Joseph, Mary y Ard, y Angela y Simon.

Por último, vaya mi agradecimiento para mis creativos e inspiradores hijos —cuya jocosa pregunta, «¿Simone de Beauvoir?, ¿y esa quién es?», se convirtió en todo un lema— y a mi marido: *vous et nul autre* .

## Créditos de las ilustraciones

**1.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**2.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**3.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**4.** Foto: Frédéric Hanoteau/Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**5.** Foto: Frédéric Hanoteau/Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**6.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**7.** Robert Doisneau, Gamma-Legends Collection y Getty Images.
**8.** Robert Doisneau, Gamma-Legends Collection y Getty Images.
**9.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**10.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**11.** Bettmann, Bettmann Collection y Getty Images.
**12.** Collection Sylvie Le Bon de Beauvoir, © Diffusion Gallimard.
**13.** Jacques Pavlovsky, Sygma Collection y Getty Images.
**14.** Eric Bouvet, Gamma-Rapho Collection y Getty Images.

# NOTAS

## Introducción. ¿Quién es Simone de Beauvoir?

1 . DEF 266, 28 de mayo de 1927.

2 . Véase Toril Moi, *Simone de Beauvoir: The Making of an Intellectual Woman* , 2.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 2008, pág. 26.

3 . Claude Jannoud, «L'Œuvre: Une vulgarisation plus qu'une création», *Le Monde* , 15 de abril de 1986.

4 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , pág. 27.

5 . Simone de Beauvoir, «El existencialismo y la sabiduría de los pueblos», en EF.

6 . Sandrine Sanos, *Simone de Beauvoir: Creating a Feminist Existence in the World* , Oxford, Oxford University Press, 2017, pág. 118.

7 . ESS 3.

8 . DEF 57, 7 de agosto de 1926.

9 . FC 288.

10 . Henri Bergson, *Time and Free Will: An Essay on the Immediate Data of Consciousness* , Nueva York, Dover, 2001, pág. 178.

11 . Ovidio, *Las tristes* , III, citado en Descartes (carta a Mersenne), abril de 1634, *Œuvres de Descartes* , ed. Charles Adam y Paul Tannery, vol. 1, París, Certf, 1897, págs. 285-286.

12 . PV 22.

13 . Annie Cohen-Solal, *Sartre: A Life* , Londres, Heinemann, 1987, pág. 86 (trad. cast.: *Sartre* , Barcelona, Edhasa, 1987).

14 . < http://www.bbc.com/culture/story/20171211-were-sartre-and-de-beauvoir-the-worlds-first-modern-couple >.

15 . Citado por Madeleine Gobeil en una entrevista con Simone de Beauvoir, «‘The Art of Fiction’ No. 35», *Paris Review* , n.º 34, primavera-verano de 1965.

16 . Hazel Rowley, *Tête-à-tête: The Lives and Loves of Simone de Beauvoir and Jean-Paul Sartre* , Londres, Vintage, 2007, pág. IX (trad. cast: *Sartre y Beauvoir* , Barcelona, Lumen, 2006).

17 . MJF 344.

18 . Beauvoir, citada en Simone de Beauvoir, Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», *Hypatia* , vol. 3, n.º 3, 1989, pág. 13.

19 . Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today: Conversations 1972-1982* , Londres, Hogarth Press, 1984, pág. 13.

20 . Todas las fechas de publicación que aparecen en este párrafo hacen referencia a las primeras ediciones francesas.

21 . Como señala Margaret Simons, la traducción inglesa de las cartas de Beauvoir a Sartre no mejoró mucho las cosas: se suprimió una tercera parte del material disponible en francés. Solo entre noviembre y diciembre de 1939, se eliminaron 38 referencias a *La invitada* . (Véase Margaret Simons, «Introducción», EF 5.)

22 . Las cartas se pueden consultar en la Biblioteca Beinecke de Libros y Manuscritos Raros de la Universidad de Yale.

23 . PV 8.

24 . Robert D. Cottrell, *Simone de Beauvoir* , Nueva York, Frederick Ungar, 1975, pág. 95.

25 . «Elle est incapable d’inventer, de s’oublier.» En P. de Boisdeffre, «‘La Revue Littéraire’: Deux morts exemplaires, un même refus: Jean Genet et Simone de Beauvoir», *Revue des deux mondes* , 1986, págs. 414-428.

26 . SS 166.

27 . DEF 77, 21 de agosto de 1926.

28 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , trad. Julie Plovnick, Boston, Northeastern University Press, 1996 (ed. fr. 1993), pág. 161 (trad. cast.: *Memorias de una joven formal* , Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1995).

29 . CJ 758, 2, 3 y 4 de septiembre de 1929, «l’ami incomparable de ma pensée».

30 . SdB a Nelson Algren (NA), 8 de agosto de 1948, CNA 208.

31 . Virginia Woolf, *A Room of One's Own* , en *A Room of One's Own/Three Guineas* , Londres, Penguin Classics, 2000, pág. 32 (trad. cast.: *Una habitación propia* , Barcelona, Austral, 2016).

32 . William Barrett, *Irrational Man: A Study in Existential Philosophy* , Nueva York, Doubleday, 1958, págs. 231-232.

33 . «Simone de Beauvoir», *The Times* (Londres), 15 de abril de 1986, pág. 18. The Times Digital Archive Online, 24 de marzo de 2018.

34 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir: A Biography* , Londres, Jonathan Cape, 1990, pág. 514.

35 . < https://www.the-tls.co.uk/articles/private/sartres-sex-slave/ >.

36 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , págs. 44-45.

37 . Ibíd., pág. 39.

38 . bell hooks, «True Philosophers: Beauvoir and bell», en Shannon M. Mussett y William S. Wilkerson (comps.), *Beauvoir and Western Thought from Plato to Butler* , Albany, Nueva York, SUNY Press, 2012, pág. 232.

39 . Hazel Rowley, *Tête-à-tête* , *op. cit* ., pág. 13.

40 . Elizabeth Bachner, «Lying and Nothingness: Struggling with Simone de Beauvoir's Wartime Diary, 1939-41», *Bookslut* , noviembre de 2008.

41 . Richard Heller, «The Self-centred Love of Madame Yak-yak», *The Mail on Sunday* , 1 de diciembre de 1991, pág. 35.

42 . Edición de 1978 de *Le Petit Robert* . Véase el prólogo de «Everyday Sexism», notas, FW 241.

43 . bell hooks, «True Philosophers: Beauvoir and bell», pág. 231.

44 . Sarah Churchwell, *The Many Lives of Marilyn Monroe* , Nueva York, Picador, 2005, pág. 33.

45 . François Mauriac, «Demande d'enquête», *Le Figaro* , 30 de mayo de 1949. Véase Ingrid Galster, *Le Deuxième Sexe de Simone de Beauvoir* , París, Presse Universitaire Paris-Sorbonne, 2004, pág. 21. Beauvoir analiza la reacción a la publicación de este pasaje en FC 197.

46 . Por ejemplo, en el análisis de Stuart Mill sobre la imparcialidad y el mandamiento de «amarás al prójimo como a ti mismo» en el capítulo 2 de *El utilitarismo* (Madrid, Alianza, 2014).

47 . Laurie A. Rudman, Corinne A. Moss-Racusin, Julie E. Phelan y Sanne Nauts, «Status Incongruity and Backlash Effects: Defending the Gender Hierarchy Motivates Prejudice against Female Leaders», *Journal of Experimental and Social Psychology* , vol. 48, 2012, págs. 165-179.

48 . Para la psicología, véanse Z. Kunda y R. Sanitioso, «Motivated Changes in the Self-concept», *Journal of Experimental Social Psychology* , vol. 25, 1989, págs. 272-285; R. Sanitioso, Z. Kunda y G. T. Fong, «Motivated Recruitment of Autobiographical Memories», *Journal of Personality and Social Psychology* , vol. 59, 1990, págs. 229-241; R. Sanitioso y R. Włordarski, «In Search of Information that Confirms a Desired Self-perception: Motivated Processing of Social Feedback and Choice of Social Interactions», *Personality and Social Psychology Bulletin* , vol. 30, 2004, págs. 412-422.

49 . Voltaire, «Première Lettre sur Oedipe», en *Œuvres* , vol. 1, 1785.

50 . Carolyn Heilbrun, *Writing a Woman’s Life* , Londres, The Women’s Press, 1988, pág. 30 (trad. cast.: *Escribir la vida de una mujer* , Madrid, Megazul, 1994).

51 . Por ejemplo, las biografías psicoanalíticas o marxistas pretenden comprender a los seres humanos mediante las experiencias más significativas de la infancia o por medio de las estructuras económicas y sociales. Véase James Conant, «Philosophy and Biography», conferencia pronunciada en un simposio sobre «Filosofía y biografía» el 18 de mayo de 1999.

52 . SO 39.

53 . EA 20.

54 . ESS 88.

55 . PC 120.

56 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 13.

57 . SdB a S, 24 de abril de 1947, CS 451.

58 . «Una historia que solía contarme a mí misma», BI 159.

59 . DES 297, 29 de julio de 1927.

60 . Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 86; DEF 296, 29 de julio de 1927.

61 . Virginia Woolf, «Not One of Us», octubre de 1927, CE IV, pág. 20, citado por Hermione Lee, *Virginia Woolf* , Londres, Vintage, 1997, pág. 773, n. 42.

## 1. Crecer como una niña

1 . La ortografía original del certificado de nacimiento es «Simonne».

2 . Aunque la dirección de la familia era el 103 del bulevar Montparnasse, según Hélène de Beauvoir el piso estaba en el lado del edificio que da al bulevar Raspail. Véase SdB a Deirdre Bair, citado en Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 620, n. 18.

3 . Bair escribió que la historia de los Bertrand de Beauvoir se remontaba al siglo XII , a uno de los fundadores de la Universidad de París y discípulo de San Anselmo, y que se consideraban miembros de la nobleza menor. En mi entrevista con Sylvie Le Bon de Beauvoir, esta lo negó y corroboró la versión de Hélène de Beauvoir, *Souvenirs* (HdB, pág. 14). En lo referente a la infancia de Beauvoir nos basamos en MJF, MMD, Bair, la biografía de Hélène de Beauvoir, *Souvenirs* , París, Séguier, 1987, y la «Cronología» de Sylvie Le Bon de Beauvoir en MPI.

4 . MJF 37.

5 . Véase Sylvie Le Bon de Beauvoir, «Chronologie», MPI V; con respecto al relato de Bair (basado en entrevistas con SdB y HdB) del encuentro de los padres, véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , págs. 27-30.

6 . Simone de Beauvoir, citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 620, n. 19.

7 . MJF 37.

8 . MJF 42.

9 . HdB, *Souvenirs* , pág. 13.

10 . MJF 24-25 y 75.

11 . HdB, *Souvenirs* , pág. 16.

12 . MJF 23.

13 . MJF 36 y 51.

14 . HdB, *Souvenirs* , pág. 44.

15 . HdB, *Souvenirs* , pág. 58.

16 . MJF 43.

17 . SLBdB, «Chronologie», 1915, MPI LVII. En *Memorias de una joven formal* , Beauvoir no menciona este relato, sino que presenta la *nouvelle La famille cornichon* , de 89 páginas, como su primera narración (escrita en octubre de 1916, cuando contaba ocho años). Han sobrevivido otras obras de su infancia pero no se ha publicado ninguna de ellas, ni siquiera la que dedicó a su hermana, *Histoire de Jeannot Lapin* (1917-1918, 44 páginas escritas a mano). Beavouir escribió en esos años «Contes et histoires variées» (1918-1919, 19 páginas); «En vacances. Correspondance de deux petites amies» (junio de 1919, 23 páginas).

18 . MJF 61.

19 . En MJF la llama Elisabeth Mabille para proteger su identidad.

20 . Hélène de Beauvoir, citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 133.

21 . MJF 114.

22 . DEF 67, 16 de agosto de 1926.

23 . MMD 33.

24 . MJF 38.

25 . MJF 41-42.

26 . MJF 41.

27 . Citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 47.

## 2. La joven formal

1 . MJF 72.

2 . MJF 106.

3 . MJF 16.

4 . MJF 71.

5 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 51.

6 . Hélène de Beauvoir, citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 58.

7 . MJF 97.

8 . MJF 131.

9 . MMD 35.

10 . Thion de la Chaume, citado en HdB, *Souvenirs* , pág. 27.

11 . MJF 66.

12 . MJF 29.

13 . MJF 30.

14 . MJF 55.

15 . «Entretiens avec Simone de Beauvoir» [1965], en Francis Jeanson, *Simone de Beauvoir ou l'entreprise de vivre* , París, Seuil, 1966, citado en Deguy y Le Bon de Beauvoir, *Simone de Beauvoir: Ecrire la liberté* , París, Gallimard, 2008, pág. 99.

16 . MJF 121.

17 . MJF 36.

18 . SLBdB, «Chronologie», MPI LIX . Françoise de Beauvoir le regaló a Simone un ejemplar en julio de 1919.

19 . SdB, entrevista con Madeleine Gobeil, «‘The Art of Fiction’ No. 35», *Paris Review* , vol. 34, primavera-verano de 1965.

20 . MJF 85.

21 . MJF 109.

22 . Cuando Beauvoir leyó la segunda parte de *Mujercitas* , en la que Laurie se casa con Amy, arrojó el libro contra la pared; cuando Jo March se casa con un viejo profesor y «tapa el tintero» para abrir una escuela, Beauvoir escribió que «esa intrusión» le molestó mucho (MJF 104-105; también se refiere a ello en ESS).

23 . DEF 63, 12 de agosto de 1926.

24 . MJF 140.

25 . Véase MMD 36-37.

26 . MJF 166.

27 . MJF 131.

28 . SO 10-11.

29 . HdB, *Souvenirs* , pág. 29.

30 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 55.

31 . MMD 35.

32 . MJF 57.

33 . ESS 320.

34 . MJF 92.

35 . Véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , págs. 79-80.

36 . ESS 378.

37 . HdB, *Souvenirs* , pág. 36.

38 . MJF 176.

39 . MJF 121.

40 . Véase, por ejemplo, CJ 744, 3 de agosto de 1929.

41 . Véase MJF 152.

42 . De Félicien Challaye a Amélie Gayraud, en Amélie Gayraud, *Les Jeunes filles d'aujourd'hui* , París, G. Oudin, 1914, págs. 281-283.

43 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 90.

44 . MJF 157.

45 . MJF 158.

46 . Véase MJF 101-102 y 107.

47 . MJF 160.

48 . Ibíd.

49 . Claude Bernard, *Introduction to the Study of the Experimental Medicine* , pág. 85, citado en Margaret Simons y Hélène N. Peters, «Introduction» a «Analysis of Bernard's "Introduction"», Beauvoir, EF 19 (trad. cast.: *Introducción al estudio de la medicina experimental* , Barcelona, Crítica, 2005).

50 . Claude Bernard, *Introduction to the Study of the Experimental Medicine* , págs. 37-39 y 73, citado en ibíd.

51 . En francés: «On ne naît pas libre, il le devient». Estas palabras se citan en el libro de texto que utilizaba Beauvoir: Charles Lahr, S. J., *Manuel de philosophie résumé du cours de philosophie* , París, Beauchesne, 1920, pág. 366. La misma frase («el ser humano no nace libre, sino que se hace libre») se suele atribuir a Rimbaud y se utiliza para resumir sentenciosamente la filosofía de Spinoza sobre la libertad. Véase, por ejemplo, Alain Billecoq, «Spinoza et l'idée de tolérance», *Philosophique* , vol. 1, 1998, Spinoza, págs. 122-142.

52 . Véase Alfred Fouillée, *La Liberté et le déterminisme* , 3.[a] ed., París, Alcan, 1890. Beauvoir escribió en sus *Memorias* que *Las ideas fuerza* era lectura obligatoria en clase de filosofía, pero no está claro a qué libro se refiere: Fouillée publicó tres ensayos sobre las «ideas fuerza» entre 1890 y 1907: *L'Évolutionisme des idées-forces* (1890), *La Psychologie des idées-forces* (1893) y *La moral de las ideas fuerza* (1907). Véanse MJF 157 y MPI 146.

53 . MJF 160.

54 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , pág. 42; HdB, *Souvenirs* , pág. 67.

55 . Véase SLBdB, «Chronologie», MPI LXI .

56 . MJF 208.

57 . Véase DEF 58-61 y 66, especialmente el 16 de agosto de 1926.

58 . Simone de Beauvoir, *Carnets* , 1927, ms. holográfico inédito, Bibliothèque Nationale, París, 54-55; citado en Margaret A. Simons, «Introduction» a «Literature and Metaphysics», EF 264.

59 . PV 265-266.

60 . DEF 55, 6 de agosto de 1926.

61 . Ibíd.

62 . DEF 63, 12 de agosto de 1926.

63 . Ibíd.

64 . Véase DEF 63 y 65.

65 . DEF 67, 16 de agosto de 1926.

66 . SLBdB, «Chronologie», MPI LXI .

67 . DEF 68, 17 de agosto de 1926.

68 . Véase DEF 112, 12 de octubre de 1926.

69 . DEF 162, 5 de noviembre de 1926.

70 . DEF 164, 5 de noviembre de 1926.

71 . Véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 112.

72 . Véase Elizabeth Fallaize, *The Novels of Simone de Beauvoir* , Londres, Routledge, 1990, pág. 84.

73 . MJF 171-173.

74 . DEF 232, 20 de abril de 1927.

75 . MJF 195.

76 . DEF 246-268, 6 de mayo de 1927.

77 . Ibíd.

78 . MJF 82. Véase Isaías 6, 8. En Génesis 22, 1, Abraham emplea las mismas palabras en el pasaje, analizado por Kant y Kierkegaard, relativo a la ética de la Akedá.

79 . MJF 188.

80 . MJF 193.

81 . DEF 265, 28 de mayo de 1927.

82 . DEF 277, 7 de julio de 1927.

83 . DEF 279, 10 de julio de 1927.

84 . DEF 274, 29 de junio de 1927.

85 . MJF 158.

86 . Véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 119.

87 . DEF 163, 5 de noviembre de 1927.

88 . La categoría que Sartre parece haber «añadido» al en-sí y para-sí hegelianos —el *pour atrui* — se encuentra ya en las obras de Alfred Fouillée, a quien tanto Sartre como Beauvoir leyeron en su adolescencia. (Véase Herbert Spiegelberg, *The Phenomenological Movement: A Historical Introduction* , vol. 2, La Haya, Springer, 2013, págs. 472-473.)

89 . Véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 124.

## Capítulo 3. ¿Amor a Dios o a los hombres?

1 . CJ 255-262, 4 de enero de 1927.

2 . Véase George Pattison y Kate Kirkpatrick, *The Mystical Sources of Existentialist Thought* , Abingdon, Routledge, 2018, especialmente los capítulos 3 y 4.

3 . MJF 234-243.

4 . MJF 239.

5 . Véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 124.

6 . MJF 262.

7 . DEF 277, 7 de julio de 1927.

8 . Durante ese período, Beauvoir estaba leyendo a Henri Bergson y a otros filósofos que analizaron el concepto de «personalidad». En *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* , Bergson escribió que «somos libres cuando nuestros actos emanan de nuestra personalidad entera, cuando la expresan, cuando tienen con ella ese indefinible parecido que a veces se encuentra entre la obra y el artista». Beauvoir escribiría también una tesis sobre la filosofía de Leibniz para el Diplôme d'Études Supérieurs bajo la dirección de Léon Brunschvicg. Leibniz había escrito que el lugar del otro (*la place d'autrui* ) es el verdadero punto de vista de la política y de la ética. «La Place d'autrui est le vrai point de perspective», en Jean Baruzi, *Leibniz: Avec de nombreux textes inédits* , París, Bloud *et al* ., 1909, pág. 363.

9 . MJF 265.

10 . DEF 277, 7 de julio de 1927.

11 . Que yo sepa, esa tesis no se ha conservado; este dato lo confirman Sylvie Le Bon de Beauvoir y Jean-Louis Jeannelle.

12 . MJF 295.

13 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 124.

14 . MJF 137.

15 . MJF 138.

16 . Ibíd.

17 . CJ 771, «resumen de mi vida».

18 . MJF 74.

19 . MJF 125.

20 . MJF 132.

21 . MJF 161.

22 . HdB, *Souvenirs* , pág. 39.

23 . Ibíd., pág. 43.

24 . MJF 41.

25 . MJF 138.

26 . MJF 141.

27 . DEF 262, 21 de mayo de 1927.

28 . DEF 284, 18 de julio de 1927.

29 . Es extraño que Beauvoir relacione aquí la «razón» con los hombres y el «corazón» con las mujeres, porque en la filosofía francesa hay una tradición según la cual el «corazón» es una facultad del entendimiento por cuenta propia. El «corazón», como dijo Pascal, «tiene razones que la razón no entiende», esto es, razones que nos mueven por medio de la intuición o el deseo, no de la deducción.

30 . Jules Lagneau, *De l'existence de Dieu* , París, Alcan, 1925, págs. 1, 2 y 9. Lagneau afirmaba que los argumentos racionales para demostrar la existencia de Dios tenían menos peso que una «prueba moral» arraigada en el deseo humano de perfección.

31 . DEF 289, 20 de julio de 1927.

32 . DEF 299, 1 de agosto de 1927.

33 . Véase CJ 733, 20 de julio de 1929.

34 . DEF 303-304, 5 y 6 de agosto de 1927.

35 . DEF 311, 7 de septiembre de 1927.

36 . Véase «Notas para una novela», manuscrito fechado en 1928, en BI 363-364.

37 . «Libre de se choisir», «Notas para una novela», BI 355.

38 . Citado por Jean Lacroix, *Maurice Blondel: Sa vie* , *son oeuvre* , *avec un exposé de sa philosophie* , París, Presses Universitaires de France, 1963, pág. 33 (trad. cast.: *Maurice Blondel: su vida, su obra* , Madrid, Taurus, 1966).

39 . «Notas para una novela», BI 367.

40 . DEF 315, 3 de octubre de 1927.

41 . Esta carta se cita en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 137.

42 . Véase MJF 349-360.

43 . Citado en MJF 354.

## Capítulo 4. El amor ante la leyenda

1 . MJF 323.

2 . MJF 313.

3 . «La douceur d’être femme.» «Résumé de September 1928-1929», CJ 766.

4 . Sheila Rowbotham afirma que Beauvoir «comenzó una aventura» («Prólogo» a SS 12); Fullbrook y Fullbrook (2008) sacan conclusiones sobre su intimidad sexual que yo no veo reflejadas en los textos de la propia Beauvoir. Véase Edward Fullbrook y Kate Fullbrook, *Sex and Philosophy: Rethinking de Beauvoir and Sartre* , Londres, Continuum, 2008.

5 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 129.

6 . MJF 321.

7 . SLBdB, «Cronología», MPI LXV .

8 . CJ 704, 22 de junio de 1929.

9 . CJ 709, 25 de junio de 1929.

10 . Citado en MJF 331. El original, en sus diarios, se encuentra en CJ 707, 25 de junio de 1929.

11 . MJF 331-332.

12 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , págs. 142-144.

13 . HdB, *Souvenirs* , pág. 90.

14 . LCA 245.

15 . Jean-Paul Sartre, Michel Contat y Alexandre Astruc, *Sartre by Himself* , Nueva York, Urizen Books, 1978, págs. 21-22.

16 . MJF 334.

17 . Véase CJ 720, lunes 8 de julio de 1929.

18 . Véase CJ 721, 10 de julio de 1929.

19 . Jean-Paul Sartre, Michel Contat y Alexandre Astruc, *Sartre by Himself* , pág. 23. Véase también CJ 723, jueves 11 de julio de 1929.

20 . MJF 337.

21 . CJ 724, 12 de julio de 1929.

22 . CJ 727, 14 de julio de 1929.

23 . CJ 730-731, 16 de julio de 1929.

24 . MJF 339.

25 . CJ 731, 17 de julio de 1929.

26 . Ibíd.

27 . *Le Nouvel Observateur* , 21 de marzo de 1976, pág. 15; citado en John Gerassi, *Jean-Paul Sartre: Hated Conscience of His Century* , vol. 1, Londres, University of Chicago Press, 1989, pág. 91.

28 . Entrada del diario correspondiente al 14 de julio de 1929, *Zaza: Correspondance et carnets d'Elisabeth Lacoin (1914-29)* , París, Seuil, 1991, págs. 304-367.

29 . CJ 731, 17 de julio de 1929.

30 . CJ 734, 22 de julio de 1929.

31 . CJ 738-739, 27 de julio de 1929.

32 . Véase Jean-Paul Sartre, *Écrits de jeunesse* , París, Gallimard, 1990, págs. 293 y sigs.

33 . CJ 740, 29 de julio de 1929.

34 . CJ 731, 17 de julio de 1929; MJF 343-344.

35 . MJF 344.

36 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , págs. 145-146; FF 16.

37 . CJ 734, 22 de julio de 1929.

38 . Maurice de Gandillac, citado en Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 116.

39 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , 2008, pág. 37.

40 . Ibíd., págs. 44-45.

41 . MJF 343.

42 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , 2008, pág. 71.

43 . Ralph Waldo Emerson, «Considerations by the Way», en *Complete Works* , vol. 6, «The Conduct of Life», 1904.

44 . CJ 734, 22 de julio de 1929.

## Capítulo 5. La valquiria y el *playboy*

1 . CJ 744, 3 de agosto de 1929.

2 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág 148.

3 . CJ 734, 22 de julio de 1929.

4 . CJ 749, 8 de agosto de 1929.

5 . Carta de Hélène de Beauvoir, citada en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 148.

6 . Véase CJ 749-750.

7 . CJ 753.

8 . CJ 756.

9 . CJ 757.

10 . Ibíd.

11 . Ibíd.

12 . CJ 758, 2, 3 y 4 de septiembre de 1929, «l’ami incomparable de ma pensée».

13 . CJ 759, 2, 3 y 4 de septiembre de 1929.

14 . DEF 76, 21 de agosto de 1926.

15 . CJ 760, 6, 7 y 8 de septiembre de 1929.

16 . CJ 762, 10 de septiembre de 1929.

17 . John Gerassi, *Jean-Paul Sartre* , pág. 90. En otra entrevista, Maheu le confesó a Gerassi que él había sido el primer amante de Beauvoir; véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 628.

18 . PV 62.

19 . CJ 763.

20 . Alice Schwarzer, *After the Second Sex: Conversations with Simone de Beauvoir* , Nueva York, Pantheon Books, 1984, pág. 84.

# Capítulo 6. Alojamiento propio

1 . MMD 40.

2 . PV 12. SLBdB, «Cronología», MPI LXVI .

3 . CP 50.

4 . PV 14.

5 . CJ 789.

6 . CJ 795.

7 . CJ 783, 20 de septiembre de 1929.

8 . CJ 788, 24 de septiembre de 1929.

9 . La distinción se atribuye a Sartre en PV 19; respecto a su uso en los diarios, véase CJ 801-802, 14 de octubre de 1929.

10 . DEF 274, 29 de junio de 1927.

11 . PV 22.

12 . PV 24.

13 . PV 27.

14 . PV 25.

15 . CJ 801-802.

16 . CJ 807.

17 . CJ 808, 23 de octubre de 1929.

18 . CJ 808 y 814.

19 . PV 15-16.

20 . CJ 815, 3 de noviembre de 1929.

21 . CJ 825, 12 de diciembre de 1929.

22 . CJ 824, 12 de diciembre de 1929.

23 . CJ 828, 13 de diciembre de 1929.

24 . Maheu, copiado en SdB a Sartre, 6 de enero de 1930, CS 3.

25 . CJ 824, 12 de diciembre de 1929.

26 . PV 52-53.

27 . CJ 839, 9 de junio de 1930.

28 . Ibíd.

29 . HdB, *Souvenirs* , págs. 71 y 96.

30 . En cuanto a la deuda de Beauvoir con Schopenhauer, véase Christine Battersby, «Beauvoir's Early Passion for Schopenhauer: On Becoming a Self», de próxima aparición.

31 . PV 52.

32 . CJ 839.

33 . CJ 842, 6 de septiembre de 1930.

34 . Ibíd.

35 . CJ 814-815.

36 . De Sartre a Simone Jollivet, s. f. (1926), en *Lettres au Castor et à quelques autres* .

37 . PV 40.

38 . PV 41.

39 . PV 42. Véase también MJF 343-345.

40 . MJF 145.

41 . CJ 827.

42 . SS 710.

43 . PL 70-74.

44 . PV 47.

45 . PV 61.

46 . CJ 848-849, 31 de octubre de 1930.

47 . Ibíd.

48 . PV 59.

49 . PV 51.

50 . PV 54.

51 . FC 287.

52 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 43.

53 . PV 82.

54 . PV 71.

55 . PV 56.

56 . PV 57.

57 . PV 76.

58 . PV 78.

59 . PV 88.

60 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág 177.

61 . PV 94.

62 . PV 95.

63 . PV 80 y 101.

64 . PV 106.

65 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 176.

66 . Collette Audry, «Portrait de l'écrivain jeune femme», *Biblio* , vol. 30, n.º 9, noviembre de 1962, págs. 3-5.

67 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 173, cita una entrevista con Audry.

68 . PV 128.

69 . Ibíd.

70 . Citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 201.

71 . PV 16.

72 . PV 134.

73 . PV 129.

74 . Jean-Louis Viellard-Baron afirma abiertamente que lo que luego se llamaría «enfoque fenomenológico» en la filosofía francesa y en el estudio de la religión es lo que Bergson denominó «metafísica concreta». Véase Jean Baruzi, *L’Intelligence Mystique* , París, Berg, 1985, pág. 16.

75 . Véase DEF 58-61 y 66, sobre todo el 16 de agosto de 1926.

76 . Anónimo, «Views and Reviews», *New Age* , vol. 15-17, 1914, pág. 399. Gracias a Emily Herring por mostrarme esta referencia.

77 . PV 143.

78 . PV 145.

79 . PV 17-18.

80 . PV 15.

81 . SLBdB, «Chronologie», MPI LXX . Con relación al caso Nozière, véase Sarah Maza, *Violette Nozière: A Story of Murder in 1930s Paris* , Los Ángeles, University of California Press, 2011.

82 . PV 149.

83 . PV 181.

84 . SLBdB, «Chronologie», MPI LXXII-LXXIII.

85 . Véanse Annie Cohen-Solal, *Sartre* , págs. 99-100 y Jean-Pierre Boulé, *Sartre* , *Self-formation, and Masculinities* , Oxford, Berghahn, 2005, pág. 165.

86 . PV 184.

87 . PV 186.

88 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 100.

89 . PV 153.

90 . PV 162.

91 . DG 87.

92 . Jean-Paul Sartre, *War Diaries* , trad. Quintin Hoare, Londres, Verso, 1984, pág. 76 (trad. cast.: *Diarios de guerra: noviembre de 1939-marzo de 1940* , Buenos Aires, Losada, 1983).

93 . Nicolás de Cusa y muchos otros llamaban a Dios «lo Absoluto»; véase DG 77; PV 207.

94 . PV 107.

95 . PV 206-209.

96 . PV 210.

97 . PV 213.

98 . De SdB a Sartre, 28 de julio de 1935, CS 6-7.

99 . PV 212.

100 . PV 222.

101 . Véase Eliane Lecarme-Tabone, «Simone de Beauvoir’s “Marguerite” as a Possible Source of Inspiration for Jean-Paul Sartre’s “The Childhood of a Leader”», en Christine Daigle y Jacob Golomb, *Beauvoir & Sartre: The Riddle of Influence* , Bloomington, Indiana University Press, 2009.

102 . Véase Jean-Louis Jeannelle y Eliane Lecarme-Tabone, «Introduction», MPI x .

## Capítulo 7. El trío que era un cuarteto

1 . HdB, *Souvenirs* , pág. 115.

2 . Julia Kristeva y Philippe Sollers, *Marriage as a Fine Art* , Nueva York, Columbia University Press, 2016, pág 6.

3 . En el certificado de matrimonio, Olga cambió el año de nacimiento y puso 1917.

4 . PV 165.

5 . PV 166.

6 . CCA 249, SdB a Sartre, 24 de enero de 1940.

7 . Entrevista de John Gerassi a Olga Kosakiewicz, 9 de mayo de 1973, colección Gerassi en la Universidad de Yale.

8 . PV 218-219; CCA, S a SdB, 3 de mayo de 1937.

9 . PV 220.

10 . Ibíd.

11 . Simone de Beauvoir, «Jean-Paul Sartre», EF 232.

12 . PV 221.

13 . SdB, entrevista con Madeleine Gobeil, «‘The Art of Fiction’ No. 35», *Paris Review* , vol. 34, primavera-verano de 1965.

14 . Simone de Beauvoir, citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 194.

15 . Citado en Rowley, pág. 357: SdB a Olga, 6 de septiembre de 1935; archivos de Sylvie Le Bon de Beauvoir.

16 . PV 226.

17 . PV 239.

18 . PV 261.

19 . PV 246.

20 . PV 260.

21 . Ibíd.

22 . DEF 267, 3 de junio de 1927.

23 . Entrevista con Bair, citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 200.

24 . PV 276-277.

25 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 203.

26 . PV 288 y 290.

27 . PV 315.

28 . PV 316.

29 . SdB a S, 10 de septiembre de 1937, en CS 9.

30 . Citado en *Nouvelle Revue Française* , enero de 1970, pág. 78.

31 . Sylvie Le Bon de Beauvoir, «Avant-propos» de *Correspondances croisées* , pág. 8.

32 . Citado en PV 327.

33 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 197.

34 . Véase Sarah Hirschman, «Simone de Beauvoir: professeur de lycée», *Yale French Studies* , vol. 22, 1958-1959, citado en Jacques Deguy y Sylvie Le Bon de Beauvoir, *Simone de Beauvoir: Ecrire la liberté* , París, Gallimard, 2008.

35 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 18 (trad. cast.: *Memorias de una joven informal* , Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995). Jacqueline Gheerbrant e Ingrid Galster, «Nous sentions un petit parfum de soufre…», *Lendemains* , vol. 94, 1999, pág. 42.

36 . SdB a Bost, 28 de noviembre de 1938, CC 136.

37 . SdB a Sartre, 19 de enero de 1940, CS 262.

38 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 25.

39 . Bianca escribió un libro sobre esta relación, *Memorias de una joven informal* —publicado con su nombre de casada, Bianca Lamblin—, cuando Beauvoir rompió su palabra, con la publicación de la biografía escrita por Deirdre Bair, de no revelar su nombre (véanse las págs. 8-9 para conocer las razones de Lamblin para desenterrar este asunto después de tantos años).

40 . En una entrevista concedida a Alice Schwarzer; véase Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 112.

41 . Véase Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , págs. 6 y 25.

42 . Ibíd., págs. 6 y 9.

43 . Ibíd., págs. 8-9.

44 . Ibíd., pág. 171.

45 . Ibíd., págs. 6-7.

46 . CCA, sin fecha, un domingo de julio de 1938.

47 . SdB a Sartre, 15 de julio de 1938, CS 16.

48 . SdB a Sartre, 27 de julio de 1938, CS 21 (traducción modificada).

49 . Bost a SdB, 6 de agosto de 1938, CC 52.

50 . CC 74 y *passim* .

51 . Bost a SdB, 3 de agosto de 1938, CC 47.

52 . SdB a Bost, 30 de julio de 1938, CC 33.

53 . SdB a Bost, 22 de agosto de 1938, CC 57.

54 . SdB a Bost, 21 de septiembre de 1938, CC 86; SdB a Bost, 27 de agosto de 1938, CC 62.

55 . Sylvie Le Bon de Beauvoir, «Avant-propos» de CC 12.

56 . SdB a Sartre, 6 de julio de 1939, CS 30.

57 . SdB a Bost, 28 de agosto de 1938, CC 64.

58 . Bost a SdB, 13 de septiembre de 1938, CC 79.

59 . SdB a Bost, 21 de septiembre de 1938, CC 84.

60 . SdB a NA, 8 de agosto de 1948, CNA 209.

61 . SdB a Bost, 25 de agosto de 1938, CC 59.

62 . SdB a Bost, 2 de septiembre de 1938, CC 69.

63 . SdB a Bost, 28 de noviembre de 1938, CC 136.

64 . Véase Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 5.

65 . Ibíd., pág. 39.

66 . SdB a Bost, 5 de febrero de 1939, CC 233.

67 . «¿Qué clase de realidad tiene la conciencia de otro?», SdB a Bost, 24 de mayo de 1939, CC 373.

68 . Bost a SdB, 25 de mayo de 1939, CC 376.

69 . SdB a Bost, 4 de junio de 1939, CC 386.

70 . Bost a SdB, 7 de junio de 1939, CC 391.

71 . SdB a Bost, 8 de junio de 1939, CC 397.

72 . PV 319-320.

## Capítulo 8. Guerra por dentro, guerra por fuera

1 . DG 40, 2 de septiembre de 1939.

2 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 201.

3 . DG 51, 5 de septiembre de 1939.

4 . DG 85, 3 de octubre de 1939.

5 . André Gide, *The Journals of André Gide* , trad. Justin O’Brien, Nueva York, Knopf, 1948, vol. II, *1914-27* , pág. 91, entrada del 16 de octubre de 1914 (trad. cast.: *Diario* , Barcelona, Alba, 2013).

6 . DG 61, 14 de septiembre de 1939.

7 . DG 63-70, 16-19 de septiembre de 1939.

8 . DG 73, 20 de septiembre de 1939.

9 . DG 75, 22 de septiembre de 1939.

10 . CCA 275, 2 de octubre de 1939.

11 . Jean-Paul Sartre, *Carnets de la drôle de guerre* , París, Gallimard, 1995, págs. 116-121, entradas del 10 y 11 de octubre de 1939. Este volumen incorpora el cuaderno de septiembre y octubre de 1939 que no se había incluido en la primera edición.

12 . DG 105, 15 de octubre de 1939.

13 . DG 120, 20 de octubre de 1939.

14 . DG 86, 4 de octubre de 1939.

15 . DG 98, 11 de octubre de 1939.

16 . DG 119, 29 de octubre de 1939.

17 . Sartre a SdB, 30 de octubre de 1939, CCA 322-323.

18 . DG 129-130, 2 de noviembre de 1939.

19 . SdB a Algren, 8 de agosto de 1948, CNA 208.

20 . DG 132-133, 3 de noviembre de 1939.

21 . Véase DG 109 en cuanto a lo de la distinción.

22 . DG 143 y 147, 9-12 de noviembre de 1939.

23 . Véase Annabelle Martin Golay, *Beauvoir intime et politique: La fabrique des Mémoires* , Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2013, pág. 147.

24 . DG 144, 10 de noviembre de 1939.

25 . DG 147, 11 de noviembre de 1939.

26 . Véase DG 147-149.

27 . DG 157, 16 de noviembre de 1939; DG 159.

28 . DG 176-177, 2 de diciembre de 1939.

29 . DG 192, 14 de diciembre de 1939. Con relación a los comentarios de Marie Ville, véase DG 187. Marie Ville recibe el nombre de Marie Girard o «la mujer lunar» tanto en las memorias como en los diarios.

30 . SdB a Sartre, 11 de diciembre de 1939, CS 206.

31 . SdB a Sartre, 14 de diciembre de 1939. *Lettres à Sartre* , pág. 351 (edición francesa).

32 . DG 192, 13 de diciembre de 1939.

33 . Nótese que en esta carta no se menciona esa clase de amor por parte de Olga. SdB a Sartre, 21 de diciembre de 1939; CS 223.

34 . DG 210, 30 de diciembre de 1939.

35 . Ibíd.

36 . SdB a Sartre, 14 de diciembre de 1939. *Lettres à Sartre* , pág. 350. Ese mismo día escribió en su diario: «No sé qué contenido le va a dar a su ética» (14 de diciembre de 1939, DG 192).

37 . Beauvoir, citada en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 270.

38 . SdB a Sartre, 12 de enero de 1940, CS 252.

39 . Véase Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 90.

40 . Véase DG 217-220.

41 . Sartre a SdB, 12 de enero de 1940, QM 25.

42 . SdB a Sartre, 14 de enero de 1940, CS 255.

43 . Sartre a SdB, 16 de enero de 1940, QM 31.

44 . Sartre a SdB, 17 de enero de 1940, QM 33.

45 . SdB a Sartre, 19 de enero de 1940, CS 261.

46 . Sartre a SdB, 18 de febrero de 1940, QM 61.

47 . Sartre a SdB, 19 de febrero de 1940, QM 64.

48 . SdB a Bost, 5 de febrero de 1939, CC 234.

49 . SdB a Sartre, 18 de febrero de 1940, CS 277.

50 . Sartre a SdB, 29 de febrero de 1940, QM 87-88.

51 . SdB a Sartre, 4 de marzo de 1940, en CS 285.

52 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 9.

53 . Ibíd., pág. 86.

54 . SdB a Sartre, 27 de febrero de 1940, CS 279.

55 . Sartre a SdB, 28 de febrero de 1940, QM 85.

56 . SdB a Sartre, 1 de marzo de 1940, CS 282.

57 . SdB a Sartre, 4 de marzo de 1940, CS 285.

58 . Véase CS 311.

59 . SLBdB, «Chronologie», MPI LXXIX .

60 . Sartre a SdB, 29 de mayo de 1940, QM 206.

61 . SdB a Sartre, 11 de julio de 1940, CS 312.

62 . SdB a Sartre, 11 de julio de 1940, CS 315.

63 . Para más detalles, véase Ursula Tidd, *Simone de Beauvoir* , Londres, Reaktion, 2009, pág. 70.

64 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , págs. 242-243.

65 . Sandrine Sanos, *Simone de Beauvoir* , pág. 88.

66 . Simone de Beauvoir, *La force de l'âge* , París, Gallimard, 1960, pág. 549 (trad. cast.: *La plenitud de la vida* , Barcelona, Edhasa, 1984).

67 . PV 456-457.

68 . PV 456-458. Véase también DG 304-309.

69 . DG 304, 6 de julio de 1940.

70 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 89.

71 . Ibíd., pág. 92 y 94.

72 . DG 318, 19 de noviembre de 1940.

73 . DG 320, 9 de enero de 1941.

74 . DG 320, 21 de enero de 1941.

75 . MMD 104.

76 . MMD 31.

77 . MMD 15.

78 . MMD 42.

79 . Sylvie Le Bon de Beauvoir, «Chronologie», MPI LXXXIII .

80 . La homosexualidad estaba despenalizada en Francia desde la década de 1790. Pero el 6 de agosto de 1942 el Gobierno de Vichy introdujo una modificación en el Código Penal aumentando la edad de consentimiento para las relaciones homosexuales a los veintiún años. En las relaciones heterosexuales estaba fijada en los trece años, pero en 1945 se subió a los quince. (Código Penal, artículo 334 [trasladado al artículo 331 el 8 de febrero de 1945], ordenanza 45-190, Gobierno Provisional de la República Francesa.)

81 . Véase Ingrid Galster, *Beauvoir dans tout ses états* , París, Taillandier, 2007.

82 . Aunque puede que hubiera empezado antes —durante el curso académico 1942-1943 en el liceo Camille Sée—, Beauvoir enseñaba fenomenología a sus alumnas. Una de ellas, Geneviève Sevel, dijo que sus cursos estaban «unidos por la perspectiva de la fenomenología», y expresó su gratitud a Beauvoir «por haberla introducido tan pronto y con tanto talento intelectual en el pensamiento de Husserl y Heidegger», que aún no se estudiaba en las universidades francesas. Geneviève Sevel, «Je considère comme une grande chance d’avoir pu recevoir son enseignement», *Lendemains* , vol. 94, 1999, pág. 48.

83 . Véase SdB a Sartre, 20 de enero de 1944, CS 380.

84 . Ingrid Galster, «Simone de Beauvoir et Radio-Vichy: A propos de quelques scénarios retrouvés», *Romanische Forschungen* , vol. 108, n.º 1-2, 1996, págs. 112-132.

85 . Véase CS 384, n. 320; «Chronologie», MPI LXXXI.

## Capítulo 9. La filosofía olvidada

1 . DG 320, 21 de enero de 1941.

2 . PV 434.

3 . LI 343.

4 . PV 340.

5 . LI 6-7.

6 . Angela Carter, «Colette», *London Review of Books* , vol. 2, n.º 19, 2 de octubre de 1980, págs. 15-17.

7 . Edward Fullbrook y Kate Fullbrook, *Sex and Philosophy* , Londres, Continuum, 2008, pág. 79 *passim* .

8 . PV 434.

9 . Véase MMD 68.

10 . LI 108.

11 . LI 17.

12 . LI 16.

13 . LI 158.

14 . LI 159.

15 . Véase LI 124, 207, 297 y 337.

16 . LI 244.

17 . Claude Francis y Fernande Gontier, *Les écrits de Simone de Beauvoir* , París, Gallimard, 1979, pág. 16. Véase LI 371.

18 . SdB a Sartre, CS 21.

19 . LI, capítulo 8.

20 . «Introducción», MPI XII.

21 . «Notas» de *Tout compte fait* , MPI 984.

22 . Véase CS 381, n. 318.

23 . Fuentes académicas indican que escribió siete artículos; no está claro si él se lo pidió o si Beauvoir se ofreció voluntariamente. Ursula Tidd, «Some Thoughts on an Interview with Sylvie Le Bon de Beauvoir», *Simone de Beauvoir Studies* , vol. 12, 1995, págs. 22-23.

24 . PV 46.

25 . Jean-Paul Sartre, *Being and Nothingness* , Londres, Routledge, 2003, pág. 647 (trad. cast.: *El ser y la nada* , Buenos Aires, Iberoamericana, 1954).

26 . Ibíd., pág. 627.

27 . PQA 90.

28 . PQA 92.

29 . PQA 93.

30 . PQA 107.

31 . Aunque aquí diga: «No sé si Dios existe», PQA 116.

32 . PQA 118.

33 . Lo que importaba no era «la libertad del yo», como sugiere Sartre con su «trascendencia del ego», sino la libertad de llegar a ser un yo ético. Muchos especialistas en Beauvoir han escrito interesantes páginas sobre esta cuestión: Karen Vintges, «Introduction» a «Jean Paul Sartre», EF 223-228 y «Simone de Beauvoir: A Feminist Thinker for the Twenty-First Century» en Margaret Simons (comp.) *The Philosophy of Simone de Beauvoir* , Bloomington, Indiana University Press, 2006; Sonia Kruks, Situation and Human Existence: Freedom, *Subjectivity, and Society* , Londres, Unwin Hyman, 1990; Nancy Bauer, *Simone de Beauvoir, Philosophy, and Feminism* , Nueva York, Columbia University Press, 2001.

34 . CS 389, SdB a Sartre, 13 de diciembre de 1945.

35 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 170.

36 . FC 75.

37 . «Dominique Aury, “Qu’est-ce que l’existentialisme? Escarmouches et patrouilles”», *Les Lettres françaises* , 1 de diciembre de 1945, pág. 4, citado en Simons, «Introducción», EF 11, n. 14.

## Capítulo 10. La reina del existencialismo

1 . Véase Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 237.

2 . SdB a S, 26 de julio de 1945, CS 386, n.º 321.

3 . FC 46.

4 . Jean Lacroix, «Charité chrétienne et justice politique», *Esprit* , febrero de 1945.

5 . SO, cubierta posterior.

6 . SO 128.

7 . SO 129.

8 . SO 174.

9 . BI 3.

10 . Véase SO 9.

11 . SO 17.

12 . SO 51.

13 . SO 102.

14 . En cuanto a Jean, véase SO 106; sobre Marcel, SO 126.

15 . PV 607.

16 . FC 44-45.

17 . DG 322, 29 de enero de 1941.

18 . BI 66.

19 . SdB a su madre, en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 267.

20 . A. Collingnon, «Bouches inutiles aux Carrefours», *Opéra* , 31 de octubre de 1944.

21 . FC 59.

22 . Jean-Jacques Gautier para *Le Figaro* , citado en Margaret A. Simons, «Introducción» a «Literature and Metaphysics», EF 263.

23 . Citado en BI 25.

24 . Emmanuel Levinas, en Jean Wahl, *Petite histoire de «l'existentialisme»* , París, Éditions Club Maintenant, 1946, págs. 84-86.

25 . Se publicó en 1946 con el título «Literatura y metafísica».

26 . Maurice Merleau-Ponty, «Le roman et la métaphysique», *Cahiers du sud* , vol. 270, marzo de 1945 (trad. cast.: «La novela y la metafísica», en *Sentido y sinsentido* , Barcelona, Península, 1977).

27 . «Literatura y metafísica», EF 270.

28 . Ibíd., EF 274. En «Literatura y metafísica» Beauvoir dividió a los filósofos que exponían su metafísica (esto es, su forma de entender el mundo) en dos grupos: filósofos «sistemáticos» y filósofos «subjetivos». Beauvoir señaló que sería absurdo que los primeros (como Aristóteles, Spinoza o Leibniz) escribieran novelas, porque no les interesaban la subjetividad ni la temporalidad. Pero los filósofos como Kierkegaard preferían estilos literarios que dieran a conocer verdades relativas a los individuos en su singularidad, a medida que se desarrollaban en el tiempo.

29 . Véase Jonathan Webber, *Rethinking Existentialism* , Oxford, Oxford University Press, 2018, pág. 3.

30 . FC 164.

31 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 302.

32 . «El existencialismo y la sabiduría de los pueblos», EF 210.

33 . Ibíd., EF 214.

34 . Ibíd., EF 204-205.

35 . Ibíd., EF 216.

36 . Ibíd., EF 213.

37 . FC 27. Véase también CS 390, n. 350.

38 . SdB a JPS, 25 de enero de 1946, CS 400.

39 . SdB a Sartre, 18 de enero de 1946, CS 395.

40 . SdB a Sartre, 18 de enero de 1946, CS 397.

41 . Sartre a SdB, febrero de 1946 (s. f.), QM 274.

42 . Sartre a SdB, febrero de 1946 (s. f.), QM 275.

43 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 279.

44 . *Time* , «Existentialism», 28 de enero de 1946, págs. 28, 29.

45 . Sartre a Simone de Beauvoir, enero de 1946, QM 274. En febrero de ese mismo año manifiesta un sentimiento similar.

46 . Véase Jean-Pierre Boulé, *Sartre* , *Self-Formation and Masculinities* , pág. 168.

47 . Simone de Beauvoir, «An Eye for an Eye», en Margaret Simons (comp.), *Philosophical Writings* , Urbana, University of Illinois Press, págs. 245-260, aquí pág. 257.

48 . FC 87.

49 . FC 78.

50 . FC 84.

51 . En *Labyrinthe* , véase Sylvie Le Bon de Beauvoir, «Chronologie», XC . FC 92.

52 . FdC 105.

53 . Véase, por ejemplo, en las *Cartas a Sartre* , la del 25 de enero de 1946: «Acabamos de ingresar trescientos mil francos como caídos del cielo». En la década de 1950, las cartas también hacen referencia a sus «finanzas» (véase SdB a Sartre, 20 de agosto de 1950, CS 472).

54 . FC 171.

55 . Véase FC 70 y 84.

56 . «Introducción» a *Para una moral de la ambigüedad* , EF 290.

57 . FC 103.

58 . DEF 259, 19 de mayo de 1927.

59 . DEF 284, 19 de julio de 1927.

60 . DG 3 de noviembre de 1939.

61 . DG 133.

62 . Véase SdB en Simone de Beauvoir, Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», *Hypatia* , vol. 3, n.º 3, 1989, pág. 17.

63 . *La Force de l’age* , pág. 417, citado en Simons, 2010, pág. 921.

64 . Sartre a SdB, QM 277-278.

65 . THM 187.

66 . FC 72.

67 . FC 75.

68 . SS 187.

69 . Elizabeth Fallaize, *The Novels of Simone de Beauvoir* , Routledge, 1988, pág. 83.

70 . FC 73.

71 . FC 72.

## Capítulo 11. Dilemas americanos

1 . SdB a Sartre, 26 de enero de 1947, CS 412.

2 . PV 138-141.

3 . ADD 15.

4 . SdB a Sartre, 30 de enero de 1947, CS 415.

5 . Véase Margaret Simons, «Introducción» a FW 2.

6 . Véase Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 389.

7 . SdB a Sartre, 11 de febrero de 1947, CS 425.

8 . Gunnar Myrdal en colaboración con Richard Sterner y Arnold Rose, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* , Nueva York, Harper, 1944, apéndice 3.

9 . «The Talk of the Town», *The New Yorker* , 22 de febrero de 1947.

10 . Simone de Beauvoir, «Problems for Women's Literature», *France-Amérique* , vol. 14, 23 de febrero de 1947, traducido al inglés por Véronique Zaytzeff y Frederick Morrison en FW 24.

11 . Ibíd., FW 25.

12 . «Women of Letters», en FW 30.

13 . SdB a Sartre, 28 de febrero de 1947, CS 433.

14 . «Chicago's Bowery», *The Chicago Tribune* , 13 de noviembre de 1910.

15 . SdB a Sartre, 28 de febrero de 1947, CS 433.

16 . Véase SdB a NA, 12 de marzo de 1947, CNA 13.

17 . ADD 72.

18 . Véase Nancy Bauer, «Introducción» a «Femininity: The Trap», en FW 39.

19 . Véanse ADD 40 y CS 419, 423, 427 y 430.

20 . «Femininity: The Trap», FW 43.

21 . Ibíd., FW 46.

22 . ADD 330-334.

23 . *Daily Princetonian* , 22-24 de abril de 1947, citado en Francis y Gontier, *Les écrits de Simone de Beauvoir. Textes inédits ou retrouvés* , París, Gallimard, 1979, pág. 147.

24 . ADD 57.

25 . ADD 272.

26 . ADD 58.

27 . SdB a Sartre, 24 de abril de 1947, CS 451.

28 . Simons 182. Véase Diane Rubenstein, «“I hope I am not fated to live in Rochester”: America in the Work of Beauvoir», *Theory & Event* , vol. 15, n.º 2, 2012.

29 . SdB a Sartre, 8 de mayo de 1947, CS 454.

30 . SdB a S, 8 de mayo de 1947, *Lettres à Sartre* , pág. 355.

31 . SdB a NA, 17 de mayo de 1947, CNA 15.

32 . SdB a NA, 18 de mayo de 1947, CNA 16.

33 . SdB a NA, 17 de enero de 1954, CNA 490.

34 . Véase SdB a NA, 23 de mayo de 1947, CNA 18.

35 . SdB a NA, 24 de mayo de 1947, CNA 19.

36 . Véase ADD 236-248; véase también Margaret Simons, *Beauvoir and 'The Second Sex': Feminism* , *Race, and the Origins of Existentialism* , Nueva York, Rowman & Littlefield, 2001, pág. 177.

37 . SdB a NA, 1 de diciembre de 1947, CNA 113.

38 . SdB a NA 23 de julio de 1947, CNA 51.

39 . Nelson Algren, «Last Rounds in Small Cafés: Remembrances of JeanPaul Sartre and Simone de Beauvoir», *Chicago* , diciembre de 1980, pág. 213, citado en Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , págs. 335-336.

40 . SdB a NA, 26 de septiembre de 1947, CNA 66.

41 . Véase Isabelle Grell, *Les Chemins de la liberté de Sartre: genèse et écriture (1938-1952)* , Berna, Peter Lang, 2005, pág. 155. Con relación a los recuerdos posteriores de Swing, véase Hazel Rowley, *Tête-à-tête* , pág. 187. Rowley entrevistó a Swing en 2002. En la Biblioteca Morgan de Nueva York se conservan 72 comunicaciones entre Sartre y Swing. Sartre se refiere a Swing como «la pequeñita» en su correspondencia con SdB; véase QM 282.

42 . PMA 101.

43 . PMA 71.

44 . PMA 40.

45 . PMA 66.

46 . PMA 71.

47 . Jean-Louis Jeannelle y Eliane Lecarme-Tabone, «Introduction», MPI XL . En inglés, véase Jonathan Weber, *Rethinking Existentialism* , Oxford, Oxford University Press, 2018.

48 . A. de Waelhens, crítica de Francis Jeanson, *Le problème moral et la pensée de Sartre* , en *Revue Philosophique de Louvain* , vol. 10, 1948, pág. 229.

49 . Véase Simone de Beauvoir, «¿Que es el existencialismo?, EF.

50 . SdB a NA, viernes 20 de agosto de 1948, CNA 213.

51 . FC 170.

52 . SdB a NA, 3 de agosto de 1948, CNA 206.

53 . SdB a NA, 8 de agosto de 1948, CNA 208.

54 . SdB a NA, viernes 20 de agosto de 1948, CNA 210 y 212.

55 . SdB a NA, viernes 20 de agosto de 1948, CNA 214.

56 . SdB a NA, 26 de agosto de 1948, CNA 216.

57 . SdB a NA, 31 de diciembre de 1948, CNA 254.

58 . Sartre, citado en una entrevista con John Gerassi, *Talking with Sartre: Conversations and Debates* , New Haven, Yale University Press, 2009, pág. 32.

## Capítulo 12. El escandaloso *Segundo sexo*

1 . PV 62.

2 . CNA 184. La novela era, efectivamente, *Ravages* , pero la parte que leyó Beauvoir era demasiado escandalosa para publicarla con el resto del libro en 1954; en francés no apareció hasta el año 2000, con el título de *Thérèse et Isabelle* .

3 . DEF 77, 21 de agosto de 1926.

4 . Gisela Kaplan, *Contemporary Western European Feminism* , Londres, UCL Press, 1992, pág. 163.

5 . Rosie Germain, «Reading ‘The Second Sex’ in 1950s America», *The Historical Journal* , vol. 56, n.º 4, 2013, págs. 1041-1062, aquí pág. 1045.

6 . Gustave Flaubert, citado en Allison Guidette-Georis, «Georges Sand et le troisième sexe», *Nineteenth Century French Studies* , vol. 25, n.º 1-2, págs. 41-49, aquí pág. 41.

7 . SS 25.

8 . SS 32.

9 . SS 13.

10 . SS 37.

11 . Estas son las fechas que se indican en las memorias de Beauvoir. De acuerdo con la cronología propuesta por Sylvie Le Bon de Beauvoir según los archivos de Gallimard, las fechas concretas de publicación fueron el 24 de mayo y el 28 de octubre. Véase SL BdB, «Conología», MPI xcvi–xcvii.

12 . FC 199.

13 . SS 475-476.

14 . Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 71.

15 . François Mauriac, «Demande d'enquête», *Le Figaro* , 30 de mayo de 1949. Véase Ingrid Galster, *Le Deuxième Sexe de Simone de Beauvoir* , París, Presse universitaire Paris-Sorbonne, 2004, pág. 21. Beauvoir analiza las reacciones a la publicación de este capítulo en FC 197.

16 . FC 197.

17 . Para leer la nota completa, en donde también se mencionaba el clítoris, véase Ingrid Galster, *Le Deuxième Sexe de Simone de Beauvoir* , pág. 45, n. 33.

18 . FC 196.

19 . SS 46.

20 . Marie-Louise Barron, «De Simone de Beauvoir à Amour Digest. Les croisés de l'émancipation par le sexe», *Les Lettres françaises* , 23 de junio de 1949. Ibíd., pág. 128.

21 . Armand Hoog, «Madame de Beauvoir et son sexe», *La Nef* , agosto de 1949. Ibíd., pág. 161.

22 . FC 192 y sigs.

23 . Citado en Brooke Horvath, *Understanding Nelson Algren* , Columbia, SC, University of South Carolina Press, 2005, pág. 7.

24 . FC 207.

25 . SS 330.

26 . SS 644.

27 . Claire Laubier (comp.), *The Condition of Women in France* , *1945-Present: A Documentary Anthology* , Londres, Routledge, 1990, pág. 1.

28 . SS 607.

29 . SS 641 y 644.

30 . SS 645.

31 . Citado en SdB a Sartre, 19 de enero de 1940, CS 262.

32 . SS 724-725.

33 . SS 310-311.

34 . MJF 148.

35 . SS 442.

36 . Citado en PV 327.

37 . SS 816.

38 . SS 37. Beauvoir no negaba que las mujeres pudieran amar realmente a los hombres en monogamia o a sus hijos de manera maternal. Pero la condición necesaria para ello no era la monogamia o la maternidad *per se* , sino *la situación* en la que cada mujer vivía esas vocaciones. Sin embargo, sus primeros lectores estaban tan desconcertados por sus afirmaciones que no veían los matices.

39 . André Rousseaux, «Le Deuxième Sexe», *Le Figaro littéraire* , 12 de noviembre de 1949. Ibíd., pág. 210.

40 . Emmanuel Mounier, *L'Esprit* , diciembre de 1949.

41 . FC 200.

42 . Véase Ingrid Galster, «“The limits of the abject”: The Reception of ‘The Second Sex’ in 1949», en Laura Hengehold y Nancy Bauer (comps.), *A Companion to Simone de Beauvoir* , Oxford, Wiley-Blackwell, 2017, pág. 40.

43 . Citado en ibíd., pág. 39.

44 . SS 127.

45 . Esta sección debe mucho al excelente análisis del método beauvoiriano llevado a cabo por Manon Garcia, en *On ne naît pas soumise, on le devient* , París, Flammarion, 2018, pág. 93.

46 . Véase ibíd., pág. 109.

47 . George Eliot, *Middlemarch* , Oxford, Oxford University Press, 1988, pág. 159 (trad. cast.: *Middlemarch* , Barcelona, RBA, 2010).

48 . Con respecto al método fenomenológico de Beauvoir en *El segundo sexo* , véase Manon Garcia, *On ne naît pas soumise* , pág. 124 y sigs.

49 . «Simone de Beauvoir: ‘Le Deuxième Sexe’, actualité du livre», Institut National de l’Audovisuel, Francia, <https://www.ina.fr/audio/PH806055647/simone-de-beauvoir-le-deuxieme-sexe-audio.html >.

50 . Esta carta, fechada el 29 de enero de 1958, se cita en Marine Rouch, «“Vous êtes descendue d’un piédestal”: une appropriation collective des Mémoires de Simone de Beauvoir par ses lectrices (1958-1964)», *Littérature* , vol. 191, septiembre de 2018, pág. 72.

51 . Michèle Le Doeuff, *Hipparchia’s Choice: An Essay Concerning Women and Philosophy* , trad. Trista Selous, Nueva York, Columbia University Press, 2007, pág. 34.

52 . Véase, por ejemplo, Eva Lundgren-Gothlin, quien afirma que la dependencia de Hegel dio un carácter «androcéntrico» al trabajo de Beauvoir, hasta el punto de que «a veces raya en la misoginia». *Sex and Existence: Simone de Beauvoir's The Second Sex* , Hanover, NH, Wesleyan University Press, 1996.

53 . C. B. Radford, «Simone de Beauvoir: Feminism's Friend or Foe?», segunda parte, *Nottingham French Studies* , vol. 7, mayo de 1968, pág. 44. En cuanto a la «energética furia», véase Margaret Crosland, *Simone de Beauvoir: The Woman and Her Work* , Londres, Heinemann, 1992, pág. 359.

54 . Kathryn T. Gines (Kathryn Sophia Belle), «Comparative and Competing Frameworks of Oppression in Simone de Beauvoir's "The Second Sex"», *Graduate Faculty Philosophy Journal* , vol. 35, n.º 1-2, 2014, págs. 251-273.

55 . Simone de Beauvoir, «Introduction to “Women Insist”», trad. Marybeth Timmerman, en FW 250.

56 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , pág. 28.

## Capítulo 13. El nuevo rostro del amor

1 . Véase «Chronologie», MPI XCVIII .

2 . «It’s About Time Women Put a New Face on Love», *Flair* , vol. 1, n.º 3, abril de 1950, págs. 76-77. Incluido en FW.

3 . «It’s About Time», FW 76.

4 . Ibíd., FW 78.

5 . Ibíd., FW 79.

6 . SdB a Sartre, principios de julio de 1950, *Lettres à Sartre* , pág. 370.

7 . SdB a Sartre, 2 de septiembre de 1950.

8 . SdB a Sartre, 20 de agosto de 1950, CS 474.

9 . FC 145.

10 . CNA 434.

11 . SdB a NA, 30 de octubre de 1951 CNA 434-435.

12 . SdB a NA, 30 de octubre de 1951, CNA 436.

13 . FC 267, 268.

14 . SdB a NA, 9 de noviembre de 1951, CNA 440.

15 . Sylvie Chaperon, «The reception of “The Second Sex” in Europe», *Encyclopédie pour une histoire nouvelle de l’Europe* , 2016.

16 . SdB a NA, 3 de diciembre de 1951, CNA 446.

17 . FC 170.

18 . FC 291.

19 . FC 268. En lo tocante a la adopción de algunas ideas de Beauvoir por parte de Sartre, véase Jonathan Weber, *Rethinking Existentialism* .

20 . FC 269.

21 . FC 296-297.

22 . FC 291.

23 . Ibíd.

24 . Jean-Paul Sartre, en Redmond O'Hanlon «Sartre on Literature and Politics: A Conversation with Redmond O'Hanlon», *The Crane Bag* , vol. 7, n.º 1, «Socialism and Culture», 1983, pág. 83.

25 . Claude Lanzmann a SdB; archivos de Sylvie Le Bon de Beauvoir, citado en Hazel Rowley, *Tête-à-tête* , pág. 214.

26 . FC 294.

27 . Entrevista de John Gerassi con Sartre, 12 de marzo de 1971.

28 . Véase Josée Dayan y Malka Ribowska, *Simone de Beauvoir* , texto publicado por Gallimard, París, 1979; basado en una película realizada en 1978.

29 . FC 297.

30 . FC 297-298.

31 . FC 298. Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare: A Memoir* , trad. Frank Wynne, Londres, Atlantic Books, 2012, pág. 244, sobre el formar parte de «la familia» (trad. cast.: *La liebre de la Patagonia* , Barcelona, Seix Barral, 2011).

32 . Ibíd., pág. 265.

33 . Ibíd. pág. 259.

34 . La venta a Yale incluía 112 cartas, aunque en 2008 Lanzmann había dicho que tenía 300. Véase Claude Lanzmann, «Le Sherpa du 11bis», en Julia Kristeva, Pascale Fautrier, Pierre-Louis Fort y Anne Strasser (comps.), *(Re)Découvrir l'oeuvre de Simone de Beauvoir: Du Deuxième Sexe à La Cérémonie des Adieux* , París, Le Bord de L'eau, 2008, pág. 20.

35 . Citado en Franck Nouchi, «L’exil américain des lettres d’amour de Simone de Beauvoir à Claude Lanzmann», *Le Monde* , 19 de enero de 2018.

36 . Véase la «Introducción» a SS.

37 . Véase Toril Moi, «While We Wait: The English Translation of ‘The Second Sex’», *Signs* , vol. 27, n.º 4, 2002, págs. 1005-1035.

38 . Blanche Knopf a Harold Parshley, 2 de noviembre de 1951, citado en Rosie Germain, «Reading The Second Sex in 1950's America», *The Historical Journal* , vol. 56, n.º 4, 2013, págs. 1041-1062.

39 . Howard Parshley, «Introduction», SSP VI.

40 . Howard Parshley, «Introduction», SSP x .

41 . SdB en Simone de Beauvoir, Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», pág. 20.

42 . Clyde Kluckholm, «The Female of our Species», *New York Times Book Review* , 22 de febrero de 1953, vol. 3, pág. 33.

43 . Charles J. Rolo, «Cherchez la femme», *The Atlantic* , abril de 1953, pág. 86.

44 . Margaret Mead, en «A SR Panel Takes Aim at ‘The Second Sex’», *Saturday Review* , 21 de febrero de 1953.

45 . En Estados Unidos, el libro de Beauvoir apareció entre una colección de obras contemporáneas sobre «la mujer». *Conducta sexual en el hombre* , de Alfred Kinsey, se publicó en 1946, y, tal como deseaba Beauvoir en sus cartas a Algren, estaban empezando a aparecer libros sobre la sexualidad femenina. *La mujer, sexo fuerte* , de Ashley Montagu, se publicó en 1952; *Conducta sexual de la mujer* , de Kinsey, y *Women in the Modern World* , de Mirra Komarovsky, aparecieron en 1953.

46 . Carol Giardina, *Freedom for Women: Forging the Women's Liberation Movement* , *1953-1979* , Gainesville, University Press of Florida, 2010, pág. 79.

47 . Para más información sobre la acogida de *El segundo sexo* en Estados Unidos en la década de 1950, véase el excelente artículo de Rosie Germain «Reading The Second Sex in 1950s America».

48 . SdB a NA, abril de 1953, CNA 479.

49 . Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 235.

50 . SdB a Sartre, verano de 1953 (s. f.), CS 493.

51 . SdB a NA, 15 de febrero de 1954, pág. 492.

52 . FC 323.

53 . FC 326.

54 . FC 328.

55 . «Les prix Goncourt et Renaudot», *Journal des actualités françaises* , 10 de diciembre de 1954, Institut National de l’Audovisuel, Francia, <https://www.ina.fr/video/AFE85007180/les-prix-goncourt-et-renaudot-video.html >.

56 . SdB a NA, 9 de enero de 1955, pág. 512.

57 . Colette Audry, «Notes pour un portrait de Simone de Beauvoir», *Les Lettres françaises* , 17-24 de diciembre de 1954, pág. 5.

58 . Simone de Beauvoir, «A Story I Used to Tell Myself» [1963], BI 159.

59 . FC 328.

60 . FC 282.

61 . FC 283.

62 . FC 328.

63 . A. Blanchet, «Les Prix littéraires», *Études* , vol. 284, 1955, págs. 96-100, aquí pág. 98.

64 . G. Charensol, «Quels enseignements peut-on tirer des chiffres de tirage de la production littéraire actuelle?», *Informations sociales* , 1957, págs. 36-45.

65 . G. J. Joyaux, «Les problèmes de la gauche intellectuelle et “Les Mandarins” de Simone de Beauvoir», *Kentucky Foreign Language Quarterly* , vol. 3, 1956, pág. 121.

66 . FC 328.

67 . Doris Lessing, «Introducción» a M 9.

68 . M 48.

69 . M 107.

70 . M 203.

71 . CNA 511.

72 . Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 257.

73 . FC 336.

74 . SdB a S, finales de mayo de 1954 (s. f.), CS 505.

75 . FC 361.

76 . FC 332.

77 . EC 7.

78 . «¿Qué es el existencialismo?», EF 324.

79 . Ibíd.

80 . FC 358-359.

81 . LM 32.

82 . FC 487.

83 . No puedo citar la correspondencia de Lanzmann directamente, pero las cartas en cuestión corresponden a agosto y septiembre de 1956, y están a disposición del público en la Biblioteca de Libros y Manuscritos Raros de la Universidad de Yale. La cita de C. Wright Mills está tomada de *The Power Elite* , Oxford, Oxford University Prress, 2000, pág. 3 (trad. cast.: *La élite del poder* , México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1975).

84 . Véase Sandrine Sanos, *Simone de Beauvoir* , pág. 117. Margaret Simons, «Beauvoir's Ironic Sacrifice; or Why Philosophy Is Missing from her Memoirs», de próxima aparición.

85 . TLM 130.

86 . Esta información toma como base los años 1956 (volumen 1) y 1958 (volumen 2) de la publicación de *Le deuxième sexe* por las Éditions de la NRF (Gallimard).

87 . CNA 526, 1 de enero de 1957.

88 . FC 398.

89 . Diario inédito, 25 de mayo de 1958, archivos de Sylvie Le Bon de Beauvoir, citado en la «Introducción» de MPI IX .

90 . FC 443.

91 . Véase la «Advertencia» a *Memorias de una joven formal* , en MPI 1226, con respecto a la ausencia de lo que Philippe Lejeune llamó «el pacto autobiográfico», en virtud del cual la autora se compromete a contar al lector la verdad acerca de sí misma (véase *Le pacte autobiographique* , París, Seuil, 1975).

92 . «Texte de Présentation de l'Édition Originale», en Simone de Beauvoir, *Mémoires d'une Jeune Fille Rangée* , MPI 352.

93 . «Essai sur l’écrivain», citado en MPI, «Introducción», XV .

94 . FC 448.

95 . Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 329 .

96 . Ibíd., pág. 330.

97 . FC 614.

98 . Carta de una lectora, fechada el 20 de junio de 1959; citada en Marine Rouch, «“Vous êtes descendue d’un piédestal”: une appropriation collective des Mémoires de Simone de Beauvoir par ses lectrices (1958-1964)», *Littérature* , vol. 191, septiembre de 2018, 68-82, pág. 68.

99 . Véase Marine Rouch, «Vous êtes descendue d’un piédestal», pág. 72.

100 . Carta de una lectora, fechada el 15 de noviembre de 1959; citada en Marine Rouch, «Vous êtes descendue d’un piédestal», pág. 71.

101 . MJF 360.

102 . FC 456.

## Capítulo 14. Desengañada

1 . En su selección de las cartas de Sartre, Beauvoir señala que la misiva del 25 de julio de 1963 fue la última que él le escribió porque a partir de esa fecha usaban el teléfono cuando estaban separados. QM 304.

2 . SdB a NA, septiembre de 1959, CNA 530.

3 . FC 466.

4 . Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 330.

5 . *Brigitte Bardot and the Lolita Syndrome* , Londres, Four Square, 1962. Se publicó por primera vez en *Esquire* en agosto de 1959.

6 . BB 36.

7 . BB 30.

8 . CNA 528, SdB a NA, 2 de enero de 1959.

9 . «Chronologie», MPII, XIV y XVI . Sabemos por la «Chronologie» de Sylvie Le Bon de Beauvoir que han sobrevivido algunos diarios (inéditos) cuyos resúmenes fueron publicados en MPI y II en 2018.

10 . SdB, *Extraits du journal* , mayo de 1959, MPI 349.

11 . Ibíd.

12 . FC 479-480.

13 . Octubre de 1959, QM 295.

14 . Sartre a SdB, octubre de 1959 (s. f.), QM 297.

15 . FC 480.

16 . FC 511.

17 . FC 487.

18 . Prólogo a *El gran miedo al amor* , FW 84.

19 . SLBdB, «Chronologie», MPII XVII .

20 . FC 503.

21 . Nelson Algren, «People», *Time* , 2 de julio de 1956, pág. 33.

22 . SLBdB, «Chronologie», MPII XVII .

23 . SdB a NA, 1 de enero de 1957, pág. 526.

24 . FC 506.

25 . Véase SdB a S, agosto de 1958 (s. f.), CS 514.

26 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 419 y sigs.

27 . Ibíd., pág. 428.

28 . SLBdB, «Chronologie», MPII XX .

29 . SdB a NA, 16 de noviembre de 1960, CNA 538.

30 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 148 .

31 . SdB, en una entrevista con Madeleine Gobeil, «'The Art of Fiction' No. 35», *Paris Review* , vol. 34, primavera-verano de 1965.

32 . Véase la «Introducción» a MPI XXXVIII .

33 . SdB a NA, 16 de noviembre de 1960, CNA 538.

34 . SdB a NA, diciembre de 1960, CNA 539.

35 . PV 220.

36 . El texto francés reza: «Il faudrait plutôt expliquer comment certains individus sont capables de mener à bien ce délire concerté qu’est un système et d’où leur vient l’entêtement qui donne à leurs aperçus la valeur des clés universelles. J’ai dit déjà que la condition féminine ne dispose pas à ce genre d’obstination».

37 . PV 221.

38 . SLBdB, «Chronologie», MPII XXII .

39 . David Macey, *Frantz Fanon* , *A Biography* , Londres, Verso Books, 2012, págs. 455-456.

40 . FC 606-607.

41 . FC 611.

42 . SLBdB, «Chronologie», MPII XXIII. Parte de los objetos robados aparecieron más tarde en varias subastas privadas.

43 . No permaneció allí mucho tiempo, pues en diciembre se mudó al 222 del bulevar Raspail.

44 . FdC 306.

45 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 406.

46 . Véase Gary Gutting, *Thinking the Impossible: French Philosophy Since 1960* , Oxford, Oxford University Press, 2011, capítulo 4 (trad. cast.: *Pensando lo imposible: filosofía francesa desde 1960* , Madrid, Avarigani, 2014).

47 . Aunque Friedan no lo reconociera hasta tiempo después: véase Sandra Dijkstra, «Simone de Beauvoir and Betty Friedan: The Politics of Omission», *Feminist Studies* , vol. 6, n.º 2, verano de 1980, págs. 293-294.

48 . Citado en Gonzague de Saint Bris y Vladímir Fedorovski, Barcelona, Península, 1995.

49 . MMD 29.

50 . SdB a NA, diciembre de 1963, pág. 555.

51 . MMD 31.

52 . «Maladie de ma mère», y sigs., 254, 287 y 311. Citado en «Notice», MPII 1276.

53 . MMD 24.

54 . MMD 19-20.

55 . MMD 76.

56 . FdC 135.

57 . FdC 75.

58 . SLBdB, «Chronologie», fecha la entrega del manuscrito el 7 de mayo de 1963.

59 . FC 199.

60 . FC 202.

61 . Ibíd.

62 . FC 203.

63 . FC 202.

64 . Simone de Beauvoir, «Une interview de Simone de Beauvoir par Madeleine Chapsal», en *Les écrivains en personne* , París, Julliard, 1960, págs. 17-37, reimpreso en *Les écrits de Simone de Beauvoir* , ed. Claude Francis y Fernand Gontier, París, Gallimard, 1979, pág. 396.

65 . FC 674.

66 . Françoise d'Eaubonne, *Une femme nommée Castor* , París, Harmattan, 2008, pág. 253. Véase también MPII 1017 y sigs. sobre «j'ai été flouée».

67 . SLBdB, «Chronologie», MPII XXVI .

68 . SdB, en una entrevista con Madeleine Gobeil, primavera-verano de 1965. «'The Art of Fiction' No. 35», *Paris Review* , vol. 34. Véase también SLBdB, «Chronologie», MPII XXVIII, para obtener información sobre la fecha.

69 . Carta fechada el 29 de octubre de 1964, citada en Marine Rouch, «Vous êtes descendue d’un piédestal», pág. 81.

70 . FC 133.

71 . FC 133-134.

72 . Jacques Ehrmann, «The French Review», *The French Review* , vol. 37, n.º 6, 1964, págs. 698-699.

73 . G. Ménie, «Le Prix d'une révolte», *Esprit* , vol. 326, n.º 3, marzo de 1964, págs. 488-496, aquí pág. 493.

74 . Francine Dumas, «Une réponse tragique», *Esprit* , vol. 326, n.º 3, marzo de 1964, págs. 496-502.

75 . SdB a NA, diciembre de 1963, CNA 556.

76 . Nelson Algren, «I ain’t Abelard», *Newsweek* , 28 de diciembre de 1964, págs. 58-59.

77 . Nelson Algren, «The Question of Simone de Beauvoir», *Harper's* , mayo de 1965, pág. 136.

78 . Véase la nota de CNA 559.

79 . < http://www.lepoint.fr/actualites-litterature/2007-01-18/simone-de-beauvoir-ces-lettres-qui-ebranlent-un-mythe/1038/0/45316 >.

80 . Kurt Vonnegut, *Fates Worse than Death: An Autobiographical Collage of the 1980s* , Nueva York, 2013, pág. 60. El argumento de Vonnegut se basa en la biografía de Beauvoir escrita por Bair.

81 . «Preface to “The Sexually Responsive Woman”», publicado por primera vez en inglés en 1964; no se conserva ninguna versión francesa. FW 97.

82 . Véase Jean-Louis Jeannelle y Eliane Lecarme-Tabone, «Introducción», MPI XLIV.

83 . Sara Ahmed, «Feminist Killjoys (and Other Wilful Subjects)», *Scholar and Feminist Online* , vol. 8, n.º 3, verano de 2010, pág. 4.

84 . SLBdB, «Chronologie», MPII XXVI .

85 . «What Love Is — And Isn't», *McCall's* , vol. 71, agosto 1965, pág. 133 (reproducido en FW 100).

86 . «Sartre Talks of Beauvoir», *Vogue* , julio de 1965, pág. 73.

87 . «Notes» de *Tout compte fait* , MPII 973.

88 . Ibíd., MPII 978.

89 . Ibíd., MPII 997-998.

90 . FdC 275.

91 . «The Situation of Women Today», FW 145.

92 . Ibíd., FW 133-134

93 . Ibíd., FW 139.

94 . «Women and Creativity», FW 158.

95 . «Les Belles Images (par Simone de Beauvoir, Gallimard)», *La Cité* , mayo de 1967, pág. 14.

96 . SLBdB, «Chronologie», MPII XXXI .

97 . FdC 114.

98 . BI 151.

99 . Entrevista concedida a Jacqueline Piatier, *Le Monde* , 23 de diciembre de 1966.

100 . BI 183.

101 . SLBdB, «Chronologie», MPII XXXI .

102 . FdC 414.

103 . Véase FdC 369 para conocer los argumentos de Beauvoir.

104 . FdC 142.

105 . «Preface to ‘Through Women’s Eyes’», trad. Marybeth Timmermann, FW 253.

106 . LMR 13.

107 . LMR 70.

108 . LMR 80.

109 . LMR 107.

110 . Henri Clouard, «La Revue littéraire», *Revue des deux mondes* , marzo de 1968, págs. 115-124, aquí pág. 118.

111 . Ibíd. págs. 118-119.

112 . Jacqueline Piatier, «Le Démon du bien: “La Femme rompue” de Simone de Beauvoir», *Le Monde* , 1968.

113 . FdC 144.

114 . FdC 143.

115 . FdC 147.

116 . FdC 490.

117 . Bruno Vercier, «Les livres qui ont marqué la pensée de notre époque», *Réalités* , agosto de 1971.

118 . «Libération des femmes, année zéro», *Partisans* , n.º 54-55, Maspero, 1970.

119 . Beauvoir dijo en FdC que las feministas se dirigieron a ella; Anne Zelinsky dijo que Beauvoir se dirigió a ellas (en «Castor para siempre», en *Le cinquantenaire du «Deuxième Sexe»* , 310-313).

120 . Según Sylvie Le Bon de Beauvoir, Simone nunca abortó. Simone creía que el aborto debía ser libre, pero que la posibilidad de la contracepción daría al abortismo «un papel marginal» (Schwarzer, pág. 30).

## Capítulo 15. La vejez al descubierto

1 . FdC 131.

2 . Del viejo La Pérouse, de André Gide, citado en LV 514.

3 . Virginia Woolf, 29 de diciembre de 1940, citado en LV 514.

4 . LV 244.

5 . LV 410.

6 . LV 547.

7 . *Revue des livres* , «Vie Sociale», marzo de 1970, págs. 157-160, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62832097/f34.item.r=beauvoir >.

8 . Henry Walter Brann, reseña de «'La Vieillesse' by Simone de Beauvoir», *The French Review* , vol. 44, n.º 2, diciembre de 1970, págs. 396-397.

9 . Edward Grossman, «Beauvoir's Last Revolt», *Commentary* , vol. 54, n.º 2, 1 de agosto de 1972, págs. 56-59.

10 . FdC 147.

11 . LV 148.

12 . Simone de Beauvoir, en *A Walk Through the Land of Old Age* , en PolW 363.

13 . Alice Schwarzer, «Introduction», pág. 13.

14 . Véase A 10-11.

15 . «Response to Some Women and a Man», FW 209.

16 . Ibíd., FW 210.

17 . Ibíd.

18 . «Declaración de Beauvoir en el juzgado de Bobigny», FW 220.

19 . Ibíd., FW 226.

20 . Ibíd.

21 . «Abortion and the Poor», FW 217.

22 . FdC 134.

23 . Jean-Marie Domenach, «Simone de Beauvoir: Tout compte fait», *Esprit* , diciembre de 1972, págs. 979-980.

24 . FdC 154.

25 . Véase FdC 57 y sigs. y 163.

26 . Carlo Jansiti, *Violette Leduc* , París, Grasset, 1999, págs. 447-448.

27 . FdC 193.

28 . FdC 484.

29 . FdC 489.

30 . FdC 500.

31 . Entrevista concedida en noviembre de 1949 a Clodine Chonez, y retransmitida por el programa de radio «Les jours du siècle», France Inter, 17 de febrero de 1999.

32 . Francis Jeanson, *Simone de Beauvoir ou l’entreprise de vivre, suivi d’entretiens avec Simone de Beauvoir* , París, Seuil, 1966, pág. 258.

33 . FC 202.

34 . Alice Schwarzer, «I am a feminist», en *Simone de Beauvoir Today: Conversations 1972-1982* , Londres, Hogarth Press, 1984, pág. 16. Véanse también págs. 29 y sigs. Para un excelente análisis de la continuidad del feminismo de Beauvoir entre 1949 y la década de 1970, véase Sonia Kruks, «Beauvoir and the Marxism Question», en Laura Hengehold y Nancy Bauer (comps.), *A Companion to Simone de Beauvoir* , Oxford, Wiley-Blackwell, 2017.

35 . Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* : pág. 34.

36 . Ibíd., págs. 37-38.

37 . «Preface to “Stories from the French Women’s Liberation Movement”», FW 260.

38 . Alice Schwarzer, «The Rebellious Woman: An Interview with Alice Schwarzer», FW 197.

39 . Sylvie Chaperon, «Introduction» a «The MLF and the Bobigny Affair», FW 189.

40 . Claire Etcherelli, «Quelques photos-souvenirs», *Les Temps Modernes* , vol. 63, n.º 647-648, enero-marzo de 2008. Lanzmann le habló a Beauvoir de un libro de Etcherelli, *Elisa o la verdadera vida* : era una historia de amor prohibido entre un argelino y una obrera durante la guerra de Independencia. El libro ganó varios premios, y, en la década de 1970, Etcherelli se unió a Beauvoir y a Lanzmann en el equipo editorial de *Les Temps Modernes* .

41 . Claire Etcherelli, «Quelques photos-souvenirs», pág. 61.

42 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 676, n. 13.

43 . LCA 54.

44 . LCA 63.

45 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 500.

46 . Prólogo de «Sexismo cotidiano», *Les Temps Modernes* , vol. 329, diciembre de 1973, en FW 240.

47 . Simone de Beauvoir, «Preface to ‘Divorce in France’», FW 248. Primera edición en Claire Cayron, *Divorce en France* , París, Denoël-Gonthier, 1974.

48 . «Introducción de “Las mujeres insisten”», FW 250.

49 . Véase FdC 499.

50 . John Gerassi, *Talking with Sartre* , pág. 30. Entrevista realizada en diciembre de 1970.

51 . Ibíd., pág. 32.

52 . Esta entrevista se publicó a lo largo de varias semanas en *Le Nouvel Observateur* , vol. 23, 30 de junio y 7 de julio de 1975. Citada en Hazel Rowley, *Tête-à-tête* , pág. 333.

53 . «Simone de Beauvoir interroge Jean-Paul Sartre», en *Situations* , vol. X, «Politique et autobiographie», París, Gallimard, 1976, págs. 116-117.

54 . Alice Schwarzer, pág. 73.

55 . «My Point of View: An Outrageous Affair», trad. Debbie Mann y Marybeth Timmermann, FW 258.

56 . «Cuando todas las mujeres del mundo…», FW 256.

57 . LCA 100.

58 . LCA 110-111.

59 . «D’abord, je ne donnais pas à lire mes manuscrits —à personne sauf à Simone de Beauvoir— avant qu’ils sont imprimés: par conséquent, elle avait un rôle essentiel et unique.» En Michel Sicard, «Interférences: entretien avec Simone de Beauvoir et Jean-Paul Sartre», *Obliques* , vol. 18-19, 1979, pág. 326.

60 . Xavier Delacourt, «Simone de Beauvoir adaptée: Une fidélité plate», *Le Monde* , 1978, <http://www.lemonde.fr/archives/article/1978/01/30/simone-de-beauvoir-adaptee-une-fidelite-plate_3131878_1819218.html#YOXP2bX45I01dulu.99 >.

61 . CP.

62 . Josée Dayan y Malka Ribowska, *Simone de Beauvoir* , texto publicado por Gallimard (París, 1979); basado en una película rodada en 1978, <http://www.ina.fr/video/CAB7900140801 >.

63 . Video «Film “Simone de Beauvoir”», en «Samedi et demi», Institut National de l’Audiovisuel, Francia, <http://www.ina.fr/video/CAB7900140801/film-simone-de-beauvoir-video.html >.

64 . Julien Cheverny, «Une bourgeoise modèle: Simone de Beauvoir», *Figaro Magazine* , 17 de febrero de 1979, pág. 57.

65 . Alice Schwarzer, pág. 103.

## Capítulo 16. La extinción de la luz

1 . Charles Hargrove, «Thousands escort Sartre's coffin», *The Times* (Londres), 21 de abril de 1980, pág. 4. The Times Digital Archive Online, 27 de marzo de 2018.

2 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 587.

3 . Ibíd., pág. 588.

4 . Sylvie Le Bon de Beauvoir, entrevista con Magda Guadalupe dos Santos, «Interview avec Sylvie Le Bon de Beauvoir», *Sapere Aude* , Belo Horizonte, vol. 3, nº. 6, segundo semestre de 2012, págs. 357-365, aquí pág. 364.

5 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 512.

6 . LCA 3.

7 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 595.

8 . «La fin d'un philosophe», *Le Point* , vol. 23, 29 noviembre de 1981.

9 . LCA 254 y 353.

10 . Hazel E. Barnes, «Beauvoir and Sartre: The Forms of Farewell», *Philosophy and Literature* , vol. 9, n.º 1, págs. 28-29.

11 . Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 518.

12 . FC 328.

13 . Beauvoir, citada en una entrevista con Alice Schwarzer, pág. 107.

14 . «La mort de Jean-Paul Sartre», *Le Monde* , 12 de mayo de 1980, <http://www.lemonde.fr/archives/article/1980/05/12/la-mort-de-jean-paul-sartre_2822210_1819218.html?xtmc=jean_paul_sartre_deces&xtcr=11 >.

15 . Jossin, Janick, «Sartre face à son époque», *L'express* , 19 de abril de 1980, <https://www.lexpress.fr/culture/livre/sartre-face-a-son-epoque_486893.html >.

16 . «Jean-Paul Sartre dies in Paris hospital», *The Times* (Londres), 16 de abril de 1980, pág. 1. The Times Digital Archive Online, 27 de marzo de 2018.

17 . «Obituary», *The Times* (Londres), 16 de abril de 1980, pág. 16. The Times Digital Archive Online, 27 de marzo de 2018.

18 . W. Schwarz, «Sartre, sage of left, dies», 16 de abril de 1980, en *The Guardian* (1959-2003).

19 . «J-P. Sartre: As influential as Rousseau», 16 de abril de 1980, en *The Guardian* (1959-2003).

20 . Whitman, Alden, «Jean-Paul Sartre, 74, dies in Paris», *New York Times* , 16 de abril de 1980, <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/learning/general/onthisday/bday/0621.html >.

21 . McLellan, Joseph, «Jean-Paul Sartre, Existential Author, Dramatist, Dies», *Washington Post* , 16 de abril de 1980, <https://www.washingtonpost.com/archive/local/1980/04/16/jean-paul-sartre-existential-author-dramatist-dies/120a0b98-9774-4248-a123-1efab2d68520/?utm_term=.2cad98e8c74e >.

22 . Simone de Beauvoir a Bianca Lamblin, otoño de 1982, citado en Lamblin, *Memorias de una joven informal* .

23 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 598.

24 . Véase Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 352.

25 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 601.

26 . Michèle le Doeuff, «Sartre; l’unique sujet parlant», *Esprit: changer la culture et la politique* , n.º 5, págs. 181-191.

27 . SdB en Simone de Beauvoir, Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», pág. 24.

28 . SdB en Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 210.

29 . «Foreword to Deception Chronicles», FW 272.

30 . «Women, Ads, and Hate», FW.

31 . «The Urgency of an Anti-Sexist Law», FW 266. Publicado por primera vez en *Le Monde* con el título «De l’urgence d’une loi anti-sexiste», 18-19 de marzo de 1979.

32 . «Women, Ads, and Hate», FW 275.

33 . Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 257.

34 . Citado en ibíd., págs. 258-259.

35 . Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 110.

36 . Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir* , pág. 604.

37 . Claude Etcherelli, «Quelques photos-souvenirs», pág. 61.

38 . SdB, en Simone de Beauvoir, Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», pág. 20.

39 . Ibíd.

40 . El comienzo de *Para una moral de la ambigüedad* , las páginas finales de *Final de cuentas* y los diarios de estudiante hacen referencia a Pascal, quien describió la ambigüedad de la vida en un sentido similar.

41 . Incluso Sartre quitó importancia en sus obras a la influencia de esos pensadores, inclinándose por corrientes filosóficas más modernas, como la fenomenología y, posteriormente, el psicoanálisis y el marxismo. Véase Kate Kirkpatrick, *Sartre on Sin* , Oxford, Oxford University Press, 2017; *The Mystical Sources of Existentialist Thought* , Abingdon, Routledge, 2018.

42 . HdB, *Souvenirs* , pág. 8.

43 . Ibíd., pág. 12; Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 525.

44 . Claude Jannoud, «L’Œuvre: Une vulgarisation plus qu’une création», *Le Monde* , 15 de abril de 1986.

## Capítulo 17. Epílogo: ¿Qué será de Simone de Beauvoir?

1 . Voltaire, «Première Lettre sur Oedipe» en *Œuvres* , vol. 1, 1785.

2 . «Simone de Beauvoir», *The Times* (Londres), 15 de abril de 1986, pág. 18. The Times Digital Archive Online, 24 de marzo de 2018.

3 . Michael Dobbs, «Appreciation», *The Washington Post* , 15 de abril de 1986, <https://www.washingtonpost.com/archive/lifestyle/1986/04/15/appreciation/39084b0c-a652-4661-b226-3ad12385b4d3/?utm_term=.55d325922220 >.

4 . Liliane Lazar, «Simone de Beauvoir (9 January 1908-14 April 1986)», *Dictionary of Literary Biography Yearbook: 1986* , edición a cargo de J. M. Brook, Gale, 1987, págs. 199-206, aquí págs. 200-201.

5 . P. de Boisdeffre, «'La Revue littéraire': Deux morts exemplaires, un même refus: Jean Genet et Simone de Beauvoir», *Revue des deux mondes* , 1986, págs. 414-428, aquí págs. 416 y 419-420.

6 . Richard Heller, «The Self-Centered Love of Madame Yak-Yak», *The Mail on Sunday* , 1 de diciembre de 1991, pág. 35.

7 . Claude Lanzmann, *The Patagonian Hare* , pág. 351. En 1990, Sylvie Le Bon de Beauvoir publicó las cartas de Beauvoir a Sartre. «Sé que el Castor nunca las habría publicado —señaló Lanzmann— y tampoco habría permitido que se publicaran de ese modo. Lo sé porque me lo dijo, porque ella misma lo dice en su introducción a las cartas de Sartre publicadas en 1983, y porque formé parte de su vida.» En cuanto a las razones de Sylvie para publicarlas, véase Ursula Tidd, «Some Thoughts on an Interview with Sylvie Le Bon de Beauvoir: Current Issues in Beauvoir Studies», *Simone de Beauvoir Studies* , vol. 12, 1995, págs. 17-26.

8 . Bianca Lamblin, *A Disgraceful Affair* , pág. 137.

9 . «Simone de Beauvoir interroges Jean-Paul Sartre», en *Situations* , vol. X, «Politique et autobiographie», París, Gallimard, 1976, págs. 116-117.

10 . FdC 143.

11 . Véase Annie Cohen-Solal, *Sartre* , pág. 261. Véase también Marine Rouch, 2018 respecto a cómo la idolatraban sus lectoras: «“Vous êtes descendue d’un piédestal”: une appropriation collective des Mémoires de Simone de Beauvoir par ses lectrices (1958-1964)», *Littérature* , vol. 191, septiembre de 2018.

12 . SdB en Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 93.

13 . FdC 144.

14 . *Simone de Beauvoir* , película de Josée Dayan y Malka Ribowska, texto publicado por Gallimard, París, 1979; filme realizado en 1978.

15 . Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 37.

16 . Toril Moi, *Simone de Beauvoir* , 2008, pág. 39.

17 . SdB en Simone de Beauvoir, Margaret A. Simons y Jane Marie Todd, «Two Interviews with Simone de Beauvoir», pág. 24.

18 . A Sorokine, *La sangre de los otros* le parecía aburrida (véase Sdb a Sartre, 27 de enero de 1944, CS 384). Algren dijo que contenía «demasiada filosofía» (Sdb a NA, 20 de agosto de 1948, CNA 220 y 212).

19 . SdB a Schwarzer, en Alice Schwarzer, *Simone de Beauvoir Today* , pág. 110.

20 . FC 283. La cursiva es nuestra.

21 . PV 606. Durante las últimas décadas algunos investigadores han replanteado la cuestión de la influencia entre Sartre y Beauvoir concediendo más atención al «yo» que otras generaciones. Según Sylvie Le Bon de Beauvoir, Simone describía su relación con Sartre mediante la metáfora de las «estrellas gemelas», afirmando que se trataba de un vínculo de «hermandad absoluta» y apoyo mutuo. De todas formas, Sylvie Le Bon publicó los *Cuadernos* de Simone en 2008 porque pensó que nos permitirían comprender mejor quién era Beauvoir «en lo intelectual y lo personal, en cuanto a lo que pensaba, quería y planeaba para sí misma, antes de conocer a Sartre, antes de llegar a ser la Simone de Beauvoir que conocemos hoy». Sylvie Le Bon de Beauvoir, en Magda Guadalupe dos Santos, «Interview avec Sylvie Le Bon de Beauvoir», *Sapere Aude* , Belo Horizonte, vol. 3, n.º 6, 2.º semestre de 2012, págs. 357-365, aquí pág. 359.

22 . FdC 235.

23 . FdC 619.

24 . Véase DEF 58-61 y 66, especialmente el 16 de agosto de 1926.

25 . Friedrich Nietzsche, «Schopenhauer as Educator», en *Untimely Meditations* , Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pág. 163 (trad. cast.: «Schopenhauer en cuanto educador», *Consideraciones intempestivas* , Madrid, Alianza, 1988).

26 . Véase *El banquete* de Platón.

27 . SS 166.

28 . Elizabeth Fallaize, *The Novels of Simone de Beauvoir* , «Introduction», pág. 1.

29 . PQA 120.

*Convertirse en Beauvoir*
Kate Kirkpatrick



Título original: *Becoming Beauvoir*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc e International Editors' Co.

Diseño de la cubierta: Irene Martinez Costa
Adaptación del diseño original: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: *Simone de Beauvoir* , París, 1957

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-493-3699-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com